UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA Y RRII

DOCTORADO EN TRABAJO SOCIAL

PLANTATE Y BOXEÁ: Jóvenes de sectores populares, circuitos y trabajo

AUTORA: Lic. Ma. Evangelina Benassi

DIRECTORA: Dra. Débora Gorbán

Julio de 2017

RESUMEN

Esta tesis propone un aporte a los estudios sobre experiencias de vida de jóvenes de sectores populares y específicamente, analizar en el marco de esas experiencias, la relación que los jóvenes establecen con el trabajo. La investigación se situó espacialmente en un barrio de la ciudad de Rosario, Las Flores Sur, y el trabajo de campo se realizó desde 2009 a 2016 (en varias etapas) con el objetivo de responder al interrogante principal de esta tesis: ¿cómo se configuran las relaciones que los jóvenes de Barrio Las Flores Sur establecen con el trabajo? Para tal fin, la construcción del objeto de estudio fue realizada desde la etnografía, en tanto método, enfoque y texto, considerándola una herramienta privilegiada para reconstruir esa relación desde la perspectiva de los propios jóvenes. Durante el trabajo de campo, surgieron nuevas preguntas vinculadas al interrogante inicial: ¿cómo son las experiencias de vida de los jóvenes de Barrio Las Flores Sur? ¿Qué significa ser trabajador en este barrio? ¿Qué valoraciones se ponen en juego a la hora jerarquizar diferentes actividades laborales? ¿Cómo se fueron configurando y transformando históricamente, esas valoraciones en este territorio? ¿De qué manera construyen esas valoraciones los varones y de qué manera las mujeres? Es así que el objeto de investigación versa sobre la configuración de las experiencias subjetivas de los jóvenes en relación con el trabajo, a través de distintas dimensiones de su sociabilidad. Como parte de los hallazgos que se trabajan en la tesis, se encontró que los jóvenes se relacionan con el trabajo en tanto valor moral, y es a partir de esto que consideran y valorizan las distintas prácticas laborales. En el desarrollo de la tesis se reconstruyeron aspectos centrales para las experiencias vitales de los jóvenes tales como su relación con el barrio y con la historia del territorio en el que viven, como así también diferentes circuitos que los jóvenes recorren de manera espasmódica, en algunos casos simultáneamente, y desde los cuales van construyendo su relación con el trabajo en tanto valor moral. Los circuitos que se construyeron a partir del análisis del material recolectado, fueron “de la escuela”, “de los guasos” y “del rescate”, prestando especial atención al lugar que el trabajo adquiere en este último recorrido, en tanto posibilidad de *rescate*.

SUMMARY

The purpose of this dissertation is to contribute to studies on life experiences of young people from low-income sectors and, based on said experiences, to specifically analyze the relationship they establish with work. The research was spatially conducted in a neighborhood of the city of Rosario—Las Flores Sur—and the fieldwork took place from 2009 to 2016 (in multiple stages), in order to answer the main question of this dissertation: How do young people from Las Flores Sur neighborhood establish relationships with work? For that purpose, the subject of study was constructed based on the ethnography—as far as method, approach, and text are concerned—since it is an exceptional tool for rebuilding that relationship from the perspective of the young themselves. During the fieldwork, new questions emerged that were related to the initial question: What are the life experiences of young people from Las Flores Sur neighborhood? What does it mean to be a worker in this neighborhood? What moral criteria are taken into consideration at the moment of prioritizing different work activities? How were those moral criteria structured and transformed historically in this territory? How are those moral criteria constructed by men and by women? As a result, the subject matter of this research relates to the structuring of the subjective experiences of the young in relation to work through different dimensions of their sociability. One of the findings of this dissertation was that young people assign a moral value to work, based on which they consider and value the different work activities. Throughout the dissertation, central aspects for the vital experiences of the young were reconstructed, such as their relationship with the neighborhood and with the history of the territory where they live, as well as different circuits they go through in a spasmodic manner, sometimes simultaneously, and from which they build their relationship with work as a moral value. The circuits that were built after analyzing the material collected were "school," "*guasos*," and "rescue," paying special attention to the role played by work in the latter circuit as an opportunity to be *rescued*.

AGRADECIMIENTOS

A la Mica, Fabiana y el Chanchi
In memorian

La escritura es un modo de meditación. Esto pensé tantísimas veces en las que, compelida a volver a "trabajar" tenía que interrumpir los avances de la tesis, costándome luego días o semanas poder retomar la concentración. Hago la referencia a la idea de "trabajar" entre comillas porque en muchas ocasiones caí en la trampa de no dimensionar el enorme trabajo que significa la escritura de la tesis. Al principio por inseguridad, lo subestimé; durante el proceso en muchas instancias lo padecí; y hoy, con parte del recorrido culminado, puedo recuperarlo e incluso emocionarme por observar lo intensamente transformador que fue y que es. Howard Becker (2011) fue un gran acompañante en el tránsito por la escritura, enseñándome que nunca nadie escribe de una sola vez.

Si bien la meditación como tal es una práctica introspectiva y solitaria, cuando se la ejercita colectivamente genera mucha más potencia y transformaciones, porque se pone en juego una energía compartida, un sentir común y un habitar conjunto. Así fue el proceso de construcción de esta tesis: un entramado de instancias individuales y colectivas, en las que cada encuentro, cada avance transformaba a la investigación, pero también transformaba a las personas con las que iba compartiendo el recorrido y fundamentalmente, a mí. No hubiese podido realizar nada sin la red que sostiene y conforma esta tesis.

Por eso quiero dedicar un espacio, darle lugar a los agradecimientos y nombrar a todos los que me acompañaron, de diferentes formas y en distintos momentos: este trabajo les pertenece un poquito a cada uno. En primer lugar, a los jóvenes de Barrio Las Flores Sur, el "BLF": Michael, Jonathan, las dos Mayra, Dana, Shirley, Maxi, Gustavito, Isaías, Luciano, Juan Ramón, Tania, Rocío, María Eugenia, los dos Milton, Claudio, Sebastián, Nicolás, Emiliano, Fabiana, Jesús, Nachito, David y Levi, por su enorme generosidad, porque aprendí de y con ellos tantísimas cosas, y por hacerme sentir que esta investigación tenía sentido al contar sus historias. A los compañeros del CCB: el Chino Mario González, Georgina Allegre, Luciana Carunchio y Luciana Regenhardt, Guillermo Martínez, Fabián

Fontanella, Julián Cerdán, Pablo Cerezo, Laura y Caro Deicas, por permitirme ser parte del lugar durante un tiempo e intercambiar conmigo sus miradas, sus apuestas y también sus cansancios y temores; quizás no llegaron a dimensionar la admiración que sus prácticas cotidianas me generan. A Zulma y Jorge, un agradecimiento emocionado, no solo por contarme sus historias y por prestármelas por un ratito sino, fundamentalmente, por ser militantes incansables (y anónimos) que dignifican cotidianamente la vida en el barrio. A los trabajadores de la Escuela Secundaria N° 407 y la Itatí, especialmente a mi amigo Eduardo Matuc, con quien mantengo desde hace años charlas respecto de los jóvenes, y a Corina, por su generosidad. A los trabajadores de las otras instituciones del barrio que visité, gracias por estar siempre dispuestos, especialmente a mi amiga Vicky Cano, Trabajadora Social del Centro de Salud Municipal, quien con su lucidez aguda me permitió pensar otras dimensiones de la problemática. A José Romero "El Toco", por compartir generosamente sus años de experiencia en el barrio y sus acumulaciones. A los funcionarios de la Municipalidad y la Provincia que accedieron sin problemas a mantener entrevistas y espacios de trabajo que sirvieron como insumo para esta tesis, especialmente a Carina Cappelletti, a Luciano Vigoni, a Patricia Tobin y a Mónica Fernández Rozas.

A Eugenia Cozzi, por proponer el trabajo conjunto y porque nuestras tesis seguramente estén plagadas de las discusiones que mantuvimos. Celebro que así sea.

A Marcela Iharlegui, Indiana Zapillon, Lucila Toledo, Betiana Romagnoli por acompañarme en la desgrabación de las entrevistas y por sus comentarios y aportes. Un agradecimiento especial para Verónica Gómez, por trabajar en la corrección de estilo de este documento y convertirse en una interlocutora lúcida e inquieta, que revalorizó mi trabajo y que me hizo comentarios incisivos, provocándome a revisar algunas de mis –provisorias- certezas. A Ceci Garavelli por el diseño de la tapa, y a Luciana Carunchio por permitirme –muy generosamente- usar la foto.

A la Universidad Nacional de Entre Ríos, por estimular y acompañar institucionalmente la finalización de la tesis a través del Programa de Apoyo a la Finalización de la Formación de Posgrado para Docentes de la UNER. No habría sido posible terminar la tesis si no hubiese contado con ese apoyo.

A mis compañeros de la Facultad de Trabajo Social de la UNER, especialmente a Gabriela Romero, Viviana Vervauwede, Melina Perbellini, Elisa Sarrot, Graciela Mingo, César Sione, Teresa Luque, Victoria Taruselli, Ludmila Fernández, Nahuel Escalada, por estimularme a seguir creciendo y acompañarme en ese recorrido. A María del Carmen Ludi y Margarita Rozas Pagaza, por ser mis referentes y por confiar en mí. A la memoria de mi querido Miki Bitar, un intelectual irremplazable.

Gracias especiales a mi compañera y amiga Florencia Serra, por permitirme ser su admiradora y por haberme ayudado a desandar mis enrosques durante la escritura.

A mis compañeros de la Escuela de Trabajo Social de la UNR: José Alberdi, Sandra Ripoll, Alicia Vilamajó, María Eugenia Garma, Fernanda Díaz, Marisa Germain, Mariana Servio, Federico Guzman, Victoria Zangara, Gabriela Rodríguez, Luciana Gracia, Diego Beretta y Paula Negroni, por acompañarme cada uno desde sus espacios. Especialmente, a Silvina Fernández y a Melisa Campana Alabarce, por su generosidad, por estimularme a cerrar el proceso y por desearme siempre buenas cosas. A los adscriptos y ayudantes alumnos de las cátedras en las que participo, especialmente a Florencia Pissaroni, Florencia Brizuela e Ignacio Allevi, porque su frescura alivió gran parte del último tramo. A los estudiantes de ambas facultades con quienes intercambié miradas respecto de un tema que los atraviesa en primera persona, les agradezco porque el encuentro con ustedes es lo que me sostiene apostando siempre por la universidad pública y gratuita.

A la memoria de Mónica Bifarello, cuya partida fue sorpresiva, inesperada y dolorosa, y a quien agradezco enormemente por todo lo que me enseñó y también, por acompañarme en cada etapa de este proceso.

A los compañeros de la Red de Cátedras de Estructura Social, Pobreza y Problemas Sociales Argentinos y a los de la Red de Investigadores de Juventudes de Argentina (RENIJA), porque en cada uno de esos encuentros la investigación que aquí presento encontraba más sentido, y también gracias por constituirse como espacios genuinos en donde se apuesta por la construcción rigurosa, colectiva y afectiva en la universidad. Especialmente a Ana Gómez, por regalarme sus poesías y convertirse desde ese lenguaje amoroso en parte de este trabajo.

A quienes fueron mis compañeros de trabajo durante años en salud mental, especialmente al grupo "corondino" con el cual conservamos y sostenemos las discusiones y el cariño de manera permanente y también a mis compañeros de la Colonia de Oliveros, con quienes me une un profundo afecto y respeto. A mis compañeras del Nueva Oportunidad, Claudia Giri y Laura Maruf, por su generosidad y por acompañarme (y bancarme) en la última etapa.

A mis amigos de acá y de allá: Guti Lorenzatti, Ivi Batlle Casas, Sol Rolón, Flor Barrera y Paulita Moretti, Wally Motto, Mara Graciosi, Caro Zorze, Vale Marani, Vero Almeida, Caro Silvestre, Caro Tropea, Pato Benzi, Macu Ripoll, Carlos Borra, Romi Fabrissin, Ariel Varano, Pili Sequeira, Matías Solmi, Diego Gantus, Nico Barbarini, por entender mis ausencias y aun así seguir estando siempre cerca. A Caro Romeu, Lucas Ciarniello y Lucre Williner, por elegir ser mis hermanos de la vida, y especialmente a Vir Masau y Elena Rivero porque sus miradas disruptivas siempre me llevaron a revisar lo que pensaba y cómo lo hacía. A Lauri Copelo y Alejandra Cavacini, gracias especiales, por cambiarme la perspectiva y enseñarme a mirar utilizando el *zoom*. A mis queridas compañeras de yoga Adri, Cande, Claudia, Clau y Andre. Y a Ale, por todo el amor con el que me acompañó.

A mis viejos, por llamarme "la hija de la democracia" y desde ese significante suponerme libre, politizada, con derecho a decir y a participar; gracias por su generosidad desinteresada y por ser los bastiones afectivos más importantes de toda mi vida. A mis hermanos, a quienes amo profundamente: Luciana, Belén y Nacho, por ser incondicionales. A mis cuñados y a mi suegra, que siempre me inspiró a seguir para adelante. A mis sobrinos Luca, Eloy, Jero y Pili, porque con

ellos me siento la persona más feliz del mundo. A mi sobrina Dafi, quien me muestra y enseña diariamente cómo es el mundo juvenil. A mis tíos y primos, en especial a Fran por leerme y estimularme. A la memoria de mi tía Marta, porque su desaparición nunca será en vano y porque llevo su alegría y su compromiso como bandera.

A Alicia Gonzáles Saibene, por el acompañamiento afectivo-académico desde su función de Directora del Doctorado en Trabajo Social de la UNR, y especialmente, por contactarme con mi Directora de Tesis, Débora Gorbán. A Débora le agradezco por enseñarme que en la investigación se puede conjugar el afecto, el compromiso, la lucidez y la rigurosidad. Gracias por ser la mejor directora que hubiese imaginado, acompañando cuando había que hacerlo y soltándome para que en la escritura de la tesis pudiera ser yo misma. Gracias por el tiempo y la dedicación en cada lectura.

A Raúl; por exigirme ser siempre mejor en lo que hago, por incitarme a ver en los *pibes* muchas otras cosas de las que estaba mirando, y por soportar airosamente la convivencia con una tesista en proceso de escritura, y hacerlo con mucho amor y respeto.

A mis acompañantes terapéuticas de cuatro patas, Baguala y Kika.

A la memoria de mi abuela Edi, por ser una mujer sensible y honesta, y por enseñarme que la sencillez y la humildad son los mejores valores que se pueden conquistar y sostener.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 13
1. Presentación 13
2. Reflexiones metodológicas 17
2.1. Etnografías sobre sectores populares y Trabajo Social 19
2.1.1. ¿Reificar, transformar o denunciar? 21
2.1.2. La desfamiliarización como apuesta política 22
3. Del trabajo de campo 24
3.1. Una vuelta por el CCB 26
3.2. *Salir* al barrio 27
3.3. Los jóvenes 30
3.3.1 Interpelaciones 33
4. Plan de la Obra 34

CAPITULO I
JÓVENES DE SECTORES POPULARES Y TRABAJO 39
I.1. La juventud como construcción socio-histórica 39
I.2. La juventud como categoría 44
I.2.1. La condición juvenil 48
I.2.1.1. Jóvenes de sectores populares 48
I.2.1.2. Género 53
I.3. Jóvenes de sectores populares y trabajo 55
I.3.1. Jóvenes e inserción al mercado formal de trabajo 57
I.3.2. Trayectorias juveniles: transiciones entre escuela y trabajo 63
I.3.3 El trabajo como valor moral 67

CAPÍTULO II
BIENVENIDOS AL BARRIO LAS FLORES SUR 73
II:1. Cartografías 76
II.1.1. *Entrar* a las Flores Sur: el puente 79
II.1.2. Modos de *entrar* 84
II.1.3. Los barrios del barrio 87
II.2. Los de *las casitas* 89
II.3. *Soy villera y me la banco* 94
II.4. Todos somos BLF 97
II.5. El "parque de diversiones" 101
II.5.1. Lo visible y lo latente 101
II.5.2. Instituciones y accesos 105
II.6. La calle es la casa 111

CAPÍTULO III
FEOS, SUCIOS Y MALOS 113
III.1. Los adultos: Olga y Julio 120
III.1.1. Olga 121
III:1.2. Julio 125
III.2. Los trasladados 128
III.2.1. Empezar de cero 131
III.2.2. Conflictos relocalizados 134
III.2.3. Hacerse respetable: salir a trabajar 136

III.3. Los Saqueadores 140
III.3.1. El contexto del 89 141
III.3.2. Organizarse para la estabilidad 146
III.4. Las Quilomberas 151
III.5. El registro de la solidaridad 158

CAPÍTULO IV
NACIDOS EN LOS 90 162
IV.1. El contexto: sobrevivir para contarlo 165
IV.1.2. Después de los saqueos 169
IV.2. Epidemia 170
IV.3. Narcotráfico, códigos y bandas 178
IV.3.1. El negocio transnacional del TDI 180
IV.3.2. *Bandas* y banditas 182
IV.3.3. Las Flores Sur es tierra "narco" 186
IV.3.3.1. "*Bandas*" con códigos 187
IV.3.3.2. Armarse para protegerse: la masificación de la "lógica narco" 190
IV.4. A la Guardería a buscar trabajo 195

CAPITULO V
LOS JÓVENES 202
V.1. Los jóvenes del BLF 202
V.1.1. Ramón: el intento de no descarrilar 204
V.1.2. Una usina de solidaridad 206
V.1.3. Trabajos y consumos 207
V.1.4. El barrio 209
V.1.5. Delineando circuitos 211
V.2. Los ciclos vitales y la moratoria social 213
V.2.1. Biografías y trayectorias 216
V.3. Recorridos disruptivos 221
V.3.1. Los circuitos de los jóvenes del barrio 224
V.3.2. Soportes subterráneos afectivos 227
V.4. Muertos y tumbas 229

CAPÍTULO VI
DE LA ESCUELA 235
VI.1. Habilitar para el trabajo 238
VI.2. El lenguaje y la construcción de un *habitus* 243
VI.3. Humillación 246
VI.4. "No fui más" 251
VI.5. Adentro de la escuela 256
VI.5.1. David, el rescatable 259
VI.5.2. El "Chinito": el "*impresentable*" 264
VI.6. La escuela: entre el respeto y la "*baja intensidad*" 269

CAPÍTULO VII
DE LOS GUASOS 272
VII.1. "No vengas al barrio que hay *bronca*" 279

VII.2. *La calle* en el circuito de los guasos 281
VII.2.1 *"Salir a escuchar los tiros"* 286
VII.3. Familias y grupos de pares 290
VII.3.1. Broncas heredadas 293
VII.4. Los "*machos*" no disparan 296
VII.5. Las chicas boxean 298
VII.6. La disputa por el prestigio 304

CAPÍTULO VIII
DEL RESCATE 306
VIII.1. Lo que vos quieras escuchar 309
VIII.2. Rescatarse 312
VIII.2.1. Uso del tiempo 317
VIII.3. Transmisión intergeneracional: *"Me tenes que salir bueno"* 323
VIII.4. Vergüenza es robar 329
VIII.4.1. Trabajos dignos e indignos 334
VIII.4.2. Un trabajo como la gente 339
VIII.4.3. Entre la "humillación" y la "ingobernabilidad" 342
VIII.5. Buenos vecinos 347

CAPÍTULO IX
DISTINCIONES 350
IX.1. Disputas 352
IX.2. "Vinimos para progresar" 358
IX.3. En clave de género 361
IX.3.1. Las *chicas* 362
IX.3.1.1. Cuando lo íntimo se vuelve público 365
IX.3.1.2. Cuando trabajar es salir de la casa 371
IX.3.2. Los pibes 375
IX.3.2.1. ¿Con el sudor de la frente? 378
IX.4. De esperables y desvíos 386

CONCLUSIONES
PLANTATE Y BOXEÁ 388
La *condición juvenil* y la historia barrial 392
Los circuitos juveniles y la *calle* 396
El trabajo en tanto valor 399
Plantarse y boxear 402
EPILOGO
Mil miradas y una gorra 404

BIBLIOGRAFÍA 405
1. Libros 405
2. Capítulos de libros 413
3. Revistas consultadas 416
4. Artículos de revistas académicas 416
5. Tesis consultadas no editadas 425
6. Trabajos en congresos / exposiciones 426
7. Trabajos de investigación no editados 427

8. Artículos de internet 428

ANEXOS
Anexo 1 429
Anexo 2 451

INTRODUCCIÓN

"El centro no es un punto
Si lo fuera,
Resultaría fácil aceptarlo.
No es ni siquiera la reducción de un punto a su infinito.
El centro es una ausencia,
De punto, de infinito y aún de ausencia
Y solo se acierta con ausencia.
Mírame después de que te hayas ido,
Aunque yo esté recién cuando me vaya.
Ahora el centro me ha enseñado a no estar,
Pero más tarde el centro estará aquí"

Roberto Juarroz – Poesía Vertical 16

1. Presentación

Esta tesis se propone aportar a los estudios sobre experiencias de vida de jóvenes[1] de sectores populares y específicamente, analizar en el marco de esas experiencias la relación que los jóvenes establecen con el trabajo. La investigación se situó espacialmente en un barrio de la ciudad de Rosario, Las Flores Sur, y el trabajo de campo se realizó en varias etapas que luego serán explicitadas, y que abarcaron un primer acercamiento exploratorio al barrio desde mediados del año 2009 hasta 2011, y un trabajo intensivo de recolección de datos desde principios de 2014 hasta principios de 2016. La elección de este territorio tuvo que ver con que Las Flores Sur aparecía construido de manera hegemónica, desde mediados de la década del 2000, como "barrio narco"[2] y desde diferentes discursos –sociales, mediáticos y políticos– se sostenía esa estigmatización homogeneizante en la

[1] Durante el desarrollo de esta tesis utilizaré el genérico "*jóvenes*" para hacer referencia a las experiencias de los jóvenes protagonistas de esta tesis, que incluyen a mujeres y varones. Solamente en los apartados específicos en los que analizo las distinciones en las prácticas entre varones y mujeres, haré referencia a "las jóvenes" y "los jóvenes". Si bien en los primeros tramos de la escritura consideré pertinente utilizar un lenguaje que no fuera sexista ni androcéntrico (apelando para ello a la "x" o la "@") la utilización de esas herramientas fue en detrimento de la posibilidad de una lectura fluida de la tesis, con lo cual decidí utilizar el genérico.

[2] De ahora en más, y a lo largo de la tesis, utilizaré comillas para las expresiones que quiero destacar porque considero relevantes para construir mi argumento. Utilizaré únicamente cursiva para los términos y expresiones nativos que son objeto de reflexión etnográfica, destacando estas categorías y expresiones como parte de los universos simbólicos de los actores. Para hacer referencia a citas bibliográficas utilizaré Normas APA. Por último, utilizaré **negritas** para marcar énfasis del análisis.

figura de los jóvenes. A su vez, éstos eran caracterizados como "ni-ni", haciendo referencia a que "ni estudian ni trabajan", lo cual los ubicaba, siempre según este punto de vista, casi exclusivamente al servicio del narcotráfico y de otras prácticas delictivas. Es así que desde los primeros acercamientos al barrio comencé a explorar qué pasaba con los jóvenes, con el objetivo de responder al interrogante principal de esta tesis: ¿cómo se configuran las relaciones que los jóvenes de barrio Las Flores Sur establecen con el trabajo?

Como señalé anteriormente, la etapa exploratoria se extendió desde los años 2009 a 2011 y me permitió construir el interrogante de investigación. Luego de un tiempo de no visitar el barrio, regresé para realizar el trabajo de recolección de datos utilizando la técnica de entrevistas en profundidad con jóvenes. Es así que desde principios de 2014 concurrí semanalmente a Las Flores Sur y en mis encuentros con los jóvenes indagaba a través de entrevistas individuales qué pensaban y qué decían del trabajo, como así también intentaba conocer qué transmisiones familiares e intergeneracionales recuperaban los jóvenes en relación al trabajo, para lo cual repasaba junto con ellos la historia familiar desde las inserciones laborales de sus integrantes. A medida que fui llevando a cabo el proceso de investigación, conociendo el barrio y también encontrándome con los jóvenes en distintas instancias de interacción por fuera de la entrevista, otros aspectos de su sociabilidad fueron cobrando cada vez más relevancia y protagonismo. Entre ellos, apareció la relación de pertenencia que los jóvenes construyen con el territorio en el que viven, Las Flores Sur, la cual se configura en un juego de tensión permanente entre el "estigma" y el "emblema"[3] (Reguillo, 2012; Goffman, 2009).

Observaba también, cómo se reeditaban en esa identificación con el territorio algunos hitos de la historia barrial a los que tanto los jóvenes como los adultos hacían referencia. Es por eso que el barrio se constituyó en una dimensión imprescindible para conocer a los jóvenes, y esto me permitió a su vez

[3] Hago referencia aquí al planteo de Reguillo cuando considera que: "si algo caracteriza a los colectivos juveniles insertos en procesos de exclusión y de marginación, es su capacidad para transformar el estigma en emblema, es decir, invertir el valor de las calificaciones negativas que se les imputan para hacerlas operar en sentido contrario" (2010: 62). La construcción de identificaciones de los jóvenes con el barrio será retomada con profundidad en el Capítulo II, en donde presento la cartografía barrial.

comprender, a medida que avanzaba el trabajo de campo, que los jóvenes se referenciaban en otros espacios de su sociabilidad para explicar su relación con el trabajo, tales como la escuela o la calle.

Es así que me encontré con una de las primeras "desviaciones" en la construcción del objeto de investigación: los jóvenes no me hablaban del trabajo desde el trabajo. Es decir, en nuestros intercambios no recuperaban sus experiencias laborales, ni tampoco se referían a las inserciones laborales de sus familiares. Descubrí entonces que los jóvenes hablaban del trabajo siempre en relación y en tensión con otros aspectos de su sociabilidad y por ese motivo "salí a buscar" con los jóvenes y por el barrio cómo aparecía el trabajo en sus vidas, apelando a la construcción de otros interrogantes que me permitiesen responder la pregunta inicial. A medida que avanzaba en el trabajo de campo, surgieron nuevas preguntas vinculadas a mi interrogante inicial: ¿cómo son las experiencias de vida de los jóvenes de Barrio Las Flores Sur? ¿Qué significa ser trabajador en este barrio? ¿Qué valoraciones se ponen en juego a la hora jerarquizar diferentes actividades laborales? ¿Cómo se fueron configurando y transformando históricamente en este territorio esas valoraciones? ¿De qué manera construyen esas valoraciones los varones y de qué manera las mujeres?

A lo largo de todo este recorrido, construí el objeto de investigación, y es así como defino que en esta tesis voy a analizar la configuración de las experiencias subjetivas de los jóvenes en relación con el trabajo, a través de distintas dimensiones de su sociabilidad.

Como parte del abordaje que trabajaré en esta tesis sostengo que los jóvenes se relacionan con el trabajo en tanto valor moral, y es a partir de esto que consideran y valorizan las distintas prácticas laborales. En ese sentido, la construcción de identificaciones con la figura del "trabajador" les permite legitimar ciertas prácticas y deslegitimar otras, y de esta manera posicionarse frente a otros, desde cierto prestigio. Siguiendo este planteo, la hipótesis que guía esta tesis sostiene que: el trabajo opera para los jóvenes como un valor moral a partir del cual se construyen posiciones de honra y respeto que les permiten disputar un lugar en términos de prestigio, tanto en el propio territorio como fuera de él.

Este planteo fue construido partir de los estudios de Claudia Fonseca (2004), quien considera que la búsqueda de una posición de honra en los sectores populares funciona como modo de salvaguardar el amor propio y la estima, permitiendo la construcción de una posición de respeto en el territorio. La honra se explicita en el marco de las redes de relaciones que se establecen con los demás a partir de lo cual se enaltece la propia imagen. De allí que en el Barrio Las Flores Sur los jóvenes consideren que el trabajo en tanto valor los ubica en una posición de prestigio y el hecho de identificarse con la figura de "ser trabajador" refuerza la posibilidad de construir una posición respetable. Los jóvenes apelan a los valores morales asociados al trabajo para construir diferenciaciones en relación a otras actividades y modos de provisión, tales como el delito o la venta de drogas o la asistencia estatal, deslegitimándolas en contraposición con los valores de sacrificio, esfuerzo y perseverancia que asocian con el trabajo. Asimismo, establecen jerarquizaciones respecto de las actividades laborales disponibles, evaluándolas dentro del "espacio de posibles" (Gorban, 2014[4]) en función de criterios asociados a los valores morales que se ponen en juego en la construcción de la honra.

En los próximos apartados, despliego las dimensiones desde las cuales construyo y defino el objeto de esta tesis y desde donde abordo el problema de investigación. Es así que, en primera instancia, explicito y argumento porqué el enfoque etnográfico (Guber, 1991; Geertz, 2006; Chaves, 2010) se constituyó en una elección teórico-metodológica para poder responder a la hipótesis principal, y recupero así mismo el valor epistemológico[5] de este enfoque para la producción de conocimiento en Trabajo Social. En un segundo apartado muestro la manera en que construí el campo (Tiscornia, 2004) con los jóvenes de barrio Las Flores Sur en dos momentos diferentes del proceso de investigación. Por último, presento el plan de la tesis y describo sucintamente cada capítulo.

---

[4] Gorban (2014) en su etnografía sobre familias cartoneras del conurbano bonaerense retoma el planteo de Bourdieu (1999) respecto de que los sectores populares orientan su acción en relación a todo un sistema de coordenadas que están en juego, y no únicamente evaluando sus posibilidades como "último recurso" o como "única actividad disponible". La autora discute así, la idea de que la salida con la carreta se configura como "último recurso" para estas familias.

[5] Entiendo epistemología desde la definición que el Profesor Yulita, docente de la Licenciatura en Trabajo Social de la UNER, construyó en tanto "lugar desde donde miro, me posiciono y tomo decisiones".

2. Reflexiones metodológicas

La elección de utilizar un enfoque etnográfico no me resultó una tarea sencilla, y durante un tiempo se constituyó en un objeto de debate conmigo misma. En primer lugar, consideraba que este enfoque era exclusivo para quienes pertenecen al campo disciplinar de la antropología, con lo cual tenía ciertos reparos en asumir los riesgos de abordar el problema de investigación desde una lógica respecto de la cual me siento en una posición de extranjería.

Por otra parte, partía de la premisa de que la herramienta metodología debía ser construida a medida que avanzaba el proceso de trabajo, y en este sentido, en el transcurso de la fase exploratoria del mismo, la definición por un abordaje socio-antropológico flexible, creativo y heterodoxo a través de la utilización de la etnografía "como enfoque, método y texto" (Guber, 2011: 16) fue tomando forma. La etnografía como enfoque supone una concepción y práctica de conocimiento que busca acercarse a la comprensión de los fenómenos sociales desde la perspectiva o puntos de vista de las personas involucradas en los mismos, entendidos como "actores", "sujetos sociales" o "agentes" (Guber, 2011: 16). Es decir, permite explicar cómo éstos le otorgan sentido a sus actividades cotidianas a partir de la interpretación de los modos prácticos en que dan sentido a sus vidas.

La etnografía se provee de un método específico, la descripción. Ésta implica tres niveles diferenciados de comprensión: uno primario o de reporte en donde se informa "qué" ha ocurrido; la explicación o comprensión secundaria en donde se responde al interrogante de "por qué" ha ocurrido y por último la descripción de lo que ocurrió desde la perspectiva de los agentes, "cómo es" para ellos. Mientras que los dos primeros tipos de comprensión dependen de su ajuste a los hechos; el último, es decir, la descripción, "depende de su ajuste a la perspectiva nativa de los miembros de un grupo social" (Guber, 2011: 16). Es por eso que la descripción implica la interpretación que el etnógrafo realiza respecto de los fenómenos tomando en cuenta la perspectiva de los propios actores y en esa conjugación entre descripción e interpretación, se produce lo que en etnografía se denomina como "descripción densa" (Guber, 2011; Geertz, 2006). En palabras de Geertz "la etnografía es descripción densa" (2006: 24) y su objetivo como método

tiene que ver con desentrañar las estructuras de significación a partir de las cuales los sujetos actúan y determinar su campo de acción y su alcance.

> Lo que en realidad encara el etnógrafo, es una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o enlazadas entre sí; estructuras que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explicitas, y a las cuales el etnógrafo debe ingeniarse de alguna manera, para captarlas primero y para explicarlas después. (Geertz, 2006: 24)

La descripción densa en etnografía supone así la interpretación, es decir, otorgarle un sentido a las acciones que realizan las personas. Para Guber (2011), comprender desde la descripción supone reconocer los marcos de interpretación dentro de los cuales los actores clasifican el comportamiento y le atribuyen sentido. Es decir que trabajar desde un enfoque etnográfico supone "inscribir discursos sociales" (Geertz, 2006: 32) y redactarlos a partir de la construcción de conjeturas de significaciones a las cuales tenemos acceso en la pequeña parte que nuestros informantes refieren. Por otra parte, en tanto método de investigación abierto, la etnografía supone utilizar técnicas no directivas tales como observación participante y entrevistas no dirigidas, y fundamentalmente, la residencia prolongada con los sujetos de estudio. Es decir que una de las características centrales de su método es lo que suele llamarse "trabajo de campo" y cuyo resultado "se emplea como evidencia para la descripción" (Guber, 2011: 19).

Es necesario aclarar que el trabajo de campo no se construye mecánicamente a través de la observación participante o con la mera presencia en el territorio en el cual se desarrolla la investigación. En ese sentido, retomo el planteo de Tiscornia quien considera que "estar ahí" no produce automáticamente el campo, sino que más bien éste es el resultado de una relación: "el campo es la capacidad de establecer una red de relaciones que el investigador construye y que lo habilita a comprender los significados de la particular geografía en la que se encuentra" (2004: 8).

La etnografía se configura, por último, como un texto cuyo insumo principal lo constituye el trabajo de campo, y en esa arquitectura se pone en juego la interpretación que el investigador realiza respecto de cómo llevan a cabo sus comportamientos los individuos según sus expectativas, motivos, propósitos, es

decir, como agentes o sujetos de la acción (Chaves, 2010; Guber, 1991). Como sujetos de la acción, los individuos son parte de una cultura y de un sistema social y es en ese entramado en el que llevan a cabo sus acciones cotidianas, respetando algunas normas y transgrediendo otras, desempeñándose en ciertas áreas de actividad y desarrollando estas acciones conforme a su decisión y no por imposición meramente externa. El investigador recolectará ese material, el cual permite la construcción de la "red de relaciones" desde la cual es posible interpretar los significados de los discursos y prácticas de los sujetos. Como plantea Chaves, el análisis de la perspectiva del actor no significa que la estructura esté ausente, sino que ésta: "es parte producida y también parte condicionante, al modo de las estructuras estructurantes y estructuradas de Bourdieu o de la doble estructuración de Giddens" (2010: 52).

La experiencia de los sujetos es una ilustración de una totalización que antecede lógicamente a sus partes, y tal como plantea Guedes (1997), las experiencias de los sujetos constituyen una actualización de algo mayor, estructural, que está por fuera de ellos. Los sujetos son parte de una cultura, entendiéndola como:

> (…) sistemas en interacción de símbolos interpretables… la cultura es un contexto dentro del cual pueden describirse todos (los) fenómenos de manera inteligible, es decir, densa. (Geertz, 2006: 27, el énfasis es mío)

De esta manera, la cultura no es una entidad a la que puedan atribuirse de manera causal acontecimientos sociales o modos de conducta, instituciones o procesos sociales; sino que se constituye a partir de los sistemas de interacción en el cual se ponen en común símbolos interpretables, que configuran el contexto en el cual los sujetos actúan y significan sus discursos y prácticas.

2.1. Etnografías sobre sectores populares y Trabajo Social

Tal como advertí precedentemente, decidir utilizar un enfoque etnográfico no me resultó sencillo, probablemente porque analizaba esa posibilidad desde ciertos prejuicios. Teniendo en cuenta que esta es una Tesis de Doctorado en Trabajo Social, es que considero pertinente explicitar dos premisas que fui construyendo a lo largo de mi trabajo de investigación respecto de la relación Trabajo Social –

Etnografía, específicamente cuando ésta se utiliza para estudiar sectores populares[6].

La primera premisa que funcionó como obstáculo epistemológico (Bachelard, 1988)[7] a la hora de optar por este enfoque, tiene que ver con considerar que el carácter hegemónico del perfil interventivo-práctico de la disciplina opera en relación con la deslegitimación de la producción de conocimiento sobre los sectores populares, por dos motivos. Uno de ellos tiene que ver con considerar que la etnografía en tanto descripción densa o interpretación, reifica los objetos de intervención con los cuales intervenimos; y asociado a éste, el otro motivo remite a que sólo es válido aquel conocimiento respecto de los sectores populares que tengan como objetivo transformar o denunciar "la realidad" (Fonseca, 2005).

La segunda premisa a la que arribé luego de comenzar con el trabajo de campo y que funciona a modo de propuesta epistemológica, versa sobre el potencial que la etnografía como enfoque y método tiene para la producción de conocimiento sobre los sectores populares en Trabajo Social. Considero así, que investigar desde este enfoque es sumamente valioso para la disciplina, ya que lejos de reificar nuestros objetos de intervención y cosificar a las poblaciones con las que intervenimos, posibilita la objetivación y la interpretación de sus prácticas cotidianas al abordarlas desde una posición de "desfamiliarización" (Seman, 2009).

2.1.1. ¿Reificar, transformar o denunciar?

[6] Respecto del debate disciplinar en relación con la producción de conocimiento desde el enfoque etnográfico, numerosos trabajos recuperan los antecedentes de esta relación analizando cómo se reconfigura en la contemporaneidad. Se destacan los estudios de Bibiana Travi respecto del rol de las trabajadoras sociales "pioneras" en Estados Unidos a principio de siglo XX, que eran quienes realizaban el trabajo de campo para los estudios antropológicos de la Escuela de Chicago durante la década de 1920 y 1930. Se sugiere la lectura de dos textos respecto de la relación Trabajo Social – Etnografía: 1) TRAVI, B (2008). "El trabajo social y las ciencias sociales. Aportes frente a la invisibilización y el 'epistemicidio' disciplinar". Trabajo elaborado y corregido sobre la base del documento presentado en el Segundo Foro Latinoamericano: "Escenarios de la vida social, el Trabajo Social y las Ciencias Sociales en el Siglo XXI". Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata. La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina. 28,29, 30 de agosto de 2008; 2) GOMEZ SANCHEZ, Irey et al (2005), "Método Etnográfico y Trabajo Social: Algunos aportes para las áreas de investigación e intervención social", FERMENTUM Mérida – Venezuela. Ambos textos disponibles on line.

[7] Utilizo la concepción de obstáculo epistemológico como lo plantea Bachelard (1988) en relación con las confusiones y entorpecimientos que se ponen en juego a la hora de conocer.

En relación con la primera premisa, Claudia Fonseca (2005) plantea en su texto "La clase social y su recusación etnográfica" que el enfoque etnográfico aporta una contribución singular a las discusiones sobre las sociedades contemporáneas y que tiene que ver con la tentativa de entender otros modos de vida a través de la subjetividad del investigador y su confrontación con lo diferente como instrumento principal de conocimiento. La autora considera que específicamente las etnografías sobre los sectores populares enfrentan persistentes demandas de analizar sus datos empíricos en términos del impacto que la sociedad dominante genera sobre ellos. Al no aceptar ese objetivo como el principal reciben el mote de "culturalistas" (2005: 3) recayendo sobre los investigadores cierta censura. Los supuestos que subyacen en estas discusiones y que Fonseca identifica son tres:

> 1) que no debería haber pobres; 2) si existen pobres, el trabajo el investigador debería dirigirse a remediar su situación y 3) si no es posible mejorar su situación, sólo le cabría al investigador denunciar su explotación por parte de la sociedad dominante. (2005: 3)

La autora considera que particularmente en las investigaciones realizadas por disciplinas que tienen una tradición fuertemente interventiva, como el Trabajo Social, se ponen en juego los dos últimos supuestos. En relación con éstos, considera que la posibilidad de estudiar a los sectores populares queda reducida a su potencial transformador o de denuncia, y sólo se justifica investigar si está acompañado por un proceso de intervención cuyo objetivo consiste en "hacer algo" respecto de la situación estudiada. En ese sentido, Fonseca (2005) interpela a los investigadores que realizan una "conexión funesta" entre el ansia de ayudar y la aspiración de estudiar etnográficamente a los grupos populares. Desde esa conexión, continúa la autora, el investigador denuncia las estructuras capitalistas como causa última de la pobreza al mismo tiempo que busca a través de su etnografía, mecanismos educativos capaces de provocar una transformación liberadora de valores entre los propios pobres. La autora advierte que el riesgo de esta conexión es que muchas de las investigaciones etnográficas "no consiguen ver nada más allá de la miseria" (Fonseca, 2005: 6) y sólo se documenta en ellas la carencia moral y espiritual, desplazándose el problema desde la pobreza hacia el pobre. Por su parte, el otro supuesto plantea que si no podemos transformar la

situación de opresión, al menos debemos denunciarla. Para Fonseca, el riesgo de esta idea es el de reforzar "una lectura maniquea de la realidad" (2005: 7) desde la cual el mundo se organiza entre buenos y malos, verdugos y víctimas indefensas, analizando a los sectores populares como apáticos, pasivos y a la espera de una emancipación que siempre es traída desde afuera.

Ubicándome desde una posición autocrítica y reconociendo que estos supuestos funcionaron en muchos casos obturando mi capacidad interpretativa durante el proceso de trabajo, los retomo para poder desentrañar cómo se ponen en juego en el Trabajo Social, impidiendo y dificultando en muchos casos la posibilidad de construir conocimiento respecto de los sectores populares. Se cuela de ese modo en términos disciplinares un discurso que considera que desde la interpretación etnográfica se justifica la estructura de dominación que éstos padecen cotidianamente. Considero que revisar esos supuestos nos permitirá no perder de vista el potencial analítico e interpretativo que el enfoque etnográfico provee al Trabajo Social en tanto posibilidad de recuperar las experiencias cotidianas de los sectores populares y construirlas en datos de investigación, habilitándonos a analizar no sólo sus prácticas sino también cómo se configura el conflicto, el movimiento y la ambivalencia dentro de las mismas.

2.1.2. La desfamiliarización como apuesta política

En relación con la segunda premisa y tal como fue dicho, la misma funciona como propuesta epistemológica de revalorizar el potencial del enfoque etnográfico. Éste se constituye en una herramienta de construcción de conocimiento privilegiado para el Trabajo Social en tanto su objetivo es captar y "presentar diferencias sin reificarlas" (Fonseca, 2005: 12) a partir del análisis de las experiencias cotidianas[8], entendidas como la unidad de la práctica y la representación. Recuperar el potencial que la práctica "desfamiliazadora", propia de este enfoque, tiene para el Trabajo Social se constituye así, en una apuesta político-epistemológica.

[8] El trabajo historiográfico y sociológico de E. Thompson (1988) es considerado un clásico en tanto antecedente para el análisis de la experiencia de vida de los sectores populares. El autor aborda con fuentes históricas reflexiones sobre la cultura plebeya de la Inglaterra decimonónica e incorpora el conflicto como modo de escapar a la visión esencialista en el estudio de los grupos subordinados.

Pablo Semán (2009) en su texto "Culuras populares: Lo imprescindible de la desfamiliarización" plantea que es necesario, por un lado, mantener cierta distancia respecto de las investigaciones etnográficas que suponen homogeneidad en sus objetos de estudio, y por otro, recuperar el valor del relativismo en tanto comparación y contraste que "sólo puede parirse con el esfuerzo de contrastes" (2009: 191). En ese sentido, la desfamiliarización se concreta como relativización de nuestro contexto inmediato: "como apuesta a la existencia de otro mundo que permite significar de otra forma la actuación de otros" (Seman, 2009: 194).

De esta manera, apelar a la "desfamiliarización" supone la posibilidad de poner en juego nuestra capacidad de percibir diferencias que, además, por ser sutiles, nos exigen enfrentarnos a la potencia de las circunstancias que las niegan. La propuesta de captar la diferencia, siguiendo a Semán, tiene que ver con: "tres gestos encadenados: suponer al otro, comparar y escuchar el bajo continuo[9] que estructura la experiencia de las clases populares" (2009: 190).

Es así que captar la diferencia supone desfamiliarizar y "extrañar lo próximo para no identificar su humanidad con nuestra versión de ésta" (Semán, 2009: 190). Eso no significa desconocer que las prácticas y la dominación de grupos sociales están asociadas, y que de hecho la dominación se reproduce a través de esas prácticas, sino más bien la desfamiliarización invita a considerar la necesidad de superar la reducción de los sectores populares a la dominación. Porque de lo contrario, "el riesgo es reducir la realidad a muchísimas menos variables de las que la componen, y hacer luego proyecciones lineales de tendencias de lo obtenido por medio de la abstracción" (Semán, 2009: 203).

La posibilidad de desfamiliarizar en la complejidad, teniendo en cuenta los propios puntos de vista de los sujetos o agentes sociales, se convierte en fortaleza para el Trabajo Social, en tanto nos permite construir una concepción de los otros,

[9] El autor en su libro *Bajo Continuo: exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva* explica la referencia de la idea de bajo continuo, que es la forma compositiva del barroco en la que la mano derecha del clavecinista intervenía "libremente" dialogando con lo prescripto detalladamente por la partitura para la mano izquierda y la utiliza para plantear que "las improvisaciones de los actores dialogan con un epicentro que se organiza en ese sedimento" (Semán, 2006: 24).

pero también nos interpela a explicitar nuestro propio punto de vista, en un diálogo permanente con la teoría que se invoca a cada momento.

3. Del trabajo de campo

En el año 2009 visité por primera vez el barrio Las Flores Sur. Lo hice como trabajadora de un Equipo del Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe en el que participaba, cuyo ámbito de trabajo era la Escuela Secundaria Técnica N° 407. En ese entonces la Escuela todavía funcionaba en Las Flores Este y lo hacía en un edificio "prestado" que pertenecía a la Escuela Primaria Serrano. Durante los dos años que concurrí a la escuela, sólo algunas veces fui a Las Flores Sur. No lo hice seguido porque mi trabajo estaba focalizado en el acompañamiento del equipo docente y se desarrollaba adentro de la institución y aun cuando la mayoría de los jóvenes que concurrían a la escuela provenían de ese barrio, las recorridas por fuera del edificio eran poco frecuentes. Desde aquel entonces conocer las experiencias de vida de los jóvenes de Las Flores Sur despertó mi interés porque, tal como planteé al comienzo, empezaban a posicionarse con más fuerza discursos sociales, políticos y mediáticos que prefiguraban a los jóvenes del barrio como "narcos" y en esa construcción se condensaban otros atributos tales como que eran "vagos" y "choros". Muchos de los docentes reproducían esa mirada estigmatizada y consideraban así que los jóvenes habían dejado de concurrir a la escuela porque se sentían más atraídos por propuestas vinculadas con la ilegalidad. En esa primera llegada al barrio y en contacto con los jóvenes de la escuela, comencé a construir el interrogante principal de investigación porque tenía la intención de contrarrestar esos discursos y preguntar a los jóvenes por otras cosas desde las cuales en gran medida no se los estaba pensando. Me proponía, en suma, indagar acerca de lo que los jóvenes tenían para decir sobre el trabajo, lo que resultaba una forma contundente de cambiar el lugar desde donde se los interpretaba.

En 2014, iniciada la segunda etapa de mi trabajo de campo para la tesis, volví al barrio con la decisión de situar mi investigación en Las Flores Sur. Es así que me enfrenté con el primer desafío, ciertamente básico, sobre cómo contactar a los jóvenes. Por mi experiencia de trabajo hasta el 2011, aún conservaba la relación

con algunos docentes que podían acompañarme en esa búsqueda e intenté por esa vía acercarme a los jóvenes. Sin embargo, luego de entrevistar en la escuela a algunos de ellos, consideré que el encuadre que la institución imprimía iba en detrimento de poder profundizar en los intercambios con los jóvenes respecto de otros aspectos de sus biografías. Algo de lo normativo, del deber ser de la institución, obturaba la espontaneidad de los encuentros y, en algunos casos, de manera espejada los jóvenes respondían a la imagen que en la escuela se construía respecto de ellos como "narcos", "vagos" o "choros" y quedaban atrapados en esa identificación. Es así que consideré que sería mejor encontrarme con un grupo de jóvenes, y no de manera individual con cada uno de ellos. Esta segunda decisión significaba mayores complicaciones, porque acceder a grupos de jóvenes no es una tarea sencilla a excepción de hacerlo a través de una institución. Es así que una vez descartada la posibilidad de hacerlo a través de la escuela comencé a indagar respecto de otras instituciones por las cuales los jóvenes del barrio transitaran.

Finalmente, me contacté con los trabajadores del Centro de Convivencia Barrial Las Flores Sur (de ahora en más, CCB) quienes me comentaron que allí estaban realizando, por primera vez, un curso de capacitación en oficios, en el marco de un reciente Programa Municipal dirigido a jóvenes de sectores populares denominado "Nueva Oportunidad"[10] y que podía concurrir y mantener intercambios con el grupo de jóvenes. Así fue que comencé a visitar el CCB, entre marzo de 2014 hasta diciembre de 2015. La decisión no estuvo signada solamente por la bienvenida de los trabajadores del CCB, sino que fue motivada por distintas cuestiones que resultaban centrales para mi trabajo. En primer lugar, porque el

[10] Respecto de este Programa, algunas de sus características serán retomadas en el Capítulo III. Por el momento, considero importante mencionar que es un Programa en capacitación en oficios para jóvenes en situación de riesgo o vulnerabilidad que viven en los barrios denominados "priorizados" por la política social municipal y provincial. El Programa originalmente dependía de la Municipalidad de Rosario, específicamente de la Secretaría General (años 2013, 2014 y 2015) y las becas que cobraban los jóvenes estaban financiadas por el Gobierno de la Provincia de Santa Fe a través de un Programa Interministerial denominado "ABRE". Desde el año 2016 se convierte en el programa más importante de intervención con jóvenes de sectores populares y se extendió a toda la Provincia, dependiendo administrativa y financieramente del Gobierno de la Provincia, si bien con intervención interministerial está cargo del Ministerio de Desarrollo Social. Los jóvenes que asisten a las capacitaciones cobran una beca mensual durante 6 meses de aproximadamente $900 lo cual les genera el compromiso de asistir a la institución dos veces por semana para las capacitaciones y un tercer día denominado "tercer tiempo" en donde se abordan las problemáticas que surgen en el grupo.

encuadre no era similar al escolar, ya que los jóvenes allí no tenían horarios demasiado rígidos ni se les exigía cumplir con pautas estrictas, sino que circulaban con cierta libertad por la institución y esto me permitía entablar una relación más relajada con ellos. En segundo lugar, porque se trataba de jóvenes que estaban realizando una capacitación en oficios, lo cual me hacía estimar que tenían inquietudes respecto del trabajo. Por último, realizar el trabajo de campo allí suponía contar con un anclaje territorial que generaba condiciones propicias para realizar las entrevistas en un ambiente ameno, silencioso, con mates y galletitas de por medio y con disponibilidad de espacio y tiempo para hacerlo. Esto último cobró relevancia no sólo porque no es fácil en el barrio encontrar espacios para poder hablar con tranquilidad con los jóvenes, sino porque además el CCB aparece como un lugar valorado por ellos en diversos sentidos, pero fundamentalmente porque es una institución en la cual pueden manejarse con mayores grados de libertad que en otras, tales como la escuela o el Centro de Salud.

Es así que el grupo de jóvenes que participaban del Programa Nueva Oportunidad en el CCB Las Flores Sur se convirtió en mi primera referencia en el barrio.

3.1. Una vuelta por el CCB

El CCB constituye un gran pulmón verde que se enclava cerca del ingreso al barrio Las Flores Sur. Es un lugar diferente y especial en el marco del barrio porque su construcción responde a un estilo de quinta de fin de semana, con espacios amplios y un gran jardín que incluye una huerta al fondo. Observado desde su entrada, el CCB se divide en un edificio de dos alas, conectadas entre sí por otra construcción compuesta por dos salas. En el ala izquierda se encuentra la cocina y atrás dos aulas para niños que concurren al lugar, porque allí funciona también un área de Primera Infancia conocida en el barrio como "Guardería Municipal"[11]; en el ala derecha está el casco principal en donde hay un gran salón que funciona como SUM y en donde se realizan múltiples actividades. Al lado del SUM, dos aulas más que también tienen funciones diversas. Entre las dos alas, se ubican "las piecitas", que son dos salones chiquitos en los cuales los jóvenes

[11] Este dato es retomado posteriormente, en el Capítulo III.

pasan la mayor parte del tiempo ya que allí, además de realizar las capacitaciones, disponen de computadoras y conexión a internet para utilizar libremente. La construcción está rodeada por galerías que le otorgan movimiento al espacio, permite que los jóvenes entren y salgan de los salones y que puedan circular por el predio. En el jardín verde hay juegos como hamaca, tobogán, asientos de cemento y ruedas de camiones que hacen las veces de banco y en donde los jóvenes aprovechan para sentarse un rato, charlar o fumarse un cigarrillo.

La vinculación que el CCB históricamente tuvo con la problemática alimentaria (ya que allí funcionó durante muchos años una Guardería infantil con comedor) hace que la cocina sea un lugar clave, y entrar en aquel lugar significa sentir el olor a torta y a manteca, a milanesas con puré, a leche a punto de hervir y otras tantas preparaciones que las mujeres que trabajan allí cocinan diariamente. En ese espacio conocí a Olga, una mujer del barrio que hace más de 20 años que trabaja como cocinera en la institución. Al comienzo de mi investigación, Olga era quien me abría uno de los salones de la guardería de niños que utilicé para realizar la mayoría de las entrevistas. Nuestros intercambios se limitaban a ese momento. Sin embargo, después de que accediera a que la entrevistara, Olga se convirtió en mi llave de acceso al barrio, en una informante clave. A partir de su relato biográfico pude empezar a vislumbrar las biografías familiares e individuales de los jóvenes, pero tomando como punto de partida la historia del barrio que iba conociendo a través de Olga. Y al mismo tiempo, desde su relato pude conocer los hitos históricos barriales y el peso que todavía tienen en la cotidianidad de sus habitantes. A través de Olga, resinifiqué la dimensión territorial, que ya aparecía con mucha fuerza en los relatos de todos los jóvenes, y se convirtió en "la" clave para el análisis de la sociabilidad juvenil.

3.2. *Salir* al barrio

Por intermedio de Olga llegué a Julio, su esposo, quien había participado con ella en la resistencia popular que tuvo lugar en el barrio a fines de la década de 1980, específicamente luego de los saqueos de 1989. Julio es conocido en el barrio y por los jóvenes porque trabaja en dos instituciones, el Centro de Salud Municipal y la Escuela Primaria Belgrano. Conocer esas dos instituciones y entrevistar a sus

trabajadores fue parte del recorrido que construí por fuera del CCB, lo cual se constituyó en una tercera etapa del trabajo de campo: *salir* al barrio. Fue así que visité la escuela, el Polideportivo, los Centros de Salud, el Centro de Acceso a la Justicia, el Galpón de Emprendedores, la Huerta Rosarina Linda y también, "la calle". Caminé por el barrio innumerables veces, con los jóvenes, con los trabajadores, con otros compañeros que realizaban trabajo de campo allí; realicé visitas en las casas de los jóvenes con las trabajadoras del equipo del CCB, en general para invitarlos a que participaran de los talleres que se hacían en esa institución y también en algunos casos para consultarles por qué motivo habían dejado de concurrir.

Durante el trabajo de campo accedí a diversos materiales escritos sobre el barrio, en muchos casos facilitados por los vecinos o los trabajadores: notas de diarios, tanto locales como nacionales; revistas barriales; ensayos; trabajos de tesina de grado y especialización realizados por los trabajadores del barrio; documentos de organización interna del CCB y planificaciones institucionales; documentos de la Dirección de Juventudes de Rosario y del Programa Nueva Oportunidad. También accedí a fotografías, tanto de los vecinos respecto de la historia del barrio como otros registros producidos por los docentes de la Escuela Secundaria N° 407.

En la Escuela Secundaria N° 407 afiancé esta tercera etapa del trabajo de campo realizando visitas semanales a la institución que por ese entonces (febrero de 2015) estaba recientemente inaugurada. Ingresé a la institución a través de una docente de plástica, quien además trabaja en el barrio con los jóvenes desde proyectos artísticos, y rápidamente me contactó con ellos. No sólo entrevisté a jóvenes, docentes y directivos, sino que realicé observaciones en reuniones de jóvenes que estaban organizándose para incorporarse a una propuesta participativa denominada Parlamento Joven[12]. Conocer a otros jóvenes, en el marco de ese "otro espacio" que es la escuela, significó un momento de ruptura respecto del proceso de construcción de conocimiento que venía realizando, que estaba

[12] Los jóvenes de 3° a 6° año de la Escuela Secundaria N° 407 realizaban encuentros para definir quiénes serían los delegados encargados de representar a la Escuela en la Propuesta de Parlamento Joven, que se realiza en la Ciudad de Buenos Aires y en la cual se simula la participación de los jóvenes como Congresales. En esa instancia, los participantes llevan un listado de temáticas/ problemáticas que los jóvenes consideran prioritarias.

principalmente enfocado en el CCB, ya que cada vez comenzaron a cobrar más fuerza otros recorridos por los cuales los jóvenes transitan. En ese sentido, *salir* del CCB al barrio significó para mí y para la construcción del problema de investigación, que el análisis que venía realizando sobre "jóvenes de Barrio Las Flores Sur" se desmembrara para comenzar a considerar la multiciplicidad de los "modos de ser joven" que conviven en el barrio y ligado a esto, distintos circuitos con discursos y prácticas diferentes.

A lo largo de todo mi recorrido de investigación también conocí adultos que me permitieron analizar cómo se configura la conexión intergeneracional (Manheimm, 1993) que existe entre adultos y jóvenes en el barrio. Es así que en varias ocasiones conversé con las madres de los jóvenes que participaban en el CCB o en la escuela, conocí y entrevisté a trabajadores del CCB y a los directivos de escuelas, tanto la Secundaria 407 como la Escuela Privada Confesional Itatí. Conocí a referentes barriales que trabajan en algunos de los espacios comunitarios del barrio, tales como las huertas.

Y también, la voz de los adultos apareció representada en la mirada que desde el gobierno (municipal y provincial)[13] se construye respecto de las juventudes rosarinas, específicamente de sectores populares, y accedí a ella a través de entrevistas a siete funcionarios de la Municipalidad de Rosario, tanto de la Secretaría General como de la Secretaría de Desarrollo Social, como a tres funcionarios de la Provincia vinculados con el Plan Abre, que es el Plan que financia al Programa Nueva Oportunidad, como mencioné en páginas precedentes. No puedo dejar de mencionar mi incorporación como parte del equipo de dicho Programa, durante seis meses del 2016, lo cual me permitió poner en tensión algunos de los hallazgos sobre los que venía trabajando en relación con esta investigación, enriqueciendo mis lecturas y mis análisis en cada una de las instancias de trabajo y de discusión.

[13] Existe un debate teórico y político respecto de si el Estado reproduce una mirada "adultocéntrica" en relación con la problemática de las juventudes. En este caso, esa discusión no es objeto de este estudio, pero sin embargo es necesario explicitar que las políticas que intervienen con jóvenes (municipales y provinciales), y fundamentalmente las vinculadas a la lógica asistencial, los consideran como "futuros adultos" y existen dificultades para trabajar con ellos desde cómo se configura su vida hoy. En general los funcionarios reconocen que la mirada adultocéntrica es un obstáculo en la política juvenil, y forma parte de las discusiones internas de la gestión (municipal y provincial) que dirimen de qué manera esa construcción se puede modificar.

3.3. Los jóvenes

Para finalizar este apartado, me gustaría detenerme en los distintos espacios de intercambio que compartí con los jóvenes. En algunos casos se trataba de charlas informales cuando los encontraba casualmente en alguna actividad del CCB, y en otros durante las entrevistas, que en la mayoría de los casos estaban pautadas de antemano. Las entrevistas fueron realizadas en una de las salitas destinadas a los niños. Con la mayoría de los jóvenes realizaba primero una entrevista "formal" (grabada) y luego manteníamos otras charlas informales en los pasillos, las galerías o las salitas. Las historias de estos jóvenes constituyen el insumo central de esta investigación. Para poder organizar los diversos relatos e historias que recopilé durante mi trabajo de campo, definí dos grupos de distribución: el primero compuesto por quienes participaban de las capacitaciones del Programa Nueva Oportunidad en el CCB: Jenifer[14], Mora, Mica, Tamara, Romina, Katerin "La Rubia", Carla, Natanael, Ramiro, Ramón, Brian, Carli, Pedro, Milton, los hermanos Juan y Zacarías y los hermanos "El Lechuga" e Isaías; y el segundo grupo constituido por los jóvenes que conocí en la Escuela Secundaria N° 407: David, Diego, Dana, Micaela, Milton y "El Chinito"[15]. A partir de mis diálogos cotidianos con ellos, de intercambios presenciales y también a través de las redes sociales, fui analizando la manera en la que construían su universo juvenil en el barrio. En todas esas instancias, pude advertir uno de los principales hallazgos de esta tesis que tiene que ver con que la relación que los jóvenes establecen con el trabajo se construye en referencia a otros aspectos que forman parte de la construcción de las redes de relaciones de estos jóvenes: el barrio, la escuela, los afectos, la calle.

El uso metodológico de la historia de vida me permitió reconstruir la manera en la cual los jóvenes se piensan, identificando estos momentos significativos para después poder trabajarlos en relatos organizados de sus experiencias vitales. En ese sentido, vale la pena retomar el planteo de Piña (1986) quien alerta respecto de

[14] Los nombres de todos los protagonistas de la tesis han sido ficcionados para mantener la privacidad de los datos vertidos en esta investigación. Este dato fue aclarado en cada una de las entrevistas realizadas.

[15] En el Anexo 1 se puede consultar un breve resumen respecto de los datos de cada uno de los jóvenes que conocí durante el trabajo de campo.

que nunca se está frente a "la vida" de una persona, ni mucho menos, frente a la historia de vida, sino que, por el contrario, siempre se está frente a fragmentos, siendo mucho más lo que se escapa o se ignora que lo que se puede llegar a conocer. Trabajar con historias de vida supone para el investigador encontrarse con un "tupido mosaico de interpretaciones que él, a su vez, quiere y debe interpretar" (Piña, 1986: 33). En ese sentido, cuando entrevisté a los jóvenes tenía en claro que no estaba frente a la mera descripción o recuento de hechos que estos hacían de su propia vida, sino ante el desarrollo de un discurso de alguien que se piensa a sí mismo frente a otro, para construir, fijar y justificar cierta identidad. Y, por otra parte, tenía en claro que esa construcción estaba compuesta por las representaciones que los jóvenes construyen mediados por su posición de clase y por discursos externos, ya sean institucionales o mediáticos, que los preformatean. Como plantea Becker, las personas transmiten las representaciones que han elaborado, y en ese sentido, "la organización social incide sobre la elaboración y el uso de las representaciones al influir en el modo en que se practican esas operaciones" (2015: 39).

Las historias de vida con las que trabajé principalmente, fueron las de los jóvenes que asistían al CCB. Con ellos compartí la mayor cantidad de tiempo, a través de acompañarlos en múltiples instancias durante las cuales realizaba observaciones participantes. En otras instancias, participaba desde un rol más activo, por ejemplo cuando recibían alguna visita en la institución o cuando presentaron las producciones realizadas en las capacitaciones. Como parte del trabajo de campo realicé de manera conjunta con el equipo del CCB un grupo focal con los jóvenes que participaban de una de las capacitaciones. En dicho grupo propusimos trabajar cuáles eran sus representaciones sobre el barrio tanto desde lo discursivo como desde lo "representacional", es decir, de qué manera daban cuenta de esas representaciones en un mapa.

Otro de los materiales con los que trabajé fueron los posteos públicos de los jóvenes en las redes sociales[16]. Estos materiales se constituyeron en un insumo

[16] Específicamente, me refiero a intercambios por Facebook. Luego de realizar cada entrevista, la mayoría de los jóvenes me solicitó "amistad" en esa red social, a lo cual accedí y eso significó poder acceder a lo que posteaban públicamente en sus muros.

que me permitió problematizar algunas situaciones en las que observaba el modo en que los jóvenes realizaban su presentación de sí en las redes y en los intercambios presenciales. El recurso de las redes sociales como parte de los datos recabados durante el trabajo de campo, tiene sentido en tanto pude observar que durante los encuentros que se producían por fuera de la situación de entrevista los jóvenes se mostraban más relajados y podía abordar desde otro lugar muchas de las problemáticas que indagué en mis entrevistas. Como plantea Piña, los entrevistados afrontan la situación de entrevista con un alto grado de incertidumbre y "desde una posición que se presta a ser sentida como inferior o subordinada" (1986: 35).

En la mayoría de los casos, los jóvenes no manifestaron reparos en ser entrevistados. Más aún, a muchos los sorprendía mi interés en sus vidas, y sobre todo les resultaba novedoso que les pregunte sobre "el trabajo". Frente a mis preguntas, en muchos casos se reían y bromeaban entre ellos diciendo que eran "vagos" y que no merecían ser entrevistados. Pero también otras veces, se vestían para la entrevista de manera formal porque suponían en esa instancia la posibilidad de conseguir algún empleo. Lo cierto es que una vez en la situación de entrevista, los jóvenes se rieron, lloraron e hicieron mucho esfuerzo para recordar datos de la historia familiar que aparecían frágilmente sostenidos por algún hilo conductor. En algunos casos, se mostraron avergonzados por no poder responder algunas preguntas, y en otros, lo que los avergonzaba era recordar situaciones muy difíciles que habían transitado con sus familias como, por ejemplo, momentos en que no tenían para comer. Sin embargo, en todos los casos, después de transcurrido un rato de charla se establecía un vínculo de cierta intimidad que permitía que los jóvenes pudieran hablar sobre lo que querían y se despojaran de lo que suponían que "debían decir". Como dato ilustrativo de este clima, en la mayoría de los casos cuando terminábamos la entrevista les señalaba el tiempo que había transcurrido y se sorprendían por lo larga que había sido la charla y lo rápido que se les había pasado. Muchas veces recibí algún mensaje posterior para agradecerme por el encuentro y por haberlos escuchado.

Otro de los espacios claves en mi investigación fue la calle. De la mano de los jóvenes "salí" del CCB y transité ese espacio con ellos. En algunos casos con la

excusa de ir a sacar fotos o de participar de algún encuentro barrial, y en otras instancias solamente para conocer ese espacio que me resultaba mucho más ajeno que las instituciones a través de las cuales había ingresado al barrio. Conocer "la calle" significó poder pensar los circuitos de los jóvenes de otra manera, verlos desde otro lugar, ni homogéneos ni lineales sino en una tensión permanente entre diferentes recorridos. El recorrido por el barrio desde "la calle" me permitió valorizar el peso que la dimensión territorial tiene en la configuración de la sociabilidad juvenil. Esto me condujo a jerarquizar su lugar en la investigación, y consecuentemente, otorgarle centralidad en la estructura final de la tesis.

3.3.1. Interpelaciones

Mi recorrido por el barrio también me llevó a encontrarme con momentos de una tristeza profunda que me interpelaba. A lo largo de mi estadía en Las Flores conocí y registré historias de vida duras, de jóvenes cuyas biografías están marcadas por diferentes tipos de tragedias que dan cuenta del abandono de protecciones sociales e institucionales que existe en el barrio. Por ejemplo, recuerdo nítidamente el día en el que no me resultó posible realizar una entrevista con una joven que tenía serias dificultades cognitivas, atravesada por un proceso de consumo problemático de sustancias que la había deteriorado severamente; o también cuando en otras entrevistas, los jóvenes relataron abusos sistemáticos, recurrentes y cotidianos por parte de la policía, manifestando su enojo y su fastidio por tener que vivir asediados. En múltiples ocasiones, también expresaron con angustia y desasosiego sus dificultades frecuentes para poder hacer "otra cosa", como conseguir un trabajo que les permita vivir en mejores condiciones. En otros casos, los más dolorosos y extremos, no pude realizar la entrevista porque los jóvenes con los que las había pautado murieron. Tres de los jóvenes que conocí durante mi tiempo en Las Flores, murieron víctimas de asesinatos violentos.

El registro sistemático de todos esos datos, esas percepciones y construcciones fue volcado en notas de campo a partir de las cuales fui hilvanando y organizando la información, pudiendo configurar de ese modo la "red de relaciones" (Tiscornia, 2004) que constituyen el campo. Por último, extraje una gran cantidad de material

audiovisual de los espacios de capacitación de los jóvenes que participaban del taller de fotografía y video social en el CCB[17], cuyo registro es utilizado como parte de los datos analizados para esta tesis.

4. Plan de la Obra

La tesis se encuentra organizada en nueve capítulos. El Capítulo I, que se titula "Jóvenes de sectores populares y trabajo", tiene como objetivo presentar las principales discusiones teóricas en relación a las categorías centrales de la tesis. En este Capítulo ubico las definiciones conceptuales medulares de la investigación: jóvenes, sectores populares y trabajo, recuperando centralmente el estado del arte sobre los abordajes respecto de la relación de los jóvenes con el trabajo en ciencias sociales.

El Capítulo II, "Bienvenidos a Barrio Las Flores Sur" tiene como objetivo presentar la construcción de la cartografía barrial, a partir de ubicar los espacios y lugares por los cuales circulan los jóvenes y que se constituyen en anclajes y referencias territoriales desde donde construyen sus redes de relaciones. En este Capítulo trabajo cuáles son las fronteras que operan en la delimitación y organización del espacio, en relación con el adentro y el afuera barrial, pero también al interior del propio territorio.

En los Capítulos III y IV reconstruyo la historia barrial, poniendo especial atención en los hitos claves que operan en la construcción de identificaciones de los vecinos con el territorio, y que también son recuperados en la mirada que los "otros", quienes no viven en ese territorio, construyen respecto del barrio. En el Capítulo III, que se denomina "Feos, Sucios y Malos" analizo cómo se va configurando la "mala fama barrial" a partir de tres hitos: el surgimiento violento del barrio en las relocalizaciones durante el Gobierno Militar en 1978, los saqueos de 1989 y la posterior organización popular, y por último, la intervención por parte del gobierno municipal en los espacios comunitarios que habían surgido luego de los saqueos.

[17] El material fotográfico se encuentra disponible en Facebook, como "Hacete la Película".

En el IV, “Nacidos en los 90” describo el momento histórico en el cual nacen y crecen los jóvenes que conocí, diferenciando dos períodos: la década de 1990 hasta los primeros años del 2000 y la etapa que se extiende desde el 2003 en adelante. Para la década de 1990 trabajo sobre dos fenómenos puntuales: la expansión de la muerte joven por la epidemia de VIH – SIDA, lo cual funciona como registro de época para dar cuenta de la precariedad y agudización de la pobreza e indigencia en ese momento del barrio. El otro fenómeno tiene que ver con el ingreso a mediados de 1990 del narcotráfico en el territorio. A la etapa posterior al 2003 la abordo a partir de ciertas contradicciones que se ponen en juego en el territorio: por un lado, la mejora en la calidad de vida de los vecinos en relación con sus ingresos y sus condiciones materiales, y por otro, el avance de lo que denomino “lógica narco” en el territorio, constituida en un punto de quiebre para la vida barrial en relación con ciertos códigos compartidos, impactando fundamentalmente en la sociabilidad juvenil.

En el Capítulo V, que se denomina “Jóvenes y circuitos”, presento los tres recorridos que construí a partir de analizar los modos diferenciados en que los jóvenes transitan el territorio, referenciándose e identificándose con él. En este Capítulo recupero un debate propio del ámbito del análisis de las biografías juveniles que se vincula con las discusiones sobre el ciclo vital y las trayectorias. Y a partir de la cual establezco la categoría de circuitos para analizar las formas en que los jóvenes articulan sus biografías con el territorio en el que habitan.

En los Capítulos VI y VII presento los dos primeros recorridos: “De la escuela” y “De los guasos”, denominando así cada capítulo. Allí exploro las particularidades de cada uno de esos circuitos desde la mirada de los propios jóvenes. Respecto de la escuela, en el Capítulo VI me propongo analizar el lugar que esta institución tiene en las biografías juveniles a partir de recuperar algunos aspectos claves de esa relación: por un lado, cómo el tránsito por la escuela sigue siendo jerarquizado por los jóvenes al considerar que hacerlo los posiciona en mejores condiciones para competir en el mercado de trabajo, pero también, retomo otras valoraciones que realizan en relación con la escuela y que tiene que ver con la posibilidad de construcción de un *habitus* diferenciado que ésta habilita. Así mismo, retomo los modos diferenciados en que los jóvenes transitan por el adentro y el afuera de la

institución. En el Capítulo VII, el objetivo es describir como se configura otro de los circuitos juveniles, cuya forma de interacción central se constituye a partir de enfrentamientos armados, que los jóvenes denominan como "broncas". En este capítulo recupero el lugar que la "lógica narco" tiene en el territorio y de qué manera la misma contribuye a que se legitime cada vez la construcción de lazos sociales a través del uso de la violencia.

En los Capítulos VIII y IX abordo específicamente la relación de los jóvenes con el trabajo; así, en el Capítulo VIII presento el circuito "Del rescate", para mostrar cómo se relacionan los jóvenes con el trabajo a partir de considerarlo como una posibilidad de "rescate". En este capítulo muestro que para los jóvenes el trabajo se constituye en tanto valor que les permite disputar una posición de honra y respeto en el territorio, a partir de proveerse de manera "honesta" y de sentirse "útiles". A partir de allí analizo la relación jóvenes-trabajo en función de las valoraciones que los jóvenes ponen en juego respecto del mismo y desde las cuales legitiman diferentes actividades laborales.

En el Capítulo IX me propongo poner en tensión esas valoraciones respecto del trabajo con las dimensiones de etnia y género. En primer lugar, analizo cómo operan las diferenciaciones étnico/raciales a partir de la mirada amenazante que los jóvenes construyen respecto de los "inmigrantes", fundamentalmente paraguayos y bolivianos, considerando que son quienes les disputan sus posibilidades de ingreso al mercado de trabajo. Por último, me propongo describir e interpretar cómo la diferencia de género atraviesa las valoraciones que los jóvenes realizan sobre el trabajo. De este modo, los "pibes" y las "chicas"[18] establecen diferenciaciones en relación con cuáles son los trabajos legítimos para cada género considerando que algunas actividades son específicas para varones y otras para mujeres. A su vez un objetivo central de este capítulo es analizar cuáles son algunas de las posibilidades de operaciones de desvíos que los jóvenes construyen respecto de esos lugares estereotipados.

[18] "Pibes" y "chicas" son categorías nativas desde las cuales los propios jóvenes nombran a los varones y a las mujeres, respectivamente.

Finalmente, elaboro las conclusiones de esta tesis tomando como punto de partida la frase “Plantate y boxeá”, que una de las jóvenes me dijo en una charla. Esta categoría nativa se articula como metáfora de la vida de los jóvenes en el barrio Las Flores Sur y de la relación que construyen con el trabajo. En esta instancia de cierre (y nuevas aperturas) pongo en diálogo los diferentes ejes que configuran el desarrollo de la tesis y a partir de la pregunta inicial, realizo algunos aportes finales respecto de la relación de los jóvenes y el trabajo que se desprenden del estudio que aquí concluye.

CAPITULO I

JÓVENES DE SECTORES POPULARES Y TRABAJO

Fuente: Blog http://hacetelapelicularosario.blogspot.com.ar/

Este capítulo tiene como principal objetivo presentar las discusiones teóricas al interior del campo de las Ciencias Sociales respecto de la temática central de las tesis: jóvenes de sectores populares y trabajo. Teniendo en cuenta que desde el enfoque etnográfico elegido las categorías que acompañan el desarrollo de la investigación serán presentadas en los diferentes capítulos que componen esta tesis, sirviendo como insumo para analizar las prácticas de los jóvenes en el territorio, en éste me limito a ubicar las discusiones en las que se enmarcan las categorías centrales de la investigación.

En primer lugar, recupero las discusiones respecto de las juventudes a partir de dos ejes analíticos: la emergencia de la juventud como construcción socio-histórica luego de la Segunda Guerra Mundial y las valoraciones que se le asignaron a este recorte etario. Y por otro lado, analizo cómo se construye la juventud en tanto categoría analítica en las Ciencias Sociales, recuperando antecedentes que considero indispensables para el abordaje de las problemáticas juveniles.

En el segundo apartado, explicito dos cuestiones transversales a la hora de construir la configuración de la "condición juvenil" (Chaves, 2010) de los jóvenes protagonistas de esta tesis. Así, abordo la particularidad de la ubicación en el espacio social de los jóvenes como parte de los sectores populares considerando

que es una de las características centrales a la hora de comprender e interpretar sus prácticas. Posteriormente, me concentro en las particularidades que el género y las sexualidades imprimen en las experiencias vitales de los jóvenes, considerándolo como otro de los ejes transversales. Utilizo para ello diversos aportes de estudios sobre juventudes a nivel nacional. En ese sentido, uno de los espacios más fértiles de producción de cocimiento sobre la temática lo constituye la Red de Investigadores de Juventudes de Argentina (REIJA), que promueve y organiza la realización de manera bianual de la Reunión de Investigadores de Juventudes de Argentina (RENIJA). En dichas reuniones se intercambian experiencias de investigación vinculadas con las juventudes argentinas en relación con diferentes temas: género, violencia, seguridad, educación, trayectorias, consumos culturales, trabajo. En los dos apartados en los que analizo la juventud como construcción socio-histórica y la juventud como categoría analítica, me baso fundamentalmente en los aportes de tres autores considerados "clásicos" en los estudios sobre juventudes: Mariana Chaves (2010), Rossana Reguillo (2012) y Carles Feixa (2008) porque en sus obras (las cuales luego serán presentadas) se condensan las discusiones más importantes, a mi entender, dentro de este campo de estudios.

Por último, me dedico a repasar las modalidades desde las cuales se aborda la relación de los jóvenes con el trabajo en las Ciencias Sociales; para, finalmente explicitar el enfoque elegido para la realización de esta investigación.

I.1. La juventud como construcción socio-histórica

Hablar de jóvenes remite inexorablemente a un determinado momento de la vida que se define, en principio, a partir de un recorte etario. Así, cuando decimos "juventud" nos referimos a personas que transitan un tramo de su vida, por lo general comprendido desde los 15 a los 29 años[19], momento de la experiencia vital al que se le asignan determinadas características particulares. En términos

[19] Existen diferentes criterios para establecer los recortes etarios en donde se ubica a la juventud. Chaves (2010) plantea que, en Argentina, tanto el INDEC (instituto Nacional de Estadísticas y Censos) como la Dinaju (Dirección Nacional de Juventud) han decidido colocar los límites de la etapa joven entre 15 y 29 años y dentro de esta franja los estudios demográficos, los organismos de financiamiento y los diseñadores de políticas sociales distinguen tres subgrupos: 15-19, 20-24 y 25-29. Los Organismos Internacionales como la OIJ (Organización Iberoamericana de Juventud) adopta la perspectiva demográfica según la cual son jóvenes las personas que tienen entre 14 y 24 años, mientras que la Cepal (Consejo Económico para América Latina y el Caribe) dependiente de Naciones Unidas, establece desde los 15 a los 29 años.

generales esas características oscilan entre considerar a la juventud desde una visión romántica que la asocia con la libertad, la diversión, la ausencia de responsabilidades; a otra mirada que la desvaloriza relacionándola con el desinterés, la incompletud, la no productividad, la peligrosidad. Esos dos modos corresponden a construcciones discursivas que dan cuenta de las diferentes representaciones que se ponen en juego a nivel social respecto de la juventud. Ambas posturas abonan a la construcción de una representación mítica de la juventud y responden a lo que Chaves (2010)[20] denomina el modo de comprensión de los jóvenes como "ser en sí mismo" (2010: 76). Para explicar esa construcción, la autora retoma a Lefebrve (1969) quien considera desde esa lógica se configura una mirada ontológica respecto de las juventudes:

> (…) el mito de la juventud consiste en una serie de afirmaciones filosóficas y de redundancias de orden ontológico, esto es, relativas a un 'ser' que se pretende definir. La juventud tendría su 'ser' y se la definiría por ella misma y para ella misma. (Lefebvre, 1969, citado en Chaves, 2010: 77)

Aun cuando desde las dos construcciones discursivas mencionadas previamente se considera a la juventud desde su carácter ontológico, las mismas operan constantemente en las representaciones que existen sobre ese momento de la vida. Es así que, asumir que la juventud es una etapa que se caracteriza por la libertad, la diversión y la ausencia de responsabilidades tiene que ver con lo que Bravlasky (1986)[21] denominó como mito de "la juventud dorada", desde la cual se representa

[20] Mariana Chaves es Licenciada en Antropología y Dra en Ciencias Naturales con orientación en Antropología. Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y además, es impulsora e integrante del Comité Académico y organizador de la Reunión de Investigadores de Juventudes de Argentina, espacio en el cual se sistematizan la mayoría de los estudios existentes sobre juventudes a nivel nacional. Es una de las referentes más importantes en relación con los estudios de juventudes. En su tesis de doctorado, publicada luego con el título de *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana* (2010) realiza un estado del arte riguroso, extenso y preciso respecto de los debates sobre las juventudes y sus abordajes. Sus aportes serán retomados con centralidad a lo largo de toda la tesis ya que recupero su perspectiva para pensar a las juventudes. Se sugiere consultar, también, el informe elaborado por Mariana Chaves en el marco del Proyecto "Estudio Nacional sobre Juventud en Argentina" (2006), coordinado por Eleonor Faur, en el cual se recupera el estado del arte de las investigaciones sobre juventudes en Argentina en ciencias sociales. http://www.comisionporlamemoria.org/investigacionyensenanza/pdf_biblioteca/Informe-Investigaciones-sobre-juventudes-en-Argentina.pdf, [consulta: 06/05/2017].

[21] Cecilia Bravlasky realizó en 1986 uno de los estudios más importantes para el análisis de las juventudes en Argentina. El mismo, realizado un año después de que sea declarado el Año Mundial de la Juventud por Naciones Unidas (1985), releva los datos respecto de las juventudes en Argentina después de la dictadura. Entre otras cosas, presenta información acerca de la

a la juventud de manera homogénea, identificando a los jóvenes como privilegiados porque poseen tiempo libre, disfrutan el ocio y de una "moratoria social"[22] que les permite vivir sin responsabilidades. La segunda construcción discursiva, que desvaloriza a la juventud asociándola con el desinterés, la incompletud y la peligrosidad, configuran la perspectiva que Chaves (2005) denominó como "el gran No", porque desde estas representaciones la juventud es negada desde un modelo jurídico y negativizada desde un modelo represivo, "negándole existencia como sujeto social (incompleto, en transición) o negativizando sus prácticas (juventud problema)" (2005: 26, el énfasis es mío).

En un intento de saldar esta lectura oscilante y dicotómica respecto de la juventud, Chaves (2005) propone pensar a la juventud como relación y al joven:

> (…) como posibilidad, lo que incluye todas las caras, la posibilidad no es positiva en el sentido de 'lo bueno' o 'lo deseable', sino en el sentido del poder hacer, del reconocimiento de las capacidades del sujeto. (Chaves, 2005: 26)

Desentrañar cómo se configura la juventud en tanto relación supone recuperar el proceso a partir del cual la juventud se construye como etapa o momento de la vida diferenciado, a partir de lo que Chaves (2010) denomina "procesamiento sociocultural de las edades" (2010: 27). Respecto de eso, las condiciones para la emergencia de la construcción de la juventud se venían gestando desde finales del siglo XIX, pero ésta recién se erige como momento diferenciado después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se la distingue de otros sectores sociales. Feixa (2008)[23] plantea que para la emergencia de la juventud como "construcción

---

distribución de los jóvenes argentinos en el espacio geográfico, el lugar que ocupan en sus familias, la situación educacional, las actividades que realizan, su situación laboral y la participación política. Un resumen de dicho informe se puede consultar en el repositorio de CEPAL, disponible online: http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/11454/029041055_es.pdf?sequence=1, [consulta: 06/05/2017].

[22] Para profundizar sobre la discusión respecto de la idea de "moratoria social" se sugiere la lectura del texto de Margulis (2008) "La juventud es más que una palabra" en donde el autor discute esta categoría considerando que la idea de moratoria social se desconocen las particularidades, fundamentalmente de clase, para transitar la juventud. A cambio propone la categoría de "*moratoria vital*" que hace referencia a una característica cronológica de la juventud, definida en relación al hecho fáctico que supone el "*crédito temporal*". Así, el autor plantea que "tendrá más posibilidades de ser joven todo aquel que posea ese capital temporal como condición general" (Margulis, 2008: 20).

[23] Carles Feixa es catalán, Doctor por la Universidad de Barcelona y Honoris Causa por la de Manizales (Colombia). Se ha especializado en el estudio de las culturas juveniles, llevando a cabo

cultural", y no ligada únicamente a la fase individual de la vida, fue necesario que se produzcan una serie de condiciones sociales, como normas e instituciones que distinguen a los jóvenes de otros grupos de edad y también una serie de imágenes culturales, es decir, valores, atributos y ritos asociados a éstos. Por su parte, Reguillo (2012)[24] plantea que son tres los procesos que otorgan mayor visibilidad a los jóvenes en la última mitad del siglo XX, y que tienen que ver con la reorganización económica producto del aceleramiento industrial, científico y técnico; la oferta y el consumo cultural y el discurso jurídico.

Reguillo (2012) analiza que específicamente en América Latina la irrupción en la escena pública de los jóvenes data de la época de los movimientos estudiantiles de finales de los años sesenta, advirtiendo que en esa época fueron más pensados como "estudiantes", pero:

> (…) empezaba a ser claro que un actor social que tendía a ser visto con temor o con romanticismo y que había sido construido por una pujante industria cinematográfica como un 'rebelde sin causa', reivindicaba, a través de sus expresiones, una voluntad de participar como actor político. (Reguillo, 2012: 19).

En términos culturales y sociales, en cada momento se le asignaron distintos valores y características a la condición juvenil. Así, durante los setenta en Latinoamérica los jóvenes que participaron de movimientos políticos y de

---

investigaciones sobre el terreno en Cataluña y México. Es referente a nivel internacional en relación a los estudios sobre juventudes, y específicamente respecto del análisis de las culturas juveniles. Su libro *De jóvenes, bandas y tribus* (2008) se constituye en una lectura imprescindible para analizar la construcción cultural de la juventud (las formas mediante las cuales cada sociedad modela las maneras de ser joven) y el estudio de la construcción juvenil de la cultura (las formas en que los jóvenes participan en los procesos de creación y circulación culturales). En esa obra, el autor realiza la historia de las investigaciones sobre juventud y organiza como "tipos ideales", los agrupamientos juveniles que se fueron construyendo históricamente: púberes (sociedades primitivas), efebo (sociedades antiguas), muchachos (sociedades industriales), jóvenes (sociedades postindustriales).

[24] Rossana Reguillo es mexicana, Doctora en Ciencias Sociales, especializada en Antropología Social, profesora-investigadora del Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO y miembro de la Academia Mexicana de Ciencias. Su libro *Culturas juveniles. Formas políticas del desencanto* (2010) también se constituye en un clásico de las lecturas sobre juventudes. Específicamente la autora se dedica a abordar, desde una perspectiva sociocultural, las prácticas juveniles para poder visibilizar desde allí las relaciones entre estructuras y sujetos, entre control y formas de participación, entre los momentos objetivo y subjetivo de la cultura. En ese sentido, plantea que su objetivo tiene que ver con mostrar y evidenciar asuntos desde los cuales los jóvenes ponen en crisis "las gramáticas nacionales, las retóricas oficiales y los lamentos apocalípticos, desplazándose hacia 'las estrategias de la micropolítica', aquella que transcurre en el día a día, a espalda de las instituciones ciegas y sordas, en el pequeño evento en que un 'yo marcho', 'yo canto', 'yo digo' confiere a la agencia juvenil su potencia de cambio" (Reguillo, 2010: 16).

guerrillas revolucionarios fueron considerados como “idealistas” o “inocentes” que fueron aprovechados por intereses transnacionales que los utilizaban con fines económicos. Durante los ochenta, mientras se configuraba el poder económico y político neoliberal, los jóvenes latinoamericanos comienzan a ser pensados como los responsables de la violencia en las calles, bajo una “nueva operación semántica que construía la figura de los jóvenes como delincuentes o violentos” (Reguillo, 2012: 20). El problema de “la droga” emerge en ese entonces como la causa primera y última desde la cual se argumentaba la veracidad de esa construcción.

Es decir que durante la última mitad del siglo XX, la sociedad consideró a los jóvenes como “rebeldes”, “estudiantes revoltosos”, “subversivos”, “delincuentes” y “violentos”. Esos atributos recayeron sobre la construcción de lo juvenil y sobre los cuerpos de los propios jóvenes, en la mayoría de los casos, sin considerar el contexto de crisis de los estados nacionales que tuvo lugar desde fines de los 1970, ni el afianzamiento del capitalismo a partir de esa crisis durante los setenta y la profundización en 1980, ni mucho menos sin hacer referencia a la pobreza creciente, a exclusión y “el vaciamiento del lenguaje político de los 1990” (Reguillo, 2012). Como plantea nuevamente la autora, sin el análisis político, económico y social en el cual se construyen esas significaciones respecto de lo juvenil:

> (…) resultó fácil convertir a los jóvenes tanto en víctimas propiciatorias y receptores de la violencia institucionalizada, como en la figura del temible enemigo interno, que transgrede con sus prácticas disruptivas los órdenes de lo socialmente legítimo. (2012: 21)

Sin embargo, más allá de que los jóvenes se hicieron visibles en primera instancia como “problema”, pasaron a ser parte de la agenda de investigación de las Ciencias Sociales a fines de la década del setenta, y con mayor continuidad en los ochenta y noventa. Chaves (2010) plantea que como resultado de la emergencia y visibilización del tema, el año 1985 fue declarado por la UNESCO como Año Internacional de la Juventud (2010: 32). En Argentina, a partir de ese momento empiezan a tener cada vez más visibilidad en las agendas de los gobiernos,

fundamentalmente provinciales, que incorporan las problemáticas juveniles en sus planificaciones[25].

El siglo XXI se caracteriza por una fuerte presencia de las juventudes en los ámbitos públicos, a través de múltiples expresiones y de su participación en diferentes espacios: políticos, culturales, sociales. Sin embargo, también la precariedad acompaña a la condición juvenil al encontrar la mayoría de los jóvenes diversas dificultades para poder insertarse en el mercado de trabajo y lograr mejores condiciones de vida, a lo cual se suma la permanente estigmatización que recae, fundamentalmente, sobre los jóvenes de sectores populares.

I.2. La juventud como categoría

La juventud no constituye una categoría homogénea. Los estudios sobre la temática (Chaves, 2005, 2010; Reguillo, 2012; Feixa, 2008; Feixa et al., 2002 y 2016; Margulis, 2008; Martin Criado, 1998, 2005) destacan que para poder analizar la construcción de la juventud como categoría es necesario recuperar cómo han sido abordados los jóvenes desde el discurso especializado. Como planteó Bourdieu (2002), la juventud no es más que una palabra, haciendo alusión a que es una categoría construida, en la cual se pone en juego la representación ideológica de la división y organización de la sociedad por grupos de edades, y a su vez, con esa afirmación da cuenta de que existen relaciones entre la edad biológica y la edad social. Una de las cuestiones más interesantes del planteo del autor tiene que ver con la incorporación que realiza de la dimensión del "poder" a la hora de pensar en la división que se supone lógica entre edades, planteando que esas clasificaciones vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar. Es decir que, siempre se es joven para alguien, la juventud no

[25] En ese sentido, la ciudad de Rosario fue una de las pioneras en crear instituciones específicas del área (junto con Mendoza, Córdoba y Buenos Aires) y en el año 1989 se crea por el Consejo Municipal y con financiamiento específico, el por ese entonces denominado Centro de Adolescencia, que dependía de la Secretaría de Salud y tenía un abordaje más específico relacionado con las problemáticas de consumo y de enfermedades de transmisión sexual. Como veremos en el Capítulo IV, en Rosario la epidemia de VIH – SIDA impactó fuertemente sobre la población juvenil durante 1990.

está dada, sino que "se construye socialmente en la lucha" (2002: 164) entre diferentes rangos de edades.

En términos nacionales, y recuperando el planteo de Bourdieu (2002) de pensar a la juventud como una construcción cultural, Mario Margulis (2008) escribe su obra que se titula *La juventud es más que una palabra* dando cuenta en esa definición que el término tiene usos particulares, sentidos singulares y efectos concretos. Margulis (2008) planteará que la juventud no refiere sólo a un estado, una condición social o una etapa de la vida, sino que además significa un producto. Como tal, la juventud aparece como valor simbólico asociado con rasgos apreciados –sobre todo por la estética dominante– lo que permite comercializar sus atributos (o sus signos exteriores), multiplicando la variedad de mercancías que impactan directa o indirectamente sobre los discursos sociales que la aluden y la identifican.

> La juventud no es sólo un signo ni se reduce a los atributos juveniles de una clase. Presenta diferentes modalidades según la incidencia de una serie de variables. Las modalidades sociales de ser joven dependen de la edad, la generación, el crédito vital, la clase social, el marco institucional y el género. (Margulis, 2008: 29)

Asimismo, los *jóvenes* tampoco constituyen una categoría homogénea. Como plantea Chaves (2010) este "sujeto universal" no es un sujeto cualquiera y al referirlo, siempre se hace en función de considerarlo en un sentido homogéneo. En ese sentido, retomando las dos representaciones mencionadas en el apartado anterior (juventud dorada y juventud del "gran NO"), en Argentina la construcción hegemónica de sujeto joven ha organizado a esta experiencia vital en relación con la pertenencia a diferentes clases sociales, y así, la visión romántica o idílica está vinculada con el estereotipo de joven de sector medio en período de moratoria social. Por el contrario, los jóvenes de sectores populares, en general, han sido los depositarios de todas las características negativas que se le suponen a la juventud.

Sin embargo, la idea de juventud como moratoria social está presente en las experiencias vitales de los jóvenes de sectores populares porque la mayoría de los discursos e instituciones en relación con las cuales los jóvenes van moldeando sus

experiencias vitales (familia, escuela, trabajo) los consideran en transición hacia la vida "adulta" y los suponen en una etapa de pasaje. La idea de juventud como transición es una idea moderna que supone una etapa transitoria e incompleta hacia un momento posterior, la adultez, en donde los sujetos se encontrarían en una instancia de "completud" respecto del ejercicio de su ciudadanía. Es así que en el mundo moderno se construye la imagen del "adulto" como "sujeto completo" (Chaves, 2010), y a su vez, también se delinea y construye un tipo de "sujeto ideal" que organiza los modos legítimos de ser / estar en cada una de las etapas de la experiencia vital: niñez, adolescencia, juventud, adultez y vejez. Como plantea Silba, desde esta idea moderna "cada sujeto real" (2015: 233) en cada momento de su vida debe amoldarse o parecerse lo más posible al "sujeto ideal" construido hegemónicamente:

> Lógicamente, este sujeto ideal cumple con las expectativas del propio modelo social y político del que es producto (al hablar de las sociedades contemporáneas estaríamos refiriéndonos al modelo capitalista y a la clase social que representa más fervientemente sus intereses, la burguesía) y es colocado como horizonte de posibilidad y de deseo de quienes quieran 'encajar' en el modelo. (Silba, 2015: 233)

Desde la óptica del procesamiento social de las edades como organización ligada al poder, se construyen las representaciones del "sujeto ideal" joven en transición y en etapa de moratoria social. Así, los jóvenes de sectores populares se encontrarían en una situación de doble falta o incompletud: por un lado, por encontrarse en transición a la vida adulta, pero también, porque su modo de ser joven en muchos casos dista de la idea hegemónica de "moratoria social".

Lo expuesto apunta a abonar a la necesidad y pertinencia de considerar a la juventud en tanto "categoría relacional" y como tal, no puede ser pensada ni definida de manera ontológica o esencial, ni tampoco puede universalizarse. En esta investigación considero que no existe "una juventud" ideal en la cual la mayoría de los jóvenes deben "encajar". Por el contrario, la juventud cobra sentidos particulares en las condiciones particulares de su producción. Como plantea Chaves, eso da lugar a la consideración del análisis de:

> La condición juvenil (que es ser/estar joven en ese tiempo y lugar para esas personas jóvenes y no jóvenes) y que resultará en unos conjuntos identificables (auto y hetero –identificaciones) a los que se denominará juventudes. (2010: 37)

Contrariamente a la idea de juventud como incompletud o como transición, hablar de jóvenes significa considerarlos como sujetos en relación, como actores completos, inmersos en relaciones de clase, edad, género, étnico/raciales. Supone, además, la elaboración de múltiples articulaciones que, ancladas efectivamente en ciertos rangos de edad, sean capaces de dar cuenta los "arraigos empíricos" (Reguillo, 2012) en que esa edad deja de ser un dato natural y se convierte en característico respecto de ciertos modos de experimentar y participar en el mundo. Desde esa idea, utilizo los criterios que Chaves (2010) establece para definir la juventud como construcción, basándose en el informe sobre jóvenes realizado por Pérez Islas (2000[26]):

> (…) es un concepto relacional, es decir que solo adquiere sentido en relación a un contexto social más amplio y en su relación con lo no juvenil; históricamente construido, es decir que no significa lo mismo ser joven ahora que hace veinte años; es situacional, responde a contextos bien definidos lo cual significa evitar las generalizaciones; es representado, sobre lo juvenil se dan procesos de disputa entre las representaciones elaboradas por agentes externos y las propias; es cambiante, se construye y reconstruye permanentemente; se produce en lo cotidiano, es decir, sus ámbitos de referencia son íntimos, familiares, cercanos: los barrios, la escuela, el trabajo: se construye en relaciones de poder, definidas por condiciones de dominación/subalternidad o de centralidad/periferia, y por último, es transitoria, donde los tiempos biológicos y sociales del joven en lo individual, los integran o expulsan de la condición juvenil a diferencia de las identidades estructuradas/ estructurantes que son perdurables, como clase, etnia, género. (Chaves, 2010: 38, el subrayado es mío)

Es decir que la juventud tiene que ver con un modo propuesto por la cultura de cómo vivir una parte de la vida, pero que, a su vez, en su configuración los propios jóvenes se posicionan y se agencian respecto de ese modo de diferentes maneras. Al decir de Reguillo: "los esquemas de representación de los jóvenes configuran campos de acción diferenciados y desiguales" (2012: 26).

[26] Chaves (2010) se refiere al Informe Sobre Jóvenes 1994-2000 del Instituto Mexicano de la Juventud.

En ese sentido, la autora plantea la necesidad urgente de problematizar desde los estudios de juventudes respecto de la multiplicidad diacrónica y sincrónica en los modos de "ser joven". Reguillo (2012) evidencia ese dato al analizar el modo, ciertamente dicotomizado, en el que los jóvenes han sido considerados en la mayoría de los estudios: o bien son pensados como "incorporados", es decir analizando sus prácticas desde la pertenencia al ámbito escolar laboral o religioso, o bien desde el consumo cultural; y los que son considerados como "alternativos" o "disidentes" a los cuales se los estudia desde su "no- incorporación a la cultura dominante" (2010: 27).

En la multiplicidad de formas que puede adquirir la condición juvenil (ser/estar en el mundo), una de ellas está particularmente mediada por la ubicación de los jóvenes al interior del espacio social. No es lo mismo ser joven para los jóvenes de sectores populares, que experimentar el ser y estar en el mundo para los jóvenes de clase media; ni tampoco es lo mismo ser joven varón, que ser joven mujer. En ese sentido, recupero el planteo de Silba (2015) cuando alerta respecto del nivel de frustración que el ideal de "juventud dorada" y universal produce en "las conciencias, los cuerpos, los deseos y las esperanzas de las 'personas comunes' sobre las que opera" (2015: 233) y fundamentalmente en las experiencias vitales de los jóvenes de sectores populares, quienes en muchas ocasiones ven constreñidas sus potencialidades por la condición de pobreza en la que viven y cotidianamente realizan acciones para luchar contra las mismas.

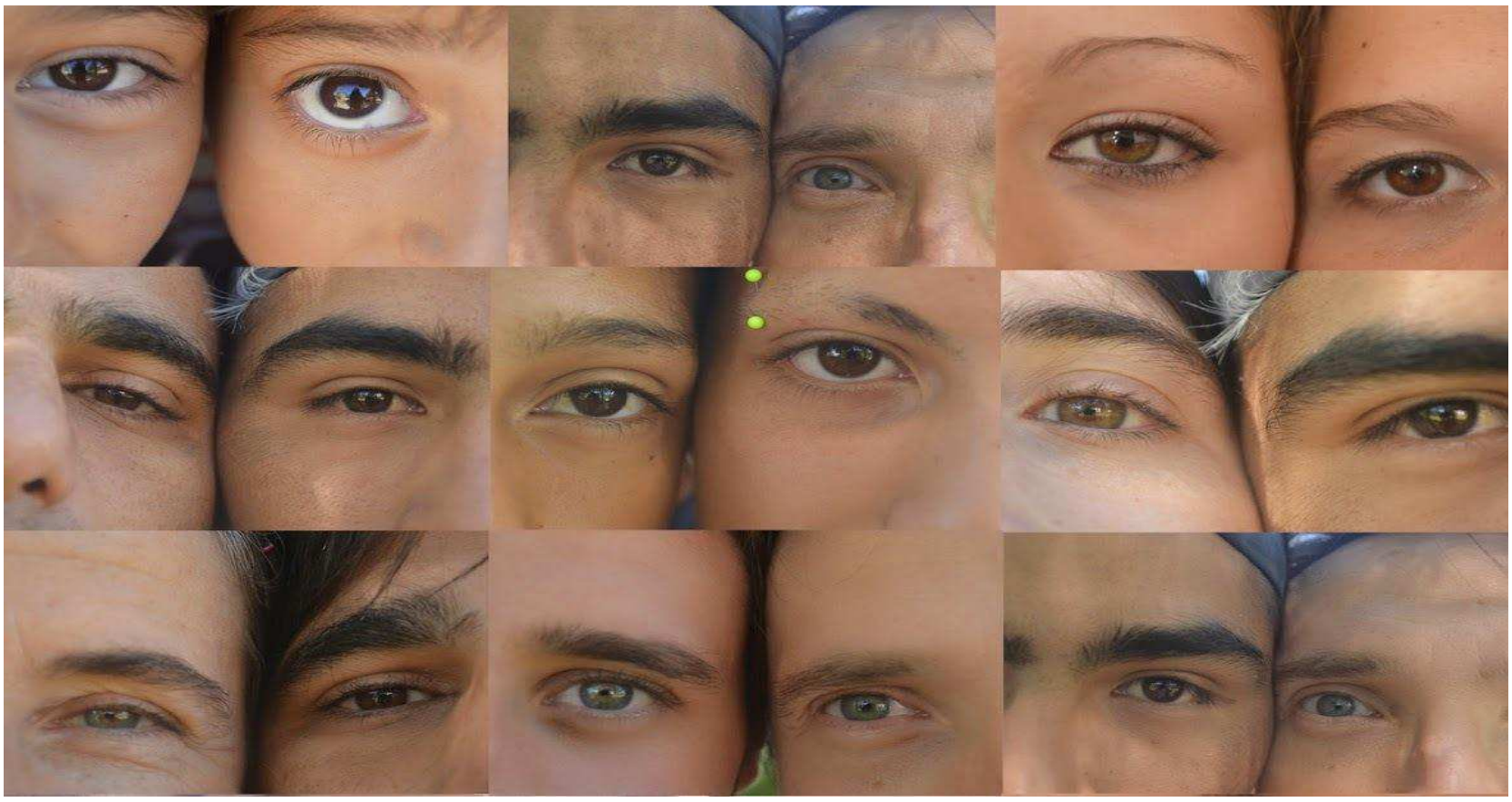
Es decir que la condición juvenil se encuentra atravesada por múltiples dimensiones. En los próximos apartados, abordaremos algunas de las dimensiones que considero claves para poder describir y explicar cómo se configura la condición juvenil de los jóvenes protagonistas de esta tesis.

I.2.1. La condición juvenil

I.2.1.1. Jóvenes de sectores populares

Tal como señalaba en el apartado anterior, la juventud es un concepto construido social e históricamente. En ese sentido, Medán (2001) señala que referirse a la "juventud" como un actor o grupo social homogéneo no solo no es útil para

describir la heterogeneidad, sino que es riesgoso, en tanto que: "oculta las desigualdades que se producen entre personas jóvenes que pertenecen a diferentes clases sociales, etnias o géneros y que tienen distintas inserciones familiares, comunitarias, escolares y laborales" (Medan, 2011: 64).



Fuente: Facebook "Hacete la Película"

En esta investigación, al recortar el análisis sobre jóvenes de sectores populares, realizo una primera delimitación, ubicando la producción de sus experiencias vitales y de su "condición juvenil" (Chaves, 2010) en una determinada posición al interior del espacio social, por lo cual es necesario precisar lo que entiendo como "sectores populares".

Como plantean Semán y Ferraudi Curto (2016), pocos términos tienen un uso tan difundido, tan polémico y tan discutido como el de sectores populares. De acuerdo a los autores, con esta categoría se alude tanto a conjuntos que pueden ser las clases bajas[27] como también a un sujeto económicamente oprimido, más complejo que el que propone la visión marxista cuando distingue las clases sociales por la posesión de los medios de producción. Desde esta última connotación la

[27] Ezequiel Adamovsky en su libro *Historia de las Clases Populares en Argentina desde 1880 hasta 2003* (2012) enfatiza la perspectiva de clases y por eso prefiere hablar de "clases populares" y no de sectores para no perder de vista esta relación fundante que las define. En ese sentido, para el autor el mundo popular solo se define en relación con las clases que tienen en sus manos el poder. "El mundo popular sólo se recorta como tal en contraste con el mundo de la clase dominante" (2012: 13).

referencia a los sectores populares puede ser realizada también a partir de considerarlos como subalternos[28], es decir, como un conjunto social que se encuentra en una posición subordinada que surge de criterios políticos y económicos.

Surge así el primer aspecto para pensar a los sectores populares considerando que quienes se encuentran en esa posición social tienen en común el hecho de encontrarse en "un lugar de subordinación en relación al capital" (Vitola, 2016: 184) y se incorpora desde esa idea a sujetos con diversa situación de empleo, género, cultura. Pero la apelación a lo "popular" intenta trascender la mirada respecto de la posición de subordinación económica, incorporando otros aspectos de la sociabilidad de este sector, en función de la mirada que los propios actores construyen respecto de su vida y en cómo configuran sus prácticas, cuáles son sus intereses, sus gustos, sus deseos y también, sus resistencias.

Adopto en esta investigación el enfoque propuesto por Semán y Ferraudi Curto (2016) para el abordaje de los sectores populares a partir del "interjuego" entre lo estructural y las experiencias particulares en el marco de esos condicionantes. En palabras de los autores, en el abordaje de los sectores populares se debe poder sintetizar: la forma en que esos grupos interiorizan datos de su posición estructural y configuran estrategias que intentan controlar mejor los avatares de la economía (Semán y Ferraudi Curto, 2016: 141).

De este modo, adscribo a considerar que hablar de sectores populares implica ampliar la perspectiva respecto de los condicionantes económicos, incorporando con centralidad la dimensión cultural desde la cual se accede a mapear cómo los propios sujetos configuran su vida y construyen redes de relaciones en la posición en la cual se encuentran. El análisis de las culturas populares debe estar atravesado, tal como plantea Semán por:

> (…) la singularidad de lo histórico, la condición de subordinación (contestada, olvidada, resistida) y la inscripción

[28] Para la discusión específica respecto de las diferentes tradiciones teóricas para el abordaje de las clases populares – sectores populares se sugiere la lectura del artículo de Verónica Vitola (2016), "El uso del concepto de sectores populares en Rosario". Disponible online en: http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/CS/article/view/1805, [contacto: 06/05/2017].

> de esos trazos en un sistema de acción históricamente determinado, del que surgen modos de conflicto y segmentación específicos que hacen a lo popular sin agotarlo. (Semán, 2006: 26)

En ese sentido, se torna necesario conservar una posición de vigilancia respecto de no homogeneizar las expresiones de lo popular únicamente como producciones de oposición al sometimiento o la dominación, sino más de tensionar cómo se entraman los condicionantes estructurales (económicos, políticos y sociales) con las posibilidades de acción y de resistencia que los sectores populares oponen. En todo caso, como plantean Miguez et al. (2006), los sectores populares comparten un "conjunto de significaciones" que se construyen a partir de su posición, pero "el contenido" de esas significaciones generadas no puede ser reducido a esa situación de dominación. Es decir que los sectores populares no dejan de percibir y construir cotidianamente sus realidades, porque, tal como plantea Semán "las mismas no se agotan en la subalternidad" (2006: 25).

Desde la idea de tensión entre estructura y prácticas de los sujetos, resulta pertinente mencionar brevemente los aportes del historiador marxista Thompson (1981), cuyos análisis sobre la clase trabajadora inglesa resultaron claves en la transición desde de la concepción marxista de clases hacia los estudios culturales. Thompson apela a la categoría de experiencia, entendida como la unidad de la práctica y la representación, y considera que la misma no tiene necesariamente una inscripción de clase. Para el autor, la relación de la experiencia con la clase social es dialógica, y para ello retoma las categorías que Gramsci utiliza para analizar la relación estructura económico material / superestructura ideológica - conciencia social / ser social, respectivamente- y plantea que la conciencia social ejerce una acción retroactiva sobre el ser. Para Thompson, la clase o la posición social no se configuran para el *ser* como un destino ineludible sino más bien como una construcción, que dependerá de: "la manera particular de experimentar las relaciones de producción y la lucha de clases por parte de los propios actores" (Vitola, 2016: 163).

Por último, es necesario plantear que una de las tendencias en los estudios sobre los sectores populares es la de oscilar entre abordajes dicotómicos, dentro de los cuales encontramos, por un lado, algunos planteos idílicos, que consideran la vida

popular ligada a la libertad en contraposición de las ataduras que suponen las costumbres de los sectores dominantes; o viceversa, planteos demonizantes que consideran a los sectores populares como los depositarios de todos los males de la sociedad, y en general esos estudios no pueden ver allí más que miseria (Fonseca, 2006). En el caso específico de estudios sobre jóvenes de sectores populares, esta oscilación dicotomizante en algunos casos se encuentra presente reivindicándose o cuestionándose las prácticas de los jóvenes de este sector por el hecho de estar ubicados en una determinada posición social. Entre otras cosas, es necesario advertir el riesgo que supone abordar las experiencias vitales de los jóvenes de sectores populares únicamente como respuesta o como reacción a su posición subalterna o de opresión, ya que dichos análisis, lejos cuestionar la estigmatización que recae sobre ellos, la refuerza al suponer igualdad y homogeneidad en la vida de esos jóvenes.

Cajías Huascar (1999), cientista social boliviano, abona a pensar cómo algunos comportamientos de jóvenes de sectores populares son analizados desde una lógica que el autor denomina como "ética de la víctima" (1999: 6), reduciendo su capacidad de reconocimiento respecto de sus acciones y reforzando la estigmatización. Desde esta perspectiva, el autor considera que:

> (…) se justifican toda una serie de prácticas aberrantes, desde la mendicidad es decir 'extender la mano para que otro otorgue el derecho que uno es incapaz de construir y defender' y la criminalidad, 'una suerte de bandolerismo juvenil' –la equidad asumida por mano propia-, supuestamente justificada por las condiciones de sometimiento y marginalidad a las que la sociedad les somete. (Cajías Huascar, 1999: 6, el énfasis es mío)

Retomando la concepción de juventud como construcción socio-histórica cultural, considero que ésta solo puede ser analizada en función de la experiencia concreta de los sujetos. En ese sentido, existe una relación mediada por la posición de clase entre la experiencia vivida y la experiencia percibida (Thompson, 1981), es decir, la posición en la estructura social le imprime determinadas características particulares a la experiencia vivida por los jóvenes en su cotidianidad, y a su vez esa experiencia es percibida y significada por ellos de una determinada manera en determinadas condiciones específicas. En ese sentido, en tanto apuesta política, considero que los jóvenes de sectores populares disponen de ciertos márgenes de

autonomía relativa respecto de la posición de dominación en la que se encuentran. Esos márgenes se transforman en intersticios desde los cuales analizar la experiencia juvenil cobra sentido.

I.2.1.2. Género

Para caracterizar la configuración de la condición juvenil, es imprescindible poder pensarla en relación con las particularidades que adquiere en la experiencia vital de los jóvenes el género. Respecto del abordaje del género y las sexualidades, existen en la actualidad varias investigaciones que abonan a pensar cómo las mismas se configuran en las experiencias vitales de los jóvenes (Jelin et al, 1991; Elizalde, 2006, 2008, 2011, 2015; Silba, 2010; Gentile, 2014; Felliti, 2011). En dichos estudios se analizan, a grandes rasgos, las configuraciones diferenciadas que adquieren los aspectos de la sociabilidad juvenil en relación con las diferencias de género, tomando para ello referencias empíricas diversas, que van desde el análisis de los consumos culturales hasta las construcciones diferenciadas de referencias espaciales (por ejemplo, la relación que los jóvenes, de acuerdo a su condición genérica, establecen con la calle, el barrio y también con instituciones como la familia, la escuela, los centros asistenciales). En varios de estos estudios, la relación entre género, sexualidades y juventudes es analizada a partir de recuperar las biografías de las mujeres jóvenes (Silba, 2010; Felliti, 2011; Elizalde, 2006; Medán, 2011a, 2011b), y en particular, en algunos se analiza el lugar que la maternidad tiene en las trayectorias de las mujeres jóvenes, fundamentalmente de sectores populares. En ese sentido, los estudios referidos apelan a desentrañar cómo la maternidad aparece en tensión en las biografías de las mujeres; por un lado asociada a un mandato construido desde posiciones hegemónicas, reproducidas desde diferentes discursos políticos, mediáticos, sociales, en donde se supone que la maternidad es para las mujeres un proyecto de autorrealización[29]. Por otro, en las investigaciones se recuperan experiencias en las cuales las mujeres encuentran posibilidades de resistencia a esos discursos que preformatean sus prácticas, a partir de lo cual realizan diferentes operaciones de

[29] Respecto de las mujeres jóvenes, Elizalde (2003) plantea que las imágenes socialmente construidas en torno a la condición genérica y etaria de los y las jóvenes, las ubica en una posición de "mayor precariedad que sus pares varones para el acceso a las oportunidades sociales, el uso placentero de su sexualidad y la participación comunitaria" (2003: 44).

desvíos (De Certeau, 2010) respecto de lo que se considera "esperable" para ellas (Silba, 2010, 2015; Medán, 2011a, 2011b, Felliti, 2011; Elizalde, 2011). La matriz de género (Elizalde, 2006) me permite desentrañar qué tensiones se producen entre los discursos hegemónicos que condicionan las prácticas juveniles y las propias experiencias vitales de los jóvenes que dan cuenta de la aceptación de esos mandatos, pero también de resistencias, luchas y desvíos, tanto para las mujeres como para los varones.

Considero pertinente, entonces, retomar algunas discusiones que plantea Silvia Elizalde[30] (2006; 2008) y que funcionan como advertencias a la hora de incorporar la matriz de género en los análisis sobre juventudes. Como punto de partida respecto del análisis de los estudios sobre juventudes que incorporan el análisis de género y sexualidades, la autora advierte que es necesario superar la confusión habitual de pensar esa matriz como sinónimo de diferencia sexual, e invita a utilizar dicha matriz en función de las prácticas y sentidos específicos de los propios jóvenes. En ese sentido, es necesario prestar especial atención a las "consecuencias de orden ideológico" (Elizalde, 2006: 96) que la incorporación de la matriz de género puede significar, al menos en un doble sentido. Por un lado, el primer riesgo tiene que ver con abordar las diferencias entre varones y mujeres como, "constatación de la realidad", desconociendo así "el carácter político que atraviesa las relaciones de poder tejidas en su entorno" (Elizalde, 2006: 96). Y por otro, el segundo riesgo tiene que ver con no reconocer que las relaciones de poder se traducen en desigualdades de todo tipo en la vida de los y las jóvenes. En ese sentido, la autora advierte que "estabilizar al género" (Elizalde, 2006: 96) en un sistema binario de diferencias constantes entre hombre/mujer reproduce el paradigma (cuestionado) de heternormatividad.

> En la medida en que las operaciones (etnográficas, conceptuales, de escritura) sobre los/as jóvenes producen sentido en (y para) un campo pautado de antemano –el 'campo científico sobre estudios de juventud'- sus descripciones y teorizaciones participan ineludiblemente de la producción de formas puntuales

[30] Recupero centralmente los aportes de Silvia Elizalde (2003; 2004; 2006; 2008; 2009; 2011) en este aparato ya que constituyen una referencia insoslayable a la hora de precisar la relación entre juventudes, género y sexualidades, desde un abordaje crítico. Esto no significa que luego en el desarrollo de la tesis no serán retomados los planteos de las otras autoras citadas al comienzo del apartado.

> de regulación cultural de las diferencias de género. (Elizalde, 2006: 97)

En esta línea, en esta tesis considero que las configuraciones de feminidad y masculinidad no quedan anudadas a la irreductibilidad de los cuerpos físicos y las "particularidades derivadas" (Elizalde, 2006: 101), por ejemplo, de las inequidades de clase o la pertenencia a cierta generación, sino más bien la definición de la masculinidad y la feminidad son parte de las "configuraciones históricas de la identidad que forman parte de un proceso de producción de diferencias" (2006: 101). Incorporar este análisis no significa delinear tipologías respecto de cómo piensan o viven "los varones" y "las mujeres" sino más bien, pensar qué es lo que el género y las sexualidades producen y configuran para los jóvenes (Elizalde, 2011) poniendo el acento en qué es lo que el género y las sexualidades:

> (…) permiten significar, experimentar, crear o impugnar, pero también constreñir, sancionar y regular, en su difícil vínculo con la clase, la edad y la etnia, y en lazo con el arco mayor de prácticas (institucionales, políticas, religiosas, culturales y estéticas) de las que los chicos y chicas forman desigualmente parte. (Elizalde, 2011: 15)

Para finalizar este apartado, resulta pertinente plantear la apuesta política que significa recuperar las experiencias de los jóvenes protagonistas de la tesis a partir de tener en cuenta esta matriz en tanto intento visibilizar cómo operan determinados mecanismos de disciplinamiento sobre los cuerpos juveniles, y cómo lo hacen de manera diferenciada de acuerdo al género.

I.3. Jóvenes de sectores populares y trabajo

La relación de los jóvenes de sectores populares con el trabajo se convirtió en los últimos veinte años en una problemática acuciante, despertando el interés académico lo cual ha motivado que desde diversos estudios esta relación sea explicada y estudiada. En ese sentido, y teniendo en cuenta la complejidad del fenómeno es que en este apartado recupero diferentes investigaciones (tanto a nivel nacional como latinoamericano) que abordan la relación de los jóvenes con el trabajo y que se constituyen en antecedentes para esta investigación. Los organizo en tres grupos de estudios de acuerdo a lo que considero son sus ejes

analíticos centrales. Así, en el primer apartado, recupero las investigaciones cuyo énfasis está puesto en analizar las formas de inserción de los jóvenes en el mercado de trabajo formal, caracterizando el fenómeno a nivel mundial, latinoamericano y nacional. Utilizo para ello datos estadísticos que dan cuenta de la magnitud de las problemáticas laborales que atraviesan los jóvenes (fundamentalmente desempleo, precariedad e informalidad).

En el segundo apartado, presento otro grupo de investigaciones cuyo eje central está puesto en el análisis de las trayectorias juveniles, fundamentalmente en considerar las particularidades del tránsito de los jóvenes entre la escuela y el trabajo. En esas investigaciones, las biografías juveniles son utilizadas como insumo a partir del cual se construye conocimiento sobre la relación de los jóvenes con el trabajo. En particular, toman en cuenta cómo se produce la transición que los jóvenes realizan entre la escuela y el trabajo, y también, caracterizan las diferentes trayectorias laborales de los jóvenes.

Por último, retomo un tercer grupo de estudios que constituyen los andamiajes centrales para esta tesis respecto del modo en el que considero en esta investigación la relación de los jóvenes con el trabajo. En ese sentido, los estudios en cuestión abordan el problema del trabajo en los sectores populares utilizando un enfoque etnográfico, a través de la perspectiva de los propios sujetos, preguntándose de qué manera el trabajo aparece en tanto valor que opera en la organización de sus experiencias de vida. Teniendo en cuenta la particularidad de las biografías individuales y familiares de los jóvenes que conocí en el barrio Las Flores Sur, este modo de comprender al trabajo se constituye en una posibilidad en tanto me permite analizar la manera en la que efectivamente el trabajo opera en su cotidianidad. Para poder ir más allá de considerarlo únicamente como una realidad presente en sus historias vitales, en tanto inserción al mercado “formal”, recupero entonces la perspectiva etnográfica elegida y analizo la relación de los jóvenes con el trabajo en tanto valor moral. Éste los habilita para construir dinámicas de diferenciaciones desde las cuales justificar sus acciones y se encuentra encarnado en las experiencias vitales de los jóvenes (Fonseca, 2003: Guedes, 1997; Jardim, 1998; Gorban, 2014; Diez, 2006).

I.3.1. Jóvenes e inserción al mercado formal de trabajo

La relación de los jóvenes con el trabajo es analizada, desde este grupo de estudios[31], con el objetivo de dar cuenta cómo las transformaciones que se produjeron en el sistema de acumulación capitalista y en las instituciones de protección social en los últimos cuarenta años del siglo XX impactaron fundamentalmente sobre el sector juvenil, apelando para ello a la utilización de datos estadísticos. En ese sentido, la mayoría de los estudios coinciden en marcar como punto de inicio de la problemática, la crisis de los Estados de Bienestar como modelo de intervención estatal que generaba amplios niveles de protección social. A mediados de 1970 se comienzan a evidenciar, a nivel mundial, transformaciones en el mercado de trabajo producto de factores económicos y políticos, produciéndose un viraje del patrón productivo hegemónico durante los "treinta gloriosos"[32], asociado fundamentalmente a la producción industrial, el cual también funcionaba como eje de integración social, a partir del empleo. La crisis del mercado formal de trabajo, que fue denominada por diferentes autores como "crisis del mundo del trabajo"[33], no sólo se manifestó en relación con las

[31] Se destacan los informes elaborados para CEPAL por Weller (2002) "La problemática inserción laboral de los y las jóvenes" y (2006) "Los jóvenes y el empleo en América Latina"; como así también los de Gallart (2001) "La formación para el trabajo y los jóvenes en América Latina" y Fawcett (2002) "Los Jóvenes Latinoamericanos en Transición: Un análisis sobre el desempleo juvenil en América Latina y el Caribe". Todos los textos se encuentran disponibles online en el repositorio de CEPAL. También, a nivel de estudios latinoamericanos el estudio de Klisberg (2010) publicado con el título "Es difícil ser joven en América Latina" en donde, entre otras temáticas, se aborda el desempleo juvenil como una de las problemáticas más importantes en el continente. En términos nacionales los estudios de Neffa (2003), Grassi y Danani (2009), Lindemboin (2003), Danani (2011), Andrenacci y Soldano (2006) aportan en el análisis de la configuración del trabajo como eje de integración social en Argentina, y sus particularidades en cada momento histórico. Puntualmente, el trabajo de Beccaria y López (1997) "Cuesta abajo", se constituye en un material "clásico" para analizar el impacto en términos societales y subjetivos de las transformaciones en el mercado de trabajo en Argentina durante la década de 1990. Por su parte, Busso (2014) en su libro *Tiempos contingentes: inserción laboral de los jóvenes en la Argentina contemporánea* puntualiza específicamente los procesos de inserción laboral de los jóvenes en el mercado de trabajo, considerando que las nuevas formas de transición que se presentan en la contemporaneidad ya no lo hacen desde un orden secuencial y temporal como sucedía durante la época del Estado de Bienestar, sino más bien se caracteriza por la alternancia entre períodos de desocupación, empleos precarios, pasantías, becas, etc.

[32] La bibliografía específica sobre Estado de Bienestar (Esping Andersen, 1993; Robert Castel, 1997; Pierre Rosanvallon, 1995) refieren a este modelo de intervención estatal como los "treinta gloriosos" en relación con el periodo de su expansión, que abarcó desde 1945 hasta 1975, aproximadamente.

[33] En ese sentido, vale la enumeración que realizan Grassi y Danani (2007) respecto de qué actividades se consideran al interior del "mundo del trabajo": "todas las formas de empleo por el capital y públicas, en todos sus niveles y categorías, pasando por los servicios personales, el

dificultades de ingreso al empleo, sino también se transformó en una crisis de integración social en tanto lo que se pone en juego es la capacidad de la sociedad para hacer frente a las necesidades de producción y reproducción de sus integrantes.

Neffa caracteriza a escala global el contexto macroeconómico en el cual se produce esta transformación:

> En el nivel macroeconómico, los procesos de mundialización del capital y de regionalización (impulsados por empresas transnacionales), la nueva división internacional del trabajo que se instaura en paralelo con el derrumbe de las economías del socialismo real… (sumado a) la importancia creciente de los mercados financieros internacionales basados en masas considerables de capitales volátiles y de fondos de pensión que tienen sus propios criterios de gestión se desplazan rápida y libremente hacia donde la rentabilidad financiera sea más elevada, facilitados por la incorporación rápida y masiva de nuevas tecnologías de la información y la comunicación… en esta nueva configuración de la economía mundial está en el origen de fuertes desequilibrios en los intercambios de bienes y servicios y en los mercados financieros, que se despliegan a escala mundial. (2003: 171)

El autor enumera cambios específicos en el mercado de trabajo, tales como la desindustrialización, la tercerización de la economía promoviéndose el sector servicios, la incorporación de nuevas tecnologías que aumenta la productividad prescindiendo de mano de obra, y también, las transformaciones internas en las organizaciones de las empresas entre las cuales se destaca la reducción del tamaño promedio de las mismas en la cantidad de personal. Una de las transformaciones que es interesante remarcar a nivel mundial, porque resulta un tanto contradictoria, es que mientras la escolaridad promedio aumenta durante estos últimos cuarenta años, los niveles de escolaridad son cada vez menos valorizados en relación con las posibilidades de inserción laboral, lo cual genera una sobre-calificación (fundamentalmente en los países desarrollados) de los empleados frente a los requerimientos de los puestos de trabajo, provocando frustraciones y conflictos.

---

autoempleo, hasta la ocupación en actividades, al menos en apariencia, superfluas para la producción" Grassi y Danani (2009: 17).

En este proceso de transformaciones a nivel mundial, los jóvenes se constituyen en uno de los sectores más afectados, y los datos que evidencian el crecimiento de la desocupación, la informalidad, la subocupación y la precarización laboral dan cuenta de que éstos no constituyen fenómenos específicos de Argentina, ni tampoco regionalmente, sino que se expanden a nivel mundial. A nivel latinoamericano, Dávila León et al. (2006; 2008) en sus estudios realizados sobre el problema del trabajo en las juventudes chilenas, retoma los datos de uno de los últimos informes de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre jóvenes y trabajo en América Latina (2007) y plantea que la población joven es la más afectada por la estructuración ocupacional, destacándose como las más afectadas las mujeres urbanas de menos recursos. Algunas de las tendencias de esta problemática, tienen que ver con el tipo de empleo al que acceden los jóvenes, que en general son los más precarios, en donde reciben menos ingresos que los adultos y en donde abundan las relaciones informales, lo cual también obtura sus posibilidades de sindicalización. Entre otras cosas, este nivel de precariedad e informalidad (el 63% de los jóvenes latinoamericanos trabaja sin contrato) genera que la mayoría de los jóvenes carezcan de seguridad social y aportes previsionales.

Por su parte, los estudios realizados por la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) dan cuenta que en muchos países latinoamericanos (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica y Uruguay) el desempleo aumenta cuando más joven es el trabajador, y así entre los jóvenes de 15 a 19 años es el doble que el de los de 20 a 24, quienes a su vez tienen tasas considerablemente más elevadas que los mayores de 24 años. En un estudio de investigación realizado para CEPAL por Fawcett (2002), la autora muestra que el efecto de la edad continúa en los jóvenes hasta los 29 años y que la condición de género acentúa aún más esta tendencia en muchos países. Las tasas de desempleo entre las jóvenes son marcadamente más elevadas que las de los hombres en países como Argentina, Brasil, Chile, Costa Rica, Ecuador, Uruguay y Venezuela.

Aproximadamente el 60% de todos los jóvenes empleados en Latinoamérica se encuentran en el sector de comercio y servicios. En la mayoría de los países latinoamericanos está aumentando levemente el nivel educativo de los jóvenes

dato que queda demostrado mediante el aumento en el número promedio de años de escolaridad de los jóvenes. En efecto diversos estudios señalan que los países latinoamericanos han logrado un considerable progreso en la educación básica y ahora se encuentran ante el desafío educativo de "fuerzas laborales competitivas" (Fawcett, 2002) con el requisito de educación secundaria completa. En ese sentido, Fawcett (2002) destaca que cuanto más alto es el nivel educativo, más baja es la tasa relativa de desempleo juvenil en un país. Sin embargo, son los jóvenes de sectores populares quienes soportan cada vez más la carga del desempleo en América Latina. En los diez últimos años se ha visto una marcada inclinación en las tasas de desempleo en los jóvenes en América Latina y en ese sentido, Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, México y Uruguay han visto este aumento de la carga del desempleo de jóvenes de bajos ingresos.

En Argentina, específicamente, desde la crisis de los Estados de Bienestar, a fines de la década de 1970 las transformaciones en el mercado de trabajo pusieron en tela de juicio la manera en la que históricamente se construyeron las protecciones sociales para los ciudadanos, es decir, a través de la inserción en el mercado de trabajo formal (Andrenacci y Soldano, 2006; Grassi y Danani, 2009; Pautassi y Gamallo, 2012; Danani y Hintze, 2011 y 2014). Algunos de los datos que dan cuenta de esta situación evidencian que el desempleo abierto se manifestó recién en los años 1990 y alcanzó su pico en 1995 (18,4% de la Población Económicamente Activa (PEA) de los principales aglomerados que releva el INDEC) y con posterioridad a la crisis y devaluación del peso, trepó a 20,9% en la medición de mayo de 2002. Pero en 2005, sus valores se redujeron a 12% en el primer semestre y 10,6% en el segundo. Aun cuando la tendencia en el período 2005-2008 haya sido de crecimiento del PBI y de reducción del desempleo, siguieron siendo elevados los índices de informalidad que afectan fundamentalmente a los jóvenes.

En el caso del desempleo juvenil, de acuerdo algunos resultados disponibles de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) correspondientes al cuarto trimestre de 2004, la tasa de desocupación de los jóvenes de 15 a 24 años de edad ascendía a 26,3% en el total de los aglomerados relevados, lo que representaba en el total urbano nacional a 718 mil personas. En términos comparativos, la tasa de

desempleo juvenil es dos veces mayor que la del total de la población y tres veces mayor que la de los adultos de 25 y 59 años. Asimismo, a nivel nacional la participación de los jóvenes en el desempleo global es particularmente importante: el porcentaje de jóvenes en el desempleo alcanza a 40%, cifra por demás preocupante si se tiene en cuenta que los jóvenes componen el 20% de la población activa[34].

No solo el desempleo afecta a los jóvenes en Argentina, sino también y tal como fue mencionado previamente, la calidad de los trabajos a los que éstos tienen posibilidades de acceder. En general, los jóvenes son contratados en puestos vinculados a ciertas ramas de actividad y tipo de establecimiento como grandes empresas vinculadas a servicios como el comercio y a determinadas ramas industriales y negocios pequeños (Fernández Massi, 2014). Pablo Pérez (2014) plantea que hay un "efecto composición" que explica la mayor precariedad relativa del trabajo de los jóvenes ya que los jóvenes están sobre-representados en sectores particularmente precarios.

Si bien el fenómeno del desempleo y de la flexibilización laboral no es particular de la Argentina y, por el contrario, tal como quedó demostrado se desarrolla con diferentes grados de intensidad e impacto a nivel mundial y latinoamericano, en nuestro país caló hondo al erosionar una construcción social que descansaba sobre la idea de trabajo como posibilidad de progreso y ascenso social. Es así que, desde fines de 1970 se construye el interrogante respecto de que sucede si el trabajo, considerado como modo privilegiado de integración social en términos de Castel (1997), se debilita en su función protectora e integradora, constituyéndose en uno de los interrogantes contemporáneos más importantes, que se reedita de manera permanente[35]. Porque, tal como fue explicitado, el problema no es solamente el

[34] Para profundizar respecto del análisis estadístico del desempleo juvenil en Argentina se sugieren las lecturas de los artículos de Salvia et al. (2005), "Los jóvenes y el mundo del trabajo en la Argentina actual", disponible online: http://uca.edu.ar/uca/common/grupo32/files/jovenes-mundo-trabajo-2005.pdf y el artículo del Ministerio de Trabajo de la Nación (2016), "Diagnóstico del desempleo juvenil", disponible online: http://www.trabajo.gov.ar/left/estadisticas/descargas/toe/toe_02_07_diagnosticoDesempleo.pdf, [consulta: 06/05/2017].

[35] En Argentina, existen numerosos trabajos de investigación que abordan la cuestión del trabajo, desde la crisis del mundo del trabajo y su efecto respecto de los soportes de protección social, en donde se destacan (entre otros) los trabajos Beccaria, Luis y López, Néstor (comp.[es]) (1997). *Sin trabajo*; Grassi y Danani (2009). *El mundo del trabajo y los caminos de la vida*; Godio, Julio

acceso de los jóvenes al mercado de trabajo, sino también, a qué tipo de empleo acceden cuando logran hacerlo.

Uno de los aportes más importantes que estos estudios representan para esta investigación, es que permiten mostrar que la problemática de la relación de los jóvenes con el trabajo (ya sea sus dificultades de acceso al empleo o de acceder a puestos de calidad y con seguridad social cuando lo logran) no tiene que ver con cuestiones individuales y con las capacidades / incapacidades personales de los jóvenes, ni tampoco exclusivamente con su ubicación al interior de la estructura social ya que es un fenómeno que se extiende en diferentes sectores sociales (aunque se agudiza en los sectores populares)[36]. Más bien, el problema responde a factores macroestructurales de transformación global del capitalismo dentro de la cual los jóvenes se configuran como uno de los sectores más vulnerables. Es importante remarcar este aspecto porque en los últimos años y a partir de una utilización sesgada de los datos estadísticos disponibles, cada vez cobran mayor presencia en los discursos mediáticos y políticos los planteos que consideran que los jóvenes pobres urbanos se caracterizan por ser "ni – ni", haciendo referencia a que "ni estudian ni trabajan", lo cual supone un doble riesgo. Por un lado, individualiza la problemática del acceso de los jóvenes a políticas de servicios universales como la educación y el posterior ingreso al mercado de trabajo y supone a los jóvenes como responsables de su propia suerte.

Efectivamente, desde estos discursos se desconoce el universo de actividades que los jóvenes efectivamente realizan, y también qué es lo que sucede durante sus

---

(1998). *La incertidumbre del trabajo*; Castronovo, Raquel (coord.) (1998) *Integración o desintegración social*. También es pertinente mencionar los aportes de Julio César Neffa y sus diferentes estudios realizados en el marco del CEIL PIETTE CONICET y desde la Asociación Trabajo y Sociedad con diversas investigaciones, resaltándose el valor historiográfico en la reconstrucción de la categoría trabajo del libro *El trabajo humano: contribuciones al estudio de un valor que permanece* (2003).

[36] Durante la instancia exploratoria y de construcción del objeto de estudio de la tesis, realicé varias entrevistas con jóvenes de sectores medios, ya que en aquel momento tenía el interés de poder realizar un análisis comparativo entre los recorridos de jóvenes de ambos sectores (populares y medios). En los encuentros los jóvenes de sectores medios también planteaban serias dificultades de acceso al mercado de trabajo, e incluso de situaciones de explotación laboral en los casos en que accedían, como por ejemplo en los denominados "Call Centers"; en donde trabajan durante lapsos prolongados de tiempo diario, por salarios bajos y con malas condiciones de contratación.

recorridos y tránsitos entre la escuela y el trabajo[37]. En el próximo apartado, me centraré en algunos de los estudios que focalizan sobre esas dimensiones vitales de la experiencia de los jóvenes.

I.3.2. Trayectorias juveniles[38]: transiciones entre escuela y trabajo

Tal como mencioné al comienzo de este apartado, otro grupo de estudios centran el análisis de la relación de los jóvenes con el trabajo a partir del abordaje de las trayectorias juveniles, con especial interés en caracterizar cómo se producen y desde qué dispositivos institucionales se acompañan las transiciones entre la escuela y el trabajo, analizando los discursos y prácticas tanto de las instituciones que participan de ese proceso (escuelas, familias, políticas sociales de inserción laboral) como también la de los propios jóvenes. Las producciones en este segundo grupo son numerosas y su proliferación en el último tiempo da cuenta de que a partir de la crisis en el mundo del trabajo se produce una diversificación en los recorridos de inserción laboral y en las transiciones entre escuela y trabajo, de allí que emerja imperiosamente la necesidad de abordar de qué manera se producen esos procesos particulares y qué características tienen en las biografías juveniles.

A nivel latinoamericano, se destacan los aportes mencionados previamente de Dávila León y equipo (2006 y 2008), quienes indagan respecto de cómo se configuran las experiencias laborales de jóvenes chilenos a partir de las transformaciones acontecidas en las últimas décadas del siglo XX en el mundo del trabajo. Estos autores realizan su análisis tomando como referente empírico las

[37] En los medios gráficos nacionales de manera habitual se publican notas en las que se plantea la problemática de los "jóvenes ni-ni", abonando a la construcción planteada. Como ejemplo, el Diario *La Nación* publica el 12/10/2016, utilizando datos de una consultora especializada (Adecco) que en la Argentina 1.082.400 jóvenes se encuentran enmarcados dentro de los "ni – ni", alejados del mundo del trabajo y del estudio. "Según las cifras del informe, en el país hay 4,4 millones de jóvenes de entre 18 y 25 años, de los cuales 34,2% trabaja, 26,7% dedica su tiempo a estudiar, un 10,3% trabaja y estudia y un 3,3% estudia y busca trabajo. Por otro lado, un 24,6% de ellos no estudia ni trabaja (sobre ese porcentaje hay un 17,3% que no estudia, no trabaja y además no busca empleo). La situación afecta de una manera más profunda a las mujeres. Entre los "Ni-Ni" que ni siquiera buscan empleo, 589.000 son mujeres y 179.000 son hombres". La nota está disponible on line: http://www.lanacion.com.ar/1946165-en-la-argentina-ya-hay-mas-de-un-millon-de-jovenes-ni-ni, [consulta: 06/05/2017].

[38] En el Capítulo V, analizo específicamente la categoría de trayectorias relacionándola con la de ciclo vital. En este apartado solo presento las discusiones centrales en torno a los estudios que enfocan su análisis en las biografías juveniles, caracterizando las transiciones en el ingreso al mercado de trabajo.

biografías de jóvenes de 25 a 29 años de sectores medios y medios-bajos, poniendo el acento en las nociones de trayectoria y subjetividad en torno al sentido que el trabajo tiene para esa población joven, profundizando el proceso de inserción laboral desde la variable "tiempo", es decir, desde la relación que se establece entre el pasado, el presente y su proyección hacia el futuro. En ese sentido, incorporan el doble vínculo de la relación de los jóvenes con el trabajo, desde los procesos estructurales y desde las historias personales, realizando una comparación entre los diferentes grupos de jóvenes.

El planteo de los autores se constituye en un insumo para esta tesis fundamentalmente porque señalan que, para los jóvenes, aun con recorridos disímiles entre sectores medios y sectores medios-bajos, el trabajo asalariado goza de legitimidad como mecanismo para lograr la realización personal y material.

Respecto de los estudios de trayectorias juveniles y su relación con el trabajo, a nivel nacional se destacan las investigaciones realizadas por Jacinto (2006; 2008; 2010), Longo (2010; 2011), Pérez (2014), Busso (2014), Muñiz Terra (2012), Roberti (2016), Millenaar y Jacinto (2013), Dursi et al. (2013), Corica et al. (2014)[39] y, en la región centro[40], los trabajos de Romero (2013)[41] sobre un barrio de la ciudad de Paraná, y el de Urcola et al. (2004) sobre estrategias de vida de jóvenes rosarinos. Si bien cada uno de estos estudios tiene objetivos específicos, a grandes rasgos, podríamos caracterizar que están organizados de acuerdo a tres ejes analíticos diferenciados.

Por un lado, algunos estudios se ocupan de caracterizar y explicar de qué manera se configuran las transiciones de los jóvenes entre la escuela y el trabajo, considerando que el pasaje entre ambos momentos de las trayectorias vitales no se

[39] Si bien cada una de las referencias planteadas constituye una investigación diferente, se las agrupa a los fines de dar cuenta de una línea de abordaje en común entre todas ellas. No es la intención reducir el potencial que cada una de estas producciones tiene en sí misma; por el contrario, se sugiere la lectura de las autoras mencionadas ya que sus aportes son de gran validez en el campo del análisis de las trayectorias juveniles.

[40] Se denomina región centro a aquella comprendida por las provincias de Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos. En este caso, retomo dos trabajos específicos que se constituyen en insumos para esta tesis, sin desconocer que, seguramente, existan muchos otros que no estoy considerando.

[41] Gabriela Romero es Magister en Trabajo Social por la UNER y es docente en la Facultad de Trabajo Social de dicha casa de estudios. Hemos participado de manera conjunta en dos Proyectos de Investigación (PID) radicados en la FTS / UNER y dirigidos por la Mgtr. Graciela Mingo, sobre las transformaciones en el mundo del trabajo en la Región Centro, desde 2004 hasta el 2013.

realiza de manera espontánea ni automática, sino que por el contrario es un recorrido conflictivo y en muchos casos errático, en donde se ponen en evidencia, fundamentalmente, las dificultades institucionales para poder acompañar a los jóvenes en ese tránsito. En general, los estudios que analizan la transición consideran que las instituciones "típicas" de la juventud en tanto etapa del ciclo vital, tales como la escuela, abordan la problemática juvenil desde una perspectiva que no da cuenta de las transformaciones contemporáneas, lo cual genera tensiones a la hora de poder conciliar los intereses institucionales y las expectativas de los propios jóvenes.

Por otra parte, algunos de estos estudios tienen como objetivo analizar cómo la cuestión de género atraviesa las transiciones juveniles, lo cual permite particularizar las configuraciones diferenciadas de los recorridos que realizan los varones y las mujeres (Millenaar, 2014; Dursi et al, 2013; Jacinto y Millenaar y Jacinto, 2013). En ese sentido, uno de los hallazgos que resulta pertinente considerar como insumo analítico para esta tesis tiene que ver con que las autoras plantean que en las trayectorias laborales según el género, por lo general, son los varones quienes suelen tener mejores inserciones laborales.

Por último, un tercer grupo de estudios analiza específicamente las características de las trayectorias laborales de los jóvenes en el mercado de trabajo, puntualizando los tipos de trabajo que éstos realizan y sus valoraciones respecto de los mismos.

Estos estudios e investigaciones constituyen en antecedentes fundamentales para esta tesis en relación con dos cuestiones. Por un lado, la incorporación que estos autores realizan de las variables subjetivas y biográficas para analizar el problema de los jóvenes con el trabajo, en tensión con las transformaciones macroestructurales y en relación con otras dimensiones que forman parte de sus experiencias vitales, tales como la familia, la escuela, el barrio. Por otra parte, la mayoría de estos estudios coinciden en señalar el lugar que el trabajo ocupa en la configuración de las biografías juveniles, en tanto aspecto identitario. En esta investigación retomo ese argumento y en efecto, una de las ideas que articulan mi

análisis es que acceder al mercado de trabajo genera expectativas que configuran los itinerarios de los jóvenes.

En ese sentido, de las investigaciones citadas previamente sobre trayectorias juveniles y su relación con el trabajo, utilizaré el estudio de Roberti (2016)[42] porque el mismo dialoga con mi tesis en términos del objetivo que se propone su autora. Roberti parte de preocuparse por analizar cómo determinadas transformaciones del escenario a nivel societal (tales como la globalización, los cambios en el régimen de acumulación capitalista y la crisis de los marcos de referencia colectivos), acompañan el proceso de fragmentación de los lazos sociales y de crisis de las instituciones que otrora garantizaban la incorporación de nuevas generaciones al mercado de trabajo. En el estudio que se realiza con jóvenes de sectores populares de un barrio del Gran La Plata, Roberti (2016) pone en diálogo la intersección de un conjunto de problemáticas de las ciencias sociales, tales como la sociología de la juventud, la sociología del trabajo y los estudios biográficos. La autora caracteriza el escenario actual por la fragmentación de los mecanismos tradicionales de integración social y socialización, y a partir de ello:

> (…) surge el interés por analizar el resquebrajamiento del modelo lineal de transición a la vida adulta, que vislumbra una de sus manifestaciones más emblemáticas en las trayectorias laborales delineadas por los jóvenes. (Roberti, 2016: 7).

Me interesa destacar que la autora aborda la cuestión del trabajo en relación con otras dimensiones, tales como la familia, la escuela, el barrio y el grupo de pares, y desde allí analiza las trayectorias laborales. En ese sentido, considera que existe una "centralidad relativa" (2016: 121) del trabajo en las biografías juveniles, lo cual la lleva a indagar respecto de las trayectorias laborales en el marco de un proyecto vital más amplio, en donde otros aspectos de la sociabilidad, como el barrio, cobran importancia. Roberti (2016) considera que uno de los hallazgos de su investigación tiene que ver el hecho de poder desentrañar la centralidad relativa que el trabajo ocupa en las biografías juveniles:

[42] El trabajo de Eugenia Roberti al cual hago referencia corresponde a la tesis de Maestría en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata (2015), que luego fue publicada en formato libro en 2016, con el título *Prácticas laborales juveniles y fragmentación social. La difícil transición de la escuela al Trabajo*.

> Frente a las tesis que postulan 'el fin del trabajo', sostenemos que el mundo laboral no ha perdido importancia en la vida de los jóvenes sino que adopta nuevas prácticas y sentidos que deben aprehenderse en relación a otras esferas vitales significativas. (Roberti, 2016: 121)

En la investigación y retomando las voces de los propios jóvenes, la autora analiza que el trabajo sigue constituyéndose como un espacio privilegiado de conformación de subjetividades e identidades, aunque no resulte el único ni el central, y de allí que es necesario analizar cómo las expectativas de los jóvenes se ajustan al horizonte de posibilidades del contexto sociocultural en el que viven, donde existen determinados trabajos disponibles (tales como albañil, ciruja, cooperativista).

En ese sentido y teniendo en cuenta que en esta investigación parto de considerar que solo es posible recuperar el sentido que el trabajo tiene para los jóvenes a partir de tensionarlo con otros aspectos de sus experiencias vitales, es que los aportes de la autora se constituyen en un insumo para la investigación ya que focaliza respecto de los modos diferenciados de configuración de la relación entre los jóvenes y el trabajo, en función de cómo se articulan con otras dimensiones de sus biografías: el barrio, la familia, la escuela y el grupo de pares.

I.3.3. El trabajo como valor moral

Para finalizar, recupero estudios que se constituyen en insumos para construir el abordaje que en esta tesis realizo de la relación que los jóvenes de barrio Las Flores Sur establecen con el trabajo. Los aportes consultados refieren a investigaciones realizadas por autores que abordan el trabajo en los sectores populares vinculándolo con otros aspectos de las experiencias vitales. A nivel nacional, retomo las investigaciones sobre el trabajo de familias cartoneras realizado por Débora Gorbán (2014) y también, la etnografía sobre jóvenes de un barrio popular de la Ciudad de Buenos Aires, Bajo Flores, realizada por Patricia Diez (2006). A nivel latinoamericano, consulté diferentes etnografías que abordan las características que adquiere el trabajo en tanto valor en los sectores populares, y puntualmente destaco las producciones realizadas por las antropólogas

brasileras Simoni Lahud Guedes (1997), Claudia Fonseca (2003) y Marta Jardim (1998).

Por último, el libro *En busca del respeto* del antropólogo norteamericano Philippe Bourgois (2010) también se constituye en un insumo indispensable. En ese sentido, recupero los aportes de la etnografía que Bourgois (2010) realiza sobre las prácticas juveniles de jóvenes que son parte de la economía "subterránea" (desde reparación de autos hasta tráfico de drogas) de la cultura callejera en un barrio puertorriqueño de Nueva York, el Harlem, en tanto se convierte en uno de los antecedentes más importantes para analizar las experiencias de jóvenes que viven en territorios de segregación urbana.

Fuente: Blog http://hacetelapelicularosario.blogspot.com.ar/

El planteo de Bourgois (2010) me resulta esclarecedor para analizar cómo la relación que los jóvenes construyen con el trabajo en los sectores populares, en este caso de barrio Las Flores Sur, está atravesada y condicionada por el contexto político, económico y social en el cual se produce, pero a su vez, en esa relación entra en juego una red compleja de "creencias, símbolos, formas de interacción, valores e ideologías" (Bourgois, 2010: 38). Entre otras cuestiones, la elección que los jóvenes realizan por el trabajo "legal" se encuentra en una permanente disputa

con ofertas vinculadas al trabajo en la economía ilegal, fundamentalmente, a través de la venta de drogas. A partir de ese diagnóstico compartido entre el planteo del autor y de lo que sucede en el territorio en el que realicé el trabajo de campo, hago mío el interrogante de Bourgois (2010) respecto de "¿qué es lo que los lleva a los jóvenes a estar dispuestos y considerar legítimo salir todos los días del barrio para ir a trabajar por salarios mínimos, cuando pueden ganar mucho más dinero y de manera más rápida en el mercado ilegal?" (Bourgois, 2010: 34). Es evidente que la respuesta a ese interrogante no es unívoca y encuentra diversas causas o explicaciones, una de ellas tiene que ver con lo que el trabajo habilita en relación a su función instrumental, en tanto que permite generar el sustento económico o, como dice Jardim (1998), permite demostrar la capacidad de provisión en el hecho de "ganar el pan" de manera "legal"; pero fundamentalmente, el valor moral del trabajo se construye en contraposición con las otras propuestas disponibles en el territorio para la provisión, tales como el delito, el narcotráfico o ganarse la vida a través de la asistencia estatal. Es así como uno de los puntos centrales de esta tesis será mostrar cómo la identificación con el trabajo formal redime moralmente a los jóvenes en tanto que los aleja de la figura del "choro", "vago", "asistido" o "narco", acompañando así la posibilidad de construcción de una posición de respeto y honra tanto en el propio territorio como afuera de él.

En ese sentido Bourgois (2010) se concentra en un dato que surge de las diversas conversaciones con los jóvenes que formaron parte de su trabajo de campo, en las cuales éstos demostraban su interés por participar en el mercado "legal" de trabajo porque consideraban que eso los legitimaba para disputar una posición de respeto en el barrio, aun cuando en la mayoría de los casos sus esfuerzos por ingresar al mercado formal los enfrentaba, afuera del territorio, con situaciones de humillación permanentes. "Pese a la sucesión de malas experiencias que atravesaban en los márgenes de la economía legal, todos mis conocidos aseguraban que el mayor deseo de sus vidas era encontrar un trabajo" (Bourgois, 2010: 183).

Desde esa idea de construcción de una posición de respeto, recupero el planteo de Gorbán quien propone considerar al trabajo "en tanto categoría y en tanto valor"

(2015: 77) y cómo tal solo es posible pensarlo en el marco de las experiencias y el mundo de sentido de los grupos estudiados, en este caso, los jóvenes de barrio Las Flores Sur. Estudiar, entonces, esa relación no puede reducirse a recuperar sus inserciones en el mercado legal porque tal como plantea Bourgois, los jóvenes son "los primeros en ser despedidos y los últimos en ser contratados" (2010: 142), ni tampoco a partir de recuperar las trayectorias laborales de sus familiares porque en la mayoría de los casos la inestabilidad se configura como una constante en sus historias[43]. En este caso, para los jóvenes protagonistas de esta tesis, la relación precaria e inestable con el mercado legal aparece discursivamente naturalizada a medida que el trabajo estable se desdibuja en las experiencias transmitidas. Coincido con el señalamiento de Kessler acerca de los jóvenes de sectores populares: "ven frente a ellos un horizonte de precariedad duradera en el que es imposible vislumbrar algún atisbo de carrera laboral" (2010: 33).

Pero, tal como plantea Jardim (1998), si uno se pregunta únicamente por el trabajo formal o el empleo, entendido como el conjunto de "actividades laborales, remuneradas a través de un salario y que se realizan de manera sistemática y regular", posiblemente no encuentre nada parecido a ello en las trayectorias vitales de las familias de sectores populares. Y esto implicaría, a su vez, el riesgo de anular la posibilidad de analizar cómo significan y consideran el cumulo de actividades diversas que efectivamente realizan para la subsistencia. Entiendo, entonces, que el trabajo se legitima en las experiencias vitales de estos jóvenes en tanto está asociado a valoraciones morales y no tanto a sus inserciones precarias e intermitentes en el mercado formal.

Es por esto que es necesario considerar que las actividades de los jóvenes están insertas en el contexto específico en el cual se producen, lo cual significa, también, que sólo pueden ser analizadas en el marco del "espacios de posibles" (Gorban, 2014). Es decir que las decisiones que los jóvenes toman en función de determinadas opciones solo tienen sentido: "en el contexto del conjunto de

[43] Como plantea Kessler (2010), la inestabilidad y la precariedad no son para los jóvenes problemas totalmente nuevos, de hecho, en la mayoría de los casos, los padres de los jóvenes que él entrevista habían tenido trayectorias laborales precarias e inestables.

alternativas y recursos de los cuales disponen y crean los sectores populares urbanos" (Gorbán, 2015: 77).

Fuente: Blog http://hacetelapelicularosario.blogspot.com.ar/

En Las Flores Sur el trabajo históricamente estuvo asociado a una serie de atribuciones morales que transcienden las actividades laborales en sí, y que se consideran como parte de la construcción de los "códigos" barriales que se ponen en juego en las interacciones sociales en este territorio. Es por eso que rastrear la historia de la construcción del valor –trabajo supone trascender la idea de pensar cómo los jóvenes consideran las inserciones laborales o sus dificultades vinculadas al ingreso al mercado formal, sino que permite reconstruir un universo de sentido que se genera en torno a la idea de ser trabajador, que funciona por oposición y en contraste con el resto de las identificaciones disponibles en el territorio.

Jardim (1998) plantea en su análisis sobre la construcción de valores vinculados con la relación entre trabajo y género, en un barrio de Grande Porto Alegre, Brasil, que:

> (…) la construcción de valores en torno del trabajo sobrepasa las experiencias de la fábrica, de las industrias, aproximándose a lo cotidiano, como también se someten a las concepciones de género desde las cuales se le asignan determinados valores al trabajo. (Jardim, 1998: pág 32)

Es así que la identificación que los jóvenes construyen con la figura del "trabajador" se legitima en el contexto de "un campo de significaciones multifacético" (Guedes, 1997: 34), en donde al valor – trabajo se le atribuyen valores morales tales como el esfuerzo, la responsabilidad, la provisión de manera "honesta", y también un sentido de pertenencia común con el resto de los vecinos que se manifiesta a través del sostenimiento de una posición de "humildad" que la vida "digna" de trabajo supone. Esto se presenta en contraposición a la obtención de dinero de manera cuantiosa y rápida en el mercado ilegal que genera el riesgo de "olvidarte de dónde venís", es decir, de los orígenes, de la historia compartida y de los códigos que regulan la vida en el barrio.

CAPÍTULO II

BIENVENIDOS AL BARRIO LAS FLORES SUR

"A la gente que no conoce el barrio, les diría que se animen a venir a Las Flores que no es tan... que no tengan miedo que si le van a robar o no le van a robar, que sean más confianzudos digamos, confianzudos con uno mismo de animarse a entrar a un barrio que ellos no conocen y poder conocer la historia del barrio, no tanto nominarlo con lo que se dice de otras partes. Porque no es lo mismo nosotros decir que en el centro son todos choros porque en realidad nosotros no sabemos cómo son en el centro y los de centro y los de ningún lado saben cómo es en barrio Las Flores, excepto uno mismo que está viviendo en barrio Las Flores"

ROMINA, 16 años
Entrevista

En este capítulo, sitúo al barrio como eje central para pensar las experiencias vitales de los jóvenes que conocí en el trabajo de campo. El barrio, que será nombrado en este trabajo de ese modo o como "territorio" (Soldano, 2008; Segura, 2006; Rose, 2007; Gravano, 2009) se constituye en el escenario, el espacio social (Bourdieu, 2011; De Certeau, 2010) en donde los jóvenes configuran su identidad, despliegan tácticas[44] (De Certeau, 2010) para reproducir su vida, generan lazos afectivos y también compiten en función de conquistar prestigio y honor (Fonseca, 2004).

Ingresar a la historia barrial y organizar el espacio, es el punto de partida de este trabajo, porque son los jóvenes quienes se posicionan desde el *acá* que constituye

[44] Las tácticas, según De Certeau, no articulan un discurso, sino que se manifiestan en la decisión misma, en el acto y en la manera de "aprovechar la ocasión" (2010: 50).

la pertenencia territorial. El barrio, entonces, es un soporte que los jóvenes disponen a la hora de posicionarse socialmente y aun cuando funciona en un doble registro, como estigma y como emblema (Goffman, 2012), opera en la disputa de conquistas cotidianas que realizan los jóvenes en sus movimientos allí mismo, pero también en otros territorios.

Romina Ramírez (2013) plantea que el barrio aparece en la vida de los jóvenes de sectores populares como una dimensión desde la cual éstos construyen su identidad, creando un sentido de pertenencia, pero también en muchos casos convirtiéndose en obstáculo al pensar las relaciones con el afuera. Esta tensión adentro – afuera configura la sociabilidad al interior del territorio, pero también modela las posibilidades que los jóvenes tienen de presentarse en el afuera, disputando diferentes recursos y actividades laborales. Este aspecto, que es una clave central a la hora de construir la topografía barrial (Segura, 2006) será retomado posteriormente.

Relatar y ordenar la historia barrial es un trabajo complejo. ¿Cómo recuperar la experiencia del surgimiento y construcción de éste, y sus movimientos de rupturas y continuidades desde las voces de los propios protagonistas? ¿Cómo articular esas voces con los movimientos desde arriba que lo van moldeando? ¿Por qué escribir la historia del barrio para hablar de los jóvenes? ¿Cuándo el barrio se convierte en un territorio disputado? ¿En qué momento los jóvenes se convierten en los protagonistas de esa disputa?

Reconstruir la historia del barrio Las Flores Sur implica considerar que no es posible analizar ni describir la contemporaneidad sino es desde la "historia del presente", es decir, recobrando el surgimiento de lo actual "mediante la reconstrucción del sistema de transformaciones que hereda" (Castel, 1997: 14).

En éste Capítulo, denominado "Bienvenidos a Las Flores Sur", construyo una cartografía barrial. Para conocer el barrio, es necesario "entrar" a Las Flores Sur; describir el espacio, identificar las fronteras internas y externas; desplegar los posibles circuitos territoriales que operan cotidianamente.

"Entrar" se convirtió en una categoría nativa central a la hora de pensar la dinámica barrial y construir una topografía espacial. A Las Flores Sur no se "va", no se "llega" desprevenidamente, sino que se "entra". Asimismo, entrar significa evocar la heterogeneidad: cada giro o vuelta de una esquina nos ubica en escenarios diferentes. Desplegar los barrios dentro del barrio desmitifica la idea de comunidad homogénea que opera tanto cuando se lo evoca desde afuera (con expresiones tales como "los jóvenes de Las Flores son…") como también, en muchas ocasiones, para los propios vecinos cuando se identifican con determinadas características que hegemonizan la representación respecto del barrio. Como plantea Segura cuando analiza los espacios de segregación residencial y la movilidad territorial, en cada territorio se erigen modos de representar y practicar el espacio y su relación con el entorno (2006: 4).

Construyo la cartografía barrial en función de tres categorías nativas que aparecen en el discurso de los jóvenes, moldeando sus prácticas. Estas categorías hacen referencia fundamentalmente a la construcción de los límites entre adentro – afuera y cómo operan en ese sentido las fronteras territoriales. Las categorías nativas son: "Los de las Casitas"; "Soy Villera y me la aguanto" y "Todos somos BLF".

Estas categorías funcionan para los jóvenes a la hora de simbolizar el espacio y en la construcción de las redes de relaciones que se establecen tanto adentro como afuera del barrio. Retomando nuevamente el planteo de Segura (2006) el autor sostiene respecto de la construcción de cartografías barriales que éstas siguen un doble objetivo:

> (…) por un lado, caracterizar los modos de simbolizar el espacio barrial, sus límites y su entorno, por parte de sus habitantes; por otro, analizar las interacciones, reconstruir las redes de relaciones en las que los habitantes de la unidad territorial se encuentran insertos. (2006: 5)

Para responder al primer objetivo, el territorio barrial adquiere centralidad y para el segundo, lo central es poder explicar la territorialidad de las prácticas (Segura, 2006). En ese sentido, las categorías nativas escogidas me permitirán recorrer el territorio y organizarlo a partir de la territorialidad de las prácticas.

En una segunda parte, realizo la reconstrucción del barrio a partir de la articulación Estado – instituciones / comunidad. Reconstruyo la presencia estatal en este territorio: la escuela primaria y secundaria; Centros de Salud Municipal y Provincial; Centro de Convivencia Barrial; Polideportivo; Centro de Acceso a la Justicia. Utilizo para el análisis una metáfora que surgió en una conversación con el Coordinador del Centro de Convivencia Barrial, quien hizo referencia a que Las Flores es un parque de diversiones (por la cantidad de instituciones con las que cuenta que serían los "juegos"), pero el problema es que los vecinos no se quieren subir a los juegos.

Por último, analizo la articulación público / privado y, en ese marco, el lugar de "la calle" como espacio que configura sentidos y prácticas para los jóvenes. La calle es un aspecto clave para las biografías juveniles y para organizar, delimitar y dar sentido a sus recorridos. Si bien será presentado en este capítulo, esta dimensión estará presente durante todo el desarrollo de la tesis.

II:1. Cartografías

Construir la cartografía barrial significa explicar cuáles son los criterios que operan a la hora de habitar el territorio; significa también organizar los recortes y circuitos espaciales, y por último, considerar que aspectos simbólicos reconfiguran esos recorridos. En términos de De Certeau (2010), entiendo al espacio como "lugar practicado" (2010: 129), es decir, como recorte en donde se pone en juego la experiencia de la existencia. En ese sentido, y siguiendo al autor, "hay tantos espacios como experiencias espaciales distintas" (2010: 130). Es así que la práctica cotidiana se dirime en una tensión entre lugares y espacios; los lugares están configurados por los objetos que están ahí y los espacios están determinados por operaciones que se atribuyen a esos lugares y los especifican mediante las "acciones de los sujetos históricos" (2010: 130).

Está claro entonces, que el territorio en tanto espacio no es un recorte objetivo ni que se representa únicamente a través de mapas geográficos tradicionales, que delimitan la traza urbana. Sousa Santos (1991) utiliza la categoría de "cartografías simbólicas" para plantear que el espacio no sólo es representado a través de mapas

que implican escalas, contienen puntos de referencias e ilustraciones, sino que las cartografías además dibujan representaciones y relaciones sociales.

> Son varios los modos de imaginar y representar el espacio. Dentro de ellos, seleccionamos los mapas, y en éstos, los mapas cartográficos (…) La principal característica estructural de los mapas reside en que, para desempeñarse adecuadamente en sus funciones, tiene inevitablemente que distorsionar la realidad. Para ser práctico, el mapa no puede coincidir punto por punto con la realidad. Sin embargo, la distorsión de la realidad que eso implica no significa automáticamente distorsión de la verdad, si los mecanismos de distorsión de la realidad son conocidos y pueden ser controlados. (Sousa Santos, 1991: 32).

El peso simbólico diferencial que tienen algunos espacios del barrio distorsiona su mirada, expresando incluso valoraciones contradictorias respecto del mismo lugar. El espacio de "la calle", representando y nombrado simbólicamente tanto por jóvenes como por los adultos como "la esquina" es un buen ejemplo para expresar estas contradicciones[45]. Para los adultos, ésta es considerada como un lugar peligroso porque es donde se evidencia la presencia de los jóvenes, es donde están y a partir de allí se construye una significación estigmatizante al respecto: estar "en la esquina" pone en juego los valores negativos que se asocian a la juventud (Chaves, 2005). Se construyen de este acto un sinfín de significaciones que refuerzan esta negatividad: ahí los jóvenes "hacen bardo", planean delitos "esperando con las motos para salir a robar", consumen "se drogan", o simplemente "molestan" porque no hacen nada.

Mariana Chaves (2005) analiza las construcciones discursivas respecto de las juventudes, desde las cuales se refuerzan representaciones sociales que ubican a los jóvenes como "peligrosos", "inseguros", "no productivos", entre otras. En este caso, la construcción discursiva respecto de los jóvenes de la esquina se asocia a la idea de los jóvenes como ser "desviado" y "peligroso". Respecto del joven como desviado, la autora plantea que esta caracterización tiene que ver con considerarlos con mayor tendencia a desviarse del camino porque sus objetivos no son claros. Esta posibilidad de desviación de lo considerado normal (Goffman,

[45] Muchas investigaciones que abordan la problemática juvenil han de-construido el lugar que "la esquina" ocupa en la visión adultocéntrica y negativizada respecto de los jóvenes (Chaves, 2005; Bustos, 2015).

2012; Becker, 2009) los convierte también en peligrosos. En relación con esta construcción discursiva, Chaves (2005) plantea que la construcción del joven como ser peligroso no tiene que ver con la acción misma, sino con la posibilidad de que realice determinadas acciones:

> Todo joven es sospechoso, carga por su estatus cronológico la marca del peligro. Peligro para él mismo: irse por el mal camino, no cuidarse; peligro para su familia: trae problemas; peligro para los ciudadanos: molesta, agrede, es violento; peligro para la sociedad: no produce nada, no respeta las normas. (Chaves, 2005: 15)

La representación de los jóvenes como peligrosos es la que opera cuando los adultos del barrio analizan su presencia en "la esquina". Pero ese mismo lugar, para los jóvenes significa un espacio del barrio en el que se encuentran, comparten un momento con sus amigos (a quienes mencionan como "la bandita*")* y también funciona como espacio de provisión (por ejemplo, se juntan en las esquinas en donde hay wifi gratis para poder conectarse). Si bien la esquina para los propios jóvenes también puede representar la posibilidad de incorporarse desde allí a prácticas delictivas o ilegales, coexisten estas actividades con otro cúmulo de prácticas que en general no son consideradas legítimas por los adultos. Un ejemplo de ello es el cuidado y la protección que los jóvenes encuentran en la esquina en la construcción que realizan de vínculos afectivos con "la bandita", es decir, su grupo de pares.

Así como con "la esquina", esto sucede con otros espacios territoriales. Es por eso que en los próximos puntos de este apartado desglosaré cuáles son las modalidades a partir de la cual los propios jóvenes construyen sus referencias barriales. Estas construcciones, tal como plantea Segura (2006), funcionan en tanto generan "redes de relaciones" (2006: 6) en la unidad territorial en la que se encuentran insertas. Para Segura, en la construcción de la representación del espacio barrial, aparecen en juego: "(…) las formas de simbolizar y segmentar el espacio barrial; las valoraciones asociadas a tales representaciones y el conjunto de prácticas y actitudes que las mismas prescriben" (2006: 9).

En ese sentido, al anclaje para la construcción de la cartografía territorial lo constituyen las marcas discursivas presentes en los relatos de los residentes del

barrio. Previamente al análisis de las tres categorías nativas que explican el espacio y que fueron mencionadas ("Los de las Casitas", "Soy Villera y me la aguanto" y "Todos somos BLF"), analizo una clave desde donde comprender las categorías analíticas. La clave tiene que ver con el ingreso al barrio (entrar) y con la construcción de las fronteras: el puente.

II.1.1. *Entrar* a las Flores Sur: el puente

Las Flores Sur es uno de los vértices de la ciudad de Rosario. Esa referencialidad opera en términos simbólicos ya que su ubicación en el límite de la traza urbana permite un juego de exclusiones geográficas y materiales. Desde su ubicación geográfica, el barrio se encuentra emplazado en el "fin de la ciudad"[46]: es el punto más al sur del trazado urbano e incluso viéndolo dibujado el barrio pareciera a punto de caerse del mapa de Rosario. Las Flores Sur es un territorio en donde se ponen en juego la segregación, la marginación y la estigmatización. Segura (2006) plantea que éstas características distingues, en general, a los territorios de segregación residencial:

> Espacio segregado, en relación al grado de proximidad espacial o aglomeración territorial de familias que pertenecen a un grupo social en términos socioeconómicos. Espacio literal –y no solo metafóricamente- marginado, situado a un 'costado' del trazado urbano. Espacio estigmatizado, asociado en el imaginario social con la violencia, los delitos, la anomia. (Segura, 2006: 16)

Estas características no configuran el territorio como un espacio absolutamente aislado ni excluido, ya que sus habitantes desarrollan diversas estrategias para transformar su posición de segregación atravesando las fronteras que los separan del resto de la ciudad y de ese modo, sobrevivir. En ese sentido, los territorios de segregación residencial no se constituyen como espacios aislados que no mantienen relaciones con el afuera. En el caso de Barrio Las Flores Sur, por el contrario, la mayoría de los vecinos construye estrategias para *salir* y de ese modo proveerse y mejorar sus condiciones de vida, contrarrestando la posición de marginalidad en la que se encuentran. Pero, las relaciones con el afuera, en este

[46] En una de las entrevistas realizadas durante el trabajo de campo, la docente de plástica de la Escuela Secundaria N° 407 hace alusión a esta idea de que el barrio puede ser pensado "como el fin" o "como el comienzo de la ciudad", depende del lugar en el que uno se posicione. Para este trabajo, Las Flores Sur es el comienzo.

barrio como en otros territorios de segregación residencial, no son lineales ni automáticas, sino que están mediadas por fronteras y limitaciones, que operan tanto respecto de la posibilidad de provisión (acceder a determinados bienes y servicios) como también de la configuración de características simbólicas respecto del barrio, reforzando la estigmatización.

En Las Flores Sur existen fronteras que operan delimitándolo, organizándolo y configurando sus características particulares. Las fronteras no son líneas cerradas ni unívocas, sino que más bien son porosas, flexibles, ambiguas e híbridas (Grimson, 2011) y habilitan separaciones y uniones a partir de las cuales se establecen un orden y una jerarquía social. Como plantea Segura (2006):

> (…) la frontera existe y modela la vida social, que se estructura y depende, en gran medida, de la movilización de (escasos) recursos y la elaboración de variadas estrategias para atravesar la frontera con la finalidad de acceder a bienes y servicios escasos o ausentes en el barrio (trabajo, salud, educación, recreación) necesarios para la reproducción de las condiciones de vida. (2006: 6)

La frontera despliega a la vez una separación y una relación: "es umbral y es el acto de una institución: instituir un lugar propio, ya sea social o sagrado, consiste en separarlo de un entorno lo que permite inscribir un colectivo dado" (Agier, 2015: 30).

En el caso de este espacio territorial, el Barrio Las Flores Sur, la frontera más importante con el afuera la constituye "el puente". Tal es así que al cruzarlo una pared pintada en colores notifica a quienes lo hicieron que ya están adentro del barrio: Bienvenidos al Barrio Las Flores Sur. Al cruzar el puente se "entra" al barrio porque, tal como fue expresado previamente, a Las Flores Sur no se "va" ni se "llega", sino que se "entra". *Entrar* implica la decisión de cruzar el puente[47]. Ningún transeúnte desprevenido puede argumentar que "se topó con el barrio de casualidad", como sí sucede con otros territorios rosarinos (Villa La Lata,

[47] Durante los años 2009 y 2010 trabajé en la Escuela Secundaria Técnica N° 407, que funcionó por mucho tiempo en el límite norte del barrio, antes de "cruzar el puente" barrio llamado Las Flores Este. La Escuela tenía un anexo, 1407 en la parte de atrás de Las Flores Sur. Para ir, había que cruzar el puente y entrar. Recuerdo largas reuniones en donde la idea de frontera que suponía el puente aparecía en evidencia en frase como: los docentes "tienen miedo de entrar", "no quieren entrar", "nadie quiere trabajar en el fondo".

República de la Sexta, Villa Banana, Barrio Toba, entre otros[48]). Llegar desde el centro a Las Flores Sur implica una decisión, supone tener algún objetivo o intencionalidad previa[49].

Fuente: Facebook Saltaste la Pared Barrio Las Flores Sur

El puente opera como frontera tanto para quienes viven adentro, como también para quienes observan o analizan el barrio desde afuera. Como plantea Segura, la oposición adentro – afuera es característica de los territorios de segregación residencial. "Los límites del barrio se constituyen como frontera por medio de la cual se separa el espacio barrial del entorno mayor, quedando delimitado un adentro y un afuera. Al barrio se entra, del barrio se sale" (2006: 10).

En ese sentido, esta frontera, material y simbólica refuerza la construcción de los habitantes de este territorio como "otredad" y abona a las estigmatizaciones que al respecto se construyen: en Las Flores viven otros, que no son iguales que el resto

[48] Una de las características de la ciudad de Rosario es que varias de las Villas se han instalado en zonas céntricas motivo por el cual, para trasladarse de un lugar al otro de la ciudad por sus principales arterias, es inevitable cruzarlas. Por ejemplo, la Villa Banana atraviesa una parte del recorrido este – oeste de la Avenida 27 de Febrero, una de las más importantes de la ciudad; Villa La Lata aparece en el recorrido norte – sur, cruzando calles troncales de ese eje como son España, Italia, Corrientes, Entre Ríos.

[49] Compartiendo mis experiencias de trabajo de campo en el Barrio Las Flores con docentes universitarios que me consultaban respecto de los avances en esta tesis, varios de ellos me preguntaban explícitamente "*¿cómo llegas al barrio*?". La pregunta me hacía dimensionar lo invisibilizado geográficamente que se encuentra Las Flores, a pesar de ser uno de los barrios más "conocidos" mediáticamente, en la mayoría de los casos vinculándolo a delitos y al narcotráfico.

de los ciudadanos rosarinos, los "normales" (Goffman, 2012[50]). Esos otros poseen atributos negativos, convirtiéndolos en peligrosos (Chaves, 2005): son vagos, choros, narcos, soldaditos, drogadictos, asesinos, delincuentes. Este límite geográfico y visible refuerza la mirada estigmatizada respecto de lo que se piensa desde afuera del barrio, y en muchos casos se reproduce también adentro. Tal como plantea De Certeau (2010), las delimitaciones y sus configuraciones introducen "contradicciones dinámicas" (2010: 138) en el territorio.

Esa contradicción se pone en evidencia en las conversaciones cotidianas con los vecinos, en las cuales sueñan con construir una vida diferente afuera, con mayor prosperidad económica, estabilidad y tranquilidad. Pero, por otro lado, plantean que nunca dejarían de vivir en su barrio, porque es donde se sienten bien.

De Certeau plantea al respecto que en los relatos se pone en juego la contradicción que la relación con las fronteras habilita: "los relatos están animados por una contradicción donde figura la relación entre la frontera y el puente, es decir, entre un espacio (legítimo) y su exterioridad (extranjera)" (2010: 138).

El puente que opera como frontera, es la Circunvalación, una avenida, la más larga de la ciudad, que recorre todo el perímetro de Rosario[51]. La circunvalación bordea toda la ciudad, permitiendo a quienes la transitan empalmar con otras avenidas, rutas y autopistas sin la necesidad de atravesarla.

El puente tiene una longitud de aproximadamente 10 metros de largo y se constituye en una calle doble mano, deteriorada, que es el paso por debajo de la Circunvalación. El puente aparece en la continuidad de la calle España; que se origina en el río Paraná y termina en Las Flores, a la altura del 6500. Es una calle angosta, de mano única hasta el cruce que la convierte en bidireccional en la práctica ya que no hay ningún cartel indicativo que así lo advierta ni tampoco están demarcadas las líneas que darían cuenta de esa definición.

---

[50] Goffman plantea que son considerados "normales" aquellos "que no se apartan negativamente de las expectativas particulares que están en discusión". En este caso serían considerados normales los ciudadanos propietarios, que tienen un trabajo estable, una familia tipo y viven en zonas urbanizadas de la ciudad, contando con todos los servicios que eso habilita.

[51] La ciudad de Rosario se fue construyendo desde el centro (actualmente el perímetro contemplado por el Distrito Centro) en forma radial hacia la Avenida de la Circunvalación (Cáceres, 2004).

Debajo del puente hay dos caminos para peatones, delimitados por barandas, ya que muchos de los vecinos lo cruzan a diario, fundamentalmente para "salir" a trabajar o para utilizar algunos de los servicios que disponen en el afuera: salud y educación. Uno de los lugares más frecuentado es el Hospital Municipal Roque Sáenz Peña, que se constituye en escenario de varias de las historias juveniles. El oscuro pasaje que significa el puente está intervenido con graffitis, frases pintadas, dibujos en colores al estilo de un mural. Su corta longitud no impide que los días de lluvia el puente se transforme en una frontera infranqueable impidiendo el ingreso al barrio, debido a que se inunda fácilmente. Aunque para salir también se puede utilizar la Avenida San Martín Sur, que delimita al barrio, en este caso en el extremo este, es más frecuente hacerlo por el puente.

El puente, entonces, es un espacio clave del barrio, demarcándolo no solo territorial sino también, simbólicamente. Porque no es solo el ingreso a un espacio físico, sino también a un universo simbólico que es el "BLF", en donde se ponen en juego determinadas prácticas para transitar el territorio, en donde también las legalidades se reconfiguran.

En el barrio circulan varias imágenes que dan cuenta de estas transformaciones que la legalidad socialmente vigente sufre luego del cruce del puente. Una de ellas, que tiene un tono de humor, es la que cuentan los vecinos respecto de lo que sucede en el Colectivo 140 luego de cruzar. Cuando éste atraviesa la Circunvalación, es frecuente que el chofer encienda un cigarrillo mientras maneja y transgreda esa norma con naturalidad. Esos relatos venían acompañados de afirmaciones tales como "en Las Flores se puede hacer cualquier cosa", "en este barrio suceden hechos insólitos", es decir, referenciando que es un territorio en el cual determinadas normas vigentes entran en tensión, y en muchos casos se debilitan, dando lugar al despliegue de otros marcos normativos.

Esta escena con ribetes humorísticos, se contrapone a otras tantas en las cuales la suspensión o transformación de la legalidad adquiere características más complejas, y en donde también el puente es el escenario que las enmarca. Los jóvenes relatan incansablemente que es habitual recibir debajo del puente maltratos, golpes y abusos por parte de las fuerzas de seguridad. Es decir que, en

Las Flores Sur, en muchas ocasiones, los vecinos viven en un "estado de excepción" (Agamben, 2010). Y en ese sentido, el *puente* constituye un escenario donde esa excepcionalidad encuentra condiciones para poder desarrollarse.

Retomo el al concepto de Agamben (2010), quien caracteriza al estado de excepción como: "un punto de desequilibrio entre derecho público y hecho político, que se sitúa en una franja ambigua e incierta en la intersección entre lo jurídico y lo político" (2010: 23). Es una zona incierta, un momento del derecho en el que éste se suspende precisamente para garantizar su continuidad, en donde las legalidades se reconfiguran y en donde las protecciones y los derechos son percibidos de manera diferente. Estas suspensiones son esporádicas, y excepcionales, y no significan, tal como planteábamos previamente retomando a Segura (2006) que Las Flores Sur sea un territorio en donde la vida cotidiana transcurra en el marco de la anomia. Más bien, es de este modo (dejando hacer u organizando la violencia) como se despliega la intervención del Estado en este barrio.

Como plantean Auyero y Berti (2013) más que ante un fracaso del estado, esa presencia da cuenta de una "constelación de intereses" (2013: 121) cuyo resultado es la promoción de la violencia. Los autores plantean que estas intervenciones del Estado se caracterizan por su intermitencia:

> Se trata de mostrar una gubernamentalidad estatal, basada en la habilidad de precipitar 'estados de excepción' localizados, mediante redadas aterrorizantes que demuestran simbólicamente el poder arbitrario del estado y que refuerzan la separación entre poblaciones 'válidas' e 'inválidas'. (Auyero y Berti, 2013: 122)

Como veremos posteriormente, estas interrupciones del derecho, que se desatan intermitentemente, refuerzan adentro del propio barrio las ideas estigmatizantes que se construyen afuera.

II.1.2. Modos de *entrar*

Cruzar el puente y *entrar* genera diferentes discursos desde los cuales se plantea de qué modo es mejor hacerlo. Es a partir de la evaluación que los vecinos hacen de esa práctica, que se establecen parámetros desde los cuales clasifican a quien

ingresa. De Certeau (2010) plantea que las fronteras y puentes tienen un lugar central en la construcción de los espacios y a su vez habilitan una red compleja de diferenciaciones. En ese sentido, el autor señala que la frontera no pertenece a uno u otro de los lados que separa, porque la "unión y la desunión son indisociables" (De Certeau, 2010: 139). Así, la frontera opera como una terceridad entre esas partes que divide, y que organiza en función de su distinción.

> (…) lugar tercero, juego de interacciones y de entre-vistas, la frontera es como un vacío, símbolo narrativo de intercambios y de encuentros. Mutación de lo vacío a lo lleno, y del intervalo a lugar establecido (…) surge (así) la ambigüedad del puente: unas veces suelda y otras opone insularidades. Las distingue y las amenaza, libera del encierro y destruye la autonomía. (2010: 140, el énfasis es mío)

Fuente: Facebook Saltaste la Pared Barrio Las Flores Sur

En los relatos, el puente *hace* frontera, articula en ese juego de interacciones que va delimitando a quienes están adentro y quienes están por fuera, pero a su vez también organiza los modos de entrar y salir.

En uno de mis encuentros, Jenifer, una joven de 19 años que vive en el fondo[52], habla de los modos de entrar al barrio a raíz de un hecho que le sucedió a su

[52] En el próximo apartado explico la relación adelante – atrás, o "los de las casitas – los del fondo".

novio, a quien siendo extranjero, le robaron la primera vez que fue a visitarla a Las Flores. Ella lo cuenta de modo risueño, en algún punto legitimando que para entrar al barrio es necesario manejar determinados códigos que se aprenden en la calle, ser más astuto. Justifica de ese modo lo que le pasó a su novio porque él no tuvo en cuenta determinadas precauciones, entre otras el riesgo que puede significar llegar en taxi. A partir de eso, Jenifer cuenta que los modos de entrar se constituyen en una primera presentación del visitante hacia el resto del barrio y viceversa. Es por eso que, por ejemplo, si entras en taxi existen mayores posibilidades de que te roben, y así la primera visita puede significar considerar que el barrio es un lugar peligroso, inseguro, reforzando la caracterización de "zona roja" que pesa sobre este territorio. Jenifer lo cuenta así:

> -¿Qué es zona roja?
> J: Zona roja, peligrosa… ¿Nunca viniste en un taxi?
> -No
> J: No vengas nunca porque te van a robar.
> -¿Sí?
> J: Sí
> -Si entras en taxi, ¿te roban?
> J: Sí, porque **al taxi le roban siempre acá adentro**. Viste que el taxi nunca entra. ¿Por qué nunca entra? Siempre te deja en el **puente**.
> -No, nunca vine en taxi. En cole o en auto, pero en taxi no.
> J: Bueno, el taxi te dice, el GPS, ¿nunca viniste con un GPS?, te dice 'ti, ti, ti, zona roja, zona roja (risas).

Se suma a los diferentes modos de entrar (en taxi, colectivo, caminando, en auto particular, en moto) la dificultad de encontrar alternativas para poder hacerlo. En ese sentido, Las Flores es un barrio aislado, ya que existen muy pocos medios de transporte que lo conecten con el resto de la ciudad. No solamente para el visitante es riesgoso entrar en taxi, sino que también en general éstos no aceptan llevar a los pasajeros hasta el barrio, porque lo consideran peligroso. Lo mismo sucede con otros medios de transporte, por ejemplo, la línea de Colectivos 140, frecuentemente modifica y limita su recorrido, alegando la inseguridad que entrar al barrio trae aparejada para los conductores. Tampoco las ambulancias quieren entrar y evitan en la mayoría de los casos hacerlo, por el mismo motivo.

Porque, en definitiva, ¿a dónde se *entra*? Es necesario entonces, introducir el barrio y detenernos en describirlo teniendo en cuenta la mayor cantidad de

detalles posibles. El BLF puede ser reconstruido de múltiples maneras: desde la mirada que construyen los medios de comunicación masivos, desde la perspectiva de los funcionarios públicos, desde la que realizan los trabajadores que entran cotidianamente a trabajar allí, desde el análisis que realizan los adultos que viven en el barrio.

En este caso, tal como ya se planteó, los anclajes espaciales se erigirán a partir de la mirada que los jóvenes construyen respecto del territorio a partir de los cuales organizan sus movimientos.

II.1.3. Los barrios del barrio

La línea de colectivos urbana 140 es la única que entra a Las Flores, convirtiéndose así en "EL COLECTIVO" (con mayúsculas) que los comunica con el resto de la ciudad. Éste termina su recorrido (tiene su punta de línea en donde lo arranca nuevamente) en El Bar de Coto, un almacén – bar, el único con esa característica en el barrio, en donde los vecinos se juntan a charlar mientras esperan el colectivo o pasan un rato de esparcimiento. El bar es una casita baja, construida con materiales, con techo de chapa, pintada de blanco y con dos ventanas celestes que dan a la calle Hortensia[53]. Tiene unas mesas y una barra-mostrador en su interior, custodiada por estantes con bebidas y alimentos, y unas mesas afuera, en donde el colectivero se sienta a tomar un café mientras espera la próxima salida.

No conocí este lugar en mi primera entrada al barrio, porque el bar de Coto está en el *fondo* y ahí no se llega de primera mano. Al igual que otros barrios populares urbanos este territorio no es una "comunidad homogénea" o "pueblo grande" (Gravano, 2003: 44) sino que en su interior conviven diferentes recortes y construcciones, y los lugares se transforman en espacios de acuerdo a referencias

[53] Los nombres de las calles del barrio remiten en su mayoría a nombres de flores: Guaria Morada, Clavel, Estrella Federal, Jazmín, Flor de Nácar, Lirio, Rosa Blanca, Malvón. Hay otras calles y pasajes señalados con números. De acuerdo a registros históricos, el modo en el que se nominaron las calles obedece a que el agrimensor que fue a realizar el trazado urbano en la década del 60' se comunicó con su madre y le pidió a ésta que le diga "nombre de flores" para poder ponerle a las calles, ya que consideraba que el barrio estaba en una zona alejada al casco urbano, y parecía un campo.

históricas, a intereses en juego, a condiciones materiales diferenciadas, a relaciones conflictivas y amorosas entre los vecinos.

La división espacial - simbólica más importante del barrio la constituye el eje "los de las casitas" que son quienes se encuentran "adelante" versus "los del fondo" o que son quienes residen "atrás". El bar está en el *fondo*, pero ese lugar no representa el *fondo del fondo*, no es el fin del territorio.

La oposición adelante-atrás es bastante frecuente en las organizaciones territoriales, en general hace referencia a alguna calle asfaltada, a la vía del tren o alguna otra delimitación que opera dividiendo y jerarquizando el espacio. Ramiro Segura (2006) también analiza esta distinción espacial y considera que esta división establece caracterizaciones diferenciadas para quienes habitan cada una de esas dos partes del barrio. Mientras que los de *adelante* son considerados como aquellos que tienen mejores condiciones de vida, en algunos casos trabajo estable, viviendas de material, y en ese sentido son ubicados por *arriba* (en mejores condiciones materiales), los *del fondo* son considerados como vagos, que no tienen trabajo estable, sino que salen con el carro, sus viviendas son más precarias, y conviven con basura alrededor y adentro de sus casas. Por eso se los considera en relación a jerarquías sociales, que se ubican *abajo*.

La distinción entre adelante y atrás es observable porque la fisonomía del barrio cambia entre estos dos lugares. Estas características palpables (el tipo de vivienda, el modo de provisión, el acceso a servicios) dan cuenta de que las construcciones en el barrio se fueron realizando en momentos políticos y económicos diferentes. En ese sentido, el *adelante* es heredero de una sociedad ligada al trabajo formal, en donde existían posibilidades de acceder a una vivienda digna a través del empleo; en cambio, el *fondo* con su crecimiento estrepitoso a partir de la década de los 90, pone en evidencia cómo se fueron precarizando las posibilidades laborales, cómo se debilitaron las políticas habitacionales y a su vez como se fueron pauperizando las condiciones de vida.

II.2. Los de *las casitas*

> *"Mi casa no es gran lujo, será de 7 x 4, es chiquita tengo habitación y una cocina comedor. Pero yo me doy cuenta que cuando quiero ir a sus casas, me dan la excusa ¿Será porque conocieron mi casa? Todo el mundo me dice: ¡Pero mira la casa que tenes!"*
>
> Mora, 20 años
> Entrevista

Tal como ya fue planteado, la principal división adentro del barrio, en términos de organización territorial, la constituye la de los de adelante - los del fondo. Si bien en el discurso de los jóvenes, esta distinción habilita diferenciaciones y a su vez, formatea determinadas prácticas, este dato no es sólo privativo del mundo juvenil, y funciona también para el resto de los vecinos del barrio.

"Las casitas" componen el casco central del barrio, alrededor de las cuales se fueron asentando las primeras instituciones (la plaza principal, la Iglesia, la Escuela Confesional y el Jardín de Infantes, el Centro de Salud, el Polideportivo). Estas son construcciones bajas, de una planta, hechas con material de manera uniforme y homogénea; típica construcción de planes de vivienda pensada para una familia tipo (padre, madre y dos hijos). Las casitas se construyeron a principios de los 70, al calor del proyecto desarrollista que venía llevándose adelante desde la década del 60, y que ponía el acento en la clase trabajadora como agente de cambio, y generadora del progreso social.

Es por esto que las casitas fueron pensadas en primera instancia para trabajadores municipales, y aun cuando existen relatos diferentes respecto del objetivo original de las mismas, lo cierto es que se ubicaron en la zona de ingreso al barrio, en el frente de Las Flores. Quienes viven allí son nombrados como "los de adelante", e imaginariamente responden a una construcción homogénea que los propios vecinos realizan, caracterizándolos como aquellos que tienen acceso a mejores condiciones materiales de vida pero sobre todo asociándolos a valores ligados a la cultura del trabajo (la regulación del tiempo cotidiano, la composición familiar, la responsabilidad, un modo de habitar el barrio sin conflictos).

El Plan que dio lugar a las construcciones se denominó Plan Alborada, y tenía que ver con la propuesta que imperaba a fines de los 60 de erradicar las villas miserias. Las casitas son un conjunto habitacional, de estructura de material, construidas en el mismo momento que otros asentamientos urbanos, en el marco de un proyecto de reorganización de la ciudad que se proponía albergar a los trabajadores que habían llegado a ésta, migrando desde otras provincias.

Las Flores no fue el único barrio que se crea en ese momento. A partir del 65 se comienzan a construir en Rosario distintos barrios, entre ellos Grandoli, Primero de Mayo y por último, Las Flores. De acuerdo a relatos reconstruidos desde el discurso arquitectónico[54] (Salgado et al., 2009) la ciudad de Rosario experimentaba por aquellos años un marcado incremento poblacional, debido al crecimiento económico impulsado principalmente por la industria de la construcción y la actividad comercial.

La mayoría de los pobladores de los barrios que comienzan a formarse en aquella época, provienen de migraciones internas; la atracción que la ciudad ofrecía tenía que ver con la posibilidad de un cambio en las condiciones de vida fundamentalmente a través del trabajo formal y las protecciones sociales que a partir de él se adquirían (Ferraudi Curto, 2014).

La construcción masiva de viviendas generó la necesidad de crear regulaciones estatales respecto de la construcción urbana. Gurria et al. (2009) plantean al respecto que ese momento se sancionan diferentes normativas con el fin de reglamentar la edificación en materia de viviendas:

> En 1961 se definen los lineamientos generales del llamado 'Plan Rosario' y se dispone por decreto municipal la inmediata elaboración de un Código Urbano que legisle la división del suelo, la zonificación de usos densidades de edificación y diversas obras, pero será recién en 1967 cuando se logrará contar con un Plan regulador y un Código urbano aprobados,

[54] Resulta llamativa la escasez de material que, desde otros discursos como el antropológico, o sociológico recuperen la historia de los barrios populares en Rosario. En la Biblioteca Argentina, que es la más importante de la ciudad, no se encuentran materiales respecto de los barrios de Rosario, a excepción de un libro que reconstruye a partir de poesías de los vecinos algunas historias. La mayoría de los libros de la ciudad pertenecientes a la Biblioteca remiten a la historia desde "el centro" y sus monumentos históricos: Boulevard Oroño, el Monumento a la Bandera, los parques.

> que ponen en evidencia el beneficio a los intereses especulativos inmobiliarios. (Gurria et al., 2009: 8)

La industria de la construcción se focaliza en aquel entonces en la "producción de viviendas colectivas de altura" (Salgado et al., 2009: 4), en el caso de Las Flores Sur, por encontrarse el terreno tan alejado del casco urbano y ser una zona de estilo campestre, se construyen viviendas al estilo chalets.

Las casitas se edifican a partir del Plan Alborada, que se pone en marcha en el año 1973 y constaba de diferentes aristas de intervención tales como préstamos a grupos de menores recursos para adquirir viviendas en planes de construcción del Estado[55]. En los relatos de los vecinos coexisten diferentes versiones sobre de aquel momento, superponiéndose las explicaciones respecto de a quienes estaban dirigidas las casitas. Las dos versiones más certeras tienen que ver con que estas construcciones tenían como objetivo albergar a trabajadores estatales, sean de la policía o municipales o que eran casas que compraron particulares con los préstamos del Plan Alborada.

Aun existiendo relatos fragmentados y diferentes en relación a las casitas, lo cierto es que su construcción respondía a la propuesta vigente de considerar el acceso a la vivienda como un derecho, facilitándolo a partir de la construcción pública de viviendas. Este dato es importante, teniendo en cuenta el viraje estrepitoso que la política pública hará en un lapso muy breve de tiempo: hacia fines de los 80, se dará el pasaje de una política vinculada a derechos sociales, como el trabajo y la vivienda[56], a políticas asistenciales vinculadas a necesidades primarias y vitales, como la alimentación.

---

[55] El Plan Alborada suponía la continuidad de una propuesta de "Erradicación de Villas de Emergencia", a partir del cual se pretendía mejorar la calidad de vida de los habitantes asentados en los márgenes de las ciudades industriales. "En 1973 se pone en marcha un plan a nivel nacional para construir 500.000 viviendas en todo el país, que contemplaba tres programas:
- Plan Eva Perón: créditos individuales para la construcción de viviendas en lote propio.
- Plan 17 de Octubre: créditos intermedios para la construcción de viviendas. Estos créditos, con igual tasa y condiciones eran otorgados a familias individuales.
- Plan Alborada: préstamos destinados a grupos de menores recursos, para adquirir viviendas en planes de construcción del Estado" (Gurria et al., 2009: 9).

[56] La política de vivienda trascendía la construcción de las casitas del Barrio Las Flores Sur, y abarcaba a un cúmulo de instituciones, que intervenían en su regulación y planificación (Servicio Público de la Vivienda -SPV-, el Banco Hipotecario Nacional -BHN- y la Dirección Provincial de Vivienda y Urbanismo -DPVyU-). "De las 8191 viviendas construidas en este período (40 intervenciones), corresponden el 59.64% al BHN, el 14.64% al SPV, y el 25.72% a la DPVyU"

Es así que en los 70, los primeros habitantes del barrio se establecieron en el área conformada por las calles Previsión y Hogar, Flor de Nácar, Rosa Silvestre y España, que aún hasta hoy sigue funcionando como el casco central (histórico) del barrio. La calle principal, diferenciándose del resto con nombre de flores, se llamó Previsión y Hogar[57]. No es un dato menor el nombre de la calle que se erige como la vía principal de comunicación del barrio porque tenía que ver con lo que se esperaba con la construcción de este territorio: que acompañe a las familias de los trabajadores para que éstos formen un hogar, y prever de ese modo la posibilidad de un futuro con estabilidad y progreso.

A partir de reclamos colectivos, los vecinos que habitaban en ese espacio lograron que en el barrio hubiera servicios, tales como cloacas, agua corriente, zanjas, luz y también presionaron para que se construya una infraestructura básica que permitiera que el acceso a los derechos básicos tales como la educación y a la salud estuviera cubierto. Lo que no resultó tan sencillo fue lograr que el transporte público llegara a recorrer las calles del barrio, y el desembarco de la línea 140 recién se concretó en la década de los 90 momento en el cual, tal como veremos posteriormente, la fisonomía del barrio ya había cambiado[58].

La ya mencionada diferenciación entre "los de adelante" versus "los de atrás" opera cotidianamente en el barrio y aparece en los relatos de los jóvenes de modo permanente. Como plantea Mora en el fragmento utilizado como epígrafe de este Capítulo, para ella vivir *adelante* significa ser considerada por los otros jóvenes como alguien que puede gozar de determinados lujos tales como una casa construida con materiales sólidos (ladrillos, cemento, chapas), un salón con sillones y un televisor de última generación para compartir un rato con los invitados. Mora considera que sus amigos que en su mayoría viven en el fondo

---

(Gurria et al., 2009: 9). El período se caracteriza por un importante caudal de inversión del BHN y también por la asignación de fondos instrumentados por la Secretaría de Estado de Vivienda a partir de 1969, a través del Plan Viviendas Económicas Argentinas (VEA) y por el Fondo Nacional de la Vivienda (creado en 1972). La línea de financiación del Plan VEA se canalizará luego a través del "Plan 17 de Octubre", por medio de créditos intermedios para la construcción.

[57] La calle principal mantuvo ese nombre hasta hace muy poco tiempo, momento en el que fue modificada por "5 de agosto". En este trabajo se utilizará, deliberadamente, la denominación "Previsión y Hogar" ya que aún sigue siendo ese el modo en que es nombrada por los vecinos.

[58] De acuerdo a relatos de los vecinos recuperados en la Revista *Saltaste la pared* (realizada por la Profesora de Plástica de la Escuela Secundaria N° 407), el colectivo recién ingresó al barrio en el año 94.

“se juzgan a ellos mismos” y supone que por ese motivo no la invitan a sus casas, porque sienten vergüenza respecto de las condiciones en las que viven.

> Ellos capaz le da vergüenza mostrar cómo viven, pero es lo que menos me fijo… si ellos me caen bien o su familia me caen bien, que me siente en un balde, me chupa… no me interesa. (Entrevista a Mora)

Entre adelante y atrás existen diferencias que exceden los materiales con los cuales están construidas las casas. Por ejemplo, para los jóvenes que viven adelante es más fácil salir del barrio porque están más cerca del puente. Eso propicia la posibilidad de transitar los circuitos institucionales que están en esa zona (escuela, CCB, Centro de Salud) con menores dificultades que la que tienen los jóvenes que viven en el fondo, que tal como veremos en el próximo apartado, cada vez que atraviesan el barrio hacia adelante se exponen a diferentes riesgos.

Retomando la historia de las construcciones y las etapas en las cuales éstas se fueron desplegando, las casitas se fueron extendiendo en diferentes proyectos de urbanización que tuvieron como epicentro el barrio Las Flores. En el año 2000, desembarca en el barrio uno de los proyectos de vivienda más emblemáticos de la ciudad: el Rosario Hábitat. Este plan financiado por el BID, prioriza ciertos territorios sobre los cuales intervenir entre los que se encuentra Las Flores, Empalme, La Lata, Molino Blanco, Lagunita.

Mara, una trabajadora social del Servicio Público de la Vivienda y Hábitat de Rosario (SPVH), que participó de aquella experiencia, cuenta el momento del desembarco del Programa en el barrio:

> El Rosario Hábitat empezó en Las Flores, se elige porque hay una evaluación, el SPVH había hecho un relevamiento sobre barrios rosarinos, sobre asentamientos informales, se hizo una prioridad de barrios. Era la primera vez que Rosario se metía en un crédito internacional, empieza en el 2000, pero se empieza a ejecutar en el 2002, entonces el barrio se dividió en 5 sectores, no se interviene todo el barrio, dos de los sectores son reservorio ecológico, que son reservorios de agua, que es como el barrio se inunda permanentemente hay dos lugares que son como piletones, pero grandes, de más de una manzana, para que toda el agua de la lluvia caiga ahí, y recolecta agua hasta que se evapora, y después quedan tres sectores que son acomodados

> dentro del barrio, los dos que estaban sobre los reservorios de agua y que permanentemente se inunda son relocalizados[59], y los otros 3 son intervenidos en distinta etapas por el Rosario Hábitat. (Entrevista a Mara)

En esas zonas inundables identificadas como piletones, aún se siguen construyendo casas. En general en forma de asentamientos irregulares, construcciones precarias, que se inundan con cada crecida del Arroyo Saladillo[60] (que delimita al sur al barrio) o con cualquier lluvia copiosa. Si bien en términos generales, la urbanización alcanzó a grandes sectores de este territorio (los 3 identificados por el SPV), "el fondo" sigue siendo una de las partes identificables del barrio que condensa las características de precariedad habitacional.

II.3. *Soy villera y me la banco*

"Ser del fondo" en el barrio significa vivir en condiciones de mayor precariedad que el resto. Aun cuando desde múltiples intervenciones y relocalizaciones se intenta intervenir allí, modificando sus características, éste se sigue reproduciendo y cada vez se extiende más.

Una de las principales actividades que realizan "los de atrás" es el cirujeo, es por eso que allí abundan los caballos, los restos de residuos, la quema de basura y de pasto. En el *fondo* hay olor a podredumbre, el acceso al agua potable escasea, las zanjas tienen agua sin sanear. El fondo es más desprolijo, su organización es más compleja. Los caballos, los carros, la acumulación de la basura para la subsistencia generan una disputa permanente por los espacios. Como plantea Segura (2006) en la caracterización de otros territorios de segregación residencial, en Las Flores Sur también sucede que el fondo es irregular en comparación con el espacio de "adelante" en donde la organización responde a un estilo más tradicional, de cuadrículas que conforman manzanas. Atrás, el espacio se organiza en pasillos en donde predominan casillas de chapa, de cartón o de nylon.

---

[59] En el Capítulo III, en donde se recupera la historia del surgimiento del barrio, se analizará la relocalización como una categoría nativa que genera quiebres y reconfiguraciones de la cotidianidad de los sectores populares.

[60] El Arroyo Saladillo es un pequeño afluente del Río Paraná que desemboca entre las ciudades de Rosario y Villa Gobernador Gálvez, en la Provincia de Santa Fe. Es línea de frontera interjurisdiccional entre esas dos localidades del Gran Rosario, y es uno de los dos importantes afluentes del Río Paraná.

El fondo creció y se expandió desde fines de los 90 hasta la actualidad. A pesar de las intervenciones, se convirtió en una zona cada vez más populosa. Si se indaga el porqué de esa expansión, la mayoría de los vecinos lo relacionan con que las familias se van expandiendo y se quedan en el barrio porque allí tienen garantizada la subsistencia a partir de la red de relaciones que funciona como soporte y les permite sortear las dificultades cotidianas. Es así que construyen sus viviendas en los terrenos minúsculos que quedan disponibles, por lo general, en el fondo.

En una de las charlas con Julio, él hace referencia al fenómeno de expansión del fondo:

> J: muchos se quedan porque a lo mejor te vas a otro lado y tenes que pagar… impuestos…tenes que pagar, la luz; tenes que pagar el agua que…algunos lo pagan, pero no todos ¿viste?, y tienen toda la familia acá, ¿viste?, y tenes el centro de salud acá. Muchos se quedan por eso, la comodidad; la escuela la tenes cerca los que quieren, a lo mejor hay muchos que la escuela no lo llevan acá, van a otro lado. (Entrevista a Julio)

El proceso de crecimiento del fondo se fue dando de manera conjunta con el empobrecimiento de quienes allí se asentaban. Brian, un joven de 22 años, que se crio en Las Flores Sur y aún vive allí, cuenta el descubrimiento que significó para él el aumento de la pobreza y las transformaciones que se dan en las condiciones de vida de sus vecinos y de su propia familia, que vive en el *fondo*:

> B: yo fui criado como en una burbuja de cristal, y cuando salí de eso, no era todo rosa… había gente…
> -¿Qué cuestiones te chocaron o te sorprendieron?
> B: lo primero, fue la pobreza… cuando vi la pobreza eso me chocó.
> -¿Y cuándo fue eso?
> B: cuando nos fundimos. Al año de que muere mi mamá, ponele en el 2008, ya nos fundimos del todo, porque mi papá ya todo lo que se chupaba, es así (flaquito) y todo lo que tomaba, tomaba un montón… y no reinvertía en mercadería, teníamos una regalería nosotros… (recordando ese momento de empobrecimiento propio, y el descubrimiento de la pobreza de sus vecinos)… Justamente en el pasillo en el que vivo es uno de los pasillos más antiguos, la pobreza se veía en el otro, en el otro, o sea todos se iban empobreciendo un poquito más cada día, o sea, no es que iban avanzando, todos se empobrecían a la

> par nuestra, pero en los asentamientos, nosotros ya no éramos asentamiento, en los asentamientos ya se veía muchísima más pobreza, muchísima más cada vez más asentamientos. (Entrevista a Brian)

El *fondo* tiene un límite claro, que es el agua ya que en la parte de *atrás* el barrio está delimitado por el Arroyo Saladillo. Tal como contaba Mara, del SPVH, las dificultades con el agua son una constante en este territorio. No sólo por la presencia del Arroyo[61], sino que también muchos de esos terrenos en donde se construyeron las viviendas precarias eran aliviadores, que estaban destinados a que se acumule allí el agua de la lluvia. Es por eso que cuando llueve abundantemente, o en épocas de inundaciones el barrio está convulsionado, sobre todo porque los del *fondo* aparecen *adelante* redefiniendo el espacio barrial. Se asoman reclamando, solicitando ayudas, reubicando los caballos para que no le llegue el agua al cuello, trasladando pertenencias.

Quienes viven en el fondo son nombrados como *villeros* por los vecinos de Las Flores. Guber (1984: 118) plantea que a la identidad villera se la caracteriza vinculándola con la pobreza y otorgándole a su vez determinadas valoraciones morales (1984: 120). Muchos de los entrevistados cuando decían que vivían en *el fondo* bajaban el tono de voz, dando cuenta de cierta vergüenza al reconocerse como habitantes de esa parte del barrio. En la jerarquización que realizan los propios vecinos, "cuanto más al fondo estás, más quilombero sos". Retomando el planteo de Guber (1984): "decir que soy de la villa puede significar que el extraño sospeche de inmediato de sus condiciones morales… en las villas miseria residen ladrones, prostitutas, borrachos y jugadores" (1984: 120).

Jenifer, quien se define como "villera", caracteriza "al fondo" como un espacio dentro del barrio en donde los jóvenes consumen, en donde existen mayores posibilidades de que se despliegue algún conflicto armado, que denomina como "bronca", pero a su vez en donde se construye una posición de mayor "aguante" que la del resto de los jóvenes:

---

[61] La Escuela Privada Itatí, armó un proyecto para construir una costanera en el fondo del barrio, para que el arroyo deje de ser depósito de basura y se pueda convertir en un derecho: disfrutar del agua. Pero, según palabras de sus trabajadores, "parece que los vecinos del barrio no se merecen disfrutar de algo así", ya que el proyecto no fue elegido por la Municipalidad.

> Y…los de atrás, los de allá no pueden venir para acá, para adelante porque tienen bronca. Porque además, uno drogado se persigue y ya empezás a agarrarte a los tiros. Y uno le dice al otro, '¿y qué me miras?', y ya empiezan a agarrarse a los tiros. Y los de allá, para allá…entre el mismo barrio. No es que es el barrio con otro barrio, es también **la bronca en el mismo barrio**… 'eh vos sos de allá al fondo'. Encima que uno tiene problemas, **te la tenes que aguantar**, porque no podes pasar por cagona. (Entrevista a Jenifer)

En el relato, Jenifer invierte la posición estigmatizada de "ser del fondo" por una reivindicación o emblema (Goffman, 2012) para ser respetada dentro del barrio. El modo negativo desde el cual se nombra adentro a los vecinos del fondo como sucios, vagos, drogadictos y se les asigna una carga estigmatizante como peligrosos y delincuentes, es desafiada desde una posición contestataria (Guber, 1984). En este caso es Jenifer quien introduce esta dimensión y se reivindica desde ese lugar. "Ser del fondo", para ella, significa "tener aguante", manejar determinados códigos que tienen que ver con el espacio de la calle y disputar poder demostrándolo a través del uso del cuerpo y de la fuerza física: "te van a re cagar a palos, pero **por cagona no pasaste**, ¿entendes? Por más que sean 10, bueno, baja la cabeza, plántate y plum…dale piñas a todas".

En esa disputa de construcción de sentidos se generarán conflictos, peleas, altercados e incluso en algunos casos la división territorial generará la muerte. El pasaje de *atrás* para *adelante* significa cotidianamente poner en riesgo la vida. Esta carga estigmatizante respecto de "los del fondo" opera adentro del barrio. En relación con el *afuera*, se caracteriza al barrio por completo desde una mirada negativa, sin que operen distinciones respecto a algún lugar específico del barrio. Esa estigmatización (que afecta fundamentalmente a los jóvenes) refuerza la pertenencia barrial, y diluye en cierto sentido las distinciones que operan adentro del barrio respecto del *atrás* y el *adelante*. Para el *afuera*, los jóvenes se reivindican como BLF.

II.4. Todos somos BLF

La mirada de afuera refuerza que los jóvenes se reconozcan con orgullo como parte del barrio, y "ser BLF" se constituye así en un valor a defender. Por eso, cuando se presentan frente a jóvenes de otros barrios, utilizan esa referencia: la

mayoría de ellos firma con las siglas “BLF” detrás del nombre, y en cada cuadra del barrio se ven escritas las tres consonantes.

Esa identidad se pone en juego en relación con dos aspectos. Por un lado, porque ser BLF supone compartir determinados códigos barriales, y respetarlos. Desde la construcción de esos códigos se analizan y valoran los comportamientos de los propios vecinos, sancionando moralmente a quienes los olvidan, fundamentalmente cuando el olvido se produce por obtener fama y dinero. Por otro, la identidad BLF se refuerza a partir de la estigmatización que desde afuera se construye del barrio, produciendo en el barrio un doble efecto: genera alianzas para reivindicar el nombre del barrio hacia afuera, reforzando el límite y la separación (Segura, 2006) y hacia adentro potencia la conflictividad interna y muchas veces la estigmatización se legitima con los discursos de los propios vecinos.

Respecto del primer aspecto, los códigos BLF tienen que ver con la solidaridad entre vecinos, con acompañarse cuando el otro tiene problemas, y fundamentalmente, con el valor que se le otorga a la humildad. “Acá nos ayudamos todos entre todos”, dicen reiteradamente los jóvenes. Ser humilde significa no ostentar bienes materiales y no creerse diferente cuando se logra una mejor posición económica.

Es por eso que los jóvenes identifican como una de las mayores traiciones el hecho de olvidarse de la pertenencia territorial, fundamentalmente cuando esa referencia se deslegitima como contrapartida de haber obtenido dinero. En varios relatos los jóvenes me dijeron: “si te vas y te la crees, y no volves, te convertís en un traidor”.

En un encuentro que presencié entre los jóvenes del barrio con un ex jugador de fútbol de Neweld Old Boys (uno de los clubes más populares de Rosario) apareció el tema de la fama y el enojo que les generaba a los jóvenes la posición que los jugadores de fútbol que habían triunfado en el exterior, mantenían con el barrio. Algunas de las frases que éstos dijeron daban cuenta de una oposición valorativa entre el dinero y la fama respecto de la humildad de la vida barrial: “Se creen que son más porque hicieron plata, y se olvidan del barrio, son unos traidores”,

"¿Cómo podés olvidarte de dónde naciste?", "Nunca tenes que dejar de ser humilde".

En ese sentido, "tener plata" aparece como un valor que no necesariamente otorga prestigio, porque para los jóvenes, aquellos que ostentan su posición económica luciéndose en relación con los demás y fundamentalmente frente a quienes tienen necesidades, no merecen ser respetados. La falta de respeto no tiene que ver con exhibir el dinero, sino más bien con no ayudar a quien necesita. En ese sentido, los jóvenes rescataban positivamente la actitud de un jugador de fútbol que ayuda al barrio, por ejemplo, construyendo espacios para ser utilizados colectivamente para hacer deportes.

En varias ocasiones durante las entrevistas, los jóvenes repetían su convencimiento respecto de que si alguna persona ascendía socio-económicamente y ganaba dinero o adquiría reconocimiento por fuera del barrio, lo más importante era no olvidarse de "quienes eran". Romina, de 18 años, lo ejemplifica en una charla en la que cuenta sus aspiraciones a ser intendenta:

> -¿Cómo te imaginas de acá a 5 años?
> R: No sé… mi mamá dice que yo con el carácter que tengo y con las buenas notas que tengo en la escuela, dice que dentro de pocos meses voy a ser intendenta (se ríe)
> -Buenísimo! ¿Te gustaría trabajar en política?
> R: Sí, por un lado, sí, y por el otro… también, porque no **me voy a olvidar del barrio donde vine, de los que me hicieron más**, de los que me hicieron más digamos más famas, digamos, por ejemplo, barrio Las Flores te hace más fama, sí te apoyan en todo… los vecinos te apoyan en todo… yo seguiría viviendo en el barrio donde nací, donde me vieron crecer y donde me apoyaron. (Entrevista a Romina)

No solo los jóvenes consideran que reconocer al barrio y valorar a los vecinos es una actitud a sostener en el tiempo, también los adultos realizan esta apreciación. En el caso de Olga, les enseña a sus hijos a que tengan respeto con los vecinos del barrio:

> O: por ahí hay gente que vos conoces y que vive en aquel sector (por el fondo) y capaz que pasa uno de un carro y vos lo conoces y sabés quien es y te saludan y no lo saludan, y a mí me es difícil ver **personas así tan malas**. Porque te digo eh, a mí me

> cruzan miles de personas y hasta con carro, '¡Hola Olga como andas!', y yo los saludo, yo los conozco, yo se…yo a mis hijos siempre les dije, uno tiene que ser lo que es, **no creer que sos más y ante todo es el respeto**. **No porque sea un ciruja vos tenes que faltarle el respeto**, yo a mis hijos a todos les enseñe lo mismo vos así veas un borracho que está o esté sucio, o esté caído, o algo, ayúdalo. **No porque esté sucio o porque sea uno de la calle no, si necesita ayuda hay que ayudarlo porque es una persona**. Yo a mis hijos siempre y siempre ante todo el respeto, que **acá ya no hay respeto**. (Entrevista a Olga)

En su relato, Olga conjuga los dos aspectos planteados al comienzo de este apartado como característicos del BLF. Si bien refuerza la idea de códigos compartidos, ("hay que ayudar al otro, aunque sea un ciruja"), por otro lado, ella misma reproduce cierta carga negativa, estigmatizante, que recae sobre el barrio. Le plantea a sus hijos que no discriminen a quien es diferente, pero luego ella misma considera que el barrio ya no es un sitio en donde haya respeto por los otros. Subyace una mirada nostálgica respecto de un pasado en el cual las relaciones entre los vecinos eran más armónicas

Como plantea Segura (2006), la estigmatización que se construye sobre los territorios de segregación residencial encuentra tierra fértil en la oposición temporal que construyen los propios vecinos respecto del antes-ahora. En esa tensión, "el antes" aparece idealizado, como un momento con menos conflicto y mayor solidaridad.

Pero a su vez, los vecinos del BLF hablarán con orgullo del barrio, intentando revertir las ideas estigmatizantes que recaen sobre este territorio. De ese modo, construyen una posición emblemática respecto del barrio como un lugar en donde existen lazos afectivos y los vecinos se ayudan entre sí, reforzando las fronteras y los límites con el *afuera*.

El espacio social de Las Flores Sur no se conforma únicamente por aquellos que viven *adentro*. Es, también, un barrio con una múltiple intervención estatal. Desde sus orígenes, la presencia del Estado lo contornea y configura; delimitándolo, interviniéndolo frente a cada conflicto, regulándolo a través de diferentes políticas públicas, e inclusive reiteradamente mediante el uso de la violencia policial.

II.5. El "parque de diversiones"

> "*Las Flores es como un gran parque de diversiones* (utiliza la metáfora de Disneylandia), *el problema es que los pibes no quieren subirse a los juegos*"
> Coordinador CCB Las Flores Sur

Suele escucharse de manera cotidiana, en reuniones de trabajo en el propio barrio, o en otras instituciones la frase: "el problema de Las Flores es que no hay presencia estatal". Es una idea recurrente, desde la cual se sostiene que las problemáticas del barrio y su complejidad tienen, como causa principal, la ausencia estatal para poder abordarlas.

Esta hipótesis me resultaba sospechosa, entre otras cuestiones porque cuando construía la cartografía barrial desde la lógica institucional, eran muchas las referencias que allí aparecían. Esa sospecha cada vez fue cobrando mayor fuerza, y recuerdo una de las charlas con el Coordinador del CCB en la que éste me dijo: "este barrio es Disney World, el problema es que nadie quiere subirse a los juegos". Con esa idea echaba por tierra el supuesto de la ausencia de Estado, para dar lugar a pensar qué características adquiere su presencia en Las Flores.

En términos cuantitativos se visualizan y contabilizan muchas instituciones. El Parque de Diversiones es la suma de las 8 instituciones estatales, más tantas de origen privado, más algunas más que funcionan como organizaciones de la sociedad civil, en un territorio de 7210 habitantes según el Censo 2010. La cantidad de instituciones que existen en el territorio daba cuenta de lo que Auyero y Berti denominan como un fenómeno más complejo que se produce en los territorios de relegación urbana, en donde la presencia del estado no es nula o baja, sino más bien "intermitente, selectiva y contradictoria" (2013: 120).

II.5.1. Lo visible y lo latente

Algunas esas instituciones tienen una importante visibilidad, se erigen en el espacio del barrio como grandes "elefantes blancos", es decir, construcciones impactantes que contrastan con el estilo de construcción del barrio, casas bajas, en algunos casos muy precarias.

Estos “elefantes” son tres: dos instituciones públicas (una a media construir, el “Hospital Regional”, y una finalizada, la Escuela Secundaria Técnica N° 407) y un edificio que pertenece al ámbito privado (el Casino City Center, el más grande de todo Latinoamérica).

El casino es una de las tantas expresiones visibles del avance del capitalismo en los territorios segregados (Auyero et al., 2013; Segura, 2006; Soldano, 2014): una construcción monstruosa, de arquitectura norteamericana, rodeada de palmeras al estilo Miami, con un cartel dorado que en letras enormes contornea el nombre del lugar, un camino para que puedan ingresar los automóviles, puertas vidriadas con trabajadores vestidos como botones de hotel, que esperan para abrirlas ante la llegada de los visitantes. Si bien el Casino se encuentra del otro lado, cruzando el puente, su construcción generó muchísimo revuelo en Las Flores (este y sur) porque modificó la idiosincrasia de la zona, que hasta ese momento no era visitada por tanta cantidad de gente. La construcción derivó en la mejora de las calles aledañas y en la iluminación y asfaltado de la avenida principal de Las Flores Este, Batlle y Ordoñez. Esto a su vez significó un aumento en el valor inmobiliario de las viviendas cercanas.

Mara, del SPVH, relata el desembarco del Casino en la zona:

> Después del 2010, viene el Casino y el ingreso a Rosario, capaz que es antes, 2008, 2009, se hace toda la relocalización de La Granada[62], se hace el Casino, se inaugura, y el ingreso a Rosario pasa por la colectora ocupada por los vecinos, a quienes relocalizan. Entonces, una vez que los vecinos se fueron de lo que se trató fue de embellecer esa zona en donde está el Casino. (Entrevista a Mara)

[62] La Granada es un barrio muy pequeño, de 4 manzanas en donde viven aproximadamente 100 familias que se encuentra enfrente de Las Flores Sur, cruzando la Circunvalación. Es difícil distinguirlo de Las Flores Este, que se encuentra al lado, porque ambos tienen las mismas delimitaciones geográficas: la Circunvalación, la Avenida Batlle y Ordoñez y el Boulevard Oroño. La Granada es conocido popularmente por el líder de la Banda Los Monos, quien vivía en ese barrio y cuya historia será recuperada en el Capítulo IV. Allí se erigen varios murales en honor a él, el Pájaro Cantero. Así mismo, los vecinos de Las Flores Sur en general identifican al barrio de enfrente únicamente como Granada y no realizan la distinción con Las Flores Este.

El otro gran edificio es la Escuela Secundaria Orientada y Técnica N° 407 "Pocho Lepratti"[63] que se inauguró en marzo de 2015. Esta era una institución muy esperada por el barrio, en donde históricamente no había un edificio propio para la escuela secundaria. Funcionaba un anexo, en el edificio de la Escuela Primaria Belgrano, que está en el *fondo* del Barrio Las Flores Sur.

La Escuela Secundaria es un gran edificio, en su mayoría vidriado, pintado completamente de blanco transmitiendo la idea de pulcritud y transparencia; moderno, diseñado con un estilo arquitectónico minimalista, que se alza en un perímetro rodeado en su totalidad por ranchos. Desde el interior de esas viviendas precarias se ve el gran predio deportivo de la escuela, que cuenta con una luminaria moderna. Los ranchos y el patio están separados entre sí por un alambrado. Esta construcción condensa en sí misma la imagen de lo contradictoria y fragmentada que es la intervención estatal en el territorio: una escuela nueva e imponente rodeada de casillas precarias en las cuales viven vecinos en situación de extrema precariedad.

El lugar y el modo en el que se instala la Escuela Secundaria en el territorio generan controversias. Mientras que algunos de los trabajadores de la institución consideran que la edificación tiene poca conexión con el estilo barrial, para los vecinos contar con una escuela que arquitectónicamente sea tan imponente, significa un gran orgullo. De hecho, fueron muchas las nuevas inscripciones que se registraron a partir del nuevo edificio y entre los argumentos que esbozan los vecinos, muchos plantean que ahora sí quieren que sus hijos vayan a la escuela "porque es linda".

Los desacuerdos de los trabajadores respecto de la construcción se fundan en argumentos pedagógicos. Por un lado, el estilo vidriado que es una marca registrada de la construcción del gobierno socialista, dificulta las posibilidades de

[63] La figura de Pocho Lepratti es paradigmática en el barrio. En el año 2001 la Escuela Secundaria N° 407 aún funcionaba en el edificio de la Escuela Primaria "Serrano", del otro lado del puente (Barrio Las Flores Este, más conocido como "La Granada") y Pocho Lepratti trabajaba allí, en el comedor, cuando se subió al techo pidiendo a las fuerzas policiales que transitaban por circunvalación que "no disparen" porque había chicos comiendo en el comedor escolar. Pocho es asesinado por la policía provincial en el techo de la Escuela Serrano. Desde aquel entonces hasta la actualidad varias instituciones llevan su nombre, en homenaje. La historia de Pocho será retomada posteriormente, en el Capítulo III.

los docentes de abordar algunas cuestiones problemáticas de los estudiantes de manera privada. Los vidrios que intentan transmitir la idea de transparencia, obstaculizan la posibilidad de generar espacios que garanticen la privacidad frente a las miradas del resto. Algunas docentes comentaban que esto las llevó a atender a padres con los cuales tenían que trabajar situaciones delicadas en el baño, el único lugar privado sin vidrios. Así mismo, en un territorio en donde los conflictos entre vecinos se resuelven la mayoría de las veces de manera violenta (y armada) la visibilidad se convierte, en algunos casos, en un riesgo.

Por otro lado, la ubicación del edificio en la parte de *adelante* del barrio, muy cerca del ingreso, genera dificultades en relación a la accesibilidad. El tránsito por el barrio se dificulta por motivos múltiples: uno de ellos es la escasez de transporte público, pero el principal motivo reside en la delimitación territorial que generan las "broncas" barriales. Tal como relata Jenifer, transitar todos los días desde el *fondo* hacia *adelante* implica estar dispuesta a enfrentarse en el camino con múltiples dificultades. En muchos casos, estas dificultades propician que los jóvenes dejen de asistir a la escuela.

Al costado y para atrás de la escuela el otro "elefante" es un edificio estatal que se encuentra sin terminar. Allí espera su turno la finalización del Hospital Regional, un efector de salud de alta complejidad que se convertirá en uno de los más importantes de la zona ya que tendrá a su cargo la cobertura de toda la zona sur de Rosario y también abarcará a poblaciones del Gran Rosario (zona que abarca hasta el límite con la Provincia de Buenos Aires: Villa Gobernador Gálvez; Alvear; Pueblo Esther, Arroyo Seco, Villa Constitución, etc.).

La llegada de estas obras al barrio ha generado y genera aún movimientos. Cada vez que comenzaba una nueva construcción o se retomaba alguna de ellas, los vecinos albergaban la ilusión de la posibilidad de conseguir un futuro mejor, un trabajo, mejoras en las condiciones de vida. Fueron muchas las veces que escuché relatos que testimoniaban que cuando veían los cimientos de las nuevas construcciones, los vecinos, fundamentalmente los hombres, preparaban sus currículums con la esperanza de que aquello que se estaba armando fuera una fábrica.

El edificio de la policía constituye la contrapartida a estos grandes "elefantes" cuya arquitectura genera un impacto visual mayor que la presencia real y masiva en la vida de todos los vecinos. La Subcomisaría 19 es un edificio precario, deteriorado, que se confunde con el resto de las casas que lo rodean. Está ubicado *adentro* del barrio, en el medio entre *adelante* y *atrás*. El edificio de la Subcomisaría pasa totalmente desapercibido, incluso cuesta reconocerlo como una institución estatal por el grado de abandono que detenta. Allí se encuentran detenidos muchos de los jóvenes que son víctimas de los maltratos y abusos de los cuales hablábamos previamente, que se suceden en su mayoría debajo del *puente*. Las condiciones de alojamiento son paupérrimas y en general llegan a esa instancia sin que medie ninguna orden oficial.

Aun cuando el edificio de la Subcomisaría tenga estas características de invisibilidad, en la vida cotidiana de los vecinos y de los jóvenes en particular, esta institución constituye la cara más visible del Estado en el territorio, regulando la violencia y produciéndola[64]. En ese sentido, la policía es una institución que permea todas las instancias de la vida en el barrio, por acción u omisión en relación con diferentes hechos violentos que se suceden (robos, enfrentamientos armados, violencia de género). Pero esta institución no regula por fuera estas situaciones, sino que es parte del entramado de la misma violencia, perpetrándola y reforzándola, habilitando a los permanentes "estados de excepción" (Agamben, 2010) de los que hablábamos previamente.

II.5.2. Instituciones y accesos

Para los vecinos, acceder a los servicios de salud luego de las 18.00 hs., momento en que los dos Centros de Salud que se encuentran en el barrio finalizan su horario de atención, es prácticamente imposible. En los casos de urgencias las ambulancias no quieren *entrar* y el Hospital Municipal Roque Saénz Peña, que es el que se encuentra más cerca, está a unas 25 cuadras. Las situaciones de urgencia se resuelven apelando a la solidaridad de los vecinos, quienes cargan en sus autos a los heridos para llevarlos hasta el hospital.

[64] Esto será retomado en el Capítulo IV en el análisis de las transformaciones del barrio en la década de los 90.

En algunos casos, los vecinos identifican las situaciones de urgencia por el revuelo que generan las escenas de conflictos armados o los accidentes de tránsito y prefieren no acercarse, para evitar a sentirse obligados de disponer de su auto para llevar a los heridos. Julio cuenta que él muchas veces se encontró en medio de este dilema:

> -¿Hasta qué hora trabajas? (me refiero a la Escuela Belgrano, en donde trabaja de noche)
> J: Hasta las 20.30.
> -Y cuando salís, ¿tenes dificultades algunas veces?
> J: No, está todo bien… siempre estoy mirando y **si hay quilombo ni me acerco.** Doy la vuelta para el otro lado. Porque pasa así, yo salgo en auto, ¿viste?, me vengo con el auto, si vos llegas a parar alguno y **hay un herido, te lo suben al auto** y hay que ir para el hospital, ¿viste?, porque aparte se te meten todos, los familiares a llevarlo, ¿viste?, así que **prácticamente haces de ambulancia**.
> -¿Te ha pasado alguna vez?
> J: Antes sí. Nada… tenes que salir rajando (risas). Pero ahora no, no porque ahora cuando **veo que hay lío, ni me acerco**. Ahora ni me acerco porque vos llegas con un herido, o muerto en el Roque Saénz Peña, y te toman todos los datos, ¿viste?, y por ahí quedas…si lo llevas y llega vivo es una cosa, ahora si lo llevas y llega muerto…es otra. (Entrevista a Julio)

El relato de Julio da cuenta de la precariedad con la que se vive cotidianamente en el Barrio Las Flores Sur. En este caso, la inexistencia de los servicios de salud durante la noche transforma a quien dispone de algunos bienes diferenciales (por ejemplo, un auto) en gestor y garante de la asistencia estatal. En este caso el barrio dispone una fuerza colectiva que se impone a las decisiones individuales, como la de Julio, de no querer llevar heridos en su auto. Tal como él expresa: "no quiero que me carguen el herido en el auto".

Retomando el recorrido por los dos Centros de Salud, el municipal y el provincial, se encuentran ubicados en dos extremos del barrio. El municipal está *adelante*. Es el centro que tiene más trayectoria y está emplazado en Flor de Nácar, una de las calles principales del barrio por donde pasa el colectivo 140. Si bien es reconocido por los vecinos, quienes se refieren a él como "la salita", en términos arquitectónicos pasa desapercibido porque la construcción no difiere del resto de "las casitas" de la manzana. Hace unos años, los trabajadores lo pintaron de

colores, con consignas como “al gran pueblo argentino salud”, para darle visibilidad.

El Centro de Salud Provincial está en el *fondo*, en la intersección de las calles Estrella Federal y Guardia Morada. Es una construcción nueva, inaugurada hace dos años. Del mismo estilo de la escuela, pero en menor escala. Tiene a su lado la oficina de ATAJO, un Centro de Acceso a la Justicia Federal. Un lugar que se instaló en el mismo momento de la llegada de la Gendarmería al barrio, en el 2014.

Estos dos centros de salud tienen una fuerte presencia en el barrio, aunque en muchos casos los vecinos siguen considerando que es mejor el hospital que “la salita”, entre otras cosas porque el hospital tiene servicios que el Centro de Salud no posee (por ejemplo, muchas de las mujeres jóvenes van allí a parir) y también por el horario en el que atienden. Los jóvenes varones, prácticamente no utilizan el servicio de salud del barrio, y únicamente se refieren al hospital y sólo para casos de urgencia.

El Centro de Salud Provincial se construye en medio de una disputa barrial, y entre éste y “la salita” mantienen cierta rivalidad. En la definición de la construcción de ese centro también operó una de las bandas narcos más conocidas de la zona, “Los Monos”.

Raúl, ex trabajador social, relata el momento de construcción del Centro de Salud Provincial, recuperando aquella instancia como una de las situaciones que lo llevó a decidir dejar de trabajar en el barrio:

> R: hay cuestiones que en su momento se discutían, no sé, en un momento cuando se discutía, por ejemplo, cuando hicieron el centro de salud provincial nuevo, que lo terminan de construir en el 2008… el centro de salud provincial cuando lo hicieron en realidad, lo que había pasado era, era así, como un centro chiquito, que tenía como que las paredes eran de chapa gruesa, era casi todo de chapa, una casillita grande, más o menos…entonces se arma un tiroteo, y agujerean un par de lugares, claro, entonces ahí se arma un quilombo bárbaro. Y lo que sí estaba ahí, yo no sé en qué forma, pero que… ahí Los Monos intercedieron… porque en un primer momento la idea era, cerrar y unificar los dos centros de salud. Que para mí

> estaba bueno, no tenía sentido que haya dos centros de salud, eh, entonces ellos dijeron: 'No, acá tienen que construir', o sea, **estuvieron ahí presentes**, porque la gente decía, los de adelante tienen aquel, y nosotros los de atrás tenemos éste, porque allá no podemos ir, porque estaba todavía esa disputa…aunque en realidad era otra cosa también, era demostrar su poder, digamos, también. Que ellos estaban ahí, que manejaban la cosa. (Entrevista a Raúl)

La disputa *atrás – adelante* y la intervención de "Los Monos" en la decisión de la construcción del Centro de Salud Provincial, generaron tensiones entre los dos efectores de salud del barrio, que siguieron vigentes hasta hace muy poco tiempo. Raúl da cuenta en su relato cómo estas tensiones generaron a su vez presiones para que el Centro de Salud Provincial fuese construido:

> R: mi idea fue, cuando se construye el centro nuevo, 'vamos todos para allá, al centro nuevo' y en el centro de salud municipal armar otra cosa… bueno, yo creo que fue una de mis últimas intervenciones, porque todos me decían '**no, ni loco nos juntamos con aquello',** o sea, era toda una cosa sí de provincia – municipalidad, que genera mucho rechazo, entonces ya está, no tenía …nadie quería entonces, quedar solo…entonces me terminé yendo. O sea, no por eso, pero también era, no tenía sentido, ahora encima van a tener hospital regional, ahí, o sea que van a tener ese hospital, dos centros de salud, era ridículo. (Entrevista a Raúl)

Este relato da cuenta de cómo las decisiones estatales respecto de determinadas intervenciones en el barrio no son por fuera de, o realizadas únicamente desde arriba, sino que más bien son parte constitutiva de la propia dinámica y se habilitan o no en relación con el interjuego de relaciones de poder que existen en el territorio.

Respecto de las instituciones educativas, la Escuela N° 407 es la única secundaria, pero no la única escuela. En el barrio hay otras dos más. Una primaria pública, "la Belgrano", que funciona entre el *fondo* y el acceso a Circunvalación. Detrás de esa escuela está el famoso *paredón*[65], una pared de materiales que se construyó durante la dictadura para que quienes llegaran de Buenos Aires por la Autopista no vieran que ahí se emplazaba una villa en crecimiento. *La Belgrano* es conocida

[65] La imagen del paredón será retomada en el Capítulo III, "El cementerio de los vivos", en donde analizo la conformación del barrio a partir de las relocalizaciones.

en el barrio, entre otras cosas, porque tiene comedor, adonde asisten muchos niños. Julio, que trabaja de allí, cuenta algunas escenas de cuando los jóvenes van a pedirle en su horario de trabajo nocturno algo de comer:

> -¿Te van a pedir cosas a la noche o no?
> J: Te piden sándwiches, sí (risas).
> -¿Comida?
> J: Comida, sí. Pero son todos conocidos que han ido de chiquitos, ¿viste?, ahí a pedirnos… que a lo mejor en el verano no había ponele… había comedor, se daban los sándwiches, pero alguno no iba, y quedaban…y los pibes por ahí le dábamos, aunque sea, no uno, pero la mitad se la dábamos a cada uno. Y ahora que son más grandes… te vienen a pedir… acordándose de cuando eran chiquitos [risas], ¿viste?. (Entrevista a Julio)

En la esquina de la escuela hay una plazoleta que es una referencia para los jóvenes, se reúnen ahí a pasar un rato, tomar una coca o "a fumarse uno". Además, hay otro motivo menos evidente que los aglutina ahí: el acceso a la conexión wifi.

A su vez, hay dos escuelas más. La Itatí es la escuelita privada confesional del barrio. Su historia es importante para el barrio, por diversos motivos. En primer lugar, porque quien la fundó en el año 1978 fue un Padre Tercermundista, Santiago Mac Guire. La escuela alberga entre sus principios los ideales de la transformación que esta rama de la religión católica profesaba: especialmente el de construir "una patria más justa". Es por eso que es emblemática porque fue bastión (y lo sigue siendo) de diversas batallas al interior del barrio, siempre en pos de transformar las condiciones de vida de la población y también de aportar a cuestionar la mirada que desde *afuera* se tiene de los vecinos de Las Flores Sur[66].

En segundo lugar, porque la llegada de la escuela al barrio, que anteriormente se encontraba en el Bajo Saladillo y fue demolida por la construcción de la circunvalación, fue producto de la lucha de los vecinos quienes reclamaban a través de su organización que necesitaban una escuela en el barrio. Dicha escuela está ubicada frente a la plaza principal que lleva el mismo nombre (Itatí), y que es

[66] Este año, los jóvenes que participaron del Programa "Jóvenes y Memoria" del Museo de la Memoria de la ciudad de Rosario, realizaron una investigación respecto de la historia del Cura Mac Guire, y en su homenaje grabaron un documental, que culmina con un RAP que escribieron en su honor.

el corazón del barrio. La mayoría de los jóvenes que entrevisté fueron a La Itatí en algún momento de sus recorridos institucionales, y la recuerdan con cariño. A su vez, los acontecimientos de enfrentamientos armados que se sucedieron en el año 2015 en la puerta de la escuela marcarán un quiebre en el barrio, porque existía un consenso generalizado de que La Itatí era un lugar que debía respetarse[67].

Al lado de la Escuela Primaria y como parte del mismo predio se encuentra la Escuela Especial que trabaja con niños y niñas con capacidades diferentes y la Iglesia Itatí. Todas estas instituciones contornean el lado oeste de la Plaza.

A la vuelta de ese predio se encuentra el Galpón de emprendedores, que es un espacio en el cual históricamente existieron conflictos por el origen híbrido que lo caracteriza. El edificio es propiedad privada de una familia del barrio, pero desde hace varios años fue intervenido por el Estado Municipal a partir de la firma de múltiples convenios, en las cuales se acordó que sea un lugar de capacitación en oficios, fundamentalmente en herrería. Sin embargo, muchos de los jóvenes que concurrieron al lugar consideran que es un espacio que funciona con una lógica privada, con patrón y que no es un ambiente en del cual se puedan sentir parte.

Dejando el Galpón a nuestra espalda, y caminando hacia *adelante* del barrio nos encontramos con el Polideportivo municipal, un predio que se extiende a lo largo de media manzana en donde hay canchas de básquet y fútbol. Ahí los jóvenes se entrenan en diferentes deportes. Es allí en donde se celebra anualmente un evento que cobró cada vez más popularidad en el barrio: la Maratón de Las Flores Sur. Durante el año 2016, más de 500 personas corrieron luciendo sus pecheras que decían “Maratón Las Flores”.

Por último, si nos detenemos en la calle principal del barrio, Previsión y Hogar, encontramos el Centro de Convivencia Barrial “Las Flores Sur”[68], más conocido por los vecinos del Barrio como “La guardería” o “el Crecer 3”. El CCB está construido en un gran predio en donde se extiende un casco central y rodeado de

[67] Esto será retomado en el Capítulo IV.
[68] De ahora en más será nombrado como CCB.

un gran jardín verde que le otorga características de club[69]. El CCB es una de las instituciones más antiguas del barrio. Previo al surgimiento de Las Flores como tal, este espacio pertenecía a una familia que lo utilizaba como casa de fin de semana, una de las características que poseían en aquel momento las viviendas de la zona. Recién en la década de los 80 pasó a ser gestionado por el estado municipal, en principio como guardería. Ya veremos en el Capítulo siguiente de qué manera a lo largo de los años van a ir transformándose los usos y objetivos de este espacio.

Este es entonces el recorrido de Las Flores tomando como eje la ubicación de las las instituciones estatales (el componente asociativo es también variado y múltiple, pero no serán aquí consideradas las múltiples organizaciones de base que hay en el barrio). Sin embargo, la relación Estado-territorio ha tenido diferentes etapas que pueden observarse a través de la historia barrial, cuestión que abordaremos en los Capítulos III y IV.

II.6. La calle es la casa

> "La mañana Rosarina estaba muy calurosa. Llegué a las Flores a las 10.00 y ya se sentía el calor de un día típico de enero. Salimos con los jóvenes a sacar fotos. Para retratar el verano en el barrio. El celeste del agua de las piletas apostadas, una tras otra, por Guaria Morada, Violeta, Hortensia generaba un resplandor que encandilaba con el reflejo. La fiesta es en la calle, El verano se vive en la vereda".
>
> Nota de Campo
> 06/01/15

Como último aspecto de la cartografía barrial merece una consideración la configuración del espacio público representado por el uso que los vecinos hacen de "la calle" en el barrio. En relación con la calle, construyo dos acepciones diferenciadas de su uso, que plantean prácticas distintas: estar en la calle o ser de la calle. En este apartado analizo el primer aspecto, que tiene que ver con el uso que de este espacio realizan los vecinos. El ser de la calle, en cambio, tiene que ver con compartir determinados códigos que se aprenden en ese espacio, y que

[69] Así es nombrado por varios de los trabajadores. Para los vecinos, "el club" es el Polideportivo Municipal.

habilitan discursos y prácticas en general ligados a la lógica del "aguante" (Garriga Zucal, 2007; Silba, 2010). Ese sentido que los jóvenes le atribuyen a "ser de la calle" será analizado en la Segunda Parte, a partir de las biografías juveniles.

Respecto del primero, el "estar en la calle" aparece en mi recorrido por el barrio como un dato llamativo. Esto tiene que ver con que las primeras veces que fui a Las Flores Sur múltiples voces, algunas del barrio, otras de afuera, me repetían: "tené cuidado, es un barrio que ya no es como antes, no se puede estar en la calle".

La indicación funcionó como alarma y la mayoría de las veces que lo recorrí lo hice acompañada, prestando atención a que eran los propios jóvenes quienes me recomendaban este modo de transitarlo. En cada una de esas *salidas* por el barrio[70] el escenario con el que me encontraba contradecía esa precaución inicial: calles pobladas de gente caminando, yendo desde el *fondo* hacia *adelante*; otras tantas *saliendo* para el centro, esperando el colectivo en las diferentes garitas apostadas en el recorrido del colectivo 140.

En la calle principal y único ingreso posible al barrio, Previsión y Hogar, se observaba un movimiento incesante: personas de diferentes edades caminando, motos, autos, chatas transportando verduras, artículos de limpieza para vender, camionetas desvencijadas cargando y transportando objetos, bebidas; bicicletas, carros con caballos. Niños con guardapolvos blancos -y no tanto–, hombres vestidos con overol, mujeres con bolsas para hacer mandados, chicas caminando con niños, jóvenes con visera, en motos, comenzando la jornada laboral. Las Flores es un barrio en constante movimiento[71]. Incluso cuando visité el barrio en días de lluvia, no dejé de ver mucha gente circulando por las calles.

[70] Así llaman en el CCB cuando realizan visitas y salen de la institución. Mi anclaje territorial fue allí, por lo tanto, cada vez que recorría el barrio, salía.

[71] No tengo registros nocturnos del barrio en primera persona. Mis visitas fueron siempre hasta horarios de la tarde, alrededor de las 17/18 hs. De todos modos, de acuerdo a relatos de los vecinos de noche hay menos movimiento, y se *meten* en las casas. Como veremos más adelante en el registro de las violencias en el territorio, gran parte del modo en que se habita el barrio, sobre todo de noche, tiene que ver con los tiempos que delimitan las "broncas".

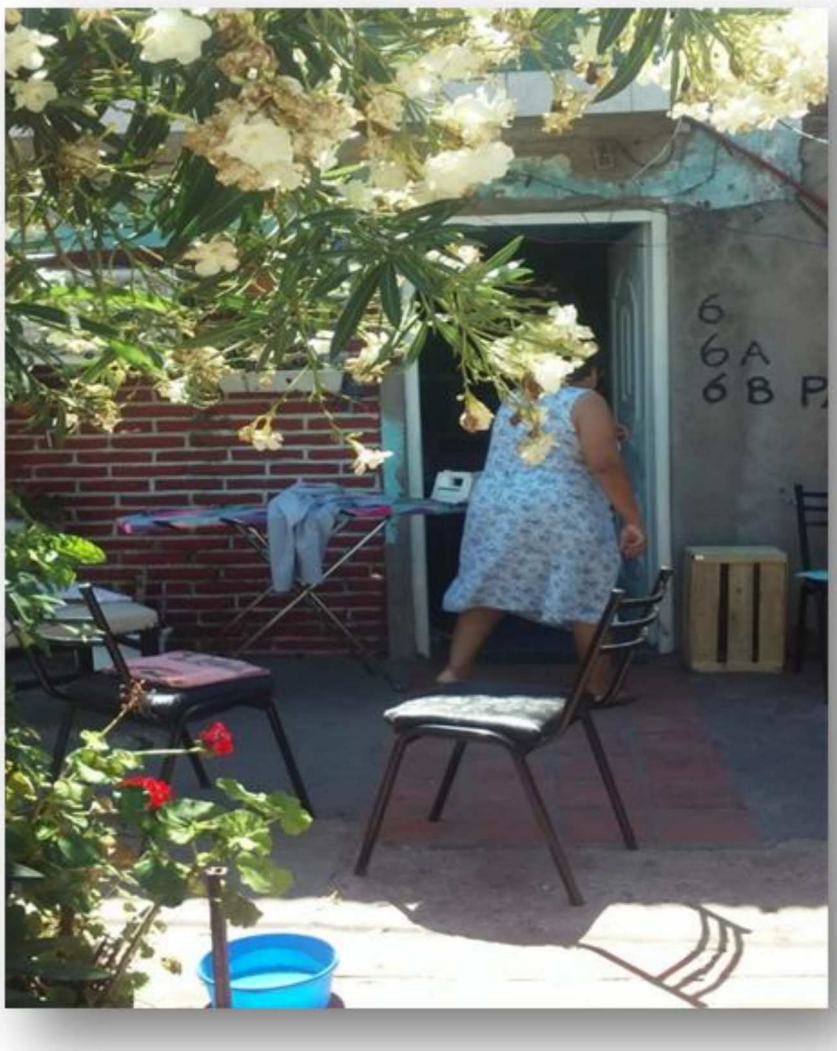


Foto de mi autoría

El espacio de la calle no solamente es transitado, sino que se ocupa de diferentes maneras. La precariedad de las viviendas, es una de las explicaciones más frecuentes a la hora de dar cuenta del porqué la calle funciona como un anexo de las viviendas. Pero también hay otras razones, que tiene que ver con la posibilidad del encuentro, con el sentido de comunidad que el "estar en la calle" habilita.

En Las Flores Sur la idea de comunidad se transmite con la frase de "acá nos conocemos y nos ayudamos entre todos", que también funciona como un modo de control y regulación social. Es decir que ser conocido, visto por los vecinos, registrado como perteneciente al barrio es un valor en sí mismo, que genera un tipo de protección.

Mora, una joven de 20 años que no se crio en el barrio, sino que se mudó hace 4 años, cuando quedó embarazada de su hija, reconoce en los vecinos la fraternidad:

> M: Yo **no me doy mucho con mis vecinos porque a veces, como que hablan mucho**. Pero…**cuando necesito que estén, están**. Me aconsejan mucho, están siempre.

> -¿Los vecinos tienen tu edad o son más grandes?
> M: No, gente mucho más grande que yo. Hay una señora que es muy grande también, siempre que me ve me pregunta '¿y vos cómo estás con tu marido?', como siempre, como que si alguna vez le he hablado de él… dice, 'vos venite a vivir conmigo si te pasa algo', ni siquiera sé dónde vive esa señora [risas].

En el relato de Mora se pone en juego la ambigüedad que la relación de vecindad genera, cuyo escenario es por lo general la calle. Si bien en la relación de proximidad se establecen lazos de protección, de ayuda y reciprocidad, también la mirada de los vecinos puede ser fuente de malestares y "broncas" barriales. Es decir que el espacio de la calle se presenta como una construcción compleja que al mismo tiempo que posibilita la consideración del otro como un prójimo, desata distintos tipos de amenazas.

En ese sentido, la mirada de los vecinos funciona limitando las acciones y decisiones cotidianas. Es por eso que Mora plantea un límite respecto de su relación con los vecinos porque considera que éstos utilizan la información generando chismes respecto de su vida.

Fonseca (2004) plantea que los chismes constituyen un arma de manipulación y de protección, poniendo en evidencia la rivalidad que existe entre vecinos. Esa rivalidad puede darse por diferentes motivos: materiales, etarios, de género. "Los chismes son una forma niveladora, y sobre todo, un instrumento de los que se sienten inferiores y que solo pueden realzar su estatus rebajando a los otros" (Fonseca, 2004: 49, la traducción es mía).

En el caso de Mora, lo que motiva los chismes es la disputa de género e inter-generacional. En la mayoría de los casos, los jóvenes plantean que los adultos hablan mal de ellos, devaluando sus actividades y sus iniciativas, y considerando que todo lo que hacen los pone en riesgo a ellos como vecinos. Por otro lado, por el hecho de ser mujer y madre tendrá que dar cuenta de sus relaciones con otros, fundamentalmente si son hombres, como también demostrar que cría "correctamente" a su hija y se ocupa del cuidado de ella. Además, se suma que en su caso, el hecho de no ser oriunda del barrio instala un manto de sospecha respecto de sus actitudes porque existen datos de su biografía que son desconocidos por el resto de los vecinos.

Los chismes tienen mucha más presencia en la vida de las mujeres que en la de los varones. Si bien volveremos sobre esto en el Capítulo sobre "Diferenciaciones", en este apartado es interesante retomarlo en tanto es el "estar en la calle" lo que habilita el despliegue de éstas regulaciones.

Para Jenifer también los chismes serán una carga difícil de soportar. En varias ocasiones la escuché enojada por "lo que se comenta". En el caso de ella, la cuestión de género se cruza con la enfermedad de su madre, portadora de VIH, lo cual la somete a una posición de estigmatización:

> J: …en el barrio se divulga que mi hermana y mi hermanita, la más chiquita, tiene VIH, pero nosotros sabemos que no. Mi mamá una vez cuando yo pregunté, le hicieron análisis y gracias a Dios ni siquiera mi padrastro lo tiene.
> -Ajá, ¿y por qué en el barrio se dice eso?
> J: Porque cuando uno es malo, se comenta.
> -¿Por qué, qué?
> J: Viste como dice la canción, 'cuando uno es malo, se comenta'…y uno escucha, y es el puterío y le cuenta al otro, y ese le cuenta al otro.
> -¿hay mucho puterío acá en el barrio?
> J: Sí
> -¿Sobre qué cosas?
> J: De que 'me dijeron y que me contaron'… y 'porque…' …ah, ese es el peor!! 'porque vos andas diciendo que…'… sí, yo muchas veces me he peleado en el barrio. (Entrevista a Jenifer)

Tal como planteé previamente, la importancia de los chismes radica en complejizar el espacio de la calle como un terreno de disputas, en donde se ejercen distintos tipos de regulaciones y se pone en juego una idea de control social entre los vecinos, en contraposición a la idea de la calle como espacio de plena libertad. La calle es escenario de muchas de las historias barriales y tal como fue explicitado al comienzo de este Capítulo, será una dimensión analítica de la construcción espacial que acompañará diferentes instancias de las biografías juveniles.

Para finalizar, retomo algunas imágenes del uso de la calle que hacen los vecinos del barrio, como espacio de encuentro o como extensión del ámbito doméstico. Por ejemplo, uno de los modos más tradicionales de "estar la calle" es haciendo un asado en la vereda. Pero también, sentarse a tomar un poco de sol o aire,

compartir unos mates con los vecinos y conversar respecto de los acontecimientos cotidianos.

Este movimiento se acrecienta aún más en verano, cuando el calor azota a la ciudad. El día de Reyes, 6 de enero de 2016, acompañé a los jóvenes del CCB a sacar fotos por el barrio, en el marco de una actividad que estaban haciendo para la capacitación en fotografía. Las calles estaban repletas de piletas inflables instaladas en las puertas de las casas, en el límite de lo que oficia como vereda pero en realidad es un espacio que queda libre entre las casas y el asfalto.

Las pelopinchos en la vereda desmitificaban la idea de que en el barrio no se puede "estar en la calle", y si bien cuando hicimos el recorrido era de mañana y había pocos vecinos usando las piletas, no podía dejar de imaginármelas repletas a la tarde, cuando el calor se siente más. Estar en malla en la vereda es un modo de ocupar el espacio público, exponiendo gran parte de la intimidad, y esa idea contrastaba con la imagen del barrio inseguro al que no se puede *entrar* ni permanecer, que hegemoniza el imaginario colectivo.

Ese mismo día me encontré también con una señora que, para sortear el calor, había sacado la tabla de planchar a la vereda. Estuvo un rato largo repasando su ropa. Mientras hacía esta actividad en la puerta de su casa, mantenían la ventana abierta de par en par esperando que la circulación de aire enfríe un poco los materiales de las paredes. Cuando pasamos caminando y nos vio sacando fotos, se escondió, no quería ser retratada. De todos modos, gran parte de su intimidad estaba a la vista porque la casa permanecía abierta.

La abertura de puertas y ventas es otra característica del barrio. Por lo general de día las puertas de las viviendas están abiertas de par en par, y circulando por las calles se puede observar los interiores de las mismas. No hay líneas divisorias entre adentro y afuera, entre el espacio privado - íntimo y el público, tan solo lo que habitualmente oficia remarcando esa separación es una cortina de tela. Es por esto que muchas de las actividades domésticas quedan a la vista del resto de los habitantes. Así como esta vecina planchaba, también es frecuente que los vecinos vean la tele desde la vereda, o que cocinen con la puerta abierta y el olor del almuerzo inunde la cuadra.

Foto de mi autoría

Entonces, ¿por qué la mayoría de los vecinos dicen que ya no se puede estar afuera? Es a través de la reconstrucción histórica que este interrogante cobra sentido, en el análisis de las dimensiones planteadas previamente en tensión del antes-ahora (Segura, 2006) y en las transformaciones que en el barrio se dieron en las últimas décadas, que lo convierten para la percepción de los propios vecinos, en un lugar "inseguro".

Para finalizar este Capítulo y a partir de haber organizado y caracterizado el barrio, cartografiándolo, voy a interpelar la mirada actual a través del proceso sobre la conformación histórica de este territorio. ¿Cómo era Las Flores Sur hace 30 años atrás?, ¿por qué muchos de los vecinos plantean cierta melancolía respecto de lo que era antes?, ¿cómo condicionan las historias que se condensan en sus calles a la contemporaneidad?

Estos interrogantes tendrán algunas explicaciones a partir de la construcción de la historia barrial desde sus hitos, y para eso apelo a los relatos de la vida de Olga y Julio, que me permitirán organizarla.

CAPÍTULO III
FEOS, SUCIOS Y MALOS

En este Capítulo recupero la historia de barrio Las Flores Sur desde fines de 1970 hasta mediados de la década de 1990. Tal como explicité en el Capítulo II, la construcción de la cartografía barrial en la actualidad sólo puede ser comprendida y explicada a partir de la reconstrucción de los hitos que configuraron sus particularidades. Para esa reconstrucción, apelo a las biografías de Olga y Julio, dos vecinos y trabajadores del barrio que como ya fue dicho se constituyeron en informantes claves.

El título "Feos, sucios y malos" evoca a la película italiana homónima, en la cual se retratan los avatares de la vida en una villa de un suburbio romano. En este caso, utilizo la alegoría para dar cuenta de cómo los tres grandes hitos de la historia de Las Flores Sur van configurando la asociación de esas mismas características con el modo de vida de los habitantes del barrio. Esa asociación se produce, con identificaciones diferenciadas, tanto desde el *adentro* como desde el *afuera* barrial.

Así, los tres hitos que construyo son: los trasladados, los saqueadores y las quilomberas. Éstos funcionan para *adentro* del barrio organizando los relatos respecto de su constitución y sus posteriores transformaciones.

El primer hito, "los trasladados", tiene que ver con la llegada traumática y caótica de la mayoría de los habitantes a Las Flores Sur, en el año 78 y luego de ser relocalizados desde otros territorios de la zona sur de Rosario. Los vecinos "trasladados" narran escenas en las que los trataron como "feos y sucios", y reafirman dicha asociación cuando recuperan historias que dan cuenta que desde la Municipalidad se dirigían a ellos como si fuesen animales, expresando que se sentían como "chanchos en un chiquero". En el barrio se evoca de manera permanente, en los diálogos entre vecinos, la forma compulsiva y violenta en la que se realizó la relocalización, lo cual implicó que perdiesen todo lo que habían logrado construir con el esfuerzo de su trabajo hasta ese momento.

El segundo hito, “los saqueadores”, se vinculan con los saqueos del 89, a partir de los cuales se resignifica para el *adentro* barrial la organización popular y se reconoce que el territorio es un espacio desde el cual disputar una posición política para el reconocimiento de los derechos. La imagen de “los saqueadores” marcó un punto de inflexión para los vecinos en tanto permitió que éstos dimensionaran el poder de la organización popular para posicionarse en relación con el *afuera*, fundamentalmente en el vínculo que entablan con los dirigentes políticos.

El último hito, “las quilomberas”, evoca el comienzo de la crisis de la organización popular en el barrio y el intento de disciplinamiento por parte de la gestión municipal, instalando un manto de sospecha respecto de quienes habían organizado la resistencia barrial para la subsistencia a fines de los 80. En efecto, serán fundamentalmente las mujeres, representadas en la figura de Olga, a quienes se caracterizará de este modo. Hacer “quilombo”, no aceptar las condiciones que les imponían desde la gestión municipal, será para estas mujeres un modo de resistir a la cooptación política que finalmente terminará desarticulando la organización comunitaria.

Estos tres movimientos mirados desde *afuera* son interpretados de una manera diferente. En ese sentido, la imagen de “los trasladados” por las relocalizaciones constituyen un dato que pasa desapercibido para quien no vive en el barrio, y en general se desconoce esta particularidad de su configuración histórica. Sin embargo, no sucede lo mismo respecto de la imagen de “los saqueadores” y *“*las quilomberas*”* ya que a partir de lo sucedido en 1989 el barrio cobra una visibilidad mediática y política estrepitosa identificándose así, al vecino de barrio Las Flores con esas dos características. Es decir que desde los saqueos de 1989 comienza a cobrar fuerza la construcción de una “mala fama barrial” (Kessler, 2012) y, mirados desde afuera, los vecinos se convierten en “feos, sucios y malos”, asociando esta caracterización a las imágenes de “los saqueadores” y “las quilomberas*”*. La dimensión del afuera, en este Capítulo, estará representada fundamentalmente por la mirada que desde la gestión municipal se construye en relación al barrio.

III.1. Los adultos: Olga y Julio

> *"Llegar al CCB es pasar por la cocina, saludar a Olga, que te cebe un mate. Ese día llegué, y con su gesto un poco parco, se acercó y me entregó un nailon con fotos, 'te las traje', me dice 'hacía varias semanas que venía esperando para dártelas'. Me dio el folio lleno de fotos. Y sonrió."*
>
> Nota de Campo, octubre de 2015.

La nota de campo citada da cuenta del protagonismo y la presencia que Olga tuvo durante todo mi recorrido de visitas en el barrio. Al prestarme fotos que conectan su vida a Las Flores Sur, se condensa la aprobación de delegar en mi trabajo la reconstrucción de esa historia. Ese día repasamos juntas una por una lo que contaban las fotos, las cuales funcionaron como un hilo que hilvana todos los retazos y fragmentos que había ido compilando en mis diferentes instancias de intercambio en el barrio.

La historia del barrio en este trabajo, es la historia de Olga y Julio, porque fueron ellos quienes me permitieron a partir de sus relatos poder pensar cómo este espacio se fue construyendo en un territorio politizado, disputado, sobre el cual en cada nuevo ciclo de trasformaciones políticas las gestiones municipales ponían la mirada, tomando decisiones e interviniéndolo.

Pero a su vez, la reconstrucción de sus historias de vida funciona en esta tesis como "engranaje generacional" (Feixa, 1996, 2006; Manheimm, 1993) en tanto permite analizar las transmisiones de significados y prácticas que operan en los intercambios intergeneracionales que los jóvenes mantienen con los adultos del barrio. En ese sentido, las historias de Olga y Julio cumplen una doble función. Por un lado, permiten recuperar la mirada actual de los adultos del barrio, pero también sus vivencias como jóvenes de Las Flores unas décadas atrás. En sus relatos se pone en juego su "posición generacional" (Mannheim, 1993) la cual, en forma conjunta con su posición de clase, configura, en palabras de Mannheim, un determinado "terreno de juego dentro del acontecer posible" (1993: 209). El autor planteará que en el cruce entre las dimensiones de clase y generación se construye ese terreno y que éste sugiere: "una modalidad específica de vivencia y

pensamiento, una modalidad específica de encajamiento en el proceso histórico" (1993: 209).

Por otra parte, las historias de Olga y Julio en tanto adultos que los jóvenes reconocen y legitiman en el barrio, permiten indagar respecto de qué discursos y prácticas permearon en las experiencias vitales de estos jóvenes, como transmisiones intergeneracionales a partir de las cuales ellos fueron construyendo su pertenencia barrial.

III.1.1. Olga

Olga es la cocinera del CCB. Es una mujer de estatura y talla mediana, morocha de tez oscura, de ojos rasgados y profundos. Tiene el pelo lacio y largo, usa flequillo en la frente. Si bien no es una mujer de sonrisa fácil, cuando lo hace se le achinan un poco más los ojos. Encontrarla es sencillo, habitualmente está parada en la galería del CCB fumando un cigarrillo. Ella, además, es quien se encarga diariamente de organizar la cocina del lugar desde hace más de 20 años.

Tanto en la institución como en el barrio, Olga es alguien que tiene poder. Ella es quien sabe cómo está el barrio cada día; conoce a los jóvenes, a las madres, a los niños. No fueron pocas las veces que Olga me advirtió que tuviese cuidado si quería salir a recorrer, porque en esos días había algunas "broncas" circulando. Esos hechos convertían al barrio en ese momento en un lugar peligroso y era mejor que me quedara en el CCB. En las múltiples charlas que tuvimos, por lo general en las galerías del CCB mientras tomábamos un poco de aire afuera del calor de la cocina, Olga mostró su indignación por la impunidad que impera en el barrio en los últimos tiempos. En general, su enojo es con las instituciones estatales que deberían proteger a los vecinos, y se refiere fundamentalmente a la policía. Ella se enoja porque la policía no interviene en ninguna de las situaciones de violencia armada que suceden en el barrio y, por el contrario, aun sabiendo quienes participaron de las "broncas", como dirá ella, no actúan al respecto haciendo caso omiso a las múltiples denuncias que los vecinos realizan. Olga lo sintetiza en esta frase: "todos saben quiénes son los que andan a los tiros, ¿a dónde vas a ir a denunciar si todos saben?".

Así como Olga se enoja con la policía, por lo general también se muestra molesta cuando desde diferentes voces, *adentro* y *afuera* del barrio, se responsabiliza a los jóvenes de todos los males que se viven en Las Flores Sur. Olga construye con los jóvenes que participan del CCB una relación afectiva y éstos la reconocen como una "segunda madre" porque vivieron en esa institución los años de su infancia, en donde ella se encargaba de organizar y administrar los alimentos. Es por esa historia de crianza compartida que para los jóvenes Olga es una referencia del mundo adulto, una voz autorizada que ellos respetan.

Olga está siempre circulando en el CCB, haciendo cosas, participando de las actividades que en la institución se proponen. Es como una omnipresencia que marca el ritmo barrial en la institución. No solo ella participa del espacio, también es habitual que sus hijos, hijas y nietos pasen a buscarla, vayan a los eventos que se organizan en el CCB, y cuando llegan, saludan a todos como dando cuenta de que esa es también parte de su casa.

La camisa de maestra jardinera, azul con voladitos blancos que luce diariamente es una estampa viva del lugar que la guardería sigue ocupando para ella como parte de la historia del CCB[72]. Olga se reivindica desde ese lugar, y por eso sostiene su pechera con una mirada de orgullo, un tanto rígida, que se ablanda con algún comentario o chiste que alguno de los compañeros hace.

Ella es de esas mujeres de las que no es fácil saber la edad a primera mano. Si bien tiene un gesto cansado y en su mirada penetrante se traslucen las luchas por las cuales pasó, tiene una actitud jovial y está siempre preocupada en pensar cosas "por los chicos" como dice ella. Por momentos parece detenida en el tiempo, mirando al horizonte o hacia el pasado desde ese lugar que es uno de sus lugares en el mundo.

No es fácil iniciar una conversación con Olga, pero desde mi primera visita al CCB supe que conocer su historia era clave para reconstruir la del barrio. Cuando comencé a ir a la institución me miraba distante, con cierta apatía. De todos modos, siempre se mantuvo muy respetuosa conmigo aun cuando sólo se limitaba

[72] El surgimiento del CCB fue como Guardería Municipal. Cuando Olga se incorpora a trabajar allí, lo hace como maestra jardinera empírica, y cumple esa función desde 1994 hasta 2009, momento en el que se reconfiguran las actividades de la institución.

a abrirme y cerrarme con llave la salita en donde yo entrevistaba a los jóvenes. En el trayecto no intercambiábamos ni una palabra. Después me confesó que consideró que era "otra más que viene a mirarnos" y frente a esa presunción prefería mantener cierto reparo. Para Olga en muchas ocasiones los relatos (académicos o periodísticos) sobre el barrio se construyeron sin tener en cuenta la mirada de los propios vecinos y para ella eso constituye una falta de respeto. La idea de respeto aparecerá permanentemente en mis conversaciones con ella, porque para Olga este es uno de los valores más importantes y por eso se preocupa por transmitírselo a sus hijos: "yo le digo a mis hijos, uno tiene que ser lo que es, no creer que sos más y ante todo el respeto".

Es por eso que ganar el respeto y la confianza de Olga no es una tarea sencilla y durante mis primeras visitas al CCB, aún con mis reiterados intentos de acercarme, no lograba hacerlo. El día en que le pedí una entrevista, comenzó otro vínculo, que luego se reforzaría a lo largo de varias conversaciones más, mates compartidos y préstamos de fotos. El primer encuentro fue el mismo día que entrevistaba a Katerin "La Rubia", a quien Olga conoce de chiquita, es una de esas "hijas criadas" que tiene en el CCB. Me sorprendió su cambio de actitud, bastó con convocarla y darle la palabra para que eso se convierta en un reconocimiento de ella hacia mí.

Hicimos la entrevista las tres juntas en la salita de atrás. No sé si hubiese podido realizar una entrevista como la de Katerin "La Rubia" y Olga con otro adulto, presumo que los jóvenes se hubiesen sentido censurados por esa participación. Por el contrario, la presencia de Olga permitió que la joven se sintiese a gusto. Entre las dos intercambiaban cómplices las respuestas a mis preguntas, como un cruce intergeneracional de miradas coincidentes respecto del barrio. En varios momentos Olga la codeaba pidiéndole que cuente las situaciones que atraviesan los jóvenes en el barrio: "decile, decile, contale cómo están los jóvenes acá en el barrio, que quieren oportunidades, que quieren trabajar". Katerin "La Rubia" asentía, y relataba los abusos cotidianos a los que se somete para poder ganar algo de dinero que le permite vivir.

Entre muchas otras cosas más, ese día me enteré que Olga tiene 50 años y desde hace más de 25 años que está en pareja con Julio. Tiene 2 hijas mujeres de parejas anteriores, y 2 con Julio (un varón y una mujer); las edades de sus hijos oscilan entre los 31 y los 13 años. Todos los días, desde hace 20 años, llega temprano por la mañana al CCB Las Flores Sur para poner en marcha el corazón del lugar: la cocina. Sin embargo, esta no es la primera cocina que pone en marcha, ella fue quien inauguró "la primera copa de leche en el barrio". Muchas veces me repitió esto, y también me pidió que lo contara: "contá que yo fui la que tuvo la primera copa de leche en Las Flores".

Su historia se vincula con la participación en la alimentación y el crecimiento de niños y jóvenes en el barrio y ese es su patrimonio. Desde esa mirada específica Olga recorre la historia del barrio, y apelo a su relato para ponerlo en diálogo con las transformaciones políticas, sociales, económicas y el impacto que éstas tienen en el territorio.

Su inquietud permanente por participar en las distintas instancias de organización barrial le permitió lograr uno de sus objetivos: "tener trabajo estable para darle de comer a mis hijas". El recorrido no fue sencillo, en su cuerpo carga con diversas situaciones trágicas: violencia familiar por parte de su padre que la golpeaba, violencia de género con sus dos primeras parejas, la consecuente pérdida de un embarazo de mellizas muy cerca del parto, por golpes, diversos intentos de familiares de apropiarse de sus hijas, sentir temor por criarlas bien ("yo pensaba que se me iban a morir de hambre o que si las criaba iban a salir cualquier cosa, unas drogadas, unas cualquiera"), no tener dinero y trabajar todo el día para poder conseguirlo con la consecuencia de no poder verlas.

En esos vaivenes, Julio aparece en su vida de manera fortuita. Es él quien la convoca para armar un Centro Comunitario a principios de los 90.

> Yo salí y lo atendí y él me empezó a explicar todo… y empezó a hablar, y le digo '**vos te equivocaste, vos no me viniste a buscar a mi, vos estás buscando a otra'**… y empezó a contar que estaban abriendo un comedor, y yo le digo 'bueno mirá, **no tengo trabajo**, yo **no tengo problemas de ir a colaborar**, pero a veces voy a tener que llevar a mis nenas, cuando mi mamá no me las puedo cuidar, porque tengo dos nenas'… le digo '**me**

> **viene bien porque si, vos me podes ayudar con algo de comida o pan,** algo que yo me pueda traer, porque yo en estos momentos con dos nenas no tengo trabajo'. (Entrevista a Olga)

Olga encontraba en esa oportunidad la posibilidad de combinar sus dos actividades más importantes: criar a sus hijas, cuidarlas y conseguir los medios para poder mantenerlas y también, poner en juego el conocimiento que había acumulado en su trabajo como organizadora de la copa de leche.

Julio, por su parte, cuenta que él sabía a quién estaba buscando porque varios vecinos le habían hablado de Olga y la habían caracterizado como una "buena trabajadora". De ahí en más, comenzarán una historia compartida, de trabajo conjunto y de diversas luchas, individuales y colectivas.

III:1.2. Julio

A Julio llegué a través de diferentes referencias. Por un lado, sabía que era pareja de Olga, pero también a través de un ex trabajador social del barrio, Raúl, que me dijo:
"si vos queres saber algo de Las Flores, tenes que hablar con Julio. Él es el que sabe todo de ese barrio".

La primera vez que conversamos, una mañana en el centro de salud Las Flores, me pareció que construía un relato del barrio desde una lectura politizada, desde la mirada de un trabajador barrial que entiende como fueron dándose las transformaciones y cómo fueron cambiando las reglas del juego.

Julio es un hombre canoso, flaco, de estatura mediana. Tiene 62 años, es quien se encarga de administrar el Centro de Salud Municipal "Las Flores Sur", en donde trabaja desde el año 1996. Pero también, es el portero de la Escuela Primaria Belgrano, en el turno noche, a donde trabaja desde hace 29 años, antes incluso de trabajar en salud. Durante un tiempo Julio se encargó de la cocina de la escuela, pero por sus horarios de trabajo no pudo continuar, y siguió como portero. De todos modos, tal como vimos en el Capítulo II, es él quien les "habilita" (como lo dice riéndose) un sandwich a los jóvenes, cuando pasan y piden, porque son "pibes" que conoce de toda la vida. Sin embargo, no se los entrega sin antes decirles que vuelvan a la escuela, que es ahí a donde tienen que estar.

En el Centro de Salud entra a trabajar a las 7 de la mañana y ahí se encarga de preparar las carpetas que contienen las historias clínicas familiares para los profesionales, organizar el trabajo de la mañana y estar atento si alguien no concurrió al centro de salud para ir a buscarlo. A Julio lo conocen todos en el barrio.

Tiene una mirada muy triste y su físico también parece cargar varias penas. Su angustia tiene un motivo y rápidamente lo explicita. En noviembre de 2014 vivió una de las tragedias más grandes de su vida: su hija mayor es asesinada por su pareja de entonces, un femicida.

> "J: Mi hija, la mayor, fue que tuvo un accidente hace poco por violencia de género…Si, fue dado por los medios… ¿viste? Falleció… el año pasado [por 2014]
> - ¿Y tu yerno está preso?
> J: No es yerno. Él estuvo un año con ella…juntos, ¿viste? Yo no lo conocí, **sé que es municipal**… me enteré que es municipal, pero…no lo conocí, no lo vi nunca con ella…pero estuvieron un año juntos. Ella el 27 de noviembre (de 2014) se iba con los hijos, porque tiene 4 hijos…a pasar el cumpleaños, cumplía 42 años. O sea, que **tuvieron una discusión y la prendió fuego**. (Entrevista a Julio)

La pareja de su hija la quemó viva un día antes de su cumpleaños, ocasionándole quemaduras de tal envergadura que le provocaron la muerte, luego de agonizar varios días en el hospital. Julio relata ese hecho terriblemente trágico con un tono de voz monocorde, ronco, mezcla de tabaco y cansancio. Si bien es preciso cuando caracteriza lo ocurrido como un caso de violencia de género, también lo refiere como un "accidente".

Recién con la convocatoria del "Ni una Menos"[73] el caso cobró dimensión mediática y Julio pudo expresar su dolor públicamente. A él también la repercusión mediática del caso de su hija le permitió comprender la dimensión de lo sucedido: "Salió en la tele", me dijo varias veces.

[73] Convocatoria realizada en julio de 2014 por agrupaciones feministas para repudiar la creciente sucesión de femicidios, la expresión más preocupante de la violencia machista

En las fotos de la marcha "Ni una menos" se lo ve en el Monumento a la Bandera[74], abrazado con sus otras hijas, con los ojos colorados de llorar. Dice que no entiende qué pasó, que no lo conocía, que los compañeros y amigos sabían que la relación era violenta, pero que él no lo registró. La mayor sorpresa, para él, fue que el novio de su hija "era municipal", trabajaba como seguridad en la puerta de un hospital. Lo repite varias veces, asombrado, como si viviese como una traición el hecho de que tuviera el mismo trabajo que él. A medida que fui avanzando en mi trabajo, entendí que en Las Flores, como en otros territorios y en otras clases sociales, hay perfiles construidos de posibles asesinos, considerados "desviados" (Becker, 2009; Matza, 2015). Por eso, la figura del trabajador municipal no coincide con el perfil de un posible homicida de acuerdo a los parámetros de Julio y a los criterios construidos en el barrio.

Después de que el asesino fue encarcelado, Julio dice que sus nietos están más tranquilos y asegura que si no estuviese preso, no sabe qué hubiese pasado "si se lo encontraban en la calle". En general, en Las Flores se convive cotidianamente con la impunidad ya que la mayoría de los homicidios no recorren un proceso judicial a partir de lo cual los vecinos consideren que se hizo "justicia". Como plantea Epele (2010) respecto de la muerte en los territorios de segregación urbana, éstas se producen en los márgenes de la legitimidad jurídica dominante, y por lo tanto se caracterizan por carecer de "expectativas de alivio y reparación de la pérdida, del dolor y del daño infligido" (Epele, 2010: 271).

Olga me contó varias veces en otras conversaciones que tuvimos que en verdad era Julio quien intentó encontrarse al femicida de su hija por la calle, para conocerle la cara y saber quién era. Lo que más le preocupaba a Olga de esa actitud de Julio era que en muchos casos expusiera a su hija de 13 años: "Él anda ahí buscándolo, pero a mí no me importa que él haga lo que quiera, **lo que yo no quiero es que lo haga con la chiquita**, porque no quiero que me le pase nada". Julio es muy querido en el barrio y los vecinos lo acompañaron reclamando

[74] El Monumento a la Bandera es uno de los puntos más convocantes en la ciudad de Rosario. Es un monumento histórico, emplazado enfrente al Río Paraná, y allí es donde Belgrano izó por primera vez la bandera argentina. En general, las movilizaciones masivas (por ejemplo, 24 de marzo) culminan en ese lugar.

justicia. Pero la historia de Las Flores es una historia de acumulación de impunidades que se cruzan con conquistas que cuestan vida.

La historia de Olga y Julio está marcada por algunos hitos que funcionan amalgamando la construcción colectiva de un sentido de pertenencia en la historia barrial que se consensua como propia, forjando la constitución de un nosotros, el *adentro* de Las Flores Sur. Comienza con la dictadura cívico militar, un hito de origen que condicionará la historia del territorio.

III.2. Los trasladados

> *"Mi papá no se quería venir del Bajo Ayolas, fue el último ranchito que se vino. No sé después de cuánto tiempo nos vinimos nosotros. Mirá, a nosotros nos tocaba acá, adelante. Del dispensario, bien en la esquina era la vivienda nuestra... Cuando nos vinimos ya no había nada, y nos tocó allá, en el fondo. Pasaje Lirio al fondo, en casita de chapa y cartón. Estaba acá todo poblado"*
>
> Entrevista a Olga, 50 años.

Olga, como la mayoría de los vecinos del barrio, llega a fines de los 70 cuando trasladaron a su familia en el marco de la relocalización impulsada por el gobierno militar. En esos años (1978-1984), Las Flores crece estrepitosamente en términos de su población porque las familias trasladadas llegan masivamente.

La estrategia política del momento, que se traducía en intervenciones urbanas, tenía que ver con modernizar y "limpiar" el acceso a la ciudad que en ese entonces era sede del Mundial 78. Es decir, Rosario debía estar preparada para recibir a los visitantes que llegarían a alentar a sus equipos. Por ese motivo, se considera en ese momento prioritario poder construir un acceso que atraviesa la ciudad y evite que los turistas se topen con las villas que cada vez crecían más, bordeando la ciudad. Es así que se define la construcción de la Avenida Circunvalación y se relocalizan a los vecinos que vivían en las zonas por la que ésta pasaría. La mayoría de los vecinos que llegan a Las Flores en ese momento provenían de otros barrios populares afincados a la vera del Río Paraná (Bajo Ayolas, Tablada, Mangrullo).

Las estrategias de relocalizaciones no fueron privativas de la ciudad de Rosario. Durante la década de los 70 y los 80 tuvieron una fuerte presencia en los proyectos de desarrollo urbanísticos latinoamericanos. El argumento desde el cual se sostenía la necesidad de relocalizar a la población tenía que ver con que esta estrategia permitía reordenar los "núcleos insalubres, que contaminan visualmente la ciudad" (Brites, 2010: 223).

En el caso argentino, y en pleno desarrollo del proyecto de "reorganización nacional" (1976-1984), se diseña en Rosario un modo de llegar al Estadio Mundialista (ubicado en la zona norte, Barrio Arroyito, en la cancha de Rosario Central) sin atravesar el centro de la ciudad y para eso era necesario correr la pobreza que obstaculizaba el paso. La Avenida Circunvalación cumplió esa función y abarcó en su traza varios de los barrios que se habían conformado en el marco de las migraciones internas de los años 1960, nombradas como "villas de emergencia" (Salgado et al., 2009; Segura, 2006; Guber, 1984; Gravano, 2009). Esas villas que, tal como vimos en el Capítulo II habían sido objeto de políticas desarrollistas en la década de los 60 a partir de los Planes de Erradicación de Villas de Emergencia (Plan PEVE), son luego intervenidas a partir de las relocalizaciones en el marco de la dictadura cívico militar, fundamentalmente en 1978 y 1979 (Salgado et al., 2009).

Brites (2010) caracteriza las intervenciones a partir de las estrategias de relocalización como: "un proceso forzado e involuntario a residir en un lugar determinado, que al mismo tiempo genera exclusión y discriminación de sus habitantes" (Brites, 2010: 227).

Estas estrategias son sostenidas discursiva, política e ideológicamente desde la propuesta del desarrollo (Bartolome, 1983), y es por esto que a las problemáticas que las mismas generan material y simbólicamente para los relocalizados (en términos nativos, "trasladados") se las ubica en un lugar secundario.

La miseria y la pobreza son consideradas como un estorbo que limita las posibilidades de crecimiento urbano y es por eso que trasladar y ocultar a los pobres es el modo más frecuente de intervenirla. Catullo et al. (2014) plantearán que, en las estrategias de organización urbanas, las políticas de desarrollo se

ubican como prioridad frente a los problemas que puedan tener los "relocalizados". Los autores señalan que en esta jerarquización, "los problemas generados por la implementación de proyectos de relocalización son tomados como 'subordinados'" (Catullo et al., 2014: 97).

Para los residentes de zonas de segregación urbana (Brites, 2010) este tipo de intervención es frecuente. En Las Flores, el "traslado" aparece en todos los relatos cotidianos porque marca no sólo su surgimiento, sino que además la cotidianidad y la historia de sus vecinos está atravesada por constantes movimientos territoriales, relacionados con los constantes proyectos de "renovación urbana" (Bartolome, 1983: 103). Desde la óptica de los gobiernos de la época, en general en Latinoamérica[75] y en particular en Argentina, renovar significaba erradicar los "asentamientos informales, de intrusos e ilegales" (1993: 103), considerando a estos territorios como "focos infecciosos urbanos".

En el caso de Rosario, la construcción de la Avenida Circunvalación entonces va a ser el argumento para "trasladar" a la mayoría de los vecinos de los barrios que se encontraban a la vera del río Paraná, y que habían llegado a la ciudad, desde otras provincias, fundamentalmente de zonas rurales, en busca de mejores condiciones de vida, con la expectativa de lograrlo a través del empleo.

Una de las intenciones que perseguía la reorganización territorial a través de los traslados era la de generar una organización del espacio urbano en "zonas de fuerte homogeneidad social interna" (Brites, 2010: 227) y que a su vez tuviesen fuerte disparidad con las otras zonas de la ciudad, generando jerarquizaciones territoriales. La construcción del barrio Las Flores Sur responde a estos lineamientos y se construye como un territorio homogéneo en términos internos, en relación a la precariedad de la mayoría de sus habitantes, y con fuertes contrastes con el resto de la ciudad. Es por eso que contemporáneamente a la construcción de la Avenida Circunvalación que en Las Flores Sur funcionará como una frontera conocida como el puente, se construyó un paredón[76], que delimita al barrio en su borde sur-oeste. El paredón que está atrás de la Escuela

[75] Los traslados y relocalizaciones no se dan únicamente en la ciudad de Rosario, sino que constituyen un fenómeno extendido por toda Latinoamérica durante los 70 y 80 (Bartolomé, 1983; Catullo et al., 2014; Brites, 2010).
[76] Esto fue planteado en el Capítulo II en la construcción de la cartografía barrial.

Belgrano se hizo "para tapar al barrio, para que no se vea la pobreza en el ingreso a la ciudad"[77]. Tal es así que el barrio fue llamado en sus orígenes como "el cementerio de los vivos"[78], porque quedó encerrado entre la Avenida Circunvalación (el puente) y el paredón.

Con la mayoría de los vecinos ya trasladados y viviendo en condiciones paupérrimas el objetivo de estos límites edilicios era tapar e invisibilizar la pobreza.

III.2.1. Empezar de cero

"Estoy de nuevo a cero, se dijo al fin.Y de repente supo que todo un período de su vida acababa de concluir.
No sólo era el muro y el prado,
era todo lo que le había llevado allí,la demencial historia de los últimos dos años:
Therese y el dinero y el coche, todo. Estaba de nuevo a cero, y esas cosas habían desaparecido. Porque incluso el cero más pequeño era un gran agujero de nada, un círculo lo bastante grande como para contener el mundo"

Paul Auster, La música del azar.

¿Cómo vivieron Olga y Julio el traslado? Ambos coinciden en recordar ese momento como traumático, en donde tuvieron que "empezar de cero". Julio relata respecto de ese momento:

[77] En la entrevista realizada a la profesora de plástica de la escuela secundaria, Guillermina, ella comenta que la historia del paredón es una de las historias más difíciles de reconstruir en los relatos. Hace referencia a la dificultad para encontrar una narración común respecto de la construcción de ese paredón: "Porque no coincide ninguna [haciendo referencia a las historias]… y también me quedo con la que me resulta más interesante contar, que aclaro que fue contado por otro. Porque en una misma historia hay 20 discursos diferentes y está re bueno. Lo único que siempre persisto en poder construir… que me es muy difícil, que es el famoso paredón construido en la época del proceso… que realmente me gustaría poder encontrar para contar… un relato un poco más común…".

[78] Referencia realizada en una entrevista en la revista "Saltaste la pared" de Barrio Las Flores.

> J: Ah, no acá en el barrio, yo ya vine en el ’80, yo tenía 30 y pico de años, ¿viste?... Bueno, acá **llegamos a una casa de chapa y cartón, que nos dio en ese tiempo…la municipalidad**, que estaba el intendente…no me acuerdo quien estaba. Y nos dieron chapa y cartón a todos, ¿viste?... Después yo fui levantando…Era la dictadura, después yo fui levantando mi casa, ¿viste?
> -Y la casa que ustedes dejaron, era una casa que habían construido hace tiempo?
> J: En el otro barrio, sí…**eso se perdió todo**… todas casas, bah, yo hice todo de madera, ¿viste?, bien hecho…un terreno larguísimo tenía, nada que ver con lo que tenemos ahora, ¿viste? (Entrevista a Julio)

En ese momento, Olga tenía 12 años y recuerda nítidamente el día en el subieron a toda su familia a un camión, “como chanchos”, para ir de un barrio a otro. Para su padre, quien había migrado una década atrás desde Victoria, Entre Ríos, buscando mejorar sus condiciones de vida, la noticia de que iban a ser relocalizados era demasiado dura como para soportarla sin resistencias.

El padre de Olga se opuso al traslado hasta último momento, intentando permanecer en la casa de materiales que había construido con su trabajo en el puerto. Aunque según Olga el trabajo en el puerto era “pan para hoy, hambre para mañana (…) una semana capaz que tenías trabajo y un mes no”, habían logrado tener una vivienda propia, y mejorarla, logrando cierta estabilidad y la posibilidad de proyectarse. De todos modos, tanto Olga como su padre sabían que tarde o temprano tendrían que irse y dejar la casa. Como plantean Catullo et al. (2014) los traslados tienen la característica de ser “compulsivos” (2014: 97).

La resistencia por no querer dejar su casa hizo que fueran una de las últimas familias que lleguen a Las Flores. Al llegar, el barrio ya era un hormiguero y tuvieron que ubicarse en el lugar que les quedaba, en el fondo:

> -Cuando ustedes llegaron, ¿les habían prometido otra cosa?
> O: No, lo que pasa es que pasó así, nosotros fuimos los últimos que vinimos de Bajo Ayolas, los últimos, porque mi papá no quería dejar la casa… y nuestra casita era de material, todo material [haciendo referencia a la casa que dejaban en Bajo Ayolas] y nos tocaba acá adelante, pero como mi papá no quería, no quería, no quería, y bueno…ocuparon… **se llenó de gente y nos tocó para allá** [el fondo]. (Entrevista a Olga)

Tanto el traslado como la llegada al barrio fueron violentas: el día de la relocalización llovía y eso complicaba las cosas porque se mojaban las pertenencias y además porque el terreno que les correspondía en Las Flores era de tierra. En relación a la característica violenta de las relocalizaciones, Catullo et al (2014) dirán que: "el desarraigo masivo y forzoso es interpretado por Bartolomé como una 'agresión total' tanto (en el sentido biológico) en el plano individual, como en el social" (Catulo et al., 2014: 99).

Olga recuerda que, en medio del traslado, les robaron casi todas las cosas que tenían y a pesar de que la descripción de la llegada a Las Flores da cuenta de una situación caótica, ella recuerda que el barrio en esa época era un lugar tranquilo. En su narración, Olga considera que la tranquilidad barrial fue un contrapeso que les permitió sobreponerse a lo traumático de la relocalización:

> -Cuando vos llegaste, ¿cómo era el barrio?
> O: En la parte que nos tocó a nosotros era una casilla de cartón …pero **el barrio era lindo** eh, **era tranquilo, se podía vivir**. Nos tocó allá atrás al lado de la comisaría, en la otra cuadra de la comisaría.
> -¿Y cómo es llegar a un lugar donde uno se encuentra toda gente nueva?
> O: Y mira **para mí es inolvidable** porque al segundo día que vinimos nos llovió así que estábamos pleno barro, **nos enterrábamos de barro**, nos habían, en el trayecto de que nos traían las cosas, nos robaron muchas cosas, así que **fue muy difícil**. **Muy difícil empezar de cero, porque empezamos de cero**". (Entrevista a Olga)

La mayoría de los vecinos tiene alguna historia vinculada con la relocalización. Fue el hecho social más importante de la historia barrial y marcó el origen de este territorio: de modo violento, compulsivamente, perdiendo lo propio, tratados como animales, des-ciudadanizándose.

Sin embargo y tal como planteaba Olga, el barrio era "lindo". Cuando hace esa referencia, implícitamente está dando cuenta de que existía una solidaridad barrial que actuó como un telón de fondo en ese contexto de des-ciudadanización. Dubet planteará que las definiciones simbólicas e imaginarias de la solidaridad generan: "obligaciones de reciprocidad y reparto necesarias para la búsqueda de justicia y la igualdad, a la vez que ofrecen recursos subjetivos a los individuos" (2015: 49).

En ese momento en el barrio se ponía en juego el sentido de pertenencia de los individuos a una comunidad que la solidaridad genera, y en este "ser parte" se ponía en juego la capacidad de resistencia contra las desigualdades. Es por eso que las relaciones de reciprocidad sobre las cuales la solidaridad se sostiene ayudan a enfrentar un momento traumático y estresante. En ese sentido, Catullo et al. (2014) retoman el análisis antropológico que realiza Bartolomé (1983) respecto de las relocalizaciones quien considera que esta acción compulsiva se constituye de por sí "un drama", y por lo tanto: "expone a la luz los mecanismos básicos que sostienen el tejido social de una comunidad humana, y en especial aquellos que hacen a su ajuste con el medio físico y social" (Catullo et al., 2014: 101).

Olga recuerda cómo se fueron acompañando entre los vecinos para comenzar una nueva vida en el barrio, ayudándose entre otras cosas en la construcción de sus viviendas. La conformación de un nosotros se matizaba con los conflictos que agudizaban la situación de estrés que la relocalización implicaba.

III.2.2. Conflictos relocalizados

Para Julio, no sólo era el caos de la relocalización lo que generaba problemas, sino que además con el traslado se habían mudado también viejos conflictos entre vecinos de diferentes barrios. Una de las imágenes retratadas por Julio y por otros vecinos sobre ese momento, hace referencia a que se interceptaron historias disímiles, arrastrando conflictos históricos, enfrentamientos territoriales y familiares a un territorio nuevo, donde todo eso se cruzaba y sobre los que se construían conflictos nuevos.

Las relaciones de reciprocidad, interdependencia y solidaridad tienen como contrapartida, entonces, los conflictos barriales, que los vecinos denominan "broncas", y que delimitaron y organizaron las relaciones sociales en el barrio desde su surgimiento. Las "broncas" y quienes participan de ellas, generarán un parámetro desde el cual analizar las reciprocidades entre vecinos y considerar si los otros son dignos o no de confianza. Semán et al. analizan que en las relaciones de interdependencia se construyen jerarquizaciones y se producen así, asimetrías ya que éstas: "No son nunca entre iguales abstractos, como piensa el derecho, sino entre personas singulares que merecen un trato según el tipo" (2006: 20). En esa

asimetría, conocerse, saber quién es quién es un capital a la hora de disputar y utilizar las redes de solidaridad y reciprocidad que existen en el territorio y que no serán iguales de acuerdo a quien participe de ellas. Estas redes de reciprocidad son múltiples, y tienen que ver con las relaciones que cada uno teje a lo largo de su historia en el barrio.

Durante las conversaciones que mantuve con Julio, él enfatiza que las redes de reciprocidad fueron cambiando desde el momento del surgimiento del barrio hasta la actualidad. En ese sentido compara antes con el ahora (Segura, 2006) y desde esa dimensión diacrónica pone en juego la configuración barrial en el momento de las relocalizaciones y en la actualidad. En Las Flores Sur, las "broncas" estuvieron presentes desde que el barrio se conformó como tal, pero lo que plantea Julio es que lo que se transformó es la posibilidad de prever lo que el otro es capaz de hacer, qué tipo y cuánta violencia puede desplegar en los intercambios.

> J:…acá se sabe, **se sabe de los problemas**. Porque son gente que **los conocemos de otro barrio**, yo la conozco de años, ¿viste?, y ahí sabes los problemas qué es, siempre charlamos…antes como era. Antes se peleaban, se agarraba el cuchillo, y bueno, ya está. Se herían y se iban y no… no es como la violencia que hay ahora, ¿viste?, que te matan por las balas prácticamente, o te dejan paralítico ahora…".
> "-y cuando ustedes llegaron en los '80, era diferente el barrio?
> J: Era diferente, sí, sí, no había tanto eso (se refiere a los tiros).
> -¿y cómo era?
> J: No, un barrio, viste, que se iba armando… pero no había tanta violencia como ahora. Había peleas, como todo, borrachos…¿viste?, así, pero como ahora… facazos sí (risa), o alguno que mataba a otro por borracho, ¿viste? Que ha pasado que… pero no a los tiros como ahora. **Ahora no podes salir**. (Entrevista a Julio)

Raúl, un ex trabajador social también recupera el lugar que las "broncas" tuvieron al momento del surgimiento del barrio delimitando las relaciones de reciprocidad:

> R: todo este tema de la **cuestión de la venganza**… que era muy fuerte en Las Flores… Esto que te matamos al caballo, te matamos a vos… te afanamos la moto… es como una cuestión histórica en Las Flores, o sea… en los 80; en los 90… tiene que ver con que había familias que era rivales en otros barrios y los juntaron todos y eso nunca lo pensaron. Juntaron familias que se llevaban mal, se los sacaron de encima… Capaz que en el otro

> lugar estas familias estaban a 15 cuadras y terminaron todos juntos. Entonces había una cuestión esto de… ojo por ojo, diente por diente. Estaba, así como una ley que se vivía en el barrio. (Entrevista a Raúl)

Las regulaciones que se plantean al momento de la conformación del barrio van generando determinados códigos compartidos que funcionan organizando y dándole sentido a las interacciones y a su vez, habilitando a construir relaciones de reciprocidad y ayuda mutua entre los vecinos. Míguez y Seman (2006) plantean en ese sentido, que en los sectores populares es frecuente que se generen acusaciones de que no se respetan los códigos. Esto tiene que ver con la característica que tienen los códigos barriales. Los autores los definen como:

> (…) una serie siempre precisa de reglas de comportamiento que no son la ley, por ello, no caben las idealizaciones republicanas de la norma… no se trata de que la acusación (de falta de códigos) refleje o no una realidad, sino de que en esa acusación se resume un sentido de la normalidad cuya pérdida se lamenta: esa normalidad es una normalidad de particulares que deben ser atendidas. (Míguez y Seman, 2006: 20)

Esas normas impuestas por el grupo constituyen el medio por excelencia de mantenimiento de su cohesión (Merklen, 2010[79]). Dentro de esas reglas, conocerse y saber quién es el otro es una de las reglas que desde su surgimiento tiene mayor peso en el barrio. De manera conjunta, ser conocido en el barrio como trabajador será una clave para la construcción de una posición respetable.

III.2.3. Hacerse respetable: salir a trabajar

> *"A los 12 años empecé a trabajar porque con eso la ayudaba a mi mamá, que pudimos hacer el piso. Todo lo que era más urgente para vivir como persona porque parecíamos chanchos"*
>
> Olga, 50 años

En la década de 1960, cuando la mayoría de los habitantes de la zona sur rosarina migraron desde zonas rurales del interior del país, el puerto se convirtió en la principal fuente de trabajo. Las familias completas habían migrado a la ciudad con intenciones de trabajar para lograr mejores condiciones de vida. También, la

[79] Merklen (2010) recupera el planteo de Norbert Elías (1997) para caracterizar cómo se construye la pertenencia en los territorios de segregación urbana y, en ese sentido, analiza cómo en estos territorios "no respetar los códigos", es decir, las reglas y normas compartidas, se convierte en motivo de diferentes sanciones, incluida la expulsión del grupo.

industria de la carne (frigorífico) y la construcción eran en menor medida, fuentes laborales frecuentes. Estos tres trabajos se alzan en popularidad en Las Flores Sur, pero ganan prestigio como buenos trabajos.

Sin embargo, para fines de los 70 y principios de los 80, la situación económica comenzaba a evidenciar signos de crisis y esto dificultaba seriamente las posibilidades de inserción laboral. La situación de esplendor y crecimiento del mercado de trabajo que había vivido Rosario en los inicios de los 70 empezaba a declinar, producto de las políticas de ajuste estructural (Gigli, 1999)[80] que la dictadura cívico militar comienza a instaurar. Rofman (1997) planteará que en la realización de la primera Encuesta Permanente de Hogares (año 1974) la industria nacional mostraba un crecimiento del desempleo, evidenciando que un 5% de la población económicamente activa se encontraba en esa situación (Rofman, 1997: 88). Si bien para los valores actuales esa medida puede resultar menor, a la luz de los valores de la época sobresalía respecto de las demás aglomeraciones urbanas.

La situación para la población del barrio, en general con poca calificación, se agravaba ya que el recurso que se necesitaba para la industria pesada y semi-pesada que estaba instalada en Rosario no la constituían necesariamente quienes habían migrado desde zonas rurales en las décadas precedentes.

En el caso de Olga y Julio, los padres de ambos trabajaban en el puerto. El papá de Julio construía canoas en Villa Constitución, una localidad cercana a Rosario y cuando se instalaron, fue convocado para trabajar en el puerto en el puerto. Según narra Julio, su padre hizo de todo, pero fundamentalmente se especializaba en trabajo de carpintería y por ese motivo lo convocaron para que construya canoas en el puerto, en donde trabajó durante toda su vida y luego se jubiló. Pero para Julio, el trabajo es más que la provisión, o la posibilidad de tener una casa, sino que él lo como un valor que su padre le transmitió. Él recuerda que se recuperó

[80] Gigli (1999) analiza el contexto en el cual se comienzan a implementar en América Latina los Programas de Ajuste Estructural (PAE), que el autor considera fueron las herramientas que utilizaron los gobiernos de los países centrales para lograr que el neoliberalismo ingrese al continente. A partir de los PAE se justificaron diversas políticas de ajuste de la estructura productiva, desregulando la economía y habilitando el libre juego internacional de oferta y demanda. Estos programas, en palabras del autor, "no fueron diseñados como programas estratégicos de desarrollo, sino más bien, debemos entenderlos como un complejo conjunto de acciones coordinadas de estabilización y desregulación macroeconómica" (1999: 9)

luego de las relocalizaciones realizando diversos trabajos que le permitieron construir su vivienda y mejorar la de chapa y cartón que le habían entregado cuando llegó a Las Flores.

> J: Pero acá, bueno, **se fue haciendo uno trabajando** ¿viste?, y fui levantando la casa.
> -Cuando llegaste, ¿empezaste a trabajar acá [por el Centro de Salud] o en otro lado?
> J: No, yo, bueno en el 80 bah, yo siempre trabajé antes en la construcción…en distintos barrios, en el puerto estuve tres años, estuve tres años en los FONAVI de Grandoli y Lamadrid, y en los FONAVI del Sindicato de la Carne. En el 86 fue que hubo una inundación que dejé la construcción y me dediqué a otros trabajos, ¿viste? Y después me salió lo de la Municipalidad y la escuela. (entrevista a Julio)

Para Julio el trabajo se va a convertir en una necesidad imperiosa a partir del año 1986, luego de la muerte de su primera mujer, momento en el que queda solo a cargo de la crianza de sus 3 primeros hijos. Tener un trabajo en blanco, "efectivo", aparecía como la única posibilidad de conseguir mayor estabilidad que la que su padre había logrado en el puerto o él mismo en la construcción, y él anhelaba ser "estatal" porque esto le significaría no depender de las fluctuaciones del mercado de trabajo, ni tampoco tendría que hacer trabajos tan pesados.

Mientras tanto, ¿qué pasaba con las mujeres? "Mi mamá nunca trabajó, siempre estuvo con nosotros", esta frase de Olga condensa lo que sucedía con las mujeres en el momento de constitución del barrio. En las familias de los sectores populares la base económica que permite la reproducción es el trabajo asalariado de uno de sus miembros, y la separación entre el lugar del trabajo y el hogar es nítida, estableciéndose así una diferenciación del trabajo para mujeres y varones con actividades y rutinas establecidas para cada uno. Las mujeres, en general, se encargan de las tareas domésticas cotidianas dirigidas al mantenimiento de sus miembros. Al decir de Jelin, existen expectativas sociales diversas para el trabajo de varones y de mujeres: "el hombre trabaja afuera, la mujer es responsable de la domesticidad" (2016: 45).

En el barrio, a principios de la década de 1980, la mayoría de las mujeres se dedicada a las actividades domésticas. Sin embargo, paulatinamente comienzan a

incorporarse en el mercado de trabajo, de manera precaria e informal debido a que la situación de crisis económica se agudizaba cada vez más. Cuando trabajaban fuera del hogar, lo hacían en general como empleadas domésticas. Entre los jóvenes fue frecuente encontrar la referencia al trabajo que hacían sus abuelas como empleadas domésticas, en varios casos bajo la modalidad de "cama adentro", debido a lo cual no tenían prácticamente relación con el resto de la familia.

Olga, así como muchas otras mujeres del barrio, *salen* a trabajar desde temprana edad para poder ayudar a sus familias. En el caso de Olga una de sus primeras salidas a trabajar fue cuidando los niños de una señora a la que conoció en un supermercado, a donde había ido a "rebuscársela para ganar unos mangos" en el estacionamiento, cargando las bolsas de los compradores. La experiencia de Olga en el servicio doméstico no constituye para ella un grato recuerdo. En este tipo de actividades sentía que tenía que poner a disposición de sus empleadores algo más que su trabajo. Una de las cosas que más le molestaba era que sus patrones intentaran "apropiarse" de la crianza de sus hijas, regalándole ropas, comprándole juguetes y eso fue lo que en gran medida motivó que fuese alternando entre distintas casas de familia.

> O: Trabajaba de un médico forense de Tribunales… mucha plata…y entré a trabajar con ellos. Estuve trabajando bastante tiempo, como un año y pico. Pero ya después lo tuve que dejar porque ya vi…**no me gustaba… porque la mujer me hacía llevar las nenas, le tejía ropa, le compraba juguetes**… Cuando ya empezaron con que me iban a ordenar la pieza de atrás para que le llevara las nenas, y ya una vez me dijo que yo podía ir a mi casa y que si quería las dejara… ya ahí no me gustó y no fui más. (Entrevista a Olga)

Olga sintió que en la mayoría de los trabajos que realizó en relación de dependencia (como lavaplatos en una parrilla y nuevamente limpiando "por hora" en casas de familia) en algún momento "los patrones" se aprovechaban de su necesidad y generaban alguna situación de abuso, como por ejemplo, pagarle menos de lo que valía la hora de trabajo. Es por eso que remarcará que en muchos casos sintió que le faltaban el respeto y la humillaban. En 1989, a raíz de la enfermedad de su padre Olga decide dejar de trabajar *afuera* para dedicarse a

cuidarlo[81] y empieza a desarrollar sus propios emprendimientos, que como cuenta reiteradamente, eran la copa de leche y la huerta.

Para Olga y Julio, la preocupación por un trabajo estable será una constante y ambos encontrarán a través del ingreso en el Estado municipal la posibilidad de esa estabilidad. A fines de los años 1980, la preocupación por el trabajo y la estabilidad era común para todos los vecinos del barrio. El trabajo era considerado como una conquista que era necesario defender porque, entre otras cosas, había sido el motivo por el cual estas familias habían migrado desde su lugar de origen, y aun sostenían expectativas de poder mejorar sus condiciones materiales de vida. Es por eso que respecto de las historias de los primeros habitantes del barrio se construye un relato en donde el trabajo tiene centralidad en las experiencias vitales y así abundan narraciones sobre múltiples inserciones laborales y oficios. La transmisión de este relato ubica en el *antes* una centralidad de la ética del trabajo como eje aglutinador de las relaciones sociales en el barrio, y que tal como veremos, muchos de los vecinos consideran que se fue debilitando.

III.3. Los Saqueadores

Así como el traslado del 78 constituye un hito histórico en el barrio, los saqueos del 89 también lo son. Tal como fue mencionado al comienzo de este Capítulo, estos acontecimientos son reconstruidos de manera diferente en el *adentro* y el *afuera* barrial. Mientras que hacia adentro, los saqueos habilitan a la organización popular, y los propios vecinos toman dimensión respecto del poder que pueden disputar cuando actúan colectivamente; hacia afuera, los saqueos funcionarán como un dato que desde la mirada externa homogeneíza a los habitantes del barrio como "feos, sucios y malos", conflictivos y delincuentes, generando estigmatizaciones y abonando en la construcción de la fama barrial a la que éstos serán asociados.

Para los propios vecinos, experiencia de los saqueos de l989 se constituye en un hito significativo para el barrio en tanto configuran la primera experiencia de organización masiva y popular, que luego será retomada en el 2001. A partir de

[81] Desde el planteo de Jelin (2016) en la distribución de actividades de acuerdo al sistema sexo – género, las mujeres son quienes se encargan privilegiadamente de los trabajos de cuidado de los miembros de la familia que se encuentran enfermos.

1989 se generó un viraje en términos políticos, en relación con las intervenciones que se llevaban adelante en Las Flores Sur y también, continuando con la historia de mis informantes Olga y Julio, en sus propias vidas.

III.3.1. El contexto del 89

A mediados de la década del 80, se registraron en Rosario, por primera vez, niveles de desocupación superiores al 10%. A partir de 1989 y durante toda la década de 1990 las tasas de desempleo nunca fueron inferiores a ese porcentaje, llegando a 20,9% en mayo de 1995 (Perona, 2003: 4)[82]. La crisis económica que comenzaba a avizorarse a principios de los 80, va a ir profundizándose, hasta llegar a visibilizarse en el 89. Previamente al mes de mayo, momento en el que se producen los saqueos, la ciudad de Rosario se encontraba en un proceso inflacionario sin precedentes (Dalla-Corte Caballero, 2014). En medio del fuerte conflicto social, Usandizaga por entonces intendente de la ciudad de Rosario por el Partido Radical, renuncia, quedando el presidente del Concejo Municipal, Carlos Ramírez, a cargo interinamente de la intendencia. La situación de crisis se había extendido a todos los ámbitos de la vida social. Tal como recuerda Dalla – Corte:

> El país sufría esos mismos días un feriado bancario. El 24 de mayo de 1989 los bancos reabrieron con topes en los retiros de depósitos…ese día fueron saqueados unos 9 comercios de comestibles en las ciudades de Córdoba y Rosario. (Dalla-Corte Caballero, 2014: 9).

[82]Diferentes trabajos contextualizan la situación de crisis económica que atravesaba Rosario en ese momento (Crucella et al., 2012; Robin et al., 2005; Perona, 2003; Rofman, 1997), que se evidenciaba con el aumento de la desocupación y la subocupación. "A partir de 1989 las tasas de desempleo nunca fueron inferiores al 10%, llegando a 20,9% y 24,3% en mayo de 1995 y mayo de 2002 respectivamente; la subocupación se ubica en porcentajes cercanos al 10%. Otra característica del área la denota el incremento de los índices de pobreza; las mediciones de los años ´90 muestran que prácticamente el 50% de la población rosarina estaba afectado por alguna de las formas de pobreza, ya sea la que se expresa por necesidades básicas insatisfechas, ya la que se mide por línea de pobreza. La información para el año 2002 muestra que el 46% de los hogares y el 56% de la población no percibía ingresos suficientes para cubrir la Canasta Básica total (es decir por debajo de la Línea de Pobreza). Asimismo, es considerable la proporción de población que reside en asentamientos irregulares, a través de la ocupación ilegal de terrenos públicos o privados, en viviendas de materiales deficientes y con ciertos niveles de hacinamiento" (Perona, 2003: 2).

Fuente: http://argentina.indymedia.org/news/2012/12/827938.php

El 29 de mayo de 1989 es el día de mayor violencia de esta sucesión de saqueos en Rosario. Tal es así que el 30 de mayo se declara Estado de sitio en la ciudad, restringiendo la posibilidad de circulación y autorizando a las fuerzas de seguridad a actuar para sostener el "orden social". Para ese momento (30 de mayo de 1989), de acuerdo a la recuperación que realiza Dalla-Corte Caballero (2014), la ciudad ya tenía fallecidos y heridos y se habían desplegado más de mil efectivos de la Gendarmería Nacional.

En el contexto de una situación caótica en términos económicos, políticos y sociales, con cambios de gobiernos y la ciudad sumida en el Estado de sitio declarado, las resistencias barriales que emergen y que se expresarán a través de los saqueos, darán cuenta posteriormente de un proceso de organización de los sectores populares. Tal como sostiene Dalla-Corte Caballero (2014), la resistencia barrial fue una característica del movimiento social argentino de aquel momento. En el marco de ese proceso, en Rosario fueron saqueados 22 supermercados (Dalla-Corte Caballero, 2014), entre ellos "el Supercoop" ubicado en los márgenes del BLF. Los saqueos se organizaban desde los propios territorios, los vecinos ingresaban por la fuerza a los supermercados cercanos para llevarse

mercaderías, alimentos en su mayoría, que luego transportaban con carritos hacia sus viviendas.

Los actores sociales que protagonizaron los saqueos no eran homogéneos por lo cual no es posible caracterizarlos fácilmente. La heterogeneidad daba cuenta de un cambio en la lógica de representación política de los sectores populares, y quienes participaban de los saqueos no estaban ligados a instancias de participación tradicionales como sindicatos o partidos políticos, ni tampoco los escenarios de conflicto lo constituían el centro de la ciudad o los espacios de trabajo. El epicentro de los saqueos se produce en los mismos territorios en donde la población con mayores necesidades vivía, y en los cuales además no existían muchas experiencias de participación política hasta ese momento.

Un denominador común en el marco de la heterogeneidad de quienes participaron de los saqueos, lo constituye el hecho de la extrema precariedad en la que vivían. La situación de pobreza extrema ponía en riesgo la posibilidad de poder garantizar la reproducción de la vida cotidiana, evidenciándose así dificultades para resolver las necesidades básicas, fundamentalmente, la alimentación. Los datos estadísticos de la época dan cuenta de cómo se aceleraba el proceso de empobrecimiento en la ciudad y mientras que, en el año 1980, la proporción de hogares y de población con necesidades básicas insatisfechas en el Gran Rosario era de 17,9% y 22,5% respectivamente (Perona, 2003), para el año 1992 ese porcentaje fue creciendo hasta llegar en 1992 a 21,7 y 31,6%. Estos "bolsones de pobreza" (Perona, 2003)[83] se concentraban en zonas urbanas segregadas y marginales, en donde el acceso a condiciones mínimas de infraestructura era prácticamente nulo, dando cuenta de un notable deterioro de la calidad de vida.

[83] En 1991 el déficit habitacional se manifiesta en elevados porcentajes de hacinamiento: 26,8% de la población vive en tales condiciones. Tal como plantea Perona: "Según los datos del IPEC (1991) casi una quinta parte de los hogares del Gran Rosario tienen un régimen de tenencia precario, indicador que expresaría la alta proporción de población residiendo en villas miserias. Estas cifras están indicando el incremento de la población en condiciones de pobreza extrema… se asocia a la aparición de nuevas estrategias de sobrevivencia y a formas inéditas de violencia tanto individual como colectiva" (2003: 4).

Fuente: http://www.prensaregional.com.ar/index.php?seccion=Notas&id=46

Las condiciones de pobreza y precariedad constituyeron el telón de fondo que propició la masividad de los saqueos. Sin embargo, existen también otras explicaciones respecto de los factores que los provocaron: algunos autores que reconstruyeron la época plantean que éstos se produjeron luego de que Rosario sufriese una creciente tasa de desempleo (Madoery, 1999). Otros ponen el acento en la crisis política que atravesaba la Argentina, en donde, por un lado, todavía se evidenciaban las consecuencias de la dictadura cívico militar y, por otro, el enfrentamiento entre los partidos políticos tradicionales (radicalismo y justicialismo) se tornaba cada vez más conflictivo (Seminara, 1999).

La combinación de todos esos aspectos (crecimiento del desempleo, crecimiento de la pobreza, crisis política e institucional) impactaron fuertemente en las barriadas populares que se habían conformado una década atrás. En el caso de barrio Las Flores Sur y tal como veíamos en la reconstrucción de su surgimiento con las relocalizaciones de fines de la década de 1970, en el momento en el que suceden los saqueos, los vecinos estaban construyendo sus viviendas y

acomodándose luego de haber tenido que comenzar de cero. En cierto sentido, para los vecinos, los saqueos se convirtieron en una posibilidad para poder visibilizar la precariedad en la que vivían y es por eso que se convirtieron en un hito que dejó marcas en el barrio.

Tal es la marca que estos hechos generaron en el barrio, que para la narrativa popular y mediática los saqueos se iniciaron en Las Flores[84]. Aun cuando efectivamente esto no sucedió de esa manera, o al menos no existen registros certeros al respecto, ese dato se convertirá en un mito de la historia barrial. Como tal, los vecinos lo refuerzan y sostienen con sus relatos porque además se pone en juego la posibilidad de apelar a esa imagen cuando quieren presionar a los gobernantes para reclamar por diferentes reivindicaciones. Es a partir de ese momento que la población de Las Flores se reconoce como una población "politizada", "querellante", "demandante" y en gran medida, "peligrosa" a la vista de los demás ciudadanos.

En términos de los modos de politización (Abal Medina, 2011; Ferraudi Curto, 2014) que empiezan a configurarse en el barrio, se produce un doble movimiento en la construcción de la identidad del "ser" de Las Flores: por un lado, presentarse como vecino del barrio va a significar una potencia en tanto que detrás de esa identificación aparece la posibilidad de convocar a la organización colectiva, pero también, en el mismo movimiento, va a reforzar estigmatizaciones respecto de los sectores populares, asociándolos automáticamente a conflictos ligados a la violencia urbana y a los delitos.

[84] El *Diario Rosario* 12, el 31 de mayo del 2009 al cumplirse 20 años de los saqueos, rememora aquel acontecimiento, ubicando a Las Flores como el barrio en el cual éstos se originaron: "Mi mamá juntaba cartones en un carro y éramos ocho hermanos. Cuando fueron los saqueos yo tenía 13 años y no nos alcanzaba para comer. Me acuerdo que todavía no había amanecido cuando unos vecinos nos avisaron que estaban saqueando el *Supercoop* (España al 6700), y nos fuimos los nueve a traer comida a casa. El testimonio pertenece a Susana Sosa, una mujer de 33 años que todavía vive en Las Flores, una barriada signada por la pobreza que jugó un papel clave en los saqueos de 1989" (Rosario 12, 31/05/09).

III.3.2. Organizarse para la estabilidad

Para Olga y a Julio, la crisis del 89 y el saqueo del "Supercoop" representaron un cambio profundo en sus vidas. A partir de allí inician un recorrido que no solo atraviesa su situación afectiva personal (ya que es a partir de ese momento en que comienza su historia de amor) sino también, un camino ligado a la organización barrial y comunitaria.

El supermercado "Supercoop", perteneciente al Hogar Obrero, estaba ubicado en España y Caña de Ámbar. La última esquina antes de cruzar la Avenida Circunvalación que oficia de límite antes de entrar a Barrio Las Flores Sur. El "Supercoop" era un galpón de dimensiones medianas (aproximadamente 50 metros por 50 metros), con un espacio verde alrededor. Era el supermercado de precios populares que abastecía la zona. El saqueo a una cooperativa de trabajadores como era el Hogar Obrero, nos hace preguntar por la reconfiguración del mundo popular ya que la escena retrata el conflicto de precarizados versus pobres, a partir de lo que se denominó como el "motín de la subsistencia" (Dalla-Corte Caballero, 2014: 11).

Cuando el conflicto cedió, la situación respecto del edificio del "Supercoop" para ese entonces saqueado y vaciado, se resolvió mediante su donación a la Municipalidad. En este acuerdo, a cambio de que el gobierno le condone la deuda de impuestos que tenían, desde el Hogar Obrero ofrecen entregar el terreno y la estructura con la que contaba: un salón grande con depósito.

En el marco de la campaña política del año 1989, cuyo trasfondo era la contienda electoral por una nueva gestión municipal[85], ese lugar aparece disputado por Héctor Caballero (candidato a Intendente por el Partido Socialista Popular[86]) para desde allí generar una convocatoria popular entre los vecinos.

[85] Año electoral a nivel nacional y en el cual solo se elegirían concejales en la ciudad. El entonces intendente de Rosario, Uzandizaga había anticipado que renunciaría a su cargo si el peronista Carlos Menem ganaba la presidencia. Menem competía con Eduardo Angeloz, candidato por el radicalismo. El 22 de mayo frente al triunfo de Carlos Menem, Uzandizaga renuncia a la intendencia.

[86] De ahora en más, PSP.

Fuente: Archivo personal de Olga

En ese contexto, negociar con los sectores populares se constituyó en una estrategia para los partidos políticos en el marco de la campaña electoral. Guberman describe el marco de conflictividad social e institucional en el cual la campaña se lleva a cabo: "El contexto de la campaña era crítico por donde se lo analizara: situación social, coyunturas partidarias, situación institucional y operativa del municipio" (Guberman, 2004: 22).

En ese entonces los vecinos de diferentes barriadas populares aún se encontraban activos en términos de movilización popular como un reflejo posterior a los saqueos, lo cual llevó a que los candidatos de diferentes partidos políticos se acercaran, intentando consensuar propuestas con los habitantes de los barrios. En julio de 1989 siguieron produciéndose saqueos de forma aislada, lo cual desembocó en que la policía provincial realizara operativos anti saqueos. Mientras tanto las respuestas a la emergencia alimentaria seguían siendo erráticas (Guberman, 2004).

El cambio precipitado de gobierno en la gestión municipal se presentó como una oportunidad para Julio y Olga. En ese mismo momento, para fines de la década de

los 80, Julio comenzó a trabajar como cuida coches, en la zona del Parque Independencia[87] junto a 50 compañeros más. Julio recuerda que "todos los políticos nos iban a hablar, para hacer campaña". Este acercamiento coincidía de cierta manera con uno de los intereses que Julio y sus compañeros tenían en ese momento que era el de ser efectivizados como empleados municipales. Así fue que con el grupo de compañeros se reunieron con distintos concejales, representantes de diferentes bloques, para poder negociar con ellos que les garantizaran sus puestos en blanco como empleados municipales a cambio de apoyarlos en las elecciones.

Es así que el candidato a intendente por el PSP, Héctor Cavallero, quien percibía que para poder tener chances de ganar las elecciones necesitaba contar con el apoyo de los sectores populares, se compromete con ellos a dejarlos efectivos si llegaba a la intendencia. Al analizar ese proceso electoral, Guberman (2004) plantea que para el PSP la austeridad, la transparencia y la cercanía con los sectores populares resultaron los ejes de su campaña. Los 50 compañeros hicieron campaña para el candidato socialista por toda la ciudad: en el Parque, hablaban con la gente que circulaba por la cancha de Ñuls, por el zoológico[88], por la Rural[89]. El Parque Independencia es una de las zonas verdes más concurridas de la ciudad, especialmente para las familias de la zona sur que pasan sus tardes allí durante los fines de semana. Incluso también recorrieron barrios más alejados de la zona centro como La Florida (la costanera norte de Rosario) y también aprovecharon la tradicional Fiesta de Colectividades[90] para militar allí.

---

[87] El parque independencia es uno de los espacios verdes más grande de la ciudad de Rosario. Ubicado en el macro-centro de la ciudad, delimitado por las Avenidas Pelegrini y 27 de febrero (norte y sur respectivamente), por la Avenida Ovidio Lagos al oeste y por la calle Moreno al este. Fue el primer parque de la ciudad, inaugurado el 1 de enero de 1902, necesario para convertirse en el gran pulmón en un territorio donde la población se había triplicado en pocos años. Abiertos los Bulevares Santafesino (actual Bv. Oroño) y Argentino (actual Av. Pellegrini), en la intersección de ambos se formaron cuatro plazoletas constituyendo una gran plaza, llamada Independencia. Dicha plaza se convertiría en el origen del Parque de la Independencia. Actualmente, las 126 hectáreas constan de una magnífica arboleda que incluye, entre sus especies, tipas, eucaliptos, nogales, magnolias, sauces y palmeras.

[88] En ese momento la ciudad de Rosario contaba con un zoológico ubicado dentro de las hectáreas que comprenden al Parque Independencia. Actualmente ese lugar constituye uno de los espacios que conforman el "Tríptico de la Infancia": la Granja de la Infancia.

[89] La Sociedad Rural tiene su predio en el Parque Independencia.

[90] La fiesta de colectividades es un encuentro tradicional que se realiza enfrente del Parque Monumento a la Bandera, a orillas del río. Reúne expresiones artísticas y gastronómicas de los

Finalmente, Cavallero ganó la primera intendencia socialista de la ciudad de Rosario[91]. Con él llegaba también la promesa de ciertas transformaciones que habían sido parte de su campaña: mayor igualdad social, más trabajo, menos hambre. Desde diferentes perspectivas de análisis (Guberman, 2004; Robin, 2005; Signorelli, 2012), el inicio de la gestión socialista en el Municipio de Rosario es caracterizado por haber estado acompañado de un discurso que apuntaba fuertemente a la honestidad, el orden y la participación (Signorelli, 2012).

Cavallero define como parte de su estrategia política vincularse estrechamente con los sectores populares y convocar espacios amplios y participativos. Esto se inscribe en el marco de las diferencias internas del PSP, después de las elecciones, que dieron lugar a dos estrategias de acumulación política diferenciadas: una orientada hacia la unificación socialista de los llamados "históricos", liderada por Estévez Boero, y la otra liderada por Cavallero, orientada hacia el movimientismo (Signorelli, 2012). El objetivo de esta línea interna era converger en un Frente Provincial apuntando a sumar especialmente a sectores peronistas, para ganar la gobernación de Santa Fe (Guberman, 2004). En un discurso previo a su asunción, Cavallero convoca "a la sociedad civil" a participar conjuntamente con la gestión municipal, instando a generar mayores niveles de representatividad, incluyendo en este punto una propuesta de descentralización administrativa[92] que permitiese el acercamiento del poder ejecutivo a los territorios. planteará que en los discursos del PSP se destacaba la convocatoria a la participación popular: "La apelación permanente a las entidades intermedias por parte del socialismo constituyó una nota característica (…) las vecinales fueron parte de la articulación de las políticas municipales en numerosos barrios" (2004: 33).

Finalmente, en el año 1990 Julio y sus compañeros pasaron a ser parte de la planta permanente de trabajadores municipales. Él recuerda con mucho respeto la figura

---

representantes de diferentes colectividades y países. Los festejos duran una semana completa, y son muy masivos y populares.

[91] Las elecciones las gana Héctor Cavallero, conocido en la jerga popular como el "Tigre" quien se desempeña como intendente hasta 1995. Con la gestión de Cavallero el Partido Socialista inaugura sus gestiones municipales, las cuales se sostienen hasta la actualidad, con quiebres y diferencias al interior del partido.

[92] La propuesta de descentralización municipal (que incluyó desconcentración administrativa; desconcentración de obras y servicios públicos de pequeña y mediana escala; cambio en las políticas urbanas y un nuevo modelo de gestión) se concreta finalmente en la intendencia del Doctor Hermes Binner, en el año 1995, por Decreto Municipal 0028/9 del 05/01/1996.

de Cavallero porque él cumplió con lo que les había prometido y se encargó de acompañar los procesos de organización en el barrio. Para Julio ser "de planta" implicaba no sólo la estabilidad en el empleo sino también encontrar un espacio físico para trabajar en alguna de las oficinas municipales o en las nuevas dependencias que surgirían con la gestión iniciada. En ese sentido, uno de los lugares que aparecía como posibilidad era el "Supercoop", donado anteriormente a la Municipalidad. Julio recuerda ese momento:

> J: En el 90 después de quedar efectivos, fuimos a hablar y nos propusieron lugares para ir a trabajar. Como yo era del Barrio Las Flores y otros éramos del Barrio Las Flores, nos dicen 'está el Supercoop, que fue entregado a la Municipalidad, queremos poner un comedor comunitario'. Un centro comunitario era en ese tiempo, me dice '¿te animás?', le digo 'sí, busco gente', pero gente a colaborar, a trabajar. (Entrevista a Julio)

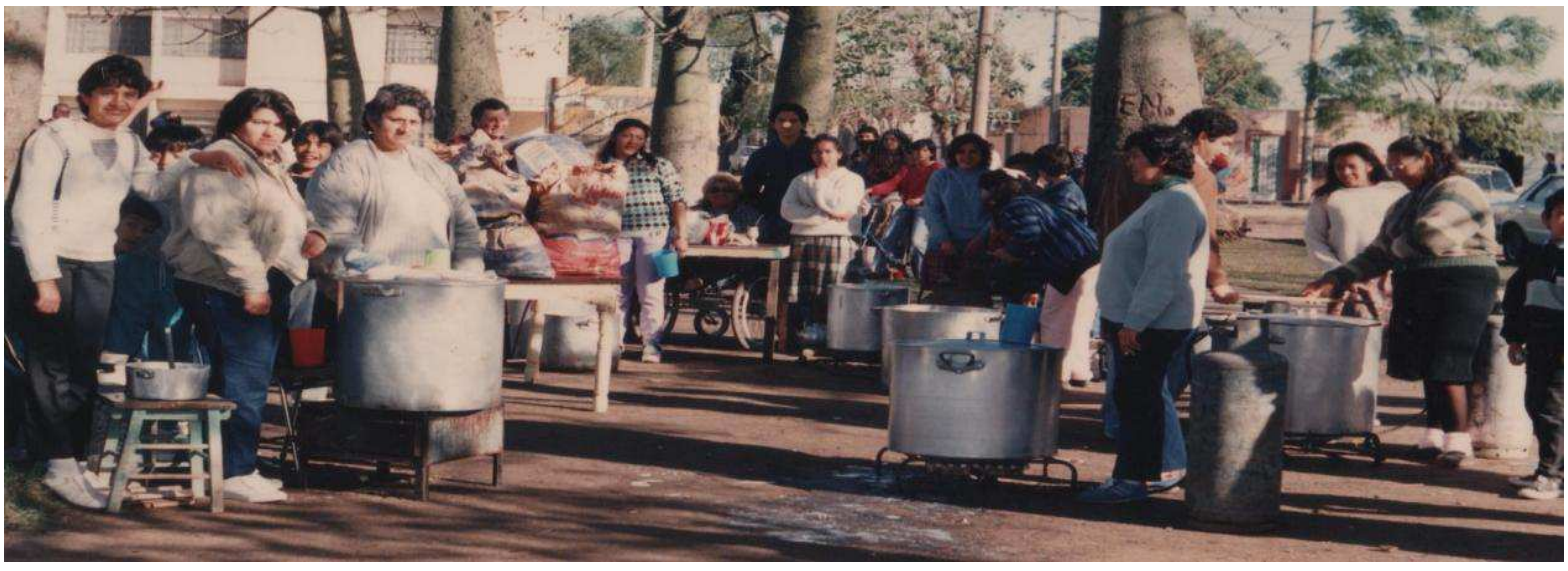
La participación territorial comienza a ser cada vez más privilegiada por los propios vecinos a medida que iban dimensionando el poder que podían construir a partir de disputar por el ingreso de las problemáticas barriales en la agenda municipal. Asimismo, el PSP, luego de asumir, refuerza en su discurso la jerarquización de los barrios como espacios a los cuales priorizar y así lo sostiene en sus decisiones políticas.

El proceso de territorialización de la política y de emergencia del barrio como espacio de organización popular no es exclusivo de la ciudad de Rosario, sino que en Argentina fue característico de los grandes conglomerados urbanos. Denis Merklen (2010), analiza el proceso de organización popular en el conurbano bonaerense desde la década de 1980 en adelante. El autor plantea que los partidos políticos comienzan a visualizar a los barrios como espacios desde los cuales construir apoyo desde las bases que les permita acumular poder, pero también cómo los propios vecinos empiezan a reconocer el poder que construían desde el territorio. La inscripción territorial comienza a ser valorada por los habitantes de los barrios como un aspecto desde el cual posicionarse para la conquista de diferentes derechos y reivindicaciones. Merklen plantea que: "Los barrios se constituyen de esta forma en lugares de valorización social, por la cuota de prestigio (o de estigma) que aporta cada uno" (2010: 77).

El proceso de afiliación territorial no fue resultado de una "sociabilidad caótica" (Merklen, 2010: 78) ni tampoco de una racionalidad incoherente, sino más bien constituyó la producción de una forma específica de solidaridad y normatividad.

En el caso de barrio Las Flores Sur los vecinos comienzan a trabajar colectivamente en la organización de espacios desde los cuales asistir a la población. Así fue que el ex "Supercoop" se transforma en un Centro Comunitario, espacio al cual los vecinos (adultos, niños, ancianos) concurrían, para proveerse de alimentos, pero también, para compartir un momento con otros, configurándose así un sentido común solidario frente a los avatares cotidianos.

III.4. Las Quilomberas



Fuente: Archivo personal de Olga

Si bien la asistencia era un punto de partida importante para el PSP ya que querían producir un cambio en las formas asistenciales y esto estaba entre los objetivos del partido que asumió la gestión en el 89, su principal interés era racionalizar la asistencia, para lo cual fueron implementando comedores a partir de los cuales apuntaban a sustituir el reparto alimentario. La propuesta de construir y organizar comedores era vista principalmente como una forma de desactivar ciertos conflictos generados alrededor del reparto de cajas y bonos, sospechado de discrecionalidad en su administración.

Fue en el contexto de estas iniciativas para organizar el Centro Comunitario que Julio convoca a un grupo de mujeres que realizarían tareas como "madres colaboradoras" y a su vez serían las encargadas del manejo cotidiano de las actividades que tuvieran que ver con la provisión y preparación de los alimentos.

La figura de las “madres colaboradoras” fue emblemática en la historia de la asistencia social rosarina, porque la mayoría de los comedores comunitarios se sostuvieron a través de ellas. Eran ellas las encargadas de manejar la información relacionada con los vecinos del barrio, con el objetivo fundamental de detectar a quienes tenían problemas alimentarios. La preocupación más importante tenía que ver con detectar casos de niños o niñas con desnutrición.

La potencia de esta figura de “madres” era construida desde una doble legitimación. Por un lado, desde el lugar tradicional de la mujer, ligada a lo maternal, al cuidado, a la reproducción y a la alimentación (Faur, 2014; Jelin, 2016) y a su vez en el modo de nombrarlas, como “madres”, que aparecía como una síntesis de esos roles atribuidos. Por otro, la caracterización de estas mujeres como “solidarias” permitía alejarlas de la acción política y así de la figura de los punteros, en general varones ligados a partidos políticos tradicionales (partido justicialista – radicalismo)[93]. Asimismo, al convocarlas como “colaboradoras” le permitía a la gestión del PSP desvincularlas de la figura de trabajadoras, lo cual se constituyó luego en un problema tanto para la gestión como para las propias mujeres.

En términos políticos, en ese momento se buscaba recuperar la participación activa de los sectores populares en función de generar a través de ella estrategias de organización comunitaria. La convocatoria a la participación de la sociedad civil, en este caso representada por las “madres colaboradoras”, tenía que ver con una reorientación que se produce en ese momento de las políticas sociales (Merklen, 2010), a partir de la cual se considera que las más exitosas serían aquellas que tomaran en cuenta la organización territorial.

Esta participación popular puede observarse en el caso de Olga. Hacia 1989 ya se encontraba al frente de una copa de leche que había organizado en su casa. A donde también gestionaba una huerta, en un terreno aledaño. Para Olga, ser la primera mujer que tuvo una copa de leche en el barrio, significa un dato

[93]La apelación a las mujeres para el control y racionalización de la asistencia no sucedió únicamente en Rosario. En el Gran Buenos Aires, a partir de 1994 con la puesta en práctica del Programa vida, destinado a la distribución de alimentos, se conformarán grupos de mujeres que funcionarán como delegadas de manzanas: “las manzaneras, llamadas también por el gobierno trabajadoras comunitarias” (Merklen, 2010: 104).

importante de su biografía y se jactará en contar que su copa de leche era "de verdad", sosteniendo y argumentando que muchas de las copas de leche que surgieron después no funcionaban en la práctica, y a pesar de reclamar partidas de alimentos no las repartían ni distribuían. Ella reivindica que su motivación para organizar la copa de leche era, en primera instancia, la solidaridad. En varias ocasiones se encargó de remarcar que no cobraba plata por eso, ni tampoco recibía ayuda.

> -Quién te daba la plata, promoción social?
> O: no, no me daban plata ellos, me daban la mercadería.
> -¿No te pagaban por el trabajo?
> O: No. A veces…viste…cuando mi mamá, yo estuve bastante mal que ..las nenas se me habían enfermado y no tenía ni 5… ahí sí, me dieron un subsidio. Dos veces me dieron subsidio. Y después me dieron para hacer una piecita de material, porque mi casa era así, toda de chapa nomás. Me dieron todo material, todo… y yo levanté una pieza grande. (Entrevista a Olga)

En su relato, Olga intenta posicionarse como una buena vecina y referente barrial, diferenciándose de las sospechas que se construyen habitualmente tanto en el territorio como desde el discurso de la gestión municipal, respecto de cómo se administran los recursos, especialmente los alimentarios. Para eso, apela a las valoraciones morales vigentes en el "adentro" del barrio, desde las cuales se distinguen los buenos referentes, es decir, aquellos hacen las cosas "de verdad" porque les preocupan los otros vecinos, a diferencia de los punteros que simulan hacer trabajo comunitario para obtener recursos. Para distinguirse, se ubica en una posición de competencia con el resto de las mujeres y construye un manto de sospecha respecto del manejo que éstas realizaban de las otras copas de leche, deslegitimando su tarea.

Cuando es convocada por Julio, Olga reúne a un grupo de mujeres para empezar a trabajar en el nuevo Centro Comunitario. Sin embargo, no se trató de un proceso espontáneo ni automático. Los dos tuvieron que luchar mucho disputando recursos y enfrentándose con los referentes del gobierno municipal, para poder construir el lugar y contar con presupuesto para financiar las actividades. Pero además, a Olga le inquietaba mucho la mirada de los demás y no quería quedar asociada en el barrio a la figura de puntera política. Entre otras cosas, esto la

llevaba a tener una obsesión respecto de que la comida efectivamente llegue a quienes estaba destinada.

Fuente: Archivo personal de Olga

> O: Empecé en el Supercoop…y peleé mucho por todo ahí. Yo me fui… me fui y me peleé con Miguel Zamarini[94], **le tiré todos los papeles** del escritorio porque **no nos habían dado ni una mesa,** nada para que la gente coma ahí. Porque nosotros en realidad **no queríamos dar la comida**. Porque antes vos ibas con un tupper y le dábamos la comida y se la llevaban, ¿no?, pero ahí había gente grande que iba a buscar y sino chicos…pero **escuchábamos los comentarios de los chicos que cuando llegaban a la casa, no le daban la comida** los padres y así… entonces yo lo que quería era **hacer el comedor ahí**. Como yo le decía: 'porque yo quiero ver que los chicos coman, que tengan su comida al mediodía y su postre, **pero que yo lo vea'**, le digo, 'porque a mí me está pasando que a veces no tengo para darle a mi hija y sufro y sufre mi hija hambre', le digo. '**Yo no quiero que los padres sean vivos y se coman y no le den de comer'**. Y bueno y así conseguimos todas las mesas, y empezamos a dar la comida, que vayan a comer ahí. (Entrevista a Olga)

[94] Sub-Secretario Promoción Social de la Municipalidad de Rosario, 1989-1993.

En el relato Olga jerarquiza los diferentes tipos de necesidades. La desnutrición infantil se erigía por aquel entonces como la problemática más preocupante del momento y Olga consideraba que muchos adultos se aprovechaban de esa situación, y esto los convertía en "malos padres". Ella construye así una duda respecto de la legitimidad de las necesidades de los adultos, quienes desde su percepción eran cómodos y preferían no salir a trabajar o a rebuscársela realizando alguna changa, y utilizaban a los niños para poder proveerse. Olga se erige en ese mismo proceso como "buena vecina" y "buena madre", considerando que ella es la indicada para poder controlar eficazmente el proceso de entrega de los alimentos.

En ese sentido, Olga funcionó como líder del grupo de "madres colaboradoras" que trabajaban en el Centro Comunitario y, de hecho, fue la única que luego logra efectivizar su relación con la Municipalidad pasando a ser parte de la planta permanente. Las mujeres respondían a la organización que Olga realizaba del trabajo cotidiano, reconociéndole legitimidad por su experiencia en la temática para estar al frente del Centro. Las tareas principales del equipo de Olga y las mujeres consistían en organizar y preparar los alimentos. Hacían tortas fritas para repartir a la tarde en la copa de leche, mantenían el lugar y lo ordenaban cada día al finalizar la jornada. Era Olga quien se encargaba de pugnar para conseguir nuevos recursos y para que cada vez funcionen allí más actividades (ajedrez, apoyo escolar, actividades recreativas). Ella también lidió para que las mujeres que trabajaban con ella sean reconocidas en su esfuerzo y obtuvieran así alguna retribución por sus tareas, como por ejemplo un subsidio.

La visibilidad que tenía Olga siendo la encargada de luchar y enfrentarse con los diferentes referentes políticos y gestionar así los recursos necesarios ayudó a construir su fama de "quilombera". Ella a su vez, se jacta de serlo:

> O: en el 94 me trasladan. Por quilombera.
> -¿Vos querías que le paguen a las madres?
> O: No era que le paguen, sino que las ayudaran con subsidios cuando era el tema de la escuela… o para las fiestas. Porque ellas trabajaban más que un municipal. Vos las veías… y te quedaba …el 7 allá donde era el Supercoop era todo azulejos…y te quedaba impecable, era baldear todos los días, las ollas te

> quedaban brillosas. Era una cosa hermosa como te quedaba todo. (Entrevista a Olga)

La respuesta de Julio frente al conflicto de Olga con la gestión municipal y el reclamo que ella realizaba por el reconocimiento de las "madres colaboradoras" fue la de renunciar. La fama de "quilomberas" se había extendido hacia todas las mujeres y por eso le pidieron a Julio que desvincule a las madres de sus actividades en el Centro. Desde la gestión, aprovecharon la informalidad en la que estaba sostenido el trabajo de las mujeres, y luego del conflicto con Olga, deslegitiman su rol acusándolas de conflictivas, solicitándole a Julio que las deje por fuera de la organización. Para el comienzo de la nueva gestión municipal, en el año 1995[95], Olga y Julio ya no se encontraban trabajando en el Centro Comunitario del ex "Supercoop"[96] y ambos fueron trasladados a otras instituciones municipales de Las Flores Sur. En el caso de Olga, al CCB y en el caso de Julio, al Centro de Salud Municipal.

La impronta que la participación de las mujeres le otorga a la organización popular resulta un dato interesante de subrayar. No sólo en el momento de recrudecimiento de la crisis, sino a lo largo de toda la historia barrial (traslados y relocalizaciones). Las mujeres serán las que organizan las estrategias alimentarias en el barrio, participando activamente en diferentes instancias de poder popular.

En el caso de Olga, ella recupera la transmisión de este protagonismo femenino por parte de su mamá:

> (…) a lo mejor **salí a mi mamá**, pero cuando pasaba algo éramos los primeros que íbamos a hablar casa por casa para decir vamos a pedir esto, vamos a hacer esto, vamos a hacer lo otro. Aparte a mi mamá le decían la negra, la barredora, porque ella se barría de una punta a la otra, o se limpiaba la zanja de una punta a la otra… yo antes tenía copa de leche para los chicos, yo le daba la leche a los chicos como para cien, después de entrar en la municipalidad tuve huerta, hacia reuniones en mi

[95] En el año 1995, y luego de que la interna del PSP fracture al partido, presentándose dos candidatos a las elecciones, asume como intendente Hermes Binner, vinculado a la línea de los "históricos" del partido. La lógica movimientista del PSP, encabezada por Cavallero, pierde así su hegemonía.

[96] Varias de las mujeres continuaron trabajando en el ex Supercoop y en los años posteriores lograron que se les remunere su trabajo a través del cobro de un "Plan Asistencial". Algunas fueron reabsorbidas por la Municipalidad en los últimos años (2009) y forman parte de las Cooperativas de limpieza del barrio.

casa y nos juntábamos con la gente, la gente que necesitaba, gente mayor así que quería tener huerta y no podía hacerlo por la edad o porque estaban enfermos, íbamos, le limpiábamos el terreno y le hacíamos. Yo tenía copa de leche, **me enganchaba en todas las que me decían**, vamos acá, vamos allá. (Entrevista a Olga)

Fuente: Archivo personal de Olga

Olga se reivindica desde su lugar femenino y durante toda su experiencia vital, brega por diferenciarse de las imposiciones de los mandatos masculinos que circulaban en el barrio. Desde ese mandato se la conminaba a dedicarse al ámbito de lo doméstico y de lo privado, remitiendo a que la política era cuestión de varones. Ella considera que esa potencia femenina es parte de un legado familiar en donde las mujeres fueron quienes protagonizaron los momentos de cambio, organizando no sólo al interior de la familia la dinámica doméstica, sino también incorporándose a la participación en ámbitos públicos y colectivos. Si bien en esos espacios la construcción del modo de participación fue a través de

actividades que son consideradas “típicamente femeninas”, como la cocina o la huerta, es desde esos espacios que estas mujeres, construyeron su poder y se legitimaron como luchadoras en el barrio.

III.5. El registro de la solidaridad

Una de las características de los procesos de organización territorial es que éstos se configuraron para los vecinos de los barrios como instancias que alentaron a la construcción de un entramado de solidaridad desde el cual sostenerse. Mientras que el proceso de empobrecimiento se profundizaba cada vez más en Argentina con la implementación de las políticas neoliberales, dejando a los individuos librados a su propia suerte, en condiciones de extrema precariedad, la solidaridad barrial se constituirá en su contracara. La situación de crisis socio-económica, institucional y política de fines de la década de 1980 generó una transformación de las relaciones sociales en los territorios. El barrio se convierte así, en palabras de Merklen (2010), en un espacio de “reafiliación” y ésta a su vez encuentra su componente comunitario *“*en la trama de una solidaridad primaria” (2010: 100). Es decir que el barrio se configura en ese momento como un bastión de resistencia: “para aquellos que progresivamente dejaban de estar cubiertos por las tradicionales formas de participación colectiva, tanto estatales como sindicales” (Merklen, 2010: 100).

En el caso de Las Flores, respecto de aquel momento también existe un relato imperativo que vincula aquella etapa con la solidaridad. Una de las frases que más le escuché decir, tanto a Olga como a Julio, es que “antes era diferente” refiriéndose al barrio y a sus dinámicas comunitarias. En general, esa apreciación se vincula directamente con su recuerdo de lo que denominaron “Jornadas Solidarias” que consistían en grandes eventos que se hacían en diferentes lugares del barrio, adonde se compartía una comida preparada por ellos y se tocaba música en vivo, había baile, sorteos y se recaudaban fondos para donar a diferentes organizaciones o instituciones públicas, sean del barrio o de otros lugares.

Fuente: Archivo personal de Olga

Julio recuerda esas jornadas con mucha nostalgia. Lo que ambos destacan en consonancia respecto de aquellos eventos es que participaban muchos vecinos, eran masivas, y se constituían en instancias en las cuales se fortalecía un sentido de pertenencia barrial.

> "J: *En ese tiempo, nosotros cuando estábamos ahí, organizamos todos los festivales en la plaza Itatí…el día del niño, las fiestas patrias, de allá* (por el Ex Supercoop) *se arrancaba todo y se hacía… que jamás se hizo, o sea…hay fotos que tenemos en la plaza… se ha hecho, pero nada que ver…antes se convocaba la gente, chicos, ¿viste?, se le daba chocolate. En la segunda jornada solidaria de la municipalidad, que se hizo para el Vilela*[97] *salimos de ahí hacer torta fritas…y lo que se recaudaba se donaba al Vilela y vino el Secretario de Salud Pública, y le entregamos unas camas y la plata que se había recaudado…* ***Antes era más comunitario…y se perdió… Ahora se hacen pero poco… pero bueno, la gente mismo se convocaba,*** *(…)* ***no es que le damos las cosas para que haga****, no. Venían y cada uno tenía sus cosas para dar, y se juntaba cualquier cantidad de chicos, chicos y grandes. Y eso se perdió*".

[97] El Hospital Vilela es el Hospital de Niños Municipal de la Ciudad de Rosario.

En el relato de Julio se ponen en juego varias cuestiones. Por un lado, la nostalgia respecto de un pasado en donde en el barrio se organizaban sin que medie ningún interés material o la obtención de algún recurso, y por el contrario la imagen de los vecinos que aun pasando por una situación de necesidad, donaban a "otros" (por lo general, de afuera del barrio) en un gesto solidario. Y, por otro lado, Julio también se distancia (como lo hacía Olga) de la figura de puntero político, remarcando que quienes participaban de las Jornadas lo hacían por decisión y por interés en compartir un momento y colaborar, sin presiones políticas ni a cambio de algo. En ese sentido reivindica la idea de construcción comunitaria y en su relato aparece un componente de solidaridad ligado a la dinámica barrial.

Sin embargo, como plantea Merklen "la ayuda mutua y la solidaridad local no son suficientes por sí mismas" (2010: 101) y el debilitamiento de esta lógica de acción colectiva no tardó en evidenciarse en Las Flores Sur. En la década de 1990, hay un viraje en el modo de relación entre el Estado Municipal con las organizaciones territoriales y éste comienza a ser más institucionalizado. Ese viraje impacta en la organización del Centro Comunitario ex "Supercoop", espacio que es intervenido a mediados de la década de 1990 por la Municipalidad, quienes argumentan la decisión en función de dos motivos. Uno, tenía que ver con el conflicto que se desata en relación al pedido hecho desde la gestión municipal de que las madres solidarias sean desvinculadas, lo cual generó la reacción de Olga, a quien luego caracterizan como "quilombera" y su posterior traslado y también la renuncia de Julio, desarticulándose así el equipo de trabajo comunitario.

El otro motivo tenía que ver con la intención de la nueva gestión municipal de profesionalizar la asistencia, debilitando el componente de organización barrial ya que consideraban que desde esa lógica se generaban demasiados conflictos, fundamentalmente en relación con el manejo de los recursos (materiales y humanos).

En ese sentido, las organizaciones barriales comienzan a ser limitadas y cuestionadas desde el discurso de la gestión municipal que jerarquizaba la eficacia y la eficiencia en el manejo de los recursos, considerando que esos objetivos se lograban a través la incorporación del discurso y la práctica profesionalizada.

Cuando Olga y Julio dejan de trabajar en el Centro Comunitarios, se incorporan al nuevo espacio maestras jardineras y terapistas ocupacionales, dedicándose prioritariamente al cuidado de la infancia.

La historia de la organización comunitaria ligada al componente barrial y solidario comienza a debilitarse. En ese mismo momento histórico, mediados de 1990, nacen muchos de los jóvenes a quienes conocí durante mi trabajo de campo. La trascendencia que este momento histórico tendrá en la vida de los jóvenes que son protagonistas de esta tesis será analizada en el próximo Capítulo.

En este Capítulo, analizamos cómo a partir de los tres hitos barriales más trascedentes en la historia de Las Flores Sur configuraron desde el *afuera* una caracterización de sus vecinos como "Feos, Sucios y Malos" y a su vez, cómo esa mirada sesga y desconoce otros datos de la historia barrial que permite comprender la historia de sus habitantes desde múltiples facetas. Esas otras características de los vecinos del barrio dan cuenta de la construcción de redes de reciprocidad a partir de la organización colectiva, que les permitieron a los vecinos contar con soportes para poder reacomodarse frente a las constantes crisis que atravesaron en su vida cotidiana. También dan cuenta de cómo el trabajo se configura como un valor desde el cual enfrentar los avatares cotidianos y disputar espacios de liderazgo y reconocimiento en el propio territorio.

CAPÍTULO IV

NACIDOS EN LOS 90

*"En el 2000 me fui del barrio. Yo me fui para esa fecha. El día de la Virgen y todo. Bien me acuerdo porque ese día. Me fui porque era una cosa que… **no podías salir hacer mandado**. Un día salimos hacer mandado y se bajó uno de una moto, lo más pancho, con dos armas así a tirar… Yo tenía mi casa pegada a la de mi hermano y tengo un, mi sobrino bueno que descanse en paz, pero **andaba en la mala** y dos por tres lo tiroteaban y siempre teníamos que estar con llave. El nene mío tenía 3 añitos ya se metía a buscar, sentía un grito y ya se metía debajo de la cama gritando y gritando y llorando y bueno. Decidí empezar a averiguar, después saqué crédito, saqué yo, sacó mi marido, vendimos la casa esa. Y yo sinceramente **para tener mis hijos vivos** y **que no me agarren el mal camino**. No es porque, es como yo siempre hablo con mi marido, no es que uno por ahí pretende decir, ¡ah, nos hacemos los millonarios!, no, no, no, es el tema es que si uno estaba viviendo acá vos no tenías **las esperanzas de que si lo mandabas a la escuela tu hijo, volvía.** Ya está, el tiempo que yo estuve, yo decidí irme, fue, no podía ni salir a hacer los mandados porque **era tiros y tiros y tiros y tiros**".*

Olga, 50 años

*"Yo me considero hijo de los 90, y la cultura que me inculcaron de lo político fue que **la política te tiene que dar**, o sea el político te tiene que dar, o sea si vos tenes militancia te tienen que dar algo entonces vos 'Estado' tenes que estar presente, pero me tenes que dar, o sea yo te voto pero a cambio de algo, algo individual no? Eso **nos acostumbró a no hacer nada**, la cultura del trabajo la aprendí solo pero porque vi que hay gente que se rompe el lomo trabajando para ganar su plata"*

Brian, 24 años

En este Capítulo reconstruyo las transformaciones que se suceden en el barrio desde el contexto del nacimiento de los jóvenes hasta la actualidad. La mayoría de los jóvenes que conocí en el trabajo de campo, nacieron entre los años que van de 1995 al 2000, es por eso que la década de 1990 constituye el telón de fondo de sus primeros años de vida.

En el transcurso de esa década, la caracterización de las manifestaciones de la cuestión social (Castel, 1997) en la Argentina daban cuenta de que ésta se encontraba atravesando una metamorfosis que daba lugar a una "nueva cuestión social" (Rosanvallon, 1995; Gentile, 2014). El aumento de la pobreza, producto en gran medida la imposibilidad del acceso al mercado de trabajo para amplios sectores de la población que se manifestaba en el crecimiento del desempleo, dibujaba un escenario en el que comenzaban a avizorarse transformaciones de índole estructural, que impactaban en los modos de sociabilidad[98]. En términos subjetivos, los individuos se enfrentan a lo que Sennett denomina como el "fantasma de la inutilidad" (2013), es decir, el interrogante respecto de quiénes, y cuáles son las habilidades necesarias para sobrevivir en una nueva fase del capitalismo, cada vez más excluyente.

En el desarrollo de este Capítulo sitúo tres fenómenos que suceden en el barrio Las Flores Sur en la década de 1990, y que se configuran como emergentes de las transformaciones socio-político, económico e institucionales que caracterizaron ese momento histórico, reconvirtiendo aspectos ligados a la provisión y a las redes de relaciones que se construyen en el territorio.

El primero tiene que ver con la epidemia de VIH que se produce en el barrio durante la década de 1990, lo que provoca la muerte de muchos de los jóvenes que vivían en Las Flores en aquel momento. Algunos de los que contrajeron la enfermedad durante 1990 son los padres de los jóvenes que conocí durante el trabajo de campo, como es el caso de Jenifer. Su historia me permitirá relatar los avatares que su papá y su mamá sufrieron durante su juventud por ser portadores, y también cómo se resignifica para ella, en la actualidad, el estigma de convivir con familiares contagiados de VIH. Esta epidemia es el retrato –doloroso- de una época en donde crece la pauperización y se agudizan las dificultades para la reproducción de la vida cotidiana. Además, en ese momento los servicios asistenciales de salud mostraban serias dificultades para atender a una enfermedad

[98] En diversos artículos se abordan las transformaciones de la cuestión social en Argentina desde la década de 1980 en adelante. Se sugieren las lecturas de los textos de Merklen (2010 y 2013) y de Kessler (2013) ya que abordan el impacto de dichas transformaciones en los modos de sociabilidad de los sectores populares.

respecto de la cual se desconocían sus características, lo cual generó un caldo de cultivo para que la muerte joven se propagara por el territorio.

El segundo fenómeno tiene que ver con el ingreso de lo que denomino como la "lógica narco" a Las Flores Sur. Este proceso, que se desarrolla con mayor presencia desde mediados de 1990 y tiene vigencia hasta la actualidad, generó transformaciones en las relaciones sociales lo cual se ponía en evidencia en el debilitamiento de los códigos que regulaban las interacciones en el barrio. Las transformaciones que la "lógica narco" produjo en el barrio se manifestaron fundamentalmente en tres ámbitos. Por un lado, en relación con la provisión y el trabajo erosionando el sentido que éste tenía históricamente en el barrio ligado a una ética del esfuerzo, la humildad y la perseverancia. Por otro, resignificando las redes de reciprocidad y transformando las reglas de comportamiento (Míguez y Seman, 2006) que se ponen en juego en las interacciones en el barrio. En una primera, el negocio del narcotráfico convive con el resto de las actividades que realizan los vecinos en el barrio sin que éstos evidencien que se modifiquen los códigos que sostenían las interacciones hasta ese momento. En un segundo momento y a partir de la masificación de los conflictos armados, se genera una ruptura respecto de las reglas de comportamiento, evidenciándose a partir de la proliferación de víctimas inocentes en los intercambios armados. En ese segundo momento es cuando la "lógica narco" se erige en el territorio monopolizando los discursos y prácticas de los jóvenes y generando que, muchos de los vecinos adultos migren de barrio porque consideran que Las Flores se convierte en un territorio invivible. Por último, esta lógica transforma las relaciones de los vecinos con el Estado a partir de la complicidad policial y judicial, lo cual resignifica la idea de protección en el territorio. El despliegue de la "lógica narco" en la ciudad de Rosario y, específicamente, en barrio Las Flores Sur pone en evidencia la connivencia del poder político en relación al negocio del tráfico de drogas ilegal (TDI).

El tercer fenómeno que se encuentra asociado al último punto del anterior, tiene que ver con el lugar que las políticas de asistencia tendrán durante la década de 1990, en la ciudad de Rosario y, específicamente, en barrio Las Flores en donde tal como ya fue planteado en el Capítulo III ésta se reorganiza. La racionalización

de la asistencia, en detrimento de la organización popular de los vecinos del barrio y a favor de la profesionalización, fue solidaria -aún sin proponérselo- con la expansión de la "lógica narco" en el territorio al debilitar otras instancias de organización comunitaria y popular. Por otra parte, la asistencia queda prácticamente reducida a la problemática alimentaria hasta fines de la década del 2000, sin que se realicen intervenciones en relación con otras problemáticas barriales. Recién en el año 2013, y luego de las estadísticas demuestren el crecimiento de la muerte de jóvenes de sectores populares por enfrentamientos armados, los centros asistenciales que se encuentran en el territorio (CCB) comenzarán a intervenir con los jóvenes en los diferentes barrios.

El viraje en la relación Estado-territorio representados por la figura de la policía y de la asistencia social impactará fundamentalmente, en los jóvenes desde aquel momento hasta la actualidad, en un doble sentido. Por un lado, ellos consideran que es en los espacios típicos asociados a la asistencia social en donde deben "pedir trabajo" y en donde se los debe ayudar para tal fin. Y, por otro lado, señalan que los espacios estatales que deberían generar protección y garantizar derechos (típicamente, las fuerzas de seguridad y el poder judicial) es en donde encontrarán las posibilidades para proveerse a través de la ilegalidad.

IV.1. El contexto: sobrevivir para contarlo

La década de los 1990 puede ser caracterizada por la combinación de aspectos que configuran al barrio Las Flores como un territorio en el cual la letalidad[99] se empieza a encontrar a la vuelta de la esquina. Es en ese momento histórico cuando se agudiza la precarización de las condiciones de vida, manifestándose en problemáticas ligadas a la reproducción: desnutrición infantil, higiene, dificultad de acceso a los alimentos, hacinamiento, la inaccesibilidad a servicios básicos como agua, luz, cloacas. Los datos estadísticos disponibles para ese período dan cuenta de que el 50% de la población rosarina era pobre (Perona, 2003)[100],

[99] Letalidad entendida como causas de muerte, que en el territorio de Barrio Las Flores se encontraban vinculadas en la década de los 90 a diferentes aspectos que se describen a continuación.

[100] Perona plantea que la situación social era crítica en los años 90 y se profundiza hasta mediados del 2000. "Prácticamente el 50% de la población rosarina estaba afectado por alguna de las formas de pobreza, ya sea la que se expresa por necesidades básicas insatisfechas, ya la que se mide por

evidenciándose en el crecimiento estrepitoso de los índices de pobreza por NBI y por ingresos. Estos indicadores demuestran que existían serias dificultades para contar con ingresos para la subsistencia y más aún, de conseguir empleo e incluso de realizar trabajos por cuenta propia debido a la fuerte recesión económica (Rofman, 2011).

Durante los 1990 se comenzaron a extender un sinnúmero de viviendas precarias en forma de anillos concéntricos alrededor de las casitas. Las construcciones que rodeaban así a "las casitas" se caracterizaban por ser asentamientos irregulares construidos con chapa, cartón y nylon, lo que generaba que gran parte de la población viva en condiciones de fragilidad extrema. Eran las construcciones de los hijos de la primera y segunda generación de moradores del barrio, que construían sus viviendas con las posibilidades que tenían, intentando mantenerse cerca de la familia y así ayudarse entre todos para la subsistencia. Gustavo, el psicólogo del Centro de Salud Municipal, se refiere al crecimiento de las viviendas precarias durante esa época, asociando esta expansión a que una de las formas de garantizar la reproducción de la vida cotidiana se construía a partir del entramado de redes de relaciones:

> G: Acá los lazos de proximidad y de solidaridad son tan fuertes que…el 90% de la gente que conozco que ha conseguido casas, en otro lado, ha vuelto a vivir (al barrio) en condiciones que no son las mejores. O sea...por supuesto que, vendiendo las casas, no te digo que han vuelto solo por la nostalgia solamente, ¿no?, se debe hacer unos mangos vendiendo esas casas, pero acá tenes el circuito de la supervivencia, **un circuito de protección**. (Entrevista a Gustavo)

El barrio comienza a cambiar de fisonomía durante la década de 1990. En las fotos de una década anterior, en las Jornadas Solidarias que rememoraban Olga y Julio[101], se observaba un barrio de casas bajas de materiales, bastante uniformes entre sí, de una planta, construidas con ladrillos y techos de chapa. Para finales de

línea de pobreza. La información para el año 2002 muestra que el 46% de los hogares y el 56% de la población no percibía ingresos suficientes para cubrir la Canasta Básica total (es decir por debajo de la Línea de Pobreza). Asimismo, es considerable la proporción de población que reside en asentamientos irregulares, a través de la ocupación ilegal de terrenos públicos o privados, en viviendas de materiales deficientes y con ciertos niveles de hacinamiento" (2003: 3).

[101] Consultar Capítulo III, "El registro de la solidaridad".

la década y en los años posteriores al 2001, los anillos concéntricos a las casitas ocupan ya casi todo el territorio.

La caracterización del territorio que realizan de ese momento trabajadores y vecinos, es coincidente en relación con el incremento y la visibilidad de la pobreza en el barrio. Gustavo, el psicólogo del Centro de Salud Municipal, describe que transitar el barrio en ese momento devolvía una imagen dolorosa y triste, en donde la precariedad en la que vivían los vecinos era extrema. En varios testimonios que recuperan ese momento, la pobreza cobra dimensiones impactantes, por ejemplo, el relato de escenas en las que por las dificultades para proveerse de alimentos, los vecinos consumen a los animales domésticos, garantizando de este modo la subsistencia.

En diciembre de 2001, la situación se agudiza y debido a la crisis socio-política, económica e institucional se producen nuevos saqueos en el barrio[102]. En este caso tuvieron una gran repercusión en el territorio porque durante esos hechos se produce el asesinato de dos personas en el barrio: un militante social[103] que trabajaba en Las Flores y un vecino que participaba de los saqueos. Ambos casos conmovieron a todos los habitantes de la ciudad de Rosario, y particularmente a los del barrio.

Pero, a diferencia de los de 1989, estos saqueos se producen en un escenario de una fuerte fragmentación en las relaciones sociales en el barrio lo cual debilitó la posibilidad que los vecinos pudieran organizarse políticamente en relación a estos hechos, como sí sucedió en 1989. Esto tenía que ver con que en el 2001 la

[102] Los saqueos del 2001 se producen a nivel nacional en las grandes ciudades. Estos significaron un momento histórico en la Argentina porque evidenciaban el incremento estrepitoso de la pobreza en los márgenes urbanos, la falta de trabajo que se manifestaba en el crecimiento del desempleo y también, demostraban la incapacidad política para poder encauzar la crisis y resolverla por otra vía que no fuera a través de la represión. Respecto del impacto de la "crisis de 2001" en los sectores populares existen materiales que abordan su impacto en la Argentina durante fines de 1990 y también, posteriormente. Entre otros, se destacan los libros de Maristela Svampa, "Entre la ruta y el barrio" (2009) y "Cambio de época" (2008) en donde la autora profundiza respecto de las transformaciones que se producen, fundamentalmente en los sectores populares, a partir de lo que denomina el "estallido" de 2001.

[103] Pocho Lepratti es el militante social que muere en el techo de la Escuela Primaria Serrano del barrio Las Flores Este. A partir de su muerte, su figura se propago como signo de lucha en contra de las injusticias sociales y muchas organizaciones llevan su nombre. La historia de su asesinato se popularizó, entre otras cosas, por la canción del cantautor Argentino León Gieco quien recupero la frase que Pocho Lepratti le dijo a la policía en el momento en el que le disparan, y que se convertirá en paradigmática: "bajen las armas que aquí solo hay pibes comiendo".

situación social era de mayor precariedad, manifestándose en el crecimiento de los índices de indigencia[104] que evidenciaban que las necesidades alimentarias se erigían como una urgencia.

Olga, recuerda los saqueos del 2001 y plantea que en ese momento en el barrio "*había hambre*", diferenciándolos de los de 1989 que para ella fueron saqueos "*más políticos*". Tal vez una de las distinciones más interesantes que realiza Olga en su descripción de estos saqueos sea la que se vincula a las mercaderías y cosas que se lleva la gente en uno y otros. En efecto, a partir "*de lo que se llevan"* en los saqueos de 1989 y de 2001 ella establece una diferencia en la población, subrayando a partir de esto de qué manera el hambre se hacía notar en el 2001:

> -¿Por qué te parecen diferentes los saqueos de 1989 y de 2001?
> O: Y, en el '89 la gente no respetaba, estaban sacados. ¡Vos vieras las cosas con las que pasaron! Acá, por favor, yo estaba en la esquina mirando y fue un desastre. Ya, viste, **como que no era necesidad**… eran cajas de muñecas eh, que televisores, que… eran cosas así que no era necesidad, bebidas…
> -¿Y en el 2001 no pasó eso?
> O: No fue tan alevoso…porque yo tengo un supermercado cerca, y cuando se armó el saqueo, fue que se dijo y se fue armando…y esta vez, **en el 2001, fue más mercadería que bebidas**… las cosas de la comida quedó vacío, y la bebida quedó… y **la gente que necesita vos te das cuenta, que se lleva fideos, que se lleva leche**. (Entrevista a Olga)

En su relato Olga pone en juego validaciones morales respecto de qué es legítimo llevarse en un saqueo y que no, diferenciando a partir de esas valoraciones ambos hechos. Así, considera que en el 2001 lo que legitimaba que los saqueos se produzcan era la necesidad alimentaria y que eso se puso en evidencia cuando quedaron vacías las góndolas de alimentos y de leche. En cambio, quienes participan de los saqueos, pero se llevan bienes que no son de primera necesidad, como un televisor para ella son "vivos" o "choros" que se aprovechan de la situación para proveerse de cosas que no son necesarias. Olga sanciona moralmente esos comportamientos porque además considera que refuerzan la

[104] En el año 2001 el área de Gran Rosario (aglomerado conformado por las localidades de Rosario, Puerto General San Martín, San Lorenzo, Fray Luís Beltrán, Granadero Baigorria, Villa Gobernador Gálvez, Funes, Roldán y Pérez) llegó a tener en octubre de 2002 un 62% de la población bajo la línea de pobreza y un 28% bajo la línea de indigencia (Duran, 2012).

imagen estigmatizada respecto de los vecinos del barrio como "vagos" o "ladrones", de la cual intenta diferenciarse permanentemente.

La década de 1990 culmina en diciembre de 2001, con los saqueos que marcarán nuevamente un quiebre en la dinámica barrial. Estos años quedarán marcados en Las Flores como una *mala época*, en la que la muerte empieza a tener cada vez más presencia y a convertirse en una posibilidad latente, fundamentalmente para los jóvenes.

IV.1.2. Después de los saqueos

Al contextualizar la situación socio –económica del barrio después del 2001 nos encontramos con un escenario controvertido. Por un lado, para la mayoría de los vecinos la reactivación económica que se produjo en Argentina después del 2003 con la asunción del Presidente Néstor Kirchner (Kessler, 2015; Crucella, 2013; Perona, 2005; Perona et al, 2010; Garma et al, 2013; Campana, 2014), quien implementó políticas económicas que favorecieron fundamentalmente a los sectores populares, significó la posibilidad de conseguir nuevamente trabajo o de hacerlo por primera vez. La mejora en los ingresos[105] propició el logro de cierta estabilidad económica y también permitió que los vecinos del barrio pudieran proyectarse en la obtención de mejores condiciones materiales de vida: acondicionar la vivienda, adquirir herramientas para realizar diferentes tipos de changas y también, "darse algunos gustitos" por ejemplo, salir de paseo los fines de semana al centro de la ciudad. Podemos decir, siguiendo a Kessler (2013) que en el período denominado como "década ganada" en Las Flores Sur los vecinos fueron parte de la "democratización del consumo" (Kessler, 2013: 159) que se

[105] Durán (2012) plantea que durante los cuatro años iníciales de la gestión de gobierno de Nestor Kirchner se observa una indudable mejoría en las condiciones materiales de vida de los habitantes del Gran Rosario. En esos cuatro años la incidencia de las personas en hogares pobres en relación a la población total se redujo 32 puntos; y la incidencia de la indigencia disminuyó casi 20 puntos. Este proceso tuvo que ver directamente con lo sucedido en el mercado de trabajo, por un lado, y en el esquema de protección social por el otro. "El abrupto descenso de los niveles de privación de ingresos fue la otra cara de la moneda de la recuperación económica a partir de tres hechos: a) la creación de oportunidades laborales genuinas para los desocupados y subocupados; b) la recuperación de los alicaídos salarios; c) la extensión de los beneficios jubilatorios" (Durán, 2012:7). Crucella y Robin (2012), en la misma línea, plantean que durante los cuatro años transcurridos entre 2003 y 2007 la situación ocupacional del aglomerado Rosario experimentó una notable mejoría, la tasa de desocupación abierta se redujo a menos de la mitad en esos cuatro años.

produjo, generando así posibilidades históricas en relación al acceso a bienes y servicios. Así mismo, durante todo este período y hasta la actualidad, la división territorial inicial entre los de *adelante* y los *del fondo* se sigue reproduciendo, reproduciendo las estratificaciones que existieron históricamente al interior del territorio.

Pero durante la década de 2000, fundamentalmente después de 2003, en un movimiento simultáneo y paradojal, se agudizan las problemáticas territoriales en lo que refiere a la transformación de las relaciones sociales, poniendo en evidencia que las fracturas en los lazos sociales que se originaron durante la década de 1990 no eran sencillamente revertibles. Se produce así, la percepción consensuada por parte de los habitantes del barrio de que existe un debilitamiento de los códigos aglutinadores que sostenían las relaciones de reciprocidad, como por el ejemplo el respeto por los vecinos y la prioridad del trabajo colectivo y solidario. Esos códigos eran los que posibilitaban la construcción de un *nosotros* barrial, un sentido común que permitía la construcción de protecciones sociales comunitarias. El factor preponderante para ese debilitamiento tiene que ver con el ingreso al territorio de la narcocriminalidad, lo cual acentúa la impronta de "resolver los conflictos a los tiros" que ya existía previamente en el barrio, ganando terreno como modo de interacción. Aun cuando en la actualidad la "lógica narco" coexiste con otras redes de reciprocidad, la percepción de los habitantes del barrio es que ésta lógica se torna cada vez más hegemónica contrarrestando el peso de los códigos compartidos. Los vecinos consideran que "el narcotráfico", "el problema de las bandas" o "la cuestión de las drogas" considerada en este estudio como "lógica narco" desarticula algunos discursos y prácticas comunes que funcionaban para la construcción de una ética de lo colectivo, como por ejemplo valores vinculados al trabajo, como el esfuerzo, la responsabilidad, la honestidad.

IV.2. Epidemia

Uno de los acontecimientos que marca al barrio durante los 1990 es la epidemia de VIH Sida producto del aumento en el consumo de drogas intravenosas, lo que generó contagios masivos entre parejas, pero también en varios de los niños nacidos de esas parejas durante esos años, muchos de los cuales son los jóvenes

protagonistas de este estudio. El VIH SIDA es el retrato de una época que da cuenta de las transformaciones sociales, en términos de transacciones, de intercambios, de regulaciones económico y políticas; y también del debilitamiento de algunas de las reglas que regulaban los intercambios en el barrio, produciéndose así la emergencia de nuevos códigos.

La epidemia de VIH sida no fue un fenómeno privativo del barrio ni tampoco de la ciudad de Rosario, sino que su presencia como un indicador que da cuenta de las mutaciones contextuales producidas a partir de la implementación de políticas neoliberales excede incluso el caso argentino. Tal como plantea Epele (2010) las transformaciones que se producen con la crisis y ajuste del Estado también se evidencian en otros países de Latinoamérica y Centroamérica, e incluso en Estados Unidos y países europeos, afectando principalmente a las minorías étnicas y marginalizadas. En Argentina la epidemia VIH sida caló hondo, manifestándose en las estadísticas que demuestran que Argentina ocupa el tercer lugar más alto en América Latina, después de Brasil y México: "con una estimación de 127.000 personas VIH positivas y 31900 casos de VIH – SIDA, 32,9% de los cuales son usuarios de drogas inyectables" (Epele, 2010: 37).

En términos nacionales las cifras de la epidemia se han concentrado entre usuarios de drogas inyectables (UDIs), homosexuales, transgénero, bisexuales y otros hombres que tienen sexo con dos hombres. En la década de 1990 los UDIs constituyeron casi la mitad de casos del VIH – SIDA y fueron la vía principal de su transmisión. En ese sentido, el VIH sida aparecerá como un indicador de la época que da cuenta la precariedad en la reproducción de la vida cotidiana de los sectores populares. Esta precariedad se manifestaba en múltiples aspectos, tanto los ligados a problemas materiales, como consecuencia del crecimiento notable del desempleo y la reducción de los ingresos, como también en el debilitamiento de lazos sociales desde los cuales se construían redes de reciprocidad y solidaridad. A estos factores que impactan de manera negativa en la subjetividad, tensionando las posibilidades de construcción de un proyecto a futuro, se le suma la inestabilidad institucional que genera un marco de desprotección para los ciudadanos en relación al desdibujamiento en el acceso a derechos.

En ese sentido, Epele (2010) considerará que el VIH SIDA fue fluyendo en las grietas y fracturas sociales, encontrando posibilidades de expansión en los patrones de vulnerabilidad que daban cuenta de procesos de desigualdad vinculados a las economías y políticas que afectaban fundamentalmente a los sectores populares. La autora considera que es necesario advertir que, si bien la expansión y generalización del consumo de drogas se corresponde con el deterioro de las condiciones de vida generado por la profundización de las reformas económicas y políticas de corte neoliberal, no existe una relación de causalidad directa y unívoca entre pobreza y uso de drogas. Por el contrario, el análisis del consumo de drogas debe incluir: "la articulación entre los procesos económicos y políticos macroestructurales, y las dinámicas y experiencias locales" (2014: 42).

En términos macroestructurales la epidemia de VIH-SIDA se produce en un momento caracterizado por la crisis en los soportes de la protección social (Castel, 2003) que funcionaban para los ciudadanos generando la posibilidad de una cierta libertad de elección en la construcción y conducción de su propia vida. Lo que las políticas neoliberales generan, de manera colectiva e individual, es una expropiación del bienestar (Epele, 2010: 44) que otrora se encontraba ligado al mercado de trabajo y a una red de inclusión y seguridad social. Las políticas implementadas desde la dictadura cívico militar disuelven las formas tradicionales de bienestar, profundizándose en la década de los 90.

> En el proceso de constitución de éste nuevo mapa económico y social, el 'bienestar' -ya sea común, público o general- que con anterioridad era responsabilidad del Estado, de tradiciones comunitarias y de redes sociales, ha sido progresivamente atomizado y anudado con el 'mercado' en diversas formas, niveles y prácticas de consumo. (Epele, 2010: 44).

En la ciudad de Rosario, una de las características más importante que tuvo este fenómeno fue su carácter juvenil. De acuerdo a los datos del Programa Municipal de SIDA de la Municipalidad de Rosario, en un informe epidemiológico realizado en 2014, para los quinquenios 1990-1994, y 1995- 1999 en los casos detectados las edades de quienes eran portadores de VIH oscilaban entre los 27 - 25 y los 30-27 respectivamente (PROMUSIDA, 2014: 30). Paradójicamente, en ese mismo

momento, el gobierno municipal prioriza como uno de los ejes programáticos más importantes de su gestión el fortalecimiento de la política pública de salud, a partir de la creación de una estrategia descentralizada de Centros de Atención Primaria (CAPs), los cuales se apostaron en la mayoría de los barrios populares. Sin embargo, de forma simultánea al crecimiento del sistema público de salud, la epidemia de VIH – SIDA se expande de modo virulento convirtiéndose en la principal causa de muerte de jóvenes de sectores populares durante la década de 1990. Una de las razones de la propagación del contagio tenía que ver con el intercambio de jeringas en el consumo de drogas inyectables y el otro motivo respondía a la escasez de medicamentos específicos para poder atender a sus manifestaciones debido a que en ese momento era una enfermedad recientemente descubierta.

En el barrio, la situación no fue diferente respecto de lo que las estadísticas a nivel nacional y municipal evidenciaban. Muchos de los jóvenes de Las Flores Sur murieron durante la década de 1990 por esta causa. En esos años la situación para los jóvenes era crítica y los relatos de los habitantes del barrio dan cuenta de escenas en las cuales éstos aparecían deambulando por el territorio, con conductas erráticas y con dificultades para establecer conversaciones producto del consumo de drogas. La mayoría de los jóvenes se encontraban en ese momento expulsados del mercado de trabajo y otros tanto no había podido hasta ese momento acceder a un empleo. Los relatos de la época dan cuenta de que el barrio era un espacio abandonado, en donde "no había nada, ni ayuda".

Olga, que en los 90 era una joven de 30 años, recuerda algunas escenas que eran cotidianas en aquel momento, de las cuales participaban los jóvenes que vivían en la misma zona del barrio que ella:

> ¿Cómo era el barrio en los 90?
> O: había… mucho hambre. Vos veías **mucha gente que, hacía lo que sea para… llevar un pedazo de pan a la casa.** Y había muchos chicos, como te puedo decir, de 14 años que… **estaban muy perdidos**. En ese tiempo por lo menos en la cuadra de mi casa, era… muy muy pero muy feo ya. Vos **los veías así que cargaban con la jeringa el agua así** [hace el gesto] **y se inyectaban**. Los pibitos robaban para consumir, y ya estaban pasados. **A mi me robaron dos veces**, la pasé bastante feo…

> porque yo la pasé con dos robos bien grandes, que me robaron toda la copa de leche, me robaron mis cosas. Se llevaron todo…. Aparte, **yo sabía que era un pibito de enfrente**. (Entrevista a Olga)

La experiencia del consumo resignifica las relaciones sociales en el barrio propiciando la transgresión de determinados comportamientos que se consideraban legítimos. Es por eso que en la escena que Olga relata, los vecinos a quienes ella nombra como *pibitos*, ponen en crisis uno de los códigos compartidos hasta ese momento que tenía ver con el respeto por la relación de vecindad, sostenida por la fraternidad. En la construcción de esos códigos, robarle a un vecino se constituye una actividad ilegítima, sancionada moralmente por los habitantes del barrio. Si bien en su relato Olga relativiza el enojo que la escena le provoca, es a partir de esa situación que comienzan a evaluar con Julio, la posibilidad de mudarse a otro barrio. Es decir que lo sucedido genera una posición de repudio por parte de ella porque considera que la transgresión de ese código convierte al territorio en un espacio "invivible" al afectar directamente uno de los valores que tanto para ella como para Julio son prioritarios y que es la solidaridad entre vecinos.

En el relato de la escena del robo de los "pibitos", ella no explicita el motivo que provocó que los jóvenes transgredieran este código barrial, pero sí deja entrever que lo hicieron porque necesitaban dinero para consumir. Así como en esta escena, en muchas otras se pone en evidencia que la desesperación con la que los jóvenes buscaban abastecerse para consumir los exponía moralmente frente a los demás. Éstos perdían el registro respecto de ciertas fronteras simbólicas que operaban en el barrio delimitando los comportamientos en las interacciones.

Una de las escenas a las que apeló Raúl, un ex trabajador del barrio para describir aquella época, retrata la precariedad en la que vivían los jóvenes en el barrio en la década de 1990.

> R: **Todos los jóvenes terminaron muertos por el SIDA**, porque además eran los primeros… **la medicación era mala**, recién estaban experimentando…y pasaron cuestiones fuertes…uno de estos pibes, que en realidad fue el que más tiempo sobrevivió, **estaba muy mal** porque había un tipo que le había querido comprar, **cambiar una jeringa de él llena de sangre… por un**

> **televisor de 29 pulgadas**… así, así te lo digo, porque, después nos enteramos que el loco se la quería inyectar a la mujer… t**odo lo más extraño que se te ocurra, pasaba en Las Flores**". (Entrevista a Raúl)

El relato da cuenta de cómo, a través del consumo compulsivo, los jóvenes quedaban compelidos a intercambios siniestros, que los debilitaban subjetivamente. La propuesta del intercambio que había recibido el joven y el asombro y extrañeza que tanto a él como a Raúl les genera la oferta, pone en evidencia que algo en el barrio había cambiado, y que en Las Flores Sur emergían nuevos márgenes y fronteras que caracterizaban de un modo diferente a los vínculos en las redes sociales.

Estos jóvenes de los 1990 son los padres de los jóvenes que conocí en el trabajo de campo. El dato de la enfermedad de sus padres aparece en varias conversaciones que mantuve ya sea por preocupaciones que éstos manifestaban en relación al futuro incierto de sus padres como también en relación a la carga subjetiva que significa tener que acompañarlos cotidianamente en sus diferentes recaídas. En otros casos, las referencias al VIH – SIDA de sus padres aparecía en tono de broma y, también, de chismes. En el barrio detectar y denunciar quien es portador o no es parte del entramado de estigmatizaciones con las que los propios jóvenes se relacionan[106].

Jenifer tiene 19 años, y durante uno de nuestros encuentros me cuenta que sus dos padres contrajeron VIH, a fines de 1990, cuando ella era una niña. Para Jenifer la enfermedad de sus padres significa un dolor con el cual convivir diariamente, porque entre otras cosas pone en juego permanentemente su subsistencia y la de su hermana ya que su mamá no puede salir a cirujear porque le bajan las defensas. Ella, sin embargo, prefiere estar bien y no demostrar sus preocupaciones:

> J: Tengo a mi mamá que tiene VIH SIDA hace 14 años, 15 años, que no le demuestro a ella si estoy mal, si estoy bien, que me falta algo, si las zapatillas están rotas no le digo eh… soy capaz de usar cualquier cosa…

[106] En el barrio quienes son portadores de VIH- SIDA son mirados desde una lógica estigmatizante desde la cual se sospecha respecto del motivo por el cual se contagiaron. Así, se asocia mecánicamente a quienes padecen la enfermedad con la homosexualidad ("puto"), con el delito ("choro"), y también, en muchos casos, se asocia directamente el contagio con el consumo, con lo cual menciona a los cero positivo indiscriminadamente como "adictos".

> -¿y tu papá?
> J: mi papá también tenía VIH, pero falleció de cáncer, lo mató el cáncer… quedó flaquito pobrecito y después falleció. (Entrevista a Jenifer)

Por todo esto, ella es la encargada de propiciarle los cuidados a su mamá y acompañarla al médico. Entre otras cosas, Jenifer lleva el registro de la medicación que le administran en el Hospital Roque Saénz Peña a su mamá, adonde concurre frecuentemente con ella para que la atiendan. En los intercambios que manteníamos en el CCB, en varias ocasiones ella se quejaba por la cantidad de medicación que los médicos le suministran a su mamá, y en cierta medida planteaba una sospecha respecto del objetivo de las 17 pastillas diarias que le indican, considerando que sirven más para sedarla que para atender específicamente su problemática de VIH-SIDA.

> J: Ah, la psiquiatra y la otra… **están más locas que mi mamá esas**… a mí no me gustan nada, yo le digo, 'estas te llenan la cabeza, deja de venir acá no ves… **te dan cada vez más pastillas'**. Le dan pastillas a mi mamá y **está cada vez más drogada**. Yo, sabes cómo se las tiro a la mierda. Entonces mi mamá tiene que ir a buscar de vuelta, porque dice '¿vos me tiraste todo?', 'te las habrás tomado todas' le digo. Yo se las tiro porque mi mamá está toda dopada, ¿viste?, porque ellas le dan… y mi mamá le hace caso. 'Tenemos muchas pastillas, tomate', le dicen. Mirá, una a la mañana cuando la levantas, y no hace nada después, no limpia, nada, está todo el día así… [hace cara "de drogada"]. (Entrevista a Jenifer)

Para Jenifer también será una preocupación demostrar que ni ella ni sus hermanitas están contagiadas. El estigma de tener padres contagiados repercute en los hijos e hijas, ya que circulan constantemente rumores respecto de su posible infección. Me tocó presenciar este tipo de situaciones durante el curso de fotografía en el que Jenifer participaba. El día que la entrevisté, cuando finalizamos la charla algunos compañeros me preguntaron: "¿Te contó que tiene VIH?", dando por sentado que ella era portadora del virus.

Jenifer no es ajena a estos rumores y en distintos pasajes de la entrevista manifiesta su bronca al respecto:

> -¿Y ninguno de tus hermanitos se contagió con el embarazo?

> J: No, gracias a Dios, tenemos… somos yo, mi hermana Rocío, mi hermana Yamila, que tiene 15 años. Mi mamá quedó con el HIV con mi hermana Yamila. Yamila tiene 15 años. **En el barrio se divulga que mi hermana y mi hermanita la mas chiquita tienen VIH, pero nosotros sabemos que no**…
> -¿Se hicieron el análisis?
> J: Si, esto es así… le hicieron análisis de sangre y… gracias a Dios ni siquiera mi padrastro lo tiene.
> -¿Y vos por qué pensas que en el barrio se dice eso?
> J: Porque cuando uno es malo, se comenta. Viste como dice la canción 'cuando uno es malo se comenta', y uno escucha…y es el puterío y le cuenta al otro y ese le cuenta al otro… (Entrevista a Jenifer)

En relación con lo que la mirada de los demás y los chismes provocan en tanto modo de control social y regulación, en el caso de los portadores de VIH – SIDA generará que quienes padezcan la enfermedad lo transiten en el ámbito de lo privado, intentando por todos los medios que el dato no trascienda a la esfera pública. En gran medida a través de este modo de vivenciar la enfermedad los portadores se culpan y auto-responsabilizándose por el contagio. Ese modo se fortalece en las instituciones públicas, fundamentalmente las de salud, en donde se interviene con los portadores desde una "lógica de sospecha" (Epele, 2010) respecto del motivo que generó el contagio. Desde esta lógica, se cuestiona y criminaliza a quienes son cero positivo, considerándose que "algo habrán hecho" para contraer la enfermedad. Es así que en el barrio el VIH – SIDA es una enfermedad mal vista, que genera prejuicios y rechazos aumentando la situación de fragilidad de quienes lo padecen. La lógica de la sospecha privatiza el dolor, convirtiendo el padecimiento en una carga individual desde la cual se evalúa moralmente a quienes están afectados. En el caso de Jenifer, como de otros jóvenes que conocí, vivir con el estigma de pertenecer a una familia portadora, será un rasgo distintivo que la compilará a tener que luchar cotidianamente para ser respetada en el barrio.

La mirada estigmatizante que individualiza el contagio contrarresta con el análisis histórico que realizamos en este apartado, en donde la epidemia del VIH – SIDA se configura como uno de los datos más importantes de la década de 1990 para quienes eran jóvenes del barrio en ese momento. Asimismo, en el análisis del impacto que produjo la propagación del VIH SIDA, como un hecho conectado

con el aumento del consumo de sustancias, recuperábamos cómo, a partir de escenas ligadas a la epidemia, los vecinos perciben que se produce en el barrio una transformación en determinados códigos que funcionaban regulando los vínculos de las redes de relaciones.

En el próximo apartado, analizaremos el segundo fenómeno que, contemporáneamente a la epidemia de VIH- SIDA y al incremento del consumo de drogas, se produce durante la década de 1990 en el barrio y que contribuye a la fragmentación de los lazos y de las relaciones sociales. Esto tiene que ver con el ingreso de la "lógica narco" al territorio.

IV.3. Narcotráfico, códigos y bandas

Conjuntamente con la epidemia de VIH – SIDA y asociado al crecimiento del consumo problemático de sustancias adictivas, a mediados de la década de 1990 comienza a cobrar mayor presencia en el barrio el entramado que genera el mercado del tráfico ilegal de drogas (TID[107]). El fenómeno del TDI (Jelsma, 1998) es nombrado por los vecinos del barrio de diferentes maneras, siendo lo más usual que se refieran como "el problema del narcotráfico", "el problema de las drogas" o "las bandas narcos". Con esos tres modos, los habitantes del barrio dan cuenta de transformaciones que se empiezan a vislumbrar en diferentes aspectos de la cotidianidad desde mediados de la década de 1990. Si bien esas transformaciones tienen que ver con el crecimiento del TDI, exceden el plano del mercado ilegal dando cuenta de que se comienza a configurar desde ese entonces en el barrio una la "lógica narco" que permea diferentes esferas (materiales y simbólicas) de la vida cotidiana en Las Flores Sur. Es por eso que no es posible precisar esta lógica desde una sola característica, sino que más bien se presenta en el territorio a través de múltiples facetas. Coexisten en el entramado de la "lógica narco" factores asociados que dan lugar a su despliegue como así también actores que intervienen en su configuración, impactando en el barrio y reconfigurando aspectos ligados a la sociabilidad.

[107] Utilizo la definición de Martin Jelsma (1998) en el Compilado "Drogas, poder y Derechos Humanos en América Latina" de Tráfico Ilegal de Drogas (TID) para poder diferenciarla de la idea que construyo de "lógica narco" porque a ésta última la considero como un entramado que excede el negocio asociado a la venta ilegal de drogas, sino que más bien tiene que ver con un fenómeno socio cultural que permea diferentes esferas de la vida de los sectores populares.

Una de sus características principales tiene que ver con el negocio que significa el TDI o narcotráfico que, como veremos posteriormente, excede incluso las fronteras s nacionales. En la dinámica barrial, este negocio se constituye como un mercado que genera posibilidades de trabajo de manera rápida y accesible para los vecinos, desde mediados de los 1990, fundamentalmente para los jóvenes varones. La característica central de esta actividad laboral consiste en que quienes participan, a cambio de acceder a sumas cuantiosas de dinero, deben asumir una actitud de disponibilidad permanente a diferentes riesgos. El más habitual es el de poner en juego la vida propia y de sus seres queridos y también, estar preparados para generar la muerte de otra persona a través del uso de armas de fuego. A su vez, los jóvenes encuentran que esta oferta laboral que está disponible en el propio territorio, se ajusta más a sus posibilidades y capacidades que las (escasas) ofertas del mercado formal de trabajo, las cuales resultan cada vez más inalcanzables.

En términos simbólicos, el trabajo ligado a la venta de drogas y la pertenencia a las bandas denominadas "narcos" significó que la mayoría de los jóvenes del barrio, sean partícipes o no de estas redes, construyan una serie de identificaciones a las que apelan permanentemente en las interacciones. Así, desde mediados de 1990 hasta la actualidad se fueron modificando aspectos ligados al lenguaje, a los gestos, al consumo de determinados objetos, dando lugar al despliegue de un *habitus* (Bourdieu, 1999) que incluye discursos y prácticas específicas propios de la "lógica narco". Entre otras, la utilización cotidiana de expresiones como "soldadito", "bunker", "transa", "mexicaneada", "sicario", "fierros" y también la construcción de una imagen de "pibe enfierrado con aguante" en la cual la exhibición de armas aparece como uno de los datos privilegiados para presentarse frente a los demás.

En los próximos apartados caracterizo algunas de las facetas de la "lógica narco", sin pretender abordarla en toda su complejidad sino más bien dando cuenta de cómo se configura en el barrio. Es así que abordo en primer lugar, de qué se trata el negocio del TDI y su particularidad en el caso rosarino; en segundo lugar, la configuración territorial de esta lógica ligada a las "bandas" y por último, retomo algunos aspectos de la historización de la "lógica narco" en barrio Las Flores Sur poniendo especial énfasis en las transformaciones que ésta trajo aparejada en

relación con los códigos barriales y también, en la relación entre el Estado y los vecinos.

IV.3.1. El negocio transnacional del TDI

El tráfico de drogas ilegales es parte de la organización socio-económica capitalista y en las últimas décadas el crecimiento del negocio asociado a esta actividad ha cobrado dimensiones exponenciales. En la jerga cotidiana, el TDI es nombrado como narcotráfico y con esta definición se hace referencia a diferentes actividades asociadas a la renta pero también a organizaciones sociales y económicas y a valores culturales e ideológicos. El fenómeno del narcotráfico, de acuerdo al planteo de Adriana Rossi (2014) es un circuito que traspasa las fronteras nacionales e involucra organizaciones y países por fuera de los límites continentales. En este sentido, no se puede plantear que sea un circuito vinculado exclusivamente a los países en vías de desarrollo o periféricos, pero sí se puede afirmar que el impacto que tiene en éstos es mayor en cuanto que allí encuentra mejores condiciones de posibilidad para su expansión debido a la inestabilidad institucional de dichos países.

Como plantea Rossi (2014) el narcotráfico se inserta en las tramas económica, social y política de los países, y se sostienen a partir de la construcción de una legitimidad social y política que lo pone a resguardo. En ese sentido, la autora plantea que el mercado del narcotráfico ha evidenciado un crecimiento geométrico en las últimas décadas a nivel mundial, sostenido por diferentes factores:

> (…) una ilegalidad decretada a nivel internacional de sustancias y las ganancias que un mercado en negro ilegal asegura, son los factores que impulsaron la creación de organizaciones ad hoc, como los cárteles y bandas latinoamericanas que se dedican a producir y comercializar las drogas. (2014: 48)

Rossi (2014) agrega que, en el negocio del TDI se movilizan anualmente 300-400 mil millones de dólares y que en algún momento del circuito ese dinero ingresa al mercado de capitales para ser blanqueado. El blanqueo se produce a partir de mecanismos que el mismo sector ha puesto en función para una circulación libre y flexible en busca de plazas rentables: cuentas off shore y negocios inmobiliarios fundamentalmente. Las ganancias que no se insertan allí son recicladas en el

sector primario de la economía y en el sector de servicios. De acuerdo al planteo de Rossi: “blanqueo y reciclaje transforman a los narcotraficantes de criminales en capitalistas respetados y honrados y les otorgan un enorme poder” (2014: 49).

A partir de estas dos actividades el narcotráfico construye su legitimidad social y política. La legitimidad social está íntimamente vinculada al acceso al trabajo para muchos jóvenes de diferentes sectores sociales, fundamentalmente sectores populares, garantizando condiciones de vida económicamente dignas. El trabajo ligado al narcotráfico trae aparejado, por un lado, la posibilidad de acceder a un estándar elevado de consumo, pero además determinadas valoraciones que tienen que ver con la pertenencia a un grupo social con prestigio dentro del territorio. Como plantea Rossi (2014), los valores ligados al narcotráfico tienen que ver con una cuestión cultural vinculada a utilizar determinada gestualidad, a compartir la fascinación por algunos personajes paradigmáticos que son considerados “capos” y que se encuentran entronizados en las series televisivas. También especialmente para los varones, la fascinación por las armas que los hace sentirse “machos” y con poder.

La legitimidad política del narcotráfico tiene que ver con la necesaria e imprescindible relación con el poder político y el Estado para funcionar en el marco de la ilegalidad y garantizar seguridad a las actividades delictivas. Estos vínculos incluyen mayor o menor grado de penetración de los organismos estatales, de tipo estructural o coyuntural. De acuerdo al análisis de la autora:

> (…) se va del intercambio de favores al más puro estilo mafioso (campañas electorales financiadas a cambio de silencio gubernamental sobre los negocios o medidas que aseguren la impunidad), colusión de intereses (guerras sucias a enemigos comunes, guerrilla, sindicalistas, opositores) connivencia (pactos de gobernabilidad que involucran a gobiernos locales) y complicidad, donde funcionarios de distintos rangos, sectores de la fuerza del orden, así como las Fuerzas Armadas, han sido desplegadas en la lucha antinarcóticos, han establecido y mantienen vínculos de mutuo interés con el narcotráfico y facilitan o participan del negocio. (Rossi, 2014: 51).

En relación con la complicidad política, para cumplir con el proceso de legitimación, el narcotráfico recurre a dos instrumentos que son la corrupción y a

la violencia (Rossi, 2014). Por este motivo es que la autora afirma que en aquellas sociedades en donde la corrupción ya existe y la acrecienta, corrompiendo de arriba hacia abajo y viceversa.

En Argentina, el mercado del TDI crece y se expande desde mediados de la década de 1990, cuyo contexto fue descrito previamente y tenía como escenario el proceso de implementación de las políticas de ajuste neoliberal. En Rosario, particularmente, este mercado encontró un espacio fértil en donde desarrollarse y expandirse por diferentes motivos. En términos mercantiles, la existencia del puerto[108] y el crecimiento exponencial de la actividad agrícola que generó un *boom* inmobiliario[109] fueron dos factores que posibilitaron su crecimiento. Por un lado, la extensión del puerto a la vera de la ciudad garantiza la distribución, y por el otro, el mercado inmobiliario genera posibilidades para el blanqueo de capitales. En relación con los factores socioeconómicos, y tal como fue descrito, desde fines de 1980 la ciudad de Rosario comienza a transitar una situación de crisis en términos estructurales en relación al incremento del desempleo, el aumento de la pobreza y la indigencia, sumado a condiciones de vida cada vez más pauperizadas de gran parte de la población en cuanto al acceso a servicios básicos de infraestructura y servicios sociales.

En ese contexto, a mediados de los 1990 en barrio Las Flores Sur comienza a crecer el negocio del narcotráfico y se convierte en una de las características más importantes de la dinámica barrial.

IV.3.2. *Bandas* y banditas

Uno de los aspectos claves para precisar la configuración de la "lógica narco" en el barrio tiene que ver con la presencia en el territorio de las denominadas "bandas narco". Esta apelación a "las bandas" para hablar del narcotráfico será una constante en los discursos que circulan respecto del barrio tanto *afuera* como

[108] Los complejos portuarios abarcan desde la localidad de Timbúes (45 km al norte de Rosario) hasta Villa Constitución (45 km al sur). Esta longitud de terminales portuarias permite la actividad de embarcaciones y convierten a la zona en un espacio privilegiado de distribución de drogas ilegales hacia los países europeos consumidores (Rossi, 2014).

[109] El Club de Investigaciones Urbanas de la ciudad de Rosario filmó un documental que se denomina "Ciudad del boom, ciudad del bang" en el cual se analiza la relación entre el crecimiento del negocio inmobiliario y el narcotráfico. Dicho documental se encuentra disponible on line: https://www.youtube.com/watch?v=si952Ed7Vu0, [consulta: 17/05/2017].

adentro. En relación con el *afuera*, la asociación de barrio Las Flores Sur con las "bandas narcos" está ligada fundamentalmente las construcciones que se realizan del fenómeno desde los ámbitos mediático y político, penetrando discursivamente en el conjunto de la sociedad. Así, el fenómeno del narcotráfico en Rosario y la construcción discursiva que de él se realiza quedará directamente asociado (y reducido) a la existencia de "bandas" que se ubican en territorios de segregación urbana y que se dedican a la venta y distribución de drogas tanto el barrio como afuera. La focalización del fenómeno del TDI en su dimensión territorial y asociada a los sectores populares es solidaria con la estigmatización del barrio y esconde la complejidad que el narcotráfico supone al desvincular a los otros actores involucrados. El entramado de actores estatales (poder judicial y fuerzas de seguridad[110]) y empresariales que participan del negocio del narcotráfico queda reducido a una de sus expresiones que tiene que ver con su presencia en las actividades ilegales que llevan adelante las denominadas "bandas narco" en los territorios de segregación urbana.

Desde fines de la década de 1990, las noticias tanto en ámbito local como a nivel nacional vinculan frecuentemente a los vecinos del barrio Las Flores Sur con la venta de drogas y el "narcotráfico" a partir de la reconstrucción de diferentes hechos que suceden en el territorio, fundamentalmente, los homicidios. En general, esta construcción está asociada a la presencia de dos "bandas" que se convirtieron en emblemáticas desde aquella época tanto *adentro* como *afuera* del territorio: los Monos y los Garompa[111]. Es así que para muchos de los ciudadanos rosarinos que desconocen lo que sucede en el barrio Las Flores Sur, éste queda asociado mecánicamente con el narcotráfico y, por ende, con la ilegalidad, las

[110] En Latinoamérica son numerosos los casos en los que se ha descubierto la vinculación de funcionarios del estado con el tráfico ilegal de drogas (TID), particularmente las Fuerzas Armadas y Policiales. La vinculación entre la corrupción política y el narcotráfico es abordada por Jelsma et al (1998) en un estudio en el que analizan cuales son los factores que favorecen la vinculación entre diferentes actores sociales y el tráfico ilegal de drogas. Para el caso argentino, se puede consultar el texto de Rossi, Adriana (1998) en la compilación previamente citada, y Rossi, Adriana (2010 Rossi, Adriana (2010): "Narcotráfico y los desaciertos de la política antinarcóticos". En Tenorio Ambrossi Rodrigo (ed.): Ecuador, Academia y Drogas, Quito: El Conejo CONSEP, pp. 19-44

[111] La historia del surgimiento de estas dos bandas se puede consultar en un artículo realizado para la Revista Anfibia por una periodista especializada en el abordaje de la cuestión del narcotráfico en Rosario, Silvia Tamous. El artículo se denomina "Los Monos, historia de un clan" y está publicado online: http://www.revistaanfibia.com/cronica/los-monos-historia-de-un-clan/, [consulta: 10/05/2017].

drogas, el uso de armas y la muerte. Con esos datos se homogeniza a todos los vecinos del barrio, fundamentalmente los jóvenes, fortaleciendo así la construcción de la mala fama barrial.

La construcción del relato desde *afuera* respecto de las "bandas" traerá aparejado, al menos, dos problemas. Uno, el de reducir el fenómeno del narcotráfico a su expresión territorial, y en ese sentido la más disgregada y precaria, resultando solidaria así con la construcción de la estigmatización barrial y desvinculando a otros actores que se encuentran implicados. Por otro, que al homogeneizar bajo el rótulo de "bandas narcos" a cualquier grupo de jóvenes perteneciente a barrios Las Flores contribuye desde *afuera* a fortalecer la identificación de todos los jóvenes del barrio con esta lógica. Algunos trabajadores del barrio narraron escenas en las cuales los medios de comunicación, fundamentalmente nacionales, les pagaban a los jóvenes del barrio para que se presenten mediáticamente como "pibes narcos", contando historias falsas porque en la mayoría de los casos no estaban vinculados con la venta de drogas. Desde la construcción de esos testimonios falsos se fortalecía la imagen de Las Flores Sur como "tierra narco" donde la mayoría de los jóvenes vivía de la venta de drogas.

El análisis respecto de las "bandas" es diferente *adentro* del barrio. Mientras que para el *afuera* se considera que estos grupos constituyen "bandas criminales" cuyo entramado supone la existencia de una estructura organizativa jerárquica y compleja, en el *adentro* refieren que estos grupos están conformadas por vecinos, que en su mayoría son conocidos por todos y cuyas familias históricamente se relacionaron con actividades ilegales, como el robo, y que en la década de 1990 comienzan a dedicarse al negocio de la venta de drogas.

Diferentes autores que estudian la configuración de las "bandas narco" en los territorios pobres urbanos (Kessler, 2004; Isla y Miguez, 2003; Tonkonoff, 2007; Cozzi, 2013) coinciden en plantear que éstas están conformadas por grupos vinculados por redes de parentesco, que funcionan al estilo de clan (Cozzi, 2013)[112] y entre cuyos miembros existe un agrupamiento ligado a la noción de

[112] Cozzi (2013) en su Tesis de Maestría en Criminología de la UNL plantea que la categoría antropológica de "clanes" es más precisa para describir el tipo de agrupamiento que mantienen los jóvenes de sectores populares en la ciudad de Santa Fe, considerando que no encontró

responsabilidad colectiva que supone la asunción de obligaciones de cooperación y la existencia de lealtades[113]. En ese sentido, la definición que Miguez (2008) plantea en relación a las bandas es la que más se vincula a lo que *adentro* del barrio entienden por tal, es decir, como:

> (…) una red de relaciones sociales con unas pautas de sociabilidad más o menos compartidas que permite emprender acciones comunes de índole variada. En algunos momentos esas redes se cristalizan en organizaciones criminales, relativamente estables, destinadas a cometer algunos tipos específicos de ilícito que requieren cierto grado de organización, y en otros momentos lo hacen con alguna lógica territorial (…) (2008: 132)

Es por eso que una de las distinciones que es posible percibir en el barrio es que los vecinos se refieren a las "bandas" cuando hablan de las conformaciones vinculadas al narcotráfico y "banditas" cuando hacen referencia a los grupos de jóvenes que se reúnen en diferentes espacios territoriales, por lo general, en las esquinas. Cada una de las "banditas", a su vez significará para los jóvenes la posibilidad de construir redes de relaciones y de pertenencia. Entre estos grupos de pares que se denominan en el barrio como "banditas" se generan conflictos que tienen la caracterización de la "lógica narco", es decir vinculados a disputas armadas en y por el territorio, aun cuando los jóvenes que son parte de esos enfrentamientos no participen de la venta de drogas ilegales. Fundamentalmente los varones construyen sus interacciones adoptando algunas de las características ligadas a la "lógica narco", tales como la utilización de determinado lenguaje, la fascinación por las armas y el despliegue de valores asociados al aguante, ubicándose en una posición masculina de "machos". Es por eso que, tal como veremos en el próximo apartado, la "lógica narco" se expandió a través de las "banditas" de jóvenes por todo el barrio, sin que necesariamente éstos jóvenes estén vinculados a la venta de drogas.

---

características que den cuenta que esas grupalidades tuviesen que ver con el tipo de organización de las "bandas criminales".

[113] Kessler planteará que casi ninguno de los rasgos típicos de los *gangs* aparece en la descripción de sus relaciones de los jóvenes. "Ni un fuerte sentimiento identitario, ni un anclaje territorial y una apropiación del territorio, como tampoco detectamos la existencia de liderazgos fuertes, jerarquías y un complejo sistema de reglas internas que incluiría la existencia de ritos de iniciación y pasaje" (2004: 69).

¿Cómo fue el proceso de construcción de la "lógica narco" en el territorio y cuáles fueron sus particularidades? En el próximo apartado recupero los testimonios de vecinos, adultos y jóvenes, y de trabajadores que dan cuenta de cómo la misma fue permeando diferentes aspectos de la vida cotidiana, y también, transformando los códigos barriales.

IV.3.3. Las Flores Sur es tierra "narco"

En Las Flores Sur, la década de 1990 es descrita por los vecinos como un momento de tristeza porque la situación económica daba cuenta del aumento de la pobreza y la precariedad en las condiciones materiales de vida, lo cual impactaba en términos sociales debilitando los lazos que previamente habían funcionado como soporte para atravesar las dificultades en la reproducción. La mayoría de los habitantes del barrio coinciden en precisar que a mediados de esa década algunos grupos familiares que previamente se dedicaban a actividades ilegales, como el delito, manteniendo disputas territoriales entre sí y resolviéndolas como "guasos"[114], se comienzan a relacionar con la venta de drogas.

Olga y Julio recuerdan ese momento asociándolo a la historia del surgimiento del barrio. Tal como relatábamos en el Capítulo III, para Julio cuando relocalizan a todos los vecinos de la zona sur en el terreno que luego se convierte en Barrio Las Flores, se trasladan junto con ellos conflictos históricos entre grupos familiares. Estos grupos que funcionan como clanes (Cozzi, 2013) mantuvieron disputas desde ese entonces, modificándose el motivo de las mismas.

Así, podemos reconocer dos momentos diferentes en el despliegue de la "lógica narco" en el territorio. Un primer momento que tiene que ver con el desembarco del TDI a mediados de la década de 1990 en donde las dos "bandas" paradigmáticas (Los Monos y Los Garompa) se configuran como líderes de la venta de drogas, disputándose el negocio entre sí y "a los tiros", pero respetando determinados códigos barriales. Y un segundo momento identificado por los vecinos a partir de mediados del 2000 cuyas características son más difíciles de

[114] Los vecinos definen a los "*guasos*" como aquellas personas que resuelven sus conflictos de manera armada, "*a los tiros*", sin que medie otro tipo de interacción, deslegitimándose así el valor de la palabra y los diálogos en los intercambios. Este comportamiento al estilo de "guasos" es adoptado generalmente por varones.

precisar. Por un lado, se producen transformaciones respecto los liderazgos de los referentes de las "bandas" que los vecinos identifican con la muerte de los "viejos", que eran los encargados de transmitir a las nuevas generaciones los códigos barriales y se encargaban de que los jóvenes respeten esos códigos. Por otro, la expansión del negocio genera que muchos de los jóvenes comiencen a encontrar en esta actividad una posibilidad accesible de trabajo para ganar sumas cuantiosas de dinero de manera rápida y a su vez obteniendo cierto prestigio en las interacciones con el grupo de pares. Por último, la complicidad estatal, fundamentalmente de la policía y del poder judicial al no sancionar ni investigar el marco de ilegalidad[115] en la que se producen los hechos[116] contribuye a que la "lógica narco" encuentre condiciones de expansión, generándose así un crecimiento en la producción propia de la cocaína[117], y la multiplicación en los barrios de las bocas de expendio conocidas como "bunker"[118].

IV.3.3.1. "*Bandas*" con códigos

Respecto del primer momento, los relatos de Olga y Julio, y también de varios trabajadores del barrio dan cuenta del ingreso del negocio de TDI al barrio como un fenómeno acotado y ligado a dos grupos familiares que se disputaban la

[115] Ilegalidad vinculada tanto al negocio de venta de drogas (como la producción y distribución) como también los homicidios ligados a las disputas territoriales que por lo general quedan impunes.

[116] En algunas causas judiciales se comprobaron las vinculaciones de algunos sectores de la policía y del poder judicial con el narcotráfico, procesándose así a actores de dichas instituciones que se encontraban involucrados activamente en el negocio de TDI. Uno de los casos más paradigmáticos tuvo que ver con la detención y procesamiento del Jefe de la Policía de la Provincia, Hugo Tognoli. http://www.lanacion.com.ar/1565910-santa-fe-tognoli-el-ex-jefe-de-la-policia-fue-procesado-y-seguira-en-prision, [consulta: 17/05/2017].

[117] Los espacios de producción de la cocaína son conocidos mediáticamente como "cocinas".

[118] En Rosario la venta de droga en los barrios populares tiene una particularidad, y es que la misma se realiza en casas precarias de material sin ventanas y con una única abertura, tipo agujero, por donde se pasa la droga y se toma el dinero. Quienes trabajan vendiendo drogas en esas construcciones y custodiándolas son denominados "soldaditos", permaneciendo en muchas ocasiones durante 24 o 48 hs. adentro del lugar sin mantener contacto con el exterior. Los "soldaditos" por lo general son niños o adolescentes, de cuerpo menudo ya que tienen que poder entrar y salir del "bunker" realizando los mínimos movimientos posibles. Uno de los modos en los que en las disputas barriales se atacan los bunkers es arrojándoles por el único agujero disponible una mecha encendida, generándose así el incendio del reducido espacio y en algunos casos causando la muerte de los soldaditos. En varias notas periodísticas se recuperan estos acontecimientos. http://www.lacapital.com.ar/el-espantoso-final-un-chico-14-anos-ligado-un-bunker-narco-n414930.html, [consulta: 17/05/2017].

distribución[119]. Olga, en su relato, relativizará el lugar de las "bandas" y el narcotráfico a mediados de 1990 en el barrio, argumentando que quienes se encargaban de esas actividades eran vecinos que siempre habían estado vinculados con actividades delictivas e ilegales, y que en ese sentido en esa época en el barrio no se registraban demasiadas diferencias con momentos anteriores. Olga los recuerda como vecinos que se conocían de toda la vida, que se manejaban como "guasos" pero que conservaban el respeto por los códigos barriales:

> -¿Cuándo empezó a escucharse el tema de las bandas?
> O: Y mirá yo…a mitad de los '90 para mí… porque **ya en el barrio ya estaban todos ellos**…Yo a ellos los conozco desde chiquita, porque vivíamos todos en el barrio allá…En el Bajo Ayolas, igual que mi marido… los conocemos de allá. Pero **allá ya eran complicados**, yo me acuerdo allá, los padres de los que quedan…**ya eran complicados**…
> -¿Por qué complicados?
> O: Porque siempre **se peleaban entre ellos y empezaban a los tiros** y esas cosas. Incluso, a veces se llevaban algunas chicas y las violaban… todo eso ya estaba ahí, ya viene desde allá… y acá fue ya, creo que fue peor ya… (Entrevista a Olga)

Cuando los relocalizaron, algunos de los integrantes de la "banda" de "Los Monos" a quienes Olga denomina como "los viejos", ya se encontraban en el territorio. Con "los viejos" la mayoría de los vecinos construyó una relación de reciprocidad, y desde donde se sostenía el respeto por los códigos del barrio. En su relato, Olga lo menciona de este modo:

> O: lo que tenían ellos antes, **los más viejos**, los que quedan de los Monos más viejos, ellos **tenían códigos**, **acá no tocaban a nadie en el barrio**, al contrario… **era entre bandas**. Ponele, yo soy de una banda, vos sos de otra… era entre bandas. (Entrevista a Olga)

En la narración da cuenta así de la emergencia en ese momento de un fenómeno localizado, en el cual sólo participaban quienes eran parte del negocio de la venta de drogas y entre los cuales se manejaban de un modo similar al que lo hacían

[119] Silvina Tamous, periodista especializada en el tema de la ciudad de Rosario, plantea que las "bandas" rosarinas desde mediados de la década de 1990 aprendieron el sistema que había sido inaugurado por contrabandistas paraguayos, es decir, conformarse como una cooperativa que traía marihuana y que hacía la diferencia al venderla en Rosario (ver nota *Revista Anfibia* previamente citada).

previamente, es decir realizando actividades ilegales, pero respetando los códigos en la interacción compartidos en el barrio.

Los trabajadores estatales también coinciden en esta lectura respecto de la situación en ese momento. Gustavo, el psicólogo del Centro de Salud, plantea al respecto:

> G: Era un barrio, mirá que estamos hablando de 10 años atrás, pero era otra lógica porque, ¿viste?, era un barrio dividido en dos circuitos, había dos bandas que se disputaban el tema del tráfico, los que circulaban en determinados lugares no podían circular en otro… Y hasta ahí era otra cosa, era… **el comercio, el chiquitaje**. Si, en los 90… en la segunda mitad de los 90. Pero más allá de que estas dos bandas, eran así como las dos bandas que estaban en disputa, **había toda una serie de códigos**, y de **territorios neutros**, donde la gente, por ejemplo, la gente que tenía uniforme de trabajo, un mameluco, esa gente no era molestada por ninguna de las bandas, que eran banditas de pibes en realidad, no eran bandas, del crimen organizado, ¿entendes? Y a la gente que iba a laburar, transitaba tranquila por el barrio. El hecho de tener, así, de **que vos tengas uniforme, paraba las balas**, digamos. **A nadie se le ocurría tirotearse si había alguien en el medio de la calle**. La gente que veníamos a trabajar al barrio, también, o sea, mientras, el primer mes mientras no te conocían a lo mejor podía llegar a tener algún incidente que nunca era un incidente grave, pero una vez que te conocían… no. (Entrevista a Gustavo)

Gustavo también plantea la presencia de las dos "bandas" que funcionaban como clanes familiares y que el manejo del negocio era acotado, permitiendo que quienes no participaban pudieran ser respetados en su decisión de mantenerse por fuera. Él considera que en un determinado momento se produce un "salto a la cultura del narcotráfico" y utiliza esta expresión para hacer referencia a la expansión de determinados discursos y prácticas ligados al narcotráfico que debilitaban otras referencias que existían en el territorio. Gustavo opone la cultura del narcotráfico a la ética del trabajo y considera que la primera fue más convocante y aglutinante disputándole cada vez más sentido a la segunda. Para el psicólogo se producen dos movimientos en relación con el trabajo. Por un lado, los trabajadores del barrio comienzan a ser víctimas de situaciones de violencia armada cuando se encontraban yendo o viniendo de sus trabajos, evidenciándose así una transformación del respeto que la figura de "trabajador" tenía en el barrio.

Por otro, el despliegue de lo que Gustavo menciona como "cultura del narcotráfico" le disputa sentido a la ética del trabajo que prevalecía en el barrio, ligado a actividades legales, al esfuerzo a largo plazo y a determinados valores como el sacrificio, la honestidad, la humildad.

Tanto para él como para el resto de los vecinos, lo que sucedía a mediados de 1990 y hasta mitad del 2000 es que existían determinadas redes de reciprocidad que funcionaban contrarrestando el peso que el narcotráfico tenía hasta ese momento en el barrio..

IV.3.3.2. Armarse para protegerse: la masificación de la "lógica narco"

Los jóvenes identifican que a fines de la década del 2000 empiezan a modificarse determinados códigos, produciéndose así un crecimiento de la "lógica narco" que se evidenciaba en el incremento de los homicidios por situaciones que no necesariamente estaban vinculadas con el negocio de la venta de drogas. Brian, un joven de 24 años que vive y trabaja en el barrio, relata al respecto:

> B: Yo iba a la escuela con uno de los integrantes de una de las bandas, que era sicario[120]. Los que siguen vivos siguen queriendo ser sicarios, porque hubo problemas de narcotráfico, hubo problemas de violencia en el medio. Ocurre un hecho violento que fue el que desató la violencia acá, entre las diferentes bandas, que no eran bandas, o sea **eran grupos de familiares de los cuales todos tenían relación con todos**, o sea **teníamos ese sentido de vecindad**, pero ocurre un hecho donde un transa[121] le hace la cama a un soldado[122] de otro transa, pero

[120] Sicario se denomina a quien hace un trabajo por encargo a cambio de dinero. En general el encargo tiene que ver con asesinar a quien esté interrumpiendo el manejo del negocio o para devolver alguna intervención que haya realizado la banda contraria, por ejemplo, una "mejicaneada" (Tamous, 2015), es decir traicionar.

[121] Transa se denomina a quien vende droga, oficia como intermediario entre el narcotraficante y el consumidor. Ser "transero" es una de las actividades que realizan muchos jóvenes, tanto en el barrio como en otras zonas de la ciudad, incluidas las céntricas. Epele trabaja en relación al consumo de drogas la configuración de la acción de "transar" como una "práctica de intercambio, que están basadas en una suerte de arreglos y/o acuerdos explícitos o implícitos, que generalmente se rompen en el transcurso de su mismo desarrollo, aún en aquellos casos en que se cumplen sus términos... las transacciones incluyen drogas (y otros bienes, servicios, trabajos, dinero, acciones, protección, defensa, etc), mientras se llevan a cabo producen, están basados y /o profundizan, desigualdades" (2010: 83, el énfasis es mío).

[122] Soldado es la expresión que se utiliza para denominar a quien cuida el bunker. El bunker es el lugar en donde se intercambia la droga. Tamous et al. refiere que "Rosario tiene una particularidad: la droga se vende en casas precarias de material, sin ventanas, con una abertura, cuyo único objetivo era pasar la droga y tomar el dinero. El famoso bunker. Para estar operativo, un bunker necesita la mano de obra de un vendedor que manejaba la boca de expendio encerrado

> le sale mal, porque matan a un sobrino de**,… ¡a un nene matan!,** acá en la esquina, en ésta esquina lo matan al nene. Eso fue en 2009… sí, pero bueno **ese hecho fue el que desencadenó miles de muertes** posteriores. Cuando yo lo conocí, era un pibe sano pero después por el dolor y por **el deseo de venganza** eso los llevó a perderse, a perder completamente el juicio… nunca más retomaron el rumbo. (Entrevista a Brian)

La mayoría de los relatos coincide en que el salto o pasaje de una actividad ilegal acotado al despliegue de una "lógica narco" se produce a fines de 2000. Algunos de los hechos que dan cuenta de ese pasaje tienen que ver con lo que empiezan a morir en los enfrentamientos armados víctimas inocentes, que antes eran protegidos por los códigos de respeto barrial, lo que los convertía en "intocables". Las víctimas inocentes en los enfrentamientos armados que causan mayor impacto y malestar por parte de los vecinos son los niños y los trabajadores.

Olga considera que esas transformaciones se dan en el marco de la muerte de los líderes de las bandas, que ella denomina como los "viejos": "O: Y esto cambió desde que se empezaron a morir los Monos viejos. Que tenían otro modo, digamos…"

Otra de las explicaciones respecto de la expansión de la "lógica narco" tiene que ver con la complicidad estatal en relación al crecimiento del narcotráfico. En términos territoriales una de las instituciones estatales con más presencia en el barrio, la policía comienza a ser cuestionada porque es considerada por los vecinos cada vez más como parte del problema, manifestándose visiblemente solidarios con este negocio. Así, va perdiendo legitimidad en su función de protección y regulación de las relaciones sociales en el barrio y a su vez deja librados a los vecinos a su propia suerte, quienes van a considerar que el único modo de encontrar cierta protección será a partir de estar armados.

Raúl plantea que la connivencia estatal permitió el despliegue de la "lógica narco" en el territorio:

---

en su interior y un grupo de soldaditos que lo custodiara. Estas estructuras no tenían como objetivo defenderse de la policía, sino de competidores o mejicaneadores, que se multiplicaban. Y sólo podían funcionar con complicidad policial, ya que su actividad estaba a la vista" (2015: 14).

> R: Vos ya en el 1998 veías que **la cosa venía más densa…**cuando arrancó el 2000, avanzaba, avanzaba… y había, o sea, vos estabas haciendo todo un laburo desde salud, desde lo social, y tenía eso que, que viste, era cada vez más fuerte. Todavía, o sea, no se hablaba de bunkers, pero sí por ejemplo, del período '95 al '98, un comisario que estuvo en Las Flores y que estaba vinculado con Los Monos, y termina de jefe de la 5ta (Comisaría), donde está la cancha de Newell's… yo trabajador social, haciendo ese análisis… **Lo sabía cualquiera, lo sabían todos los políticos**, todos. Si te ponías a indagar conseguías un montón de información y ahí si querías ibas armando… a veces es como que estabas más pensando en otras cuestiones, entonces por ahí te decían 'che, viste que mataron a tal', y vos empezabas a averiguar y que se yo, y veías la conexión… **ya la cosa iba creciendo**, porque era, vos veías que desde afuera que, sí, estaba el choreo, que se y, más o menos complicado, pero, esto iba avanzando. (Entrevista a Raúl)

Lo que se comienza a evidenciar en Las Flores Sur es la presencia de lo que Epele (2010) denomina como "estado transgresor" en el cual las instituciones y sus representantes "participan de las acciones cuya obligación es sancionar" (2010: 126). En el barrio se produce así un desdibujamiento progresivo de los bordes de lo legal y lo ilegal en la vida cotidiana que cuestiona la legitimidad de las instituciones estatales en este territorio.

La acusación más importante que recae sobre la policía tiene que ver con considerar que esta institución es la encargada de administrar y organizar la circulación de las armas como un bien de consumo en el barrio. En una instancia grupal que compartí con los jóvenes estos referían, en tono de broma que el modo de acceder a un arma es llamando al "911", el teléfono institucional para realizar denuncias policiales. Asimismo, a partir de la circulación de los "fierros" por parte de la mayoría de los vecinos, y fundamentalmente los jóvenes, se multiplicaron los conflictos armados en el barrio y en la mayoría de los casos estos conflictos finalizan con la muerte.

Gustavo relata que, a partir de 2012, la presencia de los conflictos armados en el territorio comienza a ser cotidiana:

> G: Nosotros teníamos una multisectorial que el 2012 reunía gente de distintas instituciones, estábamos captando que se estaba produciendo un salto, primero lo pensamos como del

> orden de la violencia, un salto cultural, un reordenamiento de valores. El club donde las escuelas iban a hacer gimnasia, el profesor de gimnasia no quería dar gimnasia porque tiroteaban ese lugar con los pibes adentro. No había antecedentes, empezaron a pasar cosas que no habían pasado nunca. Y que eran impensables que pasaran. Lo que aparece así, es como una cuestión de, se empieza a instalar como una **modalidad de lazo diferente**. Si vos ibas a tomar el colectivo, y lo saludabas al vecino entonces como no te saludabas con ese, el otro te tiroteaba, ¿entendes? **Se instaló otra lógica**. Porque vos, tampoco podías dejar de saludarlo, porque si dejabas también estabas en riesgo. **Todo empezó a ser signos de alianzas y enemistades, no necesariamente participando de algún hecho delictivo**, ¿entendes lo que te quiero decir?, algo totalmente loco. (Entrevista a Raúl)

El relato da cuenta de un momento en el cual las relaciones sociales en el barrio se comienzan a dirimir, prácticamente de manera hegemónica, "a los tiros". Esa modalidad de interacción va ganando espacio y monopolizando otras prácticas, transformándose así los códigos barriales. Respecto de esta transformación en las relaciones, hay dos aspectos que subyacen y que constituyen datos de ese momento histórico. Por un lado, en el período 2003 – 2015 se registra un incremento en los ingresos de los sectores populares, tal como fue planteado al comienzo de este capítulo, lo cual significó que el acceso a bienes de consumo sea mucho más frecuente y dinámico. Por otro, la presencia de la "lógica narco" en el territorio de manera hegemónica tuvo una fuerte relación con la pérdida de centralidad del trabajo legal como organizador de la vida cotidiana.

Olga, Julio y también Gustavo se refieren a esta pérdida de centralidad del trabajo legal cuando plantean que los jóvenes prefieren ganar "plata fácil", haciendo referencia al dinero que obtienen cuando participan del negocio del narcotráfico. En palabras de Gustavo:

> Se produce una **ruptura de la transmisión de generación en generación**, en términos de, historias de lo que han tenido que ver los trabajos, lo que en ocho años atrás era difícil, pero de última sí deseable, que era poder lograr la inserción laboral, dejó de serlo… laburar era como romperse el lomo para ganar a fin de mes lo que en un día ganabas, siendo soldado. **No había como competirle** no sólo porque era difícil, aunque el empleo de alguna manera se empezó a recuperar en cierta medida,

> alguna chance había, poca, pero había. Lo que **se perdió fue el interés en eso**, ¿para qué? (Entrevista a Gustavo)

Es decir que las transformaciones en el mercado de trabajo que se suceden con mayor fuerza desde fines de 1980 hasta la actualidad, excluyendo a gran parte de los sectores populares de la posibilidad de su acceso, se constituyen en una de las causas a partir de la cual los viejos códigos se van transformando y los nuevos códigos disputan posiciones[123]. La transformación de esas valoraciones no se relaciona únicamente con la escasez de trabajo, que tal como vimos en la historia de los habitantes del barrio el trabajo siempre fue poco, sino más bien determinadas mediaciones que la vida asociada a ese modo de provisión suponen, como el uso del tiempo. El tiempo en el barrio se reconfigura, aparece asociado a la inmediatez, a la urgencia, mediado por la presencia de la finitud, de la posibilidad de la muerte permanentemente presente. En la relación que los habitantes del barrio construyen con el tiempo, fundamentalmente las nuevas generaciones, se ponen en juego transformaciones en la lógica del esfuerzo, evidenciándose así el pasaje a la lógica de la fuerza (Miguez y Seman, 2006).

Míguez y Seman (2006) construyen esta idea del pasaje de la lógica del esfuerzo a la de la fuerza para caracterizar las transformaciones de los sectores populares en Argentina a partir de la crisis del mercado laboral argentino, en 1980. Los autores afirman que esto genera una variación de sentido impactando en las dimensiones espaciales y temporales de organización de la vida cotidiana en los barrios populares:

> El esfuerzo implicó, históricamente, la autodisciplina y el sacrificio prolongado con que los hombres se hacían trabajadores respetables y las mujeres madres honorables. En cambio, la noción de fuerza aplicada hoy tiene su acento temporal en el presente: una cualidad moral al servicio de la supervivencia de la urgencia, y sobre todo a experiencias que implican trayectorias mucho más inciertas y menos prometedoras que la de la educación, el trabajo y el progreso. (Míguez y Semán, 2006: 34).

[123] Este aspecto es considerado en varios textos en los que se analizan las transformaciones en los sectores populares. Entre otros, los textos de María Epele (2014), Gabriel Kessler (2010 y 2013) y Miguez y Semán (2006).

En el barrio, el pasaje del esfuerzo a la fuerza encuentra en la "lógica narco" un territorio fértil en el cual desarrollarse y expandirse, y lo que comienza a suceder, desde 2012 en adelante, es que a los jóvenes les resulta cada vez más difícil poder substraerse de esa lógica, permanecer por fuera. Los jóvenes construirían una fuerte identificación con los valores de la "lógica narco", desde la cual el prestigio y el poder tienen que ver con utilizar armas, tener "aguante" y ganar "plata fácil" que habilite a consumos diversos. Así, habitarán el territorio legitimando determinados modos de mostrarse, de presentarse frente a los otros (sean otros de *adentro* o de *afuera*) incluso si en sus actividades cotidianas no tengan una relación directa con la venta de drogas. Los jóvenes encuentran dificultades para poder substraerse de la "lógica narco", porque hacerlo y diferenciarse puede significar riesgos dado que cada vez más, en el barrio las diferencias se dirimen "a los tiros".

Es en las fisuras o grietas que se producen en los discursos y prácticas ligados a esta lógica, en donde para los jóvenes el trabajo y la provisión legal aparecerán como una posibilidad, ya no de construir un proyecto de vida a futuro o de lograr estabilidad en términos materiales, sino más bien como una chance para "hacer otra cosa", para poder substraerse por un momento de lo que la "lógica narco" trae aparejado en la cotidianidad.

IV.4. A la Guardería a buscar trabajo

En el escenario descrito previamente en relación al despliegue de la "lógica narco" en el territorio, las instituciones estatales de asistencia también se reconfiguran evidenciándose hasta el año 2012 poco diálogo de estas instituciones con las transformaciones que se suscitaban en el barrio. La poca conexión de las instituciones estatales con las problemáticas barriales se evidenciaba en la construcción de la agenda de problemas sobre los cuales las políticas asistenciales intervenían, cuyo eje seguía girando en torno a la cuestión alimentaria como a mediados de 1990. Tal como veíamos en el Capítulo III, para mediados de 1990 la asistencia alimentaria se racionaliza, administrándose a partir de la figura de profesionales que desembarcan en los territorios pobres urbanos con la idea de

organizar los servicios sociales y esa lógica racionalizada siguió vigente hasta fines del 2000.

En el caso del CCB de Las Flores Sur, a mitad de 1990 seguía funcionando con el mismo fin con el que había sido creada en los 1980, es decir como una Guardería Municipal para los trabajadores del barrio. En 1994 Olga es trasladada allí y se suma al equipo de la Guardería "Caprichitos", encargándose de la organización del lugar junto con el resto de las "madres solidarias" y las maestras jardineras que se iban incorporando. El trabajo de Olga siempre estuvo vinculado a la administración y organización de la cocina.

En el año 1997 y con la intencionalidad de seguir profundizando la profesionalización y racionalización de la asistencia se comienza a implementar en Las Flores Sur y en otros 19 barrios de la ciudad de Rosario, el Programa Crecer. El objetivo del Programa tenía que ver con: "unificar las acciones asistenciales, optimizar los recursos y producir una acción transformadora del vínculo entre comunidad y gobierno municipal" (Garma et al., 2013: 181).

El Programa estaba destinado a niños y niñas de sectores vulnerables considerados en riesgo fundamentalmente por problemas alimentarios. Los Crecer[124], denominación que le asignaron a las instituciones en donde funcionaba el Programa, eran la cara visible de la propuesta asistencial del Estado Municipal y la centralización de la asistencia alimentaria en estos Centros buscaba contrarrestar, por parte de la gestión municipal, la organización popular de los comedores comunitarios y copas de leche que habían proliferado a principios de 1990 en el barrio[125]. La época los Crecer caló hondo en la dinámica barrial, y

[124] Los Centros Crecer fueron instalados estratégicamente en toda la ciudad, concentrándose en aquellos distritos y zonas con mayores índices de vulnerabilidad atendiendo a niños de 0 a 5 años y sus grupos familiares. Algunos fueron construidos con fondos provenientes de otros programas como por ejemplo del PROMIN (Programa Materno Infantil de Gobierno Nacional) y otros reciclaron edificios y /o casas tanto del municipio como de organizaciones de la sociedad civil (Garma et al, 2013).

[125]En la publicación realizada por la Municipalidad de Rosario "Políticas para la gobernabilidad. Experiencia Rosario" se plantean estos dos "problemas" que se identifican para tomar la decisión política de crear el Programa Crecer. Por un lado "el clientelismo político, ineficacia y conflicto en derredor de la asistencia alimentaria, que se prestaba a través de comedores que funcionaban en distintos barrios" sumado a "la falta de integración de las actividades asistenciales entre sí" y por otro lado, "las respuestas insuficientes y parciales al grave problema de la desnutrición infantil en los niños de 2 a 5 años" (Fernández, 2006: 203).

hasta la actualidad se sigue recordando el Programa como un momento de transformación (Garma et al, 2013).

En Barrio Las Flores Sur, para la Guardería se inauguraba una nueva época. El objetivo ya no era cuidar a los hijos de los trabajadores (porque además el trabajo para los habitantes del barrio había mermado), sino alimentar a los niños con problemas nutricionales[126] generando un ámbito similar al de un "hogar". Es por eso que se consideraba que la institución debía funcionar como si fuese una familia y debían atender a los niños desde esa lógica. Es así que para Olga, la época del Crecer significó la posibilidad de convertirse en una "gran madre"[127] de los niños del barrio y desde esa propuesta desempeñó su tarea durante muchos años.

En el año 2009 y producto de las transformaciones sociales, económico y políticas que se habían suscitado tanto a nivel nacional como a nivel local, el Programa entra en crisis. En términos territoriales, el motivo de la crisis tenía que ver con que la cuestión alimentaria había dejado de ser una problemática importante para los niños del barrio, pero en las instituciones asistenciales se seguía trabajando con esa prioridad como a mediados de 1900. El Crecer comienza así a agotarse como Programa que marcaba el ritmo de las instituciones territoriales y, desde la gestión municipal comienzan a percibir que era necesario intervenir sobre otras problemáticas.

Entre ellas, la problemática con mayor visibilidad era la de muchos de los jóvenes que se encontraban a la deriva en el barrio, con pocas referencias institucionales más allá de su grupo de pares. En términos políticos esa situación fue analizada como "desanclaje institucional" y muchas de las propuestas que empiezan a surgir tienen como objetivo referenciar a los jóvenes con las instituciones territoriales (salud, educación, promoción social)[128]. El diagnóstico daba cuenta además, de

[126] En el caso de la Guardería, previo a la implementación del Programa Crecer, comenzaron a trabajar con PROMIN (Programa Materno Infantil, dependiente del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación).

[127] En los diferentes registros de la Secretaría de Promoción Social del año 1995 y fundamentalmente hasta el 2003, se hace hincapié el lugar de la "familia" como la célula clave a la hora de intervenir en los sectores populares e inculcar "valores".

[128] Los tres programas más importantes que se constituyen en antecedentes de las intervenciones territoriales con juventudes de sectores populares son: el Programa Joven cuyo objetivo tenía que

que las afiliaciones precarias habían expuesto a los jóvenes a quedar a merced de la "lógica narco" que describíamos en el apartado anterior.

Es por eso que, a partir del año 2011, con el cambio en la gestión, las problemáticas de los jóvenes de sectores populares[129] se constituyen en una prioridad de la agenda del gobierno municipal, y se considera que es necesario refuncionalizar las instituciones de asistencia territoriales que deben convertirse en espacio en donde los jóvenes puedan transitar. Para los jóvenes esta propuesta significó volver a las instituciones a las cuales habían concurrido cuando eran niños y que se convertían así en un espacio adonde ir a buscar ayuda para "hacer algo" diferente, fundamentalmente conseguir un trabajo.

El año 2012 resultó un momento paradigmático para propiciar la transformación en las instituciones asistenciales dando lugar a que las problemáticas juveniles se conviertan en uno de los ejes del abordaje territorial. Dicho año se inicia con dos acontecimientos que impactaron fuertemente a los barrios de la Ciudad de Rosario: el Triple Crimen de Villa Moreno el 1 de enero y a mitad de mes, el asesinato en Ludueña[130] de Mercedes, una militante barrial conocida por todos los vecinos. Estos dos acontecimientos visibilizaban las transformaciones de los códigos que la "lógica narco" imponía en diferentes territorios de la ciudad, evidenciando que las fronteras que separaban en los barrios la vida "a los tiros" del resto de las actividades comienzan a debilitarse cada vez más.

---

ver con que los jóvenes regresen a la escuela; el Programa Juventudes Vulnerables de la Secretaría de Seguridad Comunitaria cuyo objetivo era lograr un abordaje socio cultural con jóvenes comprometidos con el delito y la narcocriminalidad y el Programa Mini Equipo de la Secretaría de Salud de la Municipalidad de Rosario cuyo objetivo tenía que ver con intervenir en situaciones de jóvenes con consumo problemático de sustancias y desafiliación institucional. Estos tres programas coexistieron durante un período (2007-2011) con la característica de no tener un anclaje institucional en el territorio sino más bien funcionar "en la calle" en donde se propiciaba el encuentro con los jóvenes. A partir de 2012, se considera necesario que las intervenciones con jóvenes se centralicen en los CCB barriales, y los integrantes de estos equipos se constituyen como trabajadores que abordarían las problemáticas juveniles, con referencia en dicha institución.

[129] La ciudad de Rosario tiene una larga tradición en políticas públicas de juventudes. De hecho, fue una de las primeras a nivel nacional que tuvo un área específica. En líneas generales las políticas siempre estuvieron orientadas a cuestiones culturales, y en ese sentido el Centro de la Juventud se constituyó en un lugar paradigmático al cual concurren jóvenes de diferentes clases sociales. En 2011, la gestión de la Intendenta Mónica Fein convierte al área de juventudes en una Dirección, transversal a todas las Secretarías de la Municipalidad.

[130] Uno de los barrios más populosos de la ciudad, ubicado en la zona norte de Rosario.

En ese marco, se constituye como un dato con mayor visibilidad pública el hecho de que en los barrios de Rosario la mayoría de los jóvenes estaban armados. La constatación de esa información se hacía evidente en las intervenciones que desde diferentes equipos se llevaban adelante con los jóvenes y también a raíz de los datos estadísticos que ilustraban el incremento de los homicidios a un ritmo estrepitoso. En el año 2011, la cantidad de homicidios en la ciudad fue de 170, mostrando un incremento exponencial respecto de lo que sucedía a principios de 2000, cuando la cifra era de 100. Sin embargo, el aumento fue mayor durante 2012 cuando se registraron 178 homicidios y siguió creciendo en 2013 con 246 homicidios.

Para la nueva gestión municipal, que había asumido en diciembre de 2011, no había modo de ocultar u omitir[131] ese dato, motivo por el cual se define priorizar una línea de intervención con jóvenes. La decisión de redireccionar la intervención asistencial en territorio trajo aparejado, entre otras cosas, que los "Centros Crecer" dejen de estar ligados casi exclusiva y únicamente a la problemática alimentaria y el cuidado de la niñez, y se conviertan en instituciones con referencia territorial, que aborden cuestiones ligadas a la convivencia en los barrios. De ahí la reformulación en 2013 de su denominación como Centros de Convivencia Barrial[132]. En esa transformación a nivel institucional, uno de los ejes que se considera con mayor importancia como problemática que afecta a la convivencia, tiene que ver con la "seguridad", y desde la lectura que se realiza desde la gestión municipal, los jóvenes de sectores populares son identificados como un grupo clave con el cual intervenir[133]. La lectura política sobre la

[131] Entendiendo que la política pública tiene que ver con "*acciones u omisiones*" frente a problemas (cuestiones) socialmente relevantes (Oszlack, 2006) durante la primera gestión provincial del Partido Socialista (2007-2011) la omisión aparecía como la manera de atender la problemática de las fuerzas de seguridad y la corrupción al interior de dicha cartera. Desde diferentes organizaciones políticas, sociales y sindicales se planteaba a gritos la necesidad de intervenir en ese plano, considerando que el "*auto gobierno*" de las fuerzas policiales generaría una escalada imparable. El comienzo del año 2012 ponía en evidencia esa crisis institucional, y resultaba cada vez más difícil seguir omitiendo.

[132] El cambio en la denominación se da en el marco del lanzamiento en la ciudad de Rosario del "Plan de Convivencia" que se sostuvo tanto en la primera gestión de Mónica Fein (año 2011-2015) como en la actual gestión. El Plan incluye entre sus componentes la "convivencia barrial" (y de allí la centralidad de los CCB en los territorios) como así también la "convivencia y seguridad" (dentro de este componente se incluye el Programa Nueva Oportunidad).

[133] Reguillo (2012) estudiando las juventudes latinoamericanas plantea que éstas han sido construidas desde una lectura que las caracteriza como "rebeldes", "revoltosos", "subersivos",

seguridad aparece así, bastante sesgada, vinculándose primordialmente con la presencia de jóvenes en el territorio sin anclajes institucionales sólidos. En ese sentido, el objetivo de las primeras intervenciones territoriales parecía más orientado a bajar el nivel de conflictividad social y las estadísticas de los homicidios, que a transformar las condiciones de vida de los jóvenes y sus posibilidades de acceso a las instituciones estatales.

En ese marco, en el año 2013 surge la propuesta del Programa Nueva Oportunidad[134] en los CCB. En el caso de Las Flores Sur, el Nueva Oportunidad comenzó a funcionar ese mismo año[135], como una experiencia piloto y lo sigue haciendo hasta la actualidad, con diferentes propuestas de talleres y espacios de inserción para los jóvenes. El atractivo principal del Programa gira en torno a la posibilidad de construcción de un lenguaje común desde el cual se recuperen algunos de los códigos históricos del barrio, que funcionaban cohesionando a los habitantes de Las Flores Sur previamente a la consolidación de la "lógica narco".

Los jóvenes encuentran así en este espacio la posibilidad de substraerse, por un momento, de esa lógica que marca el ritmo de la dinámica barrial. Vuelven a una

---

"delincuentes" y "violentos", como depositaria de todos los males que aquejan a la sociedad. "(…) resultó fácil convertir a los jóvenes tanto en víctimas propiciatorias y receptores de la violencia institucionalizada, como en la figura del temible enemigo interno, que transgrede con sus prácticas disruptivas los órdenes de lo socialmente legítimo" (2012: 21).

[134] En la década de 1990 existió otro plan que se llamó "Plan Oportunidad" y surge en el año 1998, como uno de los antecedentes del "Nueva Oportunidad". El Plan surge como iniciativa del Servicio Municipal de Empleo e incluye a diferentes secretarías y direcciones para su ejecución: Dirección de Educación, Servicio Público de la Vivienda y Secretaría de Promoción Social a través del Centro de la Juventud y del Programa Crecer. Se define como "un plan de asistencia educativa, capacitación laboral y empleo temporario, para jóvenes de 15 a 20 años con bajo nivel de instrucción" (Fernández, 2006: 209). El objetivo del Plan tenía que ver con "capacitar a los jóvenes para desempeñarse en diferentes oficios, revalorizar el espacio educativo, promover la inclusión y favorecer la socialización de los jóvenes, y fortalecer el núcleo familiar" (Fernández, 2006: 209).

[135] El año 2013 funcionaron dos capacitaciones: albañilería y fotografía y video social. Con un máximo de 15 jóvenes por capacitación, de los 80 que fueron entrevistados porque tenían interés en la propuesta, quedaron seleccionados 30. Las capacitaciones arrancaron en mayo, funcionando una en el predio del CCB (fotografía y video social) y la otra en La Bloquera[135] (albañilería), el espacio que se encuentra pegado, en donde se realizaban históricamente las baldosas que eran utilizadas por la Municipalidad. Esta dinámica se repitió en 2014, pero en ese año hubo 5 capacitaciones: fotografía y video social, albañilería 1 y albañilería 2 que arrancaron en mayo y en noviembre se sumaron las capacitaciones de huerta y periodismo digital. De los 110 que se acercaron para anotarse, quedaron 75 participando de los cursos. Esto produjo un desgaste muy grande, con lo cual se definió realizar algunas modificaciones para 2015.
En 2015 funcionaron 4 capacitaciones: fotografía y video social; periodismo digital; huerta y construcciones (modificando el espacio de "albañilería" y trabajando ahora en el predio del CCB). El número de interesados creció, y se presentaron a entrevistas 160 jóvenes, de los cuales quedaron seleccionados 60 y algunos suplentes en listas de espera.

institución en donde crecieron y pasaron momentos de su infancia esperando que ahora desde allí, los ayuden para poder “hacer otra cosa” y, fundamentalmente, para poder trabajar.

En el marco de esa propuesta y de esas búsquedas, conocí a los jóvenes protagonistas de esta tesis. El escenario descrito en este Capítulo, caracterizado por los tres fenómenos que se precisaron a lo largo de estas páginas, es en el cual los jóvenes se criaron y el que caracteriza su vida cotidiana en el barrio. En ese marco, ellos realizarán diferentes recorridos, en los cuales construirán identificaciones, anclajes institucionales y referencias también con su grupo de pares.

En esta Primera Parte de esta tesis, abordé la historia del barrio considerando que es esa configuración la que en gran medida imprime una lógica y una modalidad a la vida de los jóvenes hoy. No pueden describirse ni explicarse las decisiones y las valoraciones juveniles si no es en la relación con esa historia de la cual son herederos, y son parte.

CAPITULO V

LOS JÓVENES

"El lector ha de ser consciente de la actitud crítica de los etnógrafos. Dedicamos horas a escuchar cómo la gente, sola o en grupos se explica y explica sus valores, sus temores y sus esperanzas. A medida que pasan las horas, todas esas cuestiones son reformuladas y revisadas en el acto mismo de contar"

Richard Sennett – *La cultura del Nuevo Capitalismo*

V.1. Los jóvenes del BLF

Foto de mi autoría

Para caracterizar a los jóvenes de Las Flores, sus recorridos por el barrio, las relaciones sociales que construyen y el lugar que el trabajo ocupa en sus biografías, me centraré en este capítulo en la historia de uno de ellos, Ramón, a quien conocí durante mi trabajo de campo. La reconstrucción de su historia me permitirá introducir los ejes centrales que trabajaré posteriormente.

Elegí comenzar por la historia de Ramón debido al impacto que su relato tuvo para mí, pero además porque en su recorrido y en los periplos cotidianos que atraviesa, encuentro varios puntos que funcionan como denominador común en las biografías de otros jóvenes. La vida en el barrio, para los jóvenes, es intensa. Esa intensidad significa, entre otras cosas, convivir cotidianamente con la posibilidad de la muerte; significa también, el pasaje desde sentimientos ligados al amor a otros atravesados por la venganza en dos o tres movimientos; significa que todos los días sea necesario apostar por proyectos que impliquen la posibilidad de

tener mejores condiciones de vida; significa rebuscársela para conseguir el dinero para la subsistencia diaria; significa apostar por construir una familia y sentirse contenidos; y en algunos casos (y como dirán ellos, con un poco de suerte) conseguir algún trabajo.

Los jóvenes tienen una presencia activa en el barrio, ocupan las calles, se encuentran en las esquinas o en las plazas haciendo uso del espacio público. Habitan esos lugares en general acompañados por otros, el grupo de pares, con los que forman una *banda* unida por lazos de amistad, reciprocidad y lealtad, vínculos afectivos que funcionan como soporte para las dificultades cotidianas. Los jóvenes se muestran inquietos respecto de lo que pasa en el barrio, desean cambiar la realidad en que viven y también tienen miedo porque reconocen que en cualquier momento se puede desatar algún conflicto que los enfrente con su propia muerte o la de alguno de sus seres queridos.

Estos modos de "ser joven" y de habitar el barrio se ponen en juego en la experiencia de vida de Ramón. Elijo una historia de vida para comenzar a describir y explicar la experiencia vital de los jóvenes en el barrio porque considero que ésta permite sintetizar aspectos claves que se reiteran en la mayoría de las biografías. Piña analiza la validez que la historia de vida tiene en tanto herramienta que se utiliza en el campo de las ciencias sociales y plantea que ésta contribuye para: "dar cuenta de las categorías significativas y procesos clasificatorios con los que determinados sujetos piensan, organizan y representan su propia identidad" (1986: 32).

Es por eso, en palabras del autor, que el campo de validez de la historia de vida se sitúa "en el terreno de la construcción e interpretación de imágenes con sentido" (1986: 32). En la singularidad de una historia se ponen en juego las tensiones entre estructura e individualidad, y esa tensión habilita determinadas experiencias que se darán dentro del campo de los posibles.

En ese sentido, es importante retomar la idea de experiencia tal como la entiende E. Thompson (1981)[136], es decir, condicionada por la posición de clase en la cual

[136] Thompson revaloriza la experiencia en tanto fuente de conocimiento. "La experiencia surge espontáneamente en el ser social, pero no surge sin pensamiento; surge porque los hombres y las

se produce. Es por eso que la experiencia de los jóvenes de sectores populares se encuentra mediada por su posición en el espacio social, y en sus recorridos se materializa la desigualdad en la que cotidianamente producen y reproducen su vida.

V.1.1. Ramón: el intento de no descarrilar

Conocí a Ramón en una de mis visitas de los días miércoles al CCB, en las cuales compartía la mañana con los jóvenes que participaban de la capacitación de fotografía. Ramón no sobresalía respecto del resto de los 15 jóvenes, varones y mujeres, que concurrían al taller. De hecho, las primeras veces que fui no había reparado en él. Después de entrevistar a varios de los otros jóvenes que participaban, los trabajadores del equipo me sugirieron que le proponga a Ramón hacerlo. Ellos lo definían como uno de los jóvenes más trabajadores del grupo, y con mayor experiencia en ese campo. Fue así que un día, cuando terminaba la capacitación, le propongo que pautemos una entrevista para otro miércoles, cuando él pudiera. Ramón se mostró tímido en el intercambio, y ese gesto contradecía su imagen corporal, que desde mi percepción lo emparentaba más con un joven con seguridad de sí. Probablemente construí esta asociación por lo que me provocaba su apariencia física: es corpulento, de altura mediana, pero de tamaño grande, de tez oscura y ojos marrones, tiene grandes tatuajes en los dos brazos y muy pocas veces lo pude mirar a los ojos porque en general los tapa con la gorra. Él me propuso que nos comunicáramos por Facebook y que definamos por esa vía el día de encuentro. Esa tarde lo agregué como "amigo" en la red social. En la foto de perfil, Ramón aparece mostrando un arma de fuego, un revólver, que alza al lado de su cara. La imagen me impactó, y aunque la mayoría de los jóvenes utiliza ese modo para presentarse en las redes sociales, no dejaba de resultarme incómodo. Probablemente Ramón lo intuyó, porque en el intercambio que tuvimos por esa vía quiso rápidamente presentarse, despegándose de esa imagen, y ni bien comenzamos a chatear me dijo: "Yo soy un buen pibe, a veces **me fumo uno**[137], pero no soy drogadicto ni choro… yo **lo único que quiero es trabajar**". Ramón me cuenta por Facebook que consiguió trabajo y que para él

mujeres (y no sólo los filósofos) son racionales y piensan acerca de lo que les ocurre a ellos y a su mundo" (1981: 21).

[137] Con esa expresión hace referencia a un cigarrillo de marihuana.

esa es una prioridad, por lo cual sugiere que pospongamos la entrevista hasta tanto él disponga de tiempo.

Dos semanas después me escribió para que nos viéramos en el CCB. Ese miércoles de agosto en el que nos encontramos, el día estaba lluvioso y frío. Las imágenes de los vecinos caminando con sus pertenencias a cuestas producto de las inundaciones que la lluvia provoca en las viviendas precarias le imprimía un tono de tristeza al barrio. En el CCB, el escenario también era diferente al habitual porque cuando hay inundaciones, concurre mucha gente a pedir ayuda para sortear la situación. Con Ramón nos encontramos a las 12 y fuimos al SUM, que es un salón amplio en donde hay varias mesas, y nos sentamos en la del medio. Estábamos solos en ese espacio grande. Él estaba un poco tenso por la lluvia, a pesar de que su casa no se había inundado. Si el clima continuaba así la situación iba a empeorar para todo el barrio. Antes de que comenzáramos a hablar, Ramón se sacó la gorra que llevaba puesta en ese momento y la dejó en la mesa. Los jóvenes utilizan ese gesto para manifestar respeto, habilitando al intercambio sin mediaciones, "cara a cara". Que él hiciera eso me alivió, porque había llegado a la entrevista regida por el prejuicio que me provocaba su imagen corporal y su foto de perfil en Facebook, lo cual me generaba temores, y también como él, estaba tensa.

Ramón tiene 24 años, nació en 1993. Vive en Las Flores en donde se crio desde su nacimiento en una casa que queda cerca de la Plaza Itatí, en el centro del barrio. Sus padres migraron desde otras provincias en la década de los 70, como la mayoría de los vecinos. Formaron su familia en Las Flores, y además de Ramón tuvieron otros dos hijos: Ana que tiene 35 años, y Pedro, de 26. La madre de Ramón murió cuando él era pequeño a causa de una apendicitis aguda que resultó letal porque ella no quiso atenderse en el Hospital. Ramón tenía 5 años y si bien tiene pocos recuerdos nítidos con su mamá, la mira cotidianamente a través de las fotos que hay en su casa. Recuerda que tenían una relación muy cercana, "éramos muy pegados", dice, y cuenta que la madre los cuidaba y pasaba la mayor parte del tiempo con ellos. Todos los años la va a visitar al cementerio el día de su cumpleaños junto a sus hermanos. En ese lugar renovó durante sus visitas su

compromiso de no abandonar la escuela, y así lo hizo, hasta que terminó la secundaria en *La Itatí*. En la conversación lo cuenta con orgullo:

> La mayoría de nuestros amigos, o sea, **los pibes que nos juntamos ahí**, **íbamos todos a la misma escuela**, que es acá en la Itatí. Yo terminé, empecé el prescolar en la Itatí y terminé ahí. O sea, fue más por el tema de mi vieja, porque **mi vieja me anotó, y quería que termine** la escuela, pero acá en la Itatí, y **le hice caso y la terminé**. (Entrevista a Ramón)

Ramón tiene poca relación con su papá y su hermano, y tiene un vínculo más estrecho con Ana y su pareja. Con el padre hablan poco, de hecho, desconoce varios datos respecto de su historia. Para Ramón, además de su hermana, el vínculo más importante lo tiene con sus amigos, a quienes conoció en la escuela. Ellos son la referencia a partir de la cual transita el barrio y se constituirán en un soporte para sortear las dificultades cotidianas.

V.1.2. Una usina de solidaridad

Cuando no trabaja, Ramón igual se levanta temprano, alrededor de las 9 de la mañana y ayuda a su hermana a limpiar la casa. Las actividades domésticas en general están a cargo de ella, y sólo cuando puede Ramón la acompaña en los quehaceres. A la siesta "sale a la calle" y se encuentra por primera vez con sus amigos en una esquina. Después, a la tarde visita a su novia, hasta la nochecita que vuelve a pasar un rato más con la *banda*. Por lo general, está expectante de conseguir algún trabajo y por ese motivo a la noche vuelve a su casa temprano, para estar disponible al otro día si lo llaman.

El lugar en el que más le gusta estar en el barrio es en la Usina. Ese es el sitio en donde se junta con sus amigos. La Usina queda atrás del Polideportivo Municipal, en el medio del barrio. La cantidad de horas que pasará en la esquina dependerá de las changas que haya disponibles, pero incluso cuando trabaja, se organiza para tener un tiempo y compartir con ellos. La esquina es el lugar del barrio en donde Ramón encuentra tranquilidad después de un día de trabajo, y cuando no lo tiene, es en donde comparte la ansiedad que le genera el hecho de no encontrarlo. Lo que más le gusta hacer en su día es encontrarse con sus amigos y "fumarse uno".

Con la *banda* explicitaron un pacto de solidaridad que implica acompañarse en la resolución de los problemas que tienen, por ejemplo, si alguno necesita un lugar en donde vivir o si necesita para comer. El acuerdo incluye también proteger a las mujeres con las que forman pareja, y a los hijos que los integrantes del grupo tienen. Ramón cuenta que las madres de sus amigos también son parte de la red, y en caso de que haya algún problema ellas se ocupan de acompañarlos y ayudarlos a resolverlos. Ramón describe de este modo el "estar en la esquina": "Mutuamente estamos, así, **en una esquina**… estamos parados en una esquina, pero tranquilos, sin problemas con nadie, **jodiendo, riéndonos entre nosotros**".

Él no transita muchos espacios más en Las Flores, por ejemplo, prácticamente no conoce el *fondo* del barrio. Es por eso que cuando comenzó las capacitaciones en el CCB, entabló relaciones con otros jóvenes, que viven en *el fondo*, a los que solo conocía de vista, pero con los cuales no tenía ningún vínculo. Ramón, a diferencia de otros de los jóvenes que participan del taller de fotografía, no había ido de niño a la guardería que funcionaba en el CCB, y el lugar le resultaba desconocido. Los amigos de su grupo lo invitaron a participar, y cuando conoció la propuesta, le resultó atractiva. Dice que "lo de la fotografía está buenísimo", pero, sobre todo, concurrir a este espacio le sirve para poder transitar activamente los momentos entre un trabajo y otro porque en esas instancias es cuando se siente más nervioso y preocupado. En sus propias palabras dice "me como la cabeza". Para Ramón esa es una de sus mayores preocupaciones: la dificultad que tiene para conseguir trabajo.

V.1.3. Trabajos y consumos

Ramón se define como trabajador. Toda su vida quiso serlo y se ocupó de estar en condiciones para poder conseguir un buen trabajo. De hecho, terminó la secundaria con la promesa que le transmitían los docentes y también sus padres de que de ese modo seguramente lo lograría. Al respecto se siente un poco engañado porque finalmente no sucedió de esa manera, y todos los días reparte currículums por diferentes agencias y son muy pocas las ocasiones en las que lo convocan. Respecto de la escuela, dice:

> (…) para mí no me sirvió para nada, bah, porque **supuestamente diciendo que con la secundaria terminada conseguís trabajo, es una mentira** porque **me cansé de tirar currículum** a los trabajos, a las empresas y a las obras también. Pero **nunca te llaman de ningún lado**. O sea, si trabajas tiene que ser por un pariente que está trabajando. (Entrevista a Ramón)

Sin embargo, tuvo algunas experiencias laborales y tal como él dice, la mayoría fueron a partir de algún contacto. Comenzó con su cuñado en un taller de chapa y pintura en donde arreglaban autos y los revendían, ese trabajo le gustaba, pero dejó de hacerlo porque eran pocas horas y no ganaba tanto dinero. Después, a través de una agencia lo contrataron de manera eventual durante una temporada para trabajar en el Casino de Rosario en donde armaba y desarmaba escenarios cuando había eventos. En ese trabajo, él dice "te tratan bien", y le gustaba, a pesar de que tenía que tener disponibilidad absoluta porque lo convocaban en cualquier horario, sobre todo de madrugada. De todos modos, él lo valora positivamente porque le pagaban bien y tenía contrato. Quería continuar y no pudo hacerlo porque no le renovaron el contrato y si bien le prometieron que lo volverían a llamar, no lo hicieron. Actualmente está trabajando como ayudante de albañil con un conocido. Arreglan casas de familia en diferentes zonas de la ciudad. Le gusta más que el trabajo de chapería porque son más horas y están mejor pagas. Reconoce que es un trabajo que lo cansa y que cuando llega a las últimas dos horas de su jornada laboral le duele mucho el cuerpo, pero a Ramón lo ayuda su contextura física grande y corpulenta. Aunque no tiene necesidades económicas en su casa porque su papá se encarga de los gastos, le gusta colaborar con los ingresos familiares, pero por sobre todo el trabajo le permite sentirse útil.

Con el trabajo se provee del dinero que necesita para poder darse algunos gustos, entre otros, disfrutar de su placer cotidiano de fumar un cigarrillo de marihuana. Nunca fuma en su casa ni tampoco en la vereda porque no quiere que su familia ni sus vecinos lo vean en esa situación.

> A mi familia no le cae bien y yo lo entiendo, se lo entendí…yo hablé con mi hermana, ella me entendió y yo no me veo así como te dije por facebook, **no me veo como una mala persona porque fume marihuana, no me veo como un choro, no me veo como un vago**, yo siempre para adelante,

> siempre…**tratando de seguir todo adelante, y hacer las cosas lo mejor posible, siempre traté de hacer las cosas bien. O sea, nunca desarreglarme**. (Entrevista a Ramón)

Ramón prefiere mostrarse frente a los otros, en este caso su familia y sus vecinos, como trabajador, y conservar en la intimidad los momentos en los que quiere "fumarse uno". En su relato, él opone la idea de trabajo a la de consumo, como dos momentos diferenciados. Aun cuando el trabajo le permite proveerse para consumir, aclara en varias oportunidades que nunca mezcló sus actividades laborales con el consumo. Entiende que eso puede exponerlo a ciertos riesgos y además considera que ir fumado a trabajar es una falta de respeto. Ramón hace grandes esfuerzos por ser un buen trabajador y se define como responsable, comprometido y cumplidor con las tareas que le asignan. Él quiere que los demás lo reconozcan de esa manera, como un joven que hace esfuerzos para estar bien, y para no "descarrilarse".

V.1.4. El barrio

En la historia de Ramón, la pertenencia barrial ocupa un lugar central por varios motivos. En primera instancia, él considera que las dificultades con las que se encuentra cuando quiere conseguir un trabajo tienen que ver con vivir en Barrio Las Flores. Este dato de su biografía es, según Ramón, el que más condiciona sus posibilidades laborales. En segundo lugar, porque considera que la "mala fama" que tiene el barrio está provocada por los cambios en los códigos que hubo en los últimos tiempos, a partir de los cuales se fue convirtiendo en un lugar cada vez más peligroso. Como dirá Ramón, Las Flores es un lugar inseguro para los de *adentro*, es decir, para los vecinos que viven ahí, y no tanto para quienes lo visitan o lo frecuentan esporádicamente.

Él atribuye esa peligrosidad a que hay jóvenes que quieren ser nombrados por el resto de los vecinos, en sus palabras "hacerse ver" y lo intentan lograr mostrándose en el barrio "a los tiros". Ramón considera que esos jóvenes son "pendejos" a diferencia de los hombres que resuelven sus problemas a partir de golpes de puño. Él cuenta que los enfrentamientos con armas de fuego son cotidianos, y en general se producen entre *bandas*, grupos de referencia, por motivos que tienen que ver con cuestiones de las más diversas como mirarse mal,

o usar determinado tipo de ropa, o intercambiar un gesto con una mujer que tiene pareja, y también, por cuestiones territoriales.

En esa organización del territorio, el grupo de Ramón, que se junta en la Usina que está ubicada en el medio del barrio, en general tiene dificultades para poder moverse porque las bandas de *atrás* y de *adelante* los acusan, por igual, de tener relación con la otra. En el marco de esa disputa, en febrero de 2015 con su *banda* vivieron una situación trágica: la muerte de uno de sus amigos, el Palomo. Ramón cuenta que era un día como cualquier otro y estaban reunidos en la Usina cuando el Palomo decidió "ir a comprar" un cigarrillo de marihuana y en vez de recorrer el camino habitual, se desvió. Eso lo llevó a tener que atravesar una zona que estaba vedada para él. Al pasar, uno de los jóvenes de la otra *banda*, le disparó y lo mató. El Palomo estaba en ese momento con un compañero, que según Ramón "ya no puede llamarse amigo porque lo dejó solo, tirado".

Cuando en el grupo escucharon los tiros, no imaginaron que el destinatario había sido su amigo, porque se escuchó que provenían de una zona en la que, según sus cálculos, él no podía estar. Al rato, un vecino les avisa: "*le pegaron al Palomo*". Ramón y el resto de los jóvenes que estaban reunidos corrieron hasta el lugar, pero no pudieron acercarse demasiado porque ellos también estaban en riesgo si ingresaban a la escena. Observaron el cuerpo de su amigo tendido desde lejos, sin poder hacer nada. Entre ellos comentaban lo injusto que era que le suceda eso al Palomo, que era "un buen pibe", que salía con el carrito con sus hermanos y de ese modo proveía al resto de la familia para la subsistencia. Ramón cuenta enojado que el Palomo "nunca se había metido con nadie". La situación culminó cuando uno de los vecinos trasladó al Palomo en su auto porque la ambulancia, como es habitual, tardaba en llegar, y el joven murió camino al Hospital de Emergencias (HECA).

Con el grupo de amigos pensaron en vengarse hiriendo o matando a alguno de los integrantes de la otra *banda*. La situación les había generado mucha impotencia y bronca, pero también miedo. Es por esto último que decidieron entre todos que la venganza no sería una solución, no sólo porque temían por su propia vida sino porque en ese despliegue de violencia, el espectro de posibilidades de los que

pueden resultar heridos o morir era amplio, e incluía familiares, otros amigos, otras relaciones cercanas. Ramón lo dice así:

> **Te metes en el tema de vengarte, te vas a meter más en problemas**. **Arriesgas** la vida de tu familia, porque siempre **es como todos lados, se desquitan con un hermano, se la desquitan con tu viejo**… o que le roban, o que le pegan. Y no, no nos metimos en ese tema. **La dejamos pasar, no queda otra**. (Entrevista a Ramón)

En el relato de la situación, Ramón y sus amigos no pudieron hacer nada en relación con la muerte del Palomo: ni la policía, ni el poder judicial ni ninguna otra instancia institucional los acompañó para que la muerte de su amigo no quedara impune. En general, este tipo de homicidios es caratulado como "ajustes de cuenta por conflictos interpersonales" y de ese modo se desjerarquiza la investigación judicial, porque se supone que ambas partes estaban implicadas en la escena y que dirimieron un conflicto del orden de lo privado de este modo. Ramón y su grupo elaboran la muerte del Palomo concurriendo al cementerio a "visitar al amigo", y lo hacen cada vez que pueden, los días domingos. En esas visitas le llevan las cosas que le gustaban y que ellos siguen compartiendo: tabaco, alcohol, marihuana, y también pertenencias como ropa, zapatillas, gorras. A partir de este hecho reforzaron el pacto que vienen construyendo desde hace años, pero además, cobraron dimensión de que, espasmódicamente, "la calle" se puede convertir para ellos en un lugar inseguro. Y en ese marco, el encuentro en *su* esquina, se resignifica como un recorte mínimo del espacio en el cual sentirse protegidos.

V.1.5. Delineando circuitos

El encuentro con Ramón terminó después de una hora y media de conversación. Fue un momento intenso porque el relato oscilaba entre escenas muy traumáticas y otras que daban cuenta de las instancias afectivas y relajadas que Ramón y sus amigos viven en el barrio. Ese día, como tantas otras veces que estuve en Las Flores Sur, volví del barrio movilizada. Escuchar los relatos de los jóvenes convulsionaba mis supuestos y mis interpretaciones. A la noche, me conecté a internet y en el Facebook tenía un mensaje de Ramón: "me hizo bien la entrevista,

gracias… cuando terminé, tenía un mensaje de mi patrón, así que me fui a trabajar un rato. ¡Gracias!".

El mensaje me alivió. En general después de cada instancia de encuentro con los jóvenes me preguntaba qué hacer con todo lo que éstos me contaban, y me preocupaba no quedar entrampada en lo que Fonseca denomina como "conexión funesta" entre el "ansia de ayudar y la aspiración de estudiar etnográficamente a los grupos populares" (2005: 6). Esa preocupación, desde la cual advertía que uno de los riesgos era "no ver más que la miseria" (Fonseca, 2005: 6) o los problemas que los jóvenes encuentran en la cotidianidad en el barrio, se transformó en una posibilidad de organización del modo de presentar sus historias, a partir de puntos en común. En ese sentido, el relato de Ramón, que fue uno de los últimos jóvenes a quien conocí en mi trabajo de campo y cuya historia está atravesada por hitos complejos y traumáticos, me sirvió para poder ordenar el recorrido que otros jóvenes también realizan por el territorio.

Es así que a partir de ordenar los datos de la biografía de Ramón y poniéndola en relación con la de los otros jóvenes a los conocí durante el trabajo de campo, construyo tres circuitos que están presentes en su vida en el territorio, y que organizan sus recorridos. Estos circuitos son el de la escuela, el de los guasos y el del rescate. En cada uno de ellos, hay instituciones que aparecen con mayor centralidad, generando el pulso del recorrido, y también acompañando en la construcción de relaciones con características particulares. En ese modo de sociabilidad que se construye en cada uno de los circuitos, entran en juego valoraciones morales diferentes en relación con las prácticas y discursos propios como así también respecto de otros jóvenes que circulan por recorridos diferentes.

Los circuitos que recorren los jóvenes se caracterizan por ser fluctuantes, reversibles y los pasajes entre recorridos por lo general se producen de manera espasmódica. Esos pasajes entre circuitos atienden tanto a intereses o inquietudes de los propios jóvenes como a situaciones coyunturales, barriales o institucionales que propulsan cambios en la circulación. La característica de los recorridos que delinean los jóvenes tiene que ver con la volatilidad, es decir, están contorneados por líneas inestables, cambiantes y se reorientan permanentemente. Sin embargo,

al interior de cada uno existen rasgos particulares que los caracterizan y que trabajaremos posteriormente.

Antes de describir cada uno de los circuitos[138], resulta pertinente poner en relación esta categoría con las de ciclo vital y trayectorias, ya que éstas constituyen claves desde las cuales se abordan desde diferentes estudios las biografías juveniles.

V.2. Los ciclos vitales y la moratoria social

La sociedad capitalista occidental se organiza por estructuras etarias, entre otras clasificaciones, en donde entran en juego relaciones de poder. El ciclo de la vida no es igual en todas las culturas, y tal como plantea Roberti (2014), la segmentación por edad y la institucionalización de grupos etarios son procesos que se construyen en momentos puntuales del tiempo de vida. En ese sentido, "cada cultura tiene sus propios modos de organizar la temporalidad y de producir sus edades" (2014: 23).

En el análisis que varios autores realizan respecto de la categoría ciclo vital (Gentile, 2014; Chaves, 2010; Feixa, 1996) identifican el surgimiento de la misma a fines de siglo XIX, ligándolo al objetivo de organizar el desarrollo de la experiencia de vida. Ésta comenzó a ordenarse a partir de momentos definidos por la edad cronológica y por las instituciones consideradas pertinentes para cada una de esas etapas. Desde ese entonces cobra vigencia la organización de los recorridos vitales en "fases" desde las cuales se supone que a un determinado momento etario le corresponde un determinado tipo de institucionalización.

Feixa analiza que la función de la categoría ciclo vital tiene que ver con definir "los grados de edad por los cuales han de pasar los miembros individuales de una cultura" (1996: 3). Desde esta organización etaria se considera que a un determinado recorte de edades (grado) les corresponde transitar un determinado ciclo, y tal como ya fue dicho, en cada uno de éstos tendrá preponderancia un tipo de institucionalización. A partir esta correlación entre grado de edad e institucionalización es posible organizar el desarrollo de las experiencias vitales a partir de un abordaje cronológico de las biografías individuales.

[138] En este capítulo solo se hará una referencia acotada respecto de la particularidad de los circuitos, ya que los próximos tres capítulos exploran en profundidad cada uno de ellos.

Mariana Chaves (2010) planteará que la cronologización del curso de la vida responde a la necesidad de objetivar los procesos individuales como parte de un desarrollo progresivo, medido en unidades temporales ligadas al calendario occidental y cristiano:

> (…) la vida se interpreta como un tránsito por el tiempo; el reloj organiza el quehacer cotidiano –cuándo trabajar, estudiar, comer, dormir– y el calendario el qué hacer en cada fase de la vida –cuándo hay que casarse, tener hijos, estar recibido. El pasar por la vida cobra sentido como una sumatoria, la tendencia progresiva de este desarrollo implica acumulación y avance. (Chaves, 2010: 26)

Este esquema evolucionista constituye el modo hegemónico de interpretar el ciclo de la vida en nuestro país y desde esa perspectiva en el análisis de las biografías individuales se pone el acento en las posibilidades de acumulación y progreso que cada individuo puede alcanzar durante su experiencia vital. Este proceso de cronologización se combina con el de la "institucionalización del curso de la vida" (Chaves, 2010: 26), y tal como ya fue dicho, se inicia acompañando el proceso de la modernidad en donde se priorizaron los momentos de escolarización e ingreso al mercado de trabajo como las fases más importantes de la vida.

Al respecto, Gentile recupera también las categorías de cronologización e institucionalización de los cursos de la vida y plantea que en las ciencias sociales estos procesos fueron analizados como: "procesos a través de los cuales las sociedades modernas capitalistas (centrales y periféricas) fueron estructurando un esquema de interpretación hegemónico de este movimiento" (Gentile, 2014: 36).

Organizadas a partir de ciclos vitales, las biografías individuales son interpretadas y analizadas de manera homogénea. Desde la apelación a la cronologización e institucionalización del curso de la vida se desconocen las diferencias de cada experiencia vital y también cuáles son las particularidades del pasaje por las diferentes fases o etapas.

En el caso de los sectores populares, la posibilidad de organizar la experiencia de vida a partir de ciclos vitales plantea ciertas dificultades ya que las biografías dan cuenta de historias desarticuladas y en la mayoría de los casos los recorridos no atienden linealmente a pautas institucionales transitadas en determinados grados

de edad. Los relatos dan cuenta de trayectos fragmentados, cuyas vinculaciones con instituciones como el trabajo, la familia nuclear o las instituciones educativas son espasmódicas y desorganizadas. Gentile (2014) plantea en esta línea que en Argentina determinados procesos sociohistóricos pusieron en tensión la idea de ciclo vital por la dificultad de reconstruir de manera lineal las experiencias de vida, dado que éstas se reconfiguran a partir de inserciones sociales inestables y reversibles. En palabras de la autora:

> La concepción de un proceso lineal y progresivo es sustituida por la de una multiplicación y reversibilidad de los trayectos biográficos, flexibilidad temporal que da lugar a recorridos más personales e individualizados (…) abriendo la posibilidad a la coexistencia y simultaneidad de múltiples lógicas y esquemas temporales en un mismo lugar y una misma biografía. (Gentile, 2014: 38)

En ese sentido, las experiencias de vida de los jóvenes de barrio Las Flores no atienden a procesos lineales sino más bien a recorridos flexibles y volátiles. Esto no significa que las instituciones como la escuela, la familia o el trabajo no tengan centralidad en la vida de los jóvenes, porque, de hecho, tal como veremos, tienen un lugar central en sus recorridos, sino más bien lo que se pone en juego es la legitimidad que estas instancias tienen, y esa legitimidad no está ligada a una idea de "evolución" o "progreso".

Por su parte, la categoría de ciclo vital permite comprender cómo se configura la mirada estatal respecto de las juventudes. Fundamentalmente desde las instituciones tradicionales, tales como salud, educación o asistencia, se analizan los procesos que realizan los jóvenes en sus experiencias vitales desde una lógica de etapas o momentos. Es por eso que, en muchos casos, el desacople entre el grado de edad y la institucionalización prevista para esa fase genera conflictos y tensiones, evidenciando la dificultad de poder considerar las particularidades en los recorridos.

Asimismo, desde el enfoque de los ciclos vitales, la juventud es considerada como la fase o etapa de "transición" hacia la vida adulta más que como un momento en sí mismo con características particulares. Se considera así que esta etapa es transitoria y se utiliza como referencia el mundo adulto, motivo por el cual la

juventud sólo tiene sentido en tanto "pasaje" hacia esa fase. Esta perspectiva, considerada adultocéntrica, refuerza un imaginario de la adultez como etapa homogénea que se caracteriza por la estabilidad que se logra a partir de la referencia a instituciones como el trabajo y la familia.

Este modo de concebir la juventud responde a una perspectiva que se denomina sociología de la transición. Roberti plantea que desde este enfoque la juventud se define como pasaje entre la niñez y la adultez, describiéndola como: "un estatus provisional e incompleto en la trayectoria vital, que establece las características del sujeto joven desde la falta, las ausencias y la negación" (2014: 21).

La perspectiva de la juventud como pasaje supone, al menos, dos problemas para el análisis de las juventudes de los sectores populares. Por un lado, supone atribuirle al mundo adulto características homogéneas ligadas a la estabilidad a partir de la inserción en el mercado de trabajo. En el caso de los adultos de barrio Las Flores Sur, éstos transitan por experiencias vitales que dan cuenta de inestabilidades, delineando recorridos diversos y fluctuantes en relación con el ingreso al mercado de trabajo, la conformación de las familias y la estabilidad laboral. Es decir que "la vida adulta" no adquiere para los sectores populares características de estabilidad ni tampoco se constituye en una experiencia homogénea. El segundo problema tiene que ver con que la idea de pasaje supone la comprensión de las juventudes desde una perspectiva de moratoria social, es decir, como instancia de preparación hacia la vida adulta. La moratoria social considera que la juventud se termina cuando los jóvenes se convierten en adultos, ligando este rol a la asunción de responsabilidades, a insertarse en el mercado de trabajo y formar su propio hogar. Desde esta lógica, la juventud es una etapa conflictiva que se caracteriza por la inestabilidad y por constituirse en una zona intermedia, de pasaje hacia la vida adulta.

La perspectiva de la juventud como moratoria social viene siendo revisada desde los años 90 (Margulis, 2008) y las críticas apuntan fundamentalmente a que desde esta perspectiva se desconocen las particularidades que las desigualdades sociales suponen para los recorridos juveniles. Margulis y Urresti (2008) plantean que desde las diferencias de clases se construyen modalidades diferentes de transitar la

juventud. Así como los jóvenes de sectores medios y altos gozan por lo general de la posibilidad de estudiar y de postergar su ingreso a las responsabilidades de la vida adulta, los jóvenes de los sectores populares tendrán más acotadas esas posibilidades. En ese sentido, varios autores consideran que desde finales del siglo XX se asiste a una nueva condición juvenil (Tedesco, 2000; Dávila León et al., 2006) y por lo tanto es necesario analizarla desde las propias características que ésta adquiere y no desde la idea de tránsito o pasaje hacia la vida adulta.

Aun cuando las transformaciones contextuales afectan notablemente los recorridos experienciales que los jóvenes realizan, la organización del curso de la vida a partir de la categoría de ciclo vital sigue constituyéndose en un modo hegemónico de entender las biografías juveniles, y desde esta lógica se refuerza la idea de juventud como transición o pasaje. Tal como ya fue explicitado, esta perspectiva es la que predomina en las instituciones estatales en las cuales se analizan los diferentes momentos de la vida de los jóvenes como fases que los preparan para la vida acompañado desde esa lógica la construcción de un "proyecto de vida" (Medan, 2012).

Medan (2012) plantea que las políticas de juventud se centran en la construcción del "proyecto de vida" de los jóvenes, proponiendo cierto modelo de integración social a partir de lógicas de acción propias de una clase dominante como la que encarnan las instituciones estatales. En ese sentido, la autora considera que el énfasis está puesto en la cuestión de la edad como transición, subestimando los condicionamientos de clase que "marcan las prácticas cotidianas de los sujetos a los que asisten" (Medán, 2012: 80).

En la misma línea, Machado Pais considera que "las políticas de juventud tienden a estandarizar las transiciones de los jóvenes para la vida adulta" (2002: 88) generando que muchos de ellos sientan resistencia de participar de las propuestas institucionales que los enfrentan permanentemente con la imposibilidad de responder a ese mandato. La cronologización de las experiencias vitales sigue organizando las modalidades y lecturas desde las cuales se interviene con las juventudes desde diferentes instituciones estatales.

V.2.1. Biografías y trayectorias

Otra de las categorías que tiene relevancia para analizar las biografías juveniles es la de trayectorias. Ésta constituye una herramienta analítica que permite un abordaje teórico – metodológico de los recorridos impredecibles y discontinuos que realizan los jóvenes. Recuperando el planteo de Eugenia Roberti (2014)[139] respecto de la reconstrucción del surgimiento de esta categoría en el campo de las ciencias sociales, la autora considera que el análisis de las trayectorias cobra preeminencia en la década de los 70 a partir de la crisis que se suscita en las instituciones que caracterizaban la organización del curso de la vida. Como consecuencia de este fenómeno denominado "desinstitucionalización", se produce una "menor normalización en la secuencia del calendario vital" (Roberti, 2014: 27).

Sin embargo, la perspectiva de las trayectorias tiene antecedentes previos en el campo de las ciencias sociales, fundamentalmente a principios de siglo XX. En ese momento cobran relevancia los análisis realizados desde la Escuela de Chicago en base a estudios de caso y el método "biográfico" adquiere su mayor desarrollo y expansión de la mano de la antropología norteamericana. A partir de lo anterior, el enfoque de las trayectorias tiene como objetivo: "analizar las experiencias que una persona construye a lo largo de su vida, en la cual la narración del propio sujeto, entre otros documentos biográficos, adquiere un lugar central" (Roberti, 2014: 39).

Durante la segunda mitad del siglo XX, luego de la Segunda Guerra Mundial, los estudios centrados en historias de vida pierden centralidad, tanto en la sociología como en la antropología, recibiendo críticas respecto de su carácter científico, ya que se cuestionaba al método biográfico porque se consideraba que carecía de representatividad y validez. Es, tal como fue mencionado, recién a fines de la década del '70, en un contexto de revalorización de la metodología cualitativa que

[139] Para profundizar sobre las diferentes perspectivas de abordaje de la categoría trayectorias se sugiere la lectura de la Tesis de Maestría en Ciencias Sociales de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata realizada por María Eugenia Roberti. La misma se denomina *La nueva condición juvenil en tiempos de desestructuración: Un estudio de las trayectorias laborales de los jóvenes del barrio Aluvión y su imbricación con otras esferas vitales (La Plata, Provincia de Buenos Aires)*. Disponible online: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jte1101, [consulta: 09/05/2017].

los análisis biográficos vuelven a tener centralidad en los estudios sociales (Roberti, 2014).

En América Latina, y en Argentina en particular, los trabajos que adoptan un enfoque biográfico comienzan a proliferar a partir de la década del 80 desde múltiples investigaciones que se realizan en el campo de las ciencias sociales y humanas. Muñiz Terra et al. (2013) plantean al respecto que:

> La relevancia del análisis biográfico quedó puesto de manifiesto así en numerosos trabajos publicados desde la sociología, la antropología, la historia, la literatura y la filosofía que, en líneas generales, concibieron a la perspectiva biográfica como una 'actitud fenomenológica' desplegada por los investigadores, encaminada a entender el universo existencial de los individuos, a través de la organización de sus secuencias temporales de vida. (Muñiz Terra et al., 2013: 86)

La propuesta de los mismos tiene que ver con trascender los dilemas clásicos y binarios desde los cuales se abordan los fenómenos sociales (sociedad/ individuo; estructura/ acción; objetividad/ subjetividad), permitiendo comprender de manera analítica la complejidad de la realidad social, introduciendo en el análisis las dimensiones sociales y culturales.

El sociólogo Pierre Bourdieu (1997), quien se constituye en uno de los referentes más importantes respecto del análisis de las trayectorias, mantiene cierta oposición con la idea de biografía. El autor cuestiona las posiciones teóricas que analizan, desde una perspectiva subjetivista, la vida de un individuo como un conjunto ordenado y coherente de sucesos[140]. Bourdieu (1997) considera que relatar la vida como una historia no es más que una ficción, una creación artificial de sentido. El autor se enmarca dentro de las tradiciones sociológicas que subrayan el peso de los condicionamientos estructurales sobre los individuos, y en ese sentido considera que las trayectorias son: "una serie de posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente (O un mismo grupo) en un espacio

[140] Bourdieu plantea la discusión con la perspectiva estadounidense de curso de la vida, según la cual la biografía de un individuo se puede organizar en una línea de vida o carrera, que puede variar y cambiar en dirección, grado y proporción. Desde esta perspectiva se señala que el curso de la vida es el "resultado del entrelazamiento de múltiples trayectorias que representan diversas dimensiones –trabajo, escolaridad, vida reproductiva- en las que una persona se desenvuelve a lo largo de la vida, conformando una 'trayectoria vital'" (Roberti, 2014: 42). Se considera así que de las múltiples trayectorias que conforman el curso de la vida, alguna de ellas funcionará como hilo conductor o eje de las demás.

en sí mismo en movimiento y sometido a incesantes transformaciones" (Bourdieu, 1997: 82). Para el autor, cobra relevancia la mirada diacrónica en tanto la posición de un agente solo puede ser captada a través de la historia estructural de su posición en el espacio social, y de las múltiples disposiciones adquiridas y acumuladas a lo largo de su trayectoria. En ese sentido, la posición de partida condicionará las posibilidades de la trayectoria que el agente realice.

Retomando a Bourdieu, Roberti analiza cómo la clase social constituye el punto de partida que condicionará en gran medida el campo de posibilidades de los agentes. Plantea que el origen social: "convierte a una trayectoria individual en un fenómeno de clase: cada clase social está definida por una serie de trayectorias particulares, que toman como punto de origen la pertenencia familiar" (2014: 46). De este modo se configuran destinos típicos para una misma condición social y los agentes siguen los posibles cursos de acción dispuestos para su clase, reproduciéndose así el sistema de relaciones dominantes.

En la misma línea, el investigador chileno Dávila León (2006) considera que desde el análisis de las trayectorias lo que se privilegia es el acento en el plano social, es decir, en analizar las posiciones que van ocupando los sujetos en la estructura social, o lo que es igual, en el campo de las relaciones de poder entre los grupos sociales. En ese sentido, para el autor las trayectorias son algo más que historias vitales personales:

> Son un reflejo de las estructuras y los procesos sociales; procesos que se dan de manera conjunta, es decir, consideran procesos a nivel de la configuración y percepciones desde la propia individualidad y subjetividad del sujeto, y las relaciones que se establecen entre aquellas y los contextos a nivel de las estructuras sociales en las cuales se desarrollan aquellas subjetividades. (Davila León, 2006: 57)

El autor incorpora lo subjetivo como dimensión que permite introducir una mirada que analice las particularidades de los procesos de cada uno de los individuos. La incorporación de esta dimensión supone reconocer que las trayectorias han dejado de seguir procesos lineales, y que cada vez más siguen recorridos impredecibles, que dan cuenta de su carácter reversible y laberíntico.

Machado Pais (2000) caracteriza a estas trayectorias laberínticas como "yoyó", es decir, la estructura de transición que va y vuelve de una condición a otra, del estudiante que pasa al trabajo y luego vuelve a ser estudiante, o del dependiente que pasa a la independencia y luego vuelve a la dependencia. Desde esta perspectiva, que enfatiza el lugar que la subjetividad juega en la construcción de las biografías, se considera que existe una crisis de los marcos interpretativos de referencia y de la capacidad de reflexividad de los individuos. Es por eso que las experiencias biográficas manifiestan la primacía del proceso de individualización que se pone en juego en la heterogeneidad de los recorridos contemporáneos. En palabras de Davila León: "El concepto de individualización acentúa que es el sujeto joven el que tiene que construir su propia biografía, sin tener que poder apoyarse en contextos estables. Esto no significa, sin embargo, que ya no importen los condicionamientos y el origen social" (2006: 58).

La heterogeneidad incorpora otras dimensiones en el análisis de las biografías, y en ese sentido, la noción de capital de Bourdieu (1997) constituye un gran aporte. Además del capital económico, el autor considera otros como el cultural, el social, y el simbólico.

Para finalizar este apartado, resulta importante destacar que los estudios de trayectorias, con sus múltiples usos y aplicaciones, se sitúan en un campo analítico que intenta abordar la encrucijada entre el individuo y la sociedad, la relación entre lo estructural y lo biográfico, lo objetivo y lo subjetivo y eso sin duda permite echar luz sobre los recorridos que los jóvenes realizan. Los diferentes modos de entender las trayectorias dan cuenta de la necesidad cada vez más presente de atender a los sujetos, sus decisiones, sus estrategias y lógicas de acción, en el marco de posiciones en la estructura social, en muchos casos desfavorables.

V.3. Recorridos disruptivos

Tal como veíamos en el apartado anterior, el abordaje de las biografías juveniles desde la perspectiva de las trayectorias permite analizar los procesos y recorridos que realizan los jóvenes, teniendo en cuenta diferentes dimensiones a la hora de dar cuenta de ellos. Sin embargo, estos estudios en general han puesto mayor

énfasis en la dimensión temporal que en la espacial. Roberti (2014) realiza en una crítica a esta priorización que los estudios de trayectorias han realizado respecto de la dimensión temporal:

> Si en ocasiones existe una mención respecto de un lugar residencial o un ámbito espacial específico –barrio, ciudad o región- no se le atribuye al espacio una importancia significativa en el desenvolvimiento del trayecto vital de los individuos; el espacio geográfico no es pensado como una dimensión analítica que confluye en la constitución de las trayectorias. (Roberti, 2014: 55)

Teniendo en cuenta la centralidad que la dimensión espacial adquiere en los recorridos de los jóvenes de sectores populares para quienes la pertenencia territorial es clave en sus biografías considero pertinente apelar a la categoría analítica de circuitos, vinculada con esa dimensión. Utilizar esta categoría supone, además, analizar los recorridos en una lógica de movimientos, en muchos casos fluctuantes; en otros casos superpuestos, en donde aparecen interconexiones e intercambios que no siguen una lógica secuencial ni tampoco tienen un hilo conductor o eje que hilvane su curso. En ese sentido los recorridos de los jóvenes se caracterizan por ser disruptivos, es decir, el trazado se interrumpe constantemente por algún quiebre o alguna falla, ligado a cuestiones que exceden las propias posibilidades de los actores que participan, como por ejemplo veremos posteriormente, las muertes violentas.

Utilizo la definición que José Magnani (2005) realiza respecto de los "circuitos de jóvenes". El autor, antropólogo brasilero, privilegia la inserción de los jóvenes en el paisaje urbano y de los espacios por donde ellos circulan, donde construyen sus puntos de referencia y en ocasiones de conflicto, y establecen relaciones de intercambio con otros, prestando especial atención al grupo de pares. La idea de circuito permite desplazar la atención de la condición de jóvenes como construcción etaria o ligada a un determinado momento del ciclo vital, para prestar mayor atención a los recorridos que estos jóvenes delinean.

En palabras del autor la categoría de circuitos "describe el ejercicio de una práctica" (2005; 177) y de una oferta de servicios por medio de establecimientos,

equipamientos y espacios que no mantienen entre sí una relación de contigüidad espacial, siendo reconocido por el conjunto de usuarios habituales.

> La noción de circuito designa un uso espacial, posibilitando el ejercicio de una sociabilidad por medio de encuentros, comunicación, manejo de códigos, pero de forma más independiente en relación al espacio. Más que un conjunto cerrado, el circuito puede ser considerado un principio de agrupación. (2005: 177)

Desde la lógica de "principio de agrupación" los recorridos de los jóvenes pueden ser organizados en circuitos en los cuales existe algún denominador común que caracteriza esa agrupación. Retomando el planteo de Magnani (2005). Mariana Chaves (2010) considera que la categoría de circuitos es útil para poder construir una clasificación espacial, organizándola a partir de diferentes ejes tales como "la sociabilidad, los usos y las valoraciones" (2010: 55). Chaves analiza cómo se articulan esas dimensiones y a partir de allí construye una tipología de recorridos que se convierten en perfiles identitarios hipotéticos. La autora retoma de Reguillo (1998c) la categoría metodológica de "perfil identitario" quien la define como:

> (…) colectivo de adscripciones identitarias particulares comunes a los miembros o a la mayoría de ellos. Funcionan heurísticamente como 'tipos ideales' weberianos y permiten una aproximación a los agrupamientos juveniles urbanos. (Chaves, 2010: 55)

En ese sentido y tal como veremos en los próximos capítulos, la adscripción de los jóvenes a determinado circuito preformatea sus discursos y sus prácticas, configurando determinadas características, rasgos y modos de sociabilidad característicos de sus movimientos. Reconstruir los circuitos atendiendo a la diversidad de los movimientos juveniles permite considerar que existen diferentes instancias de integración (Medan, 2011) a las que apelan los y las jóvenes y desde las cuales construyen su sociabilidad.

Los circuitos que construyo a partir del trabajo de campo funcionan como tipos ideales, en el sentido en el que plantea Chaves (2010) en tanto permiten clasificar y organizar los recorridos juveniles y los perfiles identitarios que se ponen en juego en cada uno de ellos. A su vez, dentro de cada uno de los circuitos no

encontramos homogeneidad en los modos de transitarlos, sino más bien una multiplicidad de prácticas y sentidos que encuentran un denominador común.

V.3.1. Los circuitos de los jóvenes del barrio

> "-¿Hay distintos jóvenes en Las Flores?
> B: *Sí, totalmente… hay jóvenes que* ***buscan bronca todo el tiempo****, pero es un grupo más reducido, es un grupo más reducido pero con mucho poder, porque si tienen un arma de fuego y ya eso te da poder, atrás hay narcos o la policía que los incentiva a ir a robar, le dicen 'te libero esta zona anda a robar acá', y a eso se dedican, salen, cuidan coches, por ahí si pueden robar algo lo roban, y no tiene límites. Después hay dos grupos más: está el otro grupo que* ***está yendo a la escuela****, porque no le hace falta nada, actualmente porque hay padres que tienen muy buenos trabajos, están en proceso de que están terminando la secundaria, y están en 'no sé qué hacer', están en decidir el rumbo. Y después está el otro grupo que está en veremos,* ***se quiere rescatar,*** *y está decidido a que no necesariamente la única verdad es la realidad de este barrio sino que tienen otra realidad que es, es una realidad, es la vista a un futuro y una vida mucho mejor, que no necesariamente se tienen que ir del barrio, yo los incentivo constantemente a que hagan cosas por el barrio, o sea que no está mal pensar en el futuro de uno mismo, pero estaría bueno que también pensemos en el futuro de todos. La mayoría está en el veremos, y se van un poquito para acá y un poquito para allá…*"
> Brian, 24 años
> Entrevista

A partir del trabajo de campo y de la construcción cartográfica del territorio que fue presentada en los capítulos anteriores, construyo los circuitos de los jóvenes en Barrio Las Flores. En todos estos circuitos aparecen distintas referencias institucionales, entendiendo institución desde la perspectiva de Hogson como: "sistemas de reglas sociales establecidas y extendidas que estructuran las interacciones sociales" (2011: 22).

En ese sentido, las *bandas* o grupos de pertenencia son instituciones en tanto funcionan regulando prácticas y discursos de los jóvenes, estructurando sus intercambios. A su vez, transitar por alguno de los circuitos genera determinado tipo de reglas de interacción, determinada modalidad de inclusión, de pertenencia y también en cada uno de ellos se ponen en juego valores morales respecto de lo que es considerado legítimo y respetable.

Los circuitos que construyo son tres: “de la escuela”, “de los guasos” y “del rescate”. En cada uno de estos circuitos los jóvenes construyen un modo de sociabilidad, ponen en juego determinadas prácticas y sentidos y también, tal como decíamos, valoraciones respecto del propio recorrido y el que hacen los demás.

Como plantea Medán (2011) es necesario analizar los recorridos de los jóvenes corriéndonos de perspectivas que los consideren desde la lógica de la pasividad que genera la pobreza o desde la carencia, para pasar a otras instancias desde las cuales explicar efectivamente de qué manera estos jóvenes construyen sus circuitos de socialización:

> Cuando al menos desde hace dos generaciones que estas instituciones (la escuela y el trabajo) están cuestionadas como vehículos de acenso social, estas juventudes han establecido, de manera no sistemática ni necesariamente razonada, otras instancias de inclusión o socialización. (2011: 65)

La autora recupera del planteo de Merklen (2010) quien realiza la crítica a la idea de desafiliación completa desde la cual se aborda en muchos casos a los sectores populares. En el caso de los jóvenes, ese razonamiento niega que ellos efectivamente transiten instancias de socialización que permitan pensarlos como sujetos activos (Medán, 2011). Es desde esa idea que la institucionalidad cobra un significado renovado y determinados grupos o espacios de referencia como los amigos / grupo de pares / banda pueden ser considerados como instituciones privilegiadas en los procesos de socialización de los jóvenes.

Así, los jóvenes que transitan el circuito “de la escuela” realizan un recorrido más ligado a las instituciones estatales vinculadas a las políticas sociales universales (salud, educación) en donde subyace que el pasaje por este recorrido habilita el acceso a la ciudadanía, aunque ésta sea restringida y de baja intensidad (O´Donnell, 1993). El tránsito por este circuito aparece como un dato de las biografías que permite disputar una posición respetable, fundamentalmente porque habilita a la construcción de un *habitus* (Bourdieu y Passeron, 2010) diferenciado al de la lógica barrial desde el cual es posible sostener interacciones con el *afuera* barrial.

Es en el circuito “de los guasos” donde la lógica barrial adquiere mayor presencia como perfil identitario. Este es un recorrido cuyo espacio privilegiado es la *calle*, y en donde lo que se pone en juego son valores asociados a la construcción de poder a partir de limitar al otro en sus movimientos. Para eso los jóvenes despliegan una serie de estrategias, dentro de las cuales participar activamente de las *broncas* será lo más importante para disputar prestigio. En este circuito la presencia del Estado aparece de modo ambiguo. Por un lado, las instituciones estatales tradicionales tales como la educación, la salud y la asistencia social optan por mantenerse al margen, adoptando una posición pasiva que incluso en muchos casos opera como negación de este circuito. Por otro lado, desde las fuerzas de seguridad, se refuerza este recorrido, estimulándolo y habilitando el desarrollo de instancias ilegales de provisión y de acumulación de poder: delito, armas, drogas.

El último circuito, “el rescate”, se caracteriza por oscilar entre los otros dos. Transitando este recorrido se encuentran la mayoría de los jóvenes que conocí en el barrio: realizando el intento de “hacer otra cosa”, despegándose de la lógica barrial “de los guasos”, pero también, encontrando dificultades para poder inscribirse en las instituciones típicas (escuela, salud) con las cuales no mantienen relaciones de afinidad y acercándose a las instituciones de asistencia social, en donde se refuerza el discurso “del rescate”.

Para el circuito del rescate el trabajo se constituirá en la llave maestra para lograr un lugar de respeto en el barrio, propiciando a los jóvenes a sentirse útiles y productivos. En ese sentido, para los jóvenes el trabajo no adquiere valor en relación con la protección social (Castel, 1997) ni tampoco en función de acompañar un proyecto a largo plazo, sino más bien como una herramienta para disputar un lugar diferenciado dentro del territorio. Este lugar tiene que ver con la dignidad, es por eso que trabajar y ganar dinero de ese modo se constituye en un factor de prestigio que les permitirá mostrarse de un modo honrado frente a los demás. El trabajo además aparece como la posibilidad que encuentran los jóvenes de poder abstraerse y posicionarse con distancia respecto del circuito de los guasos, circuito que disputa una posición hegemónica, permeando casi por completo los discursos y prácticas juveniles en el barrio.

El tránsito por estos tres circuitos, que desplegaré en los tres capítulos posteriores, se sostienen por instancias que denomino subterráneas, y que tienen que ver con soportes afectivos que funcionan como anclajes, cobrando relevancia para el pasaje de un circuito al otro, fundamentalmente desde el de los guasos hacia los otros dos.

Los tres circuitos se encuentran, a su vez, atravesados por un fenómeno transversal, que tiene que ver con la muerte joven como hecho que delimita los movimientos cotidianos. En el tránsito por cualquiera de los tres circuitos, la muerte reconfigura la experiencia vital de los jóvenes, tal como veíamos en la historia de Ramón con la muerte de su amigo, El Palomo, generando inquietudes, preguntas, temores y también, fortaleciendo los soportes afectivos desde los cuales sostenerse.

Fuente: Blog http://hacetelapelicularosario.blogspot.com.ar/

V.3.2. Soportes subterráneos afectivos

En el tránsito por los circuitos, los jóvenes apelan a diferentes soportes, que no son reconocidos en una primera instancia o primer acercamiento al territorio, y que tienen que ver con referencias afectivas: la familia, la iglesia, el arte y la militancia política. Son soportes que funcionan habilitando el despliegue de los circuitos, pero que en términos de recuperación de las experiencias vitales de los

jóvenes aparecen como un entramado, malla o red, por debajo de los tránsitos visibles, sosteniendo las decisiones que se van tomando, y acompañando el pasaje de un recorrido a otro. Es por eso que los denomino subterráneos, utilizando la metáfora de un tablero en la cual los circuitos que delinean los jóvenes se pueden distinguir. Por debajo, el entramado que funciona como soporte aparece menos visible, pero sostiene el recorrido.

Sustas et al. (2013) asocian la construcción de estos soportes con las emociones, entendiéndolas como aquellos aspectos que implican al mismo tiempo cognición, afecto, evaluación, motivación y cuerpo. Los autores consideran que las emociones permiten establecer el modo en que los jóvenes significan sus relaciones afectivas, considerándolas como "refugios": "ante la escasez de otros amortiguadores materiales y simbólicos, se establecen como soportes de la vida y producen al mismo tiempo transformaciones en sus espacios de sociabilidad" (2013: 34).

Estos soportes subterráneos afectivos aparecen asociados en los relatos a alguna figura que se convierte en referente y funciona como anclaje. Los jóvenes construyen esos soportes en relación a referentes, que pueden ser parte de la propia familia (hermano, tío, primo, padre, madre) o bien, trabajadores del territorio (docentes, profesores, militantes barriales, pastores de la iglesia). A partir de la construcción de esas referencian los jóvenes se sienten acompañados en el despliegue de ciertas habilidades y actividades ligadas a sus intereses, lo cual les permite conocer propuestas que se constituyen en novedosas para los jóvenes, como por ejemplo expresiones artísticas (dibujar, hacer fotografías, editar videos, tocar un instrumento, bailar) o la participación en espacios colectivos (militancia política en alguna organización de base, ser integrante de una comunidad católica o evangélica, formar un grupo musical, participar en proyectos escolares). Estas referencias con un "otro" se constituye para los jóvenes en un soporte afectivo que les permite sentirse cuidados y protegidos, y también, significados positivamente en relación con lo que sí pueden y les gusta hacer.

En algún tramo del recorrido por sus circuitos, la mayoría de los jóvenes cuentan con estos soportes subterráneos afectivos desde los cuales también se resignifican

las relaciones intergeneracionales que se construyen en el territorio. Estos anclajes serán fundamentales en los momentos en los que los jóvenes realizan operaciones de desvío (De Certeau, 2010) respecto de lo "esperable" por su condición juvenil, permitiéndoles así disputar grados relativos de libertad.

V.4. Muertos y tumbas

> *"¿Cómo se ven de acá a 10 años?*
> *-Muertos*"
> Nota de Campo
> Trabajo Grupal con Jóvenes - Agosto de 2015

Para cerrar este capítulo, y utilizando nuevamente como hilo conductor la historia de Ramón, retomo el lugar que tiene la muerte en las biografías juveniles. La presencia de la muerte se vuelve transversal a los recorridos por los tres circuitos presentados previamente, interrumpiéndolos en algunos casos, generando pasajes de uno a otro y también acotando las posibilidades de los jóvenes de poder proyectarse en relación con la construcción de su experiencia de vida por un tiempo prolongado.

Comienzo este apartado con la respuesta que, masivamente realizaron los jóvenes en un taller del que participé junto al equipo del CCB, en donde utilizamos como disparador para el debate una pregunta acerca de cómo se imaginaban en el futuro. Unánimemente respondieron que se imaginaban muertos. Esa respuesta se presentó fuertemente durante toda mi estancia en barrio Las Flores. La muerte aparecía como una certeza cercana. Si bien es cierto que para todos los seres humanos la muerte es una certeza, se supone que por una cuestión etaria no es un dato que tendría que ser parte de la biografía juvenil. Pero la muerte aparece permanentemente en los relatos de los jóvenes y en las reconstrucciones históricas que hacen del barrio. Siguiendo la lógica de los circuitos, la muerte sería aquello que interrumpe los circuitos, los corta, y que pone en jaque la posibilidad de moverse en ellos.

En la historización que hicimos del barrio encontramos algunos datos que dan cuenta de cómo el fenómeno de la letalidad es constitutivo de la identidad del barrio y se sostiene en el tiempo: muertes por saqueos, muertes por violencia

institucional (asesinados por la policía), muertes por asesinatos en disputas ligadas a la narco–criminalidad, muertes por enfermedades infecto contagiosas (el caso más paradigmático es el VIH en los 90), muertes por violencia de género, etc.

Esa cercanía con la muerte implica también que los jóvenes la experimenten de otro modo: la muerte es una posibilidad latente, cada día puede ser que nos suceda y, a su vez, cada día se puede perder a un ser querido. Transitar la muerte es un aspecto que aparece como algo próximo y familiar incorporado a lo cotidiano: se vela a los muertos en las casas o en los comercios, en condiciones precarias; se visita a los muertos en el cementerio y se le ofrendan cosas que los identificaban (cigarrillos, gorras, música, tabaco).

Los domingos hay un incesante transitar entre el barrio y el cementerio; en general los muertos están enterrados en el Cementerio Municipal "La Piedad", en la zona oeste de la Ciudad. Hacia allí se dirigen los "pibes" en general en motos o en colectivo a visitar a sus amigos o sus familiares. "Es un modo de tenerlos presentes, de no olvidar", dicen.

En el *Diario La Capital*, el más importante de la ciudad de Rosario, el 23 de octubre de 2016 graficaron en una nota la situación de un cementerio "desbordado de jóvenes pobres". La nota recoge datos respecto de los homicidios en Rosario: en 2015 la cifra fue de 224, en 2014 de 250. Para octubre de 2016, momento en el que se realiza la nota, se habían producido en la ciudad 155 homicidios. El diario centra su recorte en una característica que define como invariable: "la gran mayoría son varones, de barrios populares y siete de cada diez son menores de 35 años"[141].

La muerte joven no es una característica exclusiva de barrio Las Flores Sur. En el análisis que realiza sobre el conurbano bonaerense, María Epele (2010) habla de "morir joven" como un fenómeno que rodea la vida de los jóvenes de los sectores populares, y lo caracteriza a partir de la "incertidumbre" que estas muertes generan:

[141] Disponible en: http://www.lacapital.com.ar/la-zona-mas-humilde-del-cementerio-la-piedad-se-llena-tumbas-jovenes-n1268415.html, [consulta: 02/05/2017].

> Por la multiplicidad de procesos que participan en su realización (…) las muertes jóvenes están vinculadas a las particularidades de los órdenes de legalidad, y el ejercicio de los derechos y de la justicia en estos espacios sociales, tanto en las circunstancias del hecho, como de los mecanismos sociales e institucionales relativos a su reparación. Es decir, las muertes de los jóvenes producen no sólo dolor, desesperación e impotencia, sino también sospechas y rumores sobre las circunstancias, personas y procesos involucrados, que son profundizados por los patrones de intervención de las instituciones estatales en estos espacios. (Epele, 2010: 266-267)

Tal como veíamos cuando Ramón hablaba respecto de la muerte de El Palomo, su amigo, se refería a él reiteradamente como "un buen pibe", haciendo hincapié en que por ese motivo no merecía morir. En ese sentido, los jóvenes se enfrentan cotidianamente con la necesidad de bregar por que las muertes cercanas no queden impunes, construyendo para eso vías alternativas a las institucionales para poder denunciarlas, como marchas o cortes de calle, des-privatizando estos acontecimientos y ubicándolos en el escenario público para obtener algún tipo de reparación por parte de la justicia.

También Gabriel Kessler (2013) recupera la idea de la "muerte joven" como un aspecto que caracteriza las trayectorias vitales de estos jóvenes.

> A diferencia de décadas pasadas, la muerte de otros jóvenes de la misma 'camada' o apenas un poco más grandes, es ahora una referencia recurrente: muertos por la policía, por otros jóvenes, pero también por accidentes de tránsito, por VIH Sida, por causas poco claras, los relatos del barrio están poblados de jóvenes fallecidos durante los últimos quince años. (2013: 153)

Aun cuando la muerte aparezca cercana, rondando por el barrio, eso no implica que no genere miedo y que se naturalice. "La muerte es una de las cosas que más miedo genera en el barrio", me dijo una vez Ramiro, uno de los jóvenes con los que más tiempo compartí. Los jóvenes conviven con el temor permanente que implica pensar que en cualquier momento pueden morirse. Esa cercanía con la muerte los hace sentir continuamente expuestos a la posibilidad de dejar de existir. Ramiro también me dijo ese día, haciendo referencia a las muertes: "nosotros no somos peligrosos, sino que estamos en peligro".

En el ámbito de las instituciones territoriales, la muerte también opera generando interrogantes e inquietudes. Un psicólogo del equipo del CCB, Martín, me dijo en una conversación que tuvimos después de que la muerte de unos de los jóvenes que participaba de la capacitación en albañilería irrumpiera:

> La muerte está, es como casi un concepto de la vida… ¿Qué hacer con esto? Cuando la muerte es tan real…y cuando uno vive así el día a día y cuando no hay…, un marco legal que ponga, digamos, cierto límite acá… continuamente escuchando madres de estos jóvenes que habían muerto, que habían matado a sus hijos y que siempre… que no habían podido ni siquiera dar testimonio, más allá del vecino de al lado, que es un testimonio. (Entrevista a Martín)

Martín plantea el dar testimonio considerando que es necesario darle lugar a la muerte, que sea parte de las discusiones y conversaciones con los jóvenes y que ocupe un espacio desde la palabra, como alternativa para poder abordarla y no reforzar su negación o privatización. En esa misma línea, Epele (2010) plantea la necesidad de "politizar la muerte joven" en el sentido de generar instancias colectivas desde las cuales emerjan voces de denuncia y demanda, organizando nuevas redes sociales que habiliten la posibilidad de extender los márgenes restringidos desde los cuales estos hechos son considerados.

Existe también otro tipo de muerte, que es la "muerte social". Uno de los miércoles en los que iba al CCB, los integrantes del equipo manifiestan su preocupación, porque había ocurrido una situación que los había descolocado y no sabían cómo intervenir. Uno de los jóvenes que participaba de la capacitación de albañilería, en La Bloquera, y que tenía un perfil bajo, muy tranquilo, le había robado el celular a otro compañero del taller; le había robado a otro joven que además ellos consideraban como "muy picante". La explicación que aparecía como más certera para explicar el hecho tenía que ver con que no tomó en cuenta la magnitud de la situación y no pudo contenerse de robarle el celular. Lo que se escuchaba con fuerza como análisis de los trabajadores era "este pibe se decretó la muerte social". La "muerte social" implica entre otras cuestiones tener que irse del barrio, o al menos dejar de estar visible por un tiempo. En este caso, la situación generó una "bronca" que llevó al joven que había robado a tener que abandonar el

curso y no seguir participando de instancias en las cuales se encontraba con el otro.

La idea de "muerte social" implica que en el barrio la muerte sea pensada y actuada desde múltiples dimensiones, y "estar muerto socialmente" significa un modo de estar vivo sin poder vivir. Los jóvenes que experimentan este tipo de muerte lo hacen propinándose un auto-encierro, regulando sus movimientos por el territorio contabilizándolos milimétricamente, y también en la mayoría de los casos, exiliándose hacia otro barrio. La "muerte social" significa adquirir por un tiempo, que puede ser prolongado o efímero, la categoría de "desaparecido" al interior del barrio. Los jóvenes habitualmente refieren que alguno de sus compañeros o amigos desapareció, cuando explican que a causa de una "bronca" que lo ubicó en una posición de muerte social, se mudó hacia otro barrio.

La muerte es un común denominador de las biografías de todos los jóvenes del barrio, sin importar el circuito que recorran. Es un hecho que irrumpe en la cotidianidad de los jóvenes y del barrio en general, impactando en sus experiencias vitales y reforzando la sensación de inseguridad que varios de los jóvenes plantean en sus relatos.

Para finalizar, retomo el punto de inicio de este apartado, en el cual me pregunto respecto de qué particularidad tiene la muerte en este territorio, considerando que es un aspecto de la vida que opera como una certeza para todos los seres humanos. Pero en este barrio las características que adquiere la muerte (sucediendo por lo general en relación a situaciones ligadas a la violencia de distinto tipo) generan que quede por fuera de los márgenes de "facticidad, verdad y justicia que otros tipos de muerte sí reconocen" (Epele, 2010: 271). Como plantea Epele:

> Lejos de igualar, la muerte señala de modo salvaje y evidente los modos en que la desigualdad económica, política y social, produce individuos cuya muerte es menos que una muerte, queda ubicada en un contexto de indeterminación, ilegitimidad y falta de reconocimiento de la pérdida en cuando pérdida. Esta política de la facticidad y sus consecuencias para el morir joven genera que la muerte se normalice, y que la vida propia y de los otros se convierta, también, en 'menos que una vida'. (2010: 271)

La presencia de la muerte como aspecto que condensa la materialización de la desigualdad en la que los jóvenes producen y reproducen cotidianamente su vida, constituye el telón de fondo para los circuitos que comenzaremos a recorrer en los próximos capítulos. Tal como veíamos en la biografía de Ramón, la muerte aparece como un dato que reconfigura el tránsito por el territorio, pero también, las redes de relaciones que allí se configuran.

CAPÍTULO VI

DE LA ESCUELA

Fuente: Facebook Escuela Secundaria EET 407

"La escuela sirve para tener más aprendizaje, para tener más sabiduría, conocimiento y entendimiento sobre todas las cosas. Y…también porque si terminas la escuela y obtenes el título, podes estudiar cualquier cosa que te guste. A mí me gustaría estudiar gendarmería"
Jonathan, 18 años
Entrevista

"Decía que iba a la escuela y me iba a la calle a buscar la vida…a hacer algunas monedas"
Emanuel, 23 años
Entrevista

"Si vos prestas atención, te va a ir todo bien…te tiene que gustar la escuela, es así. Y antes no me gustaba, por eso, y ahora así,

ahora me gusta y va todo bien. Es lo primero y principal, porque si yo tengo el secundario, tengo muchas más posibilidades"
Tamara, 17 años
Entrevista

En este capítulo presento el primer circuito que construyo, al cual denomino "de la escuela" y analizo el lugar que esta institución tiene para los jóvenes del Barrio Las Flores Sur. Interrogarme por este recorrido significó trascender una lógica que lo aborde desde la consideración de la inclusión – exclusión de los jóvenes respecto de la escuela, rastreando para eso los significados múltiples que se construyen en referencia con esta institución.

En la primera parte de este capítulo analizo cómo aparece la escuela para los jóvenes en un doble registro. Por un lado, el lugar que ésta tiene en el discurso juvenil en tanto espacio que les permite ubicarse en mejores condiciones para disputar posiciones en el mercado de trabajo. En ese sentido, los jóvenes depositan en el tránsito por la escuela expectativas respecto de su futuro y de las posibilidades laborales que la educación habilita. En ese primer registro la obtención del título que objetiva el recorrido aparece como el eslabón fundamental para disputar esas posibilidades, y, tal como veremos, son muy pocos los jóvenes que logran obtenerlo. Por otro lado, analizo cómo para los jóvenes la escuela ofrece herramientas que permiten la construcción de habilidades (lenguaje, vocabulario, disposiciones corporales) que permiten trascender los códigos y modalidades propias del barrio, lo cual es valorado positivamente por éstos. En este segundo registro, la escuela acompaña en la construcción de un *habitus* (Bourdieu, 2011) que posibilita la construcción de una posición de respeto ya que habilita a interactuar con otros que detentan determinados saberes (profesionales, docentes, periodistas, jefes, padres) ya sea en el propio territorio como en otros. Desde la idea de que la educación y el tránsito por la escuela otorga una posición respetable, se contrapone el analfabetismo, que ubicará a los jóvenes en un lugar de humillación, exponiéndolos a dificultades para poder desenvolverse en ámbitos de la vida cotidiana, inclusive en la interacción con el grupo de pares. En las experiencias vitales de los jóvenes, el analfabetismo aparece asociado al abandono precoz de la escuela y en la mayoría de los casos estos consideran que son sus incapacidades personales e individuales las que les

generan dificultades para sostener ese tránsito, nombrándose a sí mismos como "brutos" o "burros", aun cuando reconocen que los docentes no hacían ningún esfuerzo por acompañar ese recorrido. En ese sentido, en los relatos juveniles pude reconstruir diferentes modos de transitar la relación con la escuela, los cuales dan cuenta de que el pasaje por esa institución no es sin conflictos, ni tampoco homogéneo o lineal, sino que existe una diversidad de maneras posibles de hacerlo.

Es por eso que en la segunda parte de este capítulo me dedico a analizar cómo se dan esos tránsitos múltiples por la escuela y qué es lo que se pone en juego en cada uno de ellos, identificando tres recorridos diferenciados. El primero tiene que ver con los jóvenes que concurrieron en algún momento a la escuela, y dejan de hacerlo sin que necesariamente contrapongan alguna otra actividad con mayor legitimidad que los impulse a tomar esa decisión ni tampoco considerando que el abandonarla constituye un dato significativo de sus biografías. Este primer recorrido es en el que se encuentran la mayoría de los jóvenes que conocí en el trabajo de campo, en cuyas experiencias vitales aparecen, también, intenciones por retomar la escuela que generalmente se constituyen en intentos fallidos.

Un segundo recorrido lo transitan los jóvenes que encuentran en el vínculo con la escuela una posibilidad de inclusión no solo al interior de la institución sino también en el barrio. Éstos son quienes en la mayoría de los casos pueden culminarlo y obtener el título porque logran conciliar sus intereses personales con los institucionales, pero pueden hacerlo, además, porque institucionalmente se los acompaña y se los considera como "rescatables". La posibilidad de esta conciliación tiene que ver en general con la construcción de un vínculo afectivo con algún referente que funciona, tal como veíamos en la presentación de los circuitos, como soporte subterráneo que acompaña el tránsito por este recorrido.

Y, por último, recupero un tercer recorrido que es el que realizan los jóvenes que aun estando dentro de la escuela encuentran mayores posibilidades de construir identificaciones y referencias por fuera de la institución, fundamentalmente en *la calle*, lo cual los derivará hacia otros circuitos en los cuales puedan poner en juego las características desde las cuales construyen su condición juvenil (Chaves,

2010), es decir, su modo de *ser* y *estar* en el barrio. Muchos de los jóvenes que concurren a la escuela se encuentran en esta situación, en la cual permanentemente negocian sus posibilidades de sostenerse en el espacio generándose así lo que Reguillo denomina la "incorporación a como dé lugar" (2012: 139), incluso a costa de ser considerados por los docentes como "inabordables", "inentendibles", "desobedientes". Algunos de ellos encontrarán así, en otros circuitos como el "de los guasos", un espacio en donde conciliar sus intereses con otras referencias.

VI.1. Habilitar para el trabajo

La asociación inmediata que los jóvenes realizan respecto de la escuela es que el tránsito por ésta les permitirá conseguir trabajo. Consideran que terminar la secundaria y obtener el título será un modo de estar mejor posicionados para disputar lugares en el mercado. De esta manera se filtra en el discurso juvenil la idea tradicional de la escuela como pasaje hacia la vida adulta y como llave de entrada a la autonomía a partir del ingreso en el mundo del trabajo[142] (Roberti, 2016). Esta idea acompañará los diversos intentos por permanecer en dicha institución, o por intentar el reingreso en los casos en los que no se pudo sostener el tránsito por la misma.

La construcción de este sentido de la escuela como ámbito que permite la transición hacia el trabajo está mediatizada por múltiples discursos institucionales. En el caso de la ciudad de Rosario las instituciones estatales que implementan políticas sociales para las juventudes consideradas "vulnerables" ponen el acento en la necesidad de que los jóvenes estén en la escuela o vuelvan si habían dejado[143]. Desde esa lógica se despliegan hace más de 20 años múltiples

[142] La transición o pasaje entre la educación y el trabajo en las trayectorias de vida de los jóvenes ha sido abordada en numerosos trabajos académicos. Para profundizar en el análisis de esta relación se pueden consultar los trabajos referidos en el Capítulo I.

[143] Uno de los Programas Municipales más paradigmáticos en esta línea fue el Programa Joven de Inclusión Socioeducativa, dependiente de la Secretaría de Promoción Social de la Municipalidad de Rosario. Dicho Programa que funcionó desde el 2004 hasta el 2011 intervenía con jóvenes de 14 a 17 años que no concurrían a la escuela, con el objetivo de que puedan retomarla. Para mayores precisiones respecto del Programa, se puede consultar el siguiente documento disponible online: https://www.unicef.org/argentina/spanish/educacion_ROSARIO_educarCiudades.pdf, [consulta: 02/05/2017].

intervenciones desde afuera de la institución, remarcando la centralidad que ésta tiene para los trayectos juveniles.

Pero también la importancia de la escuela es sostenida y reforzada desde el discurso de las familias de los jóvenes. En ese sentido, el tránsito de los jóvenes por ese circuito -en todos los sectores sociales- no comienza ni se sostiene de manera espontánea sino más bien desde una motivación familiar y social. Mariana Chaves (2010) trabaja sobre esta idea, planteando que el reconocimiento de la escuela como espacio jerarquizado al cual los jóvenes deben asistir y que deben sostener les pertenece, en gran medida, a los padres. La autora realiza trabajo de campo con jóvenes de sectores medios para cuyos padres la escuela constituirá la posibilidad privilegiada de pensar un futuro para sus hijos. En ese sentido, serán los padres quienes elijan la escuela de sus hijos y en esa elección se pondrán en juego: "preferencias sobre quiénes serán sus compañeros, cuál será el horario, cómo será la formación, quiénes serán los profesores, con quiénes estarán por cuatro horas o más al día" (Chaves, 2010: 118).

Para los sectores populares también regirán algunos de esos criterios. Por ejemplo, la elección de la escuela a la que concurrirán los jóvenes aparece como una definición sobre la cual las familias prestan atención. En muchos casos, los jóvenes son los que consideran que la calidad educativa de las escuelas del barrio es deficitaria o que en el propio territorio están más expuestos a que los conflictos barriales se mezclen en su rutina escolar, y por eso deciden concurrir a una escuela del centro de la ciudad. En otros casos, son los padres los que toman la decisión. Sea una definición discutida y compartida por todos los miembros de la familia o no, lo cierto es que llevarla a cabo significa aumentar los esfuerzos para poder sostener el tránsito por la escuela, fundamentalmente relegar las necesidades económicas familiares en función de la expectativa que genera el hecho de lograr una mejor formación.

Tamara, una joven de 17 años, cuenta orgullosa que es ella quien decide *salir* todos los días del barrio para ir a la escuela y aun cuando sus padres relativizan este circuito y su importancia, ella hará múltiples esfuerzos para sostenerlo. Elige una escuela del centro de la ciudad porque ahí se siente más tranquila ya que sus

compañeros provienen de diferentes barrios y eso limita la posibilidad de que los conflictos territoriales, las broncas barriales, se pongan en juego y la distraigan de su objetivo. Su decisión implica, entre otras cosas, tener que levantarse diariamente a las 05.30 am para viajar hasta la escuela y llegar a horario. En gran medida lo que la motiva a sostener ese esfuerzo es poder ser "diferente" de su padre, quien al no tener la secundaria completa se expuso durante su vida a diferentes sometimientos para lograr proveer a su familia y sus experiencias laborales quedaron reducidas a trabajos precarios e inestables. Para Tamara esas imposibilidades laborales tienen como explicación el analfabetismo de su padre, convertido en una persona incapaz de poder llevar adelante diferentes tipos de trabajo, pero, además, de reclamar por mejores condiciones en los que realizaba. A Tamara, el analfabetismo de su padre le genera mucha vergüenza, se enoja con la imagen que él transmite, la de un adulto que no sabe hacer casi nada, lo cual lo obliga a sostener trabajos esforzados y precarios, como el "de carga y descarga" porque "no puede" hacer otra cosa. En ese sentido, Tamara bregará obstinadamente para que sus hermanitos vayan a la escuela.

> T: A veces mis hermanitos no quieren ir a la escuela, faltan y todo eso, y yo le digo 'mami mandalos' [hace gesto de ruego]. Y a veces mi mamá dice 'no, deja que tienen frío', 'no, deja que hace calor para ir'. '**Mandalos mami, porque mira el día de mañana van a ser como papi, como vos'**. Porque yo siempre les dije, los pongo a ellos, porque **ellos como no tienen trabajo**, le digo 'mami, ¿vos queres que sean así como vos?', le digo yo. Y me dicen 'bueno', y los mandan a la escuela así. En realidad, mi mamá lo manda a mi hermanito, pero a veces mis hermanitos le meten una excusa que no quieren ir, y ella dice 'bueno, quedate'. En cambio, yo no, yo soy re forra con ellos, **'dale, anda a la escuela' les digo, los levanto**, a mi hermanito le doy la mamadera. O si no mi mamá cocina o mi hermanita, porque yo no sé, y la mando a la escuela. (Entrevista a Tamara)

En la biografía de Tamara, ella es quien revaloriza el tránsito por la escuela como espacio desde el cual poder disputar otras condiciones de trabajo y es por eso que sostiene cotidianamente su decisión de *salir* hasta el centro de la ciudad. En las conversaciones que tuvimos se mostraba muy esperanzada respecto de las posibilidades que va a disponer cuando termine de transitar ese recorrido:

> T: Y te conviene eso, **tener el secundario completo y todo eso**. Tenes más beneficios a conseguir trabajo. En cambio, ves, mi papá, mi papá no tiene la secundaria completa y le cuesta mucho, tira currículums en todos lados y en ningún lado lo llaman. Porque no tiene la secundaria. **Te sirve mucho eso hoy, porque es lo que piden**. (Entrevista a Tamara)

El relato de Tamara se matizará con los de otros jóvenes, que efectivamente terminaron la secundaria y sin embargo, no consideran que estén en mejores condiciones para el mercado de trabajo. Ramón es uno de ellos y cuando hablamos manifestaba cierto enojo porque se considera "engañado" cuando recuerda la insistencia con la que le transmitían en su casa que sostener el tránsito por la escuela le generaría otras posibilidades. Lo que Ramón observa cotidianamente en sus intentos por ingresar al mercado de trabajo es que la estigmatización barrial tiene mayor peso en su currículum que la formación que pueda acreditar. De acuerdo a varios relatos de los jóvenes, el barrio Las Flores Sur aparece catalogado por las agencias consultoras que se encargan de mediar en el proceso de selección para los trabajos posibles como "zona roja", es decir, "peligrosa" y en muchos casos ni siquiera se logra pasar a la instancia de entrevista porque ese dato inhabilita continuar con el resto del proceso. En ese sentido, Feixa et al. (2011) planteará que en general el acceso a diferentes tipos de trabajo para los jóvenes está más vinculado con las redes de relaciones que construyen territorialmente y que funcionan como un capital social, que con los procesos de escolarización. En esa línea, el autor sostiene que: "la escolaridad no significa ninguna diferencia a la hora de acceder al trabajo ya que independientemente de la misma, la mayoría de los trabajadores se enteró de la posibilidad de un trabajo por medio de alguna recomendación de amigos o familiares" (Feixa et al., 2011: 219).

De todos modos, aun cuando las experiencias vitales de los jóvenes den cuenta de que el tránsito por la escuela no garantice el acceso al mercado de trabajo ni tampoco a mejores condiciones laborales, ese dato no logra debilitar por completo la importancia que la obtención del título tiene para ellos. Como plantea Bourdieu, el lugar del "título" en tanto objetivación de un recorrido y en tanto acreditación de saberes es central en las biografías de las personas ya que permite atribuir al conjunto de sus poseedores un mismo modelo respecto de sus capacidades

culturales, a la vez que: “tiene un valor convencional, formal, jurídicamente garantizado, por lo tanto, eximido de las limitaciones locales y las fluctuaciones temporales” (2011: 57).

Es por eso que los jóvenes que obtienen el “título” transitan ese logro con orgullo y apelan a ese dato en las instancias de intercambio con otros, fundamentalmente adultos, acreditando la posición de igualdad que genera la obtención de esa certificación respecto de su paso por la escuela.

La importancia del título y del pasaje por este circuito es sostenida, también, por muchos adultos de Las Flores Sur. Para estos, que sus hijos concurran a la escuela significa la posibilidad de que trasciendan los horizontes de posibilidades que ellos mismos tuvieron cuando eran jóvenes y además significa que sean tenidos en cuenta en tanto sujetos con “capacidades”, es decir, que sean considerados como “alguien”. Como plantea Roberti existe un consenso general que “valida la educación como mecanismo legítimo de posicionamiento social” (2016: 61).

En ese sentido, recuerdo numerosas charlas con Olga en las cuales comentaba sus periplos cotidianos para convencer a su hijo respecto de la importancia de que continúe con los estudios universitarios que recién comenzaba. La posibilidad de que su hijo pueda realizar una carrera universitaria para ella significa una conquista y una reivindicación personal, en tanto que cuando era joven tenía el sueño de poder estudiar para convertirse en maestra jardinera, pero “no tuvo la posibilidad de elegir” debido a que “salió” a trabajar a los 12 años. Por ese motivo, pudo terminar séptimo grado siendo adulta, y en el marco de la crianza de tres de sus hijos. Para Olga que su hijo transite diferentes instancias de formación significa alejarlo de sus propias experiencias vitales, en las cuales en muchos casos se sintió humillada y desconocida por los demás por no haber estado “escolarizada”:

> O: **Tenes que pasar por muchas cosas por no tener un estudio**. Y mi hijo quiere trabajar, uno no le pide, porque yo no le pido a mi hijo que deje la facultad, al contrario, yo quiero que siga. Yo quiero que él termine y tenga una carrera. Y le digo, ‘no es por mí, porque yo no voy a decir el día de mañana devolveme todo lo que yo gasté en vos para criarte. **No, para vos, para que vos seas alguien y no tengas que bancarte que**

> **te pisoteen, que te maltraten**, por no tener un estudio, por no ser alguien, porque **para mi tener un estudio para la gente que te da trabajo sos alguien**. (Entrevista a Olga)

Para Olga como para otros adultos a los que conocí en el barrio, la escuela es importante porque se pone en juego la posibilidad de conseguir o no un empleo. Además, otro de los aspectos valorados tanto por adultos como por los jóvenes respecto del tránsito por el circuito "de la escuela" tiene que ver con que acompaña en la construcción de una posición respetable.

VI.2. El lenguaje y la construcción de un *habitus*

El tránsito por el circuito de la escuela habilita la adquisición de otras herramientas además del título, por eso, también es valorado positivamente por los jóvenes que no obtuvieron esa certificación que da cuenta de la culminación del proceso de escolarización, y que, probablemente, no lo hagan. Uno de los aspectos que destacan los jóvenes es que en el pasaje por esta institución adquieren un vocabulario diferente, descubren y reconocen otros modos en los que pueden dirigirse y presentarse frente a los demás, despliegan pautas de interacción diferentes a las que comparten con su grupo de pares. En ese sentido, la escuela habilita a los jóvenes respecto de la posibilidad de distanciarse del léxico y la gestualidad con la que se manejan cotidianamente en el barrio, como definirán ellos "a lo guaso", acompañando el aprendizaje de otras formas de socialización. Si bien esas enseñanzas no se objetivan en un certificado, sí lo hacen a través de la construcción del respeto que el hecho de ampliar el abanico de posibilidades en los modos de interacción habilita. El tránsito por la escuela entonces es valorado por los jóvenes positivamente porque permite trascender los universos simbólicos que se construyen a partir de las fronteras territoriales.

Juan, un joven de 21 años, considera que la escuela lo ayudó para contar con ciertas habilidades que le permitieron postularse para un trabajo en el centro de la ciudad, en un Espacio Cultural Infantil en el que tenía que cuidar a niños, en su mayoría de clase media. Ese trabajo implicaba conjugar las actividades que cotidianamente realiza en su casa, en donde se ocupa de las tareas domésticas que tienen que ver con el cuidado de sus hermanitos, pero también lo ponía en situación de tener que interactuar con adultos pertenecientes a otro sector social,

con los cuales él entendía que era pertinente generar una relación de camaradería y confianza porque sería el encargado de cuidar a sus hijos. Juan relata que en esa instancia apeló a los recuerdos que tenía de sus intercambios con sus profesores y maestros en la escuela, atendiendo especialmente a las recomendaciones y sugerencias que éstos le daban respecto del uso de cierto vocabulario. Para Juan, recordar cómo hablaban sus maestros y recuperar esos modos se constituyó en una herramienta de trabajo. En ese sentido, Núñez (2013) considera que en los intercambios entre los docentes y los estudiantes en la escuela, en muchos casos se genera un vínculo que el autor denomina de "respeto por argumentación", es decir, la relación de respeto y admiración que los jóvenes construyen respecto de aquellos docentes que "hablan bien y se les entiende" (2013: 92) ya que utilizan un lenguaje "correcto" pero que a su vez puede ser entendido por muchas otras personas.

Fuente: Blog http://hacetelapeliculararosario.blogspot.com.ar/

En la entrevista con Juan, este planteaba al respecto:

> -¿Para vos entonces es importante la educación?
> J: Y sí, porque si, también **el vocabulario**, porque si vas a buscar un trabajo no, te diría, a presentarse así y hablar como hablas **acá en la calle**… y **una persona así, como ustedes, hay que hablarle así como …como hablan ustedes** también, por así decirlo.
> -¿y cómo hablamos nosotros? [nos reímos]
> J: Así, y no sé… también **hay que tener respeto**, **no hay que hablarle así también, no decirle, a lo guaso** como dicen acá [risas], porque no se va a poder, **no te van a entender**, van a decir 'éste qué onda'. Y no te van a agarrar en ningún lado…
> -¿Y vos decis que la escuela ayuda a hablar mejor?
> J: Y sí, aparte es bueno, porque ya no estás hablando así como hablan los del barrio. Si hablas como los del barrio **corte no entienden nada y vos solo estás entendiendo lo que estás diciendo**. Y **eso no le sirve a nadie**, qué sé yo… por lo menos está bueno ser educado y también **así ser bien de barrio**, porque eso está bueno.
> -¿Cómo sería eso?
> J: Si por lo menos yo consigo algo ahora, y **también tendría que ser humilde**, bien de barrio porque no es que yo ahora esté así tirado con mis amigos y después cuando consiga algo los deje. Y quedo mal yo, porque después cuando me quede sin trabajo, voy a volver con ellos. Y no, tenes que ser bien… humilde. **Nunca olvidarte de donde venis**. (Entrevista a Juan)

Respecto de este tramo de la conversación que mantuve con Juan, dos cuestiones se configuran como llaves de acceso a las valoraciones que los jóvenes hacen respecto de la escuela. Una es en línea con lo planteado anteriormente y tiene que ver con que la escuela habilita la construcción de un *habitus* diferente al que se aprende en el barrio. Entendiendo *habitus* desde el planteo de Bourdieu y Wacquant como el conjunto de: "disposiciones estructuradas y estructurantes, adquiridas en la práctica y constantemente dirigidas a funciones prácticas" (2008: 161).

En ese sentido, los jóvenes valoran positivamente la posibilidad de aprender en la escuela un conjunto de prácticas que permiten la construcción de un modo de sociabilidad diferente al que utilizan cotidianamente y que, a su vez, funciona en las interacciones con otros por fuera del barrio. Lo destacable es que este *habitus* permite poner en juego las dimensiones del par *hablar con respeto – ser respetable*, en una doble perspectiva: hacia los demás y hacía sí mismo.

Otra cuestión que introduce Juan en su relato da cuenta de la tensión que se genera entre el barrio y la institución, y que se expresa en la dicotomía en la que muchos de los jóvenes ubican a la escuela respecto de *la calle* como espacio de aprendizaje. Si *la calle* enseña los códigos para poder manejarse en el barrio, el riesgo es que, en la escuela, éstos se desdibujen, debilitando los puntos de contacto (identificaciones) con aquellos con los que se comparte la cotidianidad (grupos de pares o adultos).

En ese sentido Juan considerará que la humildad es un valor que se aprende en *la calle* y se comparte como un código en el barrio, y por lo tanto el tránsito por la escuela no debe alejarlo de ese ideal. Para eso es necesario estar atento para que los modos de sociabilización que se ponen en juego en la escuela no refuercen las desigualdades, lo cual él expresa en sus propios términos como "no creérsela".

En el relato de Juan cobra relevancia la idea que plantean Duschatzky et al. (2007) respecto del sentido de la escuela como igualadora: "porque emprende la difícil e incontrolable tarea de introducir a un sujeto en otro universo de significación de modo de ayudar a construir su diferencia" (2007: 91). Pero, tal como Juan advierte, al mismo tiempo que la escuela iguala, al forjar la "distinción" corre el riesgo de reproducir y reforzar las desigualdades porque en la escuela se generan diferenciaciones que funcionan como controversias en tanto ponen en tensión los códigos desde los cuales se sostiene el vínculo con el grupo de pares en el barrio. Es por eso que para Juan una de sus preocupaciones será no remarcar esas diferencias respecto de "los otros" jóvenes del barrio, en tanto que lo que intenta lograr es un equilibrio entre los valores de barrio, en ese sentido asociados al espacio de *la calle*, y los conocimientos y aprendizajes que puede adquirir en la escuela que lo conectan con otros universos simbólicos.

VI.3. Humillación

Entre las cuestiones que los jóvenes valoran positivamente respecto de lo que habilita el circuito de la escuela, la alfabetización es una de ellas. "Estar alfabetizados" es valorado por los jóvenes como una herramienta que les permite desenvolverse en diferentes instancias cotidianas, desde las más básicas como intercambios con el grupo de pares por ejemplo en el uso de redes sociales, hasta

otras más complejas como acordar condiciones laborales y leer contratos de trabajo. Pero además del uso práctico que reconocen en la alfabetización, para los jóvenes, el hecho de no saber leer y escribir implica someterse a diferentes tipos de humillaciones. Ya sea en las interacciones grupales en donde ser analfabeto implica ser nombrado por los demás como "bruto" o "burro", como también en situaciones en las que interactúan con otros y necesitan contar con esas herramientas para sostener interacciones mediadas por la lectoescritura, por ejemplo, en instancias de capacitación en instituciones estatales.

La idea de la humillación que genera el analfabetismo es trabajada por Bourgois (2010) en su libro sobre la cultura callejera y la venta de crack en Harlem, el barrio puertoriqueño de Nueva York. El autor retoma una escena en la cual él le pide al líder de una banda de narcotraficantes que lea la portada del diario, frente a la mirada del resto del grupo, desconociendo su imposibilidad de hacerlo porque no estaba alfabetizado. Al poner en evidencia al "jefe de la pandilla" respecto de su analfabetismo, lo somete involuntariamente a una situación de humillación. Esa exposición le implicó al propio autor enfrentarse al riesgo de poner en juego su vida ya que el hecho de humillar al líder frente a otros es considerado en el barrio una falta de respeto grave (2010: 51). La imagen de rudeza y fortaleza que el "jefe" construía en el grupo de pares, sosteniéndose en otros aspectos de su sociabilidad como el uso de la violencia física o el manejo del mercado ilegal de venta del "crack", se debilitaba en este retrato que lo mostraba como "incapaz" de leer una nota del diario.

En Las Flores Sur, el analfabetismo y la exposición de quienes no saben leer ni escribir también es considerado un modo de humillación. Es por eso que uno de los jóvenes que conocí durante el trabajo de campo ocultó en varias instancias en las que compartí con él y el resto del grupo este dato, y recién lo mencionó cuando tuvimos una charla a solas en la cual pudimos hablar con mayor intimidad. Su apodo es El Lechuga, tiene 26 años y se caracteriza por su sentido del humor. Sobresale en el grupo de pares a través de su carácter jocoso, ya que siempre está haciendo chistes, molestando a los demás con sus bromas con las que se complace, en general, riéndose eufóricamente. Un tiempo después de conocerlo descubrí que su manera de manejarse tenía que ver, también, con la necesidad de

ocultar sus dificultades en la comprensión de consignas que pedían al grupo en las capacitaciones. La pobreza de comunicación que El Lechuga demostraba en las instancias de intercambio era disimulada con una risotada. En el modo desbordante de "joda" e ironía en el que El Lechuga se ubica en las interacciones se ponen en juego algunas consideraciones que realiza Diez (2006) respecto de cómo los jóvenes "hacen cuerpo" a diferentes marcas de su sociabilidad, tales como en este caso, el analfabetismo. En ese sentido, el despliegue corporal de El Lechuga parecería no tener frontera y se manifiesta de un modo desbordante, canalizándolo a través de la utilización de la ironía como un modo posible de "desarticular el equívoco o de abordar, por alusión, temas prohibidos o delicados" (Diez, 2006: 58).

En uno de los encuentros en los que participé, y en el que los jóvenes tenían que dibujar el barrio e identificar con palabras los lugares que funcionan como referencias para ellos, descubrí que El Lechuga no sabía ni leer ni escribir. Intentando sortear esa dificultad, buscaba a través de la "joda" y las ironías disimular que no podía hacerlo. Sin entender del todo de qué se trataba ese despliegue, uno de sus compañeros se me acerca para decirme por lo bajo: *"*El Lechuga es bruto, no sabe leer ni escribir*"* mientras él gritaba y se reía forzadamente distrayendo a los compañeros, que escribían el afiche. El Lechuga no percibió la "confesión" que su compañero realizó, mientras seguía ocupado en hacer "jodas" a sus compañeros que estaban concentrados en la tarea. Asimismo, sus compañeros mostraban cierto cuidado respecto de no humillarlo frente al resto y es por eso que no intervenían en su puesta en escena. El intento por no exponerlo también se puso en juego en el modo en el que el joven que me transmitió ese dato de la biografía del El Lechuga lo hizo: en el oído, como contando un secreto.

Un tiempo después, en la charla que mantuvimos con El Lechuga a solas, él me "confiesa" la vergüenza que le provoca no saber leer ni escribir y se define con un gesto de autocompasión como "burro".

-¿Vos terminaste la escuela?
L: No, **todavía no.**
-¿Hasta que grado hiciste?

L: **A ninguno, nunca fui a la escuela yo**.
-¿Sabés leer y escribir?
L: No.
-¿Y por qué nunca fuiste?
L: Yo voy a la escuela acá. A la Serrano, y yo estudio ahí y **me salen las letras**, todo. Pero a mí **lo que más me cuesta es para leer**. Y me dicen, '¿qué dice ahí?', y tengo que estar repitiendo de lo que dice el profesor. Pero **me cuesta mucho para leer**. En la escuela donde yo iba siempre, siempre, nunca, **nunca me enseñaban**. Iba a la Serrano. Y la **maestra nunca me enseñaba**, viste, y una vuelta…
-¿Cómo que no te enseñaban?
L: Como que **yo era burro**.
-[Risas] O quizás no te gustaba.
L: Si me gustaba. Pero lo que pasa que **una maestra enseñarte digamos que la maestra te dice 'bueno hace esto o hace aquello' y a mí no me salía, no sabía lo que era una tabla**, Y yo estaba ahí viste en la tabla, ¿cuánto es 4x4, 5x6?, ¡ay vos vieras!, **tuve que llamarlo a un pibe**, un amigo mío, 'amigo', le digo, '¿me ayudas?, ¿cuánto es 2x4?', ¡**Una vergüenza ya**!
-¿Cuántos años tenías?
L: Y yo tenía, 12 años tenía yo… y **me cansé y me fui a la mierda**. Y **después no fui más a la escuela**.
-¿Y en el trabajo como hacías para organizarte sin leer y escribir?
L: **La llevaba a mi hermana. Como mi hermana ya sabe leer**, todo. Mi hermana ya termina la primaria y se va a la secundaria, ya termina la escuela. Después yo, veré si voy a la escuela… yo quiero ir **aprendiendo a leer despacito**, tranquilo, todo, **lo que pasa es que a mí me cuesta, me cuesta pa´ leer me cuesta mucho.** Y escribir, escribir sí, más o menos hasta por ahí no más sé escribir, pero para leer me cuesta mucho. (Entrevista a El Lechuga)

Para El Lechuga la responsabilidad respecto de sus dificultades en el aprendizaje es personal, y se lo atribuye a una incapacidad individual, que es percibida por él como una cuestión "biológica" que define como su condición de "burro", es decir, con pocas habilidades para el aprendizaje, motivo por el cual le cuesta leer, memorizar las tablas u organizar una oración. Pero también, El Lechuga puede reconocer que las maestras no lo acompañan a él ni tampoco a los otros jóvenes en los procesos de aprendizaje diferenciados que se transitan en el circuito de la escuela. La poca atención de las maestras en los procesos particulares de los estudiantes que tienen mayores dificultades los desalienta a continuar, pero a su vez, interfiere en la relación que establecen entre ambos. Así como veíamos

previamente en la historia de Juan, quien reivindicaba el respeto que le generan aquellos docentes que conoció en su tránsito en la escuela y que "hablaban bien", pero sobre todo se preocupaban por que se les entendiera, tendiendo puentes entre diferentes universos simbólicos al utilizar argumentos claros y precisos, en este caso sucede lo contrario. El Lechuga no comprende el lenguaje de su maestra, lo que dice ni tampoco lo que solicita que haga tipo consigna, pero además esa "desconexión" se fortalece porque él percibe que la maestra no se esfuerza por sortear esa dificultad, ubicando las dificultades únicamente en el joven. Eso provoca que el respeto en el marco de la relación docente-estudiantes se debilite y que los jóvenes consideren que los maestros no merecen su respeto porque no se esfuerzan para enseñarles. Retomando a Núñez (2013), el autor plantea que la construcción de respeto que los jóvenes establecen con los docentes se basa en la comprensión, la escucha y el acompañamiento que ellos demuestran respecto de sus dificultades. En esa interacción, la construcción del respeto que los jóvenes realizan respecto de los docentes se vincula con "la comprensión que el otro brinda" (2013: 89) y la disponibilidad que demuestra para construir estrategias que permitan "hablar" un lenguaje común.

Si bien El Lechuga resuelve las dificultades que su analfabetismo le genera en diferentes ámbitos cotidianos apelando a sus redes de relaciones (pidiéndole a su amigo que le resuelva un cálculo o a su hermana que le lea las condiciones de los contratos de trabajo que firma) el hecho de no saber "leer y escribir" lo aflige y preocupa.

Es decir que, en la experiencia vital de El Lechuga se pone en juego un doble movimiento en relación con la alfabetización como una herramienta que jerarquiza el tránsito por el circuito de la escuela. Por un lado, demuestra que el hecho de no saber leer ni escribir enfrenta a los jóvenes a una serie de humillaciones que los exponen en sus intercambios con los demás, ubicándolos en posiciones diferenciadas de sometimiento al reducir las posibilidades de negociación. Por otro, manifiesta que esa humillación se refuerza en el propio ámbito escolar, en donde los jóvenes no encuentran soportes para poder superar las dificultades en el proceso de aprendizaje y consideran que se los responsabiliza por su incapacidad, lo que los lleva a convencerse de ese

argumento. Es por esto que los jóvenes en muchos casos consideran que en la escuela no se los trata con respeto, al desestimar los esfuerzos e intentos que hacen para poder aprender.

En línea con esta idea, Roberti (2016) señala que los trayectos de muchos jóvenes al interior del sistema educativo son "fallidos", en el sentido de que se constituyen en intentos erráticos por permanecer en un circuito que no reconoce las diversas prácticas juveniles y que los auto-responsabiliza respecto de no poder transitar ese recorrido de la manera que se supone "esperable" y correcta para hacerlo. De acuerdo al planteo de la autora, estos intentos fallidos dan cuenta de cómo se ponen en juego en la escuela mecanismos de "selección y permanencia" respecto de cuáles son los jóvenes que están habilitados para transitar este circuito, mecanismos "que hacen parecer naturales ciertas condiciones de raíces estructurales" (Roberti, 2016: 70).

En el marco de esas regulaciones, los jóvenes construyen múltiples relaciones con la escuela y diferentes tránsitos al interior de esta institución, que tal como veremos dan cuenta de recorridos diversos en los que entran en juego diferentes variables. Pero, a su vez, los mecanismos escolares de "selección y permanencia" (Roberti, 2016) regulan la cotidianidad de las prácticas que son legitimadas por la institución y consideradas como "correctas", condicionando de ese modo la posibilidad de permanencia o no de los jóvenes en este circuito.

VI.4. "No fui más"

Para muchos de los jóvenes, el pasaje por la escuela no será considerado como un dato que transformó positivamente sus biografías, porque como veíamos en la historia de El Lechuga, entre otras cosas no encuentran en esta institución un lugar en el cual se los trate con respeto. Aun con una connotación negativa, para El Lechuga la escuela tiene un lugar en su recorrido vital e incluso se esmera por poder "ser parte" de ese tránsito, ser tenido en cuenta. En la mayoría de los casos, la escuela tiene un lugar para los jóvenes, y sólo en algunas situaciones puntuales, los jóvenes manifiestan apatía respecto por lo que el abandono precoz y los intentos fallidos por retomarla no serán aspectos sobre los cuales reparen demasiado en sus trayectorias vitales.

En el trabajo de campo y en las instancias de encuentros personales, entrevistas o charlas que mantuve con los jóvenes, encontré que la mayoría de ellos relataba como un dato de su biografía el hecho de haber "dejado de ir a la escuela". Los momentos de los trayectos vitales en los que se produce ese "desenganche" (Kessler, 2010) son particulares, y también los motivos son variados. No es posible realizar una organización jerárquica respecto de qué cuestiones los llevaron a abandonar este circuito, porque el abanico de explicaciones incluye desde argumentos tales como "no retomé después de las vacaciones" hasta peleas con directores, docentes o compañeros que motivaron el alejamiento. Lo que sí es posible advertir es la recurrencia de ciertos argumentos a la hora de tomar la decisión de dejar, y también, cierta desafectación respecto de esa decisión. Es posible recabar que en la mayoría de los relatos se pone en juego que, en ciertas circunstancias particulares que atraviesan los jóvenes que deciden dejar la escuela porque consideran que otras actividades posibles cobran mayor importancia en ese momento específico de sus experiencias vitales, jerarquizándolas frente a la escuela.

En ese sentido, el argumento más utilizado por los jóvenes para explicar su salida del circuito de la escuela tiene que ver con la necesidad de responder a determinados arreglos familiares para la reproducción cotidiana. Los jóvenes consideran prioritario ayudar en el ámbito doméstico con tareas tales como el cuidado de los miembros más chicos de la casa o hacer alguna changa para obtener dinero y colaborar así con los ingresos familiares. En ese sentido, muchos jóvenes deslegitiman la importancia de la escuela considerando que el tiempo que les toma concurrir es un tiempo "perdido", frente a otras actividades que son social y familiarmente útiles. Algunos de ellos no intentan regresar a ese circuito porque consideran que no tiene sentido hacerlo ya que transitar la escuela no les significa ninguna diferencia respecto de sus expectativas en el marco de sus experiencias vitales; en otros casos, realizan múltiples y variados intentos por retomar, en la mayoría de los casos con resultados negativos.

Así, Isaías, el hermano de El Lechuga, de 24 años de edad, planteará que él priorizó en un momento de su vida abandonar la escuela y colaborar con la provisión familiar ya que evaluó que esto era prioritario:

> "hay veces que nos acostábamos sin comer, cuando éramos chicos, y me la rebusqué cirujeando… **me dediqué a otra cosa**, y por eso no seguí en la escuela". Otro joven, Jonathan, de 18 años, agrega al argumento de la provisión y la necesidad de conseguir dinero, el hecho de que la escuela no era un espacio que le resultara atractivo. Consultado al respecto responde: "nada, es que **no me gustaba**, fui a probar otras cosas, **conseguir plata**". Pedro, de 22 años, también plantea que dejó la escuela porque quería colaborar con su abuela, con quien vivía: "la estaba ayudando a mi abuela, **la quería ayudar un poco**. Y después ya dejé la escuela, todo, hice así dos o tres meses de vuelta, pero **volví a dejar**. Me **acostumbré a trabajar**"

Una vez que los jóvenes dejan de ir, volver a transitar el recorrido que la institución propone resulta difícil. No sólo por el uso del tiempo, sino también porque el circuito de la escuela implica aceptar reglas tales como horarios, procedimientos en las asignaturas, comportamiento, que se vuelven difíciles de sostener nuevamente, lo cual da cuenta del distanciamiento que esas prácticas "intra-institucionales" tienen respecto de las experiencias cotidianas de los jóvenes en el barrio.

En otros casos, el abandono de la escuela tiene que ver con conflictos que se generan al interior de la institución, y que para los jóvenes se convierten en límites que no pueden sortear, porque en general no cuentan con soportes institucionales ni familiares para hacerlo. En esos relatos, los adultos que ofician como interlocutores de los jóvenes, representando a la institución, refuerzan la responsabilización individual, y las alternativas que les ofrecen frente a los conflictos suponen cambios a otras escuelas, sanciones o en algunos casos la expulsión. Por su parte, los referentes familiares adultos en la mayoría de los casos optan por sugerirles que dejen de transitar ese recorrido, considerando que existen otras prioridades como, por ejemplo, trabajar o cuidar a los hermanitos.

Leo, un joven de 23 años, dice al respecto:

> (…) a la escuela no voy más, hice hasta primer año. Dejé por quilombo, **siempre había quilombo**…siempre una salida era una pelea y agarré y dije no voy a ir más. La dejé porque no quería tener más quilombo, **salían un par de pibes y buscaban la bronca**, me sacaban la gorra o te tiraban las carpetas. Y a mí me puteaban, yo me agarraba a piñas ahí en la escuela. **La**

> **maestra me mandaban al EMPA**, y a mí no me gusta el EMPA. Hasta que **mi abuela me dijo, 'no vas más'**, y dejé en primer año…Y ahora quiero laburar, porque mi abuela me dice que ya soy grande, que quiere que trabaje. (Entrevista a Leo)

Carli, de 18 años, también dejó por problemas que tuvo con los compañeros en la escuela, y a partir de ese conflicto consideró que los profesores no intervenían correctamente y abandonó:

> (…) la escuela estaba llena de ratas inmundas, se llamaban ratas inmundas…hice hasta primer año y terminé, pero después nos fuimos a las piñas con un compañero, y **un profesor se me hace el vivo** y no fui más…se me hacía el vivo, qué sé yo, **hacía lo que tenía que hacer** y a mí no me gustaba…no creo que vuelva porque no me gusta más. (Entrevista a Carli)

Carli no se sorprende respecto del modo en el que el docente se relaciona con él, porque considera que el profesor actuaba como lo hacen habitualmente, es decir que considera su intervención como una actuación "normal", pero sí le genera malestar y por ese motivo prefiere no continuar.

En otros casos, el motivo por el cual dejan la escuela se desdibuja, y no opera el trueque o intercambio por otra actividad que se jerarquice respecto de la escuela, sino que más bien los jóvenes le restan importancia a la decisión, dando cuenta de este modo que la escuela no se constituye en un espacio valorado por ellos. Este es el caso de Isaías, de 15 años, el hermano menor de Juan: "Fui a la Serrano, hasta cuarto grado. **Después de las vacaciones no fui más.** No me acuerdo cuándo fue…". Así, Isaías no identifica algún motivo específico por el cual dejó de ir a la escuela. En cambio, la decisión fue decantando sola, dando cuenta de que no era un espacio al cual le otorgue prioridad en sus decisiones cotidianas.

Y por último, uno de los motivos que los jóvenes identifican para explicar el abandono escolar es contraponiéndolo respecto del espacio de la calle, valorando los aprendizajes y las redes que se construyen allí en detrimento de lo que la escuela les puede enseñar. El pasaje de la escuela a la calle para algunos jóvenes es valorado negativamente, considerando que supone el tránsito de un lugar de protección a uno de peligrosidad. Cuando se considera de este modo la calle aparece asociada a la "mala junta", es decir, a la relación con otros jóvenes con los

cuales se comparte un recorrido vinculado fundamentalmente al consumo y al delito.

Gallo, de 26 años, cuenta que dejó de ir a la escuela porque comenzó a transitar el espacio de *la calle*:

> (…) no me hallaba tanto en la escuela, aparte **estuve así en las drogas porque tenía mala junta**, me juntaba con los pibes que no me tenía que juntar. Hice hasta tercer grado, después cuando ya me mezclé con la droga **ya no fui más**, le decía a mi hermana que iba a la escuela y anotaba cualquier cosa en el cuaderno y me iba a otro lado, **a la calle**. Sentía que me aburría en la escuela… (Entrevista a Gallo)

En otros casos, los jóvenes relacionan la calle como un espacio que permite combinar el aprendizaje de los códigos barriales con la provisión (Kessler, 2010; Gentile, 2014), y por eso lo eligen en contraposición a la escuela. Eso sucede con Emanuel, un joven de 23 años, quien luego de intentar varias veces su retorno a la escuela y transitar ese recorrido reconoce que en la calle es en donde "sabe manejarse" y puede combinar ciertos conocimientos con la provisión para la subsistencia de su familia:

> Hice hasta tercer grado. **Yo probé, me gusta estudiar**. Pero **me crié en la calle yo**. En los semáforos, vendiendo medias. Haciendo changas en las casas. No sé leer ni escribir, solo sé hacer mi nombre. **En mi casa como hubo falta de padre, como yo era el mayor, siempre trabajaba, siempre le di una mano a mi vieja**. Yo iba a la escuela, pero después me iba a la calle a buscar hacer algunas monedas… y así después dejé… **te vas a laburar en la calle**, todos los días, a la mañana y con eso voy tirando. (Entrevista a Emanuel)

En todos estos relatos aparecen una multiplicidad de factores que contrapesan el interés de los jóvenes en continuar en el circuito de la escuela. Éstos encuentran en estas "otras actividades" una mayor relación con sus preocupaciones cotidianas, pero también un lugar desde donde reafirmarse respecto de quienes son ("jóvenes de barrio") y también en relación con sentirse "útiles" y "productivos" ("ayudar en la casa", "ganar plata"). Por todo eso es que prefieren disponer de su tiempo para hacerlas, lo cual implica dejar de concurrir a la escuela. En la mayoría de los casos, el abandono escolar no se contrapone con

“descarrilar” como decía Ramón, sino con hacer otras cosas, y en algunos casos puntuales con no hacer nada y disponer del tiempo con mayor libertad.

Es decir que los jóvenes no necesariamente dejan la escuela, como muchas veces desde el sentido común se supone, porque roban, o porque se incorporan a redes narco delictivas, o porque consumen de un modo compulsivo que les impide continuar. En la construcción de valoraciones respecto de otras actividades, la escuela se convierte en un espacio que carece de sentido en relación con las experiencias vitales de los jóvenes y es por eso que consideran que demasiado costoso el esfuerzo de tener que ir cotidianamente, ya que los enfrenta a transitar un espacio en donde encuentran pocos puntos de conexión con sus prácticas cotidianas.

Cuando los jóvenes hablan de la educación se refieren a la escuela[144], es decir, hacen mención al edificio u organización institucional en donde se “educan”. Desde esa lógica, educarse en la escuela se contrapone con la libertad que promueve la educación en el espacio de la calle. En los diferentes tránsitos, en muchos casos erráticos, que los jóvenes realizan en la escuela se deja entrever que la conexión entre esta institución y el *afuera*, identificado en el discurso juvenil como la calle, es deficitaria o nula. Es así como el *adentro* escolar para muchos jóvenes aparece desconectado de su cotidianidad, de sus intereses, de sus gustos y también, de sus necesidades. Revisaré ahora cuáles son los diferentes modos desde los cuales los jóvenes transitan el *adentro* de la escuela.

VI.5. Adentro de la escuela

> El martes a la mañana fui a la Escuela Secundaria 407. Fue recientemente inaugurada –con bombos y platillos- en febrero de 2015. Su estructura edilicia, blanca, vidriada y de grandes dimensiones, resulta avasallante frente a los ranchos que la rodean. Cuando llegué, tuve que tocar timbre y esperar un rato hasta que me atendieran. Desde las rejas que se encuentran en la puerta veía gente que pasaba por los pasillos, pero nadie parecía

[144] La “educación” en tanto institución y en tanto política, implica mucho más que “la escuela”, la cual se constituye en una de las objetivaciones en términos de organizaciones institucionales de las instancias educativas. Los medios de comunicación, las familias, los símbolos compartidos también son parte de la “educación” de un sujeto (Puigross, 1996; Garces, 2007). En este caso, me centré en la “experiencia escolar” porque uno de los recorridos de los jóvenes en el barrio encuentra referencia en esa institución como dato clave del mismo.

> reparar en mi presencia. Cuando por fin lo hacen, me preguntan cuál era el motivo de mi visita y me sugieren preguntar en la sala de profesores por David, el joven con quien había pautado una entrevista. Camino hasta el lugar, una habitación pequeña que en pleno mes de marzo condensaba un calor asfixiante en sus paredes. Allí había un grupo de docentes reunidos, me preguntan a quién buscaba: 'vengo a entrevistar a David', dije, un poco tímida. Se miraron entre ellos y en tono elevado un docente me responde: '**ahhh!!! Venis a buscar al rescatable!!! Muy bien!!!! El resto son impresentables'**. Los presentes se rieron, y me indicaron cómo llegar hasta el lugar en donde se encontraba David, que me estaba esperando. (Nota de campo, marzo de 2015)

En el interior de la escuela se construyen categorizaciones desde las cuales los docentes clasifican a los estudiantes, apelando a las mismas a la hora de relacionarse con los jóvenes. Retomo la nota de campo de mi primera visita a la Escuela Secundaria porque el modo explícito en el que el docente se refirió a los jóvenes, caracterizándolos como "rescatables" o "impresentables" me resultó llamativa, condicionando en cierta medida mi mirada respecto de la escuela el resto de mis visitas a la institución. No sólo fue esta apreciación que explicitó el docente, sino que también compartí varias instancias en la institución en las que la construcción de ciertos jóvenes en tanto "impresentables" se ponía de manifiesto.

En esas instancias (encuentros, charlas, conversaciones en los pasillos, clases) cuando los docentes apelaban a la idea de "rescatables*"* lo hacían considerando que algunos estudiantes son merecedores de estar en un circuito como el de la escuela, en el sentido de que ellos consideran que esos jóvenes pueden valorar el espacio, y entre otras cuestiones lo demuestran manifestando flexibilidad para adaptarse a las reglas institucionales y también, de acuerdo a los docentes, esos jóvenes valoran la escuela al no generar conflictos con el resto de los compañeros. A la inversa, los estudiantes que son "impresentables" son considerados por los docentes como "irrespetuosos" al no hacer los esfuerzos necesarios para que se los valore como estudiantes que quieren aprender. Los "impresentables" son, para los docentes, aquellos jóvenes a los que "no se les entiende cuando hablan" porque utilizan otras palabras, "raras", es decir, se manejan desde un léxico que los docentes consideran hostil y en cierto sentido peligroso porque no lo comprenden. Para los docentes, estos jóvenes no son "respetables" en tanto no hacen el

esfuerzo de manejarse con un lenguaje común, que permita el intercambio. Tampoco son respetables aquellos jóvenes a los que consideran que "no les importa nada", es decir, quienes transgreden permanentemente las normas de la institución, considerando que por lo general esos jóvenes van a la escuela por obligación familiar o para cobrar "un plan" pero que no quieren estar allí.

Si bien la distinción entre "impresentables" y "rescatables" no es hegemónica en el claustro docente (como veremos posteriormente, muchos docentes establecen otros vínculos con los estudiantes, acompañándolos en sus tránsitos diversos), tiene un peso importante en los discursos que circulan en la institución. En el análisis que realizan Duschatsky et al (2007) recuperan cómo a partir de la crisis económico, político y social en la Argentina en la década de 1990, se debilita la función de cohesión social que la educación perseguía en tanto instancia discursiva que permitía una articulación con la vida cotidiana de los jóvenes, desde una lógica de solidaridad e interacción con las familias. El desacople tanto a nivel del discurso como también en la comprensión de los fenómenos cotidianos entre la escuela y lo familiar y lo barrial, profundizará las caracterizaciones estigmatizantes que construyen los docentes, generando mayores desigualdades en el tránsito por la institución, favoreciendo el "desenganche" (Kessler, 2010) de los jóvenes respecto de la institución:

> El respeto por la autoridad, la disposición para la obediencia, la sumisión, el deseo de progreso, la capacidad de adquirir normas básicas de interacción social, constituían la matriz básica de la educabilidad sobre la que la escuela no sólo intervenía para ejercer su tarea formadora, sino que ella misma fundaba en colaboración solidaria con la familia. Los chicos de ahora no sólo expresan la ausencia de esa matriz básica, no solo una fuerte resistencia a dejarse moldear por esa matriz, también son la expresión de la incomunicación profunda entre la escuela y la familia en condiciones de disolución estatal. (Duschatsky et al., 2013: 86)

En el caso de los docentes de la Escuela Secundaria 407, ellos hacen referencia en los diálogos cotidianos a las dificultades que tienen para poder trabajar con estos jóvenes, quienes, desde la mirada docente, muestran resistencias a aceptar pasivamente la disciplina que la institución imprime en sus prácticas. En algunas circunstancias, tal es la desorientación que los docentes manifiestan respecto de la

comprensión del universo juvenil, que se consideran incapaces para poder ejercer su tarea educativa e incluso revelan que sienten temor por el peligro que trabajar con estos jóvenes supone, subyaciendo así determinadas representaciones hegemónicas que asocian a la juventud con la peligrosidad (Chaves, 2010). Frente a esa incapacidad, muchos docentes consideran que el modo de resolverlo es organizando en el espacio escolar a los estudiantes entre aquellos que se adaptan a las normas y los que no, confrontando a los estudiantes entre sí y generando segregaciones al interior de la institución. En esas operaciones la escuela, tal como plantea Núñez "produce y reproduce desigualdades" (2013: 158).

El modo estigmatizante en el que operan estas clasificaciones genera que los jóvenes perciban a la escuela como un lugar en donde no son respetados, y el sólo hecho de contar con el rótulo de "impresentable*s*" se convierte en un motivo suficiente para su salida del circuito escolar. Por otra parte, la rigidez con la que en muchos casos los docentes abonan a sostener estos estereotipos estigmatizantes, imposibilita construir puentes y diálogos entre los universos simbólicos de los jóvenes y las prácticas institucionales. En el marco de la producción de esos discursos, la desigualdad se reproduce al interior de la escuela, y encontramos así recorridos diversos y en algunos casos antagónicos. Algunos jóvenes realizarán un recorrido por esta institución sintiéndose incluidos, como veremos en la historia de David.

VI.5.1. David, el rescatable

Para algunos jóvenes la escuela aparece como un lugar en donde referenciarse y sentirse a gusto. Uno de ellos es David, a quien los profesores definen como "el rescatable". Para los docentes, él es un estudiante que se adapta y comprende la lógica que el tránsito por este circuito imprime. Por su parte, para David, la escuela se constituye en el lugar que lo salvó del encierro que vivía en su casa y que le permitió disputar un camino de mayor libertad.

Hijo de padre boliviano y madre tucumana, su familia se instaló en Las Flores Sur por motivos laborales hace más de 20 años. Desde su llegada al barrio intentaron mantener la mínima relación posible con los vecinos, enfocando todos sus esfuerzos en trabajar para mejorar su situación económica. Cuando David era

niño, bregaron porque él tuviese poca relación con el entorno BLF y eso generó que no lo dejen salir de su casa, y que limiten los posibles vínculos con otros jóvenes del barrio. Era tal el rechazo que sus padres sentían por Las Flores, que eligieron una escuela del centro de la ciudad para que se forme, hasta que finalmente no pudieron sostenerlo, y lo anotaron en la Escuela Secundaria 407.

El ingreso a esa secundaria transformó la vida de David. En primera instancia, porque le permitió comenzar a transitar el espacio del barrio, conocer a otros jóvenes y entablar con ellos una relación de amistad; en segundo lugar, porque a partir de eso pudo de-construir el discurso familiar respecto de la calle del BLF como espacio peligroso, y por último, porque le permitió a David, en términos colectivos, integrarse en diferentes instancias de participación y en términos individuales, conquistar grados relativos de libertad como poder expresar su orientación sexual asumiéndose como homosexual.

David relata en la charla que tuvimos que la escuela es "su lugar" en el barrio: el lugar en donde le gusta estar, en donde se reúne con sus amigos y va a pasar tiempo cuando no tiene otra actividad para hacer y a su vez desde donde quiere construir instancias de participación con otros jóvenes para pensar cómo transformar la mirada estigmatizante que recae sobre ellos, hecho que lo afecta directamente en su ámbito familiar. La construcción de su vínculo con la escuela no fue automática ni azarosa, sino que tuvo que ver con la figura de una docente que se constituyó en una referente para él, la profesora de plástica, Guillermina. Ella fue quien lo invitó a participar de uno de los proyectos que coordina, a partir del cual salen a recorrer el barrio ofreciéndose a pintarle el frente de las casas a los vecinos, con alguna identificación que ellos elijan: un dibujo, una poesía, la letra de una canción. La intención de Guillermina con esta propuesta es la de cambiarle la cara visible al barrio, coloreándolo y expresándose artísticamente en sus paredes y muros[145].

Participar de esta experiencia significó para David un punto de inflexión, un nuevo modo de habitar el barrio y de relacionarse con los vecinos.

[145] El Proyecto se denomina "Saltaste la Pared" y se financia con aportes voluntarios y donaciones que Guillermina consigue. A raíz de este proyecto realizaron una revista en la cual entrevistan a vecinos del barrio.

> D: yo siempre viví en el barrio, pero nunca tuve relaciones con el barrio, o sea, **no conocía nada**. Íbamos a la escuela (en el centro de la ciudad) y **nos manteníamos encerrados**. Como mis viejos nos criaron dentro de un tupper. No tenía amigos acá… por eso es como que **pude conocer el barrio después que yo empecé la secundaria acá en el barrio**. Empecé a **tener más relación con la gente**… y, o sea, lo que es arte y esas cosas, a mí me llama mucho la atención. Y por ahí yo veía que Guillermina pintaba en la escuela…nosotros con mis compañeros siempre decíamos que era una loca, la criticábamos realmente y después un día ella me invitó a pintar, y yo le dije 'bueno'. O sea, **yo criticaba, pero a la vez tenía ganas de ir a pintar**. Y la primera vez que pinté con ella fue en una rotisería. Fuimos a pintar, pintamos… esa fue como la primera vez y después ya me empecé a enganchar y todas las veces que Guillermina iba, íbamos y pintábamos y por ahí **pasábamos todo el día**. Y una de las cosas que yo siempre sé decir es que, nunca tomaba mate yo, mate nunca tomé. Y mi familia tomaba, pero a mí no me gustaba. Y como que estando con Guillermina, todo el día mate y mate…Y ahora no hay un día que yo no pueda no tomar un mate. O sea, todo el día… es como que **me empecé a relacionar con el barrio y hablar con la gente, tener más confianza**. (Entrevista a David)

A diferencia de otros jóvenes, para David su tránsito por la escuela significa la posibilidad de conectarse con el barrio, y establecer desde esa institución, una relación con el *afuera*. Es desde la escuela que él llega a la calle, a relacionarse con otros y a transitar ese espacio en donde se siente libre. Es por eso que, en la biografía de David, la calle no es un espacio peligroso ni inseguro sino por el contrario es donde él encuentra gestos de solidaridad, confianza con los vecinos y desde donde puede reafirmarse en relación con sus valores. Desde esa idea es que plantea que no puede dejar de transitar la libertad que él encontró en la construcción de una relación –a través de la escuela y del arte- con el barrio.

Su salida a la calle es de la mano de Guillermina, que se convierte para David en una referencia, y que tal como planteábamos en la presentación de los circuitos, estos vínculos funcionan para los jóvenes como soportes subterráneos afectivos. A través de los proyectos que les propone a los jóvenes, Guillermina apuesta a que ellos puedan hacer un tránsito diferente por la escuela, en donde encuentran mayores conexiones con su identidad barrial. A diferencia de las caracterizaciones que veíamos previamente de "rescatables" o "impresentables", para ella el

ejercicio de la docencia tiene que ver con acompañar a los jóvenes, y el modo de hacerlo es a través de propuestas que los ubiquen en una posición de protagonistas. Es así que David transitó varias experiencias junto a Guillermina. Además de las pintadas barriales, fue integrante de un proyecto que se denomina Parlamento Joven[146], y desde esa propuesta David comenzó a explorar instancias de participación que lo llevaron entre otras cosas, a viajar a Buenos Aires en avión, conociendo por primera vez la capital del país. Para ese viaje fue seleccionado por sus compañeros y por otros jóvenes de la provincia de Santa Fe, y viajó a Capital Federal en carácter de delegado, donde compartió las inquietudes que entre todos los compañeros de la escuela habían consensuado que eran las prioritarias.

Es a partir de esos dos proyectos (salir a pintar por el barrio y ser delegado de la Provincia en Parlamento Joven) que David encuentra que la escuela es un espacio en el que quiere estar, preocupándose por que también otros jóvenes puedan transitar esa experiencia. Pero a su vez, él transita el "adentro" a partir de dos experiencias que convocan a *salir*, a estar "afuera", a conectarse con otros. David encuentra en esta conexión entre la escuela y el barrio u otras instancias de participación, un modo de generar interés en otros compañeros para que sigan transitando el circuito de la escuela y que, a su vez, se relacionan de otro modo con la calle. En ese sentido, recupero el planteo de Núñez quien considera que estas propuestas alternativas se convierten en filtraciones al disciplinamiento moderno que la normativa tradicional que la institución impone, y se constituyen en: "modos de transitar por lugares para convertirlos en espacios que muestran la presencia de 'las juventudes' en la institución escolar" (2013: 50).

Esas filtraciones tienen lugar, generalmente, cuando la escuela se abre a nuevos espacios, a propuestas que sean atractivas para los jóvenes y que interpelen sus preocupaciones cotidianas. En esa construcción de "mochilas alternativas", como dirá Núñez (2013), la figura de los docentes y la relación afectiva que se establece con ellos es clave. Ellos legitiman la voz de los jóvenes acompañándolos en la

[146] Parlamento Joven es una experiencia que se llevó a cabo a nivel nacional. A través de las escuelas se seleccionaban jóvenes que luego participaron de una instancia de debate en Buenos Aires, en donde se abordaban las problemáticas juveniles en relación a cinco ejes: Derechos Humanos, Trabajo, Género, Integración Escolar y Seguridad.

apropiación de la escuela, pero también del barrio, de la calle, lo que a su vez les permite generar ciertas transformaciones en los espacios íntimos, como en la familia:

> -¿Y qué es lo que encontraste en la escuela?
> D: O sea, **la diferencia**… a mi familia no le gustaba que salga a **pintar en la calle**, ¿viste? O sea, **por miedo y porque para ellos era una pérdida de tiempo**… y qué sé yo qué cosa. Y otra que cuando hay evento, **cuando se organiza algo en el barrio yo quiero estar**, y quiero ser el que organiza las cosas… y mi viejo no, o sea, porque ninguno de mis hermanos mayores hizo eso. Ni ellos tampoco. Y esto a mi es lo que me gusta, de caminar, de que hay buena gente en el barrio, y que hay cosas lindas en el barrio de ver… sentarte una tarde en la plaza a tomar un mate y todas esas cosas… ese es mi punto de vista del barrio.
> -¿Y tus viejos cambiaron un poco su percepción?
> D: Y **me tuvieron que aceptar**, y sí, porque ya… digamos, el primer año y ya, son seis años, y yo no me quiero despegar del barrio porque ya ni viajo a Bolivia porque ni quiero, no quiero, no aguanto es como que extraño mucho acá. (Entrevista a David)

En su tránsito por la escuela, David reconoce que no todos los docentes son como Guillermina y plantea que en muchos casos no tienen en cuenta las situaciones complejas que ellos como jóvenes atraviesan. Hay temas que en la escuela no encuentran lugar y que afectan cotidianamente la vida de los jóvenes, como por ejemplo la muerte. Cuando estábamos charlando, se enoja al relatar que el director de la escuela quiso pasar inadvertida la muerte violenta de uno de sus compañeros, que sucedió de manera repentina, en el marco de lo que los jóvenes denominan "bronca". Los directivos no dieron lugar a esa situación, y continuaron con el desarrollo normal de las clases sin reparar en que para los jóvenes se había convertido en un hecho muy triste, que les imposibilita seguir con "normalidad":

> -¿Acá en la escuela cuando pasa algo así, muere un compañero, se habla de eso?
> D: Y en teoría no. O sea, cuando nos pasó esto con mi compañero que habían matado, eh, nosotros fuimos todos al velorio y al día siguiente fue el entierro, que fue un sábado. Habíamos ido con algunos profesores, como Guillermina. Fuimos al entierro, y bueno, pasó domingo, pasó volando y el lunes fue re difícil empezar un lunes normal. **El director no le dio importancia**. O sea, el chico vivía a una cuadra de la

> escuela (todavía no se habían mudado) y el director pasó por la casa, por el velorio, como si nada en auto… **no nos acompañó**. Los profesores, algunos fueron… (Entrevista a David)

La posición del director, que en muchos casos es la que sostienen diferentes docentes en la escuela, refuerza el rechazo que muchos de los jóvenes sienten en el tránsito por este circuito. Es por eso que la relación con Guillermina y la construcción de experiencias alternativas son las que posibilitan que los jóvenes sientan que atravesar el espacio escolar es posible. Sin embargo, aun con las buenas intenciones de algunos docentes, eso no alcanza para deconstruir y modificar una lógica institucional rígida, con poca conexión con el *afuera* (el barrio y *la calle*) y en donde las problemáticas que a los jóvenes les preocupan tienen poco espacio. Por eso recupero con centralidad la historia de David porque no son muchos los jóvenes que encuentran en la escuela un lugar en donde sostenerse desde la diferencia, y que a pesar de eso sean considerados como "rescatables" para los docentes[147]. Para la mayoría de los jóvenes, el tránsito por la escuela les significa alejarse demasiado de quienes son para poder estar y permanecer en la institución.

Uno de los que creen que la escuela no contempla su modo de ser y estar en el barrio es El Chinito. Por eso este capítulo culminará con su historia, porque su relato es el de un joven que concurre a la escuela, está *adentro*, pero no puede allí hacerse un lugar y eso lo derivará hacia otro circuito.

VI.5.2. El "Chinito": el "*impresentable*"

Las experiencias de los jóvenes con y en la escuela, en general, no tienen las mismas características que la experiencia que relata David. Como veíamos, en sus historias los jóvenes dan cuenta de abandonos precoces, reinserciones fallidas, dificultades para poder entenderse con los docentes, conflictos *adentro* y *afuera* que convierten a la escuela en un lugar difícil de transitar.

Los jóvenes a los que más les cuesta permanecer en la escuela son aquellos que los docentes caracterizan como "impresentables", y tal como ya planteé, tal

[147] En el momento en que entrevisté a David, en 6to año que era el curso en el que se encontraba, había solo 5 estudiantes, de entre 30 y 50 que comenzaron entre los dos turnos en primero.

acepción da cuenta de que esos son los jóvenes que tienen dificultades para poder sostener las normas institucionales, aceptar las reglas que la escuela propone, es decir, son aquellos que se revelan frente al disciplinamiento tradicional desde el cual la institución ordena sus prácticas. Subyace la pregunta: ¿para quiénes y en qué contextos estos jóvenes son "impresentables"?

Desde este interrogante, retomo el análisis de Rosana Reguillo (2012) quien en su libro *Culturas Juveniles* planteará que desde la biopolítica se construye un discurso que identifica a los jóvenes de los sectores populares como "ingobernables", atribuyendo tal característica: "al abandono que sufrieron por parte de su entorno, por los padres y/o por un ambiente que, en su misma condición de pobreza, resultan incapaces 'naturalmente' de socializar como correspondería a los niños y a los jóvenes" (2010: 62).

Desde ese discurso se justifican las acciones de represión que se aplican sobre los cuerpos juveniles, sometiéndolos a través del uso de la fuerza o intentando domesticarlos a través de las sanciones y expulsiones. En la escuela cuando se habla de "impresentables" se pone en juego el discurso de la ingobernabilidad en el sentido de que los jóvenes no aceptan las normas que la institución propone y que se suponen "naturales" y propias de la edad. Es por eso que para no ser "impresentables" los jóvenes deben acatar pasivamente las reglas escolares, pero además, manifestar explícito interés por desarticular los modos de sociabilidad desde los cuales construyen referencias con otros en el barrio, sean esos otros adultos o jóvenes. Esas identificaciones que los jóvenes construyen con los códigos de la calle abarcan múltiples aspectos de sus experiencias vitales, desde cuestiones ligadas a la estética (un determinado modo de vestirse, de peinarse, de imprimir marcas en el cuerpo) como también prácticas desde las cuales disputar un lugar de prestigio en el territorio. Por ejemplo, la escuela limita y regula el uso del cuerpo y de la fuerza física desde la organización tradicional de los espacios acotados, que permiten poco movimiento a los estudiantes en las aulas y en los espacios compartidos, hasta la centralidad en el aprendizaje de saberes "intelectuales" que requieren de una actitud corporal pasiva. Sin embargo, para la mayoría de los jóvenes, disponer y visibilizarse desde la presencia corporal para dar cuenta de su capacidad y disponibilidad de utilizar la fuerza física en caso de

que sea necesario, se convierte en una herramienta clave para poder transitar el barrio. En la escuela este no parece ser un tema abordado, ni del cual se hable o se problematice sino que más bien se intenta "desactivarlo" o negarlo, vinculando el uso del cuerpo a la "violencia" sin mediaciones en ese sentido. La condición de prescindir del lenguaje corporal que la escuela imprime, genera que los jóvenes migren desde este circuito a otros, en donde encuentran mayores posibilidades de desplegarla.

Uno de esos jóvenes es el Chinito, de 17 años de edad, que cursa tercer año de la secundaria. Apelo en este caso a su historia para ejemplificar el pasaje del circuito de la escuela al "de los guasos" y además, porque la instancia en la que mi encuentro con él se produjo fue particular. Conocí al Chinito el mismo día en que conocí a David, de hecho, la entrevista la realizamos los tres juntos, en la biblioteca de la escuela. Los dos habían llegado a esa instancia conmigo a partir del contacto de Guillermina, quien me había recomendado que los entreviste porque de acuerdo a la mirada de ella, tenían muchas cosas que decir respecto de su tránsito por la escuela. El encuentro fue prolongado, hablamos varias horas.

El Chinito es un joven de estatura baja, se viste con ropa deportiva y usa gorra, tiene ojos rasgados que le dan un aspecto de cansancio. Tiene una expresión triste y en su modo desconfiado de manejarse durante la charla se deja entrever cierto enojo por cosas que considera injustas, como por ejemplo el maltrato que habitualmente recibe por parte de la policía. Durante toda la entrevista, El Chinito habló en muy acotados momentos de la escuela. Mientras David desplegaba su fascinación por haber descubierto en esta institución un lugar que le cambió la vida, él se sintió más cómodo presentándose desde la calle, un espacio que transita habitualmente, aun cuando le resulta muy hostil, porque entre otras cosas en la calle ya fue testigo de la muerte de varios amigos y también de su hermano. En ese sentido, el primer dato desde el que se presentó tuvo que ver con eso y me dijo ni bien iniciamos la charla: "tengo una banda de amigos muertos". Para él manejar los códigos de la calle será una herramienta fundamental para poder subsistir diariamente y, entre otras cosas, saber manejarse en ese espacio le permitirá recorrer el camino desde su casa que está ubicada en *el fondo* hasta la escuela.

> C: **De donde yo vivo a acá, es un peligro**… la verdad es que me queda muy lejos y después, enseguida ya te tiran con barro, o si no te quieren pelear…
> -¿Quiénes?
> C: ….
> -No tenes que decirme nombres, pregunto si hay algunos jóvenes en particular que vos identifiques que están buscando bronca.
> C: **Todos, son todos**. Te meten, si no te queres meter, te meten igual (risa leve). **Te buscan, como quilombos,** y si no queres, o te roban o te pegan… y ya tenes que, tenes que hacerlo. (Entrevista a El Chinito)

El Chinito hablará así de "broncas", muertes, venganzas, "fama", "aguante" y prácticamente no hará referencias respecto de la escuela. Es decir que él está en la institución, en donde además lo conocen la mayoría de sus compañeros, pero al interior de ésta se encuentra más conectado con otros circuitos, como el de los guasos. La única referencia que hace respecto de la escuela es que le gustan los momentos en los que puede compartir con sus compañeros algunas "jodas" y hacer reír a los demás de la clase, por ejemplo, bailando y haciendo gestos cuando la profesora está de espaldas escribiendo en el pizarrón. Pero, si tiene que elegir un lugar, prefiere la calle en donde pasa mucho tiempo, como en las plazas en las que usa (él dirá, "roba") el wifi de los vecinos.

En el espacio de la calle también tiene que lidiar cotidianamente con los maltratos que le propina la policía, deteniéndolo sin causa o revisándolo por completo, y en la mayoría de los casos, violentándose contra él. Es por eso que considera que los policías "son ladrones y todos corruptos" y expresará que "nunca agarran a los que tienen que agarrar". Conoce además que están involucrados en lo que él denomina como el negocio "de la droga" porque todos los días los observa cuando van a lo de un vecino, que se dedica a vender drogas ilegales, e intercambian dinero. Convivir con la impunidad le genera mucho malestar y lo expresa: "C: Se hacen los vivos también, **me da gracia, pero también me da bronca**".

A diferencia de David, quien prácticamente no tuvo experiencias de maltrato con las fuerzas de seguridad en la calle, el Chinito sí las experimentó e incluso realiza distinciones entre cómo actúan los policías y cómo lo hacen los gendarmes. Durante la entrevista relata alguna de ellas:

> C: **Los policías me pidieron datos nomás**, me revisaron todo a ver si teníamos algo… **pero gendarmes te pegaban**. Una vez me agarraron ahí afuera de la escuela, estaba en la esquina, y nos preguntan '¿qué están haciendo ustedes acá?', nosotros les dijimos que nada, y nos **pusieron contra la pared y nos pegaron con un… una piña, nos patearon de todo ese día**… si sos menor **te hacen lo que quieren**, bah, si sos mayor, también. (Entrevista a El Chinito)

En el intercambio que mantuve con los dos, David trataba de generarle interés al Chinito, convocándolo a los diferentes espacios escolares de los que él participa. Incluso, lo supone como su sucesor en la coordinación de un grupo juvenil y quiere que sea el próximo delegado que participe en la propuesta de Parlamento Joven. Pero el Chinito lo mira y se ríe, sin darle demasiada importancia al convite. Él tiene otros intereses que lo estimulan, pero todos *afuera* de la escuela. Me contó, por ejemplo, que intentó varias veces formalizar en algún club de fútbol, porque le gustaría ser jugador y tiene condiciones para serlo. Se probó en varios clubes en donde quedó preseleccionado, pero su familia no lo dejó irse. Y entonces decidió seguir en la escuela.

El Chinito vuelve a la institución, está ahí, es estudiante de la secundaria y de hecho, lo conozco en ese espacio. Pero en su historia, la escuela no aparece. La mayoría de las veces es su compañero, David, el que intenta hablar por él y motivarlo para que se sienta parte. Las condiciones diferentes en las que cada uno pueda habitar ese espacio dificultan las conexiones entre ambos y esto da cuenta de que estar en la escuela supone diferentes modos de habitarla.

Reguillo plantea, en ese sentido, que en muchos casos se considera que porque los jóvenes participan del espacio escolar se encuentran incorporados, integrados. La autora advierte que muchos de los jóvenes de sectores populares se incorporan "a como dé lugar" (2012: 139) a esas instituciones, acallando sus voces, sus expectativas, sus deseos, en función de la propuesta de la escuela de sostenerlos como parte de un modelo sociopolítico y económico dominante. Desde la incorporación a como dé lugar las instituciones educativas terminan por: "pactar con el modelo o proyecto de sociedad que ha provocado la exclusión y la marginación de los jóvenes" (2010: 138).

En algunos casos, como en el del Chinito, la experiencia de permanecer en la escuela significa dejar en suspenso cuestiones que tienen que ver con su modo de ser, con sus experiencias vitales en el barrio, con sus intereses. De hecho, uno de los aspectos centrales en la biografía del Chinito, que se relaciona con la muerte joven rodeando su existencia, no parece ser un tema abordado en la escuela, ni al que se le dé importancia como un aspecto que marca el pulso cotidiano de estos jóvenes y que les genera impotencia, miedo y tristeza. Este es un dato que une al Chinito con David, para quien también la muerte y el silencio de la institución son angustiantes. Tal como veíamos en la presentación de estos recorridos, la muerte joven es un dato que atraviesa las biografías de todos los jóvenes y se encuentra presente en sus experiencias vitales, con las particularidades y diferencias de cada uno.

La historia de El Chinito en el circuito de la escuela tiene un final anunciado, del cual me anoticié cuando lo volví a cruzar casi dos años después, en el balneario rosarino La Florida, en una actividad para jóvenes de la que participaba su hermano y a la cual él concurrió para verlo. Me acerqué a saludarlo, le pregunté si se acordaba de nuestros encuentros y me dijo que sí. Le pregunté cómo estaba él y qué tal iban las cosas en la escuela. Me respondió: "no, no fui más, creo que el año pasado ya dejé". Le pregunté por qué motivo, y me miró, sonrió e hizo silencio. Más tarde hablé con su hermano y me dijo que El Chinito "estaba en cualquiera", que estaba preocupado por él y que estaba intentando proponerle hacer juntos alguna actividad que le permitiera poder estar más cerca, y acompañarlo.

VI.6. La escuela: entre el respeto y la "baja intensidad"[148]

Para cerrar este Capítulo considero pertinente retomar algunas cuestiones que se constituyen en una llave de acceso a este circuito, el de la escuela.

[148] Hago referencia a la idea de Gabriel Kessler (2010) respecto de la escolaridad de "baja intensidad" caracterizada por el "desenganche" de los jóvenes de sectores populares respecto de las actividades escolares. El autor plantea que los jóvenes "continúan yendo" a la escuela, de manera más o menos frecuente, pero sin realizar actividades escolares, ni estudiar una lección, ni llevar los útiles, y tampoco les importa mucho no hacerlo.

La escuela aparece en el discurso de los jóvenes como un lugar al que "hay que ir", pero que por momentos se torna imposible de sostener. En algunos casos transitar esa institución sólo es posible a costa de suspender o desactivar aspectos que tienen que ver con los modos en los que se despliega la sociabilidad juvenil en los barrios. Como plantean Núñez y Litichever (2015) varias escuelas aún se organizan desde el "régimen de la disciplina" (2015: 43), es decir, desde una mirada acotada respecto de la evaluación de la conducta de los estudiantes en tanto correcta o incorrecta, buena o mala. En el régimen de la disciplina:

> (…) las normas se enuncian desde la prohibición y la prescripción. Definen conductas a seguir, comportamientos permitidos y comportamientos prohibidos: 'lo que se debe' y 'lo que no se debe' hacer dentro del espacio escolar. (Núñez et al., 2015: 43)

Sin embargo, los jóvenes decodifican estas normas e intentan generar espacios, intersticios o fisuras por las cuales poder transitar. En algunos casos, los docentes los acompañan en esas búsquedas. Y cuando estas dos cosas se combinan, como en la historia de David, se considera que el tránsito por la escuela generó libertades que son muy valiosas y también, el recorrido se considera un trayecto exitoso.

Todos los jóvenes reconocen a la escuela como "un lugar", sea por adhesión o por oposición: saben que existe, reniegan de no poder sostenerla, intentan muchas veces volver a retomar el recorrido. La escuela tiene una legitimidad entre los jóvenes y es por eso que terminar es un valor del cual sentirse orgulloso.

Fundamentalmente, participar de la escuela permite entender determinadas reglas de juego que se asocian a compartir con otros (por fuera del barrio) intercambios desde el respeto, sea en espacios de socialización informales como también en los ámbitos laborales. En todo caso, el mayor aprendizaje de transitar por ese espacio será el de poder trascender la lógica "de lo guaso", y adquirir un *habitus* que trascienda los códigos del barrio y que permita tender ciertos puentes y mediaciones con el *afuera*.

El *de la escuela* es un circuito con contradicciones (como veremos que sucede también en los otros) y transitarlo supone para los jóvenes, en muchos casos, tener

que suspender, interrumpir, aspectos que son claves en su construcción identitaria, en su modo de presentarse en el barrio y en el resto de la ciudad, y que tienen que ver con los códigos que comparten con sus compañeros. Pero también, poder transitarlo y certificar ese proceso, genera reconocimiento.

CAPÍTULO VII

DE LOS GUASOS

Fuente: Facebook "Hacete la Película"

"Antes, como 8 años atrás, era tranquilo el barrio. Ahora están las banditas, todo dividido, y no me siento segura yo en mi barrio. No son gente que vende droga, son banditas que se tienen bronca entre sí, de acá, del mismo barrio"
Katerin "La Rubia", 22 años
Entrevista

"Y... pasan cosas porque los pibes de ahora quieren ser nombrados en el barrio, y es por el tema de las broncas y que los pibes dicen 'uh mira agarramos a los de allá enfrente la banda de la Escuela Itatí'...porque se quieren hacer nombrar en el barrio, hacer los guasos, los malos"
Ramón, 22 años
Entrevista

"Las leyes de la calle no son las del tribunal"
Juan, 19 años
Escrito en Facebook

En este capítulo caracterizo el segundo circuito que construí a partir de identificar el tránsito de los jóvenes por el barrio y las relaciones sociales que esos recorridos habilitan. Lo denomino "de los guasos" porque esa expresión, utilizada frecuentemente por los jóvenes que conocí, condensa la característica central de

este recorrido: la resolución de los conflictos cotidianos a través de enfrentamientos violentos, que se desarrollan preferentemente de manera armada, y la significación que esa modalidad de interacción genera en relación con los códigos compartidos en el barrio.

Accedí a este circuito a través de los relatos de los jóvenes que conocí durante mi trabajo de campo, quienes en su gran mayoría no lo transitan de manera directa, es decir, participando activamente de enfrentamientos armados. Sin embargo, aunque fue mi intención evitar, de modo deliberado, que la faceta vinculada al entramado de violencia que se despliega en este territorio capturase los matices que existen en la cotidianidad barrial, lo cierto es que la experiencia vinculada a este modo de resolución de conflictos apareció en cada una de las instancias de intercambio que mantuve con los jóvenes, fundamentalmente cuando relataban la muerte de amigos o familiares cercanos. Alejada de la intención de estigmatizar a los jóvenes, me interesaba analizar este modo de interacción desde la perspectiva de Garriga Zucal et al. cuando invitan a colocar a la violencia en el círculo de las experiencias sociales (2009: 100). En este sentido, cobra relevancia retomar la definición de "violencia diaria o cotidiana" que Bourgois (2005)[149] recupera de Scheper Hughes (1997), quien construye esta categoría para analizar en un plano fenomenológico cómo opera la violencia en los denominados "crímenes en época de paz" , las "pequeñas guerras" o los "genocidios invisibles", que afectan a los pobres en diferentes latitudes. Así, esta noción permite analizar "las prácticas y expresiones de agresión interpersonal rutinarias que sirven para normalizar la violencia a un nivel micro – interaccional" (Bourgois, 2005: 14).

[149] Bourgois (2005) plantea que existen cuatro tipos de violencia: estructural, política, simbólica y cotidiana o diaria (2005:12). La *violencia política* tiene que ver con aquella administrada directamente por el estado, en nombre de una ideología y en ese tipo incluye desde la represión física a manos de la policía o el ejército, como también la lucha armada popular contra un régimen represivo. La *estructural* refiere a la organización económica política de la sociedad que impone condiciones de sufrimiento físico y/o emocional, entre otros la pobreza y las condiciones de trabajo abusivas y precarias. La categoría de *violencia estructural*, además, tiene sus raíces en los movimientos de resistencia anticoloniales, y en la defensa de la teología de la liberación (2005: 13). El concepto de *violencia simbólica* ha sido desarrollado por P. Bourdieu al analizar cómo trabaja la dominación a nivel íntimo, mediante un no-reconocimiento de las estructuras de poder por parte de los dominados, quienes "*colaboran en su propia opresión cada vez que perciben y juzgan el orden social a través de categorías que hacen que parezcan naturales y evidente por sí mismo*" (Bourgois, 2005:13). Por último, el cuarto tipo es la *violencia diaria* o *cotidiana* explicitado en el cuerpo de la tesis.

Durante mis contactos con los jóvenes, estos hicieron referencia de manera permanente a la violencia, fundamentalmente construyendo diferentes apreciaciones respecto del estilo de vida que llevan otros jóvenes, ligada "a los tiros", reconociendo que ese modo de interacción tiene legitimidad en el universo juvenil, pero manteniendo siempre una posición de distancia respecto de las mismas. En la mayoría de los casos, cuando se refieren a este circuito lo hacen a partir de valoraciones morales en las que recuperan sus experiencias vinculadas a la muerte de algún ser querido en algún enfrentamiento armado, producto de lo que ellos denominan una bronca.

También los adultos realizan análisis respecto de estos modos de interacción. En este caso, la mirada de Olga nuevamente vuelve a constituirse en referencia, quien plantea que la presencia de enfrentamientos armados entre grupos o "banditas" de jóvenes es cada vez más frecuente en el barrio. Ella explicita su preocupación al considerar que la expansión de las relaciones sociales juveniles sostenidas en intercambios violentos pone en riesgo determinados códigos barriales, tensionando fundamentalmente la idea de solidaridad.

Desde estos relatos y apreciaciones contorneo las particularidades de este recorrido, considerando pertinente precisar algunas diferenciaciones para que funcionen como punto de partida previamente al desarrollo previsto.

En primer lugar, no todos los jóvenes que transitan el circuito de los guasos participan en actividades delictivas, como robos o venta de drogas. Los enfrentamientos armados más frecuentes en los que intervienen los jóvenes no tienen que ver con el narcotráfico, sino que se desencadenan a partir de conflictos en el marco de la interacción cotidiana y están motivados por cuestiones de índole afectiva y personal: una mirada, un intercambio verbal, el coqueteo con una mujer. Los casos en los que sí están vinculados a la venta de drogas, se ligan por lo general con la delimitación territorial del negocio, lo que en la jerga del barrio se denomina como *mexicaneada*[150]. Esta distinción la realizaron reiteradamente

[150] En el barrio se denomina *mexicaneada* al engaño o traición y se vincula con la transgresión de los límites territoriales y acuerdos respecto de la venta de drogas q/ue se realizan entre bandas ligadas al narcotráfico. Las *mexicaneadas* provocan que entre las bandas se produzcan

tanto los jóvenes como los adultos y podría pensarse que lo hacían tratando de argumentar que relacionarse *a lo guaso* excede los modos ilegales de provisión ya que la interacción *a los tiros* se tornó un modo legítimo para la mayoría de los jóvenes en el territorio.

En segundo lugar, los jóvenes que recorren el circuito de los guasos alternan las actividades específicas del mismo, como participar de enfrentamientos armados, con otras como ir a la escuela, realizar alguna changa, jugar al fútbol, escuchar música y encontrarse con el grupo de pares o bandita en alguna esquina del barrio[151]. Como plantea Cozzi (2012), aunque los jóvenes combinan diferentes actividades, para quienes transitan este recorrido el hecho de participar de enfrentamientos armados se convierte en el rasgo más importante de sus identidades, ya que estas actividades colectivas les permiten construir una posición de prestigio al interior del grupo de pares, pero además, son consideradas como "atractivas" por los jóvenes que participan de ellas.

Es así que ser y estar en el barrio como guaso tiene que ver con manifestar cierta fascinación por las armas, con la exposición de las mismas de modo recurrente frente a los demás y también con participar de instancias de interacción de manera armada, en las cuales se demuestra el poder y el aguante. Para demostrar estos atributos los jóvenes ponen en juego su propia vida y se exponen cotidianamente a múltiples riesgos. Como plantea Reguillo, cuando analiza la configuración de las juventudes contemporáneas, "los jóvenes se han convertido en vendedores de riesgo" (2012: 140) en el sentido de que en muchos casos este es el único capital que pueden poner en juego para sostener una "fantasía de pertenencia" (2012: 140).

Exponerse a múltiples riesgos para los jóvenes que participan de estos modos de interacción violentos significa lidiar cotidianamente con la posibilidad de perder

---

enfrentamientos armados, en los cuales cada uno de los grupos participantes disputa poder y prestigio en relación al negocio.

[151] Es importante mencionar que no existe, en ninguno de los circuitos, alguna práctica o identificación que permee la totalidad de las acciones que realizan los jóvenes. Es decir que tanto en el circuito de la escuela como en éste, los jóvenes alternan actividades de los diferentes recorridos en un mismo tramo de sus biografías. Sí es posible considerar que en determinados momentos por múltiples causas (económicas, afectivas, personales) las identificaciones propias de un circuito en particular cobran mayor preponderancia determinando los recorridos de los jóvenes.

la vida. Sin embargo, es necesario precisar que la vida al límite no significa que los jóvenes no reconozcan ninguna legalidad, sino que lo que se produce es la coexistencia entre la legalidad que rige en términos sociales (leyes, normas, valores) con ordenamientos diferenciados (Kessler, 2010) que operan internamente en los grupos de referencia y que plantean determinadas pautas de conducta y de acción. Analizando la relación entre los jóvenes, el delito y la provisión, Gabriel Kessler (2010) plantea que si bien para los jóvenes que participan de estas actividades la ley se encuentra desdibujada, eso no implica la desaparición de un marco normativo de las acciones:

> (…) la cuestión es que se trata de juicios morales locales (…) hay un no lugar para la ley en el accionar de un individuo expulsado de todo marco de protección simbólico y material, instituido en soledad para la resolución de sus necesidades con aquello con la que aún cuenta, su cuerpo, su fuerza, que se pone en juego en una acción. (2010: 59)

En estos ordenamientos que configuran juicios morales locales lo que se pone en juego es la disputa respecto de la legitimidad de las acciones de quienes participan de este circuito. Como plantean Garriga Zucal et al. (2010) al analizar el fenómeno de la violencia:

> (…) la cuestión de la legitimidad implica una disputa (…) no debemos olvidar que lo que es legítimo para una mayoría -o, dicho de manera más precisa, para los sentidos hegemónicos de un colectivo social- bien puede no serlo para otros actores. (2010: 103)

En muchos casos no se trata solamente de una tensión entre lo legítimo y lo ilegítimo sino de una serie de tensiones entre legitimidades alternativas. Para quienes participan de este circuito es legítimo resolver los conflictos “a los tiros”, porque ese modo de comportamiento genera prestigio y poder al interior del grupo de pares ya que serán considerados respetables quienes demuestran aguante y valentía en los enfrentamientos. Podría pensarse también, que es legítimo para quienes son parte de este recorrido provocarle un daño e incluso la muerte a otra persona, ya que esas acciones permitirían acumular poder teniendo en cuenta las valoraciones de valentía, prestigio y aguante precisadas previamente.

Por su parte, quienes no participan de este circuito, sean jóvenes o adultos del barrio, cuestionan y sancionan moralmente la legitimidad de estas acciones. Muchos vecinos condenan moralmente los conflictos armados y las broncas porque consideran que refuerzan la "mala fama barrial" que se construye desde *afuera* del barrio y en la cual quedan todos los vecinos implicados. Es por eso que cuando los jóvenes, desde una posición externa, caracterizan a quienes participan del circuito de los guasos, los adjetivan utilizando calificativos despectivos y plantean que los guasos son pendejos, boludos, quilomberos, cagones, guapos o pibitos. Esas calificaciones aparecen generalmente de manera combinada construyéndose así la argumentación de que los *guasos* son "pendejos quilomberos que se creen guapos" cuando en realidad "son cagones o boludos".

Juan, diferenciándose de este circuito, considera que el único objetivo que logran los *guasos* a través de sus prácticas de manejarse "a los tiros" es contribuir a la mala fama barrial. Para él, los jóvenes que son parte de este circuito generan *quilombos* porque están *perdidos*, no cuentan con referencias afectivas a nivel familiar ni tampoco son parte de ningún entramado institucional en el barrio. Uno de los factores que desde la mirada de Juan impulsa a los jóvenes a manejarse de ese modo tiene que ver con las drogas porque él considera que cuando consumen de manera compulsiva, realizan acciones de la cuales luego no pueden dar cuenta y desatan así, en muchos casos involuntariamente, una bronca. En ese sentido Juan reniega de esta actitud considerando que esos jóvenes son irresponsables y "boludos" porque no dimensionan o no les interesan las consecuencias que tienen los conflictos armados en el territorio, que en general no cesan hasta que no hayan transcurrido varias muertes. Sin embargo, el consumo de sustancias no es un dato que sea exclusivo de este circuito, sino que más bien se constituye en una práctica que los jóvenes realizan transitando los diferentes recorridos. En algunas situaciones puntuales, como planteaba Juan, el consumo exacerba la posibilidad de que se desaten conflictos armados y por esas circunstancias particulares en el barrio asocian a las drogas casi automáticamente con los *guasos*.

El modo en el que el circuito de los guasos se objetiva es a través de las broncas y es por eso que lo recorreremos a partir del análisis de cómo se configuran las mismas en el barrio. Las *broncas* es una de las categorías nativas que aparece con

más fuerza en el trabajo de campo. En su etimología y su definición de diccionario "bronca" tiene que ver con estar molesto con alguna situación o con alguien; tener rabia o resentimiento. Sin embargo, para los jóvenes no significan solamente eso, porque las *broncas* no son un estado o un sentimiento, sino que indican una acción: el ejercicio de la violencia contra otro. Las *broncas* motorizan enfrentamientos, que surgen a partir de situaciones de lo más difusas, y que son experimentadas por los jóvenes como un problema o un conflicto. Esa percepción habilita y legitima ocasionarle al otro, de modo deliberado, heridas graves e incluso, en la mayoría de los casos, la muerte. Cozzi planteará respecto de las *broncas* que éstas significan para los jóvenes: "la posibilidad real de enfrentamientos armados entre grupos, entre los que ya ha habido intercambio de disparos o amenazas de intercambios entre algunos de sus integrantes, por diversos motivos y diversas situaciones" (2013: 36).

Las *broncas* tienen características específicas que desarrollaremos en los próximos apartados ya que consideramos que para explicar el circuito de los guasos es necesario hacerlo desde su modo de objetivación. En primer lugar, las *broncas* tienen un carácter cíclico y espasmódico, es decir que no están presentes de manera permanente en el barrio, sino que surgen a partir de algún conflicto, se desarrollan y luego cesan por un tiempo. En segundo lugar, el ámbito en el que se desarrollan las *broncas* y en el cual este circuito se despliega es la calle. Que la calle sea el espacio en el cual se producen los enfrentamientos permite que éstos sean visibles y públicos lo cual abona a la "fama" de quienes participan en ellos, convirtiéndolos así en personajes públicos conocidos por todos. La publicidad de los actos de quienes participan del circuito es reforzada con la construcción sobredimensionada que los jóvenes realizan cuando reconstruyen cómo sucedieron los conflictos armados, dando cuenta de cierta fascinación por estas escenas.

En tercer lugar, el marco institucional de este circuito está dado por la pertenencia a determinados agrupamientos con los cuales se comparten normas y reglas y se legitiman determinados discursos y prácticas. Estas instituciones tienen que ver con el grupo de pares, que los jóvenes denominan como "bandita" y que está compuesta por otros jóvenes con los cuales construyen relaciones afectivas y de

reciprocidad, y con quienes transitan este circuito. Y también, otro tipo de institucionalidad tiene que ver con la pertenencia a un grupo familiar que históricamente participó de conflictos armados. En este segundo tipo, que está vinculado a las redes de parentesco, los jóvenes consideran que su participación en el circuito de los guasos se configura como una herencia que los vincula (en muchos casos) involuntariamente a *broncas* de las cuales intentarán en algunos tramos diferenciarse a partir de participar de otros de los circuitos.

Por último, el despliegue de la violencia tiene características diferenciadas para los varones y para las mujeres; mientras que para los varones en este modo de interacción prima el uso de armas de fuego para las mujeres las *broncas* se dirimen a *las piñas*. Abordaremos en los próximos apartados cada una de estas características.

VII.1. "No vengas al barrio que hay *bronca*"

Las *broncas* tienen una fuerte presencia en el territorio y a partir de ellas se organizan las posibilidades de circulación en el barrio. Existen dos momentos diferenciados en el desarrollo espacial y temporal de una *bronca*. En una primera instancia las amenazas de que se desate un conflicto armado condicionan de manera focalizada los movimientos de quienes están implicados en la situación. Las *banditas* de jóvenes que participan en el intercambio de amenazas delimitan los espacios por los cuales cada grupo puede circular, en general asociados al lugar habitual de reunión de cada grupo, considerando que la transgresión de esos límites es un argumento válido para que se desate el enfrentamiento. El caso extremo de la delimitación espacial por amenazas son las situaciones en la que los jóvenes tienen que permanecer encerrados en sus viviendas, porque cualquier movimiento se transforma en riesgoso para ellos.

El segundo momento de reorganización espacial se produce cuando el enfrentamiento armado efectivamente sucedió y se activó una *bronca*. A partir de allí, todo el barrio queda limitado en sus movimientos por el despliegue que la *bronca* produce, dificultándose la circulación. En varios casos, los vecinos me alertaron que no vaya a Las Flores Sur porque en esos días había una *bronca*

desarrollándose lo cual suponía riesgos también para quienes éramos visitantes externos.

Esta organización temporal y espacial de las *broncas* no sigue un patrón regular. En ese sentido no existen factores externos que impulsen a los enfrentamientos armados, tales como determinados momentos del año o fechas importantes a nivel político como las elecciones. Más bien, las *broncas* suceden de manera cíclica y espasmódica y tienen que ver con los conflictos que se van generando entre las *banditas* que participan.

En varios relatos los jóvenes hicieron referencia a esta característica. Por ejemplo, Juan planteó en una de las conversaciones que mantuvimos que hacía tiempo que no se generaba ningún *quilombo* en el barrio y él analizaba de ese modo el contexto y consideraba que el barrio estaba tranquilo porque en esos días estaba pudiendo salir de noche con sus hermanos y amigos y no le había pasado nada.

El carácter cíclico de las *broncas* genera una permanente inestabilidad en la organización temporo-espacial de la vida barrial. En ese sentido, Auyero y Berti (2013) plantean que la violencia es "como el clima: complicada, cambiante, y en cierto sentido, impredecible, pero resulta de causas similares que, en combinaciones variables en distintos tiempos y lugares, la producen" (2013: 27). Así, en Las Flores Sur una vez que se genera un conflicto y luego del período de amenazas, cuando suceden los enfrentamientos armados, todo el barrio queda absolutamente atravesado por esa situación y los vecinos intentan no salir a la calle para evitar correr algún riesgo. Cuando el conflicto cesa, generalmente luego de que se produzca la muerte de varios de los implicados, el barrio vuelve a un momento de cierta tranquilidad.

El carácter cíclico de los conflictos apareció como un dato recurrente durante mi trabajo de campo. Diego, un joven de 20 años que conocí en la Escuela 407 lo explicitó en la conversación que mantuvimos:

> D: Siempre es así. De vez en cuando se calman un poco, pero… cuando empiezan, o sea, un día muere alguien, lo mata uno… entonces ya sabes que esa semana o ese mes, **van a ser tiros**. Porque es **de familia a familia hasta que no se terminen de**

> **matar todos**. O hasta que no termine alguien grave. **Yo me fui acostumbrando**, pero nunca estuve en un enfrentamiento así. (Entrevista a Diego)

En el planteo de Diego aparece otra característica las *broncas* y que tiene que ver con que lo que Auyero y Berti (2013) denominan como "efecto derrame" o carácter encadenado de la violencia. Como plantean los autores, la presencia selectiva, intermitente y contradictoria del estado en los "márgenes" (2013: 27) hace posible el curso de la violencia y el carácter concatenado de estos episodios formando una cadena en la que se conectan "la calle y el hogar, la esfera pública y el espacio doméstico" (Auyero y Berti, 2013: 118). Así, en el relato de Diego y de muchos de los jóvenes del barrio cobra relevancia la inexistencia de intervenciones institucionales durante el transcurso del tiempo entre el momento de las amenazas y los enfrentamientos armados pone en evidencia la poca intervención activa y preventiva del Estado respecto de la regulación de las *broncas* en el barrio. Por lo general, los familiares de los implicados en amenazas por posibles enfrentamientos recurren a instituciones estatales para intentar frenar el conflicto, siendo el mecanismo más habitual denunciar en la comisaría del barrio. Sin embargo, en la mayoría de los casos, estas denuncias son desestimadas por dos motivos: por cuestiones administrativas, por ejemplo, que no existan pruebas para generar una denuncia; o porque las *broncas* son consideradas por estas instituciones como cuestiones de índole privado en las cuales no deben intervenir. En este segundo sentido, abundan los relatos que dan cuenta del trato despectivo que los familiares reciben por parte de la policía cuando quieren realizar una denuncia y en muchos casos se generan situaciones de maltrato institucional.

VII.2. *La calle* en el circuito de los guasos

En el Capítulo II de este trabajo distinguíamos que en el barrio el escenario de la calle aparecía asociado a dos prácticas diferentes: *estar en la calle*, es decir, utilizarla como espacio de socialización y de esparcimiento, y *ser de la calle.* En este capítulo, cobra relevancia la segunda dimensión, *ser de la calle*, ya que el circuito *de los guasos* se transita casi exclusivamente en ese espacio y quienes participan adscriben a características que en el barrio se asocian a la identidad

callejera. Estas características tienen que ver con determinadas prácticas y valores, tales como la transgresión permanente de normas y reglas, con el consumo de sustancias, con la afiliación intermitente en relación a las instituciones tradicionales como trabajo, familia y educación y también con valores como la construcción de poder a través del uso de la violencia.

El espacio de *la calle* como aspecto clave en la sociabilidad juvenil de los sectores populares ha sido abordado en diversos trabajos etnográficos. En la mayoría de estos estudios se destaca la manera la manera dicotómica en la que socialmente se construyen valoraciones respecto de éste espacio: se concibe así a *la calle* como una influencia negativa fundamentalmente para los jóvenes pero también, *la calle* es considerada por éstos como espacio de libertad y fuente de recursos y posibilidades (Gentile, 2014)[152].

Fuente: Diario La Capital - 26/02/15[153]

En el caso de los jóvenes de barrio Las Flores Sur, las valoraciones que construyen en relación al espacio de la calle como ámbito privilegiado en el que se despliega el circuito *de los guasos*, también da cuenta de ciertas

[152] En su tesis de Doctorado, Florencia Gentile recupera los abordajes de diferentes estudios etnográficos respecto de la calle como espacio de socialización, destacándose entre otros los trabajos de Fonseca, 1994; Magnani, 1998 y Chaves, 2012.

[153] Título de la nota: "Un muchacho murió en una balacera entre bandas en la plaza de barrio Las Flores". http://www.lacapital.com.ar/policiales/un-muchacho-murio-una-balacera-bandas-la-plaza-barrio-las-flores-n488257.html , [consulta: 05/05/2017].

contradicciones. Por un lado, recorrer la calle y asociarse en determinados tramos de sus biografías al circuito *de los guasos* es valorado por los jóvenes como un aprendizaje, en tanto que *salir*, estar afuera de la protección que supone el ámbito doméstico o de las instituciones típicamente asociadas al mundo juvenil como la escuela, implica reconocer los códigos del barrio y construir un capital social para disputar respeto. El respeto que se gana en el circuito *de los guasos* desde la calle sirve como herramienta para defenderse de los abusos que otros jóvenes, ya sean del barrio o de *afuera* pueden propinar, desde cargadas o chismes, como también robos o golpes. Es decir, ganar el respeto de la calle significa no ser considerado *gil*. En ese sentido, los jóvenes participan esporádicamente en este circuito porque consideran que en la calle pueden disputar poder e imprimiéndole un tono a la vida pública en el barrio, tal como veíamos que sucede con la dimensión espacial en relación a las *broncas*.

Sin embargo, no todos los jóvenes construyen una imagen idealizada del espacio de la calle como ámbito de libertad y de transgresión porque para muchos de ellos *ser de la calle* y transitar el circuito de los guasos los ubica en una posición de exposición a diferentes riesgos, que oscilan entre desde desviarse de otros recorridos más estructurados e institucionalizados hasta poner en riesgo la vida. Ese es el caso de Diego, un joven que recorre el circuito de la escuela, que vive con sus padres y que elige *quedarse adentro*, ya sea en su casa o en la de algún amigo, de su abuela, o en la escuela. Para Diego *salir* a *la calle* implica el riesgo de relacionarse y quedar implicado con lo que él denomina como *mala junta*, es decir, interactuar con jóvenes con intereses y modos de comportamientos "diferentes" a los que él considera legítimos, como ir a la escuela o trabajar.

La idea de *mala junta* aparece con frecuencia en las asociaciones que tanto los jóvenes como los adultos del barrio realizan en relación a la construcción de grupos de pares en la sociabilidad callejera. Tal como plantea Gentile (2014) en la idea de *mala junta* subyace una valoración negativa de *la calle* como espacio de socialización, considerando que en ésta se trastocan negativamente los ciclos de vida de los jóvenes, por dos razones:

> La primera razón es la asociación de la adscripción a las prácticas callejeras como causa del alejamiento de los espacios

> tradicionales de integración social (trabajo y escuela); y la segunda razón tiene que ver con la identificación de este espacio con riesgos y peligros que pueden generar consecuencias irreversibles, enfermedades y hasta la muerte. (2014: 101, el énfasis es mío)

Los jóvenes que consideran que *ser de la calle* implica construir relaciones sociales con una *mala junta* construyen una visión homogénea de ese espacio, estableciendo una relación dicotómica respecto de otros espacios a los que consideran buenos o sanos, tales como la escuela, el trabajo o la casa. Desde esa valoración negativa del *ser de la calle* consideran que quienes participan del circuito de los guasos son "malos".

En ese sentido, retomando el relato de Diego, cuando se presenta como estudiante o *buen pibe,* apela permanentemente a su distancia respecto del circuito *de los guasos* y del *ser de la calle*, explicitando inclusive que se sintió sorprendido y un tanto defraudado porque uno de sus compañeros a quien él consideraba *buen pibe* tenía *broncas* que finalmente le provocaron la muerte, y él desconocía ese dato de su biografía. Diego lo cuenta así:

> D: Un compañero de la escuela... lo conocí acá hace un año y algo. Tuvo problemas, y le pegaron unos tiros. Y con él, bueno, sufrimos un poco porque el compañero era la alegría del salón y era un cago de risa. Y además porque **yo no me junto con gente que anda en esa**. Él **fue un poco por sorpresa**, bueno, también estaba en el salón, o sea, tampoco iba a esquivar todo eso. Además, **el pibe no era mal pibe**. Qué sé yo, son problemas, que tuvo por una gorra, por boludeces. (Entrevista a Diego)

Pero no todos los jóvenes consideran que la calle es un espacio que desvirtúa el tránsito por otros circuitos o como espacio de riesgos. Muchos de los jóvenes valoran positivamente el hecho de *salir a la calle* porque consideran que este espacio se constituye en un ámbito de aprendizaje. En el sentido práctico, *ser de la calle* habilita a los jóvenes a conocer y explorar el universo de códigos barriales con los cuales luego tendrán que manejarse en su cotidianidad. Es por eso que muchos jóvenes consideran que *salir* les permite contar con información respecto del barrio que los ayudará a discernir entre las *buenas* y *malas juntas*, permitiéndole construir criterios para identificarlas y diferenciarlas. Los jóvenes que valoran positivamente el aprendizaje que la calle habilita, consideran además

que es un ámbito en donde pueden construir relaciones fraternas y generar redes de reciprocidad con otros jóvenes del barrio, con los cuales compartir códigos y valores.

Ese es el sentido que para Juan tiene la calle. Él considera que *ser de la calle* implica *saberla*, es decir, construir conocimiento en torno a lo que sucede en el barrio, a los códigos en juego y a las reglas que regulan la interacción. En ese sentido, *saber la calle* es un capital, y por eso acompaña a su hermanito para *salir* y que aprenda a manejar los códigos callejeros:

> J: Nosotros siempre **salimos**. Yo siempre ando con mi hermanito. Porque lo llevo también para que vea, **pa' que vea lo que es la calle** y algo de eso. Porque **él no sabe lo que es la calle**.
> -¿Y qué es la calle?
> J: **La calle también es así, es 'saberla'**, porque qué sé yo, un día vos salis y **no sabes nada**, y siempre **va a haber gente mala que te va a querer llevar por cosas**, boludeces. Sí, yo por lo menos yo empecé a **salir hace poquito a la calle**… yo **era más de adentro**, entonces salía a trabajar y me metía pa' adentro de mi casa. **Salí y conocí gente**, una banda pero qué pasa, **había gente buena** y que te decía que vos 'tenes que hacer esto', y por lo menos eso estaba bueno. Pero después **ya había gente que te quería convidar ponele, drogas**, esas cosas, y no, yo le re juré a mi mamá que no me iba a drogar. (Entrevista a Juan)

De esta manera, se desprende que *ser de la calle* significa *saberla*, entender las reglas del juego, manejar los tiempos y los códigos del barrio. La mayoría de los jóvenes pasa mucho tiempo en una esquina junto al grupo de amigos, en alguna placita, usando wifi en los espacios disponibles, tomando una gaseosa o una cerveza, o jugando al fútbol.

La calle se configura así en un espacio con múltiples significaciones para los jóvenes y es así que está relacionada tanto con conflictos armados como con otros aspectos, por ejemplo, ligados a la provisión y también con instancias de disfrute y esparcimiento. Es decir que *salir* también significa encontrarse y pasar un buen rato con el grupo de pares, los amigos. En la calle, como cuenta Isaías, un joven de 26 años, también hay *joda*:

> I: Yo cuando me juntaba con los de ahí… **con los de la banda,** y había bronca con otros… yo me juntaba con los pibes cuando no tenía a mi señora… me la pasaba chupando a dos manos, trabajaba encima yo porque no estaba juntado esos días yo. Cobraba y me gastaba todo en chupi.
> -¿Y te divertías?
> I: Y me divertí una banda… **joda, toda joda**, ponele el sábado hasta el otro día. Yo arrancaba el sábado y no paraba hasta el otro día. Hasta el mediodía no paraba yo.
> -¿Por qué saliste de la calle si te divertía?
> I: Y porque me cambió todo, la familia. Mi familia, todo. La familia, que es lo más importante. (Entrevista a Isaías)

Cuando los jóvenes apelan a la calle como espacio de esparcimiento, de *joda*, lo asocian con la idea de libertad que viven en ese ámbito en contraposición a las normas y reglas que implican la vida familiar, en donde en muchas circunstancias encuentran que no pueden responder al pedido de varón proveedor que habitualmente se les asigna.

Recuperando el comienzo de este apartado, el circuito de los guasos tiene como ámbito de referencia el espacio de la calle y es allí donde se desarrolla. La relación entre los guasos y el ámbito de la calle genera que éstos se conviertan en figuras públicas, conocidos por todos los vecinos, y que desde esa visibilidad se constituyan como personajes reconocidos, con "fama", garantizándose de ese modo que las hazañas cometidas en los enfrentamientos armados sean relatadas, reproducidas y transmitidas por otros, garantizándose así perdurar en el tiempo.

VII.2.1. *"Salir a escuchar los tiros"*

El espacio de *la calle* como ámbito privilegiado en el cual se transita este circuito y en donde se efectivizan las *broncas* supone, al menos, dos cuestiones. En primer lugar, el hecho de que los enfrentamientos armados se produzcan frente a la mirada de otros vecinos que no participan de los mismos garantiza que lo sucedido se transmita y perdure a través de los relatos de los espectadores. Las crónicas que los vecinos construyen luego de los enfrentamientos multiplican el temor en el barrio respecto de que pueda volver a suceder otra situación similar. En segundo lugar, funcionan para quienes participan del circuito *de los guasos* permitiéndoles acumular poder territorial y el hecho de ser mencionados con

nombre propio en las diferentes crónicas abona a la construcción de la *fama* desde la cual ganan respeto en el barrio, fundamentalmente en el grupo de pares.

Respecto del primer aspecto, la visibilidad de los enfrentamientos propicia la construcción de una mística barrial en torno a ellos. En ese sentido, los jóvenes destacan que cuando en el barrio empiezan a escucharse determinados sonidos o a percibirse algunos movimientos, como por ejemplo el ruido del caño de escape de varias motos circulando por la calle o alguna corrida, los vecinos salen a la vereda para mirar lo que sucede y estar al tanto de lo que pasa. Cuando efectivamente se produce un enfrentamiento, el objetivo de salir a la vereda a mirar tiene que ver también con enterarse si alguno de los implicados en el conflicto es familiar o conocido.

Diego cuenta cómo los enfrentamientos interrumpen la cotidianidad barrial, generando cierta expectativa:

> D: Cuando se escuchan tiros, **casi siempre salimos**. Para **chusmear**, **viste cómo somos**. Y yo sentí un par de veces que se siente como que te roza, ¿viste?, cerca. Y yo pienso que te pasa cerca, pero ya de tan clara que la tenés, que te pasan por arriba o por ahí cerca. Cuando se escuchan las motos, que hacen ruido las motos [imita el ruido], vos pensas que son tiros y … **cuando hacen así, cuando hacen ese ruido**, **ya sabes que están buscando bronca** o cuando pasan dos en moto ya **todos están a la expectativa que algo va a pasar**. (Entrevista a Diego)

En ese sentido los enfrentamientos armados se imponen sobre la monotonía cotidiana del barrio imprimiéndole cierta adrenalina a la dinámica barrial. La adrenalina tiene que ver con el impacto que generan los movimientos de las corridas, los gritos y los llantos. La mayoría de los vecinos observa esa escena desde las puertas de sus viviendas, con pocas posibilidades de intervención. Para los jóvenes, estas escenas convierten al barrio en un espacio más atractivo, a pesar de que reconocen que los enfrentamientos armados les generan mucho temor. En general contraponen la adrenalina que las irrupciones de estos sucesos generan en Las Flores con el aburrimiento que supone la vida en otros lugares, fundamentalmente los pueblos o pequeñas localidades a las que concurren con frecuencia ya que van a visitar a sus familiares.

Diego es uno de los jóvenes que hace referencia este aspecto. Él se crio durante su infancia en una pequeña localidad ubica al oeste de la provincia de Santa Fe, Las Rosas, adonde todavía va de visita. Pese a su intención permanente de diferenciarse del circuito de los guasos, en su relato reconoce que lo que sucede en el barrio cuando hay tiros le genera una atracción porque lo convierte en un territorio de acción, opuesto a la tranquilidad pueblerina:

> "D: Y, cuando me vine a vivir acá [se refiere a Las Flores Sur] tenía muchas ideas del barrio, lo pensaba como un lugar tipo de acción todo el tiempo. Sí, como que **mucha adrenalina**, como en una película. Y yo **estaba así atento** [abre los ojos, con gesto de sorprendido]. Yo nunca tuve problemas con nadie, después **me fui acostumbrando a ver los tiros todos los días**, todas las noches, peleas familiares… **al principio me asustaba**, porque eso se ve todo el tiempo acá. En cambio, **Las Rosas es más tranquilo, pero no me gusta mucho porque yo me aburro**". (Entrevista a Diego)

La adrenalina y excitación que generan los enfrentamientos armados entre los jóvenes favorecen a que estas escenas sean luego reproducidas a través de crónicas en diversos espacios en los que relatan lo sucedido. Así, los jóvenes apelan permanentemente a imágenes en las cuales recrean los enfrentamientos, simulando el ruido de los disparos, imitando los gritos y utilizando inclusive onomatopeyas al estilo de series de televisión: "bang", "bum", "pum" para hacer más atractivo el relato. En los intercambios en los que narran los enfrentamientos los jóvenes suelen exagerar determinados datos para imprimirle mayor mística a las circunstancias, distorsionando así la situación inicial. En varias ocasiones en las galerías del CCB presencié charlas en las cuales los jóvenes reconstruían enfrentamientos que habían sucedido en el barrio. Un ejemplo de ellas me resultó llamativa por ser muy fantasiosa. En ese caso, un joven le contaba a otro, fascinado, lo que había sucedido en una *bronca a los tiros* en la que una persona que recibió cuantiosos disparos puedo escaparse corriendo, con el cuerpo baleado, mostrándose inmune. Los dos se rieron luego del relato y compararon la escena con las películas de los "zombis".

Es fundamentalmente a partir de esas reconstrucciones que lo sucedido en las *broncas* circula por el territorio y éstas se erigen en un dato que configura la cotidianidad del barrio si bien las personas que efectivamente están implicadas no

son la mayoría de los vecinos. En ese sentido, resulta pertinente el análisis que realiza Bourgois (2010) respecto del impacto que las escenas violentas tienen en la vida cotidiana de los territorios de segregación urbana. Al analizar específicamente la violencia en Harlem, el autor plantea que el impacto de la misma no puede pensarse únicamente en relación con la cantidad de hechos armados o desde su expresión estadística, sino más bien a partir del efecto que estos hechos producen en todos los habitantes del barrio:

> En el Barrio, la violencia de la cultura callejera atraviesa la vida cotidiana y afecta la percepción del vecindario de manera completamente desproporcionada en comparación con su peligro real. Esto se debe, en parte, a que los incidentes de violencia suelen ser muy visibles y traumáticos, aun cuando no amenazan físicamente a los espectadores. (Bourgois, 2010: 62)

El dramatismo y la ferocidad que se ponen en juego en los enfrentamientos armados contribuyen a que el temor por las *broncas* se propague en todo el territorio. En esa misma operación de visibilidad, los jóvenes que participan del circuito *de los guasos* acrecientan la construcción de la *fama barrial*, y tal como plantea Bourgois (2010) en la calle "fama quiere decir respeto" (2010: 53).

La reconstrucción con tintes cinematográficos de los hechos abona a la construcción de la *fama barrial*, porque además una de las características de las crónicas barriales es que en éstas se mencionan a los implicados de las *broncas* con nombres propios, incorporándose incluso otros datos de sus biografías, como por ejemplo cuestiones ligadas a la historia familiar. En ese sentido, el hecho de ser mencionado como partícipe de enfrentamientos armados constituye un modo de acumulación de poder en este circuito. Así como veíamos que en el de la escuela, el título es un modo de objetivar el recorrido y de disputar respeto a través de esa acreditación, en este circuito lo será el participar de *broncas* barriales y ser mencionado en las crónicas respecto de las mismas.

Al analizar la violencia como capital en la construcción de redes sociales en las hinchadas de fútbol Garriga Zucal (2007) plantea que dar a conocer la violencia es el modo de reconocer este capital y de legitimarlo:

> La carencia de institucionalización del capital simbólico violencia requiere que la validez del mismo se ajuste a su exhibición... en varias oportunidades emerge en forma de recuerdos, en crónicas de episodios violentos. (2007: 83).

Los jóvenes que participan del recorrido de *los guasos* deben exhibirse como practicantes de los enfrentamientos armados para ser reconocidos como parte del circuito. Ahora bien, ¿cuáles son los factores que los jóvenes consideran que motivan el surgimiento de un conflicto o de una *bronca*? En el próximo apartado exploraremos este punto que nos permitirá analizar como en *las broncas* entran en tensión cuestiones de índole individual / subjetiva con aspectos estructurales.

VII.3. Familias y grupos de pares

En el circuito de los guasos la adscripción institucional es diferente a la que caracterizábamos en el circuito de la escuela, en donde el recorrido está delimitado por presencia en la vida de los jóvenes en las instituciones estatales. Eso no significa que en el circuito de los guasos no existan ni se construyen normativas que regulan las prácticas de quienes participan en él. Pero, en este recorrido, la institucionalidad está vinculada fundamentalmente a la pertenencia a determinados grupos que funcionan como referencia y en los cuales se establecen las normas propias.

En ese sentido, existen dos tipos de grupos a los que adscriben los jóvenes que participan de este circuito. Un primer tipo de agrupamiento tiene que ver con la pertenencia a grupos familiares que históricamente participaron de *broncas* barriales y que se organizan internamente al estilo de clan, manteniéndose unidos a partir de los lazos de consanguinidad. Estos grupos familiares delimitan sus interacciones en el territorio a partir de los conflictos que establecen con otros grupos familiares. Las *broncas* ligadas a estos grupos datan de conflictos con raíces históricas[154] en el barrio, ligados a familias que dirimieron desde el surgimiento de Las Flores Sur sus conflictos *a lo guaso*, utilizando diferentes tipos de armas (tanto de fuego como armas blancas) y construyendo así una

[154] En el Capítulo III cuando se aborda el surgimiento del barrio y las relocalizaciones de 1978 se aborda específicamente cómo los conflictos que los vecinos tenían previamente también fueron trasladados al nuevo territorio que se estaba ocupando.

posición de *fama* y respeto a través del uso de la violencia. Esto será desarrollado con mayor profundidad en el próximo apartado.

El segundo tipo de agrupamiento tiene que ver con la pertenencia de los jóvenes a un grupo de pares, que tal como ya fue dicho, se autodenominan *banditas*. Ser parte de una *bandita* significa para los jóvenes constituirse como parte de un grupo de amigos, ubicarse en un determinado lugar del territorio (en una esquina o en una plaza) y desde esa posición espacial interactuar con el resto del barrio, fundamentalmente a partir de intercambios con las otras *banditas*. La pertenencia de los jóvenes a estos grupos tiene que ver con la provisión y la obtención de recursos, sea a partir de realizar alguna actividad (legal o ilegal) laboral o a través del intercambio de favores y de solidaridades para hacer frente a las necesidades cotidianas[155], pero también participar de la *bandita* significa poder construir lazos afectivos a partir de los cuales los integrantes del grupo se garantizan cierta protección.

En el barrio la expansión de las *broncas* y la participación de mayor cantidad de jóvenes en el circuito *de los guasos* en los últimos 10 años, tiene que ver con la legitimidad que ser parte de una *bandita* tiene para los jóvenes, frente al repliegue de la institucionalidad "tradicional" (escuela, familia, trabajo, salud) que cada vez los atrae menos en sus propuestas, tal como fue explicitado en el circuito *de la escuela*. Es a partir de los conflictos entre las *banditas*, productos de intercambios en los cuales se instala una sospecha respecto del otro, que las *broncas* son cada vez más frecuentes en el territorio. La sospecha respecto del otro puede motivarse por diferentes razones, desde un cruce de miradas, el uso de determinada ropa o la relación con una mujer. Todas estas motivaciones tienen como denominador común que la violencia va a constituirse en el modo legítimo para dirimir el problema. El uso de la violencia que los jóvenes que participan de las *banditas* realizan para dirimir sus conflictos genera la percepción en el barrio de que la violencia tiene que ver exclusivamente con los jóvenes que participan en ellas, reduciendo el fenómeno respecto de sus dimensiones estructurales. Como

[155] Para profundizar sobre la configuración de los grupos de pares en las actividades juveniles delictivas se sugiere consultar el libro de Gabriel Kessler (2010), *Sociología del delito amateur* específicamente el Capítulo 3.

analizábamos en el Capítulo IV, cuando analizábamos las causas estructurales de las transformaciones en el barrio, la "lógica narco" ha fomentado la construcción de un "sentido común a favor del delito y la violencia" (Bourgois, 2010: 97). Es en ese contexto de posibilidad en donde las broncas logran potenciarse y expandirse.

En una de las conversaciones que mantuve con Olga, ella enfatizaba que los conflictos que generan los enfrentamientos armados no tienen que ver con el narcotráfico, sino más bien con conflictos cotidianos entre *banditas* que se dirimen a los tiros:

> O: Ahí van chicos (se refiere al Polideportivo), ahora estaban yendo porque también había problemas por eso porque **dos o tres se agarraban a los tiros** y como está cerca de la placita… es **mucho lío banda contra banda**…
> -¿Cómo es eso?
> O: No, porque muchos **lo toman banda como que son gente que por la droga**, que, **no no es eso**. Es que hay **un grupito de pibes**, ponele de diez, pasa un grupito de cinco o seis, y porque **ese lo miró o porque ese se sonrió o porque ese se hace el fachero porque va con tales zapatillas** o porque…son broncas que entre ellos no más las generan… o **por una mina**, yo soy más pesado que vos, yo me la banco más que vos. (Entrevista a Olga)

La proliferación de las *broncas* por motivos que tienen que ver con la interacción cotidiana pone en evidencia que los jóvenes encuentran en este mecanismo de regulación de las relaciones sociales un modo de construir una posición desde la cual ganar respeto en el territorio y garantizarse así cierta protección. Subyace también que estas acciones están alentadas por la necesidad de los jóvenes de construir justicia frente a situaciones cotidianas abusivas en las que no cuentan con intervenciones estatales que actúen para garantizar un marco de protección. En ese sentido, si bien las broncas se desatan en muchos casos por motivos irrisorios, la escalada de violencia que se desencadena posteriormente acrecienta la sensación de injusticia e impunidad cada vez más, convirtiéndose a su vez en argumento de la acción. Por ejemplo, frente a la muerte de un amigo, los jóvenes que son parte de la *bandita* a la cual el fallecido pertenecía considerarán legítimo vengarse a *los tiros* por ese homicidio ya que no se resuelven por las instancias

policiales y judiciales y por lo tanto el sentido de justicia no se logra por esa vía. Es así que la venganza por cuenta propia se constituirá en un modo de reproducción ilimitada de las broncas, frente a la desidia institucional. Como plantea Epele (2010) diferentes procesos participan de esta dinámica que modifica las condiciones de legalidad, de justicia y de ejercicio de derechos, tales como el deterioro en los servicios sociales (salud educación, justicia) y también la retirada del Estado que es solidaria con la criminalización de la pobreza. La autora plantea que se construye así una condición de ciudadanía en el régimen de exclusión que se puede caracterizar como "zonas marrones de la democracia", o como "borramiento de las bordes entre lo legal e ilegal" o como "Estado paralelo" y la "economía de la venganza"; todas estas son expresiones que dan cuenta de que cómo se configuran: "las dinámicas y experiencias acerca de la justicia y el ejercicio de los derechos en estos espacios sociales" (Epele, 2010: 270).

El mecanismo de regulación de las injusticias y de construcción de protecciones a partir de la "economía de la venganza" sumado a la desprotección por parte de las instituciones estatales, contribuirá a que esta modalidad de resolución de los conflictos a través de enfrentamientos armados se perpetúe en el tiempo, reproduciéndose intergeneracionalmente.

VII.3.1. Broncas heredadas

En el apartado anterior planteábamos que el primer tipo de grupalidad a la cual adscriben los jóvenes que son parte del circuito de los guasos tiene que ver con la pertenencia a familias que históricamente regularon sus interacciones en el barrio a partir de enfrentamientos violentos. La mayoría de los vecinos, sean jóvenes o adultos, consideran que uno de los mecanismos por el cual se reproducen los conflictos tiene que ver con la herencia de las *broncas* que se transmiten de generación en generación.

A su vez, la transmisión intrafamiliar e intergeneracional de las *broncas* desde los padres hacia los hijos pone en evidencia que el modo en el que funcionan estos grupos familiares que participan de enfrentamientos armados tiene que ver con el estilo de clanes. La característica central de este tipo de organización es que las acciones de los miembros del grupo se activan frente a amenazas externas que

generan mecanismos de responsabilidad y cohesión interna por parte de sus integrantes. Como plantea Cozzi, en este modo de funcionamiento al estilo de clan las acciones: "se activan ante determinados conflictos, ante ciertas obligaciones de cooperación y responsabilidad, (dando cuenta de) la cohesión que la amenaza exterior genera" (2013: 37, el énfasis es mío).

El funcionamiento al estilo de clan y la cohesión interna que los grupos familiares construyen genera que las rivalidades trasciendan las biografías individuales y se conviertan en *broncas* que se reproducen en el tiempo[156]. Incluso en muchos casos el motivo que originó el enfrentamiento se diluye y desdibuja, pero sin embargo sigue operando de modo latente.

Los jóvenes consideran la herencia de las *broncas* es parte del mecanismo de recambio generacional que se produce cuando sus padres se alejan del circuito de los guasos al transitar el mundo adulto. En ese sentido, la juventud es el momento de la vida en el cual es legítimo participar en este circuito y a la inversa, el hecho de que los adultos de las familias continúen participando de las *broncas* e interactúen de ese modo en el barrio genera en los jóvenes cierta vergüenza.

En una de las conversaciones que mantuve con Jenifer, una joven de 17 años, ella habla respecto de las broncas heredadas:

> -¿En el barrio siempre hubo broncas?
> J: Sí, siempre. Mirá, mi papa tenía 40 años cuando murió. Ya, estamos en el 2015, hace 3 años que mi viejo falleció. Y mi **viejo tenía bronca por todos lados** y tenía 40 años, y **tenía que andar enfierrado** y todas esas cosas, Y sin embargo uno dice

[156] Es necesario advertir que la idea de las *broncas heredadas* no tiene que ver con considerar que existe un círculo de transmisión intergeneracional de la pobreza o de determinados valores "desviados" como el uso de "la violencia". Antes bien, el planteo de la reproducción del modo de resolución de conflictos *a los tiros* deja en evidencia la debilidad de mecanismos institucionales, estatales, para poder intervenir en la trama de relaciones que las *broncas* van generando, y que se sostienen y profundizan a lo largo del tiempo. La teoría de la cultura de la pobreza desde la cual se considera que existe una transmisión patológica de valores y de comportamientos dentro de las familias es cuestionada por Bourgois (2010) quien plantea que es necesario que en el análisis de la cultura callejera se tenga en cuenta el debate respecto del "rango de acción de las personas versus estructura social" (2010: 47). Es por eso que la transmisión intergeneracional de broncas solo puede ser entendida en el marco de una "larga historia de hostilidad y de dislocaciones sociales" (Bourgois, 2010: 47), percibiendo, como plantea el autor, "las relaciones de poder que configuran el enjambre de interacciones humanas… (en las cuales) las personas no son víctimas pasivas (sino) sujetos activos de su propia historia, seres humanos que construyen su propia historia" (2010: 47; el subrayado es mío).

> ¿con 40 años te estás peleando?, y es que sigue, y **los hijos de tus hijos viven con el mismo rencor**…y **nacen con eso**, y dicen '**yo voy a matar**' y esto y el otro. Y no, vos me robaste, y así **sigue y sigue**, y vamos a tener **hijos y tus hijos van a tener bronca con los que vos tenías bronca**, y con los hijos de los hijos, y uno sigue creciendo con esa misma bronca… con ese mismo odio, con ese mismo rencor. (Entrevista a Jenifer)

Del relato de Jenifer se desprende la vergüenza que a ella le produjo que su papá aun siendo adulto se haya manejado en el barrio a través de enfrentamientos armados. Si bien reconoce que él históricamente se comportó de ese modo, reniega que lo haya hecho incluso siendo adulto. Jenifer asocia ese comportamiento con cierta inmadurez por parte de su padre, a quien consideraba que era "como un niño". En ese sentido, en el análisis que realiza Jenifer aparece la construcción social de "clase de edad", que tal como plantea Martin Criado (2005) tiene carácter performativo en tanto a cada una de esas clases se le otorgan determinadas características de comportamientos y pensamientos, propios de esa edad. En este caso, para Jenifer que su padre siga participando de *broncas* barriales da cuenta de su incapacidad en convertirse en "adulto" y en ese sentido, considera a estos enfrentamientos propios de la "juventud" y del modo de relacionarse de los jóvenes en el barrio. No sólo Jenifer hace esta asociación sino que en el barrio en general se considera que las *broncas* tienen un componente "juvenil" e incluso, el pasaje a la "adultez" se demuestra, entre otras cuestiones, alejándose de estas prácticas.

Sin embargo, los padres de muchos de los jóvenes que entrevisté, entre otros el padre de Jenifer, son parte de una generación (jóvenes de los '90) en la cual encontraron serias dificultades para poder incorporarse en espacios de socialización vinculados con cierta legalidad, como lo es el mundo del trabajo. Es por eso que la experiencia de vida de muchos de los "adultos" de hoy del barrio estuvo signada por la "deriva" (Matza, 2014) y motivó que en muchos casos transiten durante toda su vida el circuito de los guasos.

Kessler (2013) plantea que las dificultades de inserción en el mercado de trabajo para quienes fueron jóvenes durante la década de 1990 erosionaron sus posibilidades de socialización legal. El autor considera que si bien el ingreso al mundo del trabajo como modo de integración no excluía el conflicto generacional

ni las formas de "desviación permitida como las peleas o las borracheras" (2013: 134), las resolvía dentro de estructuras de sentido compartidas. El papá de Jenifer como otros tantos adultos de su generación no encontró en el trabajo una posibilidad de integración a otras reglas de juego, vinculado con legalidades asociadas a las protecciones salariales y siguió manejándose en el circuito de los guasos hasta el momento de su muerte.

Finalizando este apartado, podemos observar entonces como la pertenencia a una determinada familia implica para los jóvenes el legado de conflictos y rencores que tienen carácter preformativo respecto de sus prácticas al considerarlos como aspectos hereditarios, lo cual condiciona sus movimientos en el territorio. Y a su vez, como para los jóvenes poder trascender las *broncas* "heredadas" será una posibilidad del pasaje a la "adultez".

VII.4. Los "*machos*" no disparan

Una de las características del circuito de los guasos es su composición predominantemente masculina. No sólo porque la mayoría de los enfrentamientos armados que se identifican y se describen en el barrio son protagonizados por varones, sino también porque en esas disputas se ponen en juego atributos que se consideran ligados a las características biológicas masculinas, como el uso de la fuerza física o el *aguante* (Silba, 2010; Garriga Zucal, 2007; Epele, 2010). Es por eso que las marcas en el cuerpo se constituirán en un registro que permiten demostrar los enfrentamientos acumulados durante el transcurso de la vida. Esas muestras en el cuerpo constituyen para los jóvenes un modo de evidenciar el capital acumulado en las *broncas* a partir del uso de la violencia, y que a su vez reconfirman que quien las exhibe se sobrepuso a la disputa, reforzando su virilidad y el respeto de los otros hacia este "sobreviviente".

Como plantea Garriga Zucal (2007) en el análisis que realiza sobre las hinchadas de fútbol, el *aguante* tiene que ver con un atributo que distingue a aquellos que pueden ganarse el respeto en un enfrentamiento corporal y solo en un enfrentamiento en donde se ejerce la violencia se puede probar su posesión, es decir que *aguantársela* remite a la acción violenta: "Estos saberes y las formas de

actuar en los enfrentamientos solo pueden ser probados en la lucha corporal, el cuerpo disputa el aguante" (2007: 48).

El autor considera que el bien simbólico "aguante" se constituye como una forma típica de honor, ya que "valora comportamientos y propiedades determinadas como honorables o deshonrosas" (2007: 49). En el caso de las hinchadas de fútbol, el autor plantea que en la contienda por el aguante "vale todo", es decir, no se construye sólo a golpes de puño, sino que también intervienen armas de fuego, navajas, palos, piedras y cualquier otro elemento que sea útil en lo que en ese campo se denomina como "combate" (2007: 58).

En el barrio y en relación a las *broncas*, los jóvenes realizan distinciones en relación con las herramientas que se utilizan en estas interacciones, valorando de manera diferenciada las *piñas* de los *tiros*. Si bien la mayoría de los enfrentamientos efectivamente se producen con armas de fuego, para los jóvenes lo que se pone en juego en el uso diferenciado de estas herramientas es la virilidad de quienes participan. Por este motivo consideran que el incremento en el uso de armas de fuego en los últimos años, en detrimento de otro tipo de herramientas (como el propio cuerpo o armas blancas tipo facas o cuchillos) pone en evidencia el debilitamiento de la masculinidad de los varones que participan. La mayoría de los vecinos y no solamente los jóvenes consideran que ser hombre o *macho* significa enfrentarse a otros sin utilizar armas de fuego sino disponiendo únicamente de la propia fuerza física y además, salir ileso de esa situación.

En la charla con Ramón hablamos respecto de estas distinciones. Él, que estaba enojado por la historia del asesinato de su amigo El Palomo, caracteriza a los jóvenes que utilizan armas en los enfrentamientos como personas con características infantiles a quienes nombra como *pendejos*, alegando que lo único que les interesa es hacerse ver y utilizan los disparos para captar así la atención de los vecinos. Para él, un "hombre de verdad" demuestra su valentía, su honor y su *aguante* cuando participa de enfrentamientos que se dirimen mano a mano. Para Ramón, en las peleas en las que se utiliza el cuerpo se pone en juego además el registro de la mirada lo cual implica el hecho de poder reconocerse entre los participantes, un dato de mayor "hombría": enfrentarse y hacerse cargo de esas

acciones. Él lo contrapone con los enfrentamientos armados en los que no es necesaria la cercanía física, y eso habilita a que los participantes se impliquen menos en la escena.

Quienes realizan esta referencia respecto de lo poco viril que resulta enfrentarse a los tiros en el barrio por lo general son jóvenes que no participan del circuito de los guasos. Ellos, a su vez, oponen la figura del *guaso* a la del trabajador a quien consideran como un verdadero hombre y desde esa construcción el *aguante* no tiene solamente que ver con utilizar el cuerpo en los enfrentamientos callejeros (*piñas*) sino que también se pone en juego a partir del uso de la fuerza física para trabajar. La relación entre la construcción de la virilidad y la figura del trabajador es analizada en varios trabajos antropológicos que serán retomados posteriormente (Guedes, 1997; Willis, 2008). Es pertinente aquí traer a colación el análisis de Paul Willis (2008) quien plantea que el uso de la fuerza física en el trabajo es valorado por los sectores populares como un dato que refuerza la virilidad masculina. Al respecto, el autor plantea que: "el trabajo manual es asociado a la superioridad social de la masculinidad (…) lo masculino se convierte en movimiento, acción y afirmación" (Willis, 2008: 173, el énfasis es mío)

Desde esta idea de la masculinidad, el circuito de los guasos se resignifica para los jóvenes varones del barrio, planteando cierta distancia respecto del mismo. Es por eso que, para muchos de ellos, los *machos* no disparan, sino que los machos construyen su posición respetable a partir del uso del propio cuerpo, tanto en la calle como en el trabajo.

VII.5. Las chicas boxean

Si bien las mujeres no son las que participan predominantemente de las escenas *a los tiros*, sí son parte de las *broncas* barriales y del circuito de los guasos en un doble sentido. Por un lado, dirimiendo algunos de sus conflictos a través de la violencia, que tal como veremos cobra características particulares. Y por otro, tienen también un papel importante regulando las *broncas* masculinas.

Respecto de las *broncas* femeninas, a diferencia de lo que veíamos en la caracterización de los enfrentamientos entre varones que se resuelven en la mayoría de los casos de manera armada, en el caso de las mujeres los conflictos se dirimen a través del uso del cuerpo, *a las piñas* o como lo llaman algunas de ellas, *boxeando*. En las conversaciones con las mujeres jóvenes, la mayoría de las veces las referencias respecto de sus propias *broncas* aparecían asociadas al ámbito escolar. Este es el ámbito más recurrente para que se desarrollen los enfrentamientos entre las mujeres, ya sea adentro (en el patio o en el aula) como también afuera (en la puerta). Es por eso que las decisiones de cambiarse reiteradamente de escuela tienen que ver, entre otras cosas, con las dificultades que muchas mujeres encuentran para transitar ese ámbito sin tener enfrentamientos recurrentes con otras jóvenes con las que comparten el curso. En las entrevistas con Romina y con Tamara, ambas hicieron referencia a esta dificultad que las llevó a tener que cambiarse de escuela. Incluso Tamara decidió ir a una escuela en el centro de la ciudad porque considera que allí puede estar más tranquila que en el barrio.

Pero también, las broncas femeninas tienen como espacio la calle y en general suceden en ese ámbito cuando las mujeres tienen que atravesar el barrio y en el camino se puede desatar algún conflicto. En esos casos, el dato que analizábamos previamente respecto de la pertenencia a un grupo familiar con *fama barrial*, potenciará las posibilidades de que las mujeres sean parte de enfrentamientos con otras. Es decir que el hecho de portar el apellido y por ese motivo heredar *broncas* históricas funciona tanto para varones como para mujeres, aunque se agudice más en el primer caso.

Jenifer es una de las mujeres que más me habló de las *broncas*, manifestando incluso cierta adrenalina al contar algunas anécdotas de *piñas* con sus compañeras. En su caso, ella tiene que enfrentarse cotidianamente a *broncas* callejeras, por dos motivos. El primero tiene que ver con lo que analizábamos respecto de las *broncas heredades* ya que como veíamos el padre de Jenifer transitó el circuito *de los guasos* (incluso siendo adulto) y eso significó que ella se críe entre múltiples *broncas* y quedar implicada, voluntaria e involuntariamente, en algunos de esos conflictos. El segundo motivo tiene que ver con la

estigmatización y segregación territorial que Jenifer padece por vivir *en el fondo,* las cuales se ponen en juego cotidianamente cuando se dirige hacia *adelante* para salir del barrio. En ese recorrido Jenifer se dispone diariamente a la posibilidad de tener que participar de peleas con otras mujeres que la "verduguean por ser villera", como dirá ella. Sin embargo, Jenifer hace frente a esos embates y valora que fue su madre quien le transmitió la enseñanza respecto de cómo posicionarse en las *broncas* callejeras y de ese modo construir una posición respetable en el territorio. Es decir que para ella fue su mamá quien le enseñó a tener *aguante*:

> J: Yo tuve problemas también con las pibas… **no con los pibes**, si no que con las pibas. '**Eh, vos sos de allá del fondo'**. Encima te la tenes que aguantar, porque vos **no podes pasar por cagona, tenes que plantarte y boxear**. Plantate y chau, por más que son, que sean 10, bueno, bajá la cabeza plántate y plum, dale piñas a todas. Te van a re cagar a palos, **pero por cagona no pasaste**, ¿entendes? Eso también.
> -¿Y muchas veces te peleaste?
> J: Sí, un montón. **A las piñas**. Yo soy hija de mi mamá, sabes cómo me enseñaba a boxear, re mal. Nosotras éramos re bobas y las pibas nos pegaban a nosotras entonces una vez vine con un rasguñon y mi mamá me dijo: 'Agarrá – me dijo mi mamá- **cuando te peguen a vos, te voy a venir a pegar otra vez yo'**. Así que un día me cruzaron en la escuela, me acuerdo, me cruzaron en la escuela entre las dos, fuera del comedor de la escuela, de la Belgrano… me agarraron, afuera, entre dos, ¿sabes cómo le empecé a dar?, **tire la mochila y una de piñas le di**. ¿Qué me vas a pegar vos y encima me va a pegar mi mamá en mi casa? ¡¡¡Tomatela!!! (Entrevista a Jenifer)

Del relato de Jenifer se desprenden varias de las cuestiones que analizábamos previamente. Por un lado, que el motivo de las peleas tiene que ver con la segregación territorial y la estigmatización que pesa en el barrio sobre *los del fondo*. Por otro, que el escenario en el que en general esos conflictos se dirimen es en el ámbito escolar, en donde además parecerían no funcionar intermediarios a nivel institucional. Y también, que tal como veíamos en las *broncas* de los varones, el *aguante* se construye en la acción, ejerciendo la violencia en los enfrentamientos y ese es el aprendizaje que su madre le enseñó y que ella rescata: es más importante actuar y pelear, aun cuando exista la posibilidad de perder, que quedarse inmovilizada y soportando el hostigamiento de quienes proponen el enfrentamiento.

En ese sentido, el hecho de que las mujeres zanjen los enfrentamientos utilizando la fuerza física del propio cuerpo los convierte en menos letales que los de los varones[157], que al estar mediados por armas de fuego en la mayoría de los casos culminan con la muerte de uno o varios de los involucrados[158].

Por otra parte, y tal como plantee al comienzo de este apartado, la participación de las mujeres en este circuito también se pone en juego en la regulación de las *broncas* masculinas. En ese sentido, la presencia de las mujeres en la vida de los varones que participan del circuito de los guasos cobra relevancia fundamentalmente cuando éstos quieren comenzar a transitar otros recorridos, y apelan al fortalecimiento de los lazos afectivos, de pareja o filiales, para poder hacerlo. Los varones reconocen que son sus mujeres y la posibilidad de formar junto con ellas una familia lo que los ayuda a *rescatarse* y decidirse a salir de las *broncas*. Para las mujeres, esto se inscribe como un mandato que significa una carga a la cual consideran que no pueden evadir porque es su deber moral, y en muchos casos refuerza su posición de vulnerabilidad al caer sobre ellas la responsabilidad respecto del cuidado de los varones con los que se relacionan, feminizándose y familiarizándose[159].

Epele (2010) analiza el lugar que el amor romántico tiene en la posibilidad de los jóvenes de distanciarse de situaciones que los exponen a riesgos. En el caso

---

[157] El motivo de la muerte joven para las mujeres del barrio está vinculado mayoritariamente a la violencia de género. Durante el trabajo de campo (desde principios de 2014 a principios de 2016) tres mujeres que participaban de los talleres en el CCB fueron asesinadas en femicidios, generando un fuerte impacto en el grupo de jóvenes. Si bien no existen datos estadísticos desagregados por barrio, en la ciudad de Rosario la cantidad de femicidios durante el año 2015 fue de 31 mujeres muertas, dato que resulta alarmante y que ha generado diversas movilizaciones y reclamo por implementación de políticas para poder atender esta problemática.

[158] Son escasos los estudios que analizan la relación de las mujeres con la utilización de armas de fuego, fenómeno que en los últimos tiempos tiene más relevancia en el territorio. Sin desconocerlo, en este estudio no se plantea como un dato ya que no fue recabado en el trabajo de campo como tampoco las jóvenes mujeres hicieron referencia al uso de armas de fuego.

[159] Este tema ha sido abordado en diferentes estudios en los cuales se pone el acento en cómo el cuidado, fundamentalmente en Latinoamérica, se ha concebido históricamente como una función que debe resolverse en el ámbito familiar, y generalmente son las mujeres quienes las llevan adelante. La familiarización y feminización del cuidado se agudiza en los sectores populares al no existir una oferta de políticas públicas que se encarguen de estas funciones, y también al no poder costear en muchos casos los costos que estos servicios suponen en el ámbito privado. Las familias de clase media trabajadores en general garantizan el cuidado de sus miembros recurriendo al sector privado, mercantilizándose así la satisfacción de esa necesidad. Para profundizar sobre este tema se sugiere la lectura de los trabajos de Faur (2014), Martínez Franzoni (2006) y Pautassi y Zibecchi (2013).

puntual, la autora lo analiza en relación con el consumo problemático de sustancias, pero también el argumento es válido a la hora de analizar el rescate de los jóvenes respecto de un circuito que los propulsa permanentemente a participar de enfrentamientos armados.

El rescate por amor da cuenta, también, de la debilidad institucional con la que se encuentran los jóvenes de sectores populares cuando se proponen modificar el recorrido de sus vidas. En ese sentido, la autora considera que el rescate por amor es una suerte de política informal orientada al cuidado y a la supervivencia:

> Como en el caso de otras formas de rescate, los procesos que intervienen en la formación de este tipo de parejas se vincula con las modificaciones que la creciente pobreza y la exclusión social han tenido en estos espacios sociales. Específicamente, los modos en que la desigualdad social se materializa en coordenadas territoriales, y por lo tanto en las posibilidades y restricciones del proceso de definición y constitución de las redes y vínculos sociales. (Epele, 2010: 195)

En la privatización del cuidado, las mujeres jóvenes quedan compelidas a ser las encargadas de propiciar que sus parejas modifiquen sus comportamientos y comiencen a considerar legítimo interactuar de otra manera. Es por eso que muchas veces las problemáticas que atañen a las jóvenes de sectores populares quedan invisibilizadas tanto en el propio barrio, en el diseño de las políticas públicas, como también por ellas mismas, quienes se sostienen desde una posición de convencimiento moral (Jelin, 1984) como “salvadoras” de los varones.

Elizabeth Jelin (2016) plantea que, en el modelo de familia patriarcal, el principio de organización interna es jerárquico y a las mujeres se les asignan tareas ligadas al cuidado y a la reproducción, que deben cumplirlas desde un lugar de obediencia y sometimiento. La autora plantea que: “El rol principal de la mujer es atender -en todos los sentidos del término (doméstico, sexual, afectivo)- a las necesidades del marido” (Jelin, 2016: 36). En el caso de las mujeres de sectores populares la posibilidad de diferenciarse de este rol asignado se torna más compleja por las limitaciones, fundamentalmente económicas, que ellas encuentran en la construcción de sus proyectos individuales. La coacción económica funciona solidariamente con las operaciones de convencimiento moral, como plantea Jelin

(1983). Desde estas operaciones las mujeres aceptan las actividades que les son asignadas como parte de las distribuciones al interior de las familias lo que se pone en juego no es solamente la autoridad, sino también el afecto y las solidaridades. En ese sentido, Jelin plantea que en la distribución de tareas y actividades se ponen en juego, además de cuestiones económicas, apelaciones predominantemente morales:

> Las apelaciones morales dirigidas a los diversos miembros son diferentes según su ubicación en la estructura de la unidad doméstica: la abnegación de la madre, la responsabilidad del padre, la obediencia del hijo, son valores sociales tradicionales sobre los que se asienta el sistema de incentivos. (Jelin, 1984: 32)

Es por eso que en este circuito de los guasos, la figura femenina como rescate no sólo aparece asociada al amor romántico, sino que, a su vez, la mujer es la madre. La figura de la madre es muy importante a la hora de pensar en la transformación de las acciones de los jóvenes por el rol que ellas tienen interviniendo en las vidas de sus hijos. Las madres suelen comportarse como salvadoras[160] o cuidadoras y son las que, en general, concurren a las dependencias estatales solicitando ayuda para garantizar la protección de sus hijos. Las mujeres madres rescatan a sus hijos también a partir de pactos, acuerdos o alianzas que construyen en la relación con los propios jóvenes para limitar su recorrido por el circuito de los guasos.

En muchas ocasiones, los jóvenes que habían tenido enfrentamientos en el barrio me contaban que fueron sus madres las que insistieron y acompañaron para que pudieran alejarse del circuito de los guasos y encontrar otros espacios alternativos en los que socializar. Inclusive algunos de los jóvenes que estaban participando de los talleres en el CCB habían concurrido al espacio a partir de que sus madres los anotaran y los impulsaran a que realicen alguna actividad.

La figura de la madre como sacrificada y abnegada, que está siempre presente acompañando a sus hijos para que no *descarrilen* es analizada por Kessler (2010)

[160] Retomando mi experiencia en el campo de la salud mental y las múltiples intervenciones con jóvenes que presentaban situaciones de consumo problemático de sustancias adictivas, asociados en muchos casos con algún delito, eran en la mayoría de los casos las madres quienes se encargaban de intervenir en el asunto, buscando alternativas de tratamiento, recurriendo a diferentes oficinas públicas en búsqueda de ayuda y de acompañamiento, e incluso realizando medidas judiciales (denuncias en Juzgados Civiles solicitando medidas de protección de persona).

cuando describe la figura de la madre de jóvenes de sectores populares que recorren circuitos vinculados a los delitos. En su análisis, el autor plantea que las madres son una figura central para sus biografías y la describe del siguiente modo:

> Figura incondicional, que permanece cuando todos parecen haberlos olvidado, es la única que no deja jamás de visitarlos cuando están en prisión o internados, que no duda en dar todo por ellos, sin importar lo que hayan hecho. Los hijos sienten culpa frente a ella y prometen rescatarse, para que no sufra más. (2010: 163)

Los varones referencian en los lazos que construyen con las mujeres la posibilidad del pasaje hacia otros circuitos, recargando en muchos casos en la figura femenina la construcción de posibles desvíos en los recorridos. En este sentido, para los varones también las operaciones de convencimiento moral funcionan ya que convertirse en hombres proveedores (Jelin, 1984) de sus familias se constituye como una posibilidad de apartarse del circuito de los guasos.

VII.6. La disputa por el prestigio

Para finalizar este capítulo considero pertinente mencionar que en el circuito de los guasos se pone en juego un modo de construcción de una posición de respeto y de prestigio por parte de los jóvenes, en este caso asociada a la utilización de la fuerza física y de la demostración del *aguante*, cuyo espacio privilegiado de desarrollo es la calle, y cuya institución de referencia la constituye el grupo de pares o *bandita*. En ese sentido, los jóvenes encuentran en el tránsito por este recorrido la posibilidad de posicionarse en el barrio desde un lugar de respeto, pero a diferencia de lo que veremos posteriormente, esa posición de honra que el hecho de participar de *broncas* y el demostrar *aguante* generan, no es legitimada como tal por todo el barrio, sino más bien por quienes son parte del mismo recorrido.

Es así que los jóvenes consideraran que un modo legítimo de ser visibles en el barrio y ser reconocido por *otros* es a través de participar en este circuito y mostrándose a través del uso de la violencia como herramienta fundamental desde la cual capitalizar esa posición de respeto. A diferencia de lo que analizaba en el circuito de la escuela, este recorrido conecta a los jóvenes con las identificaciones

que construyen respecto del barrio en tanto lugar de referencia identitaria: un léxico determinado, un modo estético, un modo de relacionarse con los demás.

Sin embargo, en determinado momento los jóvenes consideran que construir prestigio desde esta lógica los expone demasiado, tanto en relación a su propia vida por el riesgo que asumen en cada una de las *broncas* en las que participan, como también respecto de la mirada de "otros", sean jóvenes o adultos del barrio que están por fuera de este recorrido y valoran negativamente sus prácticas. En ese entramado, el trabajo "legal" se jerarquiza como posibilidad legítima de ganarse la vida de manera honrada, lo cual les permite a los jóvenes posicionarse desde otro lugar en el barrio y, a su vez, alejarse de ciertas situaciones cotidianas que los enfrentan a ciertos peligros, como el uso de armas de fuego.

Es así que el tercer recorrido del rescate, que analizaremos en el próximo capítulo, se interroga desde qué valores morales los jóvenes consideran que es legítimo construir una posición de honra y de prestigio en el territorio. Si bien, tal como ya planteé, estas identificaciones no son excluyentes unas de otras, es necesario precisar cómo los jóvenes consideran y particularizan al trabajo "legal" como un modo que les permite suspender o interrumpir su recorrido por el circuito de los guasos.

CAPÍTULO VIII
DEL RESCATE

Fuente: Facebook "Hacete la Película"

"*Hay mucha gente trabajadora, esto lo deben decir todos. Pero, es la verdad. Que es gente que, como yo, quiere salir a trabajar, que quiere tener bien a la familia. Yo en ningún momento pensé en robar ni tampoco pensé que '¡uh, estoy perdido! ¡Me voy a drogar!' O juntarme con gente que me consigue plata fácil. La mayoría de los de acá, trabajamos*"

Diego, 20 años
Entrevista

"*Nosotros respetamos. La mayoría de la gente son todos gente laburadores, sino trabajan de una cosa se la rebuscan, salen con sus carros, sus caballos. Siempre, se la rebuscan*"

Juan, 19 años
Entrevista

En este capítulo analizo el tercer circuito que construí en función de los recorridos que los jóvenes realizan en el barrio y desde los cuales es posible organizar sus experiencias vitales. Lo denomino *del rescate* porque la característica de los jóvenes que lo transitan tiene que ver con su intencionalidad explícita de querer "hacer algo distinto" y mostrarse de "otro modo" en el barrio, diferenciándose respecto de la mirada estigmatizante que recae sobre ellos y que los ubica en el lugar del "gran no" (Chaves, 2010) que los asocia a la improductividad y el

peligro. En ese intento de mostrarse de otro modo y "hacer otras cosas" es que el trabajo cobra relevancia para los jóvenes protagonistas de esta tesis en tanto posibilidad de disputar una posición diferente, ya sea en el barrio como afuera de él. En ese sentido, la idea de "rescate" y la de "trabajo" encuentran puntos de contacto en la asociación que los jóvenes realizan respecto de su interés de demostrarles a los demás –y a ellos mismos- que utilizan "productivamente el tiempo".

A partir de mis múltiples instancias de encuentro con los jóvenes, fundamentalmente en el marco de las capacitaciones en el CCB[161] es que comienzo a percibir que cuando ellos manifestaban su interés de "tener un trabajo" no se ponían en juego únicamente cuestiones que suponía obvias, tales como la necesidad de disponer de dinero[162] para sus consumos personales o ayudar a la familia, o la inquietud de ingresar en el mercado "formal" a través de un trabajo en blanco. Además, lo que los motivaba a participar de ese espacio que los vinculaba con el "trabajo" tenía que ver con "mostrarse de otro modo" lo cual les permitiría sentirse reconocidos por los demás tanto "adentro" como "afuera" del barrio, diferenciándose de los discursos estigmatizantes que recaen sobre ellos y que los suponen como "choros", "narcos" o "vagos".

Para reconstruir qué es el trabajo y qué tipos de trabajos son legítimos para los jóvenes, varios aspectos confluyen en sus biografías. Por un lado, circulan estereotipos en el barrio en relación con determinadas prácticas que se encuentran socialmente legitimadas, y en ese sentido las distinciones de trabajos "propios de cada género" cobran centralidad. Pero también, los contenidos que los jóvenes le asignan al "trabajo" se conectan con las particularidades de sus experiencias vitales, con las transmisiones intergeneracionales que los adultos de sus familias realizan y también, con las demarcaciones que ellos van construyendo en relación con sus incursiones en actividades laborales.

---

[161] Durante el trabajo de campo (2014 – 2016) realicé observación y entrevistas a jóvenes que participaron del Programa Nueva Oportunidad, específicamente en las capacitaciones de albañilería, periodismo digital, foto y video social, huerta y construcciones.

[162] El Programa Nueva Oportunidad del cual los jóvenes con los que realicé el trabajo de campo participaban otorga una beca de $750 durante 6 meses por concurrir a las capacitaciones y a una instancia semanal de retrabajo grupal denominada "tercer tiempo". En la mayoría de las entrevistas, los jóvenes plantearon que valoraban la beca porque "les venía bien", pero que ese no era el principal motivo por el cual concurrían al CCB.

Durante mi trabajo de campo pude distinguir cómo las consideraciones que realizaron los jóvenes asistentes al CCB respecto del trabajo fueron diferentes a las que realizaron los jóvenes asistentes a la escuela. En el primer caso, los jóvenes del CCB estaban transitando un proceso particular ya que habían concurrido a esa institución estatal con la intención explícita de querer conseguir un trabajo. De hecho, ese era el principal motivo que los convocaba allí y cuando lo expresaban lo hacían diciendo que querían "rescatarse" y "hacer otra cosa", cambiar la situación en la que se encontraban. Por su parte, los jóvenes de la Escuela Secundaria N° 407 (puntualmente, David y el Chinito) plantearon su mirada respecto del trabajo con mayor exterioridad y distanciamiento que los jóvenes del CCB, ya que no era un tema que en ese momento de sus recorridos vitales los estuviese preocupando de manera particular. En gran medida, sus análisis se encontraron balizados por los estereotipos construidos en el barrio desde los cuales ellos distinguieron, entre otras cosas, que actividades son consideradas como "trabajo", como así también cuáles consideran que son "dignas" y cuáles "indignas" o "vergonzantes".

Es decir que el trabajo no tiene un sentido ontológico para los jóvenes, sino que ellos construyen sus contenidos tanto en función de los condicionantes estructurales y los estereotipos culturales circulantes que legitiman determinadas prácticas en detrimento de otras, pero también en relación con cómo procesan esas características en sus propias biografías individuales, permitiéndoles, además, justificar y legitimar sus prácticas.

En ese sentido en el desarrollo de este capítulo, luego de recuperar la categoría de *rescate* y la construcción que los jóvenes realizan respecto de la idea de "uso productivo del tiempo", analizo cómo los jóvenes van construyendo el contenido respecto de qué es el "trabajo" en diálogo con dos cuestiones centrales: por un lado, la transmisión intergeneracional de los padres a los hijos, que se condensa en el mandato "me tenes que salir bueno"; y por otro, en relación con las propias experiencias laborales de los jóvenes.

Recuperando esos dos aspectos, analizo cómo el trabajo les permite a los jóvenes disputar un sentido de *honra* en el territorio, es decir que funciona como una

posible diferenciación positiva frente a la mirada de condena social que recae cotidianamente sobre sus prácticas. Desde el planteo de Claudia Fonseca, honra se define como:

> Un elemento simbólico clave que, al mismo tiempo, regula el comportamiento y define la identidad de los miembros del grupo… (la honra) es un nexo entre los ideales de la sociedad y la reproducción de estos ideales en el individuo, a través de su aspiración de personificarlos. (2004: 15)

A partir de la realización de una multiplicidad de actividades laborales que los jóvenes consideran legítimas y de posicionarse activamente frente a las humillaciones ("no dejarse abusar"), los jóvenes van construyendo su propia honra. Así, se distinguen de aquellos a los que consideran "vagos", "choros" o "narcos" como también de aquellos que "no hacen nada" y quieren "vivir del quilombo" o de la "asistencia".

VIII.1. Lo que vos quieras escuchar

> *"No confundaas mi personalidad con mi actitud,*
> *Mi personalidad es quién soy yo,*
> *Mi actitud es depemde de kien seas vooos"*
> Escrito de Facebook

"¿Qué querés saber de nosotros?". De esta manera se iniciaban la mayoría de mis conversaciones con los jóvenes. Eran ellos quienes me preguntaban quién era yo, y por qué estaba ahí. Si bien muchos de ellos ya me habían cruzado durante algunas de mis visitas al CCB o habían hablado con los jóvenes que yo ya había entrevistado, no terminaba de quedarles claro el porqué de mi interés en ellos y en sus vidas.

"Ella viene a preguntarles por el trabajo" era lo que circulaba por parte de los trabajadores de la institución, despertando una serie de inquietudes y nerviosismos respecto de quiénes serían convocados para hablar de eso. Como dice Bourgois (2010), los jóvenes me transformaron en un objeto exótico de prestigio (2010: 68) ya que la selección de entrevistados generaba algunas rispideces porque se ponía en juego quién tenía legitimidad para explayarse sobre el tema. "Ehhh, ¡qué entrevistas a aquel que es un vago!!!" me gritaban algunos jóvenes cuando me

veían caminar hasta la salita en donde hacía las entrevistas, exponiendo así al informante.

No era menor estar preguntándoles a esos jóvenes por el trabajo. Tal como ya hemos visto en los Ccpítulos precedentes, Las Flores Sur es un territorio en el cual históricamente el interés de quienes se trasladan hasta allí reside, generalmente, en buscar información sobre hechos delictivos, asesinatos, *broncas*, pobreza, desnutrición y en donde, a su vez, se reproduce la idea de que en ese lugar no existe una "cultura del trabajo". Por eso, mi interés por el trabajo, ese bien escaso, los movilizaba.

Durante nuestras conversaciones, en muchos casos, los jóvenes se posicionaban cuando charlábamos como si la entrevista fuese una entrevista de trabajo. Cada vez que prendía el grabador, la voz y la postura de los jóvenes cambiaba. Los chistes que hacían durante el recorrido hasta la salita en donde nos sentábamos a charlar iban disminuyendo a medida que nos acercábamos a destino. Una vez allí, se ponían serios y rígidos, sobre todo, los varones. En varios casos, el gesto de quitarse la gorra daba cuenta de la solemnidad que le imprimían al momento, pero también significaba establecer una conversación desde el respeto de mirarnos cara a cara. Con el correr de la charla en la mayoría de los casos se iban relajando. Hablar del trabajo en una primera instancia los descolocaba, no era un tema del que habitualmente hablen con otros.

Los adultos del barrio, a quienes la propuesta de decir algo sobre el trabajo los convocaba, valoraban mi presencia porque, para ellos, me convertía en una interlocutora respecto de las necesidades de los jóvenes. Incluso, varias veces me sugirieron a quién entrevistar, clasificando a los jóvenes según sus recorridos laborales. En ese sentido, Olga me manifestó muchas veces su gratitud frente a la posibilidad de que yo pudiera transmitirle a "otros", a través de esta investigación, un mensaje desde el cual ella daba cuenta de las transformaciones en el barrio: "contá cómo viven los jóvenes ahora en el barrio, contá que ellos quieren trabajar, que lo que necesitan es que los ayuden con eso".

Más allá de lo que los jóvenes dijesen o expresaran, ella quería aprovechar esta ocasión para relatar su propia mirada respecto de lo que pasaba ahora en Las

Flores Sur y de cómo el barrio había cambiado, argumentando que esa transformación tenía que ver con la falta de trabajo.

Algunos jóvenes también me consideraron una interlocutora, y cuando terminábamos la entrevista volvían a ponerse en contacto conmigo por otras vías, en general por Facebook o mensaje de texto de celular para contarme que hablar les había hecho bien. Lo que los jóvenes valoraban tenía que ver con que pudiera contar quienes eran ellos de "otro modo" porque consideraban que de esa manera le disputaban sentido a la construcción de *mala fama barrial* que recae sobre ellos.

Pero, sin embargo, no puedo obviar que muchas de las respuestas que los jóvenes daban a mis preguntas estuvieron mediadas por el imaginario que circulaba en la institución en relación con mi presencia y, también, mi profesión. "Ahh, vos sos asistente" me decían cuando yo me presentaba y contaba quién era y qué hacía. En general, los "asistentes sociales" (los trabajadores sociales, en general mujeres) intervenimos en la vida de los jóvenes en riesgo[163], fundamentalmente en los últimos veinte años[164], acompañando en la construcción de un "proyecto de vida". Este mandato profesional se ha profundizado y ha crecido en popularidad y en legitimidad: para la gestión gubernamental somos las encargadas de hacer que los "pibes hagan algo", es decir, que se "rescaten". En ese sentido, mi intención de hablar con los jóvenes sobre el trabajo se encontraba balizada en muchos casos por sus representaciones respecto de mi profesión, lo cual los hacía suponer que probablemente yo sería la encargada de proveerlos para tal fin.

Es por eso que desentrañar el contenido que la idea de trabajo tiene para estos jóvenes, qué lugar ocupa en sus vidas, cómo fue transmitido en términos intergeneracionales resultó un desafío complejo. Necesariamente, las palabras y

[163] En esta investigación no retomo con centralidad la idea de riesgo en el diseño de políticas sociales juveniles ya que no se constituye en objeto de la tesis. Sin embargo, para ampliar respecto de este tema se sugiere consultar los textos de Marina Medán (2011a, 2011b) quien analiza específicamente como se construye la idea de "riesgo" respecto de los jóvenes, y específicamente de qué manera de los varones y de qué manera de las mujeres, en los programas que apuntan a la construcción de un "proyecto de vida".

[164] Utilizo como criterio para recortar el período de veinte años, el Programa "Oportunidad", que fue el primer programa de empleo juvenil en la ciudad de Rosario, en el año 1998 en el marco del Plan Estratégico delineado por la Municipalidad. Para mayores referencias, consultar el Capítulo IV, apartado "A la guardería a buscar trabajo".

afirmaciones que los jóvenes decían en el marco de las entrevistas debían ser contrastadas con otros modos de expresión, tales como el lenguaje corporal o la apelación permanente que los jóvenes realizan a las *jodas* para decir cosas.

Patricia Diez (2006) analiza en su trabajo con jóvenes del Bajo Flores, en la Ciudad Autónoma de Buenos, cómo repercuten en el cuerpo las experiencias que los jóvenes viven cotidianamente, otorgándole un lugar central a las *jodas* y a la ironía, planteando que "para los jóvenes todo es motivo de bromas: la altura, el peso, el nombre, la cara, la actividad que realiza" (2006: 57). Tal como veíamos en el circuito de la escuela uno de los usos del humor tiene que ver con que permite abordar temas conflictivos o prohibidos[165]. En ese sentido, desentrañar qué pensaban los jóvenes sobre el trabajo sólo fue posible a partir de recuperar esos otros lenguajes, fundamentalmente el uso del humor y de las *jodas* a través de las cuales ponían en evidencia criterios de diferenciación que tienen en cuenta a la hora de caracterizar y evaluar sus propias prácticas y las de los demás.

VIII.2. Rescatarse

La idea de *rescate* estuvo presente en la mayoría de los intercambios con los jóvenes. Ésta es una expresión cotidiana a través de la cual los jóvenes expresan el deseo de moverse del lugar en el que están, de poder hacer otra cosa con su vida, de modificar aquello que a ellos o a otros les provoca malestar. El *rescate* siempre involucra a otros, ya sea a quienes se les pide ayuda como también a quienes se les rinde cuentas respecto de esa decisión: a la familia, los amigos, los referentes barriales, la Iglesia o las instituciones estatales. Los jóvenes enuncian permanentemente la frase "me quiero rescatar" como si con esa apelación estuviesen pidiendo ayuda, y buscando generar un lazo que acompañe la decisión de hacerlo.

¿De qué hay que *rescatarse*? La idea del *rescate* aparece asociada en general con el consumo de drogas y la participación en actividades delictivas. *Rescatarse* tiene que ver con poder interrumpir por un tiempo el grado de exposición que estas

[165] Diez (2006) recupera la idea de Le Breton (1995) quien se constituye como uno de los autores clásicos a la hora de profundizar respecto de cómo se pone en juego la dimensión corporal en las interacciones sociales.

actividades suponen en sus experiencias vitales, acercándose de este modo a la normatividad y legalidad imperantes, y es por eso que implica una multiplicidad de actividades: volver a la escuela en los casos en que se abandonó, formar una familia, ayudar en la casa en actividades cotidianas, utilizar un léxico correcto para hablar y conseguir un trabajo "legal". Pero también la idea de *rescate* está presente (tanto para la mirada de los propios jóvenes como de los adultos) cuando plantean que "no están haciendo nada", manifestando que no cuentan con actividades desde las cuales ocupar y regular su tiempo, y en ese sentido *rescatarse* tiene más que ver con "activarse". Sobre el *rescate* como modo de "activación" volveremos en el próximo apartado.

Sea cual sea la situación a modificar, el *rescate* siempre aparece para los jóvenes asociado a una decisión individual, que debe ser sostenida por convicción y con voluntad, y en ese sentido pone en evidencia la ineficiencia e insuficiencia de las diferentes instituciones que participan regulando la vida social en el barrio, fundamentalmente las estatales, para constituirse en soportes que acompañen las decisiones de los jóvenes respecto de cómo organizar sus experiencias vitales. No obstante, como plantea Epele (2010), en el funcionamiento cotidiano esas instituciones articulan las alternativas que les ofrecen a los jóvenes con la idea del *rescate* o ser *rescatado*, de diferentes maneras:

> (…) el rescate o ser rescatado se convirtió en una estrategia paralela, complementaria, en oposición o directamente vinculada a las alternativas estatales, religiosas, o no gubernamentales disponibles para estos jóvenes. (Epele, 2010: 186)

Durante mi trabajo de campo, fueron mayoritariamente los varones quienes mencionaron sus expectativas de *rescatarse* en nuestros intercambios. Evidentemente en la masculinización del *rescate* se ponen en juego estereotipos de género según los cuales los varones deben dar cuenta del modo en el que administran su tiempo "por fuera de la casa" y de qué manera responden a su función considerada "natural" de proveedores del hogar. Uno de los que expresó intenciones de *rescatarse* del consumo y las prácticas delictivas es Bote, un joven de 26 años que vive en el *fondo* del barrio: "ir a robar y eso, en mi vida ya pasó…

y gracias a Dios nunca le hice mal a ninguna persona, nunca lastimé a nadie ni hice daño".

En el momento en que lo conocí, Bote hacía las capacitaciones de albañilería en el CCB, es un joven que desde hace varios años tiene problemas con el consumo de drogas y también, participa de actividades delictivas. Sin embargo, durante la entrevista me contó que esa situación le resultaba incómoda principalmente por la imagen que les estaba transmitiendo a sus hijas. Argumenta que ellas son su motivación principal a la hora de decidir *rescatarse*, porque considera que, como padre, quiere encargarse de que tengan un buen pasar en términos materiales, pero también quiere transmitirle enseñanzas a través de su "buen" ejemplo. Pero más allá de sus inquietudes en términos personales, Bote le teme a la sanción moral que significa en el barrio comportarse como "un mal padre" y no cumplir responsablemente con esa función, y es desde ahí que la decisión de *rescatarse* cobra sentido. En la conversación que mantuvimos, reflexiona sobre esto:

> B: Después de todo el barrio es tranquilo…no tenes que juntarte con pibes que tengan quilombo con nadie, tenes que prevenir los problemas. Como yo antes que yo esté con mi señora, **yo me juntaba con pibes que no me tenía que juntar** y vinieron y me dieron dos tiros, en la pierna y acá (señala el corazón) y gracias a Dios puse la mano y no me dio en el pecho. Y hasta ahora la vamos ganando. Después de eso, **yo me quise rescatar**. En ese momento, mi hija tenía 3 años, y yo ahora **ando buscando un cambio**. Ahí, **en la Iglesia**, dejar de lado todo, **empezar una nueva vida**. Quiero **que mis hijas estén bien** porque ya más de lo que pasamos, **muchas drogas**, como si fuera que **mis hijas estaban al lado mío y yo no le daba importancia**. Y me fui dando cuenta que ellas necesitan que yo esté al lado de ellas. Yo veía que pasaban mi mujer y mis hijas y yo le decía 'tomá ahí te doy plata y ahora voy para allá' y nunca estaba con ella, **nunca tenía plata por el tema de la droga**. Capaz que tenía 200 pesos en el bolsillo e iba una tarde y gastaba 200 pesos en droga, en cambio ahora pienso y le doy a mis hijas. **Estoy buscando un cambio, pero tengo que lograrlo porque no es lo mismo**. (Entrevista a Bote)

En el relato, la preocupación de Bote y su intención de "hacer otra cosa" tiene que ver su necesidad a responder a los valores morales desde los cuales ser un "buen padre de familia", entendiendo que identificarse con ese rol significa llevar adelante determinadas actividades que permitan garantizar la subsistencia de sus

miembros, fundamentalmente los hijos. En el caso de Bote, el desdibujamiento de su lugar como hombre proveedor lo hace sentir poco respetable, generándole inquietudes y malestares.

Jardim (1998) recupera aportes de diferentes autores de la antropología brasilera (Zaluar, 1994; Duarte, 1988) para analizar cómo para los varones de sectores populares, el trabajo tiene el valor instrumental de permitirle ser quienes se encargan de "ganar el pan" y de ese modo convertirse en el sustento de la familia. Es, por lo tanto, para la autora, una "ética del proveedor" más que una "ética del trabajo" la que los lleva a aceptar la disciplina del trabajo. Jardim (1998) plantea que de ese modo "los jóvenes trabajadores alcanzan su redención moral, y por tanto, su dignidad personal" (1998).

En el caso de Bote, no sólo tiene que ver con la provisión sino también con la manera desde la cual logra esa provisión, porque supone que hacerlo de otro modo (y no a través del robo) le permitirá transmitirles a sus hijas determinados valores. Cuando él se acerca al CCB desde la preocupación de "conseguir un trabajo", lo hace considerando que es más legítimo proveerse de ese modo que hacerlo a través del delito, que era la modalidad a través de la cual lo venía haciendo. Es decir que él considera que trabajar y *rescatarse* le permitirá no sólo dejar de consumir, sino también modificar el circuito a donde pone a circular el dinero que obtiene.

En el relato de Bote se ponen en juego las diferencias que existen en relación con los distintos modos de provisión, lo que Kessler (2010) denomina como el régimen de las "dos platas" (2010: 48). El autor considera que las diferencias que se establecen entre los diferentes modos de provisión tienen que ver con el origen de dinero, su uso "y las relaciones sociales a través de las cuales este circula" (Kessler, 2010: 48). En esa diferenciación, Bote considera que si obtiene el dinero "como corresponde", a través del trabajo "legal", también podrá utilizarlo de la manera adecuada, legitimándose desde una imagen de "padre de familia responsable".

Por otra parte, Bote considera que la Iglesia se convierte en una referencia para acompañar su decisión de "cambiar de vida". La prédica evangelista tiene amplia

difusión en los territorios pobres urbanos y funciona como anclaje para la contención y la escucha, acompañando también, procesos de disciplinamiento de las prácticas juveniles en torno a un "deber ser" condicionado por los estereotipos de clase y género: los jóvenes varones pobres deben demostrar esfuerzo y "ganar el pan con el sudor de la frente". En ese sentido, el discurso religioso acompaña la reafirmación identitaria masculina de los jóvenes varones en tanto hombre proveedor.

Asimismo, en el relato que se construye del *rescate* desde el discurso religioso se pone en juego la idea de salvación a través de la palabra. Esta apuesta opera cotidianamente los discursos y prácticas juveniles, generándoles expectativas a ellos y sus familias, respecto de que a través de un mensaje, los jóvenes se pueden "sanar". La decisión de *rescatarse* apelando al discurso religioso cobra sentido para los jóvenes en tanto ellos mismos pueden convertirse en transmisores de un testimonio que sirva como ejemplo para el resto, lo cual les devuelve una imagen valorizada de sí mismos. La idea de "testimoniar" cala hondo en las subjetividades juveniles e incluso en muchas conversaciones en las que hablábamos del *rescate* percibí que los jóvenes de disponían como si fuesen a "dar un testimonio" en ese intercambio: aquellos jóvenes que habitualmente hablan con un tono de voz elevado, casi gritando, cuando hacían referencia a la intención de *rescatarse* bajaban la voz y adoptaban una postura física como de rezo o plegaria, dando cuenta de que su intención de "cambiar de vida" está acompañada por un pedido "perdón" por la "mala vida" que actualmente se encuentran llevando.

La redención que los jóvenes quieren lograr apelando al discurso religioso les permite "desmarcarse" (Diez, 2006) respecto de determinadas prácticas que realizan cotidianamente sobre las cuales recaen valoraciones morales negativas. Desmarcarse supone para los jóvenes "guardarse", es decir, invisibilizarse para la mirada de los demás. Diez (2006) problematiza la idea de *rescate* y plantea que esa decisión no implica que efectivamente los jóvenes dejen de hacer todas las actividades sobre las cuales recae una sanción moral, sino más bien, la condición para *rescatarse* es no hacerlo públicamente ni de manera visible (2006: 12). Esto se pone en juego fundamentalmente en relación al consumo ya que los jóvenes, en

muchos casos, construyen y sostienen una imagen pública de *rescatados* que les permite desmarcarse de la imagen estigmatizada que implica ser considerados "adictos", aun cuando en el ámbito doméstico continúen consumiendo. En el caso de Bote, la mayoría de sus compañeros de la capacitación denunciaban que él se "hacía el rescatado*"* para los demás cuando en realidad seguía consumiendo en el ámbito privado de su casa.

Tal como vemos, el *rescate* no se resuelve únicamente con la palabra, sino que implica un proceso que Bote sintetiza con la frase "decirlo lo dice cualquiera*"*. Los jóvenes sostienen ese recorrido en la mayoría de los casos apelando a su propia "fuerza de voluntad", individualizando esa decisión, y en la operación de convencimiento moral desde la cual sostienen ese esfuerzo se pone en juego el mandato de constituirse en sujetos activados y responsabilizados respecto de su propia suerte (Merklen, 2013: 47). En el mejor de los casos, lo que sucede es que las familias es la encargada de acompañarlos, lo cual significa "la privatización de los cuidados" (Epele, 2010) en el ámbito doméstico, fundamentalmente a cargo de las mujeres, quienes quedan compelidas a encargarse de "salvar" a quienes quieran *rescatarse*[166].

En el *rescate* se ponen en juego una multiplicidad de discursos desde los cuales los jóvenes sostienen que es legítimo tomar esa decisión, responsabilizándose de ese modo respecto de su propio destino. En ese entramado, los jóvenes consideran que una de las cuestiones fundamentalmente para "cambiar de vida" tiene que ver con modificar el modo en que usan del tiempo, demostrando a partir de esa transformación la "utilidad" de sus actividades.

VIII.2.1. Uso del tiempo

Para los jóvenes, el *rescate* también tiene que ver con "activarse" ya que mostrarse desde una posición de *rescatados* implica modificar diferentes aspectos de su sociabilidad, y una de las cuestiones centrales tiene que ver con modificar el modo en el que utilizan el tiempo en dos direcciones. Por un lado, implica

[166] En el circuito de los guasos analicé puntualmente una de las formas del rescate, que tiene que ver con el rescate por amor, en donde a la mujer se le asigna el lugar de "responsable" de acompañar la decisión de los varones de interrumpir determinadas prácticas que vienen realizando.

demostrarles a los otros (sobre todo a los adultos del barrio) que ellos realizan actividades útiles lo cual les posibilita legitimar sus prácticas frente a la mirada de los demás; pero también, para los jóvenes es un desafío utilizar productivamente el tiempo ya que no disponen de soportes institucionales que puedan acompañar esa decisión. La mayoría de los jóvenes plantean como una necesidad su interés de querer ocupar el tiempo de alguna manera, para no "maquinar tanto" y "comerse la cabeza".

En relación al primer aspecto, los adultos del barrio suelen hacer referencias respecto de que los jóvenes "no hacen nada", y sostienen esa representación haciéndose eco de los discursos estigmatizantes que consideran a los jóvenes desde su carencia. Por lo general construyen esa argumentación en contraposición a su propia juventud, en la cual ellos se "esforzaban" diariamente por lograr mejores condiciones de vida, y en esa imagen nostálgica se esconde una idealización del pasado respecto de un presente al cual consideran caótico y desbordado. Muchos adultos plantean que para los jóvenes se desdibujó el ideal de la "cultura del esfuerzo" ya que permanecen en la calle durante todo el día, sin "hacer nada" lo que pondría en evidencia que "no tienen intereses en progresar". Por su parte, los jóvenes padecen diariamente esos discursos que deslegitiman su modo de "estar en el barrio", pero además, que los responsabiliza respecto de sus posibilidades, ya que encargarse de ocupar "productivamente" el tiempo parece estar ligado más a una decisión personal que a las ofertas institucionales. En ese sentido, en el barrio escasean las propuestas para que los jóvenes realicen actividades "productivas" (ya sean laborales o recreativas) y, en general, las que existen surgen de manera espasmódica, respondiendo a diferentes cuestiones coyunturales (en gran medida a situaciones de violencia letal). De ese modo es que ingresa como prioridad en la agenda gubernamental de la gestión (provincial y municipal), la problemática juvenil. Asimismo, desde los discursos institucionales se sostiene que los jóvenes deberían encontrarse transitando el circuito de la escuela, por ser la institución "natural" para ese momento de la vida,

y desde ahí organizar su tiempo y sus prácticas, desconociéndose los motivos por los que la mayoría de estos definen no continuarla[167].

En su cotidianidad, los jóvenes se encuentran atravesados permanentemente por los debates respecto de "cómo deberían utilizar su tiempo" y es por eso que la vida "ociosa"[168] es percibida por ellos como dificultad, lo cual a su vez es asumido por ellos en términos individuales, responsabilizándose. Para los propios jóvenes encontrarse en esa situación de deriva (Matza, 2014[169]) institucional, sin posibilidades de ocupar su tiempo, se constituye en una preocupación permanente. El tiempo libre es un problema porque los expone a enfrentarse con las imposibilidades estructurales que el ser joven encuentra en un territorio como Las Flores Sur, y además, los vuelve a ubicar en la posición de responsables por "no hacer nada".

En línea con ese planteo, en una de las charlas que mantuve con el equipo del CCB me contaban que cuando comenzaron a trabajar en la institución, en el año 2011, *salían* por el barrio para realizar recorridos por *adelante* y por el *fondo*, con la intención de conocer a los jóvenes. Una de las cuestiones que más los asombró

---

[167] Como plantea Vasconcelos (2000), en relación con problemáticas sociales acuciantes y complejas (específicamente el autor aborda las discusiones en torno al campo de la salud mental) se producen procesos de burocratización y de negligencias que denomina como juegos de "empuja-empuja" de competencias. En ese sentido, en el caso del abordaje de la problemática juvenil muchas veces se evidencia que las instituciones que intervienen en las experiencias vitales de los jóvenes tienen a responsabilizar a la escuela, como "institución específica para esa etapa de la vida" de ser la que no cumple con su función esperada, "empujando" a los jóvenes para que vuelvan a transitar ese recorrido, desconociendo los motivos por los cuales decidieron dejar de hacerlo.

[168] Utilizo la expresión "ociosa" entre comillas porque se supone que en la organización tradicional y típica de la vida cotidiana en la modernidad, el tiempo se encuentra organizado entre el trabajo, la familia y el tiempo libre que es destinado al ocio (Berger y Luckmann, 1986). En barrio Las Flores Sur y tal como ya fue planteado, la vida cotidiana se encuentra estructurada por esas instituciones pero que se presentan en la vida cotidiana de manera fragmentada, por lo general, las actividades familiares y laborales se superponen, con lo cual no es posible diferenciar el tiempo "sin hacer nada" como tiempo "ocioso" o tiempo libre, sino más bien que es un tiempo en muchos casos forzado, que no se elige, y que tiene que ver con no encontrar vías institucionales para poder canalizar determinados intereses y demandas.

[169] Utilizo aquí la referencia de la categoría *deriva* en relación al planteo de Matza (2014) cuando habla respecto de la "situación de deriva", específicamente ligada a la delincuencia juvenil. El autor plantea este concepto haciendo referencia a que la mayoría de las personas no somos del todo libres ni nos encontramos absolutamente condicionados para actuar, sino que más bien ocupamos un lugar intermedio. Las actuaciones humanas son posibles de ser captadas en el "a lo largo del continuum que va de la libertad al condicionamiento". La imagen de la deriva que el autor quiere captar (en su caso, analizando la delincuencia juvenil) es la imagen de un actor que "no está obligado ni comprometido a cometer sus actos, pero tampoco es libre de elegirlos…" (Matza, 2014: 73).

fue encontrarse con el pedido recurrente de los jóvenes, al verlos pasar por las calles, de que les propusiesen alguna actividad. De acuerdo a sus relatos, los jóvenes les gritaban y les "rogaban" cuando los veían pasar: "¡¡Profe!!! ¡¡¡Por favor, queremos hacer algo, queremos trabajar!!!"

En mis encuentros con ellos, en la mayoría de los casos explicitaron la necesidad de ocupar el tiempo, porque de lo contrario, sobrellevar la vida en el barrio les resultaba mucho más complejo. Uno de los jóvenes que habló sobre este tema fue Natanael, de 20 años:

> N: Y yo **buscaba hacer algo, pero trabajo nunca conseguía**. Yo creo que es porque no tenía suerte… **estaba todo el día en mi casa, con el celular, aburrido**… **y te comés la cabeza** porque muchas veces **necesitas plata** para ayudar en tu casa o esto y aquello y …ves que a veces hay discusiones por el tema de la plata, que falta, que esto, aquello y te da eso un poco de bronca. Hasta muchas veces lloré porque el tema que no teníamos para comer, y teníamos que pasar hambre. (Entrevista a Natanael)

Natanael se refiere aquí a que el tiempo improductivo además de generarle aburrimiento y malestar por "no tener nada que hacer", lo angustia por las necesidades que existen en su familia, respecto de las cuales siente que no puede hacer nada.

Otro de los jóvenes, Ramón, también padece los momentos en que tiene mucho tiempo "libre", pero a diferencia de Natanael, su mayor temor es que "estar sin hacer nada" puede llevarlo a *descarrilarse*. Como él nos cuenta, cuando está *al pedo* tiene miedo de consumir y hacer *cualquiera*, y eso lo acerca a la posibilidad de convertirse en un *mal pibe*. En ese sentido, Ramón utiliza al trabajo como parámetro a partir del cual delimitar las prácticas legítimas e ilegítimas:

> R: Para la gente que no conoce, y habla de Las Flores, para ellos la gente del barrio es vaga, los pibes son un bando… No, hay muchos pibes y muchas pibas que conozco que no son del palo, o sea del palo que no son malos…
> -¿Quiénes serían los malos?
> R: Y los malos te diría que, **esa gente que no trabaja, que no hace nada, que está todo el día en la calle**. Te hablo de esa gente. Pero no, hay mucha gente que quiere progresar también. (Entrevista a Ramón)

En la construcción de la idea respecto del uso "productivo" del tiempo se ponen en juego valoraciones desde las cuales ocupar el tiempo trabajando implica "ser bueno" (ante la mirada de los demás, pero también en la construcción de la imagen propia) a diferencia de los que "no hacen nada" a los que se los considera como gente que posiblemente "sea mala". A través del trabajo, en tanto práctica legitimada, es posible para los jóvenes mostrarle al resto de los vecinos que realizan actividades útiles y, sobre todo, dan cuenta de su interés de progresar y de "no caer" en las ofertas que reciben permanentemente para participar de actividades ilegales que circulan por el barrio. Es decir que a través del trabajo los jóvenes logran demostrarle a los demás que son "buenos pibes" pero a su vez, ellos mismos van construyendo una imagen reforzada y valiosa sobre sí mismos, que les permite construir una posición de respeto y prestigio al interior de sus familias, en su grupo de pares y entre los vecinos adultos del barrio.

Sin embargo, respecto del uso productivo del tiempo, existen diferencias en las apreciaciones que realizan los varones y las que construyen las mujeres. Hasta el momento, me referí exclusivamente a la mirada que construyen los varones, en tanto que, para ellos, usar el tiempo productivamente constituye un aspecto que fortalece su identidad masculina, fundamentalmente asociado a la posibilidad de convertirse en proveedor o "ganha pan" (Jardim, 1998) para la familia.

En cambio, las mujeres jóvenes valoran desde otro lugar la utilización del tiempo porque ellas no consideran que no tengan actividades "productivas" para hacer diariamente. En la mayoría de los casos, las jóvenes son las encargadas de realizar las tareas domésticas que incluyen limpiar la casa, cocinar, lavar la ropa, llevar a los hermanitos a la escuela y encargarse de los cuidados de los familiares enfermos. Sin embargo, lo que se pone en juego para las mujeres cuando hablan las actividades productivas por fuera de la casa es el hecho de que necesitan legitimar frente a la mirada de los otros su *salida* realizando actividades que se consideren "útiles", desde las cuales justificar que dejan de encargarse por un momento de las actividades domésticas porque van a hacer algo "importante", algo que "les sirve" para aprender otras cosas. En ese sentido, el hecho de *salir* y realizar actividades por fuera de la casa cobra sentido en sí mismo, porque les

permite correrse por un momento del rol estereotipado de "mujer ama de casa". Ahora bien, sólo logran justificar esa *salida* si lo hacen con algún argumento que se considere válido, como por ejemplo "capacitarse". Para los varones, es legítimo que la mujer quiera formarse, no así que quiera "trabajar". Por otra parte, para las propias jóvenes, esas instancias se tornan en momentos de libertad en tanto pueden socializar con otros jóvenes, divertirse y desligarse por un rato de los mandatos sociales de ser las encargadas exclusivas de los cuidados en el hogar. Tal como plantea Gorban, para las mujeres *salir* a trabajar:

> (…) reviste otros sentidos que permiten si no hablar de autonomía sí trascender los esquemas interpretativos en los cuales el trabajo de las mujeres es legitimado desde su papel social de madres y esposas, asociándolo a las tareas de cuidado. (2014: 90)

Es en ese sentido que Jenifer, una joven de 17 años, considera que participar en las capacitaciones significa "despejarse la mente", fundamentalmente, respecto de los *quilombos* que enfrenta cotidianamente en su casa. Cuando nos conocimos y charlamos, me comentó emocionada que participar de actividades en el CCB le permitió "conocer gente nueva" y eso había significado una transformación importante en su vida, porque sobre su historia pesa el estigma de ser *del fondo* lo cual, hasta ese momento, había actuado como obstáculo para construir relaciones con otros jóvenes del barrio.

Para cerrar este apartado, considero pertinente recuperar la idea de que para los jóvenes mostrar y dar cuenta del uso productivo del tiempo, "hacer algo", será un modo de disputar una posición respetable y honrada, lo cual les permitirá justificar y legitimar sus acciones, y diferenciarse de aquellas prácticas que consideran deshonrosas. Fonseca (2003) considera que la "buena reputación" permite construir un capital simbólico desde el cual enaltecer la imagen de sí mismo, y disputar un lugar de reconocimiento en el territorio. La importancia de la reputación tiene que ver con que define quienes son considerados los "buenos vecinos" (Fonseca, 2003: 43), dignos de ser incluidos en las redes de ayuda mutua y de protección. Para los jóvenes trabajar, capacitarse, demostrarse con intereses de "hacer algo distinto", es decir, desde una posición de *rescatados*, es la manera de convertirse en "buenos", reafirmándose como integrantes legítimos de la

comunidad que en el barrio se conforma al compartir determinados valores, considerados como "códigos" que organizan las interacciones.

VIII.3. Transmisión intergeneracional: *"Me tenes que salir bueno"*

En las primeras entrevistas que pauté con los jóvenes, cuando comencé el trabajo de campo[170], les proponía que armen un recorrido por la historia familiar de cada uno de ellos, priorizando la información que disponían respecto de cuáles eran los trabajos que habían hecho o hacían sus abuelos, sus tíos y sus padres. El ejercicio resultó sumamente complejo ya que disponían de poca información sobre su biografía familiar y en la reconstrucción se desdibujaban lugares de procedencia, edades y sucesos más importantes. La dimensión temporal es la que mayores dificultades les generaba para la organización de los datos: identificar cuándo les había sucedido tal o cual acontecimiento y cuánto tiempo había transcurrido desde esa fecha hasta la actualidad generaba confusiones. Incluso en muchos casos se referían al tiempo transcurrido en términos de años y luego esas referencias se transformaban en meses, y no quedaba claro el recorrido realizado[171]. En los relatos biográficos no aparecían referencias de pasajes lineales entre diferentes instituciones tales como la familia / la escuela / el trabajo, sino más bien se superponían diferentes aspectos en las experiencias vitales. Como plantea Gentile (2014), en las reconstrucciones de las biografías juveniles es posible observar cómo las experiencias se caracterizan por ser "pasajes de estatus más parciales y reversibles" (2014: 103) que los experimentados a través de etapas "tradicionales" objetivadas institucionalmente.

Lo que sí es posible inferir es que esos datos fragmentados daban cuenta de una de las constantes en las historias familiares que tiene que ver con la precariedad e inestabilidad como modo predominante para organizar la reproducción. En ese sentido, Jardim (1998) plantea que en Latinoamérica históricamente la subsistencia en los sectores populares estuvo caracterizada por una combinación

[170] Como fue explicitado en la Introducción, el trabajo de campo lo realicé en dos períodos: 2009-2011; 2014 – 2016. Las entrevistas en profundidad con los jóvenes fueron parte del segundo momento del trabajo de campo.

[171] Este tema fue recuperado también en otros trabajos, como por ejemplo el de Kessler (2010) quien planea que en el trabajo de campo que realizaron con jóvenes se observaba una gran "dificultad para construir un relato autobiográfico hilvanando los diferentes sucesos de la propia vida" (2010: 178).

entre el trabajo formal y “formas no capitalistas de producción”, expresado fundamentalmente en el trabajo informal.

En el caso de las biografías familiares de los jóvenes de barrio Las Flores Sur, lo que se observa es que la informalidad estuvo históricamente acompañada por la precariedad en las condiciones de las actividades que efectivamente realizaban: los abuelos por lo general albañiles y las abuelas empleadas domésticas o “pensionadas”, aunque en muchos casos el modo de provisión más extendido era el cirujeo. Existen excepcionalidades que los jóvenes traen a la conversación como un “hallazgo” respecto de algún familiar lejano que trabaja en la industria frigorífica o un abuelo que se jubiló en el puerto, y si bien son los menos, los jóvenes los recuerdan porque constituyen experiencias de mayor estabilidad, diferentes a las del resto de la familia. “Ahhh, sí, ahora que me acuerdo tengo un tío que trabaja en Swift!”, dijo alguno de los jóvenes entrevistados durante los encuentros que tuvimos.

Respecto del tipo de trabajo que realizan o realizaban sus familiares, los jóvenes no disponían de demasiada información manifestando que “nunca habían pensado en eso” o que no habían hablado en su casa de tales cuestiones, dando cuenta de que ese no era un tema que ocupara parte de las transmisiones intergeneracionales. Sin embargo, lo que infiero a través de sus relatos es que el trabajo ha estado presente en tanto parámetro a partir del cual se legitiman o no diferentes formas de “ganarse la vida”. Los jóvenes plantean así, que sus padres sancionan cualquier intento de ellos de proveerse a través de actividades ilegales o de dedicarse a la *mala vida*, controlando y limitando las relaciones sociales que construyen en el barrio.

En ese sentido, cabe preguntarse por qué y a través de qué mecanismos se produce la legitimación del trabajo, aun cuando las experiencias laborales históricamente hayan sido desfavorables. Una aproximación a este interrogante la encuentro en el planteo de Chaves, quien analiza que en la Argentina existe un mito que opera en términos del funcionamiento de lo social y que tiene que ver con considerar: “un modelo de integración social basado en la movilidad social ascendente (a partir de) un trabajo, el acceso a la educación y el habitar una urbe” (2010: 114). A este

mito la autora lo denomina como “el sueño argentino” (Chaves, 2010) desde el cual se refuerza la idea de que a partir del trabajo estable se garantiza la inclusión en términos de ciudadanía y la igualdad ante la ley. Si bien para las familias que conocí en Las Flores Sur, este sueño nunca fue real y sus biografías están atravesadas por marchas y contramarchas en relación a inclusiones precarias en el trabajo formal, construyen un contenido y una idea respecto del trabajo en tanto posibilidad desde la cual justificar acciones, elecciones y decisiones, y a su vez, diferenciarse de la mirada estigmatizada que recae sobre ellos por ser “BLF” en tanto “vagos” y “peligrosos”. Por esto, los padres transmiten a sus hijos la importancia de decirse y nombrarse como trabajadores porque eso significa poder “plantarse” frente a ese estigma de ser “pobre” y “choro”.

Los adultos del barrio enfatizan que el trabajo y determinados tipos de trabajo en particular, constituyen un modo honrado y respetable de ganarse la vida, lo cual les permite “formar parte”. Los jóvenes, fundamentalmente los varones, rememoran que sus padres les enseñaron cómo es el trabajo en la construcción, qué tipo de tareas se realizan en la “obra”, cómo deben comportarse respecto de los patrones (con “respeto” pero sin dejarse “humillar”) y con los demás compañeros (con “humildad” y “solidaridad”) y también la importancia de cumplir horarios, ser responsables, mantener la palabra respetando acuerdos, llevando adelante las tareas que se les asignan. A través de esas transmisiones, los padres les transmiten a sus hijos que “tienen que laburar” para ganarse la vida y a su vez que para ser “buenos hombres” tienen que trabajar de “ciertas cosas”.

Pero además de transmitirle saberes prácticos para que sepan “hacer” determinados trabajos, los adultos también acompañan a los jóvenes en la construcción de redes de relaciones, contactos, que les permitirán insertarse en diferentes sectores del mercado de trabajo. En ese sentido, como plantea Roberti:

> (…) la familia y el círculo íntimo proporcionan los primeros contactos con el mundo laboral, en tanto ponen a disposición de los jóvenes una red de relaciones que facilita su acceso al mercado de trabajo, aunque este suele ser precario y cercano a su lugar de residencia. (2016: 25)

En la construcción de esas redes de relaciones, algunos de los adultos también se encargan de ir delimitando los contactos y vínculos que sus hijos establecen en el barrio con "Otros", propiciando la construcción de vínculos que le transmitan "buenos ejemplos", que los acompañen en el aprendizaje de los trabajos posibles, pero también que les limiten las posibilidades de desvíos hacia otros recorridos, ligados al consumo o al delito. En ese sentido, por ejemplo, Juan me cuenta –mostrándose visiblemente emocionado– que él aprendió "todo lo que es bueno" de sus padres y así relata cómo con su mamá hablaron muchas veces sobre "la droga", y en esas charlas establecieron acuerdos para que Juan se mantuviera alejado del consumo e incluso de personas que consumieran. Juan recuerda varias circunstancias en las que estaba con su grupo de amigos y mientras ellos consumían, marihuana o cocaína, él era leal al pacto que estableció con su mamá de que "nunca se drogaría", incluso teniendo que soportar cargadas y "jodas" al respecto, por no tener "aguante" lo cual le valió el mote muchas veces de "maricón". En relación con su padre, considera que él le transmitió su "ejemplo" no tanto con la palabra sino más bien mostrándole de qué manera manejarse en los diferentes ámbitos laborales y en el barrio.

> J: Y … mi viejo me decía que **si queres salir bueno hay que trabajar o estudiar**… hay mucha gente en el barrio, que no trabaja y no estudia nada. Por lo menos tenes que hacer un trámite o algo y **no saben nada**. O por lo menos si te llaman para un trabajo y no sabes que es, lo vas a dejar porque no sabes cómo es el trabajo. Y **tenes que saber de todo**, como mi papá que sabe una banda de cosas. Y tomé ese ejemplo, de que tenés que aprender de todo. Y mi papá me iba enseñando. (Entrevista a Juan)

El padre de Juan también interviene regulando sus relaciones sociales y en ese sentido en algunos casos incluso limitó las posibilidades laborales de Juan priorizando que no se junte con quienes podían llevarlo por el "mal camino". Así, recuerda que en una ocasión su padre no le permitió trabajar con un tío porque le gustaba la "plata fácil"[172] y no era un buen ejemplo. Por su parte, Juan consideró

[172] Como planteé en el Capítulo I, Kessler (2010) trabaja respecto de la referencia a la "plata fácil" y la "difícil" en relación con el origen del dinero y de su uso. Esta apreciación es frecuente en el barrio, y entre adultos y jóvenes juzgan las actividades laborales en función del modo en el que a través de estas se obtiene el dinero. En ese sentido, existe una representación respecto de que la "plata fácil" es aquella que se consigue de manera rápida, sin esfuerzo, a través de actividades

acertada la intervención de su papá y además supone que si él no "cayó" en las drogas o en actividades ilegales es justamente por esas intervenciones familiares de sus padres. Es decir que el trabajo "legal" o ganar plata de manera "difícil", además de un medio de provisión, se convierte en un vehículo para la construcción legítima del ser respetable.

Este legado respecto de la importancia del trabajo que se pone en juego en la transmisión de un "saber hacer" y como modo de provisión desde el cual disputar honra y prestigio aparece asiduamente en los relatos de los varones. Pero, ¿qué pasa con las mujeres? Para las familias de las jóvenes, ser una buena mujer o "salir buena" no necesariamente tiene que ver con salir a trabajar. En ese sentido muchas de las jóvenes entrevistadas me comentaban las dificultades que tenían para que sus familiares acepten y acompañen sus intenciones de trabajar. En la mayoría de los casos lo que les planteaban en la casa es que el trabajo "no es para las mujeres".

Fuente: Facebook "Hacete la Película"

ligadas al delito o a la venta de drogas; y la "plata difícil" es la que se obtiene de manera paulatina y a largo plazo a través del trabajo "legal" (changas y puestos precarios en el mercado formal de trabajo).

La idea de que el trabajo remunerado y por fuera del ámbito doméstico es "cosa de hombres" se hizo presente, también, en las reconstrucciones de las biografías familiares, ya que cuando les preguntaba a los jóvenes respecto de las actividades laborales que habían llevado adelante sus madres planteaban por lo general que "nunca trabajaron", reforzando esa afirmación con el argumento de que "siempre se dedicaron a la casa, como corresponde".

Katerin "La Rubia", una joven de 22 años, cuenta que en su casa ninguna mujer trabajó, y que a su papá "no le gusta" que ella quiera hacerlo:

> K: La mujer está hecha para la casa, que yo sepa, siempre me dijeron lo mismo.
> -Pero a vos sí te deja trabajar…
> K: No me deja trabajar a mí (risas), yo trabajo porque quiero…
> -¿No le gusta que trabajes?
>
> K: No, no me lo impiden, pero están enojados lo que yo trabajo. Mi papá dice que **él mientras esté en vida nos va a mantener**. **Pero a mí me gusta**. (Entrevista a Katerin "La Rubia")

Así como en el caso de Juan, los padres evaluaban y controlaban con quién se relacionaba su hijo porque consideraban que determinadas relaciones podían convertirse en peligrosas en tanto lo podían conducir a que transitar por un "mal camino", con las mujeres el sólo hecho de salir del espacio doméstico para realizar otras actividades (formaciones, capacitaciones o trabajos) es considerado por sus familiares como un hecho que las expone a ciertos peligros. En ese sentido, Silba (2006) plantea que la evaluación de los potenciales "peligros" que enfrentan los jóvenes son analizados desde prejuicios de género. Así, para los varones el peligro se focaliza en que se desvíen de su condición de proveedores "naturales" a través del trabajo formal, dedicándose a actividades ilegales para garantizar la subsistencia familiar, y en el caso de las mujeres la peligrosidad "radica en el incumplimiento de sus deberes, por ejemplo, no ser buenas madres, abnegadas, y dedicadas por completo a sus hijos y a su hogar" (Silba, 2006: 244).

En ese sentido, en las transmisiones familiares se ponen en juego estereotipos de género desde los cuales las jóvenes deben legitimar sus prácticas: "ser una buena mujer" tiene que ver con aprender las tareas domésticas así como "salir bueno" para los varones significa ser proveedor y utilizar la *fuerza física* (Semán, 2006;

Garriga Zucal, 2007[173]), "poner el cuerpo" en los trabajos que realicen. Si bien en determinadas instancias naturalicen los mandatos familiares, las mujeres como Katerin, realizarán operaciones de desvío (De Certeau, 2010) de esos "esperables" incursionando en diferentes actividades y construyendo redes de relaciones por fuera de su casa, lo cual les permite ampliar el abanico de posibilidades laborales en sus experiencias vitales.

Sin embargo, algunas actividades específicas son compartidas y legitimadas tanto por los varones como por las mujeres. Una de las actividades que apareció con más fuerza durante el trabajo de campo y que es considerada como "modo digno" de "ganar el pan", es el cirujeo. Esta actividad permite a muchas familias del barrio conciliar la provisión con las actividades domésticas. Nos detendremos en esta práctica laboral en el siguiente apartado.

VIII.4. Vergüenza es robar

> "I: (…) *en la época de antes no había para comer, mi viejo y mi vieja no tenían para comer. Y hay veces que nos acostábamos sin comer. Cuando era más chico, y* ***me la rebuscaba cirujeando****. Íbamos con mi hermano a las panaderías, pollerías, todo eso. Por eso dejé la escuela, me dedicaba a otra cosa… hasta los 18…*
> -¿y ahora lo seguís haciendo?
> I: *No,* ***no me gusta****.* ***No es que tengo vergüenza, si veo que falta la comida****, sí voy.* ***Vergüenza tenes cuando vos vas a robar***".
>
> ISAIAS – 24 AÑOS
> Entrevista

En el relato de Isaías se ponen en juego una serie de contenidos respecto del trabajo como modo legítimo de provisión, ideas desde las cuales construye diferenciaciones. En Las Flores son muchas las familias que cotidianamente *salen con el carro,* utilizando el cirujeo como modo de provisión. Éste constituye para la mayoría de los jóvenes un modo legítimo de "ganar el pan" (Jardim, 1998). En

[173] Como analicé en el Capítulo anterior, los jóvenes utilizan la fuerza física como un modo de disputar una posición de prestigio en el territorio, de diferentes maneras. El uso de la fuerza física se vinculaba con su participación en las "broncas", en el ámbito de la calle en donde demostraban su capacidad de "aguante" frente al grupo de pares, lo cual en muchos casos aparece sancionado desde la mirada de "otros" moradores del barrio que no participan de ese circuito. En este caso, el uso de la fuerza física está vinculada a la capacidad de trabajo que los jóvenes, varones, pueden demostrar en las diferentes actividades laborales, y ese modo de utilización del cuerpo y la fuerza es legitimado por el resto del barrio.

general, valoran esta actividad de ese modo contraponiéndolo con la "vergüenza" que supone "vivir del choreo". El cirujeo es una actividad que se utiliza generalmente complementando los ingresos magros del mercado de trabajo, por eso la mayoría de los jóvenes lo nombran como *rebusque*. Analizaré qué cuestiones se ponen en juego en las valoraciones que los jóvenes realizan respecto de esta práctica.

En su estudio etnográfico sobre familias cartoneras del conurbano bonaerense, Gorban plantea que "la salida (categoría que la autora construye desde la voz de los propios protagonistas) debe situarse en un contexto histórico singular y estratégico con respecto a las condiciones de vida de las familias" (2014: 78). Es en ese contexto particular en donde se recurre a *salir* con el carro como una opción presente en el espacio de posibles. Es por eso que la alternancia entre la salida y otros rebusques:

> (…) da cuenta de un modelo dinámico donde el progreso no está ligado a una idea de realización en el trabajo (…) y en donde la distinción está entre quienes hacen algo y quienes no (…) de esa manera, ciertos valores asociados al trabajo siguen organizando los criterios de prestigio social en el grupo. (Gorban, 2014: 113)

En ese sentido, Isaías necesita aclarar que el cirujeo no es una actividad vergonzosa lo cual le permite distinguirla del delito, y cuando refuerza la idea de que la mayoría de los vecinos "no roban, salen con el carro" jerarquiza el cirujeo identificándolo con un modo honrado de ganarse la vida en contraposición al "choreo". Su hermano, Juan, coincide con esa idea y cuando dice que la mayoría de la gente del barrio "se la rebusca" lo hace deconstruyendo el imaginario según el cual quien no tiene plata, roba. Es decir que el cirujeo, a diferencia del delito, constituye desde la mirada de los jóvenes un modo de provisión "difícil" que por ser sacrificado es honrado.

Sin embargo, para los jóvenes varones existe una distinción entre "trabajar" y "salir con el carrito". La misma se pone en evidencia cuando plantean que el cirujeo "no es trabajo" en tanto que no implica la sistematicidad y la constancia que le asignan a las actividades laborales, las cuales además se encuentran mediadas por la relación con otro que se configura como empleador o "patrón".

En ese sentido, para que un "trabajo" sea considerado como tal es necesario que se establezca una relación jerárquica con otro a quien dar cuenta de las actividades que se realizan, pero, además, esa relación de dependencia tiene un peso simbólico para los jóvenes porque "ser trabajador" significa ser elegido por "otro" que lo considera útil para llevar adelante una determinada actividad. En ese sentido, distinguen al cirujeo del trabajo en tanto que *salir* con el carrito "lo puede hacer cualquiera". Entonces, para los jóvenes varones, el cirujeo no sería la opción más legítima de trabajo, pero sí lo que la dignifica es contraponerla con las formas ilegales de provisión. Es decir que el cirujeo les permite a los jóvenes varones diferenciarse de la mirada estigmatizada de "choro" o "narco" que recae sobre ellos, desde la cual se considera que los jóvenes pobres eligen proveerse a partir de actividades ilegales.

Por otra parte, el cirujeo es considerado para los varones como una actividad transitoria, mientras intentan ingresar al mercado de trabajo, fundamentalmente en el sector de la construcción. Es desde ese sentido que Natanael considera que la incorporación de su papá como albañil constituye el salto hacia el trabajo: "N: Hace ya seis años que está trabajando en la construcción… **antes no es que trabajaba, sino que salía con un carrito**. Iba con algunos de nosotros, mis hermanos". En varias entrevistas, los varones cuando hacen referencia a los trabajos que hicieron ellos o sus familiares aclaran: "bah… trabajar… salen a cirujear" distinguiendo entre una cosa y la otra.

Si bien es considerado como un *rebusque* en momentos en los que el mercado de trabajo se constriñe, también constituye para los varones una opción más independiente respecto de los condicionamientos de la relación laboral bajo patrón, fundamentalmente cuando consideran que esa relación es abusiva[174], y en ese sentido el cirujeo es valorado en tanto garantiza la independencia en el manejo de sus horarios y de sus ingresos.

En relación con la cuestión de género, a diferencia de otras actividades laborales en donde la distinción opera condicionando las posibilidades de ingreso y

[174] Sobre las relaciones de trabajo en las cuales los jefes sostienen condiciones precarias de trabajo nos detendremos en el apartado "se comen el abuso".

permanencia para varones y mujeres, el cirujeo es una actividad compartida entre ambos sexos, pero es percibida y valorada de modo diferenciado. Para las mujeres, la *salida con el carro* les permite establecer un tipo de organización familiar que resulta en la posibilidad de conciliar la provisión y la familia. En ese sentido, Gorban plantea que las mujeres que participan de la salida no dejan de hacer tareas vinculadas al cuidado, sino que amplían los espacios desde donde realizan estas tareas de cuidado (2014: 115). Asimismo, las mujeres sostienen, al igual que los varones, que no les da vergüenza decir que cirujean, dando cuenta de que esta actividad es legítima en tanto modo de provisión "legal" y además supone dar cuenta de determinados valores, tales como el esfuerzo, la dignidad y la obtención de recursos de manera honrada. Sin embargo, la legitimidad que el cirujeo tiene para las mujeres, en tanto posibilidad de provisión, se pone en cuestión cuando las lleva a descuidar las tareas domésticas que son parte del mandato social respecto del cual se considera que estas son las actividades "propias de su género". Así, el ideario simbólico de la mujer como madre y esposa desde el cual las jóvenes construyen una posición respetable dentro del barrio es puesto en tensión frente a la *salida con el carro*. En ese sentido, si los varones sostienen respecto del cirujeo que esta actividad no les da vergüenza, porque "vergüenza es robar", a las mujeres el cirujeo no les genera vergüenza en tanto que para ellas "vergüenza es tener mal a los hijos" y no salir a cirujear.

Un día charlando con Chula en el patio del CCB, una joven de 20 años que participaba del taller de fotografía, me cuenta que ella no salía con el carro porque para ella es más importante "atender a sus hijos". En ese momento la joven participaba de las actividades con sus hijos, a quienes cuida diariamente y en todo momento. Hablando de los distintos trabajos que realizan en su familia, Chula me cuenta:

> C: Mi papá **era albañil, iba a la planta**… pero ahora no. **Ahora sale con el carro** mi papá. Al centro no lo dejan entrar, va por acá cerca. Hay algunos nomás que tienen permiso. Él a veces va con mi mamá.
> -¿Y vos vas?
> C: No, yo no. **Mi hermano**, el sí lo acompaña. A veces lo acompaña también mi hermanito de 12, va con mi papá. Hace una banda que hacen eso…

> -¿Y vos porque no vas?, ¿no te gusta?
> C: No, **sí**, **yo no tengo vergüenza**, pero no, **no lo hago porque no quiero**. **No porque tenga vergüenza**. Si yo le digo a mi papá '¿me llevas?' él me lleva, pero no, ahora no… a mí me gusta atender a mis hijos, cocinarles, **darles lo que pueda, estar con ellos**, a mí me gusta eso… yo me arreglo con la ayuda de mi papá y con lo de la asignación, así me manejo. (Entrevista a Chula)

Para Chula *salir con el carro* implica descuidar las actividades que considera como prioritarias, y su familia acompaña esa decisión ayudándola en la provisión. Apoyándose en las distinciones que operan en el barrio respecto de las actividades en función de los estereotipos de género, Chula jerarquiza y organiza desde esos criterios sus elecciones, y es así que elige cuidar a sus hijos por sobre la salida con el carro. Para ella, *salir* con el carro supone poner en cuestión su rol de madre, porque al hacerlo corre el riesgo de descuidar a sus hijos, operando una mirada de condena social respecto de las prácticas que la pueden convertir en una "mala madre"[175].

Sin embargo, para otras mujeres como Jenifer, *salir con el carro* significa un trabajo posible y legítimo. Jenifer es una joven de 17 años que se define como "villera del fondo", cuenta que en su familia, compuesta por mujeres, la salida constituye el modo de provisión a partir del cual organizan su reproducción cotidiana. Así, con su mamá se encargan de dejar a sus hermanitas en la escuela para aprovechar ese momento y *salir* con el carro por el centro de la ciudad. Preferentemente eligen recolectar ropa ya que luego la arreglan y la ofrecen en la plaza del barrio a la hora de la siesta, momento en el cual los vecinos intercambian objetos y alimentos en una feria autogestionada.

En ese sentido y retomando el planteo de Gorban, es necesario analizar la función social del *cirujeo*, tanto para las mujeres como para los varones, como una actividad inserta en las tramas barriales y en las dinámicas familiares (2014: 79). Es así que, a diferencia de los varones, para muchas mujeres la *salida con el carro* es considerado como un *trabajo* en tanto constituye una posibilidad de conciliar actividades domésticas que realizan cotidianamente, como así también sentirse útiles y poder garantizarse cierta autonomía en relación a los ingresos. Pero a su

[175] En el próximo Capítulo trabajaré sobre la idea de la "mala madre".

vez, es considerado un trabajo legítimo siempre y cuando no ponga en tensión el mandato femenino de que las mujeres deben ocuparse, prioritariamente, de sus hijos.

En las familias para las cuales el cirujeo es su única forma de subsistencia, la organización de la vida doméstica se articula alrededor de la *salida con el carro* y en función de esta actividad establecen los horarios y rutinas cotidianas. En ese sentido el cirujeo emula un "trabajo" en tanto actividad que supone organizar la vida cotidiana con cierta "estabilidad" en las prácticas, y también en relación con el esfuerzo que significa sostener diariamente un ritmo de vida ligado a la provisión "legal".

La *salida con el carro* constituye así uno de los ejemplos paradigmáticos para analizar el lugar que el trabajo en tanto valor tiene en las prácticas cotidianas de los jóvenes, y cómo a partir de esa idea establecen jerarquizaciones en relación con las diferentes actividades que forman parte de su espacio de posibles (Gorban, 2014). Como veremos posteriormente, los jóvenes realizan otras distinciones vinculadas con los diferentes trabajos posibles.

VIII.4.1. Trabajos dignos e indignos

En la evaluación que los jóvenes realizan de las diferentes actividades laborales, jerarquizan unas en detrimento de otras a partir de los contenidos que suponen determinadas prácticas a las cuales consideran como "trabajo", justificando de ese modo sus acciones y decisiones. En ese sentido, una de las ideas desde las cuales piensan al "trabajo" tiene que ver con que a través de éste se puede ser "digno". Ahora bien, los jóvenes construyen la oposición "digno-indigno" desde la consideración de determinados valores morales, los cuales no constituyen entidades abstractas ni generalidades sino que mantienen una relación dinámica respecto de sus prácticas. En ese sentido, Bermudez (2010) señala retomando a Balbi (2000) que solo es posible dar cuenta de los valores morales en las experiencias y contextos concretos, y para ello es necesario comprenderlos en el marco de los procesos sociales de los que los mismos dependen. En efecto, estos jóvenes cuando hablan de lo "digno" o "indigno" están realizando esa evaluación en función de sus propias experiencias vitales y esas referencias se convierte en

pautas de acción, en valores cognitivos que les permiten operar de un determinado modo.

La referencia respecto de que determinados trabajos son "dignos" y otros no se pone en juego cotidianamente en los comentarios que realizan los vecinos en el barrio, lo cual les permite a su vez alejarse de las representaciones sobre determinadas prácticas que son consideradas "indignas". Pero puntualmente, retomaré uno de mis encuentros con David y El Chinito en la escuela en donde realizan esta distinción. Una de las tardes en que me encontré con ellos, estábamos charlando sobre qué tipos de trabajos conocían y a esa pregunta me respondieron en tono de risa: "¿dignos?". Su respuesta me sorprendió y les pedí que me dijeran qué cosas consideraban dignas y cuáles no. Así, ambos acordaron en considerar "indigno" el *choreo* y el ser proxeneta, ya que ninguna de esas actividades constituirían, en su opinión, "trabajos" ni modos legítimos de ganarse la vida. Sin embargo, respecto de otras prácticas realizan análisis diferenciados, dando cuenta de cierta divergencia en la mirada aun cuando los dos son parte del grupo de "jóvenes de la escuela", que mencionaba al comienzo de este Capítulo.

Mientras que para David *salir con el carro* es un modo legítimo de ganarse la vida y es un trabajo del cual históricamente vivieron muchos vecinos del barrio, para el Chinito quienes cirujean son "choros" y "vagos". El Chinito, que vive *en el fondo* del barrio, considera que quienes viven en esa zona son todos "chantas" y "vagos" y ninguno "trabaja" sino que más bien combinan diferentes actividades para la provisión, desde el "choreo", el cirujeo, hasta "cortar la ruta" y recibir asistencia estatal. En ese sentido, considera que la salida con el carro es un modo de "camuflar" el verdadero modo de provisión (para él no es un "trabajo") que es el "choreo", y obstinadamente remarca su sanción respecto de estas actividades, dando cuenta de su necesidad de diferenciarse: él es del fondo, pero no roba, aunque todos los vecinos lo hagan.

Por su parte, David considera que "chorear" es "cosa de chicos" restándole importancia como modo de provisión y dando cuenta que esa actividad tiene más que ver con un modo de diversión juvenil de las *banditas* del barrio. Sostiene este argumento ubicándolo en contraposición de la figura de los adultos del barrio a

quienes considera trabajadores debido a que ese sería un rasgo propio de la edad adulta[176]. A diferencia de El Chinito, David vive cerca de la plaza Itatí, en el centro del barrio, y pertenece a una familia "trabajadora": su padre trabaja en la construcción y su madre atiende un local familiar en su casa, tipo almacén. En ese sentido, el robo y las actividades ilegales están alejados de sus experiencias vitales y él considera que todos los adultos "trabajan".

Las posiciones divergentes entre David y El Chinito respecto a las clasificaciones que construyen dan cuenta de que las moralidades desde las cuales jerarquizan las prácticas laborales se relacionan directamente con sus propias experiencias vitales, y en relación a esa experiencia organizan su comportamiento. Bermudez (2010) sostendrá en ese sentido, que los valores morales "son medios de expresión de puntos de vista parciales e interesados que los actores mantienen" (2010: 25), es decir que no son neutrales ni apriorísticos sino construcciones sociales desde las cuales los actores producen sus prácticas.

Foto: Blog http://hacetelapelicularosario.blogspot.com.ar/

[176] En el circuito de los guasos analicé cómo la vida ligada a ese recorrido era considerada por los jóvenes como una cosa "de chicos", algo propio de una determinada "clase de edad" (Martin Criado, 2005) como es la "juventud" y que uno de los modos de dejar de transitarlo tenía que ver con el "pasaje" a la adultez. Nuevamente, la idea de juventud como etapa de transición en la cual los límites y la adhesión a la legalidad imperante se encuentran desdibujados se pone en juego en la afirmación de David.

A su vez, ambos coinciden en que las actividades indignas que algunos vecinos realizan abonan a la construcción de la *mala fama* que el barrio tiene. La *mala fama barrial* opera como factor de estigmatización para los jóvenes, y aun cuando consideran que los medios y la policía son los responsables de que se propague esa imagen de los habitantes de Las Flores, recurren a distintas argumentaciones y explicaciones internas para intentar dar sentido a esta construcción. Tal como plantea Kessler: "Si el estigma opera dentro de relaciones de poder y dominación, uno de sus efectos es que los estigmatizados conocen los estereotipos que circulan sobre ellos y pueden llegar a participar de los mismos" (2012: 176).

El estigma que recae sobre los habitantes del barrio desde la mirada de *afuera*, opera también en la dinámica interna del barrio y los jóvenes intentan diferenciarse permanentemente de las prácticas de esos "Otros" que realizan actividades indignas. En ese sentido, para los jóvenes hay dos modos de provisión que son los que mayormente abonan a la construcción de la *mala fama barrial*. Por un lado, el dinero que se obtiene a partir de actividades ilegales (robo, venta de drogas, prostitución). Pero por el otro, existe otra actividad deslegitimada y tiene que ver con el hecho de recurrir a la asistencia estatal como modo de garantizar la subsistencia.

La mayoría de los jóvenes, como en este caso El Chinito y David, consideran indignas las prácticas que llevan adelante las personas que encuentran en la asistencia estatal una de sus formas de subsistencia, por dos motivos. El primer motivo por el cual sancionan estas prácticas tiene que ver con que los jóvenes adscriben en su mayoría a que es necesario construir estrategias de "activación y responsabilización individual" (Merklen, 2013) para poder modificar la situación en la cual se encuentran. Los jóvenes han incorporado la idea de que deben hacerse cargo de su propia vida y consideran que el hecho de conseguir mejores posibilidades de trabajo es su responsabilidad. El segundo motivo por el cual consideran indigno este modo de provisión no tiene tanto que ver con la asistencia en sí misma, sino con los mecanismos a partir de los cuales las familias le disputan al Estado el hecho de ser asistidos. Los jóvenes consideran que las familias demandan asistencia estatal a partir de *hacer quilombo*, es decir, reclamando cosas de manera visible (cortando la circunvalación, quemando

gomas, llamando a medios de comunicación, concurriendo a oficinas estatales), ya para resolver consecuencias de situaciones fortuitas como catástrofes naturales (inundaciones, tormentas, incendios) o también bregando por mejores condiciones de vida (desde cuestiones materiales como chapas, pase de colectivo, dinero hasta intervenciones concretas, por ejemplo, en consumos problemáticos de drogas). Cuando los propios jóvenes caracterizan a otro como *quilombero*, no ponderan únicamente las acciones o hechos en términos individuales, sino que también lo identifican con prácticas y modos de vida del grupo familiar al que pertenecen. En general, la vida privada de las *familias quilomberas*, su organización doméstica, sus costumbres, su modo de presentarse en el barrio es conocida por la gran mayoría de los habitantes, e incluso esas prácticas son caricaturizadas[177]. Y consideran que al aparecer públicamente de ese modo exponen al resto de los vecinos del barrio, a quienes se los estigmatiza al asociarlos con esas prácticas.

Así, los jóvenes sancionan moralmente las prácticas de quienes "se aprovechan" de la asistencia estatal considerando que eligen vivir del Estado sin hacer esfuerzos para mejorar sus condiciones materiales de vida. En varias charlas que mantuve con Ramiro, un joven de 19 años que además de participar del taller de fotografía y video social del CCB vivió durante un tiempo en el centro de la ciudad y militó en diferentes agrupaciones juveniles, se mostraba puntualmente enojado con aquellas familias que vivían de ese modo, intentando diferenciarse permanentemente. Pero, por su propio recorrido como militante político, incorporaba otras dimensiones para juzgar esas prácticas y consideraba que no era absoluta responsabilidad de quienes lo hacían, sino que también las políticas estatales apuntaban a sostener esa relación que él calificaba de "complicidad".

[177] Así también, en muchas de las reuniones territoriales en las que participan instituciones, referentes barriales, vecinos, se exponen datos íntimos de esos grupos familiares lo cual los ubica en una situación de mayor estigmatización. Por ejemplo, presencié varias situaciones en el CCB en las cuales aparecía en escena un integrante de una *familia quilombera*, y se escuchaban comentarios, tanto entre los trabajadores como entre los propios jóvenes tales como "seguro que viene a manguear algo", lo que le sucede "es puro chamuyo", "se aprovecha de su situación". Como plantea Llobet, en las instituciones se ponen en juego: "criterios de clasificación, demarcación y registros, valoraciones y estrategias, implícitos en la forma en que las instituciones –y los trabajadores y trabajadoras- interpretan y definen los problemas para los cuales operan" (2006: 7). En las formas de nombrar de las instituciones, referirse a una familia como *complicada o quilombera* supone que se trata de una familia reticente a aceptar las condiciones que desde las prácticas asistenciales se le proponen.

En ese sentido, en el planteo de Ramiro puedo encontrar ciertos puntos de contacto con lo que Merklen (2010) analiza respecto de las transformaciones que se producen en la relación entre el Estado y los sectores populares durante el neoliberalismo, es decir, el pasaje "de la lógica del trabajador a la del cazador" (2010: 16). En el barrio permanentemente circula la idea, entre vecinos y trabajadores estatales, de que las familias *quilomberas* se "dedican" a vivir de la asistencia y lo cierto es que encuentran condiciones de posibilidad para realizarlo ya que el Estado prefiere generar una relación de dependencia que acompañar en procesos de transformación estructural. Merklen (2010) plantea que las políticas sociales contemporáneas que se caracterizan por su fragmentación y superposición, contribuyen a que la lógica del cazador prospere, alimentando este tipo de lógica lo cual mantiene a los sectores populares "alejados de toda inscripción en el derecho" (2010: 23).

Desde esa idea que plantea Merklen (2010) es que los jóvenes sancionan el sostenimiento de la asistencia como modo de provisión y la consideración de que cada uno debe "activarse y responsabilizarse", enfrentando sus propios riesgos, permea sus análisis. Así, consideran que ser beneficiarios de algún plan o recibir asistencia estatal los reafirma en un lugar de "inferioridad" de condiciones respecto del resto de la sociedad. Sin embargo, la mirada estereotipada desde la cual los jóvenes consideran que quien vive de la asistencia elige hacerlo porque es "vago" y "no quiere trabajar", pierde legitimidad a medida que los jóvenes intentan ingresar al mercado de trabajo y se encuentran con dificultades para poder hacerlo y cuando lo logran, tienen que lidiar permanentemente con diferentes tipos de humillaciones que debilitan la construcción de una posición de respeto y honra desde el trabajo.

VIII.4.2. Un trabajo como la gente

Los jóvenes que quieren ocupar su tiempo "productivamente" y consideran que el modo legítimo de hacerlo es trabajando, encuentran variadas y reiteradas dificultades para poder lograrlo. Y en muchos casos, cuando lo logran, se enfrentan a condiciones de extrema precariedad.

Una de las jóvenes que mayores preocupaciones manifestó al respecto es Katerin "La Rubia" ya que para esta joven de 22 años, "encontrar un trabajo como la gente" se convierte en su mayor desafío diario, no sólo para correrse respecto del mandato familiar sino también para poder sentirse reconocida por "otros" respecto del esfuerzo que realizó preparándose para ese momento. Katerin se preparó durante toda su vida para ser una "trabajadora": terminó la escuela secundaria con tal objetivo, realizó la mayoría de los cursos disponibles en el barrio para capacitarse y aprender nuevas cosas, y también, llevó a cabo diferentes actividades laborales, incluso en condiciones muy precarias. Sin embargo, nunca pudo encontrar un trabajo en el cual sentirse reconocida.

> K: Para mí el trabajo es fuente de donde tengo plata… yo sin trabajo puedo estar uno, dos meses y sino **me enfermo**. Yo estoy acostumbrada a **tener mi plata**, sin trabajo me siento **inútil**, siempre tengo que estar haciendo algo porque sin plata no me gusta estar. Donde me ofrecen trabajo, yo ando ahí metida, de chica soy así.
> -¿Vos pones plata en tu casa?
> K: Y…algunos sueldos le ayudo a mi mamá, a veces yo trabajo en un **mini trabajo**.
> -¿Qué es un mini trabajo? (risas)
> K: Acá en el barrio hay una distribuidora y trabajo unas cuantas horas y me pagan tanta plata y se la doy a mi mamá de vez en cuando. Levanto pedidos de mercadería o de bebida, lo hago todos los días menos el jueves.
> -¿Te gusta?
> K: **No me gusta, pero necesito la plata**.
> -¿Y qué te gustaría hacer?
> K: ¿Qué me gusta hacer?, ¿Qué me gustaría encontrar? [Levanta el tono de voz], me gustaría **encontrar un trabajo como la gente**, que tenga todos mis **beneficios**, que nunca lo voy a poder encontrar porque vivo en un barrio discriminado, en una zona roja. O sea, para tener un trabajo en blanco, tener todo un trabajo como la gente, y el que tiene trabajo acá te lo mezquina, **no te va a decir donde lo encontró o quien lo hizo entrar**.
> -¿Y además de en blanco qué tiene que tener para ser bueno para vos?
> K: Y que **me paguen bien**, porque donde estoy no me pagan bien. O sea, es la necesidad. Que, si te gusta, bien, lo tomas o lo dejas. Y, pero, aunque sea para tironear y que me sirva". (Entrevista a Katerin "La Rubia")

"La Rubia" introduce así varias dimensiones que también aparecerán en entrevistas con otros jóvenes, tanto varones como mujeres. Por un lado, la idea del

trabajo en tanto actividad asociada al bienestar, en contraposición a la enfermedad que trae aparejado no poder hacer nada, y consecuentemente, no disponer de recursos propios. Tal como veíamos en el apartado "Uso del Tiempo", a los jóvenes el trabajo les permite ser reconocidos en tanto que se sienten útiles y ocupan "bien" su tiempo. Por otro lado, "La Rubia" distingue entre diferentes trabajos. Los *buenos* son los trabajos *con papeles*, en blanco a partir de los cuales se accede a la posibilidad de cobrar un salario fijo y construir cierta estabilidad. A los *malos* los califica como "mini" en el sentido de que ni siquiera llegan a ser considerados del todo como trabajo, son aquellos que sólo constituyen un ingreso extra y además se sostienen en condiciones de extrema precariedad

Por lo general, los jóvenes de barrio Las Flores acceden a trabajos "mini" o malos trabajos. Se trata de aquellos cuyas reglas fluctúan diariamente, cuyos salarios se flexibilizan de acuerdo al gusto del patrón, y en donde la inestabilidad es la moneda corriente. En un momento de nuestra charla "La Rubia" se pregunta, mostrando cierto enojo: "¿por qué nunca puedo tener un trabajo como la gente?" Este interrogante se repetirá en los testimonios de muchos jóvenes que entrevisté que localizan dicha imposibilidad en su pertenencia barrial a la que ven como un condicionante debido a la estigmatización que pesa sobre este territorio considerado como "zona roja".

Así como "La Rubia" se remite a los mecanismos que operan desde *afuera* a la hora de que tanto ella como sus compañeros puedan conseguir un trabajo, también analiza cuáles son las transformaciones en el barrio que juegan en contra respecto de esa posibilidad. En ese sentido, para ella el debilitamiento de los lazos barriales que previamente sostenían la posibilidad colectiva del acceso a diferentes empleos, es lo que explica en gran medida la dificultad que tienen los jóvenes para conseguir trabajo. Desde su mirada, en el barrio existían previamente redes de reciprocidad que apuntalaban, a través de mecanismos solidarios, esa posibilidad, y entre otras cosas plantea que en el barrio cada cual quiere garantizarse conseguir "su trabajo" de manera individual, sin compartir información ni datos respecto de cómo lo logró, lo cual es evaluado por ella como una actitud "mezquina".

Es decir que Katerin plantea que las transformaciones en las relaciones sociales en el barrio intensifican las desigualdades entre aquellos que cuentan con recursos, contactos e información para conseguir un trabajo y quiénes no, y se pregunta con mucha angustia y malestar: "¿y el que no tiene referencia?, ¿qué pasa con ellos?".

En su periplo, Katerin "La Rubia" da cuenta de cómo se conjugan varios procesos que confluyen en sus imposibilidades para conseguir un trabajo que no sea "mini". Lo interesante de su relato es observar cómo a los mecanismos exógenos de segregación espacial, se le suman transformaciones de funcionamiento en el propio barrio, en la relación con el otro que vive en el mismo territorio, dando cuenta de procesos de individualización que se refuerzan a medida que la precariedad aumenta. En ese sentido, para los jóvenes del barrio "ser como la gente", ser parte de una legalidad que los incluya y los incorpore como sujetos de derechos, es un desafío permanente en el cual se tendrán que enfrentar a situaciones que los exponen a diferentes tipos de abusos e injusticias en sus trabajos.

VIII.4.3. Entre la "humillación" y la "ingobernabilidad"

En su intento por conseguir "un trabajo como la gente", los jóvenes atraviesan diferentes periplos. En sus testimonios aparecieron como datos interconectados por un lado, la precariedad de las "oportunidades" laborales que efectivamente el mercado de trabajo ofrece a los jóvenes, y por otro lado, la reivindicación que estos realizan de su posición de "ingobernabilidad" (Reguillo, 2012) alegando que se comportan de ese modo porque en el trabajo se los "humilla". Así, lo que se evidencia es que no sólo el acceso al mercado aparece como una dificultad en sus intentos de inserción laboral, sino que también a los jóvenes les cuesta lidiar con las condiciones que el empleo supone: desde levantarse temprano y sostener la asistencia diaria a los ámbitos laborales, hasta sortear las dificultades que se presentan con los patrones en las negociaciones laborales. Los jóvenes perciben esas dificultades como parte del "matrato" que el mercado de trabajo propina, y aún cuando sean actividades que les resultan atractivas o "en blanco", les resultará difícil conciliar sus propios hábitos con las demandas que los empleos suponen.

Uno de los jóvenes que considera que las condiciones del mercado de trabajo son "abusivas" *per se* al exigirle pautas que les resultan excesivas es Ramiro, un joven de 19 años. En su caso, luego de conseguir un trabajo "en blanco" en una empresa de correo a través del CCB, y habiendo superado diversas instancias de entrevistas, decide abandonar al mes de haber comenzado a trabajar. Para explicar esta decisión argumenta que "eran demasiadas horas y pagaban poco" alegando además que sus jefes "no eran buena onda". Cuando le consulto respecto del porqué de dicha afirmación, plantea que éstos le cuestionaban sus reiteradas tardanzas o que le pedián que realice tareas diferentes a las que habían sido previstas. Fundamentalmente lo que Ramiro expresaba, era que él no estaba dispuesto a realizar concesiones para participar de ese "mundo", el del "trabajo formal", porque de acuerdo a sus cálculos, el costo de tiempo y esfuerzo que significaba la propuesta no le resultaba favorable porque no cumplía con sus expectativas. Así, consideraba que haciendo otras actividades informales, tipo changas, podía no sólo conseguir dinero –incluso en algunos casos mayor cantidad- sino además, disponer de su tiempo sin tener que lidiar con los jefes. Para los trabajadores del CCB, en principio, eso significó una desilusión profunda con Ramiro. Al cabo de un tiempo surgió en las conversaciones que quizás ellos reflejaban en sus expectativas respecto de Ramiro sus propios deseos suponiendo que el "proyecto de vida"[178] de éste se asemejaba a la obtención de un "trabajo en blanco" que le diera estabilidad en lo económico y en cuanto al acceso a protecciones sociales.

Entre otras cosas, la actitud de Ramiro pone en evidencia lo que plantea Bourgois (2010) respecto de que los jóvenes de la cultura callejera tienen menos tolerancia "a la explotación" (2010: 153) que las generaciones anteriores. Ramiro se posiciona en las diferentes "oportunidades" laborales desde lo que denominé –siguiendo a Reguillo (2012)- "ingobernabilidad" y en cierto sentido utiliza dicha "ingobernabilidad" como un "capital" ya que desde allí él se reivindica planteando que no está dispuesto a aceptar cualquier tipo de condición. Pero al mismo tiempo esta posición se constituye en un límite poruqe dificulta que pueda cumplir

[178] Respecto de la construcción de un "Proyecto de vida" como propuesta de los programas e instituciones que trabajan con jóvenes, se sugiere consultar los textos de Medán (2011b, 2014).

las pautas que supone un trabajo "legal", como por ejemplo, un horario. En efecto esto fue lo que argumentaba sobre su descontento cuando consiguió otro trabajo que se acercaba a sus intereses, como pasante en la Municipalidad en una institución de cultura en el centro de la ciudad. En esta oportunidad consideró que los coordinadores eran "muy exigentes" porque le solicitaban que cumpla con las horas pautadas en el contrato. En una de las conversaciones que tuvimos me decía que él esperaba que sea "otra cosa" ese trabajo, al cual suponía iba a ser más flexible en cuanto a las exigencias horarias, por encontrarse en la órbita estatal.

Lo cierto es que esas situaciones son traducidas por los propios jóvenes a partir de una lectura en la cual consideran que el mercado de trabajo es para ellos "humillante", aun cuando lo que se les exija es que cumplan con los requisitos que cualquier actividad laboral requiere: respetar horarios y tareas. Ahora bien, ese análisis se refuerza en las reiteradas situaciones en las que efectivamente los jóvenes tienen que lidiar con situaciones de maltrato en el trabajo, y en gran medida consideran que son estos malos trataos recibidos, lo que les quitan las escasas oportunidades de inserción que tienen porque los hace sentir que no son valorados. Así, en reiteradas ocasiones los jóvenes comentaron que sus amigos o conocidos "terminaron mal" después de sucesivos intentos fallidos en el mercado de trabajo "formal", lo cual precipitó su deriva al circuito *de los guasos* a través del delito o la venta de drogas. La "deriva" entre el trabajo "legal" y el delito da cuenta de que los jóvenes no son "completamente libres" (Matza, 2014: 73) para administrar esos recursos y esas posibilidades sino que mas bien cada una de esas experiencias se encuentra condicionada por la expulsión y precariedad a las que el mercado de trabajo los expone.

En esa situación de deriva se encuentra Bote, quien fluctúa entre su intención de rescatarse o seguir viviendo del delito. Como veíamos al comienzo, garantizar un ingreso para las necesidades de sus hijas es un motivo central para "rescatarse", pero al mismo tiempo observa que su experiencia laboral ha sido poco satisfactoria ya que en todos los puestos por los que pasó se ha sentido humillado y explotado. Durante mis estadías en el CCB era habitual escuchar a los demás refirse a sobre la situación de Bote: muchos comentaban que había vuelto a "hacer cualquiera", lo que significaba que estaba a la "deriva" entre el trabajo y el delito.

En el caso de Bote, la situación se complejiza aún más debido a su precaria capacitación e instrucción ya que prácticamente no concurrió a la escuela, lo cual redunda en que su inserción laboral se da en puestos de trabajo todavía más precarios que los de otros jóvenes que completaron algún nivel educativo. Asímismo, vimos que la posibilidad de vivir del delito es cuestionada por Bote ya que pone en juego su hombría al no poder cumplir con su rol como padre de familia. A la vez que no desea exponer a sus hijas a ese circuito delictivo que él transita. Es por eso que en su testimonio, la opción que le permitiría superar esa "deriva" es el trabajo por cuenta propia, en donde puede escapar a las humillaciones del trabajo "bajo patrón". En la entrevista, él se refiere de la siguiente manera a las humillaciones sufridas en sus experiencias laborales y a sus expectativas:

> B: También es importante **que no te estén mandando esclavizadamente**. Porque hay algunos trabajos que te están mandando de aquí para allá y vos por ahí estas como que **te sentís que, si fueras esclavo de ello.**, Y si vos estás aprendiendo y sabes cómo se hace el trabajo, agarras el trabajo por tu cuenta no tenes que darle explicaciones a nadie.
> -¿En qué trabajo pasa eso?
> B: En el frigorífico y en todo, en casi todos los trabajos, **que no podes salir a tomar un poco de agua que ya te están mirando y te están diciendo que no jodas**. En cambio, si vos **haces trabajo por tu cuenta**, ya lo que podes hacer lo haces vos, no tenes que darle explicación a nadie. (Entrevista a Bote)

La alternativa e idealización del trabajo por cuenta propia como modo de dilucidar esa deriva aparece también en el planteo de muchos de los jóvenes entrevistados. Por ejemplo, Ramiro, cuya biografía es diferente, también encuentra en la posibilidad de administrar su tiempo una alternativa válida. En ese sentido, Fonseca plantea que "el sueño de todo hombre es ser trabajador 'autónomo'" (2004: 20) porque lo que se valoriza es alcanzar una cierta independencia, aunque signifique seguir sosteniendo ingresos escasos. En efecto lo que se valora es que se trata de una decisión individual que no implica tener que someterse a otros.

Las diferentes experiencias de los jóvenes en el mercado de trabajo oscilan, así, entre aquellas en las cuales intentan conjugar sus interés en lograr cierta estabilidad, pero al mismo tiempo la constatación de que en esa búsqueda

encontrarán dificultades para poder sostener las condiciones que los trabajos "formales" suponen, como cumplir horarios estrictos. La dificultad de construir un habitus (Bourdieu, 2010) ligado a las condiciones que el mercado de trabajo impone, conciliándolo con sus propias prácticas, es percibida por los jóvenes como una situación de "sometimiento" que resuelven, en muchos casos, abandonando esas actividades laborales. A eso se suma que, efectivamente en muchas de sus experiencias han vivenciado situaciones de humillación por parte de sus jefes, quienes poniendo el acento en las imposibilidades "individuales" de los jóvenes (de formación, de capacitación, de comprensión de consignas) los someten a diferentes tipos de maltratos, fundamentalmente económicos: "se abusan porque saben de nuestra necesidad", dicen los jóvenes.

Frente a esta última posibilidad, de que efectivamente en el trabajo los maltraten, por ejemplo pagándoles poco o desvalorizando sus tareas, los jóvenes se "plantan y boxean" y "no se comen el abuso", como ellos mismos dicen. Es decir que, en la mayoría de los casos frente a circunstancias que ellos denominan como *verdugueo*, actúan corriéndose de la posición deshonrosa en donde ciertas prácticas de humillación los ubican. Esas prácticas, que pueden funcionar al estilo de "tácticas" en el sentido que plantea De Certeau (2010), incluyen desde "hacerse echar" para de ese modo garantizarse el cobro de una indemnización que les permite costear el período de desempleo, o aún provocarse "accidentes". De ese modo, los jóvenes que viven esas situaciones específicas de maltrato, consideran que se "hacen respetar" frente a esas humillaciones, salvando su honor. Para ellos, hacerse respetar frente a los jefes que proponen condiciones desfavorables, significa una posibilidad de "enaltecer la auto-imagen" (Fonseca, 2004: 22), es decir, reforzar una posición de honra.

La percepción de humillación de los jóvenes en relación al trabajo no tiene que ver únicamente con lo que les ofrecen en el mercado de trabajo por *afuera* del barrio, sino que en muchos casos se dirime en las relaciones cotidianas en su interior. Así, son reiteradas las ocasiones en que los jóvenes perciben estos "abusos" con sus propios familiares o con vecinos que los convocan a trabajar, fundamentalmente en la construcción. En ese sentido, cuando son vecinos del barrio quienes plantean condiciones precarias de trabajo, recae sobre ellos una

sanción moral y son considerados por los otros y por los jóvenes como “mala gente” o “cagadores”, porque “se olvidan que en algún momento también tuvieron necesidad”. Los jóvenes consideran que una de las peores actitudes que puede asumir un vecino es “creerse diferente” al resto por haber accedido a mejores condiciones materiales de vida, tener más dinero, y poder acceder a ciertos consumos diferenciales. En ese sentido, en el barrio es valorado positivamente mantener una actitud de humildad aun en los casos en los que la situación material de la familia haya cambiado. La no ostentación constituye un valor en tanto significa seguir manteniéndose en un lugar de cierta paridad con el otro “vecino”. Es por eso que los jóvenes sancionan a sus jefes o empleadores del barrio cuando los “verduguean” considerando que “se creen más” por tener dinero.

Ahora bien, tal como veíamos al comienzo del apartado, en muchos otros casos los jóvenes experimentan que las condiciones cotidianas del trabajo como un “abuso”. Y en ese sentido, las “tácticas” (De Certeau, 2010) que despliegan frente a las situaciones consideradas abusivas, pueden reforzar su posicio´n de expulsión en el mercado de trabajo, etiquetándolos como “quilomberos”. Es por eso que considerar la relación de los jóvenes con el trabajo únicamente interpretando que es su situación de carencia o neceidad la lo que los lleva a aceptar condiciones humillantes, no permite ver cuáles son las operaciones, en términos de movimientos mínimos y cotidianos que los jóvenes realizan para superar esas situaciones.

De esta manera, el mercado de trabajo, tanto “formal” como “informal”, enfrenta a los jóvenes de sectores populares con la necesidad de construir y sostener una posición social de respeto a través del trabajo aceptando puestos en donde se ven sometidos a distinto tipo de humillaciones y malos tratos que atentan contra su estima.

VIII.5. Buenos vecinos

Para finalizar este Capítulo considero pertinente recuperar algunas cuestiones trabajadas en los apartados previos. En ellos analicé el lugar que el trabajo ocupa en las experiencias vitales de los jóvenes desde el cual pueden disputar una

posición de prestigio y honra. Para estos jóvenes, identificar sus prácticas con aquellas que son consideradas de acuerdo a los valores asignados al trabajo les permite distinguirse de aquellas actividades consideradas socialmente deshonrosas. Asimismo, en este Capítulo analicé cómo esas construcciones no son homogéneas sino que cobran sentido en función de los diferentes circuitos que se encuentran recorriendo los jóvenes y de las identificaciones y particularidades que cada uno de ellos supone, es decir que no es lo mismo pensar al trabajo desde la escuela, que hacerlo desde *la calle* o desde una capacitación en oficios. Sin embargo, todos los jóvenes que conocí durante mi investigación coincidieron en atribuirle al trabajo determinados valores, tales como el esfuerzo, la responsabilidad, la perseverancia, la honestidad, la dignidad. De esta manera, la legitimidad que posee el trabajo es tal, en tanto les permite a los jóvenes construir una buena reputación en el barrio desde la cual ser considerados como "buenos vecino*s*". En efecto, en Las Flores Sur una de las formas de constituirse como alguien "digno" de respeto, como "buen vecino", diferenciándose de aquellas prácticas estigmatizadas y estigmatizantes con las que son identificados sus habitantes, tiene que ver con mostrarse como trabajador. "Ser trabajador" se vincula entonces con asimilar sus prácticas a los valores identificados positivamente con el imaginario del trabajo y, en este territorio, "ser trabajador" significa compartir determinadas reglas y normas que trascienden las actividades laborales en sí, y que posicionan a los jóvenes en un horizonte de sentido común.

Cuando los jóvenes hablan del "trabajo" se refieren a determinados tipos específicos de trabajos que permiten cumplir/mostrar los valores morales citados previamente, tales como el esfuerzo físico, la responsabilidad, la honestidad, la perseverancia, la dignidad. En contraposición, las actividades ilegales son consideradas "indignas" porque los reafirman en una posición estigmatizada, tales como el delito, el narcomenudeo, la prostitución y también suman una actividad que no es "ilegal" pero sí ilegítima para ellos, y que es la provisión a través de la asistencia. Todas estas actividades se alejan de la idea de trabajo en tanto no aparecen como vías posibles para construirse en tanto "trabajadores", es decir, no les permiten alejarse de las representaciones estigmatizantes con las que comúnmente se los identifica.

Por otra parte, la jerarquización y evaluación que los jóvenes realizan respecto de las actividades laborales y de sus posibilidades de trabajar no son homogéneas, sino que se encuentran mediadas por diferenciaciones étnico/raciales y de género que operan en sus construcciones morales. En el próximo Capítulo, abordaré específicamente esos aspectos puntualizando en relación a cómo el trabajo se encarna puntualmente en las experiencias vitales de los jóvenes teniendo en cuenta estas diferenciaciones.

CAPÍTULO IX

DISTINCIONES

Foto: Blog http://hacetelapelicularosario.blogspot.com.ar/

En este capítulo, retomo las valoraciones que los jóvenes construyen en torno al trabajo, enfocándome en las dinámicas de diferenciaciones a las que apelan para poder legitimar sus propias prácticas en sus recorridos. En ese sentido, lo que se pone en juego en estas distinciones tiene que ver con la construcción de alteridades desde criterios morales que les permiten a los jóvenes afirmarse y justificar sus propias prácticas en contraposición a las de "otros", de quienes se distancian moralmente. Es necesario realizar la advertencia de que cuando los jóvenes hablan de "otro" (ya sea por distinciones étnicas/raciales o de género) y organizan sus prácticas a partir de esas diferenciaciones, no se refieren a una persona en sí sino más bien a la institucionalización de esa relación, es decir, a la construcción de tipos sociales (Diez, 2006). Los jóvenes ubican a esos "otros"

como parte de un grupo homogéneo sobre el cual construyen estereotipos a partir de algunas de sus características: “los bolivianos”, “los paraguayos”, “las mujeres”, “los varones”.

En este Capítulo, identifico cómo operan en un doble sentido los componentes étnico/raciales y de género para la construcción de esas diferenciaciones. En una primera instancia y a partir de los testimonios de jóvenes varones[179], recupero el lugar de amenaza que representa para ellos la presencia de los inmigrantes bolivianos y paraguayos respecto de sus posibilidades laborales. Para los jóvenes, la disposición para el trabajo que ponen en juego estos grupos poblacionales debilita sus posibilidades de ingresar al mercado de trabajo por lo cual construyen con ellos una relación de competencia. En el marco de esa competencia, deslegitiman sus prácticas a partir de valoraciones morales, construyendo afirmaciones que les permiten sostener su diferencia y legitimar sus propias decisiones tales como: “los bolitas son boludos” o “a los inmigrantes les gusta que los exploten”. Por otro lado, analizo, en el sentido inverso, cómo son las experiencias vitales de un joven para quien el origen boliviano de su padre le significó transitar una vida diferente en el barrio.

Respecto de las distinciones de género, retomo las particularidades desde las cuales los *pibes* y las *chicas* piensan sus circuitos y cómo valoran al interior de éstos el trabajo, considerando a algunas actividades laborales “propias de su género” y, a su vez, resignificando la construcción de la honra a partir del trabajo. Fundamentalmente, analizo cómo se pone en juego la división sexual del trabajo en las biografías de los jóvenes, explorando los puntos de fuga que los jóvenes construyen respecto de los mandatos de género, que operan como desvíos. Es la posibilidad de articular actividades valoradas y legitimadas con intereses, deseos, inquietudes lo que se constituye como un salto que les permite disputar ciertos grados de libertad respecto de los mandatos socialmente construidos.

[179] Este lugar de amenaza que representan los “inmigrantes” para los jóvenes será abordado específicamente desde la mirada de los varones, ya que fueron ellos quienes plantearon su incomodidad por la presencia de “bolivianos” y “paraguayos” por la disputa que se establece en términos laborales. Esto no invalida que las mujeres tengan sus propias apreciaciones al respecto, pero no será objeto de este capítulo.

IX.1. Disputas

Como plantea Reguillo (2012), los jóvenes tienden a construir permanentemente su propia alteridad lo cual les permite construir simbólicamente la pertenencia a un "nosotros", asignando así determinados lugares a quienes consideran "otro": "La otredad refiere casi siempre al 'antagonismo' o a la 'alteridad radical', y otorga, más allá de las diferencias –por ejemplo, socioeconómicas o regionales-, un sentimiento de pertenencia a un 'nosotros'" (Reguillo, 2012: 34).

Uno de los criterios a los que los jóvenes apelan en la apuesta por diferenciarse respecto de "otros", es la adscripción étnico/racial de vecinos y jóvenes que viven en el barrio. De acuerdo al planteo de Hopenhayn y Bello, la importancia de las categorías de raza y etnicidad reside en que a través de la historia y hasta la actualidad, los rasgos físicos y biológicos como el color de piel, el grupo de sangre o la cultura a la cual se pertenece, "(…) son causa de desigualdad, discriminación y dominación de un grupo que se autodefine como superior o con mejores y más legítimos derechos que aquellos a los que se desvaloriza y excluye" (2001: 7).

Así, los autores que analizan cómo opera en las relaciones sociales la cuestión étnico/racial (Hopenhayn y Bello, 2001; Stavenhagen, 1992; Magliano et al., 2015; Magliano y Clavijo, 2011; Grimson, 1999) sostienen que junto con género y clase, estas dos dimensiones (raza y etnicidad) generan mecanismos de dominación culturales, sociales e incluso institucionales que producen y reproducen inequidades en relación con el acceso a determinados bienes y servicios y también, en relación con el lugar del "otro" en el marco de las relaciones sociales. En ese sentido, las distinciones étnico/raciales funcionan como "estigma" (Goffman, 2009) naturalizándose una representación hegemónica respecto de que quieres portan determinadas características físicas y culturales son "inferiores" respecto de una "raza" superior, que es "blanca" y europea.

En términos analíticos es necesario distinguir que mientras que la raza se asocia a distinciones biológicas "atribuidas a genotipos y fenotipos" (Hopenhayn y Bello, 2001: 7), especialmente el color de la piel, la etnicidad se vincula a factores de

índole cultural, aunque con frecuencia ambas categorías son difícilmente separables.

Las distinciones a partir de las características étnico/raciales se pusieron en juego con una fuerte presencia durante mi trabajo de campo en el barrio Las Flores Sur. Así, en reiteradas ocasiones durante mis conversaciones con los jóvenes respecto del trabajo, ellos planteaban que si bien tenían interés en trabajar, "no eran" como los "bolitas[180]" ni como los "paraguayos*",* dando cuenta de que no estaban dispuestos a someterse a las mismas condiciones de trabajo que aceptan estos grupos migrantes, respecto de los cuales permanentemente buscan distinguirse[181]. Aun cuando bolivianos y paraguayos son poblaciones con fuertes diferencias internas (Diez, 2006) los jóvenes los consideran como grupos homogéneos tanto al interior del barrio como afuera de él.

Para los jóvenes varones de sectores populares, "*bolitas*" y "*paraguayos*" constituyen una amenaza porque disputan con ellos el acceso a posibilidades laborales en uno de los sectores del mercado de trabajo en el que mayor participación tienen: el de la construcción. En ese sentido, la competencia que el mercado de trabajo impone a los jóvenes de sectores populares recrudece la mirada estigmatizada que construyen en torno a los "*otros*" a quienes los ubican en un lugar amenazante. Consideran, además, que quienes migraron desde otros países se someten a condiciones laborales humillantes para poder conseguir trabajo, deslegitimando así reglas y códigos que los jóvenes "*nativos*" intentan instalar en relación a cómo ubicarse frente a los abusos a los que los patrones los exponen en determinados tipos de trabajo, por ejemplo, en la distribuidora del barrio. Tal como veíamos en el Capítulo anterior, los jóvenes apelan a la desobediencia como un gesto contestatario a las condiciones de trabajo humillantes que muchos jefes propinan ya que en la búsqueda por la construcción de una posición de prestigio y honor a través del trabajo, encuentran en su

[180] *Bolitas* es el modo peyorativo en el que los jóvenes hacen referencia a la población originaria de Bolivia.

[181] El lugar del componente étnico/ racial en el discurso de los jóvenes respecto de asociarlo con sus imposibilidades para conseguir trabajo resultó un dato novedoso en este estudio ya que no era una variable pre-supuesta. No obstante, este es retomado en diversas etnografías sobre sectores populares que se pueden consultar: Vargas (2005); Magliano et al. (2015); Pizarro (2013); Mallimaci Barral (2009).

posición de *ingobernabilidad* (Reguillo, 2012), una estrategia de resistencia a los abusos a los que el mercado de trabajo los enfrenta permanentemente, incitándolos a la domesticación de sus cuerpos con la promesa vaga de la inclusión social.

La competencia por los puestos de trabajo disponibles es el motivo principal por el cual los jóvenes del barrio consideran amenazante la presencia de migrantes, sean bolivianos o paraguayos, pero a su vez, construyen sobre cada uno de estos grupos diferentes argumentos respecto de lo que se pone en juego en esa disputa. Así, en relación a los "paraguayos", los jóvenes analizan con recelo las habilidades que tienen para la construcción, cualidades supuestamente "innatas" que este grupo poblacional pone en juego en ese trabajo. Los jóvenes evalúan las prácticas de esos "otros" desde estereotipos culturales que funcionan en relación con ciertas características construidas socialmente y legitimadas en el barrio, lo que les permite afirmar por ejemplo que "los paraguayos son así, saben de construcción". A partir de ese saber, que además se supone como "heredado" a partir de componentes étnicos/raciales, es que establecen una relación de competencia con ellos y plantean que "es imposible saber de la obra como un paraguayo". En general, las habilidades que específicamente le adjudican a este grupo tienen que ver con la prolijidad con la que realizan sus trabajos en la construcción, lo cual se pone en evidencia en las terminaciones precisas y visiblemente delicadas de las obras en las que participan. En ese sentido, en una de las primeras *salidas* que realicé por el barrio con una de las docentes de la Escuela Secundaria N° 407, ella me llevó hasta una zona del *fondo* del barrio porque quería mostrarme un "rancho de doble planta" recientemente realizado por una familia paraguaya que vive en Las Flores Sur, el cual se convertía en objeto de admiración de docentes especializados en la temática[182] por la prolijidad y precisión con la que estaba construido. En general, en el barrio las construcciones realizadas por paraguayos son "comentadas" por todos porque exponen esa capacidad propia –que como venimos reflejando desde los testimonios de los jóvenes se construye como característica de la mano de obra paraguaya.

[182] La Escuela de Educación Técnico Profesional y Secundaria Orientada Nº 407 tiene terminalidad técnica ligada a la construcción, de hecho, los jóvenes que terminan los 6 años previstos en el plan de estudios obtienen el título de Maestro Mayor de Obra.

Con los “bolivianos”, lo que los jóvenes disputan es la cantidad y capacidad de trabajo que estos tienen. Consideran que los “bolitas” aceptan trabajos en los cuales les proponen actividades humillantes, en condiciones de explotación, y a partir de eso les atribuyen características que dan cuenta de valoraciones morales, tales como que son “boludos” haciendo referencia a su sumisión, o que “les gusta que los exploten”. Así, los jóvenes consideran que los bolivianos trabajan por períodos prolongados de tiempo por bajos salarios, y además, sin plantear quejas a la patronal lo cual permite que los jefes naturalicen esos abusos, exponiendo a quienes intentan posicionarse de otro modo frente a estas circunstancias que consideran humillantes. De acuerdo a lo que plantean Magliano et al. (2015): “los propios migrantes refuerzan aquellas visiones acerca de esa presencia solo justificada en base al trabajo y a su condición de trabajadores” (Magliano et al., 2015: 116).

Apelando nuevamente a estereotipos culturales, los jóvenes sostienen que “los bolitas se dejan explotar”, argumentando la legitimidad del enojo que eso les provoca en tanto lo que se pone en juego es, desde su criterio, una competencia desleal por puestos de trabajo precarios y escasos; exponiéndolos a que tengan que sostener las mismas condiciones de trabajo que atribuyen a los grupos bolivianos.

Si bien los jóvenes del barrio establecen una relación de competencia con ambos grupos en relación con el trabajo en la construcción, en general la carga estigmatizante recae sobre los “bolitas” porque es con quienes mantienen una disputa y competencia más cercana en relación con los puestos de trabajo disponibles. Así, se burlan en determinadas situaciones de la disposición “desmedida” hacia el trabajo que le adjudican homogéneamente a todos los migrantes bolivianos, valorando negativamente esa posición a través de considerarlos como “negros que vienen a robarles el trabajo”. En esa afirmación no solo aparece la idea de que la presencia de los “*bolitas*” pone en juego sus posibilidades de trabajo, sino también la reversión que los jóvenes “nativos” realizan respecto de esas estigmatizaciones, de las cuales ellos mismos son generalmente portadores. Así, cargan sobre esos “otros”, los “bolivianos”,

estigmatizaciones que les permiten a ellos ubicarse en una posición de "superioridad" en tanto "trabajadores que se hacen respetar".

En relación con los paraguayos, los jóvenes oscilan entre el asombro y el disgusto, ya que por un lado, las técnicas que utilizan para la construcción les provocan una cierta admiración, pero también, enojo en tanto la competencia que se establece en relación con esa capacidad los deja en evidencia respecto de su formación, en muchos casos precaria.

Como plantea Diez (2006) retomando a Grimson (1999), la precarización del empleo y la tendencia a aceptar trabajos "inaceptables" parece haber incidido en la xenofobia de los jóvenes respecto de los inmigrantes, con quienes construyen una relación de confrontación apelando permanentemente a diferenciarse de sus posiciones en el mercado de trabajo. Por su parte, Magliano et al. (2015) consideran que las diferencias raciales y jerarquizaciones establecidas al interior de los barrios de relegación urbana se vincula con:

> (…) la etnización y racialización de ciertos grupos migratorios en la Argentina contemporánea que habilitan confrontaciones por los recursos y el espacio incluso entre quienes son migrantes y se ubican en una misma posición de clase. (2015: 115)

En la construcción xenófoba que los jóvenes realizan respecto de la presencia de los migrantes bolivianos y paraguayos en tanto "negros que vienen a robarles el trabajo", se ponen en juego, también, otras cuestiones además de la disputa por los trabajos disponibles. Lo que subyace tiene que ver con la disputa respecto de quiénes deben ser considerados como ciudadanos y quiénes no, y sobre todo, lo que se pone en juego es su propio lugar en tanto ciudadanos argentinos. En ese sentido, en una entrevista que mantuve con Juan, él expresaba su malestar con el "gobierno" por "dejar entrar" a los inmigrantes, y no regular su ingreso al país. En su enojo, manifestaba que era injusto el reconocimiento a ese "otro" como un "igual" por parte del Estado, contraponiéndolo a sus propias –y precarias– posibilidades de ejercicio de la ciudadanía. Si bien Juan asume que "la culpa no es de ellos" (haciendo referencia a los "bolitas") porque considera que su intención de trabajar es legítima, lo que lo incomoda es que para el gobierno esos "otros" sean considerados tan ciudadanos como él, lo cual pone en evidencia que el

Estado no los prioriza. En esa línea, Magliano et al. (2015) plantean que los inmigrantes no son ubicados en los territorios de relegación urbana en un lugar de disputa únicamente por su presencia física, sino que también disputan "un sentido de derecho a la pertenencia y a la permanencia" (2015: 114). Lo que pone en juego esta diferenciación recurrente a la que los jóvenes realizan respecto de los bolivianos y paraguayos es la necesidad de poner en evidencia que ellos son más ciudadanos que los migrantes, son ciudadanos legítimos, y que en todo caso su presencia es riesgosa en tanto pone en juego el ejercicio de esa ciudadanía. Es decir que en esta operación simbólica, los jóvenes reproducen las mismas relaciones de dominación a la que ellos se encuentran expuestos permanentemente y es por eso que las relaciones de dominación se sostienen a partir de hacerle creer a ese "otro" que no vale nada.

Así, en los diferentes intercambios que mantuve con los jóvenes, fundamentalmente con quienes participaban de la capacitación de albañilería, les consulté sobre las razones por las que creían no conseguir trabajo y la referencia a los inmigrantes era una de las principales. Ingresar al sector de la construcción, tal como veíamos en el Capítulo anterior, es un espacio de trabajo altamente valorado por los jóvenes ya que lo consideran como un "buen trabajo". Sin embargo, las mujeres jóvenes no pusieron en juego esa confrontación de manera explícita, y si bien en general asentían las explicaciones que los jóvenes realizaban respecto de la competencia que "bolivianos" y "paraguayos" significan para el ingreso al mundo del trabajo, el discurso xenófobo no estuvo presente en las charlas cotidianas con ellas.

Las distinciones de los jóvenes del barrio, "nativos", con grupos migrantes no solamente se establecen en relación al trabajo, sino también con otros aspectos de la sociabilidad tales como las interacciones con los vecinos o los vínculos intra-familiares (Vargas, 2005). En ese sentido, analizaré la experiencia vital de un joven descendiente de padre boliviano, dato biográfico que condicionó sus intercambios en el barrio.

IX.2. “Vinimos para progresar”

Para David, uno de los jóvenes con los que retraté el circuito de la escuela, el origen boliviano de su padre influyó en su proceso de socialización con los otros jóvenes de Las Flores Sur, no sólo en relación con la mirada que los demás construyen sobre él, sino fundamentalmente respecto de la posición que su familia tiene en el barrio. Su padre, nacido en Bolivia migró hacia Argentina cuando era adolescente, y se dedicó desde aquel momento a trabajar para poder “progresar”. Desde que llegó al barrio, su padre consideró que ese sentido de progreso y esfuerzo no era compartido con el resto de los vecinos, lo cual propició que su vida social se limitara a las relaciones familiares, intercambiando solamente algunas palabras con el resto de los vecinos cuando *salía* y *entraba* al barrio para ir a trabajar. Su padre fundamenta su mirada de sospecha respecto de los habitantes de Las Flores en la desconfianza que le generan ciertas pautas culturales compartidas en el barrio, a las cuales considera como “peligrosas” en tanto lo pueden desviar tanto a él como a sus hijos del objetivo principal por el cual migró desde su país de origen: lograr estabilidad económica y poder garantizar mejores condiciones de vida a su familia. Por ese motivo, David se crio durante los primeros años de su vida encerrado y sus padres se encargaron de que mantenga el menor contacto posible con el resto de los niños del barrio, llegando al punto de elegir una escuela en el centro de la ciudad para su escolarización, evitando que construya relaciones afectivas en Las Flores Sur. La madre de David, oriunda de Tucumán, acompañó esta decisión y construyó su vida “puertas adentro”, respetando la sumisión que se considera propia de una mujer que se preocupa de lo más importante: acompañar al varón proveedor y cuidar a los integrantes de la familia (Jelin, 1984; Faur, 2014; Nari, 2004; Tarducci, 2008). Así, montó en la casa un negocio familiar, tipo almacén, que le permitió obtener algunos ingresos, pero fundamentalmente velar por el resguardo de sus hijos respecto del contacto con los “otros” niños y jóvenes de Las Flores Sur. Es así como la niñez y adolescencia de David y sus hermanos transcurrió de espaldas al barrio ya que su padre suponía que si establecían algún vínculo con los demás jóvenes del barrio, sus hijos podían convertirse en “desviados” (Becker, 2009). David comenzó a cuestionar la mirada estigmatizadora que su padre tenía del

barrio al afirmar que el resto de los vecinos, fundamentalmente eran "vagos" o "delincuentes" y que esto se ponía en evidencia en el poco interés que manifestaban para trabajar, transcurriendo la mayor parte del día en *la calle* y viviendo de la *joda*.

Respecto de la centralidad del trabajo en las experiencias vitales de los inmigrantes, Vargas (2005) plantea que los migrantes, tanto bolivianos como paraguayos, sostienen y construyen diferenciaciones a partir de ubicarse como "más trabajadores" en oposición a los argentinos, que son "vagos". La autora considera que es una constante que bolivianos y paraguayos argumenten que 'trabajan más' ya que se movilizaron desde su lugar de origen para progresar (Vargas, 2005: 79). Contrariamente al accionar de los ciudadanos argentinos, y desde una posición de esfuerzo y sacrificio, es que los inmigrantes disputan la legitimidad de la ciudadanía con los propios vecinos del barrio, ya que estos últimos consideran injusto que los migrantes sean "iguales". Es a través de la vida abnegada de trabajo que los migrantes bolivianos y paraguayos construyen su legitimidad como ciudadanos y habitantes del barrio.

Volviendo al relato de David, vemos que en su reconstrucción biográfica relata situaciones cotidianas en las cuales su padre se diferenciaba de los vecinos del barrio argumentando que él era "más trabajador". Así, por ejemplo, su padre le transmitía que los "otros" no sabían lo que era el esfuerzo y que estaban "mal acostumbrados" porque no habían pasado las necesidades que él paso cuando decidió dejar su país natal y buscar mejores condiciones de vida. Es por eso que su preocupación tiene que ver con que sus hijos se críen como "buenos ciudadanos", es decir, educados en una vida de esfuerzo, trabajo y voluntad.

David no aceptó de manera pasiva el mandato familiar y durante su adolescencia intentó deconstruir la mirada estigmatizada de su padre en relación con los vecinos del barrio. En efecto, cuando charlábamos relata la transformación de su mirada respecto del barrio durante su adolescencia, diferenciándose de su familia:

> **D: …**viste, **mucha gente dice porque no ven progreso en el barrio, acá**. O sea, mis papás también pensaban eso, **porque ellos se querían ir del barrio**… a ir a otro lado, porque ellos **no veían progreso en el barrio**. Y yo siempre es como que

> **miraba la otra cara**… Yo tengo dos hermanos más grandes y dos hermanos más chicos. **Y el que marca la diferencia en mi casa es como que soy yo**. Y es como que fui el que está en contra… defendiendo lo que me gustaba. O sea… **yo pensaba diferente a mis hermanos** y… O sea, mis hermanos piensan como mis viejos. Y mis hermanos siempre me criticaron porque yo iba a esta escuela[183]… O sea, decían que **a todos hacían pasar y que nadie hacía nada**. Pero yo acá, empecé a encontrar amigos que **siempre están al lado mío**… (Entrevista David)

El intento del padre de David, sostenido por el resto de la familia, de que sus hijos no se desvíen de la vida de trabajo como eje central que organiza sus experiencias y prácticas, refuerza la representación de que los bolivianos que migran al país construyen y sostienen y que tiene que ver con "encontrar la salvación en el trabajo" (Magliano et al., 2015: 116). Así, la familia considerará que David "pierde el tiempo" cuando participa de instancias recreativas como por ejemplo pintar murales en el barrio. En este caso, no solo se pone en juego la sanción moral que desde el interior del grupo de familia esas prácticas comportan sino también la mirada del resto de los vecinos respecto de actividades que no tienen que ver con el modo en el que la familia se muestra en el barrio, es decir, como "trabajadores".

Para David, cuestionar el mandato de sus padres y apostar por sus propios intereses es un desafío constante, lo cual supone para él transitar momentos de soledad y de rechazo al interior de su grupo familiar. David ubica así, que los problemas que él tiene en los espacios de socialización del barrio por ser hijo de "boliviano" no tienen que ver solamente con la mirada de los demás respecto de él, sino con la construcción de la posición que adopta su familia, tensionando sus intentos de ser "como los demás" jóvenes del barrio.

Lo que se observa con la historia de David es su necesidad de pertenecer a un grupo de pares que le fue negado por su familia, y "desmarcarse" así de ciertas prácticas que son estigmatizadas por ese grupo de pares respecto de su grupo de origen. David se mueve en la tensión entre "ser parte de su grupo familiar" y querer tener un grupo de referencia "de pares" en el barrio, para poder desde ahí ser aceptado y ser un "joven legítimo del BLF" para el resto.

[183] Hace referencia a la Escuela del barrio, la EET 407.

IX.3. En clave de género

En el plano de las distinciones y la construcción de alteridades, la diferencia de género se pone en juego permanentemente tanto en relación con qué significa ser mujer o ser varón en Las Flores, como también respecto de cuáles son las prácticas legítimas para cada uno de los sexos. Tal como plantee en el Capítulo I, entiendo que el género es una categoría analítica central a la hora de explicar la construcción de la condición juvenil (Chaves, 2010) de Las Flores Sur. Retomo los planteos de diferentes autores, en su mayoría mujeres, quienes entienden al género en tanto construcción cultural, social y política respecto de ciertos sentidos que se definen a partir de la diferencia sexual pero que también la exceden ampliamente (Elizalde, 2003, 2006, 2013; Medán, 2011, 2013; Wainmerman, 2003). En este sentido, el género es una interpretación alternativa a las interpretaciones esenciales de las identidades femeninas y masculinas.

La diferencia en función de los géneros se impuso con centralidad durante mi trabajo de campo. La primera cuestión que tuve en cuenta para analizar los testimonios de los jóvenes fue qué dicen respecto de sus prácticas a la hora de pensarse como varones o mujeres, qué cuentan, es decir, qué datos recuperan de sus biografías, pero también cómo lo cuentan y cómo reconstruyen aspectos centrales de sus vidas. Como plantea Silba la reconstrucción y jerarquización de acontecimientos y prácticas que los jóvenes realizan respecto de sus experiencias vitales:

> (…) no se producen, aisladamente, sino que son resultado de la construcción histórica de un sentido común que va tomando fragmentos de discursos mediáticos, familiares, religiosos, escolares y que termina sedimentando en la aprobación y defensa de ciertos valores morales. (2010, 15)

En ese sentido, retomaré en los próximos apartados cuestiones centrales que emergieron en mis intercambios con los y las jóvenes, a partir de preguntarme ¿qué es lo que el género habilita, y qué evita o deja afuera? (Elizalde, 2006: 105). En este caso, qué habilita y qué deja afuera en relación con el trabajo y la valoración de cuáles son las actividades laborales posibles y los valores morales que las sustentan.

IX.3.1. Las *chicas*

Durante mi trabajo de campo, entrevistar a las mujeres jóvenes desde la convocatoria a hablar del trabajo no fue una tarea sencilla. Cuando comencé a visitar el barrio, los trabajadores del CCB me contactaban directamente con varones, y aun cuando no había establecido un criterio genérico para seleccionar a los posibles entrevistados, tanto ellos como los propios jóvenes consideraban que los varones eran quienes estaban habilitados y legitimados para hablar al respecto. Con las mujeres establecí una relación después de un tiempo de concurrir a las capacitaciones, cuando pude lograr construir un marco de confianza. Sospecho que ellas también dudaban respecto de si tenían algo "pertinente" para decir en relación con el trabajo, y esto las presionaba, por lo cual preferían evitar ser entrevistadas. Sospecho también, que las mujeres jóvenes transitan de manera asidua la instancia de entrevistas en las cuales dan cuenta de aspectos de su cotidianidad y quizás por eso evadían algo que les resulta familiar y que en general les significa exponer datos de su intimidad.

Las mujeres jóvenes se nombraban en el CCB entre ellas como "las chicas", y también así las llamaban los trabajadores de la institución. En algunos momentos las jóvenes se referían a otras mujeres jóvenes del barrio en tanto "pibas", y cuando lo hacían lo que intentaban dar cuenta era que con esas mujeres tenían alguna *bronca*. Es decir que para las jóvenes no es lo mismo ser una "piba" que una "chica", y mientras que la primera referencia da cuenta de prácticas ligadas al "puterío" o al "quilombo", las *"*chicas*"* se caracterizan por conservar formas más "*rescatadas*" y por acercarse más al ideal de mujer que circula en el barrio, ideal que las asocia a la vida privada y doméstica como modo de vida "propio de las mujeres". Sin embargo, las *pibas* también son quienes tienen *aguante* con lo cual, en varias ocasiones las jóvenes utilizaron este apodo asociándolo con una posición en el barrio que es valorada positivamente por algunas de ellas: mostrarse *plantadas* y dispuestas a *boxear*.

Previamente decíamos que la construcción de la alteridad respecto de ciertos grupos a quienes se consideran como "otros", lo que funciona no es una evaluación de una persona en particular sino más bien la "construcción de tipos

sociales" (Diez, 2006). Del mismo modo, cuando las mujeres ponen en juego esta caracterización que organiza sus prácticas cotidianas entre "pibas" y "chicas", en la mayoría de los casos también se halla esa idea de alteridad respecto de un "tipo social" de mujeres de quienes buscan diferenciarse.

A su vez, tal como planteé en la descripción de los diferentes circuitos, las identificaciones juveniles no son homogéneas ni unívocas, sino más bien fluctuantes y cambiantes, y en ese sentido muchas de las jóvenes a las que conocí en el trabajo de campo eran "chicas" en el CCB y *pibas* en *la calle*. Por ejemplo, Jenifer, una joven de 17 años que realiza la capacitación en fotografía y vídeo social en el CCB, se ubica como una de las "*chicas*" del grupo cuando participa del espacio de capacitación, aceptando las reglas que la institución plantea y generando complicidades con el resto de las mujeres con quienes encuentra puntos de referencia al intercambiar sobre relaciones amorosas, cuestiones estéticas como la vestimenta o el maquillaje, y también, acompañando a las mujeres mamás del grupo en la crianza de sus niños a quienes llevan al espacio. Asimismo, cuando habla de su grupo de amigas o de sus hermanas con quien mantiene una relación de amistad y complicidad, se referirá a "las chicas". Sin embargo, cuando Jenifer *sale* del CCB, en *la calle*, es una *piba* con *aguante*, que cotidianamente está dispuesta a *boxear* ya sea a la salida de la escuela con otras jóvenes con las que tiene *broncas* o en el recorrido desde su casa ubicada en el *fondo* hasta el CCB. Conoce las reglas del barrio y sabe que mostrarse con *aguante* es uno de los modos de poder transitarlo para que "nadie te moleste".

Es decir que no existe un único modo de procesar el *ser mujer* en el barrio, y tal como plantea Elizalde no es posible hablar de una "identidad femenina y juvenil unívoca en su significado, uso e intencionalidad social" (2003: 52). Más bien lo que encontramos en el relato de estas jóvenes es una trama de significados, determinados por: "múltiples procesos de representación, interpretación y resignificación, que a su vez son constantemente interpeladas desde las nuevas identidades etarias y sexuales de las mujeres" (Elizalde, 2003: 52).

Teniendo en cuenta esa multiplicidad, puedo realizar una caracterización en relación con determinados aspectos de las experiencias vitales femeninas que

aparecen con centralidad en las biografías de las jóvenes que conocí durante el trabajo de campo y con las cuales ellas se referencian e identifican. Así, algunas jóvenes se definen desde su lugar de "trabajadoras", con deseos de lograr estabilidad económica y buenas condiciones materiales de vida que les puedan permitir ser "como la gente" y obtener ciertos beneficios a través del trabajo; otras que se identifican con prácticas ligadas al *aguante* y a la socialización en *la calle* como espacio privilegiado, lo cual desde su perspectiva tiene que ver con usar un determinado tipo de ropa, con llevar una vida ligada a la diversión y a la *joda*. Y por último, otras jóvenes que priorizan su rol de madres y que se definen como "mamás". Para ellas maternar es lo que les produce mayores satisfacciones y es desde allí que se identifican en tanto la maternidad representa para ellas una experiencia vital desde la que se sienten seguras y con mayores posibilidades de legitimarse frente a los otros y disputar desde ahí un lugar de reconocimiento social.

Desde esta construcción de tipos ideales de "mujeres trabajadoras", "mujeres villeras", "mujeres mamás" analizo las biografías de las jóvenes. Sin embargo, cabe advertir que no existe en ninguna de sus historias un rasgo de pertenencia o de identificación puro ni unívoco, sino que en la mayoría de "las chicas" conviven y se tensionan estos estereotipos socialmente construidos. A su vez, todas ellas o la mayoría comparten determinadas prácticas que consideran propias del "ser mujer" tanto en Las Flores como en otros territorios y sectores sociales, como por ejemplo, esmerarse en estar arregladas, alisarse el pelo lo máximo posible para que se vea brillante, usar algún tipo de maquillaje aunque sea para la ocasión más mundana y cotidiana, enamorarse perdidamente de un joven y al otro día desenamorarse y en ese lapso amar y sufrir intensamente y también, tener ganas de pasarla bien un rato, aprender a hacer algo, divertirse y conocer gente.

La mayoría de las jóvenes que conocí no se preguntaba específicamente por el trabajo en tanto actividad desde la cual obtener ingresos económicos o lograr una posición de reconocimiento y prestigio. Por el contrario, en los encuentros con ellas el trabajo era resignificado en tanto actividad que permite *salir* de la casa, y esto es asociado a otros datos de sus biografías desde los cuales se presentan, cuentan quiénes son y describen sus trayectorias vitales.

IX.3.1.1. Cuando lo íntimo se vuelve público

Como plantea Jelin (2016), en contextos de pobreza las mujeres se encuentran en una posición de mayor vulnerabilidad respecto de los varones para desarrollar actividades por fuera del ámbito doméstico, quedando sujetas a una amplia gama de desigualdades relativas a las oportunidades para llevar adelante actividades que les interesen, sean laborales o recreativas. En ese sentido, una de las estrategias que las mujeres jóvenes construyen para contrarrestar la posición de desigualdad en la que viven en el barrio, tiene que ver con recurrir a las instituciones estatales y desde allí contar con soportes que les permitan realizar y sostener sus actividades cotidianas, y también en algunos casos formarse o trabajar. Sin embargo, las mujeres pobres se someten a diversas estrategias de control y disciplinamiento (Nari, 2004) para "ser merecedoras" del acceso a esos soportes. Tal disciplinamiento trae aparejado que en la mayoría de los casos tengan que dar cuenta explícitamente de cuestiones vinculadas con sus decisiones íntimas y personales, por ejemplo la decisión de tener o no hijos, o respecto de sus elecciones de pareja, lo cual refuerza su posición de vulnerabilidad.

Para la mayoría de las mujeres jóvenes hablar de su vida privada significa acceso a determinadas prestaciones y servicios que vehiculizan derechos de ciudadanía, desde una posición que las victimiza y desde la cual son juzgadas moralmente. Así, las jóvenes a las que conocí en el trabajo de campo me contaron situaciones traumáticas en las que se sintieron fuertemente violentadas por el hecho de ser mujeres, apelando en muchos casos a esos acontecimientos para plantear su fortaleza ya que "hicieron otra cosa". En ese sentido, Elizalde plantea respecto a las mujeres jóvenes de sectores populares en muchos casos no les cuesta hablar:

> (…) relatar –una vez más– los actos de violencia vividos en su familia, contar sus peripecias en la calle, con las drogas o con armas de fuego. Escamotean, sin embargo, la politicidad que trama íntimamente esos relatos y que, en cada situación de intercambio discursivo, trabaja por su efectividad retórica. (2004: 3)

En efecto, recuerdo mi asombro en las primeras entrevistas con las mujeres jóvenes, quienes me contaban aspectos que eran muy dolorosos de sus vidas y desde allí construían sus trayectos vitales. Por ejemplo, en la primera

conversación que tuve con Mora, una joven de 18 años a los pocos minutos de nuestra charla se refiere a una situación de abuso sexual que vivió en su infancia por parte de un hijo de su mamá:

> M: Con mi familia no tengo relación… Porque tuve momentos difíciles… Entre mis hermanos… cuando yo tenía 9… 8 años **abusaron de mí**, por eso… me fui.
> - Ah… (silencio)
> M: (Risa leve)
> - ¿Hermanos hijos de…?
> M: Mi mamá…
> - Ah, por eso es que vos no te llevas bien con tu mamá.
> M: Claro, porque en el momento **me dijo que yo los provocaba**. Cuando no era así. Ella me decía eso porque **le convenía el tema del padre**… O sea, mi papá… por mí y por mi hermana, **nunca le pasó nada**… En cambio, el padre de ellos sí, le pasaba plata, le compró la casa… **Creo que era por conveniencia lo que me dijo**.

Más allá de mi sorpresa por el relato, varias cuestiones que Mora plantea en este fragmento serán centrales a la hora de analizar el modo de transitar el *ser mujer* en el barrio. Por un lado, diferentes situaciones de abusos sexuales que las mujeres transitan en soledad, sin encontrar sororidad en otras mujeres, como en este caso que relata Mora en que su madre no la acompaña, desacreditando lo sucedido. En ese sentido, la madre de Mora al acusarla de "provocar" a los hombres, culpabiliza a su hija respecto de una situación en la cual había sido violentada y víctima. Esta inversión en los términos respecto de quién es víctima y quién es victimario apareció en muchos de mis intercambios con las mujeres jóvenes, quienes a su vez comienzan a dudar de la veracidad de los hechos de los cuales participaron como protagonistas, deslegitimando su propio sufrimiento en función de la sanción moral que recae sobre sus prácticas. Se pone en juego en esta construcción de Mora como "mujer provocadora" y por lo tanto responsable del abuso que cometieron contra ella, lo que Silba denomina como las representaciones respecto de los jóvenes en tanto "sujetos marcados" (2011: 234), es decir, marcas socialmente construidas que identifican a los jóvenes como desviados, carentes y en falta y a las mujeres jóvenes de sectores populares, en particular, como "fáciles", "rápidas", "atorrantas", "promiscuas". Otra cuestión que hallamos es el discurso socialmente construido en las situaciones de abuso o violencia de género

de que “algo habrá hecho” para merecer lo que le sucedió, con lo cual se estigmatiza doblemente a las mujeres.

Por otro lado, otras de las cuestiones que aparece en el relato de Mora tiene que ver con las dificultades de lograr una autonomía económica como condicionante respecto de las decisiones que las mujeres toman. En este caso, Mora considera que su madre desacreditó su versión de los hechos porque se encontraba en una posición de subordinación económica respecto de su pareja, quien se hacía cargo de la manutención de sus hijos. En este caso, Mora juzga a su mamá por haber priorizado “la plata” por sobre su rol de cuidadora de su hija, pero también la escena denuncia una situación recurrente en las trayectorias vitales de las mujeres del barrio: encontrarse en muchos casos compelidas a soportar situaciones tortuosas y denigrantes por estar sometidas económicamente, respecto de varones que se aprovechan de esa situación de vulnerabilidad reforzando su lugar de poder en tanto son el sostén económico del hogar.

En la historia de Mora, el abuso sexual infantil marcará el primer quiebre con su familia nuclear. A raíz de esa situación de abuso deja su casa para ir a la casa de su abuela materna, en Córdoba. Ese quiebre plantea una ruptura que para Mora operará durante toda su vida y que tiene que ver con la pregunta respecto de “¿qué es ser una buena madre?”. Es así que para Mora, convertirse en una buena madre (Daich, 2008; Tarducci, 2008; Tiscornia, 2004; Ariza et al., 2002[184]) se transforma en una reivindicación desde la cual organiza sus experiencias vitales y en ese sentido construye una relación de apego con su hija de un año, Mía. Es el soporte que le permite constituirse ella misma como una mujer respetable, no solo ante la mirada de los otros sino fundamentalmente frente a su madre. Es así que Mora considera que a partir de su relación con Mía y de ejercer cotidianamente su rol de “*buena madre*” se siente segura y además se reivindica respecto del acontecimiento que marcó su infancia, afirmándolo del siguiente modo: “Le puse Mía porque es lo único que yo tengo: yo estoy para ella y ella está para mí”.

[184] Para Daich (2008: 63) existe un imaginario “maternal” en donde predomina el mito del amor materno cuyo correlato es la representación de la “buena madre”, sostenido en la creencia del instinto materno y en el sacrifico y entrega gustosa de las mujeres a la maternidad. Ese ideal se pone en juego en tres campos fundamentales: el legal, el moral y el de la salud. Por el contrario, las “*malas madres*” son aquellas que no cumplen con el ideal, existiendo diferentes categorías desde aquellas que se niegan a ser madres hasta las madres maltratadoras o abandonadoras.

Tal como señala la literatura, este ideal de "buena madre" que ubica a la relación maternal en un lugar "romántico" ha sido perpetuado como una verdad ahistórica del cual las propias jóvenes se hacen cargo, juzgando desde ese modelo sus decisiones y las de otras mujeres. Ese ideal ha sido sostenido, como plantea Faur por: "creencias y perspectivas de corte familiar y maternalista que perciben a la madre como la mejor cuidadora posible se sustentan en el altruismo y la devoción 'femeninos' así como en la reificación del afecto y el amor materno" (2015: 69).

Para Mora, como para muchas de las mujeres que conocí, la maternidad les permite "cumplir" con ese ideal y alejarse del imaginario socialmente construido sobre ellas que analizábamos previamente como "atorrantas" o "promiscuas".

El caso de Jenifer, de 17 años, también pone en juego en su presentación aspectos de la intimidad, este caso de violencia familiar y relatando una infancia multi-intervenida por juzgados, profesionales, instituciones estatales. Jenifer apela al humor para restarle centralidad a estos acontecimientos en su vida, ubicándose con cierta distancia, analizándolos de manera irónica y a través de *jodas*. Mientras relata que cuando era chica vivió un tiempo en un hogar protegido[185] con sus hermanitas porque su padre era violento y alcohólico, se ríe recordando que "hacía sufrir a las psicólogas porque, a propósito, no les hablaba" y se divertía "un montón". Para Jenifer el equipo de profesionales que intervenía en la situación no hacía más que dar cuenta que desde el Estado "no tienen nada mejor que hacer que meterse en nuestra vida", y en relación a esto plantea, enojada: "¿tanto van a preguntar los psicólogos?, ¿porqué no se preguntan a ellos mismos?" Con esta ironía, Jenifer se refiere a cuáles son los objetivos de las intervenciones estatales si finalmente no las acompañaron a resolver las situaciones cotidianas por las que atraviesan con su mamá y sus hermanas: las dificultades para contar con un espacio en donde vivir y la falta de trabajo. Por eso es que se interroga: "¿para qué

[185] Los hogares protegidos o refugios son lugares (departamentos, casas) a las cuales las mujeres que son víctimas de violencia de género concurren, en la mayoría de los casos junto con sus hijos, para poder "salir" de sus casas, interrumpiendo de ese modo que se propaguen las situaciones violentas y que se conviertan en letales. En la mayoría de los casos, las mujeres de sectores populares no disponen de recursos para poder "pagar" un lugar adonde ir hasta que la situación de violencia familiar sea abordada judicialmente con lo cual es un deber del Estado garantizar alojamiento en ese tránsito.

me preguntaban si todo seguía igual?", dando cuenta de que esas intervenciones a posteriori las ubicaban en un lugar de víctimas.

Como contraposición de esta ausencia estatal y también de los conflictos familiares, Jenifer encontró en *la calle* un espacio en donde poder transitar mayores niveles de libertad y aprender a manejarse en el barrio, hacer amistades y contar con otros. En ese sentido, ella valora *la calle* como espacio en donde se siente reconocida porque allí sabe moverse y conoce "los códigos" desde los cuales manejarse, y además, porque en ese espacio valoran de ella las mismas cosas que en otros espacios se convertían en objeto de sanción, fundamentalmente desde las instituciones estatales. Así, su historia estará marcada por diferentes huidas y períodos de intermitencias entre *la calle*, la casa de sus parejas o de alguna amiga, y la vuelta a la casa de su mamá. Jenifer busca desviarse de lo "esperable" para una mujer en el barrio: que sea sumisa y que acepte las reglas de su casa. Eso no lo hace sin contradicciones y temores. Por ejemplo, ella explicita en la charla sus interrogantes respecto de la maternidad en tanto ideal que debe cumplir, y si bien aclara que en sus relaciones sexuales decide utilizar métodos anticonceptivos y lo mantiene en secreto[186], reconociendo que este aspecto sería sancionado por su pareja, también duda de si un hijo no la alejará de la soledad que permanentemente siente en estas fugas.

Cito los intercambios con Mora y Jenifer para retomar el interrogante respecto de ¿Por qué las chicas se cuentan desde esos acontecimientos? En las biografías de estas jóvenes se expresa la naturalización que ellas realizan en la presentación de sus historias a partir de datos íntimos que dan cuenta de sucesos traumáticos. Así, parecería que las mujeres de sectores populares se ven compelidas a contar su historia desde esos abusos y sometimientos, y a su vez, que eso es lo que las habilita a poder "asomarse" en los espacios públicos. Es decir, el dolor se transforma en una herramienta para poder "hablar". En ese sentido, Mora y Jenifer intentan politizar el dolor (Elizalde, 2003) a partir de contarlo, a través de la

[186] En ese pasaje de la entrevista en el cual Jenifer cuenta que cuando convivió con su pareja utilizaba métodos anticonceptivos porque no quería quedar embarazada, se pone en juego la asociación noviazgo – riesgo de embarazo, que Silba (2015) trabaja en su texto "Reproducir y transgredir el mandato de género". La autora plantea que en los dichos de algunas jóvenes se observa la "necesaria asociación entre noviazgo y riesgo de embarazo, como si existiera una cadena causal entre ambas prácticas" (2015: 14).

construcción de lazos entre ellas que les permitan fugarse de los lugares en los que se sienten incómodas y también riéndose de situaciones traumáticas desde otro modo frente a las múltiples intenciones y proyectos que intentan "domesticarlas" (en relaciones de pareja, familiares, institucionales). En tal sentido, la apelación a lo íntimo no puede ser pensado como una "superficie previsible de expresión y fetichización del género en la vida cotidiana" (Elizalde, 2004: 8) sino más bien como un "espacio que vincula definiciones, prácticas y experiencias de relación entre los géneros" (Elizalde, 2004: 8).

Ni Mora ni Jenifer relatan estas situaciones traumáticas apelando a la lástima, ni ubicándose en una posición de sufrimiento omnipresente, ni invocando el dolor como un modo de justificar sus decisiones. Tampoco existe una naturalización en sus relatos de los hechos, ya que en cada una de las situaciones realizaron movimientos respecto de esa escena y así lo hicieron, aun cuando luego se volvieron a replicar en otros momentos de sus biografías. En ese sentido, en tanto mujeres jóvenes no se ubican en una posición de obediencia ni resignación, sino que más bien reconocen estos hechos como datos que fueron constituyéndolas como mujeres *que se la bancan*.

Sin embargo, también es posible develar que se presentan desde vivencias vinculadas a la vida doméstica y familiar, y en ese sentido desde un registro de lo íntimo, porque escasean en sus biografías experiencias ligadas a otros ámbitos, como el laboral. Así como veíamos que los varones construyen su forma de identificación a través de rasgos masculinos de virilidad en el trabajo y reforzando su rol de proveedores, para las mujeres parecería que el ámbito doméstico y familiar es el espacio en el que "deberían referenciarse". Si bien entonces, la división sexual de los roles de género en tanto "varón proveedor/ mujer ama de casa" (Faur, 2015) se torna en un destino inequívoco, también es posible advertir determinadas líneas de fuga que las mujeres construyen respecto de ese mandato, realizando movimientos que les permiten ganar autonomía y conquistar espacios que tengan que ver con intereses propios. Como veíamos anteriormente, para Jenifer transitar *la calle* será un modo de tener mayores niveles de libertad, y para otras mujeres, ingresar al mercado de trabajo será un modo de revelarse frente a los mandatos socialmente establecidos.

IX.3.1.2. Cuando trabajar es *salir* de la casa

La primera joven que conocí fue Katerin "La Rubia" de 22 años. Ella se presentó en la entrevista con una actitud un tanto desafiante, Olga le había dicho que yo "preguntaba" sobre el trabajo y eso había movilizado sus enojos. Katerin encontraba en esta instancia una posibilidad de denunciar las dificultades por las que atraviesa en sus múltiples intentos de ingresar al mercado laboral y así conseguir un trabajo "*como la gente", es decir, gozando de los "beneficios" que el empleo en blanco trae aparejado.* Hace 12 años que vive en el barrio, adonde llegó después de mudarse con su familia desde La Tablada. Recuerda ese momento de Las Flores con cierta nostalgia, porque, como cuenta, "no se veían las cosas que se ven ahora". Para Katerin el presente barrial tiene que ver con la desmesura de las *broncas* en tanto modo de regulación de las interacciones cotidianas, las cuales abonan a la *mala fama barrial* interfiriendo en sus proyectos personales. Desde su percepción, el barrio se convirtió en un lugar inseguro, motivo por el cual prefiere transitar *la calle* lo menos posible, permaneciendo en su casa la mayor parte del tiempo o en alguna actividad en el CCB. Tal como veíamos en el Capítulo anterior, en su entorno familiar le transmitieron desde chica que "las mujeres no son para trabajar", pero sin embargo ella se reivindica desde esa transgresión al mandato. Se define como "trabajadora" y lo asocia a su personalidad inquieta: "estoy siempre haciendo algo". En sus experiencias laborales le tocó transitar diversas instancias en las que se sintió humillada ya que sus jefes se aprovecharon de su situación de necesidad, pagándole menos de lo que le correspondía o exigiéndole que trabaje demasiada cantidad de horas. Cuando la conocí estaba trabajando en la "distribuidora" del barrio, un lugar conocido por la mayoría de los jóvenes por dos motivos: el primero, porque allí tienen sus primeras inserciones laborales, es uno de los primeros lugares adonde se acercan cuando quieren conseguir "unos mangos"; el segundo, porque el trabajo en la distribuidora se caracteriza para los jóvenes por ser una actividad laboral transitoria ya que se desarrolla en muy malas condiciones, por eso Katerin lo define como "mini" trabajo y lo expresa así: "K: Donde estoy ahora no me pagan bien, o sea, es la necesidad. Que, si te gusta bien, lo tomas o lo dejas. Y aunque sea para tironear que me sirva".

En el Capítulo anterior señalé que para Katerin, sus dificultades de conseguir un trabajo "como la gente" tienen que ver con aspectos asociados a la estigmatización barrial y también, al cambio de los códigos interpersonales en el barrio ya que considera que antes existían lazos solidarios que funcionaban como capital social cuando entre vecinos ponían en circulación información respecto de los trabajos disponibles. Sin embargo, existe también otro aspecto que abona a sus dificultades y que tiene que ver con su identidad de género ya que el hecho de *ser mujer* profundiza las desigualdades en sus intentos de ingresar al mercado de trabajo. Al respecto, Elizalde planteará que las mujeres jóvenes de sectores populares: "cuentan con un arco cada vez más reducido de oportunidades reales de inserción laboral, desarrollo de sus trayectorias formativas y chances de intervención social real" (2003: 52).

Para las mujeres como Katerin querer ser trabajadoras implica enfrentarse a múltiples fronteras, simbólicas y materiales, que operan limitando esa posibilidad. Por un lado, las limitaciones morales desde las cuales se juzga su interés por tener un trabajo, tanto a nivel familiar como en la mirada del resto del barrio, ya que ella debe dar cuenta de que es legítima su apuesta por *salir* de la casa y hacer otra cosa diferente de las actividades domésticas y reproductivas que se suponen como las esperables para las "chicas" de su edad. Por eso plantea "no me importa que en mi familia se enojen, lo hago igual". Ariza et al. (2002) plantean que el acceso real a recursos económicos por parte de las mujeres pobres genera al interior de las familias un cuestionamiento a los roles de género históricamente asumidos por cada uno de los integrantes, lo cual provoca diferentes tipos de conflictos ya que "exige un replanteo de los roles familiares tradicionales no siempre fácil de lograr" (Ariza et al., 2002: 39). En el caso de Katerin, se suma otro dato disruptivo respecto de las elecciones que se suponen "esperables" para "chicas" de su edad y tiene que ver con su elección de no ser madre por el momento, lo cual no sólo la ubica en un lugar estigmatizado al interior de su grupo familiar en donde consideran que "debería estar pensando en eso en lugar de querer trabajar", sino también al interior de las instituciones estatales a las que recurre para ser acompañada en sus búsquedas laborales. En general, en las instituciones que implementan o regulan el acceso a los programas de capacitación laboral, como el

Nueva Oportunidad, se utilizan determinados criterios para seleccionar a los potenciales participantes. Así, respecto de las mujeres, se considera que entre ellas quienes se encuentran en situación de mayor vulnerabilidad son las "mamás", priorizándolas respecto de las otras jóvenes que puedan tener intereses o necesidades de trabajar. Argumentando de ese modo la focalización del programa, se refuerza la representación de que para las mujeres jóvenes de los sectores populares la maternidad se constituye en un *riesgo* que es necesario atender, lo cual las habilita al acceso a la asistencia (Medan, 2011). Así es que para Katerin participar de las capacitaciones en oficios requiere de un esfuerzo extra porque tiene que mostrarse "merecedora" de ser parte de esos espacios, y también, en el caso del Programa Nueva Oportunidad, de cobrar una beca[187]. En este caso, Katerin salda esa "falta" a partir de explicitar insistentemente su interés por aprender y de dar cuenta de que está dispuesta a ser una joven "obediente" tanto con las reglas institucionales como también, en sus posibles inserciones laborales. Es así que Katerin considera que no ser "mamá" e identificarse como "trabajadora" la ubican en el barrio en un lugar diferente al del resto de las mujeres de su edad, evidenciándose un vacío institucional para acompañar este tipo de trayectorias, pero también, encontrando resistencias morales en la mirada de los demás (su propia familia y el barrio) respecto de sus decisiones.

Para acceder a un "trabajo como la gente", Katerin se enfrenta, de manera cotidiana, con las fronteras al interior del mercado de trabajo en donde las mujeres jóvenes de sectores populares están posicionadas en un lugar desigual respecto de los varones del mismo sector social, de quienes se valoran sus atributos considerados propios del género masculino tales como el uso de la fuerza física[188].

---

[187] Marina Medan (2011a, 2011b, 2013) analiza en diferentes artículos el lugar de la maternidad construido en tanto criterio de "riesgo" en los Programas de Prevención del Delito, aun cuando ese criterio no esté explicitado. En el caso del Programa Nueva Oportunidad la priorización de las situaciones de "vulnerabilidad" dan cuenta de una selección de mujeres jóvenes con "cargas familiares", es decir que tienen que hacerse cargo de la crianza de sus hijos. Al respecto, Medan (2011a) retoma a Faur (2004) quien señala que "las instituciones actúan sobre sus destinatarios al definir modelos de sujetos, de identidades y de relaciones (entre masculinidades o género) acordes a los ideales de sociedad vigentes en cierto período y contexto sociocultural, y podemos agregar también en términos de generación y clase social" (Medan, 2011a: 68).

[188] Faur (2015) plantea que la participación femenina en el mercado de trabajo tiene picos en épocas de crisis, cuando el empleo y los ingresos masculinos se deterioran y la supervivencia de los hogares se encuentra en jaque, pero tiende a replegarse una vez que el empleo masculino se incrementa. "La información del Observatorio de Empleo y Dinámica Laboral del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social sobre la base de EPH, indica que el segundo semestre de 2004

Esta dificultad, que ella individualiza, constituye un aspecto característico de la situación laboral de las mujeres jóvenes de sectores populares. Así, durante el trabajo de campo intercambié múltiples experiencias con los varones que entraban y salían del mercado de trabajo en puestos en la construcción o en trabajos ligados a la carga y descarga de diferentes tipos de productos. Sin embargo, en el caso de las mujeres, las posibilidades de inserción son mucho más limitadas.

Además de Katerin, una de las mujeres que se refirió al trabajo y sus inquietudes al respecto fue Mora. Cuando tenía 16 años se empleó en el sector de servicios en casas particulares como empleada doméstica. En efecto para muchas mujeres del barrio esta es una de las opciones legítimas de empleo, ya que, si bien supone *salir* de la casa, es un trabajo que "saben hacer" ya que se encuentra asociada a las tareas consideradas como "típicamente femeninas"[189]. Sin embargo, en su caso Mora transitó un período muy breve por esta experiencia laboral ya que consideró que "estaba para algo mejor". En el momento de la entrevista manifestó su deseo de realizar alguna carrera ligada a su destreza física, tal como "profe de gimnasia". Pero para poder concretar este anhelo primero debe completar la escuela secundaria, lo cual le significaría "descuidar" a Mía, su prioridad.

También otras mujeres hicieron referencia al trabajo, pero no para dar cuenta de sus propias experiencias sino aquellos que serían "buenos" para ellas. En ese sentido, para la mayoría de las entrevistadas el trabajo más valorado es el de maestra. Muchas jóvenes contaron entusiasmadas experiencias laborales de sus hermanas mujeres como maestras de escuela, valorando dichos empleos como las mejores ocupaciones a las que pueden aspirar por su condición de género.

Es decir que en las experiencias vitales de las mujeres jóvenes, el trabajo aparece en sus experiencias vitales en tanto las confronta con las tareas domésticas que habitualmente realizan en sus hogares representando un punto de tensión respecto

---

la tasa de actividad de mujeres con secundario incompleto se ubicaba en el 47,7%, y esta participación descendió al 39,9% en el segundo trimestre de 2013, cuando se acumulaban nueve años de crecimiento en el país" (Faur, 2015: 57)

[189] En el Capítulo anterior referenciaba que la salida con el carro constituye una actividad laboral legítima para las mujeres. Ambas actividades son consideradas válidas para las mujeres, aunque en el cirujeo pueden combinar cuidado y provisión, y en el empleo doméstico tienen que salir de la casa y trabajar en otro ámbito diferente, y en ese sentido tiene una carga mayor en tanto "trabajo" por implicar sistematicidad a cambio de un salario.

del lugar socialmente asignado y legitimado que tienen las mujeres en su rol de madres y cuidadoras al interior de sus familias. En esa tensión, el trabajo aparece asociado a valoraciones positivas y negativas, vinculadas a las experiencias femeninas. Como valor positivo, trabajar o capacitarse para el trabajo les permite a las jóvenes conocer a otras personas en el barrio, establecer una red de relaciones por fuera de los vínculos familiares y también, sentirse "útiles", que "pueden aprender cosas", o "saber más". En contraposición, como valor negativo, se confronta el trabajo con el imperativo de que "cuidar" y ser "buenas *mamás*" es su obligación moral más importante por su condición de género. Por lo mismo, las mujeres se ubican en tensión ante la mirada sancionadora de los demás (como veíamos en el caso de Mora, incorporada por ellas mismas a través del mandato "*no abandonarás a tus hijos*") que se cuela en sus prácticas cotidianas, limitando sus posibilidades de insertarse en otras actividades.

IX.3.2. Los *pibes*

Los varones se refieren a ellos mismos como "pibes" y en general en el CCB también son nombrados de ese modo. En muy pocos casos son denominados como "chicos". Por ejemplo, Olga los nombra de esa manera, dando cuenta de que para ella aún siguen siendo los "niños" a los que ella cuidaba y alimentaba cuando concurrían al jardín. Los jóvenes prefieren nombrarse como "pibes" ya que esa categoría tiene que ver con el aprendizaje que se pone en juego en el ámbito de *la calle* en el barrio. Por el contrario, la denominación "chico*s*" se relaciona con dos cuestiones. Por un lado, este es un modo de nombrarse de los jóvenes o adolescentes de los sectores medios[190], es decir, de los "chetos"; y por otro lado la categoría "chicos" está asociada a la niñez y a la infancia, y los jóvenes quieren diferenciarse de una nominación que los ubica en una situación de "minoridad" a la cual asocian con debilidad y vulnerabilidad[191].

[190] En las primeras aproximaciones al trabajo de campo, cuando aún realizaba entrevistas a jóvenes de sectores medios, aparecía este modo de nombrarse entre los varones.

[191] Florencia Gentile (2014) en su Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA) realiza una genealogía de las categorías "pibes" y "guachos", estableciendo cuales son las diferenciaciones en cada uno (el primer término ligado a la inmigración de fines de Siglo XIX y principios del Siglo XX, y el origen del segundo ligado a la tradición quechua según la Real Academia Española). A su vez, la autora distingue otros usos de

Ser un "*pibe*" significa, como plantea Gentile (2014) "*manifestar la adquisión y posesión de criterios significativos y habilidades para el despliegue de las prácticas de la calle*" (2014: 173). En ese sentido, el ámbito de socialización de los "*pibes*" no es lo doméstico, la casa y la familia, sino que circulan por la esquina, *la calle*, la plaza. Es por eso que en la reconstrucción de sus experiencias, los jóvenes varones se muestran así mucho más precavidos que las chicas a ubicar datos referidos a su vida íntima para reconstruir sus prácticas. De hecho, en mis intercambios con los varones resultó difícil que puedan hablar respecto de cuestiones que los preocupan, que les generan temor y por lo general, se mostraban desde un discurso vinculado a sus deseos de ser trabajadores y "ayudar en la casa". En muchas ocasiones los noté tensos, e incluso pensaban por un largo rato las respuestas y en algunas ocasiones pedían "pasar" a otra pregunta, como si se tratara de un juego de preguntas y respuestas que se ven por televisión.

En mi primer intercambio con el Carli, sucedió algo "gracioso" respecto de la idea de cómo los varones manejan los intercambios en las entrevistas. Él, un joven de 18 años, estaba realizando la capacitación en periodismo digital con lo cual, cuando le propuse realizarle una entrevista, me dijo que sí, pero que primero quería entrevistarme él a mí para la revista. Accedí, y nos sentamos en uno de los bancos del CCB porque era el horario de la siesta y no había demasiado ruido. El Carli me hizo una serie de preguntas tales como "¿qué hacía en el barrio?", "¿dónde trabajaba?", "¿qué es ser trabajadora social?" y fiel a su estilo periodístico, hizo un breve recorrido por cada una de estas inquietudes, intentando generar un "ping pong" de preguntas y respuestas. Cuando se terminó su turno, y me tocaba a mi hacerle las preguntas frente al tono biográfico de las mismas, reacciona diciendo: "uhhh re psicológica tu entrevista". La frase dio lugar a risas, pero lo que él expresaba era que esos datos sólo se cuentan en instancias de una intimidad pre-definida de antemano, y en todo caso en el marco de algún tratamiento explícito y deliberado. De lo contrario, los varones no hablan de lo que les pasa. En efecto, parecería que para los jóvenes varones a los que conocí durante el trabajo de campo hablar de lo que les pasa, de sus temores y de sus deseos, de sus inquietudes, los expone respecto de lo que perciben como

---

los mismos términos que los jóvenes establecen de acuerdo a criterios etarios y a valoraciones morales, tales como "pibitos", "pibes grandes", "guachos", "guachitos", "guachines".

“debilidad” en el sentido de ubicarlos en un lugar femenino, que atenta contra la virilidad que sostenidamente intentaron demostrar.

Intuí incluso que en algunos casos la instancia de la charla les generaba temor por el hecho de contar datos (por ejemplo, los vinculados a las *broncas* y el lugar que la policía ocupa en esas interacciones), ubicándome en un lugar de amenaza para ellos en tanto podía estar intentando “sacar información” respecto de situaciones del barrio. Así, en varios momentos de las entrevistas que realicé con los jóvenes varones evitaban deliberadamente decir un nombre propio mientras relataban situaciones problemáticas ligadas al narcotráfico o también cuando hablaban de armas y *broncas*, e incluso en casos de que se le “escapaban” esos nombres demostraban temor y desconfianza. Esto me llevó a inferir que probablemente las instancias de intercambio más frecuentes para los varones en las que priman las preguntas personales se relacionen con instituciones de seguridad pública, principalmente la policía. Aún más, es muy probable que en muchas instancias se “coman algún verdugueo”[192]. Durante el transcurso del trabajo de campo no fueron pocas las escenas que los jóvenes varones relataban respecto de abusos policiales. Enumeraban acontecimientos de detenciones ilegales “por averiguación de antecedentes”, o simplemente contaban que es habitual que los frenen cuando *cruzan el puente* para *verduguearlos*. Estos intercambios con la policía están mediados por la lógica de sospecha (Epele, 2007: 153), en donde la palabra de los jóvenes es ubicada en un plano de inverosimilitud, ninguneando sus dichos. Lo que está en sospecha, además, es la misma figura de los “pibes” de los barrios, que por el solo hecho de ser jóvenes y pobres se convierten en “sospechosos” y “peligrosos”.

Epele (2007) plantea específicamente la lógica de la sospecha para las prácticas en salud, en relación al consumo problemático de drogas. Sin embargo, esta lógica se puede ampliar a otras instituciones estatales, como las de seguridad. De acuerdo a la autora:

[192] En las instancias de intercambio con la policía, los jóvenes refieren que los agentes los *verduguean*, es decir, los maltratan, amenazan, presionan a partir de la utilización de datos biográficos personales.

> [esta lógica] incluye un conjunto complejo y variado de prácticas simbólicas: la desconfianza, la duda, la sospecha, el deslizamiento y la inversión del significado en la lectura de los mensajes y la producción de elaboraciones y teorías sobre los orígenes de los malestares, la enfermedad y la muerte. Es decir, esta lógica supone procedimientos, inferencias, asociaciones y vínculos que no están legitimados desde la lógica normativa (sostenida desde el principio de identidad y no contradicción) y que por esta razón, son considerados erróneos, forzados y distorsionados, lo que promueve la desautorización de las narrativas y de los actores que los enuncian. (2007: 158)

Es así que, en el intercambio con los *pibes*, la sospecha y la desconfianza aparecen en escena como parte de un modo de interacción que se les propone cotidianamente desde la mayoría de las instituciones estatales.

Sin embargo, como dato característico de la trama discursiva masculina y del modo de "contarse", aparecen en los relatos de los varones la referencia a sus incursiones en el mundo del trabajo como el lugar desde el que quieren ser vistos y ubicados por los demás. A diferencia de las mujeres, prácticamente no cuentan hechos dramáticos que hayan acontecido en el ámbito familiar como punto de partida para presentarse y sólo lo hacen aquellos que quieren explicitar su decisión de *rescatarse*, para lo cual narrar esos hechos se constituye en el punto de partida.

Es así que el trabajo y el ser "trabajadores" se constituye para los varones en uno de los datos centrales de sus biografías.

IX.3.2.1. ¿Con el sudor de la frente?

> "No veo la hora q llegue el lunes ponerme esa ropa de trabajo ir a trabajar pasar el día gracias dios por la mano q me estás dando"
> Juan (21 años)
> Escrito de Facebook

Para los varones y tal como veíamos en el Capítulo anterior, el trabajo les permite construir una posición de valoración social pero además los reafirma en su hombría. La provisión de dinero (Kessler, 2010) aparece como un mandato masculino a mantener no sólo para costear el consumo individual, sino también para responder a la mirada de los demás (familia, amigos y vecinos) frente a la que se legitima desde ese lugar. El modelo tradicional masculino define al varón

como “sostén–protector del hogar y proveedor del alimento que mantiene a su familia” (Abarca Paniagua, 2000: 200).

Para el despliegue de los atributos masculinos los jóvenes varones deben dar cuenta de que el cuerpo es su herramienta principal para ofrecerse en el mercado de trabajo, y sobre todo, que tienen capacidad para soportar el dolor, el sufrimiento y las presiones sobre su cuerpo para lo cual tienen que demostrar *aguante*. Uno de los rasgos de la masculinidad juvenil hegemónica (Alabarces et al., 2007) tiene que ver con asociar lo varonil a la capacidad física de trabajo. De hecho, los jóvenes valorarán más positivamente aquellos trabajos que demandan mayores esfuerzos físicos.

En el caso de los jóvenes del CCB, esta referencia aparecerá explicitada en los reproches entre los que participan del taller de fotografía y los de albañilería, ya que los segundos consideran que no es justo que los primeros cobren el mismo monto de la beca, porque “hacer fotografía no es trabajar”[193]. La virilidad tiene que ver con el uso del cuerpo y la fuerza (Miguez y Seman, 2006), anclajes desde los cuales se construye y se sostiene el prestigio de los varones jóvenes de sectores populares. Como veíamos en el circuito de los guasos, el *aguante* no se pone en juego solamente en el trabajo, sino que también éste se dirime en *la calle*, en los enfrentamientos que se generan a partir de las *broncas*.

En esta construcción de la virilidad asociada a la fuerza física y el *aguante*, se generan algunas tensiones. Por ejemplo, el caso del consumo de marihuana por parte de Ramón, uno de sus placeres más grandes, también constituye un problema porque pone en riesgo los dos aspectos identitarios respecto de lo *masculino* en los cuales se sostiene: la provisión y la mirada que le devuelven los demás como “hombre trabajador”. En el relato de Ramón, aparecen varias cuestiones que son planteadas desde diferentes estudios en torno a la construcción de la identidad juvenil masculina y la construcción de una posición de legitimidad para los varones asociada a la virilidad. Así, por un lado, un hombre trabajador es un hombre que provee dinero a la casa, y no la “malgasta” en placeres o vicios, lo

[193] Posteriormente se trabaja sobre la disociación trabajo manual – trabajo mental (Willis, 2008) a partir de las elecciones laborales de Natanael.

cual para la mirada de ello convertiría en un *gil*. Ser hombre significa administrar racionalmente los recursos provistos y resistirse a los gastos ociosos y placenteros, "ser hombre refiere a consumir sin arruinar(se)" (Garriga Zucal et al., 2007). Ramón dirá "yo no soy así", asociando ese "así" a la *vagancia* y el *choreo*. Argumenta que aun cuando consume, el sigue siendo trabajador. La actitud y posición de trabajador debe ser reforzada permanentemente, y por eso fumarse un cigarrillo de marihuana puede convertirse en un motivo de deshonra (Fonseca, 2000).

Es por eso que los jóvenes varones están atrapados en ciertas tensiones entre la construcción de su identidad masculina y su propia posición como jóvenes en el barrio. Así, por ejemplo, si un joven varón es trabajador "se supone" que tiene que consumir lo mínimo posible para no ser visto por los demás (pero incluso para sí mismos) como inoperantes o peligrosos (Chaves, 2010). Pero, por otro lado, "ser hombre" significa disponer de dinero, proveer al resto de la familia y garantizar un determinado estándar de consumo para su grupo familiar. En esa tensión parecería que para los varones "ser trabajador" exige como contrapartida la disolución de determinadas prácticas asociadas al modo de transitar la juventud en el barrio, por ejemplo, juntándose en la esquina con los amigos o compartiendo un cigarrillo de marihuana.

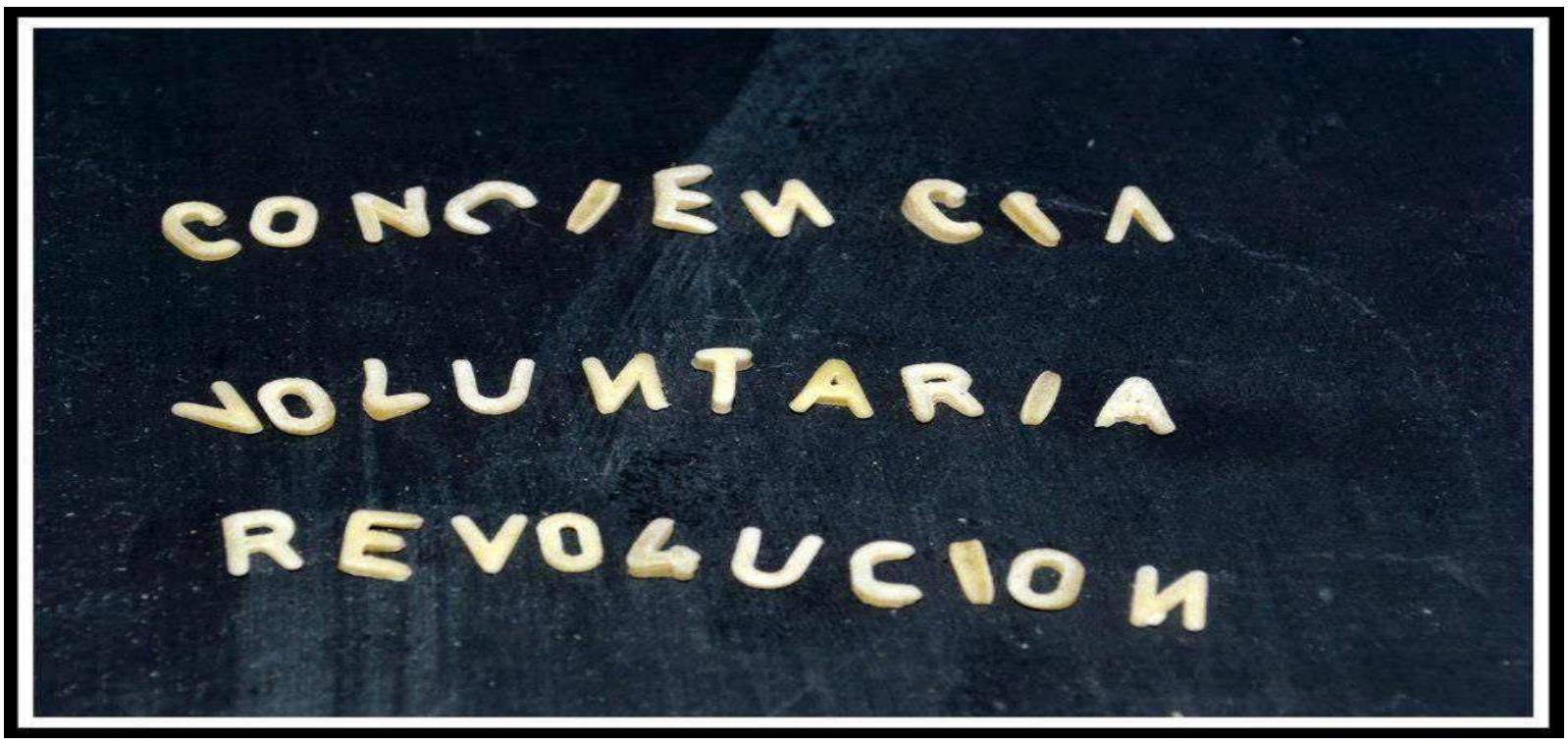
Ramón muestra en su discurso y en el modo en el que construye sus valoraciones sobre el trabajo la forma social típica de "ser hombre" en el barrio: mostrarse como trabajador a partir del despliegue de la fuerza física, disponiendo del cuerpo como herramienta fundamental de trabajo y, de ese modo, frente a los demás como una persona honorable. Es en ese campo de posibles que, tal como veíamos en el Capítulo anterior, trabajar de albañil está más jerarquizado que hacer otras tareas en las que el uso del cuerpo no es un requisito.

Pero también hay varios jóvenes varones que realizan desvíos (De Certeau, 2010) de ese comportamiento esperable, por ejemplo, Natanael, Ramiro y Juan. Así, estos jóvenes varones encuentran en el arte y en el cuidado modos de distanciarse de los mandatos sociales hegemónicos respecto de aquello que es considerado y valorado como legítimo para ellos.

Natanael, un joven de 18 años, muestra en la charla que mantuvimos una potente sensibilidad, en varios tramos se emociona mostrándose así "vulnerable". Se presenta como fotógrafo, una actividad que según me cuenta, nunca había sido considerada como posible ni por él ni por su familia. Lo que lo llevó a incursionar en este trabajo fueron sus deseos de trabajar en algo "diferente" a aquello que se suponía que era su destino por ser joven, varón y pobre, la albañilería. Cuenta con cierto temor a ser juzgado que no le gustaba la construcción, si bien lo había hecho varias veces, lo cansaba mucho. Natanael habla con cierta vergüenza de esos episodios en los que siente que "no pudo" con el trabajo en la construcción, eso pone en duda su capacidad física para el *aguante* en el trabajo, y también, su hombría. Es por eso que cuando se acercó a la fotografía no lo veía en primera instancia como un trabajo posible, no solo porque consideraba que le iba a costar hacerlo, sino también porque temía la sanción de los demás al realizar una actividad que demanda más esfuerzo mental que físico. Es por eso que el momento en el que más se emociona es cuando me cuenta que en el barrio lo "aceptaron" como fotógrafo, y que entre los vecinos comentan las actividades que él realiza. "N: ya saben ahora en el barrio que soy fotógrafo y que estoy estudiando. Muchas veces me preguntan cómo voy en el estudio… cuando paso por la calle, me preguntan".

Con su apuesta, Natanael hace frente a uno de los prejuicios más fuertes que existen en relación a las valoraciones morales vinculadas a las actividades consideradas típicamente masculinas en el barrio, y que tiene que ver con la distinción entre el trabajo manual y trabajo mental/creativo (Willis, 2008). Desde esta óptica, los jóvenes reproducen el estereotipo de varón que trabaja poniendo a disposición la fuerza física, considerando que es más legítimo trabajar poniendo el cuerpo que ser "buenos con las cabezas" (Willis, 2008: 169). Por eso a Natanael se le iluminan los ojos y se emociona cuando dice "nunca hubiera imaginado trabajar de algo así", porque además de no encontrarse en el horizonte de posibles, nunca consideró que dicha actividad fuera aceptada por su familia y vecinos. Respecto de por qué él pudo hacer otra cosa, Natanael encuentra en su religiosidad la explicación, y desde ahí construye un discurso que tal como

veíamos en el *circuito del rescate*, aparece fortaleciendo la idea de responsabilidad individual respecto en los propios recorridos.



Fuente: Blog http://hacetelapeliculararosario.blogspot.com.ar/

Natanael considera que para él es posible hacer "otra cosa" porque Dios tenía preparado "algo bueno" para él. Esa explicación a su vez lo protege respecto de posibles burlas por ser diferente a sus compañeros. En Las Flores, desviarse de las prácticas esperables tiene sus costos, entre otros, la estigmatización. Para estos varones "diferentes" que realizan actividades ligadas al trabajo creativo/mental uno de los riesgos es el de ser identificados con características o atributos de la femeneidad (Willis, 2008)[194], y ser objeto de burlas.

Ramiro es un joven de 19 años que conocí durante el trabajo de campo. Para él hablar de su trabajo y valorizar esa práctica le permite demostrar que él es "distinto". Reconoce que desde chico lo cargaban respecto de su masculinidad porque tenía otros intereses, como el baile o la música, y eso provocaba que sus compañeros de escuela se burlaran de él, pero utiliza esa anécdota como un modo de reivindicarse. Cuando habla de cómo fue optando por ciertos desvíos, lo hace críticamente respecto de su posición de clase, y entendiendo que de "ellos" (los jóvenes de sectores populares) se espera que sean albañiles y que no se quejen de la dureza de sus trabajos. Incluso reniega cuando los otros varones aceptan este

[194] Al respecto Willis (2008) plantea que "el trabajo manual es asociado a la superioridad social de la masculinidad y el trabajo mental con la inferioridad social de la feminidad" (2008: 172).

patrón sin cuestionárselo, lo cual le resulta por momentos insoportable y le trae aparejados conflictos con sus compañeros de curso, a quienes en muchas situaciones menosprecia porque no intentan "hacer otra cosa".

También en su grupo familiar las decisiones de Ramiro generan tensiones. Para ellos él es "un vago" que "no quiere poner el lomo" trabajando en la construcción y es por eso que su mamá le solicita permanentemente que haga cosas "normales" de un joven de Barrio Las Flores: tener *aguante* para el trabajo y ayudar a la casa *ganando el pan*. A su madre, el modo crítico en que Ramiro se posiciona tanto en el barrio como en su propia familia le genera incomodidad ya que despierta también sospechas sobre el modo en que ella como madre crío a sus hijos varones. Para su madre, es *más normal* que su hijo intente recorrer el circuito de *los guasos*, del cual muchos integrantes de la familia participan, que sus intentos por ser escritor, músico o fotógrafo, que son consideradas por ella como opciones ilegítimas. Así, Ramiro se distancia respecto de su mamá, incluso planteando que él se crio "solo" e intentará por todos los medios *salir* del barrio y construir su vida en el centro de la ciudad. Cuando lo conocí me dijo que "desde los 11 años estaba pensando en irse del barrio", planeando ese momento con exactitud.

En su búsqueda por diferenciarse Ramiro realiza múltiples esfuerzos y apuestas e incluso en muchos casos hizo cosas de las cuales había "renegado", como por ejemplo, pasar algunas temporadas trabajando de pintor. En ese mismo esfuerzo, dispondrá de sus datos biográficos apelando permanentemente a aquellos que realzan su distinción y prescindirá de la información que considera que lo ubica como "un pibe más" de Las Flores. Es así que por ejemplo, en sus intercambios conmigo ocultó el hecho de haber sido padre cuando era muy jovencito, a los 16 años, a pesar de que mantuvimos múltiples charlas y entrevistas. Haber tenido una hija en su adolescencia lo distanciaba de la imagen de joven libre desde la cual él se muestra hacia los demás. En el fragmento de nota de campo que cito abajo, Ramiro se refiere a ese momento de su biografía:

> Hace unos meses Ramiro, cuando íbamos en auto a hacer una entrevista juntos a una concejala de la ciudad (él para la revista del barrio y yo para la tesis) me contó que tenía ganas de estudiar Trabajo Social. Supongo que en gran medida la relación de cercanía conmigo, con quien comparte inquietudes y temores

> respecto de su futuro, lo impulsó a pensar en esta carrera como una alternativa. Acordamos que lo acompañaría a la facultad, para mostrarle el lugar y también porque en parte me sentía responsable de hacerlo, como un modo de devolver tantos gestos que él tuvo conmigo durante el trabajo de campo. Además, llegar desde Las Flores a la Siberia[195] es difícil, aun cuando la distancia que separa ambos territorios es de 30 cuadras, se hace necesario tomar dos colectivos de ida y dos de vuelta. Lo pasé a buscar, nos encontramos en el **puente**. En general nos encontrábamos ahí. Ramiro sube al auto, íbamos charlando de otros jóvenes del barrio que también van a la facultad, y le comento que uno de los que conocí en la escuela y que estudia arquitectura tiene temores de poder sostenerlo porque va a ser papá. 'Sí, a mí también eso me da miedo, teniendo una hija es difícil'. Me sorprendió la noticia, porque antes no me había contado que era padre: '¡no sabía que tenes una hija!'. Se rio y me dijo 'nunca te conté, porque es un quilombo'. Así fue que mientras yo estacionaba el auto me contó la historia de su paternidad y su relación (casi inexistente) con ella. Me sorprendió que elija ese momento para hacerlo, pero también parecía que, para él, uno de los requisitos de acceso a la universidad, tenía que ver con **'blanquear'** su identidad, y para eso era necesario visibilizar datos que, antes, había preferido omitir. (Nota de campo)

Para Ramiro ingresar a la universidad sería uno de los desafíos para poder sostener su posición de ser diferente al resto de los jóvenes. Son muy pocos los jóvenes del barrio que acceden a este espacio, en donde existen múltiples limitaciones de accesibilidad (geográficas, materiales, simbólicas, culturales)[196]. Es así que para sostener sus elecciones desde una posición crítica respecto de lo "normal" significará para Ramiro una apuesta cotidiana en la cual tendrá que atravesar diferentes fronteras, materiales y simbólicas, tanto adentro del barrio como afuera. *Adentro*, en algunos casos será juzgado incluso por sus propios compañeros, los demás jóvenes de la capacitación, por mostrarse "diferente", con otros intereses. Y *afuera*, tendrá que lidiar con las dificultades de sostenerse en un espacio en donde es "extranjero" (por ejemplo, en el centro de la ciudad) y si bien

[195] La Siberia se llama coloquialmente al predio en donde se encuentra emplazada la Ciudad Universitaria de Rosario.

[196] De hecho, en esa visita, él me contó que la Facultad le gustó, pero "que parece la escuela de Harry Potter, pero sin magia", dando cuenta de que ese universo resultaba poco atractivo para él.

disfrutará de su anonimato, también padecerá soledades y estigmatizaciones cotidianas que se expresan en la mirada de desconfianza de quienes viven allí[197].

En el caso de Juan, él también realizó un recorrido diferente al del resto de los jóvenes a partir de incursionar en un trabajo en el Centro de la Ciudad, en una institución Municipal perteneciente a la Secretaría de Cultura en donde trabaja haciendo algo que para él es cotidiano, y que "nunca imaginó que podía ser un trabajo": cuidando niños. Juan me contó "fascinado" que "no podía creer que le paguen por eso" cuando para él era una tarea que le resultaba cotidiana y habitual, ya que en su familia es el encargado de sus dos hermanos menores, a quienes acompaña en sus diferentes actividades ya que su mamá "sufre de los nervios". Juan, a diferencia de Ramiro, intenta no mostrarse "diferente" del resto, sino más bien les transmite a sus compañeros que esa posibilidad es una alternativa que "está buenísima"; que vale la pena y que el hecho de que él se encuentre transitándola da cuenta de que ellos también podrían hacerlo. En un almuerzo colectivo que compartí con los jóvenes y los trabajadores del equipo, Juan se paró en un momento y le habló al resto diciéndoles que "se animen a hacer otra cosa", compartiendo de este modo la experiencia y expresándoles a sus compañeros que pueden tener otras salidas laborales que no sean las "socialmente esperables" para ellos, como el trabajo a través de la fuerza física.

Tanto Ramiro, como Natanael y Juan comparten sus expectativas respecto de "zafar" y alejarse del destino de trabajadores en la construcción en tanto elección "natural", y muestran a través de sus decisiones cotidianas que existen desvíos posibles, también para los varones, respecto de los estereotipos socialmente construidos y sostenidos en el barrio que los emparenta con la función del hombre que provee, "con el sudor de la frente".

---

[197] Es frecuente que los jóvenes comenten anécdotas que dan cuenta de la estigmatización que sufren cada vez que *salen* al centro de la ciudad. Así, si un "pibe" de sectores populares que "usa gorra" quiere pasear por el centro, o concurrir para realizar algún trámite, en ese tránsito tendrá que lidiar seguramente con la policía, que los para y revisa a pedido de los propios vecinos que se sienten "inseguros" con esa presencia. En tal sentido, uno de los hechos más paradigmáticos ocurrió recientemente (mayo de 2017), en el Museo de la Memoria de la ciudad de Rosario, cuando jóvenes que participan del Programa "Jóvenes y Memoria" estaban realizando una dramatización por el día de la violencia institucional (9 de mayo), los vecinos "se asustaron" por la presencia de los jóvenes de "los barrios" en ese predio, ubicado en el centro, y llamaron a la policía, quien acudió al lugar e intento requisar a los jóvenes, generando un gran revuelo. https://www.pagina12.com.ar/37757-el-nunca-mas-de-este-presente, [consulta: 07/06/2017].

IX.4. De esperables y desvíos

A lo largo de este Capítulo planteé algunas distinciones que operan para los jóvenes en las construcciones cotidianas de sus experiencias vitales y fundamentalmente, en las operaciones de distinción que los jóvenes realizan y cómo ellos "juegan" en relación con los esperables y los desvíos que pueden realizar. A su vez, estos jóvenes, sean varones o mujeres, construyen estrategias que se convierten en desvíos de los mandatos socialmente construidos. Así, por ejemplo, David cuestiona los estereotipos desde los cuales su familia evalúa al resto de los vecinos del barrio; las "chicas" se alejan de ciertos mandatos esperables como ser mamás o amas de casa y disputan espacios en *la calle*, en sus búsquedas laborales. En cualquier caso, existe una inquietud sobre cuáles son los espacios de las instituciones estatales desde los cuales pueden ser consideradas más allá de los mandatos que también desde el Estado se les imponen.

Fuente: Blog http://hacetelapelicularosario.blogspot.com.ar/

Por su parte, los varones, cuestionan el mandato de la división entre trabajo manual/trabajo mental, según la cual el trabajo manual resulta la práctica laboral legítima, y consideran como posibles otros trabajos en los cuales no tengan que disponer de la fuerza física como herramienta central, como la fotografía o el cuidado de niños en ámbitos públicos, constituyéndose en experiencias novedosas a las que acceden en principio con ciertos temores, pero desde donde luego pueden considerar la posibilidad de combinar "gusto" o "placer" con provisión. Esos desvíos se configuran para los jóvenes de este barrio como pequeños movimientos de libertad en tanto significa poder pensarse desde otro lugar, abriendo nuevas posibilidades.

CONCLUSIONES

PLANTATE Y BOXEÁ

Fuente: Facebook "Hacete la Película"

En noviembre de 2016, en el marco de mi trabajo en el Programa Nueva Oportunidad, visité nuevamente el barrio. Había terminado el *campo* en enero de ese año, el día de Reyes, y como última actividad acompañé a los jóvenes en una *salida* en la cual fotografiaban el "Verano en Las Flores Sur". Ese registro era una de las propuestas que habían realizado los docentes de la Capacitación de Fotografía y Video Social. En noviembre, concurrí a la inauguración de una "placita"[198] al lado del nuevo acceso al barrio, que se encuentra en el límite oeste, bordeando la Autopista Rosario-Buenos Aires. Participaban de la inauguración gran cantidad de autoridades provinciales y municipales pero habia muy pocos vecinos, y casi ningún joven. En esos momentos recordé la metáfora del "parque de diversiones" a la que había hecho referencia Oscar, el Coordinador del CCB: la

[198] Utilizo las comillas para mencionar la "placita" porque en el barrio existen varios espacios que en los planos son nombrados de ese modo y que sólo se tratan de espacios verdes "recuperados", es decir, sin presencia de basura ni de yuyos altos.

cantidad de trabajadores y funcionarios circulando ese día en el barrio daba cuenta de la densidad de instituciones que existe en ese territorio.

Cuando terminó la actividad, volví caminando sola desde la nueva "*placita*" que se ubica *en el fondo* hasta el CCB, en donde había dejado estacionado el auto. El barrio estaba muy tranquilo porque eran las 2 de la tarde, y el calor de la siesta veraniega comenzaba a sentirse tempranamente. En gran medida, consideré que por ese motivo los vecinos no habían participado de la actividad: era mediodia, hacía calor y la mayoría se refugiaba del sol en sus viviendas. Las cortinas que separan el interior de las casas de la calle no podian contener el olor a fritura de milanesas ni evitar que el barrio huela a salsa, como sucede habitualmente en Las Flores Sur al mediodía. Muchas de las casas tenían sus puertas abiertas lo cual permitía escuchar el sonido de los ventiladores que tronaban haciendo mas respirable el aire y, de fondo, el eco de la novela. En ese trayecto escucho que alguien me saluda con un grito: "Ehhh!!!! ¿Cómo estás? ¿Terminaste tu trabajo?". Era "El Lechuga" que me llamaba haciéndome gestos desde el borde de la Avenida Circunvalación. Estaba con un amigo, ante quien me presentó como "la chica que vino a hacernos entrevistas". Nos dimos un abrazo y le conté que me había enterado que consiguió trabajo en la *Cooperativa*[199] y que sabía que estaba realizando allí tareas de limpieza. Me responde, mostrándose apenado pero sosteniendo su tono picarezco y de *joda* habitual, que "perdió" ese trabajo porque se lastimó la mano: "no estoy más ahí, tuve un accidente, me quebré la mano, mirá como la tengo", dice mostrandome la "herida". Su mano no se evidenciaba muy lastimada y me resonaron las charlas con El Lechuga en donde había referido que en reiteradas ocasiones lo habían echado de diferentes trabajos por haber tenido distintos tipos de "accidentes". También recordé que la mayoría de los compañeros lo acusaban de provocar esos "accidentes" para cobrar la indemnización. Le explicité así en la charla que recordaba que no era la primera vez que le pasaba, le pregunté de qué se había tratado este nuevo accidente. Se rió, y evadiendo la pregunta, me dijo: "si vos sabes de algún trabajo… yo quiero

[199] La *Cooperativa* es el modo en el que los jóvenes llaman a la Cooperativa de Limpieza formada por vecinos del barrio y que se encarga de llevar funciones ligadas a barrido, bacheo y limpieza en diferentes ámbitos estatales. En esa cooperativa trabajan muchas familias, incluida la del Lechuga.

trabajar, por favor, ayudame a conseguir algo… ahí en el CCB al final, ¡¡¡nunca te dan trabajo!!!".

Sonreí y le dije que lo tendría en cuenta. Nos despedimos con un abrazo y antes de que me alejara, me preguntó cuando "*salían*" las entrevistas que les había hecho. Le dije que pronto, y que los pondría al tanto cuando sucediera. Para El Lechuga, yo era una mezcla rara entre periodista y "profe", que es el modo en que los jóvenes de sectores populares llaman a cada nueva persona que llega a trabajar en el barrio.

Doblé por Previsión y Hogar. El Lechuga se quedó con su amigo en el mismo sitio en el que lo encontré. Desde lejos escuchaba que gritaban y se reían, y cuando me di vuelta vi como entre "jodas" se empujaban e intercambiaban "piñas" y pensé que esa era la típica escena de jóvenes del barrio: en *la calle*, con amigos, pasando el rato. Caminé por Previsión y Hogar, la calle principal, hasta el CCB. Allí Olga fumaba un cigarrillo sentada en el borde del camino de las galerías. Era el último "pucho" de su jornada laboral porque la siesta indicaba que ya había terminado el día de trabajo. Mientras estábamos hablando, Julio entró al predio del CCB con el auto, venía a buscarla para *cruzar el puente* y volver juntos a su casa. Intercambiamos algunas apreciaciones respecto de cómo estaba el barrio, del mismo modo que lo hacíamos cada vez que nos veíamos. "Ahora está un poco más tranquilo", dijo Julio. Y nos despedimos.

Recupero esta escena porque la misma me permite ver de qué manera se conectan circularmente los interrogantes que planteaba al inicio de la tesis con el recorrido que realicé durante la misma. Mi vuelta al barrio después de un tiempo de no visitarlo y mi encuentro, casual, con uno de los jóvenes y sus interrogantes e inquietudes, me permite hilvanar el recorrido realizado en este trabajo de investigación. En primer lugar, recuperar la centralidad del barrio como el escenario de las biografías de los jóvenes protagonistas de esta investigación. Sus historias, sus recuerdos, sus recorridos, sus expriencias vitales y sus apuestas, todas esas dimensiones cobran sentido en función y en relación con el espacio territorial en el cual anclan sus prácticas. En esta escena se pone en juego un dato que resultó central para mi tesis: los jóvenes transitan el barrio por recorridos y

circuitos que no son necesariamente los que proponen las instituciones, fundamentalmente estatales. En gran medida, yo había concurrido ese día a la inauguración con la expectativa de encontrarme con ellos ahí, en una actividad que además estaba convocada por diferentes instituciones de las cuales se supone que ellos son parte, y sin embargo, no participaron de ese evento. Probablemente sean muchas las razones por las cuales no lo hicieron, pero en gran medida encontrarlos luego en *la calle*, me permitió volver a dimensionar las tensiones y disociaciones entre las apuestas estatales/programáticas y los tránsitos juveniles. Pero a su vez, también verlos ahí, "jodiendo" y charlando, ocupando el espacio, me permitió reafirmar que los jóvenes están en el barrio, lo recorren, circulan, se juntan en las esquinas, transitan por sus calles. En ese sentido, volver al barrio me permitió recobrar la centralidad de esta dimensión territorial en la construcción de la condición juvenil (Chaves, 2010): para poder analizar quiénes son estos jóvenes, es imprescindible analizar sus prácticas en tensión con ese anclaje. En efecto, a lo largo de la tesis expresé que sólo es posible conocer y explicar el modo en el que los jóvenes transitan su cotidianidad hoy, a través de explorar la historia barrial, sus hitos, las representaciones que construyen los vecinos y los estigmas que pesan sobre ellos, fundamentlamente desde la mirada del *afuera*.

En segundo lugar, en mi vuelta al barrio y en el breve intercambio con "El Lechuga" aparece nuevamente el pedido y la demanda de los jóvenes de que "le consigan un trabajo", una de las cuestiones centrales abordadas a lo largo de la tesis. Ese pedido me permite observar, nuevamente, cómo apelar al trabajo aparece para estos jóvenes como una posibilidad de posicionarse de un determinado modo en la interacción con otros, como un valor que los ubica en un lugar legítimo en los intercambios. Su insistencia en "querer trabajar" y su queja porque finalmente no logra hacerlo, cobra otro sentido después de haber realizado el recorrido de esta tesis, retornándome al interrogante inicial respecto de qué es lo que los jóvenes expresan cuando dicen que quieren trabajar y qué lugar ocupa el trabajo en la configuración de sus experiencias vitales.

A partir de esos dos grandes ejes recupero e hilvano las ideas centrales del recorrido de la tesis.

La *condición juvenil* y la historia barrial

A lo largo del desarrollo de este trabajo vislumbré los modos en que los hitos de la historia del barrio se encarnan en las experiencias vitales de los jóvenes, condicionando la construcción del modo de *ser* joven y de *estar/vivir* como joven en el barrio. Entre otras cuestiones, uno de los aspectos centrales de la historia barrial tendrá que ver con las transformaciones drásticas y violentas que van constituyendo hitos de la identidad barrial. En efecto, la historia de Las Flores Sur está marcada por sucesos que dan cuenta de que para los vecinos fue y es habitual tener que "empezar de cero" recurrentemente, es decir que "*perderlo todo*" se constituye en un modo de transitar la vida en este barrio, incluso este "*todo*" abarca en la mayoría de los casos la vida de algún ser querido que muere en enfrentamientos armados.

Asimismo, cada uno de estos hitos abonó a la construcción de una mirada estigmatizante respecto de los vecinos de Las Flores Sur desde el *afuera* y que en muchos casos, se reprodujo acríticamente en el propio barrio, tal como veíamos a lo largo de la tesis. Por un lado, en relación con el modo en el que los vecinos se asentaron en el nuevo territorio en 1978 al ser relocalizados violentamente mediante una intervención realizada en el marco de la dictadura cívico militar, que proponía una "normalidad" blanca y de clase media. Desde esa idea de normalidad, pertenecer a este barrio significaba la negación de los derechos de ciudadanía y la consideración de que esos vecinos eran un estorbo para la propuesta de sociedad que el régimen encarnaba. En efecto, el recuerdo de los vecinos del barrio en tanto "cementerio de los vivos", por constituirse en un espacio encerrado entre paredones y muros construidos para "esconderlos", da cuenta de que la segregación se constituyó en un aspecto con el cual tuvieron que lidiar históricamente. La pobreza que comenzaba a ser cada vez más visible en la ciudad no sólo fue tapada de ese modo, sino que esa relegación significó también la exclusión de la vida social de aquellos considerados "válidos", quitándoles la posibilidad del reconocimiento social. Esa misma mirada estigmatizante se reproduce en la actualidad, fundamentalmente cuando los jóvenes quieren *salir* del barrio y transitar otros espacios urbanos, como el centro, en donde la mayoría de los vecinos "no los quieren ni ver".

Por otra parte, los saqueos de 1989 también significaron un punto de inflexión, fundamentalmente en términos políticos. Estos vecinos, que ya eran considerados "feos" y "sucios", por "negros" y "pobres", ahora además, se convierten en "malos" porque se organizan en función de sus propias necesidades y "choros" porque "saqueaban". Esa imagen de Las Flores Sur como un barrio de "malos" y "choros" se fortaleció durante la década de 1990 con el crecimiento del narcotráfico en el territorio. Así, se consolidó la imagen estigmatizante de Las Flores Sur, sumándose también la representación de "narcos" y "peligrosos".

Es esta historia la que atraviesa la experiencia vital de los jóvenes para quienes "ser BLF" encierra significados particulares. Por un lado, constituye un punto de partida dispar en los procesos de selección para el mercado de trabajo, ya que la pertenencia a ese territorio, considrado "zona roja", supone un dato excluyente respecto de sus posibilidades laborales. Es decir que para ellos "ser BLF" significa cargar el estigma, tanto cuando buscan trabajo como cuando circulan por otros territorios en donde *per se* son considerados como "choros", "narcos" y "vagos". Pero, por otro lado, la mayoría de los jóvenes se presenta apelando a esa distinción como un dato desde el cual disputan una posición de respeto. Se pone el juego es el prestigio del *aguante* que "ser BLF" conlleva. En ese sentido, los jóvenes reconocen el miedo que generan sus irrupciones en determinados espacios urbanos, y en muchos casos apelan a esa provocación para poder ser reconocidos[200].

Del mismo modo, fue a partir de la reconstrucción de la forma en que se configura este territorio que pude analizar el lugar del trabajo y de lo que significa *ser trabajador* en este barrio, y cómo esa idea fue mutando en los difrentes momentos históricos. En cierto sentido, a medida que avanzan los años, el ideal del "*progreso a través del trabajo*" con el cual la mayoría de los vecinos había

[200] Recuerdo en una de las charlas que mantuvimos con Ramiro, me contaba que él varias veces se enojó cuando vivía en el centro y los "pibes" del barrio lo iban a visitar, porque estos disfrutaban de la reacción de temor de la "gente" cuando entraban para hacer compras en el super o la panadería. Ramiro se enojaba porque decía que con esa actitud sus amigos se ubicaban en un lugar "diferente", cuando en realidad deberían comportarse como el resto de los vecinos del centro, y no remarcar esa "desigualdad".

migrado hacia la ciudad a fines de 1960 se va debilitado frente a la constatación de que el trabajo escaseaba y de que las posibilidades laborales eran pocas y precarias. Con mayor profundidad desde 1980, la precariedad asociada al trabajo se transformaría en una certeza para estas familias, idea que Olga sintetiza en la frase: "el puerto era pan para hoy y hambre para mañana".

Sin embargo, durante la tesis analicé cómo la apuesta por convertirse en *trabajadores* aparece como una apelación constante de los vecinos del barrio, en tanto posibilidad legítima de diferenciarse de la mirada estigmatizante que recaía, desde *afuera*, sobre ellos. Es en ese sentido que, en los primeros Capítulos de esta investigación, el trabajo aparece en un doble registro: por un lado, desde la mirada de los vecinos del barrio que eran jóvenes en 1970/1980, como Olga y Julio, para quienes el trabajo fue la posibilidad de ser "alguien", de dar cuenta de la dignidad aún en situaciones adversas, reforzando el ideal de que ellos eligieron hacer "bien" las cosas y esforzarse para cambiar la realidad que les tocaba vivir. Desde acá, el "ser trabajador" representaba la posibilidad de ser ciudadano, de ser parte de la sociedad. Así, convertirse en trabajadores posibilitó también construir un parámetro desde el cual sancionar a los propios vecinos que "elegían" otros modos de vida: desde convertirse en punteros a través de la gestion de un comedor comunitario, pasando por el robo o la venta de drogas.

El repaso histórico por los hitos barriales me permitió reconstruir la manera en la que estas diferentes actividades coexistieron en el barrio, en una relación de disputa pero a la vez dando sentido a la idea de trabajo "legal", en tanto *deber ser* aspiracional. Si bien esa aspiracion puede no concretarse nunca, ordena prácticas y establece sentidos.

Por otra parte, también el trabajo cobra centralidad en la historia barrial porque se pone en juego en las transformaciones de los "códigos" barriales. En ese sentido, en términos generacionales durante la tesis analicé cómo el quiebre que se produce entre los jóvenes de *antes* y los de *ahora* está relacionado con la perdida de centralidad de una lógica centrada en el "esfuerzo del trabajo" que parecería que actualmente no organiza las experiencias vitales de los jóvenes. En esa transformación de los códigos y la pérdida de la "cultura del trabajo", el

despliegue de la “lógica narco” encuentra tierra fértil, propiciando que muchos jóvenes accedan a cuantiosas sumas de dinero de manera “fácil”, modificando tiempo, espacio y relaciones sociales. Así, si el trabajo “legal” suponía esfuerzo a largo plazo y proyecto a futuro, el narcotráfico ofrece “plata fácil”, inmediatez y la construcción de un presente contínuo, en el cual el futuro no aparece como una variable a considerar. Es decir que si “antes” la mayoría de los vecinos bregaba por trabajar para estar mejor y esto suponía sostener determinados “valores”, ahora conseguir dinero y ser ciudadano a través del consumo adquiere centralidad.

Pero también, en el desarrollo de la tesis analizo cómo la “lógica narco” encontró condiciones para desplegarse y expandirse en el barrio a partir de un modo de construcción de relaciones sociales que preexistía en el barrio; esto es, “a lo guaso”. En ese sentido, en el Capítulo IV recuperé diferentes testimonios sobre enfrentamientos y disputas existentes en el barrio por diferentes motivos, en la mayoría de los casos personales. En todo caso, lo complejo y acuciante del despliegue de la “lógica narco” tiene que ver con la debilidad de otros soportes institucionales que puedan contrarestarla, observándose que por el contrario, el Estado acompaña esa lógica desde el “dejar hacer”, lo cual generó una transformación sin precedentes en el territorio barrial. Y, a partir de este nuevo estado de cosas, los enfrentamientos *a los tiros* se masificaron, instalando una pregunta inquietante en el barrio: ¿existe otro modo de estar protegido en un territorio como ese si no es a través del uso de armas de fuego?

Y aquí nuevamente aparece el trabajo como bisagra para analizar la transformación en el barrio: un trabajador esperaba el colectivo y queda “atrapado” en un enfrentamiento armado. Este hecho produjo un quiebre al poner en evidencia que las relaciones sociales organizadas en torno a ciertos códigos ligados al trabajo se habían transformado. Esa muerte es considerada injusta porque quien muere es un *trabajador*, y en consecuencia, una víctima ilegítima, porque la condición de *trabajador* suponía un respeto que generaba inmunidad. En otras palabras, esa muerte da cuenta de que la “cultura del trabajo” perece en su lugar hegemónico dentro del barrio y es reemplazada por otra.

Es decir que el trabajo aparece con centralidad en la historia de este barrio, sea ligado a las expectativas que genera en tanto vehículo para garantizar un posible acceso a derechos de ciudadanía y una expectativa de concreciones de proyectos a futuro, o sea construyendo un sentido común porque aglutina determinados valores que son significados como "códigos" compartidos. Y si bien su crisis y transformación genera interrogantes respecto de cuál será el devenir de la solidaridad barrial a partir de esa fractura, sigue siendo un aspecto nodal para organizar sentidos y prácticas.

Es por eso que a pesar de todas estas transformaciones, para los jóvenes el trabajo sigue ocupando un lugar importante en sus discursos y sus prácticas. En general, aparece como contrapunto respecto de otras prácticas y como modo de diferenciarse respecto de otras opciones de provisión, tales como "ser choro" o "narco". Así, uno de los hallazgos mas importantes de la tesis tiene que ver con considerar que en la configuración de la condición juvenil (Chaves, 2010) entran en juego múltiples referencias e identificaciones, y es en el plexo de esos circuitos y recorridos superpuestos que el trabajo cobra sentido. Ya que para esots jóvenes no existe una idea "en sí misma" respecto del "trabajo", que funcione de manera esencializada, sino que este, el trabajo, se constituye en un modo de validación social. Si bien en la sociedad capitalista para todos el trabajo es una forma de valoración social, en el caso de los jóvenes del BLF la primer identificación de los otros sobre ellos es ser "choro" o "narcos" y las formas de validación "fácil" al interior del grupo de pares que les permiten ganar dinero es ser parte de ese circuito narcodelictivo. Sin embargo, la vuelta a la idea del valor trabajo representa para ellos una forma de mostrarse diferentes, un grito de resistencia frente a la condena con la que cargan tan solo por haber nacido allí. Ser trabajadores o mostrarse trabajadores les permite escapar de eso.

Los circuitos juveniles y *la calle*

Visualizar cuál es el lugar que ocupa el trabajo en las experiencias vitales de los jóvenes protagonistas de esta tesis solo fue posible a partir de desplegar otros recorridos y circuitos. Entre otras cuestiones, porque las trayectorias laborales estables aparecen desdibujadas en los recorridos familiares de estos jóvenes y en

sus expectativas a futuro. Como mencioné en el Capítulo VIII, para los jóvenes ser convocados a hablar del trabajo resultaba algo extraño, a ellos que desde la opinión publica, y también en el barrio, se los identificaba con la narcocriminalidad y los delitos.

Así, construí tres circuitos siguiendo lo que podríamos llamar "tipos ideales" por donde los jóvenes transitan: "de la escuela", "de los guasos", "del rescate". Es en tensión y en contraposición con las referencias que los jóvenes construyen en cada uno de estos circuitos que el trabajo cobra sentido. Asimismo, esas referencias que delinean a los circuitos son fluctuantes, cambiantes y se superponen, de modo permanente. Tal como fue explicitado en el análisis de los diferentes circuitos, un joven que se encuentra transitando el "circuito de los guasos" y que dirime su lugar y sus relaciones sociales en el barrio "a los tiros" puede combinar ese recorrido con trabajos "legales", lo cual habilita la posibilidad de pensar en *rescatarse*. Del mismo modo, quienes concurren a la escuela participan de conflictos armados y del "circuito de los guasos", y probablemente en algún momento entran en contradicción, como veíamos en el relato del Chinito. De modo que los jóvenes se alejan de un recorrido priorizando otro. Alguna de las prácticas configuradoras de los circuitos va a tener preponderancia en la manera en que organizan sus experiencias vitales, sin embargo esos mismos recorridos pueden hacer que esa primacía se modifique, variando así de un circuito a otro. Es por eso que, para los protagonistas de la tesis, el trabajo cobra sentido en la trama que se conforma entre escuela, *calle*, *broncas*, afectos.

Uno de los hallazgos de esta investigación tiene que ver con el lugar que *la calle* ocupa en las experiencias vitales de los jóvenes. En la construcción espasmódica y fluctuante respecto de las referencias con las cuales los jóvenes generan adscripciones e identificaciones *la calle* y su significado se modifican. Así fue que analicé cómo, por ejemplo, para los jóvenes de la escuela, *la calle* puede representar un espacio tanto de libertad (en contraposición con el "encierro" escolar y familiar, como en el caso de David) un espacio de adrenalina vinculado a las *broncas*, o un espacio de riesgo y peligrosidad (como en el caso de Diego, que decía que él no *está* en la *calle*). También *la calle* tiene centralidad en el circuito "de los guasos" en tanto escenario que se transita y en donde se actúa, en

detrimento de los espacios institucionales, fundamentalmente estatales. La única institución estatal que aparece contorneando los límites de este circuito es la policía, protagonista y partícipe de las reglas de juego de la vida "a los tiros". Por último, para el "circuito del rescate", la *calle* se convierte en un lugar significativo para quienes se *rescataron* a través del trabajo porque allí tienen la posibilidad de un momento de ocio con el grupo de amigos después de jornadas laborales. Al mismo tiempo, se presenta para ellos como el contrapunto de la *activación* y *responsabilización* individual, y en ese sentido será un lugar del cual *salir*.

En todos los casos, para los jóvenes *la calle* constituye un espacio de aprendizaje de los "códigos" barriales, y en ese sentido, *saber la calle* los habilita a manejarse en el barrio y hacerse respetar. En ese sentido, *la calle* resulta más valorada en términos del peso que tiene en la vida de los jóvenes que las instituciones tradicionales estatales, tales como las escuelas o los centros de salud, porque en *la calle* los jóvenes encuentran un espacio habilitado para desplegar sus intereses y prácticas: usando la ropa que les gusta, hablando un lenguaje con el cual se sienten más familiarizados, escuchando música o conectándose a wifi, consumiendo alcohol o fumando un cigarrillo de marihuana. Por el contrario, las instituciones estatales, en muchos casos, les demandan a los jóvenes que para poder ser parte de sus propuestas se desvinculen de algunos de estos sentidos y prácticas, y es por eso que lo que permite mostrar esta tesis es cómo entre las instituciones estatales y los jóvenes en muchos casos se generan universos simbólicos que son difíciles de conciliar.

Es desde esa distancia que los jóvenes valorarán aquellas instituciones que les permiten trascender las fronteras barriales a partir del aprendizaje de otros lenguajes y otras prácticas, en definitiva, otro *habitus* (Bourdieu, 2000). Así, las instituciones estatales que serán consideradas legítimas para estos jóvenes serán aquellas en las que no existe tanto desacople entre las expectativas de los jóvenes y las expectativas y ofertas propias de la institución, es decir, aquellas que puedan conciliar el lenguaje y los códigos de los jóvenes, con sus propuestas institucionales. En ese sentido, las capacitaciones del CCB se constituyen en una "oportunidad" en tanto recuperan las experiencias de los jóvenes que participan, y a partir de ahí se construye el aprendizaje de diferentes saberes. Es por eso que

este lugar conocido en el barrio como “la Guardería” se convierte para los jóvenes en la posibilidad de “hacerse un espacio” en el territorio, que no plantee juegos de suma cero entre *la calle* y la institución, ni tampoco entre los propios intereses de los jóvenes y las propuestas institucionales, sino que más bien sea un espacio de *rescate* en tanto posibilidad de “hacer otra cosa” en el barrio.

El trabajo en tanto valor

En el entramado de esos circuitos es que el trabajo tiene un sentido para los jóvenes como una forma de “rescate”. Desde allí, asocian la posibilidad de trabajar con hacer algo que los aleje de las representaciones negativas que circulan sobre ellos en tanto “vagos”, “choros” y “narco*s*”. Es en ese sentido que sostengo que los jóvenes recuperan el valor que históricamente el trabajo ocupó en el barrio y que tal como di cuenta estaba presente en las otras generaciones. Para estos jóvenes, no existe “el trabajo” esencializado y en mayúsculas, sino que más bien este tiene que ver con determinadas actividades como la albañilería, el trabajo en limpieza, el empleo doméstico, los oficios. Actividades que implican una determinada sistematicidad, que suponen la *salida* del barrio y que también, tienen como denominador común el uso de la fuerza física y del cuerpo como herramientas privilegiadas. Desde esa idea de uso del cuerpo como instrumento de trabajo, es que están socialmente legitimadas como actividades válidas para los sectores populares y que a su vez, en el propio barrio a los jóvenes les permiten disputar una posición de prestigio y honor.

En ese sentido, respecto del “choreo” o de las actividades vinculadas a la venta de drogas algunos de ellos expresan que se trata de un trabajo porque les permite obtener dinero “fácilmente” que usarán para sus consumos personales, y además, participar de esas actividades les permite generar cierto prestigio. En ese sentido es una opción válida y además, constituye la “oferta” laboral con mayor presencia en el barrio para ellos frente a un mercado de trabajo formal que los excluye cada vez más. Así es que para estos jóvenes poder “hacer otra cosa” también significa resistirse a eso que se espera que hagan, en tanto propuesta sistemática que funciona globalmente y que ubica a los jóvenes de sectores populares en

“vendedores de riesgo” (Reguillo, 2012), lo cual a su vez desarticula la idea de “facilidad” de la que se inviste a estas actividades.

Así, uno de los hallazgos a los cuales arribo se vincula con que el prestigio que generan las actividades ilegales como el robo o la venta de drogas se valida al interior del grupo de pares o de referencia que comparte esas actividades y ese circuito, pero no posibilita el reconocimento social por fuera de esas fronteras. En cambio, el trabajo “legal” les permite a los jóvenes disputar prestigio tanto al interior del barrio, porque serán reconocidos como “buenos vecinos”, así como en otros espacios sociales, por ejemplo, en la escuela o en el Centro de Salud. Aún cuando combinen distintas actividades para obtener dinero (Kessler, 2010), el trabajo “legal” tendrá más valor que las otras prácticas señaladas en tanto encarna determinados atributos que les permiten parecerse a otros y ser algo más que “BLF”: “ser trabajador” significa ser digno, honesto, esforzado, o como dice Katerin, “ser como la gente”.

Esas valoraciones respecto del trabajo “legal” tienen matices, tensiones y contradicciones. Una de las principales se relaciona con el modo en que los jóvenes transitan sus incersiones en el mercado de trabajo, desde una posición de ingobernabilidad (Reguillo, 2012). En ese sentido, en el Capítulo VIII desarrollé cómo los jóvenes que conocí intentan desmarcarse permanentemente de las humillaciones que en reiteradas ocasiones ese mercado les propone. Así, abandonan rápidamente propuestas laborales que no les resultan atractivas por el costo de tiempo y esfuerzo que requieren, y también, se “plantan” y posicionan frente a los jefes reclamando por mejores condiciones cuando así lo consideran. En otros casos, como veíamos en la historia de “El Lechuga”, los jóvenes apelan a los accidentes laborales como “táctica” para obtener mayores ingreso pero que a su vez, a partir de esas mismas tácticas los vuelven a estigmatizar por “quilomberos” evidenciando sus dificultades para poder sortear estos obstáculos. Para estos jóvenes el esfuerzo que los tipos de trabajos a los que acceden demanda es demasiado costoso en función de sus propios intereses y expectativas, vinculadas fundamentalmente a una temporalidad a corto plazo.

Por su parte, en la construcción de las valoraciones respecto del trabajo "legal", operan distinciones como las de género y las étnico/raciales que complejizan las tensiones. A lo largo de la tesis analicé como el género tiene un lugar central al balizar cuáles son las actividades laborales legítimas para los varones y cuáles para las mujeres. Así, para las mujeres, el trabajo tendrá que ver con la posibilidad de desviarse del ideal romántico de la mujer-madre, mujer-cuidadora que recae sobre ellas, y que delimita sus posibilidades de relaciones sociales y de provisión. Trabajar, para estas jóvenes mujeres, significa *salir* de la casa, relacionarse con otras mujeres, construir otras redes, acceder a recursos que trascienden los circuitos ligados a los roles "tradicionales".

Para los varones, ser trabajador tendrá que ver con "poner el lomo", con demostrar *aguante* con el cuerpo, y en ese sentido la valoración de las actividades disponibles variará en relación con cuánto esfuerzo físico impliquen. Es por eso que muchos varones deslegitiman el "choreo" o ser "soldadito" en tanto trabajo, porque consideran que no conlleva demasiado sacrificio (incluso cuando lo que se pone en juego es la propia vida). Así, para ellos, realizar trabajos creativos, como fotografía o como artistas, representará una posibilidad de obtener cierta libertad en tanto estas actividades permiten disputar el sentido asociado al trabajo manual como el único válido.

Respecto de las distinciones étnico/raciales, los jóvenes, sobre todo los varones, reproducirán la construcción de alteridades con grupos particulares, fundamentalmente los inmigrantes "bolivianos" y "paraguayo*s*", la estigmatización que recae sobre ellos. De este modo los jóvenes "nativos" argumentarán que sus magras posibilidades de trabajo son consecuencia de la presencia de esos "otros" que "les roban el trabajo" y sus posibilidades de ser ciudadanos legítimos. Es decir que lo que intenté mostrar a lo largo del recorrido de toda la tesis es cómo el trabajo, para estos jóvenes, tiene sentido en relación con otros aspectos de sus experiencias, en relación con distinciones a las que ellos apelan para jerarquizar determinadas prácticas en detrimento de otras. El trabajo aparece y resuena en sus vidas en tanto modo de validación social, para ser aceptados, para ser mirados de otro modo.

Plantarse y boxear

> *"mi mamá me enseñó algo, me dijo: 'vos tenes que plantarte y boxear, no importa cuantos sean, si son 2 o son 10… bajá la cabeza y dale piñas y piñas… porque si no haces eso, cuando llegues a casa las piñas te las voy a dar yo…te van a golpear, pero por boluda no pasas'"*
>
> Jenifer. 17 años.
> Entrevista

"Plantarse y boxear", tal como se desprende del testimonio de Jenifer, puede ser entendida como metáfora que condensa el significado de las experiencias vitales de los jóvenes protagonistas de esta tesis. Los jóvenes de barrio Las Flores Sur que conocí, a lo largo de sus vidas han tenido que atravesar diversas situaciones: algunas trágicas como la muerte de algún familiar o ser querido por VIH-SIDA o por alguna *bronca*, y también otras ligadas a los afectos, a los nacimientos, a la construcción de relaciones amorosas de parejas o de amigos. Sin embargo, lo que siempre se mantuvo como una constante ha sido el lugar estigmatizado desde el cual son percibidos por los otros, tanto por los habitantes del barrio como por los habitantes del resto de la ciudad y más allá: aun cuando quede demostrado estadísticamente que no son mayoría los jóvenes que delinquen, ni los que se dedican a ser "soldaditos" y mucho menos "sicarios", ellos serán caratulados y condenados socialmente como "choros", "vagos" y "narcos" y cada una de sus prácticas será resignificada desde esa lectura. Así, cuando van al centro "quieren provocar"; cuando bailan y se expresan a través del arte es porque "no les importa nada"; cuando no aceptan las condiciones humillantes que les propone el mercado de trabajo es porque son unos "vagos". Pero esos fantasmas y esos cargos no sólo los encuentran afuera del barrio, en el centro, sino también en el propio territorio, en donde cotidianamente tienen que lidiar con ese estigma, por parte de los propios vecinos y por parte de la policía, que se encarga de reforzar ese lugar residual.

Durante el desarrollo de la tesis intenté demostrar cómo los jóvenes no permanecen pasivos respecto de esos lugares que le son asignados, y cómo también ellos mismos reproducen desigualdades y refuerzan inequidades (por

ejemplo, los varones con las mujeres o con los inmigrantes). Es decir que no se trata de que los jóvenes sean "buenos" y el resto "malos", ni viceversa. Lo que en estas páginas describí y analicé es cómo los jóvenes construyen sus experiencias vitales en un barrio que en sí mismo imprime una carga valorativa "negativa y negativizada" (Chaves, 2010), pero también, cómo eso mismo se constituye en una herramienta a la que ellos apelan para disputar respeto.

Los jóvenes del barrio saben que "plantarse y boxear" es la forma que pueden tener de transitar la vida, de recorrer todos los días el barrio desde el *fondo* hacia *adelante*, de demostrar quienes son cuando *salen* y de disputar un lugar en una sociedad que sistemáticamente los expulsa y los condena a ser los chivos expiatorios de todos los males sociales[201]. En ese intento de "plantarse y boxear" es que el trabajo cobra sentido y se convierte en un par de guantes posibles para cada pelea. El trabajo aparece como la posibilidad de dar un golpe más certero, de pararse de otro modo en el *ring*, de intentar y bregar por convertirse en respetables ante la mirada de los demás. Para estos jóvenes *trabajar* es poder acceder a una forma de reconocimiento socialmente válida.

[201] Al momento de cerrar la escritura de esta tesis, junio de 2017, se encuentra en discusión un proyecto de ley que propone bajar la edad de imputabilidad de 16 a 14 años. Históricamente, frente a momentos de elevada conflictividad social en relación con la "inseguridad", se reedita esta propuesta. Desde diferentes grupos organizados ("Argentina no baja", "NO a la baja") se viene planteando el debate en diferentes espacios: académicos, mediáticos, parlamentarios en donde se intenta plantear que esta propuesta no solo criminaliza la pobreza, sino fundamentalmente modifica la construcción de las problemáticas ligadas a las infancias, las adolescencias y las juventudes, al individualizar los problemas y correr el foco respecto de las causas sociales y estructurales de las mismas. Se sugiere consultar la nota realizada a la Dra. Florencia Gentile al respecto, disponible online: http://www.ungs.edu.ar/noticiasungs/?portfolio=se-construye-a-los-adolescentes-como-chivos-expiatorios, [consulta: 06/06/2017].

EPILOGO

Mil miradas y una gorra

(por Ana Gómez)

Mi casa está al sur de toda barbarie
costa riachuela de ciudad salvaje
construida en vías que olvidan su zorra
tengo mil miradas y una sola gorra.

Visto deportivo por si hay que correr
huyo de sospechas que expresa mi piel
no es recomendable la tez tan morena
tengo mil miradas bajo mi vicera.

A veces resultan cansados mis huesos
empujando carros llevándome en ellos
me tatué en el alma lo que no se borra
tengo mil miradas y una sola gorra.

Busco en las esquinas paradas amigas
y en el Gaucho Gil una poesía
lloro por amor y voy a la escuela
tengo mil miradas bajo mi vicera.

Corte las palabras me salen así
hablo el castellano canto el guaraní
soy sangre caliente de la historia rota
tengo mil miradas y una sola gorra.

Doy bastante miedo por ser peligroso
al menos así existo en los otros
quisiera unos hijos que me sucedieran
tengo mil miradas bajo mi vicera.

Como vos yo busco tener primaveras
intento cartones de una vida buena
soy el blanco fácil de todas las cosas
Tengo mil miradas y una sola gorra.

Buenos Aires, enero 2017

Foto: Blog http://hacetelapelicularosario.blogspot.com.ar/

BIBLIOGRAFÍA

1. LIBROS

ADAMOVSKY, Ezequiel (2012), *Historia de las Clases Populares en Argentina desde 1880 hasta 2003*, Buenos Aires, Sudamericana.

AGAMBEN, Giorgio (2010), *Estado de excepción*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.

AGIER, Michel (2015), *Zonas de Frontera. La antropología frente a la trampa identitaria*, Rosario, UNR Editora.

AUGÉ, Marc (2014), *Los nuevos miedos*, Buenos Aires, Paidós.

AUYERO, Javier (2013), *Pacientes del Estado*, Buenos Aires, Eudeba.

AUYERO, Javier y BERTI, María Fernanda (2013), *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*, Buenos Aires, Katz.

ARIAS, Ana Josefina (2012), *Pobreza y modelos de intervención, Aportes para la superación del modelo de asistencia y promoción*, Buenos Aires, Espacio.

ARIAS, Ana Josefina *et al.* (2012), *Políticas públicas y trabajo social. Aportes para la reconstrucción de lo público*. Buenos Aires, Espacio.

BACHELARD, Gastón (1988), *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI.

BATTISTINI, Osvaldo (Compilador) (2014), *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*, Buenos Aires, PROMETEO.

BAUMAN, Zygmunt (2011), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa.

BECCARIA, Luis y LOPEZ, Néstor (1997), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF/Losada.

BECKER, Howard (2009), *Outisders. Hacia una sociología de la desviación*, Buenos Aires, Siglo XXI.

---- (2011), *Manual de escritura para científicos sociales. Como empezar y terminar una tesis, un libro o un artículo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

---- (2015), *Para hablar de la sociedad, la sociología no basta*, Buenos Aires, Siglo XXI.

BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas (1986), *La construcción social de la realidad*, Madrid, Amorrortu.

BLEICHMAR, Silvia (2012), *Violencia social-violencia escolar. De la puesta de límites a la construcción de legalidades*, Buenos Aires, Noveduc.

BOROBIA, Raquel et al (2013), *Juventud y participación política. Más allá de la sorpresa*. Buenos Aires, Noveduc.

BOURDIEU, Pierre (2011), *Las estrategias de la reproducción social*. Siglo Veintiuno. Buenos Aires.

---- (2012). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus. Buenos Aires.

BOURDIEU, Pierre y PASSERON, Jean Claude (2010), *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI

BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loic (2008), *Una invitación a la sociología reflexiva,* Buenos Aires, Siglo XXI.

BOURGOIS, Philippe (2010), *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem,* Buenos Aires, Siglo XXI.

BUSSO, Mariana y PEREZ, Pablo (2014), *Tiempos contingentes. Inserción laboral de los jóvenes en la Argentina posneoliberal*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

BUSTOS, Romina (2015), *¿Jóvenes en conflicto con la ley o ley en conflicto con los jóvenes?*, Buenos Aires, Espacio.

CAMPANA, Melisa (2012), *Medicalizar la asistencia. Asistencializar la salud*, Rosario, Prohistoria.

CARMONA, Silvina et al (2012), *Juventud (es) en plural. Pliegues y despliegues entre culturas*, Santa Fe, María Muratore Ediciones.

CASTEL, Robert (1997), *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires, PAIDOS.

---- (2011), *La inseguridad social, ¿qué es estar protegido?*, Buenos Aires, Manantial.

CASTRONOVO, Raquel (Coordinadora) (1998), *Integración y desintegración social en el mundo del Siglo XX*, Buenos Aires, Espacio.

CHAVES, Mariana (2010), *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*, Buenos Aires, Espacio.

CHAVES, Mariana y FIDALGO ZEBALLOS, Enrique (2013), *Políticas de infancia y juventud. Producir sujetos y construir Estado*, Buenos Aires, Espacio.

COLECTIVO JUGUETES PERDIDOS (2014), *¿Quién lleva la gorra?*, Buenos Aires, Tinta Limón Editores y Colectivo juguetes perdidos.

DANANI, Claudia y HINTZE, Susana (Coords) (2014), *Protecciones y Desprotecciones II. Problemas y debates de la Seguridad Social en Argentina*, Los Polvorines, UNGS.

---- (Coords) (2011), *Protecciones y desprotecciones. La seguridad en la Argentina 1990-2010*, Los Polvorines, Universidad Nacional General Sarmiento.

DAVILA LEÓN, Oscar *et al.* (2006), *Los desheredados. Trayectorias de vida y nuevas condiciones juveniles*, Santiago de Chile, CIDPA.

DAVILA LEÓN, Oscar y GHIARDO SOTO, Felipe (2008), *Trayectorias sociales juveniles. Ambivalencias y discursos sobre el trabajo*, Santiago de Chile, CIDPA.

DE CERTEAU, Michel (2010), *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer,* México, Universidad Iberoamericana.

---- (2010b), *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar,* México, Universidad Iberoamericana.

DIAS DUARTE, José Fernando (1988), Da vida nervosa das classes trabalhadoras urbanas. Rio de Janeiro, Jorge Zahar/ CNPq.

DI LEO, Pablo Francisco y CAMAROTTI, Ana Clara (2013), *Quiero escribir mi historia. Vidas de jóvenes en barrios populares*, Buenos Aires, Biblos.

DUBET, Francois (2011), *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades*, Siglo XXI Editores. Buenos Aires.

---- (2015), *¿Porqué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)*, Buenos Aires, Siglo XXI.

DUTZCHATZKY, Silvia (Compiladora), (2008), *Tutelados y asistidos. Programas Sociales, Políticas públicas y subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.

DUTZCHATZKY, Silvia y COREA, Cristina (2007), *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*, Buenos Aires, Paidós.

ECO, Umberto (1999), *Como se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*, Barcelona, Gedisa.

ELIAS, Norbert (2016), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica.

ELIZALDE, Silvia (2011), *Jóvenes en Cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultura*, Buenos Aires, Biblos.

---- (2015), *Tiempo de chicas. Identidad, cultura y poder*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario.

EPELE, María (2010), *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*, Buenos Aires, PAIDOS.

ESPING ANDERSEN, Gosta (1993), *Los tres mundos del Estado de Bienestar*, España, El Magnanim.

FAUR, Eleonor (2014), *El cuidado infantil en el Siglo XXI. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual*, Buenos Aires, Siglo XXI.

FEIXA, Carles (2008), *De jóvenes, bandas y tribus*, Barcelona, Ariel.

FEIXA, Carles *et al.* (2002), *Movimientos juveniles en América Latina. Pachucos, Malandros, Punketas*, Barcelona, Ariel.

FEIXA, Carles y OLIART, Patricia (2016), *Juvenopedia. Mapeo de las juventudes iberoamericanas*, Barcelona, NED Ediciones.

FEIXA, Carles y FERRANDIZ, Francisco (2005), *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*, Barcelona, Anthropos.

FELITTI, Karina (2011), *Madre no hay una sola. Experiencias de maternidad en la Argentina*, Buenos Aires Ediciones Ciccus.

FERRAUDI CURTO, María Cecilia (2014), *Ni punteros ni piqueteros. Urbanización y política en una villa del conurbano*, Buenos Aires, Gorla.

FITOUSSI, Jean Paul y ROSANVALLON, Pierre (1997), *La nueva era de las desigualdades*, Buenos Aires, Manantial.

FLEURY, Sonia (1997), *Estado Sin ciudadanos. Seguridad social en América Latina*, Buenos Aires, Lugar Editorial.

FONSECA, Claudia (2004), *Familia, Fofoca e honra. Etnografía de relacoes de género e violencia em grupos populares*, Porto Alegre, Editora UFRGS.

FOUCAULT, Michel (2002), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI.

---- (2009), *Seguridad, Territorio, Población*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

GADAMER, Hans George (1997), *Mito y razón*, Barcelona, Paidós.

GALLART, María Antonia (2001), L*a formación para el trabajo y los jóvenes en América Latina*, Santiago de Chile, CEPAL.

GALVANI, Mariana (2016), *Cómo se construye un policía. La Federal desde adentro*. Buenos Aires, Siglo XXI.

GARCES, Luis (compilador) (2007), *¿De la escuela al trabajo?,* Buenos Aires, Del Signo.

GARRIGA ZUCAL, José (2007), *Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*, Buenos Aires, Prometeo.

GENOLET, Alicia *et al.* (2016), *Maternidades adolescentes en contextos de pobreza. Un enfoque desde el Trabajo Social*, Paraná, EDUNER.

GEERTZ, Clifford (2006), *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.

---- (2010), *Los usos de la diversidad*, Barcelona, Paidos.

GIAMBRONI Silvia *et al.* (2013), *Escritos sobre jóvenes*, Villa María, EDUVIM.

GODIO, Julio (1998), *La incertidumbre del trabajo. ¿Qué se esconde detrás del debate sobre la estabilidad laboral en Argentina?*, Buenos Aires, Corregidor.

GOFFMAN, Erving (2009), *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu.

---- (2012), *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu.

GORBAN, Débora (2014), *Las tramas del cartón. Trabajo y familia en los sectores populares del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Gorla.

GRASSI, Estela (2003), *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal*, Buenos Aires, Espacio.

GRASSI, Estela y DANANI, Claudia (2009), *El mundo del trabajo y los caminos de la vida. Trabajar para vivir, vivir para trabajar*, Buenos Aires, Espacio.

GRAVANO, Ariel (2009), *Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*, Buenos Aires, Espacio.

GRIMSON, Alejandro (2011), *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires, Siglo XXI.

GUATTARI, Félix y ROLNIK, Suely (2013), *Micropolítica. Cartografías del deseo*, Buenos Aires, Tinta Limón Ediciones.

GUBER, Rosana (1991), *El salvaje metropolitano*, Buenos Aires, Legasa.

GUBERMAN, Lucio (2004), *Victoria, éxito y fractura. El Partido Socialista Popular en Rosario 1989-1995*, Rosario, UNR Editora.

GUEDES, Simoni Lahud (1997), *Jogo do corpo. Um estudo de construçao social de trabalhadores*, Niteroi, Editora da Universidades Federal Fluminense.

GUEMUREMAN, Silvia (2015), *Adentro y afuera. Juventudes, sistema penal y políticas de seguridad*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario.

HOPENHAYN, Martín y BELLO, Álvaro (2001), *Discriminación étnico-racial y xenofobia en América Latina y el Caribe,* Santiago de Chile, CEPAL.

HUDSON, Juan Pablo (2015), *Las partes vitales*, Rosario, Tinta Limón Ediciones.

ISLA, Alejandro y MIGUEZ, Daniel (2003), *Heridas urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*, Buenos Aires, Editorial de las Ciencias.

JELIN, Elizabeth (2016), *Pan y afectos. La transformación de las familias*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

JELSMA, Martín (1998), *Drogas, poder y derechos humanos en América Latina*, Ecuador, Abya –Yala.

KESSLER, Gabriel (2010), *Sociología del delito amateur*, Buenos Aires, Paidós.

---- (2015), *Controversias sobre la desigualdad. Argentina 2003-2013*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

---- (2016), *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura*, Buenos Aires, Siglo XXI.

KLISBERG, Bernardo (Compilador) (2010), *Es difícil ser joven en América Latina. Los desafíos abiertos*, Buenos Aires, Sudamericana.

KORINFELD, Daniel y VILLA, Alejandro (2012), *Juventud, memoria y transmisión. Pensando junto a Walter Benjamin. Fractura social y lazos intergeneracionales*, Buenos Aires, Noveduc.

LEWKOWICZ, Ignacio (2012), *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires, Paidós.

LLOBET, Valeria (2013), *Sentidos de la exclusión social. Beneficiarios, necesidades y prácticas en políticas sociales para la inclusión de niños y jóvenes*, Buenos Aires, Biblos.

MARGULIS, Mario (2003), *Juventud cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*, Buenos Aires, BIBLOS.

---- (2008). *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires, Editorial Biblos.

MARTUCELLI, Danilo (2007), *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*, Santiago de Chile, LOM Ediciones.

MARTIN CRIADO, Enrique (1998), *Producir la juventud*, Madrid, Itsmo.

MATZA, David (2014), *Delincuencia y deriva. Cómo y porqué algunos jóvenes llegan a quebrantar la ley*, Buenos Aires, Siglo XXI.

MERADI, Laura (2009), *ALTA ROTACIÓN. El trabajo precario de los jóvenes*, Buenos Aires, TUSQUETS.

MERKLEN, Denis (2010), *Pobres Ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*, Buenos Aires, Gorla.

MINUJIN, Alberto *et al.* (1993), *Cuesta abajo: los nuevos pobres, efecto de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires, LOSADA.

NARI, Patricia (2004), *Políticas de maternidad y maternalismo político*, Buenos Aires, Biblos.

NEFFA, Julio (2003), *El trabajo humano. Contribuciones al estudio de un valor que permanece*, Buenos Aires, Lumen Humanitas.

NUÑEZ, Pedro (2013), *La política en la escuela*, Buenos Aires, La Crujía.

NUNEZ, Pedro y LITICHEVER, Lucía (2015). *Radiografías de la experiencia escolar. Ser joven (es) en la escuela*. Buenos Aires, Grupo Editor Universitario.

PAUTASSI, Laura y GAMALLO, Gustavo (2012), *¿Más derechos, menos marginaciones? Políticas sociales y bienestar en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos.

PAUTASSI, Laura y ZIBECCHI, Carla (2012), *De eso no se habla: el cuidado en la agenda pública. Estudio de opinión sobre la organización del cuidado*, Buenos Aires, Equipo Latinoamericano de Justicia y Género-ELA.

PUIGGROS, Adriana (1996), *¿QUÉ PASÓ EN LA EDUCACIÓN ARGENTINA? Breve historia desde la Conquista hasta el Presente*, Buenos Aires, Galerna.

REGUILLO, Rossana (2012), *Culturas juveniles. Estrategias políticas del desencanto*, Buenos Aires, Siglo XXI.

ROBERTI, Eugenia (2016), *Prácticas laborales juveniles y fragmentación social. La difícil transición de la escuela al trabajo*, Buenos Aires, Noveduc.

ROFFMAN, Alejandro (1997), *Convertibilidad y desocupación en la Argentina de los '90. Análisis de una relación inseparable*, Buenos Aires, Centros de Estudios Avanzados.

ROMERO, Gabriela (2013), *Los jóvenes y el trabajo. Encrucijadas para la reflexión*. Paraná, Editorial Fundación La Hendija.

ROSANVALLON, Pierre (1995), *La nueva cuestión social*, Buenos Aires, Manantial.

SCHEPER-HUGHES, Nancy (1997), *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*, Barcelona, Ariel.

SEMAN, Pablo (2006), *Bajo Continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, Buenos Aires, Gorla.

SEMAN, Pablo y VILA, Pablo (2011), *Cumbia: nación, etnia y género en Latinoamérica*, Buenos Aires, Gorla.

SENNETT, Richard (2012), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Buenos Aires, ANAGRAMA.

SVAMPA, Maristella (2008), *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*, Buenos Aires, Siglo XXI.

---- (2010), *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, TAURUS.

SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián (2009), *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos.

TARDUCCI, Mónica (Organizadora) (2008), *Maternidades en el Siglo XXI*, Buenos Aires, Espacio.

TEDESCO, Carlos (2000), *Educar en la sociedad del Conocimiento*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económico.

TILLY, Charles (2000), *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial.

TISCORNIA, Sofía (2014), *Burocracias y violencias. Estudios de antropología jurídica*, Buenos Aires, Antropofagia.

THOMPSON, Edward (2012), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing Libros.

VARGAS, Patricia (2005), *Bolivianos, paraguayos y argentinos en la obra: identidades étnico-nacionales entre los trabajadores de la construcción*, Buenos Aires, Antropofagia.

VOMMARO, Pablo (2015), *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina. Tendencias, conflictos y desafíos*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario.

WACQUANT, Loic (1999), *Las cárceles de la miseria*, Buenos Aires, Manantial.

---- (2001), *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Buenos Aires, Manantial.

WAINERMAN, Catalina (compiladora) (2003), *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

WELLER, Jurguen (2006), *Los jóvenes y el empleo en América Latina. Desafíos y perspectivas ante el nuevo escenario laboral*, Colombia, CEPAL/Mayol Ediciones.

WILLIS, Paul (2008), *Aprendiendo a trabajar. Como los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*, Madrid, AKAL.

TAVELLA, Ana María, URCOLA, Marcos, DAROS, William (2004), *Ser joven en Rosario. Estrategias de vida, Políticas de intervención y búsquedas filosóficas*, Rosario, UNR Editora.

VASCONCELOS, E (organizador) (2000), *Saúde Mental e Servicio Social: o desafío da subjetividades e da interdisciplinaridade*, Sao Paulo, Editorial Cortez.

ZALUAR, Alba (1994). *Condomínio do diabo*. Rio de Janeiro: Editora Revan/UFRJ

2. CAPÍTULOS DE LIBROS

ABARCA PANIAGUA, Horacio (2000) "Discontinuidades en el modelo hegemónico de masculinidad", en Gogna, Mónica (Comp.), *Feminidades y masculinidades: estudios sobre salud reproductiva y sexualidad en Argentina, Chile y Colombia*, Centro de Estudios de Estado y Sociedad, Buenos Aires.

ANDRENACCI, Luciano y SOLDANO, Daniela (2006), "Aproximaciones a las teorías de la política social a partir del caso argentino", en Andrenacci, Luciano

(compilador), *Problemas de Política Social en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Prometeo.

ARIZA, Mariana y DE OLIVEIRA, Orlandina 2002, "Acerca de las familias y los hogares: estructura y dinámica", en Wainerman, Catalina (compiladora), *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

BOURDIEU, Pierre (2000): "La juventud es más que una palabra", en *Cuestiones de sociología*, Madrid, Ediciones Istmo.

BOURGOIS, Philippe (2005), "Más allá de la pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador", en *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*, Barcelona, Anthropos.

BUSSO, Mariana y GORBAN, Débora (2014), "Trabajando en el espacio urbano: la calle como lugar de construcciones y resignificaciones identitarias", en Battistini, Osvaldo (Compilador), *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*, Buenos Aires, PROMETEO.

DAICH, Déborah (2008), "Buena Madre. El imaginario maternal en la tramitación judicial del infanticidio", en Tarducci, Mónica (org.), *Maternidades en el siglo XXI*, Buenos Aires, Espacio.

FEIXA, Carles (1996), "Antropología de las edades", en *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva – Fabregat*, Barcelona, Editorial Ariel.

FERNÁNDEZ MASSI, Mariana (2014), "Una mirada sectorial sobre las inserciones laborales precarias de los jóvenes en Argentina", en Pérez, Pablo y Busso, Mariana (coordinadores), *Tiempos Contingentes. Inserción laboral de los jóvenes en la Argentina posneoliberal*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

FREYTES FREY Ada Cora (2009), "Estrategias familiares de vida y reproducción de desigualdades socio-económicas y de género en jóvenes de un asentamiento de José León Suárez", en Chaves, Mariana y otros (Coordinadores), *Estudios en Juventudes en Argentina I. Hacia un estado del arte 2007,* La Plata, EDULP-REIJA.

KESSLER, Gabriel (2013), "Ilegalismos en tres tiempos", en Castel, Robert *et al.*, *Individuación, precariedad, inseguridad, ¿desinstitucionalización del presente?*, Buenos Aires, Paidós.

LINDENBOIM, Javier (2003). “El mercado de trabajo en la Argentina en la transición secular: cada vez menos y peores empleos”, en Lindenboim, Javier y Danani, Claudia (coord.), *Las reformas de las políticas sociales argentinas en perspectiva comparada*, Buenos Aires, Editorial Biblos.

MARGULIS, Mario y URRESTI, Marcelo (2008), “La juventud es más que una palabra”, en Margulis, Mario (Compilador), *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Buenos Aires, Editorial Biblos.

MERKLEN, Denis (2013), “Las dinámicas contemporáneas de individuación”, en Castel, Robert *et al.*, *Individuación, precariedad, inseguridad, ¿desinstitucionalización del presente?*, Buenos Aires, Paidós.

MIGUEZ, Daniel y SEMÁN, Pablo (2006), “Diversidad y recurrencia en las culturas populares actuales”, en *Entre Santos, Cumbias y Piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Buenos Aires, Biblos.

PIZARRO, Cynthia. (2013). “La bolivianidad en disputa. (Des)marcaciones de etnicidad en contextos migratorios”, en Karasik, Gabriela (Editor), *Migraciones internacionales. Reflexiones y estudios sobre la movilidad territorial contemporánea*, Buenos Aires, CICCUS.

RAMÍREZ, Romina (2013), “El barrio, la iglesia y la escuela: instituciones desde donde los jóvenes construyen sus biografías”, en Di Leo, Pablo y Camarotti, Ana Clara (2013), *Quiero escribir mi historia. Vidas de jóvenes en barrios populares*, Buenos Aires, Biblos.

SEMAN Pablo y FERRAUDI CURTO, Cecilia (2016), “Los sectores populares”, en Kessler, Gabriel (compilador), *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura*, Buenos Aires, Siglo XXI.

SILBA, Malvina (2009), “El baile de las pibas, las piñas de los pibes (o viceversa): sobre femineidades y masculinidades en jóvenes de sectores populares”, en *Estudios en Juventudes en Argentina I. Hacia un estado del arte 2007*, La Plata, EDULP-REIJA.

---- (2015), “*Te tomas un trago de más y te crees Rambo*: prácticas, representaciones y sentido común sobre jóvenes varones”, en Elizalde, Silvia (2015), *Tiempo de chicas. Identidad, cultura y poder*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario.

SOLDANO, Daniela (2014), "La desigualdad social en contextos de relegación urbana. Un análisis de las experiencias y los significados del espacio (Gran Buenos Aires, 2003-2010)", en Soldano, Daniela *et al.* y De Virgilio, María Mercedes y Perelman, Mariano Daniel (coordinadores), *Ciudades latinoamericanas: desigualdad, segregación y tolerancia*, Buenos Aires, CLACSO, E-Book.

SUSTAS, Ezequiel y TOURIS, María Cecilia (2013), "Refugios afectivos: el amor en los nuevos tiempos", en Di Leo, Pablo Francisco y Camarotti, Ana Clara (2013), *Quiero escribir mi historia. Vidas de jóvenes en barrios populares*, Buenos Aires, Biblos.

3. REVISTAS CONSULTADAS

(2014), Ciclo de Encuentros y Formación, "Adolescencia y Juventudes en Rosario", Ideas y debates compartidos. Dirección de Políticas de Juventudes, Rosario.

Revista Cátedra Paralela N° 6 (2009). Facultad de Ciencias Políticas y RRII, Escuela de Trabajo Social y Colegio de Profesionales de Trabajo Social Segunda Circunscripción. Rosario.

Revista Cátedra Paralela N° 9 (2012). Facultad de Ciencias Políticas y RRII, Escuela de Trabajo Social y Colegio de Profesionales de Trabajo Social Segunda Circunscripción. Rosario.

Revista Libro de las Juventudes Sudamericanas (2010), Proyecto de Investigación "Juventudes sudamericanas: diálogos para construir la democracia regional", *IBASE* Instituto Brasileño de análisis sociales y económicos.

"*De calletano el grito estalla*" (2015), Revista producida por jóvenes que participan de la Capacitación en Periodismo Digital, Programa Nueva Oportunidad, CCB Las Flores Sur.

4. ARTÍCULOS DE REVISTAS ACADÉMICAS

ABAL MEDINA, Paula 2010, "Modos de politización de organizaciones de trabajadores en grandes empresas", en *Revista de Estudios Sociológicos*, México, Vol. XXVII, Núm. 82.

ALABARCES, Pablo y GARRIGA ZUCAL, José 2007, "Identidades corporales: entre el relato y el aguante", en *Revista Campos*, UFPR, 8 (1).

---- 2008 "El 'aguante': una identidad corporal y popular" en Intersecciones en Antropología, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Buenos Aires, núm. 9.

ALABARCES, Pablo, GARRIGA ZUCAL, José y MOREIRA, María Victoria 2008, "El 'aguante' y las hinchadas argentinas: una relación violenta", en *Revista Horizontes Antropológicos*, Porto Alegre, Año 14, N° 30.

ARIZA, Mariana y DE OLIVEIRA, Orlandina 2007, "Familias, pobreza y desigualdad social en Latinoamerica: una mirada comparativa", en *Revista Estudios Demográficos y Urbanos*, Volumen 22, Número 1 (64).

BARTOLOME, Leopoldo 1983, "El papel de los programas de acción en los procesos de relocalización compulsiva de población", en *Revista Interamericana de Planificación*, México, Vol. XVII, Nº 68.

---- 1985, **"**Estrategias adaptativas de los pobres urbanos: el efecto entrópico de la relocalización compulsiva", en *Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones desplazadas*. Colecciones Hombre y Sociedad. Ediciones del IDES 3. Buenos Aires.

BRITES, Fernando 2010, "Transformación urbana y periferización. La experiencia de los conjuntos habitacionales de población relocalizada", en *Revista Ciudades*, Valladolid, N° 13.

CAJIAS, Huascar 1999, "Estigma e identidad. Una aproximación a la cuestión juvenil", en *Revista Última Década*, Viña del Mar, año 7 N° 10.

CATULLO, María Rosa y BRITES, Walter 2014, "Procesos de relocalizaciones. Las especificidades de los reasentamientos urbanos y su incidencia en las estrategias adaptativas", en *AVÁ, Revista de Antropología*, Misiones, Número 25.

CHAVES, Mariana 2005, "Juventud negada y negativizada: Representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea", en *Revista Última Década*, Valparaíso, Número 23.

CRUCELLA, Carlos 2009, "Del infierno al purgatorio: empleo, salarios y distribución del ingreso en el Gran Rosario (2003-2007)", en *Revista Temas y Debates*, Rosario, N° 18.

DALLA-CORTE CABALLERO, Gabriela 2013, “Hacia los 25 años de los saqueos de la ciudad de Rosario, Argentina. Educación y Memoria”. En *Revista Historia Actual Online*, Barcelona, Número 33.

DIAS DUARTE, José Fernando 2013, “Aonde caminha a moralidade?”, en *Revista Cuadernos Pagu,* n° 41.

ELIZALDE, Silvia 2009, “Normalizar ante todo. Ideologías prácticas sobre la identidad sexual y de género de los/las jóvenes en la dinámica de las instituciones orientadas a la juventud”, en *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, Volumen 1, N° 1.

ELIZALDE, Silvia 2009 “Normalizar ante todo. Ideologías prácticas sobre la identidad sexual y de género de los/las jóvenes en la dinámica de las instituciones orientadas a la juventud”, en *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, Volumen 1, N° 1.

---- 2003 “Intervenciones desde el género. Participación y empoderamiento entre mujeres jóvenes de sectores populares”, publicado en *Capital Social de los y las jóvenes: propuestas para programas y proyectos*, CEPAL, Serie Políticas Sociales, Volumen 2, N° 74.

---- 2003, “Intervenciones desde el género. Participación y empoderamiento entre mujeres jóvenes de sectores populares”, publicado en *Capital Social de los y las jóvenes: propuestas para programas y proyectos*, CEPAL, Serie Políticas Sociales, Volumen 2, N° 74.

---- 2006, “El androcentrismo en los estudios de juventud: efectos ideológicos y aperturas posibles”, en *Revista Última Década*, Viña del Mar, número 025.

ELIZALDE, Silvia 2008 “Debates sobre la experiencia. Un recorrido por la teoría y la praxis feminista”, en *Revista Oficios Terrestres*, España, N° 23.

ELIZALDE, Silvia 2008, “Debates sobre la experiencia. Un recorrido por la teoría y la praxis feminista”, en *Revista Oficios Terrestres*, España, N° 23.

ELIZALDE, Silvia 2013, “Articulaciones entre género, sexualidad y edad en los estudios de juventud: presupuestos ideológicos y operaciones de la crítica”, en *Sudamericana, Revista de Ciencias Sociales*, Mar del Plata.

EPELE, María 2007, “La lógica de la sospecha. Sobre criminalización del uso de drogas, complots y barreras de acceso al sistema de salud”, en *Cuadernos de Antropología Social*, Buenos Aires, Nº 25.

FAWCETT, Caroline 2002, "Los Jóvenes Latinoamericanos en Transición: Un Análisis sobre el Desempleo Juvenil en América Latina y el Caribe", en *Serie Documentos de Trabajo de Mercado Laboral*, Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

FEIXA, Carles 2006 "Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea" en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, Manizales, Vol. 4, N° 2.

FONSECA, Claudia 1987, "Aliados e rivais na familia: o conflito entre consangüíneos e afins em uma villa portoalegrense", en *Revista Brasileira de Ciências Sociais* , Nº 4.

---- 2005, "La Clase y su Recusación Etnográfica", en *Revista Etnografías contemporáneas*, Buenos Aires, Año 1 (1).

---- 2006, "Da circulação de crianças à adoção internacional: questões de pertencimento e posse", en *Revista Cadernos Pagu*, Río de Janeiro, N° 26.

FRASER, Nancy 1991 "La lucha por las necesidades: Esbozo de una teoría crítica socialista feminista de la cultura política del capitalismo tardío", en *Revista Debate Feminista, Del cuerpo a las necesidades*, México, año 2, vol. 3.

GARMA, María Eugenia y CASTRO ROJAS, Ignacio 2013, "La gestión de la política de asistencia y promoción social en Rosario (2003-2011)", en *Revista Cátedra Paralela*, Rosario, N° 10.

GARRIGA ZUCAL, José y NOEL, Gabriel 2009, "Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso", en *Revista Publicar En Antropología y Ciencias Sociales. Revista del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina*, Buenos Aires, Año VIII, N° IX.

GENTILE, María Florencia 2011, "La construcción mediática del joven pobre y delincuente", en *Revista Última Década*, Valparaíso, Vol 19, N° 34.

GIGLI, Juan Manuel 1999, "Neoliberalismo y Ajuste Estructural en América Latina". En *Revista del Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo*, Buenos Aires, Volumen 1, Año 1.

GÓMEZ SANCHEZ, Irey *et al.* 2005, "Método Etnográfico y Trabajo Social: Algunos aportes para las áreas de investigación e intervención social", *FERMENTUM* Mérida – Venezuela.

GORBAN, Débora 2008, “Algunas consideraciones sobre la desigualdad social y la simbolización del espacio”, en *Revista de Ciencias Sociales Universidad de Costa Rica*, Número 122 (IV).

GRIMSON, Alejandro 1999, “Desafíos culturales para América Latina. Entre las políticas y el mercado”, en *Revista Desarrollo Económico IDES*, Buenos Aires, Volumen 39.

GRIMSON, Alejandro y SEMÁN, Pablo 2005 “Presentación: la cuestión cultura”, en *Revista Etnografías Contemporáneas*, UNSAM Buenos Aires, Año 1, N º 1.

GUBER, Rosana 2004, “Identidad social villera”, en *Revista Enía*, Olavarría, Nº 32.

JACINTO, Claudia 2008, “Los dispositivos recientes de empleo juvenil: institucionalidades, articulaciones con la educación formal y la socialización laboral”, en *Revista de Trabajo del Ministerio de Educación*, Buenos Aires.

---- 2010, “Iniciativas recientes sobre formación para el trabajo en la educación secundaria general”, en *Revista Secundaria en el Bicentenario*, Ministerio de Educación, Buenos Aires.

JACINTO, Claudia *et al.* 2006, “Jóvenes, precariedades y sentidos del trabajo. Un estudio en Argentina”, en *Revista Medio Ambiente y Urbanización*. Buenos Aires, IIED-AL.

JACINTO, Claudia y MILLENAAR, Verónica 2009, “Enfoques de programas para la inclusión laboral de los jóvenes pobres: lo institucional como soporte subjetivo” en *Revista ULTIMA DÉCADA*, Valparaíso, Nº30.

---- 2013, “Educación, capacitación y transiciones laborales. ¿Movilidades provisorias en las trayectorias de los jóvenes de sectores populares?”, en *Revista Sudamericana*, Mar Del Plata.

JELIN, Elizabeth 1984, “Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada” en *Revista CEDES*, Volumen/año 1984.

JELIN, Elizabeth y PAZ, Gustavo 1991. “Familia/Género en América Latina: cuestiones históricas y contemporáneas”, en *Revista CEDES*, Buenos Aires, N° 68.

KESSLER, Gabriel 2004, “De proveedores, amigos y barderos. Acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires”, en *Desacatos Revista de Antropología Social*, México.

---- 2010 “Trabalho, privação, delito e experiência portenha”. Translated by Renata Guedes Mourão Macedo en *Revista Tempo Social*, Volumen 22, N° 2.

---- 2012 “Las consecuencias de la estigmatización territorial. Reflexiones a partir de un caso particular”, en Revista *Espacio en blanco, Serie indagaciones*, vol.22, n.1.

---- 2012, “Las consecuencias de la estigmatización territorial. Reflexiones a partir de un caso particular”, En *Revista Espacios en Blanco*, Buenos Aires, N° 22.

LLOBET, Valeria (2006). “Las políticas sociales para la infancia vulnerable. Algunas reflexiones desde la psicología”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, Infancia y Juventud, 4.

LONGO, María Eugenia 2008, “Claves para el análisis de las trayectorias profesionales de los jóvenes: multiplicidad de factores y de temporalidades”, en *Revista Estudios del Trabajo*, Buenos Aires, (35).

---- 2011, “Heterogeneidad de trayectorias laborales y temporalidades juveniles”, en *Revista Cuestiones de Sociología* (7). Buenos Aires. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5520/pr.5520.pd, [consulta: 02/06/2017].

MACHADO PAIS, José 2002 “Laberintos de vida: paro juvenil y rutas de salida (jóvenes portugueses)”, en *Revista de Estudios de Juventud*, España, N° 56.

MADOERY, Oscar 1999, “Los saqueos en Rosario. Entre el fin de un gobierno y la emergencia de una nueva sociedad”, en *Rosario, los saqueos, 10 años después (1989-1999)*, Rosario, Instituto de Desarrollo Regional.

MAGLIANO, María José *et al.* 2015, “El origen nacional y la condición migratoria como generadores de conflictos y formas de violencia en un barrio de la periferia urbana de Córdoba”, en *Cuadernos de Antropología Social*, Buenos Aires, N° 42.

MAGLIANO, María José y CLAVIJO, Janneth 2011, “La trata de personas en la agenda política sudamericana sobre migraciones: la secularización del debate migratorio”, en *Revista Análisis Político*, Bogotá, N° 71.

MAGNANI, José Guilherme 2005, “Os circuitos dos jovens urbanos”, en *Revista Tempo Social*, Sao Paulo, Volumen 17, Número 2.

MANNHEIM, Karl 1993, "El problema de las generaciones", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62.

MARTÍN CRIADO, Enrique 2005, "La construcción de los problemas juveniles", en *Revista Nómadas*, Bogotá, (Col), N° 23.

MARTÍN, Eloísa 2008 "La cumbia villera y el fin de la cultura del trabajo", en *TRANS-Revista Transcultural de Música*, Barcelona, N° 12.

MARTÍNEZ FRANZONI, Juliana 2006, "Regímenes de bienestar en América Latina: ¿cuáles y cómo son?" en Instituto de Investigaciones Sociales - Universidad de Costa Rica.

MEDAN, Marina 2011 (a) "Sociabilidad juvenil masculina y riesgo. Discrepancias y acuerdos entre un Programa de Prevención del Delito juvenil y sus beneficiarios", en *Revista Última Década*, Valparaiso, Volumen 18, N° 35.

---- 2011 (b) "¿Proyecto de vida?, tensiones en un programa de prevención del delito juvenil", en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, Manizales, Volumen 10, N° 1.

---- 2013 "Prevención del delito y construcción de femenidades juveniles", en *Revista de Ciencias Sociales*, San José de Costa Rica, Volumen II, Número 140.

---- 2014 "La dependencia estatal en programas para jóvenes: ¿estigma o factor de protección?" en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, Manizales, Volumen 12, N° 2.

MILLENAAR, Verónica 2014, "¿Capacitar para la competitividad o promover los derechos? Retóricas de la formación profesional desde un análisis de género" en *Revista Propuesta Educativa*, Buenos Aires, Número 41 – Año 23.

MUÑIZ TERRA, Leticia 2012, "Carreras y trayectorias laborales: Una revisión crítica de las principales aproximaciones teórico-metodológicas para su abordaje", en *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, La Plata, 2(1).

MUÑIZ TERRA, Leticia *et al.* 2013, "Trayectorias laborales en Argentina: una revisión de estudios cualitativos sobre mujeres y jóvenes", en *Lavboratorio: revista de estudio sobre cambio social*, N° 25.

O`DONNELL, Guillermo, 1993, "Estado, democratización y ciudadanía", en *Revista Nueva Sociedad*, Caracas, Venezuela, Nº 128.

OSZLAK, Oscar 2006, “BUROCRACIA ESTATAL: POLÍTICA Y POLÍTICAS PÚBLICAS” en *POSTData Revista de Reflexión y Análisis Político*. Buenos Aires, Vol. XI.

PIÑA, Carlos 1986, “Sobre las historias de vida y su campo de validez en las Ciencias Sociales”, en *Revista Paraguaya de Sociología*, año 23, N° 67.

ROSE, Nikolas (2007), “¿La muerte de lo social? Reconfiguración del territorio de gobierno”, en *Revista Argentina Sociología*, Buenos Aires, Volumen 5, Número 8.

ROSSI, Adriana 2014 “Drogas y narcotráfico”, en Módulo VII del Cuadernillo del Curso *Política Pública sobre el uso indebido de drogas*, Instituto para el Estudio de las Problemáticas Actuales, Universidad Nacional de Salta.

ROSSI, Adriana 2014 “Narcotráfico y seguridad en América Latina”, en *Revista de la Bolsa de Comercio de Rosario*.

ROSSI, Adriana 2014 “Narcotráfico y seguridad en América Latina”, en *Revista de la Bolsa de Comercio de Rosario*.

SALGADO, Marcelo 2012, “Organización y gestión de cooperativas de vivienda en Rosario (Argentina) y Québec (Canadá)”, en *Revista Documentos del Centro de Estudios de Sociología del Trabajo*, Buenos Aires.

SALGADO, Marcelo et al 2006, “La gestión del hábitat articulada a iniciativas productivas para los sectores de bajos recursos en Rosario (Argentina)”, en *Revista INVI*, Santiago de Chile, Volumen 21, Número 056.

SALVIA, Agustín y TUÑON, Ianina 2005, “Los jóvenes y el mundo del trabajo en la Argentina actual”, en *Revista Encrucijadas*, Buenos Aires, N° 36. Disponible online: http://uca.edu.ar/uca/common/grupo32/files/jovenes-mundo-trabajo-2005.pdf, [consulta: 02/06/2017].

SANTILLAN, Laura 2009, “Antropología de la crianza: la producción social de un ‘padre responsable’ en barrios populares del Gran Buenos Aires”, en *Revista Etnográfica*, Lisboa, Volumen 13, N° 2.

SEGURA, Ramiro 2006, “Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico”, en *Revista Cuadernos del IDES*, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires, N° 9.

SEMAN, Pablo 2009 “Culturas populares: lo imprescindible de la desfamiliarización”, en Revista *Naguaré*, Bogotá, N° 23.

SEMÁN, Pablo y VILA, Pablo 2008 "La música y los jóvenes de los sectores populares: más allá de las 'tribus'", en *TRANS Revista Transcultural de Música*, Barcelona, Nº 12.

SEMINARA, Eduardo 1999, "Rosario: entre la historia y la amnesia", en Revista *Rosario, los saqueos, 10 años después (1989-1999)*, Rosario, Instituto de Desarrollo Regional.

SILBA, Malvina 2015, "Reproducir y trasngredir el mandato de género. Experiencias cotidianas en un grupo de mujeres jóvenes y pobres del Conurbano Bonaerense", en *Revista KAIROS*, San Luis, Año 19, N° 36.

SOLDANO, Daniela 2008, "Relegación, desplazamiento, conflicto. Notas para pensar la cuestión urbana en la Argentina contemporánea", en *Revista Apuntes de Investigación/Oficios y prácticas*, Buenos Aires, N° 13. Disponible online en http://apuntescecyp.com.ar/index.php/apuntes/article/view/282, [consulta: 02/06/2017].

STAVENHAGEN, Rodolfo 1992, "La cuestión étnica: algunos problemas teórico/metodológicos", en *Revista Estudios Sociológicos* X: 28.

TAMOUS, Silvina y SCHREINER, Daniel (2015), "Narcos en Rosario. Los Monos: historia de un clan". En Revista Anfibia, Buenos Aires. Disponible on line: http://www.revistaanfibia.com/cronica/los-monos-historia-de-un-clan/, [consulta: 02/06/2017].

TONKONOFF, Sergio 2007, "Tres movimientos para explicar porqué los Pibes Chorros visten ropas deportivas", en *Revista Sociología Ahora*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

VITOLA, Verónica Andrea 2016 "El uso del concepto de sectores populares en las ciencias sociales", en *Revista del Programa de Investigaciones sobre Conflicto Social*, Buenos Aires, Volumen 9, N°15. Disponible online en: http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/CS/article/view/1805, [consulta: 06/05/2017].

WELLER, Jurguen 2007, "La inserción laboral de los jóvenes: características, tensiones y desafíos", en *Revista de la CEPAL*, N° 92.

5. TESIS CONSULTADAS NO EDITADAS

BERMUDEZ, Natalia 2010, "Entre *traiciones, ajuste de cuentas y muertes injustas.* Una etnografía sobre las clasificaciones, los valores morales y las prácticas en torno a las *muertes violentas* (Cuidad de Córdoba, Argentina)", Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de General Sarmiento / IDES, Buenos Aires, Mimeo.

COZZI, Eugenia 2013, "*Los tiratiros*. Usos y formas de la violencia altamente lesiva entre jóvenes de la ciudad de Santa Fe". Artículo elaborado en base a la Tesis de Maestría de la autora, titulada: *De clanes, juntas y broncas". Primeras aproximaciones a una explicación "plenamente social" de la violencia altamente lesiva y su control, entre grupos de jóvenes de sectores populares, en dos barrios de la ciudad de Santa Fe*, Tesis de Maestría en Criminología, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Mimeo.

DIEZ, Patricia 2006, "*Ni careta ni quemado, rescatado*. Usos del cuerpo, adscripciones identitarias y morales de jóvenes varones de Bajo Flores, Ciudad de Buenos Aires", Tesis de Maestría en Antropología Social, Instituto de Desarrollo Económico y Social Instituto de Altos Estudios Sociales/ Universidad Nacional de General San Martín, Buenos Aires, Mimeo.

GENTILE, Florencia 2014, "La niñez en los márgenes, los márgenes de la niñez. Experiencias callejeras, clasificaciones etarias e instituciones de inclusión en niños/as y jóvenes del AMBA", Tesis del Doctorado en Ciencias Sociales de la UBA, Mimeo.

JARDIM, Marta Denise da Rosa 1998. "Negociando fronteiras entre o trabalho, a mendiancia e o crime: uma etnografia sobre familia e trabalho na Grande Porto Alegre", Porto Alegre, Dissertação. (Programa de Pós-Graduação em Antropolgia Social-Mestrado- PPGAS/UFRGS), Mimeo.

ROBERTI, María Eugenia 2015, "La nueva condición juvenil en tiempos de desestructuración: Un estudio de las trayectorias laborales de los jóvenes del barrio Aluvión y su imbricación con otras esferas vitales (La Plata, Pcia de Buenos Aires)". Tesis de Maestría. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. en Memoria Académica. Disponible online en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1101/te.1101.pdf, [consulta: 02/06/2017].

SILBA, Malvina 2010, "Vidas plebeyas: cumbia, baile y aguante en jóvenes del Conurbano". Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires, Mimeo.

6. TRABAJOS EN CONGRESOS / EXPOSICIONES

CRUCELLA, Carlos y ROBIN, Silvia 2012, "Economía y política en el Gran Rosario 2003-2011", trabajo presentado en el *Cuarto Congreso Uruguayo de Ciencia Política*, "La Ciencia Política desde el Sur", Asociación Uruguaya de Ciencia Política.

DURSI, Carolina y MILLENAAR, Verónica 2013, "Entre la escuela y el trabajo. Estrategias de formación y experiencias en el trabajo de los jóvenes egresados del secundario", trabajo presentado en el *11 Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*, organizado por la Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo (ASET), Buenos Aires.

FONSECA, Claudia 1998, "Quando casda caso NAO é um caso. Pesquisa etnográfica e educacao", Trabajo presentado en *XXI Reuniao Anual de ANPed*, Caxambu.

FONSECA, Claudia 2003, "A certeza que pariu a dúvida: teza que pariu a dúvida: teza que pariu a dúvida: paternidade e DNA paternidade e DNA", trabajo presentado en mesa redonda "Sexualidade, masculinidade e reprodução", durante *II Seminário Internacional e I Seminário NorteNordeste* "Homens, sexualidade e repro-dução: tempos, práticas e vozes" (PAPAI/UFPE/UNICAMP), Recife.

GURRIA, Silvina *et al.* 2007, "Conformación del Espacio Urbano. Vinculación con las Políticas Habitacionales en Rosario (Argentina) Según los Modelos de Acumulación", trabajo presentado en el *XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*, Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.

MALIMACI BARRAL, Ana Inés 2009, "Movilidades y permanencias: Bolivianos/as migrando a la ciudad de Ushuaia", trabajo presentado en la *VIII Reunión de Antropología del Mercosur* "Diversidad y poder en América Latina", Buenos Aires.

PEREZ, Pablo 2007, "El desempleo de los jóvenes en Argentina. Seis hipótesis en busca de una explicación", trabajo presentado en el 8vo Congreso Nacional de

Estudios del Trabajo (ASET), organizado por la Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo (ASET), Buenos Aires.

ROBIN, Silvia y DURAN, Paula 2005, "Juventud, pobreza y exclusión en el gran rosario post devaluación", trabajo presentado en el *7mo Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*, organizado por la Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo (ASET), Buenos Aires.

SIGNORELLI, Gisela 2012, "Desentrañando el vínculo entre participación ciudadana y descentralización político administrativa en gobiernos locales. Los casos de Porto Alegre (Brasil) y Rosario (Argentina)", trabajo presentado en el *Cuarto Congreso Uruguayo de Ciencia Política* "La Ciencia Política desde el Sur", Asociación Uruguaya de Ciencia Política.

TRAVI, Bibiana 2008, "El trabajo social y las ciencias sociales. Aportes frente a la invisibilización y el 'epistemicidio' disciplinar", trabajo elaborado y corregido sobre la base del documento presentado en el *Segundo Foro Latinoamericano* "Escenarios de la vida social, el Trabajo Social y las Ciencias Sociales en el Siglo XXI", Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata. La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

7. TRABAJOS DE INVESTIGACIÓN NO EDITADOS

PERONA, Nélida y ROBIN, Silvia (s/d), "¿Te acordás cuando había obreros?... Sobreviviendo a la crisis en Rosario". Mimeo, Proyecto de investigación *Condiciones de vida de los sectores populares urbanos*, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario.

PERONA, Nelida 2003, "Las transformaciones sociales en las décadas del ochenta y del noventa", Mimeo, Rosario, UNR.

Informe Final Proyecto de Investigación FTS/ UNER 2013, "Estudio de caso: impacto de la crisis económica en el colectivo laboral y las subjetividades de los trabajadores de la construcción en el Gran Paraná, Entre Ríos", dirigido por Mgs Graciela Mingo y co-dirigido por Mgr. Elisa Sarrot, Paraná, Universidad Nacional de Entre Ríos.

Informe Final Proyecto de Investigación FTS /UNER PID: 5086 2016, "Políticas Sociales: Entre el trabajo y la ciudadanía", Dirigido por Dra. Viviana Vervauwede, Paraná, Universidad Nacional de Entre Ríos.

8. ARTÍCULOS DE INTERNET

AAVV 2013, "El espantoso final de un chico de 14 años ligado a un búnker narco", *Diario La Capital*, domingo 15 de septiembre de 2013, Rosario. Disponible online en: http://www.lacapital.com.ar/el-espantoso-final-un-chico-14-anos-ligado-un-bunker-narco-n414930.html, [consulta: 17/05/2017].

AAVV 2015, "Un muchacho murió en una balacera entre bandas en la plaza de barrio Las Flores", jueves 26 de febrero de 2015. Disponible online en: http://www.lacapital.com.ar/policiales/un-muchacho-murio-una-balacera-bandas-la-plaza-barrio-las-flores-n488257.html, [consulta: 05/05/2017]

BAZZONI, Carina 2016, "La zona más humilde del cementerio La Piedad se llena de tumbas de jóvenes", domingo 23 de octubre de 2016. Disponible online en: h, ttp://www.lacapital.com.ar/la-zona-mas-humilde-del-cementerio-la-piedad-se-llena-tumbas-jovenes-n1268415.html, [consulta: 02/05/2017].

BORDON, José 2013, "Santa Fe: Tognoli, el ex jefe de la policía, fue procesado y seguirá en prisión", en *La Nación*, viernes 22 de marzo de 2013. Disponible online en: http://www.lanacion.com.ar/1565910-santa-fe-tognoli-el-ex-jefe-de-la-policia-fue-procesado-y-seguira-en-prision, [consulta: 17/05/2017].

CÉSPEDES, Martín y SANTUCHO, Mario Antonio 2013, "Ciudad del boom, ciudad del bang". Disponible online en: https://www.youtube.com/watch?v=si952Ed7Vu0, [consulta: 17/05/2017].

JUEGUEN, Francisco 2016, "En la Argentina ya hay más de un millón de jóvenes "Ni-Ni"", en *La Nación,* miércoles 12 de octubre de 2016. Disponible online en: http://www.lanacion.com.ar/1946165-en-la-argentina-ya-hay-mas-de-un-millon-de-jovenes-ni-ni, [consulta: 06/05/2017].

SHREINER, Daniel y TAMOUS, Silvia s/d, "Los Monos, historia de un clan", en *Revista Anfibia*, Universidad Nacional de General Sarmiento. Disponible online en: http://www.revistaanfibia.com/cronica/los-monos-historia-de-un-clan/, [consulta: 10 /05/2017].

STOIANOVICH, Martín 2017, "El Nunca Más de este presente", 15 de mayo de 2017. Disponible online en: https://www.pagina12.com.ar/37757-el-nunca-mas-de-este-presente, [consulta: 07/06/2017].

ANEXOS

ANEXO 1

LOS JÓVENES

(por orden alfabético)

En este ANEXO, presento brevemente a cada uno de los jóvenes protagonistas de esta tesis.

BOTE: 26 años. Vive con sus dos hijas y su señora en el fondo del barrio; su mamá murió cuando tenía dos años y su papá vive al lado de su casa. Tiene 6 hermanos, Bote sabe que es el más chico, pero no se acuerda las edades del resto. Hizo hasta tercer grado de la primaria, pero tampoco recuerda mucho al respecto: "no me comunico mucho con la escuela". Dice que a los 15 arrancó "con la droga" y no fue más. Lo entrevisté el 05 de marzo de 2014, en el Centro de Convivencia Barrial Las Flores Este. Bote vestía un short, una remera y usaba "visera". Es morocho, de contextura mediana. Ese día yo había llegado al CCB y los profes les preguntaron a los jóvenes "¿quién quiere participar de una entrevista?" y él dijo que sí. Fue el primero del grupo del CCB al que entrevisté. Me acuerdo de ese momento porque Bote estaba muy preocupado ya que su mujer se encontraba internada, y él estaba a cargo de sus nenas. Tenía un discurso de "rescatado" que ponía sobre la mesa permanentemente: dejar las drogas, trabajar, dedicarse a la familia. Bote tiene una historia compleja de consumo, delito y *calle*. Y desde que nació su hija plantea que quiere hacer otra cosa. La entrevista fue larga y tranquila, la hicimos en una de las salitas del CCB. Tiene un tono de voz bajito, parece bastante tímido, aunque luego me di cuenta que esa timidez era producto de la entrevista, porque cuando lo observé interactuar con sus compañeros se mostraba de otro modo, extrovertido. Es considerado por el resto del grupo de jóvenes del CCB como alguien que siempre está metido en "quilombos", "broncas" y que dice que se quiere rescatar, pero hace "cualquiera". A Bote lo vi muy seguido en el CCB durante el 2014, luego, cuando terminó el curso, la referencia se desdibujó un poco y no siguió concurriendo. Cuando preguntaba por él muy pocos sabían contestarme como estaba o que era de su

vida, lo cual daba cuenta de que no tenía demasiados vínculos con los jóvenes que concurrían a la institución.

BRIAN: 22 años. A Brian lo conocí cuando trabajé en la Escuela Secundaria N°407, en 2009. Él participaba de un espacio que habíamos ideado con uno de los docentes de la escuela, la Biblioteca Popular "Bicicleta con Alas". Extrovertido, muy charlatán, Brian se destacaba entre el resto de los jóvenes, entre otras cosas, porque exageraba su homosexualidad en cada momento en que podía hacerlo. Cuando lo volví a encontrar durante la realización del trabajo de campo para la tesis, estaba trabajando en una Institución Estatal de la Nación, ATAJO (Centro de Acceso a la Justicia Territorial), como militante de La Cámpora[202] y referente del barrio. Tuvimos un encuentro/charla que duró toda la mañana, el 24 de junio de 2015. Entre otras cuestiones, Brian me contó cómo transitó su homosexualidad en el barrio, fundamentalmente durante la adolescencia la cual transcurrió encerrado y avergonzado, virando luego a un modo disruptivo que le generó deseos de travestirse. Me cuenta que sus padres no terminaron la escuela primera, y en ese sentido los considera como personas con "limitaciones". Su padre trabajó de albañil y es "alcohólico" y la mamá tuvo un almacén en la casa hasta el año 2003, cuando fallece de cáncer de pulmón. Brian tenía una relación especial y de mucho apego con su mamá, y luego de su muerte –que coincidió con su adolescencia- vivió encerrado hasta que empezó a transitar diferentes espacios de "salvación" tales como la Iglesia Evangélica, el "Crecer" (CCB) y pasados unos años, comenzó a militar y encontró su lugar en el barrio a través de ese modo de participación. Una de sus afirmaciones más contundentes en la charla fue: "no es fácil en este barrio ser puto, negro y peronista".

CARLA: 19 años. Carla es una joven de estatura mediana, morocha, usa lentes. Habla mucho y rápido, concurre a todas las actividades del CCB, es muy conocida en la institución y muy querida. Cuando la conocí, estaba participando de la capacitación de fotografía y video social, pero ya había hecho los años anteriores los dos de albañilería que se ofrecían. Carla tiene labio leporino lo cual hace que a

[202] "La Cámpora" es una organización militante kirchnerista y peronista, cuyo líder principal es Máximo Kirchner, hijo de la ex presidenta Cristina Fernandez y del ex presidente Néstor Kirchner. Es una de las organizaciones más "estigmatizada" en relación con la militancia social y política, ya que es puesta en cuestión por su vinculación con las gestiones presidenciales antes mencionadas.

veces cueste entenderla cuando habla. Los compañeros la cargan mucho por eso, pero ella se ríe y está siempre de buen humor. Vive en el "fondo" con su mamá y su papá, y con su sobrina de 9 años, hija de su hermana. Actualmente está terminando la Escuela Primaria. Carla se presenta en todas las propuestas laborales que puede, y en varias ocasiones realizó pasantías en la Municipalidad, por ejemplo, en una Huerta Comunitaria. Por eso es intermitente con los cursos, recuerdo una vez que fuimos a su casa con el equipo del CCB a buscarla porque no concurría a la institución y ella argumentó que estaba trabajando, y se preocupó mucho por "no quedar afuera" del curso. La charla que mantuve con ella fue de manera conjunta con otras dos jóvenes, Chula y Sonia en el patio del CCB en los cortes de las capacitaciones. El último día del trabajo de campo, en enero de 2016, Carla participó de la *salida* por el barrio a sacar fotos del verano en Las Flores Sur.

CARLI: 18 años. A Carli lo conocí en el CCB, cuando participaba en la capacitación de periodismo digital. Junto con Romina, eran los dos jóvenes más extrovertidos del curso, con una presencia muy fuerte en el grupo. Carli es líder de una bandita de amigos, de la cual participa también Ramón, y se juntan en la Usina. Vive a la vuelta del CCB con su mamá y dos hermanos de los 5 que tiene en total. Su papá falleció hace 7 años a raíz de un accidente de tránsito, cuando volvía de Buenos Aires con Dalila, la cantante de música popular (cumbia) que es tía de Carli. La mamá de Carli tiene un kiosko en la casa y con las ganancias de ese negocio mantiene a la familia. A Carli le gustaría tener algún día su propia casa y su familia. Carli conoce el barrio "de punta a punta". No terminó la escuela porque tuvo "quilombos" con compañeros y con los docentes, y no le gustaría volver porque dice que la escuela está llena de "ratas inmundas". Prefiere formarse en el CCB y por eso le gusta mucho hacer cursos, en donde aprende a entrevistar, a hablar, a redactar notas. Además cree que está bueno que se ofrezcan esas alternativas para que los jóvenes no "estén en la calle, drogándose al pedo". Carli participa activamente de la capacitación, y recuerdo que cuando se habían demorado los pagos de las becas (hacía dos meses que los jóvenes iban a las capacitaciones y aún no habían cobrado), él fue uno de los más activos por reclamar por esa desprolijidad, que consideró como una "falta de respeto del

gobierno". Mientras va formándose como periodista (lo que le gustaría ser) trabaja intercaladamente en la construcción, o vendiendo cosas.

CHINITO: 16 años. Lo conocí en la Escuela Secundaria N° 407, en una entrevista en la que también participo David. El Chinito es de contextura chica y de baja estatura. Tiene una nariz ancha, que se ensancha cuando se ríe. Sus ojos son rasgados, y cuando se ríe se achinan aún más. No conozco el pelo del Chinito porque siempre que lo vi usaba visera. El Chinito es *del fondo*, se muestra como un "pibe" con códigos *de la calle*, y se presenta a través de contar las muertes que lo acechan cercanamente: su hermano y varios amigos, todos por "broncas". Al Chinito la policía lo para y lo "verduguea" diariamente cuando él transita desde su casa hasta la escuela, atravesando el barrio. Él se revela frente a eso, los enfrenta, pero siempre tiene las de perder. En la escuela los docentes lo clasifican como un estudiante indisciplinado, siempre está armando *quilombo*, o *jodiendo* y cargando a las profesoras: les tira tiza, les hace burlas cuando escriben. El Chinito es uno de los típicos jóvenes que está todo el tiempo jugando con los límites, dando cuenta de cierto enojo respecto de su vida, mostrando malestar con las instituciones y con lo que sucede en el barrio. En un pasaje de la entrevista dice que la policía siempre se mete con los que no debe, y no hace nada con los que verdaderamente delinquen. Un año después de entrevistarlo, lo crucé en otra actividad, y me contó que había dejado la escuela.

CHULA: 20 años. Concurre a la capacitación de fotografía y video social. Cuenta que nació en el barrio, pero después "estuve en unos pares de barrios" cuando se juntó. Vivió un tiempo en Pérez, cuando estaba embarazada de su niña que al momento de la entrevista tenía un año y medio. Volvió a Las Flores cuando quedó embarazada, para vivir con su mamá. Tiene 5 hermanos. Actualmente vive sola con sus dos nenes, la nena y el varón de 5 años porque el papá de sus hijos está preso, en Coronda. Se arregla con la ayuda de su papá y con la Asignación Universal por Hijo. Llegó al curso con su cuñada, Sonia, que la anotó. Le gustaba la idea de que fuese en el CCB porque su hijo había ido ahí cuando era más chico. Cuenta que la beca es una "ayuda": con esa plata le festejó el cumpleaños a su hija y le compró zapatillas. Chula no tiene expectativas de trabajar porque a ella lo que le preocupa es criar bien a sus hijos.

DAVID: 18 años. Lo conocí en la Escuela Secundaria N° 407, en donde tuvimos una charla en la que participó también el Chinito. Después, David me invitó a que concurra a unas reuniones que él estaba organizando para que los jóvenes se anoten en el Parlamento Joven, los viernes a la siesta en la Escuela, y fui un par de veces. David es morocho, con rasgos migrantes de Bolivia, de donde vino su papá. Su mamá es tucumana y ambos viven hace más de 20 años en Las Flores Sur, en donde se instalaron para poder "trabajar" y "progresar". David tiene dos hermanos, y tanto él como sus hermanos se criaron encerrados porque sus padres tenían miedo que se contaminaran del barrio, entonces los enviaban a escuelas del centro de la ciudad. David eligió en un momento de su adolescencia trasladarse a la 407, y desde ahí su vida cambió: esta todo el tiempo con amigos del barrio, se convirtió en un referente de la escuela y quiere militar para que se conozcan las cosas buenas que suceden en el barrio, que son "muchas" según su apreciación. A partir de establecer relaciones con otros jóvenes del barrio, David vive con mayor libertad su homosexualidad, previamente condenada por su núcleo familiar que no aceptaba que él sea "diferente". Terminó la secundaria en la 407, y empezó a estudiar arquitectura en la Facultad.

DIEGO: 20 años. Lo conocí en la Escuela Secundaria N° 407, cuando estaba cursando sexto año. Es alto, flaco, con cuerpo de jugador de fútbol (su pasión). Diego tiene rasgos y facciones muy armoniosas, es "pintón" y en la escuela se destaca por su "facha". Vive en el barrio con sus padres y sus 3 hermanos en Las Flores, hace 4 o 5 años. Nació en el barrio, pero luego se criaron en Las Rosas (un pueblo al oeste de la Provincia de Santa Fe) porque su mamá tenía epilepsia y quiso vivir allí, cerca de su abuela de quien también se encargaba. Diego cuenta que siempre visitó el barrio y le parecía como "una película de acción". Se encuentra realizando las primeras materias de la carrera de Arquitectura, y está muy entusiasmado, pero, siente ciertas inseguridades de poder continuar porque se enteró que su novia está embarazada, y la manutención de su hijo/a lo preocupa. Le encanta aprender cosas, por eso le "fascina" ir a la facultad, en donde siente que el tiempo "vuela". Y también, jugar al fútbol y bailar folclore. Durante muchos años fue parte de un staff de bailarines que viajaban por diferentes lugares. Cuenta que una docente fue quien lo incentivó a que lo haga, y que de ese

modo “rescató” a muchos jóvenes. Junto con David, participó de la experiencia de Parlamento Joven y viajó a Buenos Aires en avión, lo cual le resultó una muy buena experiencia. Diego trabajó en la panadería de un conocido, en donde tuvo problemas porque se “comían el abuso”, lo hacían trabajar muchas horas, le pagaban poco. Un día tuvo un cruce verbal con quien era la jefa (que era la madre de ese amigo) y al finalizar esa semana, como el trabajo se renovaba semanalmente, le dijeron “si volvemos a necesitarte, te volveremos a llamar”, y nunca más lo hicieron. Él se enojó con esa experiencia, pero también se siente orgulloso de haber dicho lo que pensaba y de no haberse dejado someter por “necesidad”.

EL LECHUGA: 26 años. Lo conocí en “La Bloquera” en una jornada de trabajo que organizamos junto con el equipo del CCB y los jóvenes, para pensar algunas cuestiones respecto del barrio y realizar un mapeo colectivo. Después, realizamos una entrevista individual un mediodía en el CCB, en el parque. El Lechuga es flaco, de estatura y contextura mediana. Es rubio y tiene ojos celestes. Muy pícaro, siempre está haciendo “jodas” a los demás, cargándolos y no para de moverse ni un segundo. Vive en el barrio con su mamá y su papá, y con 3 hermanos más de los 5 que tenía (uno falleció en un accidente, lo atropellaron). La más chica es una mujer, de 23 años. Su papá trabaja en una cooperativa de limpieza, en el barrio en donde luego El Lechuga y su hermano Isaías trabajaron. Su mamá no trabaja. El Lechuga es analfabeto, no sabe leer ni escribir y cuando tiene que firmar algo, le pide a su hermana que lo haga por él. Siente mucha vergüenza por eso, pero alega que es “burro”, que no le salen las cosas porque se confunde muy rápido. Trabajó en construcción y también de repartidor en varios lugares, incluso Coca Cola en donde tuvo un accidente de trabajo (se cayó del techo del galpón), lo despidieron y transita un juicio laboral inconcluso. Esa experiencia le generó mucho malestar porque era el trabajo que él quería. “Yo era muy rápido”, cuenta, y se angustia cuando recuerda lo que pasó. Respecto de la capacitación en albañilería, le gusta participar no sólo porque aprende y quizás eso le ayude a levantarse su propia casa, sino también porque en el grupo se siente cómodo y más allá de formarse, comparten mates y algunas charlas. El Lechuga cuenta que en el barrio hay muchos pibes que “se pusieron malditos” y que

“matan gente que no tiene nada que ver” (haciendo referencia al negocio de “la droga”).

EMILIANO: 23 años. Lo conocí en “La Bloquera”, una de las tardes en las que compartí con los jóvenes las capacitaciones de albañilería que se realizaban allí. Lo entrevisté conjuntamente con Jonathan y con Franco. Emiliano es más grande que el resto de los jóvenes que participan del taller, y si bien la diferencia no es tanto en “edad”, se evidencia que acumula en su cuerpo unas cuantas “batallas”. Nació en el barrio, pero ahora vive en Tablada con su mamá y sus tres hermanos. Como no tiene papá, cuenta que siempre fue el encargado de la manutención de la familia: “siempre trabajaba con mi vieja, como siempre hubo falta de padre, le di una mano a mi mamá”. Trabajó fundamentalmente “en la calle”; “haciendo unas monedas” y por ese motivo no pudo continuar en la escuela ni alfabetizarse. Eso le generó ciertas complicaciones, entre otras no saber qué cosas firma cuando le hacen un contrato de trabajo. En ese sentido, revaloriza el lugar de la escuela porque te permite “mirar un papel y que no te estafen”. Concurre a la capacitación en Las Flores Sur porque su cuñado lo incentivó a que lo haga, y aprovecha cuando va para visitar a su suegra que vive en el barrio. Emiliano cuenta que le pareció interesante formarse “para trabajar”. Para Emiliano, un buen trabajo sería aquel que le permita ayudar a otros, a su familia, pero también a “otra gente”, que le permita “salvar vidas”, por ejemplo en un hospital.

FRANCO: 17 años. Lo conocí en “La Bloquera”, Franco participó intermitentemente de la entrevista que realicé con Emiliano y Jonathan. Iba y venía, dice que es muy vergonzoso para hablar. Si fuera por él, “viviría acostado”, le gusta mucho dormir durante el día porque se acuesta tarde. Cuenta que dejó la escuela en primer año, que no le gustaba, que prefirió “probar otras cosas, conseguir plata”. Así, arrancó a trabajar de pintor, pero tampoco pudo sostenerlo por “los quilombos que hay con el tipo”, que era un conocido de la familia. Después trabajó de ayudante de albañil, “tranquilo”, dice. Llegó a la capacitación por un amigo que le dijo que “estaba bueno”, que vaya. Lo que le interesa es aprender cosas y conseguir un trabajo de albañil. Piensa que es posible porque en su familia todos los varones trabajan en el sector de la construcción.

ISAÍAS: 24 años. Es hermano de El Lechuga. Si bien es más tranquilo que su hermano, también es "jodón" y muy inquieto. Isaías es de estatura mediana y contextura chica, es morocho y de ojos verdes, y tiene un diente de metal (la paleta de adelante). Vive con su mujer, su suegra y su nena de cuatro años. Hace ocho años que vive con la familia de su novia. Nació y creció en Tablada, y cuando tenía 12 años se fue a vivir con su familia a Las Flores Sur. Vivieron en calle Hortensia, pero su papa tuvo una *bronca* con una banda del barrio, "la banda del Camión", y se mudaron a calle Clavel. Isaías no terminó la escuela, hizo hasta segundo grado de la primaria, lee y escribe muy poco. Dejó porque salió a cirujear con su papá, en ese momento no tenían para comer y sus padres consideraron que era más importante que acompañe en ese "rebusque". Isaías recuerda que en su casa siempre le dijeron que "Nunca se quede parado, que salga a cirujear o se dedique a hacer algo, conseguir huesos de vaca y venderlos, hacer torta frita". Él ahora se encarga de trabajar para poder mantener a su hija y a su mujer. Verdaderamente le preocupa que tengan para comer. Cuando El Lechuga entró a trabajar en Coca Cola, él también se presentó, y después de insistir e insistir (iba todos los días a la puerta) logró que lo tomen, pero solo trabajó unos meses. Le gustaba ese trabajo porque podía comprarse todo lo que quería, pero sabía que no duraría mucho porque le cansaba mucho el cuerpo ser repartidor: tenía que cargar pallets con bebidas muy pesadas. Trabajó también en la construcción, de albañil y pintor. Llegó a hacer el curso de albañilería porque su nena concurre al CCB y se enteró. Ya es el segundo año que realiza la capacitación y aprendió a revocar, hacer contrapisos, y también le gustó que en el CCB se pudo hacer el documento. Sin embargo, fue uno de los que más se enojó cuando tardaron en cobrar la beca y quería "quemar todo". Estaba muy "sacado" y decía "yo necesito la plata, con eso no se jode". Ahora hace un año trabaja en la Cooperativa de Limpieza, con su papá, haciendo barrido. Le gusta porque trabaja de 8 a 11 de la mañana y después puede hacer cursos u otras cosas. Se imagina dentro de 10 años estando "bien en una casa…tener mi casa propia, para la comida".

JENIFER: 17 años. La conocí en el CCB en la capacitación de fotografía y video social. El día en que la conocí, en el taller hacían como ejercicio el festejo de su cumple de 15, ficcionando la situación para que el resto pudiese sacar fotos y

filmar un video, practicando las técnicas aprendidas. Jenifer estaba desbordante de alegría, tenía un vestido lila (el que había usado en sus 15) que hacía resaltar sus rasgos: pelo oscuro, morocha de rulos, ojos negros y delineados, boca pintada de rojo, y un piercing cerca de la boca. Las uñas pintadas de rojo y negro, porque es fanática Newells Old Boys, y también lleva un colgante con el escudo. Ese día acordamos una entrevista, la hicimos el 22 de julio de 2015. Jenifer habló sin parar durante más de una hora y media, contando muchas cosas respecto de su vida: que vive en el "fondo", que es "villera" y le gusta serlo ("vestirme como villera, bailar como villera", dice), a diferencia de su hermana a quien define como "cheta" porque no usa ropa deportiva. Jenifer vive con su mamá y sus dos hermanas mujeres, su papá murió hace varios años, tenía VIH SIDA y falleció a raíz de un cáncer. Su papá era un *guaso* que históricamente dirimió sus relaciones a través de *broncas*. Su mamá, también tiene VIH SIDA y ella convive con el estigma de ser una "contagiada", aunque afirma no serlo. Jenifer y su familia viven del cirujeo, salen con el carro por la zona sur, juntan ropa y luego lo que consiguen lo venden en el trueque de la plaza Itatí.

JONATHAN: 18 años. Lo conocí en "La Bloquera", una de las tardes que participé del espacio. Jonathan es flaco, de contextura mediana, tez trigueña. Vestía ropa "de trabajo": jeans y remera gastados y llenos de restos de porlan. Jonathan vive en el barrio, con su papá, su mamá y sus 3 hermanitos. Hizo hasta quinto año de la secundaria en la Escuela Itatí pero le quedaron unas materias pendientes, y no sabe si terminará. Cree que la escuela le sirvió para tener "más sabiduría, conocimiento y entendimiento sobre todas las cosas". Y además le hubiese gustado terminar porque quiere estudiar gendarmería. Se enteró de las capacitaciones en el CCB por un amigo que vive cerca de su casa, y su interés primero fue participar para "hacerse los documentos" y después, aprender algo de construcción. A Jonathan le gusta la albañilería y quiere aprender para poder alguna vez trabajar de eso. Su papá trabajó hasta hace poco tiempo en el Swift, pero ahora lo echaron y está sin trabajo, le pagaron la mitad de la indemnización y está realizando juicio. Jonathan cuenta que "inventaban causas" para echarlos, y que lo hicieron con otros compañeros además de con su papá.

JUAN: 19 años. Juan es de contextura pequeña, de estatura mediana. Tiene ojos achinados y tiene una expresión de bondadoso y tranquilo, siempre con una sonrisa. Lo conocí en la capacitación de fotografía y video social, siempre acompañado por su hermano, Zacarías, más chico que él, a quien se encarga de cuidar. Juan es muy querido en el grupo, es uno de los referentes de esa capacitación y todos los jóvenes lo consultan y lo aprecian mucho. Vive en el fondo con su mamá, su papá y sus 6 hermanos (2 varones y 4 mujeres, incluyendo dos gemelas que son más chicas que él). Fue hasta primer año de la escuela secundaria. La primaria la hizo en la Escuela Serrano, y dejó la secundaria por trabajo, porque no le gustaba que su mamá y su papá estén comprando cosas y él no pudiera aportar. Entonces, empezó a trabajar con su papá en la construcción. Dejó cuando tenía 17 años después de haber repetido varias veces, y de haber estado por un período de dos años sin ir. De todos modos, reconoce el papel de la educación en tanto permite "aprender a hablar"; y ahora que está realizando una pasantía en el centro de la ciudad se da cuenta de la importancia del lenguaje para tender puentes con "otros". La mamá es ama de casa y dice que "no la dejan trabajar", porque sus hermanitas son muy pegadas y prefieren que esté en la casa: "aparte, no son para trabajar las mujeres", dice. A Juan le gusta mucho la música, y junto con otros jóvenes de la capacitación (como Ramiro) cantan RAP y están grabando un disco con sus letras.

KATERIN "LA RUBIA": 22 años. La conocí en el CCB en el 2014, ella había realizado la capacitación de fotografía y video social en 2013, pero seguía yendo diariamente a la institución, para participar de diferentes espacios y para colaborar con las nuevas capacitaciones. Entrevisté a Katerin conjuntamente con Olga. Es de contextura mediana, tiene el pelo con rulos teñido de un rubio tipo decolorado, usa jeans y campera inflable con capucha, la cual tiene peluche marrón. Katerin vive con sus padres y sus 4 hermanos. Nació en Tablada, y cuando tenía 12 años se fueron a vivir a Las Flores Sur. "La Rubia" realizó diferentes trabajos, y actualmente lo hace en la distribuidora del barrio, en donde "la explotan", pero ella "necesita la plata". Se muestra visiblemente enojada con los jóvenes del barrio que "no hacen nada" y alimentan "la mala fama" barrial porque se la pasan en la calle. Katerin tiene una presencia muy fuerte, habla con tono de voz fuerte y

además, todos la quieren en el CCB entonces se nota cuando está. Lo que más le gusta hacer en su tiempo libre, es mirar la novela.

LEO: 23 años. Lo conocí en el CCB, fue una mañana específicamente para que pudiera entrevistarlo, aunque él realizaba la capacitación en albañilería en "La Bloquera" que era de tarde. Es de contextura chiquita, y bajo. Usa visera durante la entrevista y tiene puesto un jean, una remera y unas zapatillas deportivas. Leo vive con su abuela, quien se encargó de su crianza ya que su mamá y su papá murieron por VIH – SIDA. El padre murió hace 9 años, y su mamá hace 3. Él también está infectado con el virus, lo cual le genera muchas complicaciones de salud. Tiene 4 hermanos, pero ellos ya tienen sus familias propias. Él es el más chico de todos. No tiene mucha información respecto de su familia, sólo sabe que su abuela "tenía patrón" y que "iba a las casas, de limpieza". su abuela "le dio" ese trabajo a su tía, que sigue yendo a la misma casa. Leo dejó de ir a la escuela "por quilombos"; porque siempre había lío y lo culpaban a él. Su abuela le sugirió que deje de ir, ya que era preferible que trabaje. Leo dice que "quiere trabajar, hacer algo". Leo tiene una pensión por "incapacidad" por su enfermedad, y con eso "ayuda" en la casa de su abuela y también se encarga de hacer las compras, limpiar, por eso siempre se levanta temprano[203].

MALENA: 22 años. Es de contextura mediana, de cabello rubio y tez trigueña. Malena es tímida y pasa desapercibida en el grupo. Vive con su marido y sus dos hijas, una de 4 y otra de 1. Vive en el barrio desde que nació. Su mamá y sus 8 hermanos también viven en Las Flores Sur. La mamá es de Entre Ríos, pero hace mucho vive en el barrio. Al padre no lo conoció, murió cuando tenía 3 años de un accidente de tránsito. No sabe mucho de la historia del padre, "no me dan explicaciones de que hacía, como era, no habla del tema mi mamá…no quiere dialogar con nosotros mi mamá". La familia de su papá vive en la Sexta, ella quisiera conocerlos, pero no sabe cómo la recibirán entonces no se anima a hacerlo. A los 15 su padrastro intentó abusar de ella, motivo por el cual se alejó de su mamá y desde ese entonces está "enojada" porque no intervino por ella. No pudo hacer nada porque "él la amenazaba" de que mataría a todos si hablaba.

[203] En el año 2016, Leo falleció a causa de una complicación de su enfermedad.

Cuando la entrevisté, había sucedido lo de Mica, y me dijo "estos temas me ponen muy mal". Cuando cumplió los 17 se animó a hablar con su mamá, pero ella no le creyó ni a ella ni a su hermana, a quien le había sucedido lo mismo. A los 18 ella se pone de novia y la mamá la echa de la casa. Fue a la escuela Belgrano hasta séptimo, después dejó porque todos los problemas de la casa eran "muy pesados" y no podía continuar. Además, en la casa se encargaba de todo: limpiar el techo, el patio, la casa, el baño. "Yo soy fría porque mi mamá no me enseñó a querer o ser educada, o amorosa… vengo de una familia fría y por eso soy fría". Siente que con sus hijas es distinta porque puede darle todo el amor que no le dieron. Cuando habla de sus hijas (dos niñas) se emociona, porque siente que para ella son "todo lo que le importa". Tenía 18 cuando tuvo la primera hija. Su marido trabaja de tapicero, en donde ella también trabajó y en donde lo conoció. Ella trabajó ahí porque la hermana de su marido era su amiga, y la convocó para cortar telas y medir. Ese trabajo le enseñó a saber que ella "puede" hacer "otras cosas" que sirvan, que sean útiles. Y para Malena, lo que tiene de malo trabajar es "levantarse temprano". También trabajó de niñera, en el barrio. Ella cuenta que no tuvo mucha infancia, porque no la dejaban salir, estaba todo el día en su casa, y no jugaba, no tenía amigos. Le gustaría estudiar arquitectura. Cuenta que si fuera presidente cambiaría muchas cosas, sobre todo intentaría que en el barrio haya más seguridad y que los vecinos puedan *salir.*

MICA: 25 años. Conocí a Mica en la capacitación de periodismo digital. Mica iba siempre acompañada de sus dos niñas a quienes bauticé como "las rubias": dos pequeñas "gringuitas", rubias de ojos claros que estaban todo el tiempo hablándome, peinándome el pelo, pidiéndome hojas para "pintá". Mica es una joven rubia, de ojos marrones. Estatura mediana y de contextura mediana. Con sonrisa amplia que dejaba lucir uno de sus dientes plateados. Mica había empezado a concurrir al CCB después de haber pasado muchas situaciones traumáticas, como tener que prostituirse para darle de comer a sus hijas. Ella decía "yo lo único que quiero es ser una buena madre". En el grupo era muy querida y en el curso de periodismo se convirtió en una de las líderes. En la presentación de la revista, en diciembre de 2015, Mica fue una de las oradoras y todos le pedían que cuente lo que había hecho. No la entrevisté individualmente, pero si

compartimos muchas charlas sobre el curso, sobre la maternidad, sobre sus intereses. En febrero de 2016, cuando volvía a su casa después de dejar a sus niñas en el jardín de la Escuela Belgrano, a donde concurrirían desde ese año, el hombre con quien mantenía una relación la encerró en su casa y la asesinó, quitándose luego la vida. Mica fue uno de los dos casos de femicidios directamente relacionados con el grupo de jóvenes que participaban de las capacitaciones del CCB. Fue conmovedor, para todos, especialmente para el resto de los jóvenes que eran sus amigos. Las niñas quedaron a cargo de su hermana y su abuela, quienes se mudaron de barrio para evitar "broncas" ligadas a esa situación.

MILTON: 19 años. Lo conocí cuando trabajaba en el Ministerio de Educación y armamos junto con un grupo de docentes la Biblioteca Popular "Bicicleta con Alas" en el Ex Supercoop. Milton es el hijo de la mujer que limpia en el Ex – Supercoop, la cual es integrante de la Cooperativa en la que trabajan también otros jóvenes y sus familias (El Lechuga e Isaías, por ejemplo). Es de contextura mediana y estatura alta. Es morocho, pelo lacio, corto, y tiene pecas en la cara. Tiene una actitud muy tranquila y es muy conocido por todos los jóvenes del grupo y, sobre todo, por los trabajadores del CCB en donde él participo de muchas actividades. Vive con su mamá y su hermano menor, que tiene diez años. Con su papá mantiene una relación fluida, y de parte de él tiene otro hermano más chiquito. Su mamá y su papá hicieron la primaria pero no terminaron, su papá dejó en cuarto grado y su mamá en séptimo. Sus abuelos eran analfabetos y migraron del campo a la ciudad, hace 35 años. Se insertaron a trabajar en la construcción y hasta la actualidad la mayoría de los varones de la familia trabaja en ese sector. Las mujeres son algunas amas de casa, otras trabajan de limpieza y su abuela trabaja en un frente (el FOP), que "hacen piquete". Milton hizo la escuela primaria en la San Martín de Porres, en el barrio San Martín Sur y luego empezó primer año en otra escuela. Aún se encuentra realizando primer año porque no pudo "pasarlo" y está intentando hacerlo en una nocturna, para adultos, en donde le computan dos años por uno. Dejó porque su mamá trabajaba de noche y tenía que cuidar a su hermanito de día y de noche: "de día mi mamá descansaba y no tenía quien lo cuide, me quedaba yo". Su mamá no se quejó de su decisión

porque él la ayudaba. Cuenta que en la escuela le hacían burlas porque él baila folclore, desde chiquito, y los compañeros se reían. Milton quiere terminar la escuela porque quiere estudiar para ser policía, en gran medida porque la policía ofrece un trabajo "estable" y para él un buen trabajo es cuando "no lo vas a perder por nada, cuando un trabajo es tuyo y ya lo tenés". Pero además, le gustaría ser policía para "que no haya tanta delincuencia". Milton trabajó en una empresa constructora, con su tío, como ayudante de carpintería. Hacía armados para hormigón, para techos y columnas. Él, al igual que la mayoría de los jóvenes, repartió currículums en varios lugares para buscar trabajo pero siempre que consiguió fue a través de un contacto, algún conocido o familiar. Además de bailar folclore y jugar al fútbol, a Milton le gusta leer historia, porque cree que es importante "saber que pasó".

MORA: 18 años. Vive en Las Flores Sur, adonde nació, desde hace dos años. Se crio en Córdoba con su abuela, hasta que se juntó con el papá de su hija, Mía, de un año y medio. La mamá y toda la familia materna es de Las Flores Sur, aunque ella no tuvo mucha relación con esa rama de su familia. No terminó la secundaria, hizo hasta segundo año. Conoció al papá de su hija por Facebook. Tiene una relación oscilante con él, a veces lo quiere, a veces no, pero tratan de convivir lo mejor posible. Quedó embarazada tan chica porque un médico le dijo que tenía problemas en un ovario y que si no tenía hijos "ya" no podría hacerlo luego. Su pareja se enteró con el embarazo avanzado y no quería "saber nada" al respecto, pero ella siguió adelante con la decisión y se radicó en el barrio. Vive con él, su hija y su suegra, en una casa de materiales en el centro del barrio, cerca de la Plaza Itatí. Mora es morocha de rulos, de contextura mediana. Se viste con jeans y buzos, y siempre está "impecable": pintada, con el pelo peinado, con anillos y pulseras. Es muy bonita y los hombres de la capacitación se disputan su compañía. Concurre a cada taller con Mía, porque no quiere dejarla sola. Se define como muy "brava" si alguien lastima a su niña, a quien define como su motivo para vivir. Tiene una hermana mujer que vive en el barrio, con quien es "muy compinche". No así con sus medio hermanos (por parte de la madre) varones, de quienes recuerda situaciones dolorosas (abusos) en su infancia y "no los quiso ver nunca más". Llegó al CCB queriéndose anotar para terminar la

secundaria, en un EMPA, y se anotó finalmente en la capacitación de fotografía y video social. “No tenía la menor idea de que existía este lugar”, cuenta. Realizamos la entrevista en la salita de niños del CCB, participó también Mía quien mientras nosotras charlábamos jugaba con un changuito y un bebé.

LULI: 15 años. Luli fue el primer entrevistado para esta tesis. Lo conocí a través de un docente de la Escuela Secundaria N° 407, con quien había trabajado en el Ministerio de Educación. Lo entrevisté a fines de 2013. Luego, lo crucé muchas veces en el Proyecto Jóvnees y Memoria, del cual participa, y fui testigo de su crecimiento y sus transformaciones. Luli es muy flaquito, de contextura chica y estatura mediana. Tiene el pelo lacio, negro y largo, casi hasta la cintura. Los dientes grandes, sobre todo las paletas. Si bien en la entrevista habló poco, no podría decir que es tímido porque luego lo conocí en otras instancias en las cuales no daba cuenta de eso. Probablemente la entrevista lo cohibió. La hicimos en el Ex Supercoop (Crecer 3) porque allí funcionaba en ese momento la Biblioteca Popular que habíamos armado con los docentes de la Escuela 407, que todavía funcionaba en la Serrano, con edificio “prestado”. Era un jueves de diciembre, al mediodía, hacía mucho calor. Luli me contó que va a tercer año, que vive casi enfrente de la Escuela, en Las Flores Este o la Granada. Nació en la Sexta pero cuando tenía un año se mudaron al barrio. Vive con su mamá, su papá y dos hermanos, uno más grande y una más chica. Los padres de Luli no terminaron la escuela primaria, y tanto él como su hermano varón están cerca de terminar la secundaria, lo cual es vivenciado por la familia como un gran logro. Su papá es chaqueño y su mamá de Rosario. Su mamá trabaja de empleada doméstica y su papá hace 5 años que quedó sin trabajo, y para ellos es muy duro porque antes vivían mucho mejor. Con su hermano disfrutan de estar *en la calle* o en la esquina con los amigos. Su mamá quiere que él termine la escuela para que pueda estudiar para ser policía, que era lo que ella quería hacer. Sin embargo, Luli no está de acuerdo y dice que “con las cosas que están pasando” no ve con buenos ojos esa posibilidad. Para é,l el trabajo es algo “muy bueno” porque te permite disponer de dinero para la comida de cada día, y aunque a veces cansa un poco (sobre todo el de albañil), es bueno. Luli cuenta que en el barrio muchos jóvenes viven “de la droga”, venden droga a cambio de dinero y después “se compran ropa y otras

cosas". Para él, eso es un trabajo porque te permite tener plata, pero por el otro, no, porque siempre hay riesgos de que te pase algo (con la policía, con otros). Para Luli el mayor problema de "Los pibes" del barrio, a quienes diferencia de su grupo de amigos, es que quieren vivir de la droga, tener un arma y "pegarle un tiro al primero que se lo crucen y lo miren mal". Y dice que la policía trabaja a favor de que esto exista cada vez más. Luli, durante la entrevista, se mostró muy enojado con lo que sucede en el barrio, sobre todo con los "menores" porque desde su punto de vista son "aprovechados" por los adultos para ganar dinero a través de la venta de drogas. Para él, si los adultos quieren "trabajar" de eso, que lo hagan, el problema es que usen a los niños para tal fin.

NATANAEL: 20 años. Con Natanael pauté la entrevista varias semanas antes, por Facebook. Nos habíamos conocido en la capacitación de fotografía y video social y los integrantes del equipo me habían sugerido entrevistarlo, y además, yo notaba su presencia en el grupo con liderazgo, no tanto en relación a su carisma sino más bien a la profesionalidad que imprimía en sus trabajos. Asi, en la muestra de fotos me acerqué y le dije que quería entrevistarlo a lo cual me respondió que nos comuniquemos por facebook para arreglar el día. Nos encontramos en el CCB un miércoles, al mediodía. Yo fui exclusivamente a entrevistarlo. Natanael llegó vestido con camisa a cuadros, jeans y zapatillas. Olía a perfume. Fue muy solemne el modo en el que se presentó en la entrevista. Él es de San Martín Sur, un barrio que está pegado a Las Flores Sur, dividido con este último por la Avenida San Martín, pero todas sus actividades las realiza en Las Flores. A Natanael siempre le interesó estudiar algo "diferente" porque sabía que no quería ser albañil, lo cual se convertía en un destino inexorable. Hizo primaria y secundaria en la escuela San Martín de Porres, y repitió dos años, en la primaria. Alguna vez pensó en dejar, cuando repitió, pero considera que era porque "no tenía fe en si mismo". Natanael es muy religioso, concurre a una Iglesia Evangelista en la que además es integrante de una banda en la que rinden tributo a la palabra de Dios. Él toca la batería, y realizan giras por diferentes Iglesias de la misma congregación. Natanael y su familia se acercaron a "Dios" porque algunos de sus familiares, como su papá, tenían problemas (alcohol, drogas, "broncas") y encontraron en la palabra un modo de hacer algo diferente, y de sentirse a salvo.

Natanael trabaja de fotógrafo y a partir de la capacitación pudo cumplir uno de sus sueños, que era sacar fotos en la cancha de Rosario Central.

PEDRO: 22 años. Lo conocí en el CCB, Pedro realizaba la capacitación de albañilería, pero fue convocado por el equipo a concurrir una mañana para poder realizar la entrevista conmigo. Se mostraba tímido en la instancia, y habló muy poco al comienzo. Es de estatura baja, de contextura mediana, de tez trigueña y ojos marrones, achinados. Pedro se sonríe todo el tiempo cuando habla. Viven en el barrio con su abuela y uno de sus hermanos porque sus padres fallecieron, "de manera natural", dijo, esquivando el tema. Tiene 5 hermanos del mismo padre, y otros dos de distinto padre. Su abuela es jubilada, trabajó durante toda su vida de empleada doméstica, en la misma casa. Pedro hizo hasta sexto grado, en la Belgrano. Dejo porque empezó a trabajar y le gustaba más eso, porque podía ayudar en su casa y además le resultaba más entretenido. A los 14 comenzó a trabajar de albañil, como ayudante de su tío. Intento volver a la escuela, hizo tres meses más, pero luego volvió a dejar porque le gustaba más ayudar a la abuela. Para él "lo que sea" que le permita vivir, que le "de plata" es "laburo". Pedro llegó a la capacitación por intermedio de su hermano, que le avisó. Le gusta porque aprende cosas, como revocar, hacer paredes, lo cual le permitirá no ser siempre "ayudante" de albañil, que es un trabajo que lo cansa y no le gusta demasiado. Él anhela en unos años tener su casa, sus cosas y poder estar "tranquilo". En sus experiencias laborales trabajó en una obra de la que lo echaron porque le pegó a un compañero, porque "se hacía el capataz", y se enojó y "le dí un fierrazo", dice. Le molestaba que su compañero se hacía el "vivo" y "te quería mandar y te gritaba", y me cansé y "le di un fierrazo, una varilla de 12, sabé qué, en el coco le di". Pedro además de trabajar, sale con sus amigos de jueves a sábado, porque su pasión es la cumbia. Se acuesta por lo general a las 7 am y se levanta re tarde. Con sus amigos hacen "la previa" en algún bar *afuera* del barrio ("yo por el barrio no salgo", dice) y después entran al boliche, porque adentro "está todo re caro, te arruinan".

RAMIRO: 19 años. Lo conocí en el CCB en 2014. Él ya no estaba realizando la capacitación porque había hecho dos de fotografía y video social en el 2013. La mayoría de los trabajadores insistía en que tenía que conocerlo porque era uno de

los jóvenes que había realizado un proceso interesante en el curso. Acordamos una entrevista un miércoles al mediodía, y charlamos un rato largo. Después de esa instancia tuvimos muchos otros encuentros en los que charlamos, de manera informal, respecto de varias cuestiones como el trabajo, el gobierno, la política, las relaciones afectivas, el barrio, las instituciones. En cierto sentido, me convertí para Ramiro en una referente y en algunas circunstancias él me llamó para pedirme que nos juntemos y contarme alguna cuestión que lo estaba preocupando. En 2014 cuando lo conocí vivía en el centro, en una pensión porque se encontraba haciendo una pasantía en una institución cultural de la municipalidad, y aprovechó esa oportunidad para cumplir un sueño que tenía desde los 11 años: irse del barrio. Ramiro siempre intentó separarse de la conflictividad familiar, de los "quilombos" y las "broncas" con las que su mamá se entrevera permanentemente. Por eso, cuando le pregunté respecto de su historia familiar me replicó "¿seguro que la queres escuchar?". Son 9 hermanos de diferentes padres que viven con su mamá. Respecto de su papá "no tiene ni idea" de su vida, sólo sabe su nombre, pero nada más. Él vivía en la casa familiar hasta que pudo mudarse al centro. No le gustaba vivir ahí porque son 12 en total ya que algunas de sus hermanas tuvieron hijos que también viven con ellos, y para él era un "quilombo", y no se considera familiero. Ramiro se define como "diferente", él quiere hacer "otras cosas" que las que quieren los jóvenes del barrio (según su criterio, todos los jóvenes quieren ser "albañiles" y se conforman con eso). Le gusta pintar, dibujar retratos y también militar políticamente, participó así de diferentes espacios. Pero también le gusta el RAP por lo cual compone letra de canciones; y también le gusta la fotografía y la radio, de hecho, trabajó de eso pero le gustaría que se convierta en un trabajo que le permita vivir. El trabajo en el centro le permitió aprender a cómo hablar con "otros" que no sean del barrio, él dice "hablar de un modo que no sea tan hostil, y ser amable con los demás, que te cuenten su vida y compartir un momento". Para Ramiro, fue su hermano quien le transmitió el amor por el arte. Él se enoja porque dice que su hermano tiene muchas capacidades pero que está trabajando de "seguridad en un Chino" y que está intentando persuadirlo para que haga otras cosas. Ramiro terminó la secundaria, y quiso varias veces ingresar a la universidad, de hecho, empezó varias carreras, pero luego las fue abandonando por diferentes motivos, en general, económicos o por "quilombos" familiares. En

una de esas instancias me pidió que lo acompañe a la Facultad para estudiar Trabajo Social y lo hice. Cuando llegamos al edificio, además de contarme por primera vez que tenía una hija de dos años que vivía en Córdoba con su mamá, me dijo que la Universidad le parecía como "la escuela de Harry Potter, pero sin magia". Me resultó llamativo que elija esa instancia para contarme lo de su hija, y también que no me lo haya dicho antes, pero entendía que ser un padre adolescente no cerraba con el perfil de "distinto" y "libre" que él construye en el CCB. Él dice que en el barrio siempre lo discriminaron por hacer "arte", por ser "de la cultura", lo veían como "raro", y se ríe. Sin embargo, la mayoría de los jóvenes del grupo lo consideran un referente e incluso en muchas entrevistas hablaron de él como alguien a quien consultaban para aprender de fotografía. Después de realizar la pasantía en 2014, Ramiro no pudo sostenerse en el centro porque no consiguió otro trabajo, y tuvo que volver al barrio en 2015, lo cual significó para él un golpe muy duro. De ahí en más, su situación se ha tornado en cierta deriva en la que circula por diferentes espacios, pero sin encontrarse a gusto en ninguno, incluso en el CCB en donde antes era considerado como un líder tanto por jóvenes como por trabajadores. Los malestares que se generaron en relación a su posición, un tanto querellante, desembocaron en una reunión institucional en la cual se planteó que de ese modo no podía seguir transitando el CCB. La última vez que lo vi, en 2016, estaba intentando trabajar con un rapero de la zona sur, grabándole sus videos y también poniendo música en boliches. Esa última vez también me contó que iba a ser papá, pero que no sabía si el hijo era suyo o no.

RAMÓN: 22 años. Lo conocí en el CCB, mientras realizaba la capacitación en fotografía y video social. Ramón es morocho, de contextura grande, estatura mediana. El día de la entrevista (5 de agosto de 2015) usaba unos jeans y una campera con capucha, y visera. Pensé que Ramón era un pibe que estaba involucrado en *broncas* y tiros, entre otras cosas porque en su muro de Facebook tenía como perfil una foto con un arma de fuego. En la entrevista, Ramón me contó que vivía con su papá y sus dos hermanos, y que él sufría diariamente la ausencia de su mamá, quien murió cuando era pequeño. Por respetar la memoria de su madre, se esfuerza por ser un "buen pibe", "trabajador". Vive en Las Flores

Sur desde que nació, y fue a la Escuela Itatí en donde terminó el secundario. Trabajó en diversos lugares, pero lo que más le gustó fue ser armador de escenarios en el City Center. En el CCB lo consideraban uno de los jóvenes con más experiencia laboral, y por eso me dijeron que era clave que lo entreviste. Ramón contó en la entrevista cómo mataron a uno de sus amigos íntimos, casi enfrente suyo, porque "cruzó" un límite territorial que una bandita le había impuesto. En la entrevista, Ramón se emociona varias veces.

ROMINA: 15 años. La conocí mientras realizaba la capacitación de periodismo digital. Romina es de estatura baja, de contextura chica, pelo lacio y oscuro. Tiene cara angelical, de niña, piel trigueña y cuando sonríe se le hacen pocitos en los cachetes. El año anterior había realizado la de foto y video social. Romina era una de las participantes más activas de periodismo, y se animó a entrevistar a referentes de la ciudad como la Intendenta y al ex Gobernador Hermes Binner, a quienes les preguntó por qué Las Flores Sur era considerado "zona roja". Ella dice que es "feliz" entrevistando, y que a raíz de descubrir esa habilidad, su mamá le dice que va a llegar a ser "intendenta" porque se anima a decirle a todos lo que piensa. Para Romina, una buena profesión sería ser abogada o jueza, para poder pelear por que "la verdad" se respete, y la justicia deje de beneficiar a los "malos". Ella vive con su mamá y con sus 4 hermanos maternos, mientras que su papá vive en Villa Gobernador Gálvez y tiene otros 2 hijos con su actual pareja. No tiene mucha relación con ellos. En su casa se encarga de cuidar a los más chiquitos, a quienes lleva a la escuela y busca al mediodía. Y también, practica rugby en sus tiempos libres. Concurre a la Escuela Itatí, en donde está realizando la secundaria. Romina está enojada con las *broncas* barriales y uno de sus primos está "en eso" y ella lo vio y le gritó "andá, asesino" y se enorgullece de eso, porque piensa que si no nadie hace nada al respecto.

SONIA: 22 años. La entrevisté junto a Carla y Chula en septiembre de 2014, en el patio del CCB. Sonia realiza la capacitación en fotografía y video social, junto a Chula que es su cuñada, con quien se inscribieron juntas. Vive con su marido y su niño de 5 años en lo de su hermana porque el niño se enfermó y tuvo que vender su casa, para poder pagar los gastos del tratamiento. Le paga a su hermana unos "pesos" tipo alquiler, "ayuda" con la casa. Sonia cuenta que su mamá siempre

trabajó, el último trabajo que hizo fue en una fábrica de plástico y se fue por problemas de salud. Además, "tiene oficio" de cocinera, y siempre está realizando algún emprendimiento en relación a la comida. Ahora, que su mamá está en pareja con un camionero no tiene necesidad, y sin embargo se puso una rotisería. Sonia no lo entiende mucho "trabaja por trabajar, porque en realidad no necesita", piensa que podría vivir más tranquila sin trabajar.

TAMARA: 17 años. La entrevisté en octubre de 2014, en "La Bloquera" en donde se encontraba realizando la capacitación en albañilería. Tania es morocha, bajita de estructura pequeña. Tiene pelo lacio y usa flequillo, pantalones ajustados (tipo elastizados), zapatillas de lona y un buzo negro con capucha. Al lado de la comisura de la boca tiene un piercing negro que simula un lunar. Vive en Las Flores Sur con sus padres y con cinco de sus siete hermanos (5 varones y 2 mujeres). Tamara es la responsable de que sus hermanitos más chicos "vayan a la escuela" y se encarga de eso diariamente. También, de darle una mano a uno de sus hermanos que tiene una *bronca* y por eso se tuvo que ir del barrio, y vive encerrado en Tablada. Ella, a su vez, va a una escuela del centro. Cuando vuelve, va a la capacitación de albañilería. Le gusta escuchar música (Romeo Santos, tipo bachata) "al palo" en el equipo de su mamá y cuenta que se "la pasa en el Facebook". Empezó el curso de albañilería porque quería revocar unas paredes de su casa y a ella no le gusta verlas así, y también quiere aprender a poner una puerta. Como los albañiles "cobran mucho", ella quiere aprender así pueden arreglar su casa sin necesidad de tener que pagarle a alguien. Cuando terminamos la charla me pedía que le "pregunte más cosas" porque le encantó hablar sobre su vida.

ZACARÍAS: 15 años. Zacarías es hermano de Juan, y están juntos todo el tiempo. Él también participa de la capacitación de fotografía y video social en el CCB y lo conocí ahí. Es mucho más tímido que su hermano, y en la entrevista habló poco. Quizás en ese momento también era muy chico, porque luego fui viendo cómo se iba desenvolviendo con más naturalidad en los intercambios con otros jóvenes, y también conmigo. Como Juan, vive con sus padres y sus 6 hermanos. Fue hasta cuarto grado de la Escuela Serrano, y después de las vacaciones no fue más. Recuerda que a uno de sus tíos le pegaron un tiro, cuando

tenía 18 años e iba a la casa de su novia. Zacarías cuenta que "todos viven de albañil" haciendo referencia a los varones de la familia y que su papá a veces pasa temporadas afuera porque hace trabajos en otras ciudades, como Santa Fe. Él y su familia van y vienen del barrio en función de las *broncas* que tienen con los vecinos. Así, pasaron 5 años afuera del barrio hasta que encontraron las condiciones para volver. Cuenta, al igual que Juan, que su mamá no sale a trabajar porque las hermanitas más chicas son "muy pegadas" y lloran si ella se va. Zacarías todavía no trabajó, entonces no reconoce que en la familia le hayan transmitido ningún mensaje en relación a eso, a diferencia de Juan, quien considera que su papá lo fue "guiando" en sus primeras incursiones laborales. A él le gustaría también trabajar de albañil, como su papá y como a veces lo hace Juan. Él se junta en un "pasillo" del barrio con su bandita de amigos, a la noche, y se queda charlando y tomando cerveza o vino hasta que se hace tarde… a veces "salen de joda" y vuelven "re en pedo", cuando van a los bailes en otros barrios. Lo que más le gusta es jugar a la pelota y también, cuando tiene crédito, entrar al Facebook, sobre todo a la noche cuando se acuesta.

ANEXO 2

LISTADOS ENTREVISTAS

(Ordenado por fechas de entrevistas)

1. JÓVENES

Nombre	Edad	Fecha entrevista	Lugar de referencia
Luli	15 años	Diciembre 2013	Escuela Secundaria N° 407
Bote	22 años	Marzo 2014	Capacitación Albañilería
Leo	23 años	Marzo 2014	Capacitación Fotografía
Juan	19 años	Marzo 2014	Capacitación Fotografía
Milton	19 años	Marzo 2014	Capacitación Fotografía
Zacarías (hermano de Juan)	15 años	Marzo 2014	Capacitación Fotografía
El Lechuga	26 años	Julio 2014	Capacitación Albañilería
Jonathan	18 años	Julio 2014	Capacitación Albañilería
Franco	17 años	Julio 2014	Capacitación Albañilería
Emiliano	23 años	Julio 2014	Capacitación Albañilería
Ramiro	19 años	Julio 2014	Capacitación Fotografía
Pedro	22 años	Julio 2014	Capacitación Albañilería
Isaías (hermano de El Lechuga)	24 años	Julio 2014	Capacitación Albañilería
Katerin "La Rubia"	22 años	Julio 2014	Capacitación Fotografía
Chula	20 años	Septiembre 2014	Capacitación Fotografía
Carla	19 años	Septiembre 2014	Capacitación Fotografía
Tamara	17 años	Octubre 2014	Capacitación Albañilería
Natanael	20 años	Octubre 2014	Capacitación

			Fotografía
David	18 años	Abril 2015	Escuela Secundaria N° 407
El Chinito	16 años	Abril 2015	Escuela Secundaria N° 407
Diego	20 años	Mayo 2015	Escuela Secundaria N° 407
Malena	22 años	Junio 2015	Capacitación fotografía
Brian	22 años	Junio 2015	ATAJO – Capacitación Fotografía
Carli	18 años	Julio 2015	Capacitación Periodismo Digital
Romina	15 años	Julio 2015	Capacitación Periodismo Digital
Ramón	22 años	Agosto 2015	Capacitación Fotografía
Mora	18 años	Agosto 2015	Capacitación Fotografía
Jenifer	17 años	Agosto 2015	Capacitación Fotografía

2. ENTREVISTAS A TRABAJADORES /REFERENTES BARRIALES

Olga	Julio 2014	Cocinera CCB – Referente barrial
Julieta	Marzo 2014	Psicóloga Equipo CCB
Oscar	Julio 2014	Coordinador CCB
Martín	Agosto 2014	Psicólogo Equipo CCB
Gilda	Septiembre 2014	Trabajadora social Centro de Salud Municipal
Raúl	Febrero 2015	Ex trabajador social del centro de salud municipal
Guillermina	Febrero 2015	Docente Escuela Secundaria N° 407
Edgardo	Febrero 2015	Docente Escuela Secundaria N° 407
Darío	Marzo 2015	Director Escuela Secundaria N° 407
Cristina	Marzo 2015	Vicedirectora Escuela Secundaria N° 407
Gustavo	Julio 2015	Psicólogo Centro de Salud Municipal

Jorge	Julio 2015	Administrativo Centro de Salud Municipal – Referente Barrial
Facundo	Agosto 2015	Capacitador fotografía
Guillermo	Octubre 2015	Director Escuela Secundaria Itatí

3. ENTREVISTAS A FUNCIONARIOS MUNICIPALES / PROVINCIALES

Claudia	Marzo 2014	Coordinadora Nueva Oportunidad – Ex Coordinadora de Equipo de Atención con Jóvenes "Mini Equipos"
Nicolás	Julio 2014	Ex Director Centro de la Juventud Rosario
Fabiana	Agosto 2014	Directora Esc.Nacional 1
Laura	Octubre 2014	Coordinadora General Programa "Nueva Oportunidad"
Gastón	Octubre 2014	Director "Centro de la Juventud" Municipalidad de Rosario
Cristina	Octubre 2014	Ministra de Desarrollo Social de la Provincia
María	Noviembre 2014	Coordinadora del Programa Jóvenes y Memoria. Museo de la Memoria, Rosario
Carlos	Noviembre 2014	Militante social /Referente de la Asamblea por los Derechos de Niños, Niñas y Jóvenes
Marcela	Agosto 2015 (entrevista realizada conjuntamente con Ramiro para la revista "De calletano el	Concejal de la Ciudad de Rosario por La Cámpora

	grito estalla”)	
Lautaro	Junio 2015	Coordinador General Programa “Nueva Oportunidad”
Emilia	Julio 2015	Coordinadora De la Dirección Municipal de Juventud de Rosario